

FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

Aunque sea
lo último
que haga



Una Rosa Blanca Una Rosa Negra
fue el comienzo de Rocío Pr

Lectulandia

Año 1997, la comisaria Rocío Prados se halla en el cementerio de Santander con María, dispuesta a poner fin de una vez por todas al caso de *Una rosa blanca. Una rosa negra*. Mientras, en Madrid, su fiel Mendía acude a la llamada de una mujer que asegura tener pruebas que apuntan a su marido como el responsable de la muerte de su hermano, diez años atrás. Asegura que no ha sido su único crimen. Cuando la policía llega el marido ha huido.

Lectulandia

Federico Correa Gil de Biedma

Aunque sea lo último que haga

Comisaria Rocío Prados - 2

ePub r1.0

Titivillus 22.02.2018

Título original: *Aunque sea lo último que haga*
Federico Correa Gil de Biedma, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Teresa Gil de Biedma
A Fernando Correa
A Teresa Correa Gil de Biedma
Por siempre*

*La persona que no está en paz consigo misma,
será una persona en guerra con el mundo entero.*

Mahatma Gandhi.

Agradecimientos

Existen los llamados lectores «cero», no deja de ser curioso el apelativo. Para mí sería más exacto referirme a ellos como lectores diez. Son aquellos que dedican su tiempo a leer el manuscrito, a aportar ideas a señalar errores, incongruencias, incluso gazapos. Sin ellos, mi trabajo se complicaría en exceso y seguro que no sería capaz de ver lo que ellos encuentran.

Esther Pintama, Paz Correa, Isabel Correa, Faustino Cuadrado y Nieves Gallardo son mis lectores diez. A veces no se trata de interpretar el manuscrito sino de dedicar horas de charla, de darle vueltas a los argumentos a situaciones a elaborar ideas o simplemente a escucharme.

Mi más sincero agradecimiento a todos ellos sin olvidar en absoluto a todos aquellos que no dejan de apoyar cada novela que sale al mercado enviando sus ánimos por medio del correo, el teléfono y las redes sociales. Familia, amigos y sí, desconocidos a los que la novela en cuestión nos sirve como nexo de unión. Gracias.

A ti lector, eres el que le da sentido a todo esto.

Prólogo

Aravaca, Madrid

Invierno de 1997

En cuanto su marido arrancó el coche y agitó la mano en el aire, a modo de despedida, regresó al lugar que la tarde anterior le había llevado la providencia, o quizá fue su intuición, o la certeza de que estaba compartiendo su vida con un completo desconocido.

Pero jamás pudo imaginar algo así.

Abrió la puerta del desván, elevó la vista buscando una hilera de altillos sobre su cabeza y cogió con manos temblorosas una pequeña escalera que situó bajo la primera de las puertas.

Suspiró profundamente.

Algo dentro de ella le impulsaba a salir corriendo de aquel lugar y regresar a su vida cotidiana como había hecho durante los últimos años, pero no podía. Colocó la escalera, apoyándose en la puerta del armario comenzó a subir, uno a uno, los cuatro escalones que la separaban del altillo. Sentía su corazón galopando frenético, golpeando con furia en el pecho, las palmas de sus manos comenzaban a sudar.

Tiró del pomo.

Frente a sus ojos, diversos cachivaches de todo tipo. Justo detrás, ocultas por un par de bandejas y un recipiente de cristal, se escondía el objeto de su visita; varias cajas cuyo contenido necesitaba analizar con calma. Cogió la primera y descendió los escalones con la caja pegada al pecho. En su cabeza se iban reproduciendo multitud de escenas que en su momento no dio importancia, quizá porque no la tenían o porque siempre había una justificación plausible para cada una de ellas.

O porque no quiso verlo.

En la tarde noche de ayer, la búsqueda de unas fotos familiares que su hermana le había asegurado que estaban en su poder le animó a revisar el desván. Apenas pudo vislumbrar el contenido de la primera caja, la llegada de su marido se lo impidió, pero sí que pudo descubrir que su interior guardaba pequeños estuches de cristal, algunas cestas repletas de pulseras, collares, relojes, sujetadores, gemelos, carteras, documentos de identidad y algo que con toda seguridad no debía encontrarse ahí.

Sus ojos se desplegaron amenazando con abandonar las órbitas.

—¿Pero, qué...? —no tuvo tiempo para plantearse nada más. Una voz bien conocida la trasladó con violencia al presente.

—¡Cariño! ¿Dónde estás?

Devolvió todo a su lugar, trepó con torpeza por los escalones y dejó la caja en su

sitio. Nerviosa, como no recordaba haberlo estado antes en toda su vida recorrió los ocho o diez metros que le separaban de la pared del otro extremo de la estancia, se sentó en el suelo mientras abría la puerta de un armario que corría a media altura por todo el muro.

—¡Cariño!

—¡En el desván! ¡Ahora bajo! —sintió como si la voz que partía de su garganta no fuera la suya.

No, aquello no debía estar allí, seguramente todo lo demás tampoco, pero ese reloj, con esa inscripción, no. Seguro. Se lo había regalado a su hermano, cuando terminó la carrera de económicas, unas pocas semanas antes de que su coche cayera por un precipicio.

Sus recuerdos la transportaron de nuevo al presente. Se encontraba a solas en compañía de sus dudas, de sus miedos. Su marido se había ido a trabajar, por tanto podría disponer de todo el tiempo que quisiera.

Eso creía.

Se hizo con todas las cajas del altillo, sumaban cuatro en total. Tomó asiento en uno de los taburetes que rodeaban la gran mesa rectangular de madera situada en el centro del desván. Lentamente levantó la tapa de la que había inspeccionado el día anterior y la dejó sobre la mesa.

De nuevo, suspiró profundamente.

De nuevo, su corazón comenzó a latir descontrolado y sus manos a sudar.

El rostro sonriente de su hermano se dibujó en sus recuerdos, le veía deshaciendo con cuidado el lazo que envolvía el paquete que contenía el reloj, con total nitidez, como si estuviera ahí delante.

—Pero... te habrá costado una fortuna, yo solo te lo dije por...

—Te mereces eso y más.

La mujer llevó las manos a su rostro para cortar el paso a unas traicioneras lágrimas, dejó con mimo el reloj a un lado. Su vista se detuvo en lo que parecía ser un álbum de fotos. Sin abandonar los movimientos pausados lo cogió depositándolo en la mesa. Se tomó unos interminables segundos antes de reunir el valor suficiente para enfrentarse a lo que pudiera ocultar su interior.

Dejó caer la mano sobre el álbum. La tapa acolchada de color verde, y ribeteada en oro, pasó frente a ella como si unas manos invisibles la movieran. Ante sus ojos la primera foto.

A continuación la segunda...

La tercera...

—Dios mío...

Cada página del álbum se le antojaba como un golpe certero en la boca del estómago. Fotos macabras que reflejaban el horror que habían vivido hombres y mujeres y que el asesino había captado desde diferentes ángulos. Pasó las hojas como

una autómatas no queriendo llegar a la fotografía que su mente buscaba pero que la razón le empujaba a mirar hacia otro lado. Una fecha en la parte superior de cada página, a continuación el nombre de un lugar. Debajo, una imagen de una pulsera, o un collar, o unos gemelos, colocada junto a la víctima, bien en su mano, en su cuello o en el puño de la camisa.

«Es su letra...».

Todo perfectamente documentado. Como psicóloga que era no albergaba duda alguna de lo que se mostraba ante ella. Sus manos, desobedeciendo sus órdenes, pasaban y pasaban páginas hasta llegar al quince de abril de 1987.

Ahí estaba.

Un recorte de periódico, fechado dos días después, que recogía la noticia del accidente de su hermano Felipe. Una foto del reloj colocado en su muñeca. Otras dos del propio Felipe con el rostro desencajado mirando a la cámara.

—¡Dios mío!

Llevó las manos a la cara ahogando un grito. Durante unos minutos fue incapaz de apartar la mirada de la imagen de su hermano. Por sus mejillas comenzaron a resbalar lágrimas de forma descontrolada. En un momento de lucidez volvió la cabeza hacia su derecha, del bolso extrajo el móvil e hizo una llamada que quizá debió haber realizado tiempo atrás.

Solo quedaba esperar.

Eso hizo, esperó, a ratos con la mente en blanco, a ratos con la imagen de Felipe, la cara desencajada, mirada suplicante, mostrándose insistente en su cabeza. A ratos, con el rostro del desconocido con el que había compartido los últimos veinte años.

De repente, la puerta del desván se abrió.

—¿Qué haces ahí, Blanca? He traído a los niños porque por lo visto hoy no hay clases por amenaza de bomba y... —su mirada se detuvo en el álbum de fotos y en las cajas que había sobre la mesa. Su vista fue al altillo, de nuevo a su mujer.

—Pero... ¿Qué has hecho? No debiste...

De fondo, el ulular de las sirenas de la policía se colaba entre el silencio que se había apoderado del desván. El hombre no añadió nada más, dio media vuelta y salió corriendo.

Dos pares de ojos observaban la escena.

*Parque El Retiro, Madrid**Primavera de 2000*

Habían pasado la tarde merendando en una de las terrazas del parque que dan al estanque. El día soleado invitaba a alquilar una barca antes de que el sol se ocultara.

—Yo os espero aquí, no me apetece nada lo de pasear en barca y remar —la chica echó su melena rubia por un lado mientras daba un fugaz vistazo a sus uñas.

—Bien, como quieras, en menos de una hora volvemos. ¿Oye, nos dejas la cámara?

—Lo siento, Marcos, ya sabes que es un recuerdo y siempre va conmigo —dijo poniéndose en pie—. Me voy a casa, aún no he terminado el trabajo para mañana.

—Siempre dejas todo para el final. Bueno, nosotros vamos a dar una vuelta en barca —volvió la mirada hacia la rubia—. ¿Prefieres quedarte sola?

—Sí, tomaré un poco el sol. No me va a pasar nada.

La chica rubia estiró las piernas sobre la silla metálica que dejaron libre y cerró los ojos sintiendo el tenue calor de los rayos del sol en su rostro.

Apenas fueron diez minutos.

Lo que se presumía como una tarde soleada dejó paso a unos inesperados nubarrones que en breves minutos cubrieron el cielo.

Comenzó a llover.

—¡Malditas nubes!

Recogió las piernas, miró a un lado y a otro buscando un sitio donde guarecerse de la lluvia. Lo vio. A su derecha, a no más de cincuenta metros distinguió varios árboles de frondosas ramas.

Se puso en pie.

La fina lluvia se convirtió en un aguacero. La gente corría de un lado a otro mientras se hacía de noche a media tarde.

Con el bolso sobre la cabeza aceleró el paso con cuidado de no perder el equilibrio en el suelo embarrado. Conforme se acercaba a su objetivo comprobó satisfecha que el grupo de arboles permitía introducirse entre ellos.

—Me he empapado —dijo mientras daba golpes en el suelo con las botas de caña corta— cómo se me estropeen...

Ya a cubierto asomó la cabeza y elevó la vista al cielo. Parecía que los nubarrones habían venido para quedarse.

«El puñetero hombre del tiempo no da una».

De pronto sintió una presencia a su espalda. Una presencia y un olor

inconfundible que sin saber por qué le hacía sentirse bien, quizá demasiado bien.

—¿Pero no te habías ido?

—Al ver que llovía he vuelto por si me necesitabas.

Gus se colocó detrás de ella rodeándola con sus brazos. La nariz rozando su cuello, su tibia respiración erizaba el vello de su amiga.

Con ello contaba.

Pudo atisbar el perfil de la chica con una suave sonrisa recién dibujada en su rostro. No había nada como hacer el amor, o simplemente jugar, en lugares públicos. Entre los favoritos de la pareja se encontraban los baños de la Facultad de Ciencias de la Información, la propia aula, cuando ya se habían ido todos y faltaban pocos minutos para que el bedel hiciera su ronda. En los recovecos de los anchos pasillos o en las escaleras entre plantas o en probadores, incluso, como ahora, escondidos entre un grupo de árboles viendo a la gente correr.

—Eres malo, Gus. Oye, ¿sabes qué nunca te he preguntado si Gus es de Gustavo?

Fue lo último que dijo antes de que un fino alambre se enrollara en su cuello y terminara con su vida entre espasmos. El chico tiraba con fuerza sin perder de vista el rostro de su amiga presa del pánico. Sus ojos exageradamente abiertos, llenos de dudas, de preguntas, las manos intentando asirse al alambre. Tiró hacia abajo para dejarla caer en el suelo y no pesara tanto. Si no fuera por lo novedoso de la situación se hubiera reído con el descontrolado movimiento de pies y piernas de la chica, parecía que se esforzaba en quitarse los zapatos.

«La próxima vez tendré que pensar en otra cosa».

Tiró y tiró con más fuerza, sentía como los dedos le quemaban y su respiración se agitaba por el tremendo esfuerzo. Poco a poco ella dejó de resistirse, los brazos colgados a ambos lados y la mirada fija en su asesino.

—No me mires así, Lorena, no es nada personal —susurró.

El chico moreno negaba con la cabeza mientras dejaba caer lentamente el cuerpo inerte de la chica rubia en el suelo. Con gesto de hastío desenrolló el alambre, limpió una de sus manos que introdujo en un bolsillo del pantalón para hacerse con una pulsera.

Miró a Lorena.

—Te dije que ese color de uñas no te sentaba bien —murmuró mientras le colocaba una pulsera en la muñeca—. Te lo cambio por... A ver...

Durante unos segundos su mirada recorrió el cuerpo de la chica. Negaba lentamente como si le costara decidirse.

—... por este anillo —con dos dedos lo rodeó y tiró, al principio con suavidad. No había manera.

«Mierda».

Sentía como se estaba enfureciendo por momentos.

«Tranquilo, solo es un puto anillo».

—Maldita manía de ponértelo en el dedo gordo —escupió las sílabas mientras

tiraba con rabia. Al fin, con un último esfuerzo, logró hacerse con el pequeño aro que guardó en un bolsillo del pantalón y sacó su pequeña cámara y sacó varias fotografías.

—Con el teléfono móvil, la cámara, el tabaco, las llaves, voy a necesitar una maldita mariconera para cuando haga más calor —murmuró mientras ajustaba el objetivo— en invierno es todo más fácil con el plumas o con lo que lleve siempre hay sitio.

«En fin, vamos allá».

Barrió el lugar con la mirada, no parecía que hubiera nadie cerca. Colocó la mano de Lorena con la palma hacia abajo, separó los dedos que se empeñaban en cerrarse en un puño.

—Así está bien.

Hizo un par de fotografías de la pulsera y otras tantas del rostro de la chica que miraba a Gus con los ojos exageradamente abiertos, quizá, asombrada por lo que había hecho.

—No me mires así, te prometo que no tiene nada que ver contigo. O sí, y resulta que formas parte de un ambicioso plan con el que he de continuar —susurraba mientras cruzaba los brazos de la chica sobre el pecho, pero uno se resistía y se deslizaba hasta el suelo.

«Es igual».

Aguantándose las ganas de fumar dejó que pasaran unos minutos antes de decidirse a abandonar su escondite entre los árboles. Elevó la vista al cielo, los nubarrones habían decidido acompañarle unos minutos más, pero por lo menos había dejado de llover. Repasó su camisa, eliminó unas invisibles motas de polvo y sacudió sus pantalones. Nada más poner un pie al otro lado del refugio de las frondosas ramas una pequeña pelota llegó botando hasta chocar con sus zapatos. Una niña, que no debía contar más de cuatro años, apareció corriendo, al descubrir a Gus se detuvo en seco. La barbilla pegada al pecho y la vista en los ojos del chico.

—¿Es tuya? —quiso saber mientras cogía la pelota.

La niña asintió. Su mirada se iba a un punto entre los árboles.

—¿Dónde están tus padres?

Sin dejar de mirar hacia ese punto estiró el brazo señalando detrás de ella.

—Allí.

Gus se volvió siguiendo la mirada de la niña. Un zapato de Lorena asomaba entre el suelo y las ramas.

—¿No te han dicho que nunca hables con desconocidos?

—Sí.

—Pues obedece a tus padres —dijo entregándole la pelota—. ¡Corre! ¡Vamos! —tras un par de secas y sonoras palmadas la pequeña salió despavorida.

Gus se subió el cuello de la fina chaqueta, hundió las manos en los bolsillos y con paso distraído abandonó El Retiro, subió por la calle de O'Donnell camino de la boca

de metro de Ibiza. Mientras aguardaba el semáforo sacó un pitillo. En su cabeza se reproducía el momento recién vivido. Mientras encendía el cigarro una fina sonrisa se perfiló en su rostro. En cuanto el semáforo cambió, miró a las nubes y formuló mentalmente un *lo siento*, dicho con la boca pequeña.

«Necesito una Coca Cola».

Apuró un par de caladas, entró en un bar. A su derecha, una pequeña mesa redonda que parecía de uso individual, le estaba llamando. Mientras le traían la bebida miraba a través del cristal, sin ver. De nuevo, su mente repasaba a cámara lenta los últimos momentos, desde que vio a Lorena ponerse a cubierto bajo los árboles hasta que la dejó caer al suelo, pasando por el instante en que rodeó su cuello con el fino alambre.

Se sentía bien. Muy bien.

—Su Coca Cola.

—Gracias.

Volcó el contenido de la lata a un par de dedos de distancia del vaso. Sonrió con el resultado dispuesto a hacer lo que más gustaba; dar cortos y lentos sorbos a la condensada espuma.

De nuevo, la vista más allá del cristal.

Lo de elegir a Lorena no respondía a un asunto personal, más bien a una cuestión de comodidad. Sabía que a su lado la oportunidad le podría surgir en cualquier instante, pero las semanas pasaban y no daba con el momento adecuado, por ello, desde pocos días atrás llevaba el alambre en el bolsillo y la cámara.

Era consciente que elegir a una persona conocida no era buena idea. No, nada buena, pero para estrenarse no se le ocurrió otra mejor. Tenía un largo trabajo por delante y había dejado pasar demasiados años sin atreverse a dar el paso.

Sonrió a sus recuerdos.

La verdad no era exactamente así, ya se había estrenado, pero su falta total de experiencia no le había permitido terminar el trabajo como mandaban los cánones. Al menos, los cánones que había estudiado y aprendido con detenimiento. Aquello se saldó con un simple empujón y una zancadilla, nada comparable con lo que ya consideraba su estreno. Bueno, pensándolo bien había habido otras, pero sin planificar y eso no se podía considerar un buen trabajo.

Ahora ya no había vuelta atrás.

La cacería había comenzado.

Las siguientes víctimas tenían nombre y apellido, solo faltaba poner fecha al día de su muerte. Sí, se sentía feliz, cargado de adrenalina y en disposición de continuar con un trabajo que nadie debió interrumpir.

Salió del bar y entró en el metro.

«Tengo que estudiar».

*Cementerio de Santander**Invierno de 1997**Una Rosa Blanca. Una Rosa Negra*

La comisario Rocío Prados acababa de dar por finalizado el caso de las rosas. Ciertamente, que, excepto en los inicios del mismo, en tiempos del ya fallecido inspector y breve período como comisario, Cortizo, jamás fue considerado lo que se denomina, como un caso. De ello se encargaron las innumerables trabas que impusieron al entonces comisario Antonio Rovira y su equipo.

No, no fue un caso, pero para Rocío nunca dejó de serlo. Conforme avanzaba por su cuenta y riesgo en la resolución más se involucraba con el asesinato de Alma Mateo sin olvidar el fallecimiento del hermano de María, Fran, en el internado El Bosque. Sí, para ella siempre será María lo mismo que para Leonora y el tío Javier será la pequeña Esther.

En el cementerio de Santander el tiempo se había detenido. Llevaban varios minutos en silencio, abrazadas, a ratos llorando, a ratos solo sintiéndose tan cerca, después de haber estado tan lejos una de otra en los últimos años.

«Cuando se separaron, María Esther se agachó junto a un estrecho y alargado florero colocado frente a la verja del panteón. Con sumo cuidado, como si temiera romperlas, introdujo dos rosas. Una rosa blanca por su memoria. Una rosa negra por su funeral».

—Todo ha terminado —dijo Rocío mirando las rosas. En cuanto sus palabras partieron de su boca se arrepintió de haberlas pronunciado. Su amiga permanecía agachada, junto al florero— perdona, no quise...

—Sé lo que has querido decir y llevas razón —dijo mientras se incorporaba y emitía un largo suspiro observando la verja del pequeño panteón—. Alma siempre me acompañará, lo sé, pero al menos ya no tendré que seguir esquivándote.

Rocío le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Ven, dame otro abrazo, lo necesito.

—No más que yo, comisario —apuntó sonriente.

—Veo que las noticias vuelan.

—Tengo mis fuentes.

—¿Tus...? —en la cabeza de Rocío se formó veloz la imagen de dos encantadores ancianos con los que se había reunido pocos días atrás—... Leonora y Javier ¿verdad?

—Sí, son de lo mejor que me ha pasado nunca. Por cierto, el comisario Rovira

¿sabe...?

—Sí, lo sabe todo. ¿Tienes tiempo para un café o algo más? Me muero de hambre.

—Claro, tenemos mucho de qué hablar y me gustaría que conocieras a mi marido y a mi hijo.

—Me encantará.

Las dos amigas se pusieron en camino. Los primeros minutos los recorrieron en silencio, quizá asumiendo la nueva situación que se les presentaba en su relación, o quizá fuese que la quietud del cementerio, unida a la paz y tranquilidad que se había apoderado de ambas, ejerciera de válvula de escape a todos los nervios y temores pasados. Una, porque no quería verse en la obligación de detener a su amiga. Otra, porque deseaba abrazar a su posible captora y a su hija.

—Por cierto, no es comisario.

—¿No?

Rocío negó con la cabeza.

—No, Rovira es comisario principal.

María Esther asintió con gesto sonriente.

—Me alegro mucho por él, ha sido el mejor jefe que he tenido jamás —agachó la cabeza y se situó frente a su amiga—. Lo que no acabo de comprender es que... —calló unos instantes, hundió las manos en los bolsillos del chaquetón mientras dibujaba con la punta de la bota en el suelo pequeños círculos. Levantó la cabeza y añadió—:... es que... si lo sabía todo porque no me ha detenido. Es policía y bueno, ya sabes...

Rocío se ajustó la bufanda en torno al cuello e introdujo las manos en los bolsillos, la humedad se colocaba bajo su caluroso abrigo.

—Quizá porque tenemos una confesión.

—¿Cómo, qué tenéis...?

—Sí, Javier Mateo asegura que fue él quien empujó a Sandro Cobriña por la terraza del ático.

—Pero si tú sabes la verdad, no fue el tío Javier.

Rocío situó sus manos sobre los hombros de María, fijó sus ojos en los de ella.

—Sí, creo saber cómo sucedió todo. Entiendo que tus palabras al verme así lo corroboran, pero insisto en que tenemos una confesión.

María llevó sus manos a la cara, parecía que nada había terminado.

—¿Entonces, vais a detener al tío Javier?

Como respuesta la comisario sacó el móvil, ante la atenta mirada de su amiga pulsó un botón. Su rostro no dejaba transmitir sus emociones, confiaba en que con esa llamada pusiera fin a sus dudas.

—Comisario Prados, ¿cómo ha ido todo con nuestra querida María?

—Se la paso, señor —dijo mientras ofrecía el teléfono a la que fue su secretaria.

—Pero, yo... no sé qué... —con dudas, con muchas dudas, llevó el teléfono a su

oído— don Antonio...

Rocío se alejó unos metros ofreciendo toda la intimidad posible a María Esther. Volvió el rostro hacia ella, durante unos minutos parecía escuchar atenta, asentía, hasta que de repente la vio sonreír, llevarse la mano a la cara cortando el paso a unas lágrimas y también la vio reír.

Sonrió mirando la escena.

Unos minutos más tarde, una feliz María se acercó con el brazo estirado devolviendo el teléfono.

—¿Tranquila?

Asintió.

—Me cuesta hablar. Dice que no esperaba menos de ti, y que no le contara nada, que le bastaba con saber que me encontraba bien.

—¿Por qué te emocionaste?

—Porque le dije que... estoy embarazada.

Rocío abrió los ojos todo lo que daban de sí.

—Serás... —exclamó con los brazos abiertos—. ¡Enhorabuena! Me alegra tanto.

—Llevábamos mucho tiempo buscándolo.

Abrazadas salían del cementerio.

—Por cierto, me tienes que decir cómo es estar embarazada ya cuarentona.

Esther se detuvo, volvió el rostro hacia la policía escudriñando cada poro de su cara en busca de un motivo para ese interés.

—¿Por qué? Tú...

—Nunca se sabe, habría que preguntarle a Jesús.

—¿Jesús... Romero? ¡No me digas que estáis juntos!

Rocío asintió feliz.

—Otra cosa, la confesión no es tal, fue en una visita de cortesía a casa de Leonora y Javier.

Mientras tanto, en Madrid, un hombre sale huyendo de su casa dejando a su mujer con una vasta colección de macabros trofeos.

Aravaca, Madrid

Invierno de 1997

Blanca permaneció unos instantes cabizbaja, con la mirada perdida en el reloj de su hermano que sujetaba con mimo entre sus temblorosas manos. Su marido acababa de partir del desván como si le persiguieran en el peor de sus sueños. Las sirenas de la policía se acercaban más y más. Sentía como se apoderaba de ella una sensación muy conocida, tan conocida como antigua, deseaba que su madre la despertara para ir al colegio y que todo lo vivido durante los últimos años, todas las dudas, las sospechas, los temores y el contenido de las cajas que tenía frente a ella fueran los protagonistas de una maldita pesadilla.

No fue su madre quien la despertó sino un sonoro y seco portazo.

No, no se trataba de una pesadilla. Alguien había cerrado con fuerza la puerta de la calle. El sonido de un motor al arrancar atrajo su atención.

—Prudencio... —murmuró.

Se guardó el reloj de Felipe en un bolsillo, sacando fuerzas de no sabía dónde se incorporó y salió del desván lo más rápido que sus descontroladas piernas le permitían. Bajó los escalones lamentando su estúpida torpeza que le iba impedir alcanzar a su marido.

Las sirenas de la policía al otro lado de la calle.

—¡Prudencio! —Blanca corría atravesando el vestíbulo.

—¿Qué pasa, mamá?

Ignorando la voz de su hija continuó corriendo, abrió la puerta de la casa dispuesta a darle alcance, pero no pudo, varios policías obstaculizaban su paso. Miraba de un lado a otro sobre los hombros de los agentes buscando el coche de Prudencio.

No estaba.

—Acaba de irse... —su voz apenas un susurro, como si las fuerzas que la habían acompañado durante los últimos minutos la hubiesen abandonado sin previo aviso— ... en un coche blanco, ahora mismo, han tendido que cruzarse con él...

—Señora, soy el inspector jefe Mendía. ¿Ha llamado usted para denunciar varios asesinatos? —aún no se acostumbraba a presentarse con su nuevo cargo, pero la ocasión se lo pedía.

Blanca asintió.

—Mamá...

Escuchar la voz de su hija a su espalda la obligó a volver al presente. De pronto

nada tenía más importancia que encontrar entre su atormentada cabeza alguna explicación plausible que pusiera un poco de cordura y justificara, al menos mínimamente, la presencia de la policía en su casa.

—Ve a tu habitación, Sara. En unos minutos voy yo y te cuento lo que pasa.

—Pero...

—Por favor, ahora no, obedece y ve a tu habitación.

Vestida con el uniforme del colegio hubiese deseado que ese día no se hubieran suspendido las clases. Estaba asustada y necesitaba respuestas. Su madre estaba rara y su padre se había marchado corriendo como si tuviera algo muy importante que hacer, como cuando la tía Veva llamó de madrugada diciendo que acababa de romper aguas. En sus catorce años no recordaba haber visto a sus padres así.

De camino a su dormitorio se cruzó con su hermano.

—¿Qué pasa? —dijo el chico con la vista fija en la espalda de su madre, que aún permanecía bajo el quicio de la puerta.

—No lo sé, mamá dice que ahora vendrá a contárnoslo, que nos vayamos a nuestra habitación. ¿Sabes por qué ha venido la policía y papá se ha ido así?

—¿Así, cómo?

—Pues, corriendo y dando un portazo.

El hermano de Sara no respondió, giró sobre sí mismo y se marchó a su dormitorio dispuesto a disfrutar del último modelo de ordenador y de su privilegiada conexión a internet. Una de las empresas de su padre, un prestigioso centro de estudios, se benefició de la colaboración entre Telefónica y el Ministerio de Educación y Ciencia para disponer de la tecnología más avanzada. Aún no podía siquiera sospecharlo pero en pocos años, y gracias a sus nuevos ciberamigos, se iba convertir en un consumado *hacker*.

Blanca pasaba sus nerviosos dedos por la cabeza, frotándola con intensidad.

—¿Señora?

—Sí, discúlpeme —dijo volviendo en sí— he llamado yo—. Me llamo Blanca Morega y mi marido es... Prudencio Marcial.

«¿Y si me he equivocado?».

«¿Y si resulta que Pruden no...?».

—¿Me podría decir cuál ha sido el motivo de su llamada? —pidió Mendía cerca de agotar su paciencia.

De repente lo soltó.

—Creo saber quién ha matado a mi hermano hace diez años y...

—¿Diez años? —el inspector jefe abrió los ojos exageradamente—. Veamos, y... ¿Nos llama ahora, como si acabara de ocurrir?

La mujer asintió.

—Creo que mi hermano Felipe ha sido uno más de una larga lista.

Mendía sentía como echaba de menos a su lado a Rocío Prados y a Romero. Si

por él fuera se hubiese despedido de esa mujer que parecía algo trastornada y regresado a comisaría, pero algo le decía que debía quedarse y averiguar qué coño pasaba.

—¿Una larga lista? ¿Podemos entrar y me lo cuenta?

Blanca se echó a un lado. En cuanto se dio la vuelta vio como su hija subía de dos en dos los escalones del último tramo de escaleras, rumbo a su dormitorio.

—¿Un café?

El salón estaba impregnado de un suave aroma a café recién hecho. Mendía se hubiera tomado uno o dos pero prefirió esperar para ver qué le deparaba esa visita.

—No, se lo agradezco. Por favor, hábleme de esa larga lista.

Eso hizo.

Durante la siguiente hora, Blanca se esforzó en parecer lo más activa posible y afrontar la situación como si estuviera en algunos de los seminarios de la Facultad o en su consulta de psicología. Intentó aportar todos los datos que pudo, sus sospechas desde el primer momento que comenzó a temer que su marido escondía algo hasta que encontró las malditas cajas.

—Fue una llamada de mi hermana Genoveva, me pedía unas fotos de familia de cuando éramos pequeñas. Insistía en que las tenía que tener yo —calló unos instantes y añadió—: busqué en los únicos lugares dónde no lo había hecho antes, aunque sabía que ahí no podían estar pero como había revuelto toda la casa y no aparecían...

—¿Qué lugares eran esos? —Mendía tomaba notas en su libreta. Aún no tenía nada claro que la mujer que estaba sentada frente a él, casada con uno de los más prósperos empresarios de España y que no dejaba de frotarse las manos, no necesitara la ayuda de un colega de profesión.

—En los altillos del desván, los más cercanos a la puerta.

—Sí...

Blanca clavó sus ojos en el inspector.

—Ahí estaba todo... todo —escondió la cabeza entre sus manos—. Todo...

Mendía suspiró.

La mujer levantó la cabeza como si algo le hubiera asustado, metió la mano en el bolsillo y sacó un reloj.

—¿Ve? Era de mi hermano —dijo mostrándolo.

El inspector se giró hacia un agente, con un gesto le pidió unos guantes.

—Se lo regalé cuando se licenció en económicas. Unos días antes de que sufriera un accidente.

—¿Un accidente? —quiso saber mientras analizaba el reloj— ¿no decía que le habían asesinado?

—Sí, bueno, no lo he sabido hasta esta mañana cuando lo he encontrado en una caja —de nuevo la cabeza entre las manos— había fotografías de Felipe con el reloj, y otras, otras... horribles —respiró profundamente como si necesitara aire con urgencia— estaba aterrorizado, muerto de miedo ¿entiende?

No, el inspector apenas entendía nada.

—¿Dónde está esa caja?

—Son varias, están en el desván.

—¿Le importa que vayan mis compañeros a por ellas?

—No, no. Son las cuatro que están sobre la mesa.

Mendía se incorporó. Habló en tono quedo con una pareja de agentes y se volvió hacia la mujer.

—Si no le importa, ahora sí que le acepto esa taza de café, hoy no he podido desayunar.

—¿Eh? Sí, sí claro.

Un ruido de llaves que provenía de la cocina alertó a los policías.

Blanca consultó el reloj.

—Es Saturnina, llega a las diez —dijo como si los presentes debieran saber de quién hablaba— se encarga de limpiar y de la comida —aclaró al ver los rostros de sus visitantes. Tras dedicar una sonrisa de circunstancias al inspector jefe se puso en pie camino de la cocina.

Mendía permaneció como absorto mirando la espalda de la mujer mientras se alejaba. Continuaba sin decantarse por salir de aquella casa con el habitual; haremos todo lo que esté en nuestras manos, o permanecer allí a la espera que de una u otra forma aconteciera algo que le empujara a proseguir con la investigación. Definirlo así, investigación, a esas alturas era ser demasiado ambicioso.

«Lo que duren el café y el contenido de las cajas».

Al menos había tomado, sin proponérselo, una decisión. Con eso bastaba, sin embargo, no lograba eliminar del todo ese cosquilleo, esa incómoda sensación de encontrarse ante un extraño caso.

«Que al menos no sea como el de las rosas y nos dejen investigar hasta el final».

La puerta corredera que separaba el salón del pequeño vestíbulo que daba acceso a la cocina se abrió. El rostro afectado, cubierto con media melena rubia, de Blanca Morega apareció en primer término. Entre sus manos, una bandeja con dos tazas y un par de pequeñas jarras y lo que Mendía creyó identificar como un azucarero. Los ojos tristes, a los que comenzaban a rodear una grisácea bolsa, se fijaron en él, su rostro trató de perfilar una tenue sonrisa, con escaso éxito. Tras ella, una mujer, mayor que la señora de la casa, que frisaba los cincuenta o alguno más, y que debía ser la tal Saturnina, portaba otra bandeja repleta de tazas y con jarras de un tamaño acorde con el número de platillos y tazas que las acompañaban.

Blanca miró a Mendía y señaló a Saturnina con un leve movimiento de cabeza mientras dejaba la bandeja sobre una mesa junto a la doble ventana del salón que daba a la calle.

—Es para sus compañeros, inspector jefe.

A un gesto de Mendía el agente que permanecía en pie a su lado se encaminó raudo a servirse un café.

—Con inspector a secas es suficiente, pero gracias, no debió molestarse.

—No es ninguna molestia —dijo mientras tomaba asiento— ¿azúcar?

—Sí, una, gracias.

Mendía escudriñaba el perfil de Blanca. A pesar de estar pasándolo realmente mal, y que su expresión reflejara un profundo abatimiento, sus ojos marrones y las suaves facciones de su rostro seguían ofreciendo una belleza fuera de lo común.

Dio un sorbo y asintió satisfecho.

—Es extraordinario, el café, me refiero.

—Sí, lo es, gracias.

El inspector dejó la taza sobre la mesa. Sus movimientos eran lentos, como si pretendiera que transcurrieran unos necesarios segundos antes de tomar la palabra.

—¿Por qué no le denunció antes? —soltó de improvisó.

Blanca dio un pequeño sorbo antes de disponerse a contestar. No sería una respuesta nueva y mucho menos original, ya que pensaba que lo había hecho antes, pero sabía, por las películas y las novelas de las que era consumidora habitual, que la policía volvía una y otra vez sobre el mismo tema.

—Como le comenté, al principio de todo no se trataba ni de sospechas. Es el paso del tiempo el que te empuja a buscar un nuevo enfoque a cuestiones que en su día parecían bastante lógicas.

—¿Cómo por ejemplo?

Blanca dejó la taza y se acomodó en la butaca, sentada más cerca del borde que del respaldo. Las piernas juntas, la mirada huidiza y la respiración agitada.

—Un día llegó de uno de sus habituales viajes, con su también habitual regalo. Se fue a dar una ducha, entré en el dormitorio para colgar su chaqueta. Al cogerla, sentí como el bolsillo derecho pesaba bastante más de lo habitual —la mujer suspiró— sin pensarlo metí la mano y saqué una pulsera de brillantes.

Mendía no abrió la boca, quería que continuara sin que perdiera el hilo.

—Reconozco que al principio pensé que sería su regalo, pero no era la forma en que solía dármelo. Dejé la pulsera sobre la mesa sin darle mayor importancia. Cuando salió del baño y entró en la habitación se lo comenté. ¿Sabe qué me dijo? —sin esperar respuesta continuó—: Parece mentira que una mujer se deje algo así en el coche ¿verdad, cariño?

Mendía arrugó el ceño.

—No, no estaba confesando una aventura —dijo al ver la cara del inspector—. Por lo visto, se trataba de la mujer de un cliente a los que había llevado a cenar.

—¿Qué fue de la pulsera?

—La vi esta mañana en una de las cajas de las que le hablaba.

Como si les hubieran dado paso, la pareja de agentes que había subido al desván, descendían el último tramo de escaleras con sendas cajas en sus manos.

—Es lo que había sobre la mesa —apuntó uno de ellos.

Blanca negaba con la cabeza.

—No, no son esas —levantó la tapa de ambas mostrando su contenido.

Frente a los policías, una de las cajas mostraba lo que parecían adornos de Navidad, la otra, álbumes de fotografías.

Mendía miró a sus compañeros.

—Es lo que había sobre la mesa inspector —insistió la agente de policía.

—No, no puede ser —el semblante de Blanca Morega dibujó los trazos que recordaban a un rostro dominado por el pánico, quizá fuese más exacto afirmar que estaba dominado por el terror.

Sin decir palabra se puso en pie y partió escaleras arriba mientras su cabeza se movía vehementemente de izquierda a derecha una y otra vez. Mendía partió tras ella.

—No, no es posible... —insistía.

Entró en el desván. Barrió la estancia con la mirada. Las cajas no estaban donde ella las había dejado. Elevó la vista buscando el altillo, estaba cerrado.

—Lo dejé abierto...

Mendía siguió con su mirada el lugar en el que la mujer tenía enfocada la suya.

—¿Ese es el altillo al que se refería?

—Sí, esas dos puertas —apuntó mientras se hacía con la escalera. Sentía como su corazón volvía a acelerarse, la boca seca. Rechazando la oferta del inspector para subir él, apoyó las manos en el armario y abrió las pequeñas puertas con cautela como si temiera que lo que hubiese dentro se fuera a abalanzar sobre ella.

«Tienen que estar, tienen que estar, tienen que...».

La abrió de par en par. Empujó con rabia las bandejas que impedían ver el fondo y ahogó un grito.

No estaban.

Mendía no perdía detalle de cada movimiento de la mujer. Si algo le había transmitido desde que la conoció, poco más de una hora atrás, era su convicción de que todo lo que contaba era cierto, a pesar de que no pudiera apoyar sus palabras con prueba alguna. Cuando empujó lo que hubiera dentro del altillo la vio llevar su mano a la boca y lentamente como si de un globo se tratara sus brazos, primero, y sus rodillas a continuación, comenzaron a desinflarse. Logró cogerla en brazos cuando caía desde los cinco escalones de altura.

—Mamá...

Sara apareció bajo el quicio de la puerta en el momento en que el inspector dejaba con suavidad a su madre en el suelo.

—¿Qué le pasa? —preguntó con voz temblorosa.

—No te preocupes, es solo un desmayo. ¿Te importaría avisar a mis compañeros? Necesitamos una ambulancia.

La niña, inmóvil, no apartaba la vista de su madre.

—¿Sara? Te llamas Sara, ¿verdad?

—Sí...

—Por favor, avisa a mis compañeros.

Sin decir nada más, la niña giró sobre sí misma y partió escaleras abajo. Un minuto después hicieron acto de presencia la pareja de policías que se había hecho cargo de las cajas.

—Pedid una ambulancia. Se ha desmayado.

Pasos acelerados subiendo las escaleras.

—¡Inspector! Su teléfono, es la segunda vez que suena.

—Gracias —dijo mientras extendía el brazo. Miró la pequeña pantalla—. Comisario Prados, me alegro de oír su voz. ¿Qué tal por Santander?

—De maravilla, un tiempo extraordinario. Estoy con nuestra querida María, su pequeño Fran, y David, su marido, tomando un café mirando el mar.

—No, sigas, por favor. Dale un abrazo a María.

—De tu parte ¿dónde estás?

Mendía se incorporó. Con un gesto señaló su teléfono a los agentes y bajó al salón.

—Estoy en casa de Prudencio Marcial.

—¿El empresario?

—Sí.

El inspector le hizo un resumen de su visita a la casa y de la increíble historia que Blanca Morega les había narrado. El supuesto asesinato de su hermano, las cajas desaparecidas con posibles pruebas, la sospecha de que su marido está detrás de multitud de muertes sin resolver.

—¿Dices que se ha desmayado?

—Sí, un momento antes de llamar tú. Estamos esperando la ambulancia.

Rocío guardó silencio unos instantes.

—¿Crees que está en sus cabales?

Esta vez fue Mendía el que se tomó sus propios segundos para ofrecer una respuesta lo más cercana a la realidad, al menos a lo que él entendía que podía ser la realidad.

—He pasado algo menos de un par de horas con ella. Apostaría que hasta el día de ayer era una mujer perfectamente cabal.

—¿Pero...?

—Pero ahora no sabría qué decirte, Rocío. La historia que cuenta es, para ella, totalmente verídica. Cree en lo que dice sin duda alguna. La desaparición de las cajas, con las supuestas pruebas, le ha producido un *shock* tan grande o más que confirmar que su marido es un brutal asesino en serie.

—Es una acusación muy grave... —murmuró con la vista perdida en el horizonte del mar Cantábrico.

—¿Es qué piensas? —la agudeza mental de la que fuera su compañera y actual jefa no había disminuido con el paso de los años, sino al contrario—. ¿Qué te dice tu instinto?

—Si estás en lo cierto y la señora Marcial estaba...

—Morega, Blanca Morega. Así se ha presentado, con su apellido de soltera.

—Vaya... —Rocío comenzó a caminar a paso lento sin separar la vista del maravilloso espectáculo que le ofrecía el mar en calma con el cielo despejándose, o abriendo como le aseguró el encargado del cementerio apenas unas horas antes— es curioso. No deja de ser interesante que una mujer mantenga su apellido de soltera y menos aún al casarse con un personaje como Marcial.

—Quizá el motivo sea sencillo. La mujer tiene una consulta de Psicología desde antes de casarse, si cambiara su apellido quizá le afectara a su trabajo.

—Sí, es posible. Trabaja fuera de casa sin necesitarlo, es psicóloga, madre de familia, me pregunto por qué iba a inventar algo así. Y si está desequilibrada ¿por qué salió el marido huyendo? —calló unos segundos— oigo la sirena...

Mendía se asomó a la puerta de la calle, la ambulancia acababa de llegar.

—Sí, aquí está. Sobre lo que planteabas no tengo respuestas y ya sabes cómo me molesta sentirme así. También me pregunto cómo un asesino en serie puede llamarse Prudencio.

—Mendía, no cambiarás.

El inspector no lo podía ver, pero la cara de Rocío dibujó una firme sonrisa.

—Es posible que solo me llame la atención a mí., pero a lo que iba, lo que sí sabemos —continuó— es que, efectivamente, Prudencio Marcial se marchó con prisa, lo ha confirmado su hija, el chico se ha metido en su dormitorio y no sale, luego hablaré con él.

Mendía se giró hacia los técnicos de urgencias que avanzaban en su dirección.

—Es arriba, en el desván —señaló con el brazo extendido en dirección a las escaleras del fondo del salón. Volvió su atención al teléfono— respecto a si se ha inventado toda la historia...

—¿Sí...?

—Pues que si tuviera que apostar, diría que no, comisario.

—Sospecho que tienes otro *pero*...

Esta vez fue el inspector el que sonrió.

—Así es, este *pero* va relacionado con las cajas que asegura que existen y no aparecen. Sin ellas no tenemos nada, solo el relato de Blanca Morega.

—¿Se las puede haber llevado el marido?

—Según ella le oyó arrancar el coche y salir, fue detrás y se topó con nosotros. Ahí te mando otro *pero*... Pero pudo entrar en la casa cuando yo hablaba con ella en el salón, quizá por alguna puerta trasera o...

—Localiza a Prudencio Marcial, a partir de lo que te diga intentaremos hilar una historia convincente. Regreso mañana.

—Ya he dado orden para que busquen su coche.

La policía iba a encontrar el vehículo y al empresario pero no como esperaban y mucho menos, como hubieran deseado.

*Parque El Retiro, Madrid**Primavera de 2000*

Poner fin a la vida de Lorena le había originado una extraña sensación difícil de describir y más aún de digerir. Como todo lo acontecido desde el momento en que encontraron su cadáver, un día después, las absurdas manifestaciones en la Facultad de Ciencias de la Información en recuerdo de la chica, los numerosos funerales y la investigación de la policía. No fue fácil interpretar el papel de pareja afectada.

—Nos han dicho que usted era su novio.

«¿Usted? ¿Novio?».

—¿Novio? —repitió en voz alta.

Se hallaban en comisaría. El oficial Corrales efectuaba uno de sus primeros interrogatorios en solitario como preparación a su inminente examen para subinspector. Abrió una fina carpeta y consultó una hoja mecanografiada.

—Veamos ¿me permite su DNI?

—Ya di mis datos en recepción y...

—Si es tan amable. —Faustino Corrales extendió la mano. En la hoja mecanografiada contaba con los datos del estudiante. En otra, una copia de su expediente de la Facultad de Ciencias de la Información donde estudiaba Periodismo.

—Como dije al poli de la entrada solo llevo el carnet de la biblioteca de la universidad —entregó la documentación con el rostro más afectado que pudo ofrecer.

—Debe llevar siempre el DNI encima.

—Lo sé, pero lo he perdido varias veces y prefiero que sea el de la biblioteca el que me olvide en cualquier lado.

—Ya. Veamos... Gus Mantial Noriega —susurró leyendo el carnet y llevando a continuación la vista a sus notas—. ¿Gus, de Gustavo?

—Sí —mintió.

Retocar su nombre real, Agustín Marcial Morega, en los listados de la Facultad fue tarea sencilla. No se trataba de cambiar unos apellidos por otros, sino de que en caso de descubrirse pareciera un simple fallo a la hora de pasar los datos al registro de alumnos. Un par de consonantes por apellido bastarían. Su DNI mostraba, de momento, su nombre real.

No por mucho tiempo.

—Según tengo entendido, usted mantenía una relación con la víctima, con Lorena Rodríguez.

A Gus no dejaba de sorprenderle ese trato tan respetuoso que le sonaba a falso.

—Sí, salíamos. Llevábamos un par de meses o algo menos, pero nunca habíamos hablado de ser o no ser novios. Eso está pasado de moda ¿no cree?

Corrales no añadió nada, permaneció con la vista fija en el chico esperando a que continuara.

—Pero si lo que quiere saber es si me ha afectado la muerte de Lorena —Gus se esforzaba en humedecer los ojos y en que su voz partiera entrecortada—, pues sí, claro que me ha afectado. ¿Cómo se sentiría usted si la chica con la que sale es asesinada minutos después de haberse despedido de ella? ¿Eh? Dígame cómo...

—Relájese. Lo que yo piense es irrelevante y el que hace las preguntas aquí soy yo, ¿entendido?

—Sí...

Aún le aguardaban un par de interrogatorios más, pero no era esto lo que más le incomodaba, sino las constantes muestras de condolencia que recibía de sus compañeros de clase, de los profesores, incluso del decano. Como guinda a tanta hipocresía; la visita que se vio obligado a realizar a los padres de Lorena en compañía de sus amigos.

Sin duda, se había equivocado en la elección de su víctima para su puesta de largo. Jamás había pensado que se iba a hablar tanto de ella. Ni que la hubiese asesinado en el campus.

«Si lo llego a saber...».

Lo positivo de todo esto era que su frágil tapadera con el carnet de la biblioteca había resultado todo un éxito. En breve debería retocar su partida de nacimiento, pedir un nuevo DNI por haberlo perdido o denunciar un supuesto robo. Más tarde regresaría a la comisaría a informar que no le habían puesto bien los apellidos, su partida de nacimiento lo corroboraría. Si al funcionario de turno no le daba por investigarlo como si le fuera la vida en ello, debería hacerse con su nuevo DNI sin mayor problema.

Dejó pasar un par de meses, la primavera tocaba a su fin, para iniciar lo que esperaba fuera una larga carrera. Sí, seguramente se había equivocado con Lorena, pero la sensación de observarla mientras la vida abandonaba su cuerpo no tenía precio. Se podría decir que era la primera vez que podía experimentarlo con tanta intensidad.

Apenas le quedaban un par de exámenes para terminar el curso y dos años para poner fin a sus estudios. Quería concluir con buena nota la carrera de periodismo, más por orgullo personal que por el apoyo que esto le pudiera suponer para incorporarse a alguna empresa importante. No se consideraba una persona con ambiciones extremas. El dinero por el dinero no era un objetivo, menos aún con la herencia de su padre que cobraría en breve. Levantó la cabeza de los apuntes y encendió un pitillo. Necesitaba darse un respiro, fue a la cocina a por una Coca Cola y regresó a su dormitorio.

—Ha llegado el momento...

Sí, sentía que estaba preparado, había dejado pasar demasiado tiempo desde aquel día tan lejano cuando todo comenzó. Nada como poner en práctica lo aprendido para comprobar si realmente había llegado su momento.

Estaba dispuesto a comenzar de una vez por todas. Sintió un fino y agudo cosquilleo por todo el cuerpo mientras de un cubilete repleto de bolígrafos y clips metálicos se hizo con una llave que introdujo en el cajón inferior de su escritorio. Tiró del pequeño pomo con suavidad y cogió un cuaderno. Con mimo, como si temiera romperlo lo abrió sobre la mesa, repasó cada apunte de su padre hasta dar con el objetivo.

—Mariano Fuente, Venecia-Madrid marzo de 1983.

Con un rotulador azul rodeó el nombre de su hija, su siguiente víctima, y sonrió. Lo primero era localizarla, estudiar todos sus movimientos y encontrar el momento para actuar. Tras un suspiro largo y profundo levantó la tapa del portátil, abrió Google, el recién inaugurado buscador en español y escribió:

«Marisol Fuente».

Lamentaba no contar con el segundo apellido pero confiaba en que no hubiera muchas con ese nombre.

«Veamos...».

Frente a sus ojos, Google le mostró al menos cinco personas que respondían al nombre buscado, pero con escasa información sobre ellas.

Cogió el teléfono y llamo a uno de sus amigos que le estaba introduciendo en cuestiones informáticas.

—¿No decías que este buscador iba a ser la leche? Estoy buscando a una antigua amiga y apenas viene nada.

—Un poco de paciencia, no lleva ni diez días en español, dentro de poco encontrarás de todo, con la condición de que esté creado en la red, digitalizado.

—Vale.

—A no ser que tu amiga sea muy famosa será difícil que aparezca.

—Ya...

Sabía que su amigo no tenía la culpa, se había dejado llevar por la rabia que le producía tener que dedicarle más tiempo del necesario a buscar dónde coño se podría encontrar Marisol Fuente.

No fue esa mañana, ni la siguiente, pero al tercer día se presentó a primera hora en la sede de la Biblioteca Nacional, había entrado en su página web, disponible en la red desde 1996, pero no encontró lo que buscaba.

Con su carnet de periodismo pudo acceder a la documentación relativa a prensa. Confiaba en encontrar algún periódico que hablara del fallecimiento de Mariano Fuente, de su familia y si localizaba su lugar de residencia, mejor.

Pasó toda la mañana sentado frente a los reproductores de microfilm, tomando notas. Sí, no fue fácil, pero consiguió encontrar la noticia, No, no dio con ella el

reproductor, si no en un ejemplar de la revista La GaZeta Negra.

—Si me lo hubiera preguntado desde el principio, le hubiese podido ayudar.

Gus suspiró.

Se había acercado a la mujer de uno de los mostradores para que le dijera por qué no estaban ampliadas las noticias.

—Estamos en ello, joven —llevó las gafas redondas a la punta de su corta nariz— en relación a la muerte de Mariano Fuente Hernán... —sus vivos ojos se deslizaban por la pantalla del monitor situado frente a ella—... sí, sí.

Dejó caer las gafas, sujeta con una cadena de finas perlas sobre su abultado pecho y miró a Gus, en su rostro se formó una sonrisa complaciente.

«Guapo chico».

—En ese estante de allí —le entregó un papel con una anotación en el dorso— la revista GaZeta Negra, de una semana después del fallecimiento en Venecia, Italia, el veinte de marzo del 83.

—Gracias, señora.

«¿Señora? Si tampoco te saco tantos años, no más de veinte, seguro».

No le costó reconocer que su habitual tendencia a no preguntar nada ni hablar con nadie le había hecho perder un valioso tiempo. Recorrió los no más de veinte metros que le separaban del punto indicado por la eficiente empleada y se hizo con el ejemplar buscado. Regresó a su asiento no sin antes dedicar un leve movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa a la mujer que no le quitaba ojo de encima.

Era notica de portada.

Ciudadano español encontrado muerto en un hotel de Venecia.

—Así que este era el de Italia que me hablaste... —murmuró— ¿el que te quiso estafar?—. No eran muchas las conversaciones que Gus recordaba con su padre. No se veían mucho, y lo poco que lo hacían trataban el mismo tema; la caza y su inigualable sensación de poder.

Gus pasó las páginas hasta llegar a la que desarrollaba la noticia.

«... el empresario Mariano Fuente Hernán falleció la pasada semana en Italia. Se da la circunstancia que en ese mismo hotel es el segundo compatriota que es encontrado sin vida. Todo parecía apuntar a una muerte natural, pero el desorden encontrado en la habitación y la ausencia de una cadena de oro y del reloj de la víctima, valorado ambos en 800 000 pesetas, apunta a un posible forcejeo terminado en robo y...».

En grande tipografía a fin de página se podía leer:

... y ¿¿ASESINATO??

... según fuentes cercanas a la investigación consultadas por GaZeta Negra, se cree que se trata de una muerte por encargo, o venganza. El robo del reloj podría ser para despistar a la policía...

... no encaja el desorden de la habitación con la postura en la que fue

encontrada la víctima, tumbada sobre la cama en aparente estado de relajación, como si estuviera viendo la televisión.

El periodista, que firmaba con las iniciales V. S. dedicaba un par de páginas más, prometiendo continuar con el misterio que envolvía la muerte de Mariano Fuente, asegurando que el cuerpo del finado se encontraba ya en la capital de España mientras se estaba a la espera de los resultados de la autopsia.

Gus lleva la vista a un pequeño recuadro a pie de la noticia.

... el funeral tendrá lugar en la Parroquia del Santísimo Sacramento en la calle Alcalde Sainz de Baranda, en Madrid, próxima al domicilio de la familia en la calle Ibiza. Deja mujer, Elena Rolan, e hijos, los pequeños, Marisol, de tres años Remedios de diez y...

—Calle Ibiza, al lado del Retiro...

Dos cadáveres en un lugar tan emblemático en tan corto período de tiempo no escaparían al interés de la policía, ni de la prensa. Dejó la idea en el aire, algo le decía que no podía tratarse de una mera coincidencia. Sintió como un agudo cosquilleo se apoderaba de su estómago.

«Ahora solo me queda confiar en que sigas viviendo en el mismo lugar».

—¿Todo bien? ¿Encontraste lo que buscabas?

Gus tomó aire antes de volverse. Pocas cosas había que le molestaran más que sobresaltarse cuando alguien le hablaba a su espalda sin avisar. Su tía Veva era el ejemplo habitual.

—Sí, gracias a usted.

La señora agitó la mano en el aire.

—Bah... Es mi trabajo.

El chico moreno se puso en pie.

—Me pregunto cómo podría localizar a una amiga de la familia que debe tener mi edad más o menos. Antes de que me lo diga, no tengo padre y mi madre está internada, no superó su muerte —acompañó sus palabras con una extraña mueca.

—Vaya, cuanto lo siento. Se me ocurre que hay listados que...

«¡Claro!».

—Gracias —sin esperar respuesta consultó el reloj, a modo de excusa y agitó la mano en el aire— se me ha hecho tarde.

Abandonó la Biblioteca Nacional y puso rumbo a su casa, o para ser más exactos a casa de su tía Veva, con la que vivía en la actualidad. En ocasiones como esta se preguntaba cómo era posible que fuera tan espabilado para ciertos asuntos, como estudiar la carrera de periodismo con excelentes calificaciones o aprender programación y ser capaz de aplicar esos conocimientos al mundo oscuro informático y a la vez no se le ocurriera que el simple hecho de consultar las páginas blancas le podrían dar la solución a lo que andaba buscando. Contaba con dos datos que al cruzarlos, más un poco de suerte, le podían llevar hasta la chica. Uno, el nombre y

apellido de su madre; Elena Rolan, el otro, la zona aproximada en la que vivían en el 83; cerca de la calle Sainz de Baranda o lo que es lo mismo, junto al Retiro.

Lo único que Gus necesitaba en estos momentos era una dosis de suerte. Llegó a su casa y fue directamente a por el listín telefónico, mientras su olfato se relamía con el olor del cocido que su tía estaba cocinando. No se cruzó con ella, ni ganas tenía de hacerlo en esos momentos, seguramente habría bajado a la calle.

—Aquí está.

Con las páginas blancas bien aprisionadas entre sus manos, como si temiera que se las fueran a quitar, se encerró en su habitación. Sentía su corazón acelerado, una sensación cercana a la que le invadió cuando terminó con la vida de Lorena, o cuando disfrutaba martirizando a todo tipo de animales o cuando lanzó al vacío, para ver cómo caía, al gracioso de la clase aquel día con los *boy scouts*, o cuando su hermana...

«No, Sara, no, ella fue...».

Negó con vehemencia mientras se frotaba la cabeza con saña. La guía sobre la mesa, su mirada perdida.

«Olvida los recuerdos y busca la dirección...».

Pestañeó varias veces seguidas, pasó las palmas de las manos por el rostro y asintió a su voz interior.

—Vamos...

Su mente le repetía sin descanso el nombre mientras buscaba la página que correspondía a la letra R.

«Elena Rolan, Elena Rolan, Elena Rolan...».

Con el dedo índice deslizándose verticalmente por la página iban pasando todos los apellidos que comenzaban por la R.

—Ra, ra, re, re. ¡Ro!

Gus se sentía excitado, eufórico, tan cercano estaba a su objetivo.

—Rol... Rolan... Ya te tengo...

Deslizó el dedo lentamente.

—Mierda...

Eran al menos veinte los usuarios con ese apellido.

—A ver con la E...

Solo dos.

Los nervios comenzaban a desaparecer de su cuerpo.

—Por el Retiro...

El dedo se detuvo sobre una dirección, leyó:

Rolan E calle Ibiza número 7...

El rostro de Gus forjó una mueca de victoria, de triunfo.

—Tienes que ser tú.

Ruidos al otro de la puerta, de sobra conocidos.

Como la voz que llegó hasta sus oídos.

—¿Estás en casa, Gus?! Estoy preparando el cocido que te encanta.

—¡Sí, tía ahora, voy! —gritó mientras tomaba nota de la dirección y el teléfono.

Hablaría con sus ciberamigos a través de Messenger, para que le dijeran cómo averiguar si Marisol Fuente contaba con cuenta de Hotmail, seguro que la tenía y además chatearía con sus amigas.

Después de comer cuando su tía saliera llamaría por teléfono, si Marisol lo cogía...

—No, mejor ni pensarlo.

No había nada como un buen trabajo para una buena caza.

Con las páginas blancas bajo el brazo, y visiblemente relajado, salió de su habitación.

No serían las cinco de la tarde cuando tras acompañar a su tía a coger un taxi y despedirse brazo en alto, entró una cabina telefónica. A última hora le había parecido más seguro no llamar desde su casa.

Sacó el pequeño papel del bolsillo donde había anotado el número y la dirección, marcó, con pausa, acompañado de los sonoros e insistentes latidos de su corazón.

—¿Sí? —una voz de mujer, alegre, de la que no podría asegurar que edad tendría se dejó oír al otro lado de la línea.

—¿Está Marisol? —Gus sintió como su voz partió de su boca entrecortada.

—No, está en la universidad, tenía un examen. ¿Quién llama?

«Piensa, piensa...».

—Nos conocimos hace unos días y bueno... —calló unos instantes y añadió—: yo también estoy hasta arriba de exámenes, en económicas no paramos de hacer exámenes y más exámenes.

—Debe ser como en derecho, la pobre se pasa el día estudiando, y ya está en tercer curso, aunque imagino que lo sabrás ¿dónde dices que os conocisteis?

Gus colgó.

Quedaba la parte más sencilla de todo el proceso de localización de Marisol Fuente, conseguir una foto de ella. Contaba con dos opciones, o bien presentarse en la Facultad de Derecho o directamente acceder a los listados de alumnos, sentado cómodamente en el sillón de su casa.

Hundió las manos en los bolsillos y levantó la vista al despejado y limpio cielo. Le gustaban estos días en los que parecía que todo marchaba por el buen camino. Se sentía ligero y entusiasmado.

«Opción dos...».

Diez minutos más tarde se hallaba sentado frente al último modelo de ordenador en su dormitorio. Se disponía a acceder al sistema informático de la Facultad de Derecho, un trabajo sencillo que le producía una satisfacción difícil de explicar. Era como husmear en la vida de los demás sabiendo que nadie te veía, sentirse invisible.

Sonrió al ver que estaba dentro del sistema.

Encendió un pitillo.

—Vamos allá... tercer curso —tecleó—. Marisol Fuente Rolan...

La conexión emitió un suave bip, bip.

Poco a poco, como si una mano invisible fuese deslizándose por la pantalla dejando al descubierto el rostro de la chica, frente, ojos, nariz...

—Ahí estás.

Se hizo con los horarios de clases imaginando el siguiente paso. Una vez más la adrenalina inundaba su ánimo al comprobar que si se daba prisa podría llegar a tiempo y cruzarse con ella al salir de la última clase.

Llegó. Con el tiempo justo, pero llegó.

Apostado a unos metros de la puerta de la clase, con una carpeta bajo el brazo, analizaba los rostros de los alumnos que iban saliendo. Dos chicas rodeaban a paso rápido al grupo que se había formado en la entrada. Delante, una morena con una coleta alta, bolso en el hombro y voluminosa carpeta pegada al pecho, detrás una chica con el pelo revuelto que hacía visibles esfuerzos por alcanzar a su amiga.

—¿Qué tal te ha salido, Marisol?

—Muy bien, pero que muy bien —dijo la de la coleta deteniéndose a escasos metros de Gus.

«Eres tú...».

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—Necesito salir a correr, Chus. ¿Me acompañas? —dijo de nuevo en camino.

La chica del pelo revuelto ladeó el rostro y apretó los labios.

Gus dejó unos pasos entre ellas. Siguió su estela hasta comprobar que se encaminaban al Metro. Corrió hasta el lugar donde había aparcado.

«Tengo que llegar antes de que salga a correr».

Con eso bastaba. Teniendo en cuenta el tráfico de Madrid, lo más probable era que Marisol llegara a su casa antes que lo hiciera él, pero confiaba en verla salir. Si la tal Chus corría con ella no debería vivir lejos.

Unos cuantos bocinazos, y un par de insultos con la ventanilla bajada, más tarde, detenía el coche junto al portal de la calle Ibiza número 7. Media hora después, cuando su confianza comenzaba a resquebrajarse, una chica vestida con ropa se detenía frente al portal y llamaba al portero automático.

«¿Chus?».

No era fácil reconocerla con el pelo recogido y gorra. Bajó del coche y caminó por la acera contraria.

—Ahí estáis...

Una chica con coleta, gorra y vestida como la que esperaba salió del portal. Al trote se dirigieron hacia el Retiro. Tras ellas, Gus caminando, al verlas entrar en el parque aceleró el paso y las siguió con la mirada. Lo habitual, al menos a él le sucedía, era correr por el mismo lugar sobre todo cuando se trataba de hacerlo por el interior de un parque como este.

No se equivocó.

Veinte minutos más tarde aparecieron por su derecha. Encendió un pitillo y esperó. Ese día pudo comprobar que daban dos vueltas completas al perímetro interno del Retiro. Marisol entraba en el portal de su casa y Chus caminaba hacia la suya.

Tocaba regresar al día siguiente para confirmar el recorrido, horas habituales en las que solía correr, si iba sola o acompañada. No fue posible en la primera ocasión que volvió al Retiro, ni en la segunda. En la tercera no la vio, pero sí en la cuarta.

Marisol se estaba vistiendo para salir a correr. Su móvil comenzó a vibrar sobre la mesa.

—¡Chus! Espero que no me digas que te rajas... —dijo mientras se ajustaba con fuerza el cordón de las zapatillas.

No era la primera vez que se echaba para atrás a última hora. Su novio no podría acompañarla esa noche, tenía guardia en el hospital.

—Es que no me apetece nada. Acabo de llegar a casa y estoy agotada ¿vas a ir tú?

—Claro, ya estoy vestida, esperaba verte en el portal, pero veo que no —colocó el teléfono entre el hombro y la barbilla y se colocó los auriculares— vaya compañera que me he echado, en fin, luego no te quejes de esos michelines.

—Sabes perfectamente que no tengo michelines —apuntó visiblemente afectada.

—Llámalos como quieras, Chus. Te dejo, que si no se me hace tarde.

Colgó.

De su casa al Retiro no le separaban más de cien metros. Se despidió de su madre, se ajustó la gorra amarillenta de visera y la coleta y bajó a la calle por las escaleras. No llevaba muchos meses corriendo, pero había aprendido, o mejor dicho, había experimentado que salir a correr resultaba adictivo. Desde que había empezado a tomar nota del tiempo que le llevaba hacer el mismo recorrido se empeñaba en bajarlo aunque fueran unos pocos segundos que con el tiempo se convirtieron en minutos.

Llegó a la calle, repasó el móvil que llevaba abrazado a su bíceps, se ajustó la cinta, dio un último repaso a auriculares, gorra y coleta, y se encaminó hacia El Retiro.

La primavera se estaba despidiendo con temperaturas demasiado altas, sin embargo, cuando el sol comenzaba a descender por el horizonte algo parecido a un agradable frescor ocupaba su lugar y las calles se iban llenando de gente. A Marisol le gustaba correr cuando descendía el número de personas que hacían su circuito. Los había que iban de paseo, otros en bici, otros corrían charlando, todos juntos suponían un obstáculo para aquellos que querían correr sin necesidad de ir sorteando a unos y a otros a cada paso.

El sol se había escondido cuando entró en el parque. Frente a ella cruzaba una pareja que se ejercitaba en silencio. Cogió el móvil, y envió un SMS a su novio, unas pocas palabras.

«Empiezo ahora, hoy solo cuarenta minutos, estoy tan cansada. Que tengas una buena guardia, cielo».

Su último SMS. Sus últimas palabras.

Gus llevaba nueve días observando a Marisol. No fue nada sencillo coincidir con ella a la hora en la que corría, pero cuando lo consiguió se encontró con la satisfacción de que siempre salía a la misma hora. Los dos primeros días que la vio lo hizo en compañía de un chico que sin duda era su novio. Al día siguiente fue sola. Corrió tras ella durante dos vueltas atento a la ruta que seguía, confiando en que siempre fuese la misma, pero más atento aún a los habituales de aquella hora.

Tal y como había sospechado, era una chica de costumbres. Completó las dos vueltas por el mismo camino, siempre en el sentido de las agujas del reloj. Aquel día regresó a casa satisfecho con la información recogida, pero aún debía continuar tanteando el terreno. No podía dejar nada al azar, a pesar de que resultaría del todo imposible conseguir unas condiciones idóneas, el riesgo a ser descubierto siempre estaba presente y aportaba su dosis de adrenalina tan necesaria para él.

A partir del quinto día llevaba el alambre enrollado guardado en el bolsillo del pantalón. No era el mismo que rodeó el cuello de Lorena, aquel había sido un trabajo chapucero, en su opinión. En esta ocasión llevaba uno más corto, algo más grueso y forrado con una fina capa de plástico. Todo el conjunto resultaba mucho más maleable que el anterior que se doblaba con facilidad.

Estaba preparado para aprovechar la primera ocasión que se le presentara. En el sexto día intuyó que no sería el definitivo porque Chus iba a acompañar a su víctima. No obstante optó por presentarse en El Retiro y seguir las durante un par de vueltas para confirmar algo que ya sabía; el recorrido siempre era el mismo.

Siempre.

Corriera con quien corriera.

El séptimo día esperó agazapado junto a la verja de entrada de Sainz de Baranda a que Marisol accediera al parque, se ajustara los auriculares y en el momento que se dispusiera a iniciar la carrera chocar con ella.

—Disculpa, iba mirando para otro lado —dijo Gus con la mejor de sus sonrisas dibujada en el rostro.

—No pasa nada —convino ajustándose de nuevo los auriculares.

—Te he pisado, creo.

—No, no está bien —dijo mientras se alejaba corriendo.

«Ya me conoces, ahora no te asustarás cuando me veas detrás de ti o a tu lado».

Sonrió a la espalda de la chica alejándose.

«Ya estamos cerca, muy cerca».

El día elegido para dar por terminado el asunto Marisol, como así lo llamaba, no fue ese, el noveno, pero sí el próximo que reuniera las condiciones adecuadas.

«¿Hoy...?».

Cuando partió de su casa rumbo al parque, lo único que tenía claro es que si aparecía sola, si nada lo entorpecía, pondría fin a la que consideraba su primera víctima elaborada, alejado del burdo crimen por impulso.

—Vaya... —murmuró al verla entrar en el parque— parece que hoy tendremos trabajo.

Siempre venían juntas, Chus y ella, desde el portal de Marisol.

Se dedicó una sonrisa interna al verla aparecer sin compañía.

Hundió sus manos en los bolsillos del chándal sintiendo el alambre en uno, y la cadena de oro de Mariano Fuente, en el otro, el reloj lo había dejado en la caja con el resto de trofeos de su padre. La pequeña cámara colgaba del cuello bajo la camiseta. En su cuerpo un intenso hormigueo, suspiró profundamente mientras se ponía en camino tras la chica. El objetivo en este momento era dar un repaso al recorrido, en el que los días previos había seleccionado tres lugares aptos para abordarla, y prestar atención a los corredores habituales.

Al concluir la primera vuelta se detuvo. Ella daría cuatro, había ido aumentando el número de giros en los últimos días. Dejaría que completara los dos siguientes para que estuviera más cansada y entraría en acción.

«Allá vamos...».

El punto elegido era el antiguo zoo de Madrid, la llamada Casa de Fieras, que la providencia había dejado en sus manos casi libre de ocupantes. Los operarios que se encargaban de su limpieza hacía tiempo que se habían marchado. Se escondió junto a la entrada, la idea para abordarla era tan absurda que podría elevarla a la categoría de plan minuciosamente detallado.

«Ahí viene».

A pesar de la escasa iluminación pudo distinguirla. Por su forma de correr se advertía que se disponía a iniciar su última vuelta, la coleta que al comienzo llevaba perfectamente peinada y colocada en el agarre de la gorra de visera, se veía ahora suelta, dejando libres varios mechones que caían a ambos lados de su cabeza. No les separaban más de veinte metros.

Respiró intensamente tres veces seguidas, se alborotó el pelo y salió a su encuentro haciendo gestos con las manos.

—Perdona, ¿te llamas Marisol? —quiso saber. Su voz sonaba con un tono de sincera preocupación.

—Si... —dijo no muy convencida mirando al chico con atención. No sabía de qué, ni de dónde, pero estaba convencida que ya le había visto antes.

«¿Quizá en la Facultad? No, aquí corriendo, seguro».

Gus señaló hacia el interior del antiguo zoo.

—Hay una chica ahí que se ha torcido el tobillo. Dice que se llama Chus y...

—¿Chus? —Marisol llevó la vista por encima del hombro del chico.

—Sí, dice que te había dicho que no saldría a correr contigo —no había mucho

riesgo en esa afirmación— por lo visto era algo relativo a una sorpresa, sobre no sé qué chico. Bueno, quizá me esté confundiendo de Marisol y... —dijo mientras daba media vuelta.

—No, no, seguro que es mi amiga.

«Buena chica».

—Está ahí sentada ¿ves? Junto a esa especie de caseta —señaló una construcción redonda, vallada, que hacía las veces de jaula y que desde donde se encontraban apenas se distinguía su silueta.

Gus esperó a que Marisol le sobrepasara y llegara a la altura de un par de árboles. Antes de lanzarse sobre ella miró en torno.

Sonrió.

«¡Ahora!».

Con el cable cubierto de plástico perfectamente sujeto en sus manos rodeó su cuello y la arrastró entre los árboles. Tiró con todas sus fuerzas mientras la chica no dejaba de patear. Gus sintió como las uñas de la mano derecha de Marisol se deslizaban por su mejilla y un fino reguero de sangre resbalaba por su rostro. La rabia le hizo tensar aún más el alambre hasta comprobar que las patadas inconexas daban paso a una calma total. Tardó unos minutos en recobrar su ritmo normal de respiración. Barrió la zona con la mirada, todo parecía tranquilo. Le escocía la cara.

—Me cago en ti...

Cogió a la chica en brazos y la llevó hasta la jaula. Dedicó un tiempo a limpiar las uñas de Marisol para borrar cualquier rastro de piel de su rostro por pequeño que fuera. Al terminar la tumbó en el interior, cambió la cadena de oro que llevaba la chica en el cuello por la que él había traído. Del bolsillo del pantalón extrajo una fina navaja. Rodilla en tierra escribió sobre la arena:

—Todo queda en familia...

Satisfecho volvió sobre la chica cruzó sus brazos junto al pecho, le cerró los ojos, para que el investigador de turno comenzara a hacer cábalas sobre los motivos por los que el cuerpo había sido encontrado en esa postura y dedujera que los ojos cerrados implicaban que el asesino conocía a la víctima.

Se hizo con la cámara.

—¡Mierda!

Se notaba que era un maldito principiante. Olvidarse de que las puñeteras fotos las tendría que hacer de noche con *flash* era de imbéciles.

—¡Joder, joder, joder!

«Tranquilo».

Su parloteo interno de nuevo al rescate.

«Relájate, son solo unas fotos y no parece que haya nadie. Compruébalo».

Se caló la gorra de pálido amarillo de la chica y salió de la jaula como si de un guepardo al acecho de su presa se tratara. Agazapado sobre el pequeño murete que sujeta la valla que rodea la jaula escuchaba atento a cualquier ruido que pudiera

delatar la presencia de alguien. Si le descubrían sabía lo que tendría que hacer, pero no entraba en sus planes. Las cosas había que concluir las bien y no convertirlas en chapuzas.

Regresó al interior, situó la medalla de Mariano Fuente sobre el pecho de Marisol y sacó dos fotografías. Otra más del cuerpo completo. Dedicó unos minutos a observar el resultado de su día de caza.

—Todo queda en familia... —susurró mientras leía el breve texto junto a la víctima—. Nadie antes habrá seguido los pasos de su padre como yo... —convino satisfecho.

Pasó la correa de la cámara por su cuello y debajo de la camiseta, mientras sentía su corazón galopando frenético.

Sonrió.

Esa sensación era adictiva.

«Ya me lo había advertido».

Orgulloso de cómo había terminado, abandonó la jaula con la gorra bien calada y caminó unos metros a paso lento para no llamar la atención a quien pudiera haber por ahí. Sabía que en El Retiro había seguridad.

—¡Eh! ¡Usted!

Gus volvió el rostro.

Un individuo que parecía uniformado le hacía gestos con las manos. Por la cabeza del chico se mezclaban multitud de ideas. Desde salir corriendo, acercarse al hombre y clavarle la fina navaja que siempre le acompañaba o hacerse el loco y seguir.

Optó por una mezcla entre la segunda y la tercera opción.

Es decir, acercarse al hombre y, mientras pudiera, hacerse el loco.

—¿Es a mí? —se detuvo a unos seguros tres o cuatro metros de distancia procurando no ofrecer el perfil con las huellas de las uñas de su reciente víctima.

—Sí, señor. Estamos cerrando las puertas, debe abandonar cuanto antes el parque.

—Gracias, cuando corro se me pasa el tiempo sin darme cuenta —apuntó intentando mostrar una convincente sonrisa.

—Yo no sería capaz. Que tenga una buena noche.

—Igualmente.

Gus dio media vuelta y salió corriendo a paso tranquilo. Al llegar a la siguiente puerta de salida abandonó el parque y subió por la Avenida de Menéndez Pelayo en dirección al coche que había sido de su madre.

Sí, iba satisfecho, pero a la vez disgustado por haberse dejado arañar la cara y por haber sido casi descubierto.

—Solo casi...

De regreso a casa no dejaba de observar en el espejo retrovisor las marcas de las uñas de Marisol en su rostro, los finos regueros de sangre seca le daban una

apariencia aparatosa. Negaba con la cabeza mientras lamía un par dedos y los restregaba por la herida. Detenido en un semáforo frotaba con saña la mejilla, los ojos encendidos. Volvió el rostro a su derecha. Una mujer de facciones regordetas le observaba sin disimulo alguno.

—¿Tú, qué cojones miras, eh?!

La mujer no tuvo problemas en leer los labios del extraño chico que parecía querer quitarse algo de la cara.

«Tranquilo, si sigues así volverá a sangrar y se te hinchará la cara como un globo».

Una vez más, como en los últimos años, su voz interior asumía el punto de vista razonable. No sabía por qué, o quizá sí lo sabía o al menos lo intuía pero procuraba hacer caso a ese parloteo interno que muchas veces le había sacado de apuros.

—Tengo que pensar en algo para disimular estos arañazos, no me pueden ver así. Mi tía no dejará de hacerme preguntas... —susurró mientras aceleraba no sin lanzar una mirada furtiva a la mujer del coche de al lado.

De pronto, una imagen se formó en su cabeza.

«Mona...».

La gata de su tía, de largo pelo grisáceo y de diferentes tonos tostados, cruzaba frente a sus pensamientos. No se trataba de una gata común. Su tamaño triplicaba el de cualquiera que Gus hubiera visto a lo largo de su vida. Según su tía aún no había terminado de crecer.

—La raza Maine Coon, es así, espero que Mona no salga gigante, sería como tener un pequeño tigre en casa.

Gus disfrutaba de la compañía de la gata, cuando veía la tele o mientras estudiaba, tumbada sobre su cama sin que le quitara el ojo de encima. En ocasiones pensaba que Mona le había adoptado como si fuera alguien a quién cuidar. Se sentía muy, pero que muy bien en su compañía. Nadie le entendía como esa gata de ojos claros, algo rasgados y de mirada inquisidora. A ella le contaba todo lo que pasaba por su cabeza. Le había oído hablar de Lorena, de Marisol, de todo...

«Mona...».

La solución a los arañazos que acababa de recibir no iba a ser algo indoloro, al revés, pero si no se le ocurría otra idea, en cuanto pusiera un pie en su casa y entrara con prisas, con muchas prisas con la excusa de necesitar ir al baño con urgencia, tendría que llevarla a cabo.

Muy a su pesar.

Aparcó junto a la entrada de la urbanización, se caló bien la gorra confiando en que la visera dejara caer sobre su rostro la sombra suficiente que proyectaban dos farolas que custodiaban la garita, impidiendo al conserje de noche distinguir los malditos arañazos.

Llegó a su casa sin contratiempos, las luces estaban apagadas. Su tía se habría ido a la cama. Mona apareció, sigilosa como siempre, restregándose contra sus piernas.

—Me echabas de menos ¿eh? —susurró.

«Vamos allá».

La cogió en brazos dejando que el suave pelo de la gata rozara su cara.

—Cada día pesas más.

Dejó al enorme felino sobre la cama. Abrió una de las puertas del armario y fijó su mirada en el espejo. Una vez más el rostro agónico de Marisol ocupó sus pensamientos. No sentía nada al recordarla, si acaso una punzada de odio por haberle rasgado la piel de la cara de esa forma. No, no solo por eso, sino por considerarla culpable de lo que estaba a punto de hacer.

Agitó la cabeza mientras friccionaba con rabia el cuero cabelludo. Volvió el rostro hacia Mona, tumbada de lado, observándole como si le dijera que estaba preparada para lo que necesitara.

—Nadie más que tú me comprende —dijo mientras recorría los no más de cuatro metros que le separaban de la gata y tomaba asiento a su lado— ¿ves esto? —llevó un dedo a su mejilla— me lo ha hecho una hija de... —suspiró y calló unos segundos antes de continuar:—... la cuestión es que tengo que disimularlo como pueda aunque te vayan a echar la culpa.

Mona ladeó la cabeza a un lado y deslizó su porosa lengua de un extremo a otro de la boca como si quisiera confirmar que lo entendía.

Gus tomó entre sus manos una de las patas delanteras de la gata. Acarició su rostro y la miró a los ojos.

—Ha llegado el momento.

Hundió con suavidad el dedo pulgar entre las almohadillas de la pata y las uñas retráctiles se convirtieron en garras finas y afiladas.

Muy afiladas.

Gus sopló mientras se ponía de rodillas en el suelo. Acercó el rostro a las impactantes uñas y en cuanto sintió el contacto sobre su cara, imitó el típico gesto de Mona cuando se sentía acorralada por un perro; rasgar el aire con rapidez y furia.

En este caso rasgar su propio rostro.

Gus llevó una mano a la boca para ahogar, en la medida de lo posible, el alarido que pugnaba por brotar de su garganta, mientras la gata se incorporaba de un salto y se detenía junto a la puerta de la habitación. Lo que esperaba que fuese otra charla de su dueño se había convertido en algo que no le gustaba nada. Volvió su pata hacia la boca y comenzó a lamerla.

—¡Joder! —masculló Gus con los labios apretados—. ¡Joder! ¡Joder!

Lentamente se puso en pie. La mejilla le quemaba horrores y la cabeza parecía encontrarse próxima a estallar en mil pedazos. Se agachó junto a Mona, que le observaba sin saber cómo reaccionar, ofreciéndole la mano que ella lamió.

—No te asustes, no ha sido culpa tuya, pero tenía que hacerlo. ¿Lo entiendes? —dijo mientras acariciaba su peluda cabeza.

Regresó junto al espejo y observó las huellas de la garra sobre los arañazos de

Marisol.

—Esto sí que es un arañazo.

Abrió la puerta de la habitación, momento que aprovechó la gata para salir corriendo como si le persiguiera una manda de perros. De repente se encendió la luz del pasillo.

Había llegado la hora de poner en marcha la última parte del plan del día. Echarse la culpa de jugar con Mona y salir trasquilado. Insistir en que no había sido culpa de ella sino suya por querer ver sus garras y deslizarlas por su cara.

—Retiró la pata sin querer y bueno, ya ves... —dijo mirando a su tía y señalando su rostro— no veas como escuece.

No se le dio mal hacerse la víctima, con el paso de los años iba bordando el papel. Veva curó con mimo la herida y le dio las buenas noches. Antes de acostarse y apagar la luz, Gus sacó su libreta del cajón del escritorio, trazó sobre el nombre de Marisol Fuente Rolan una uve y sonrió satisfecho. La cadena la introdujo en una caja. Guardó todo en el cajón y cerró con llave.

Tumbado sobre la cama miraba al techo.

—Me espera mucho trabajo...

*Madrid**Invierno de 1997*

La policía no encontró ninguna dificultad para dar con el paradero de Prudencio Marcial tras huir de su propia casa, según el testimonio de su mujer. Una hora después de que Mendía recibiera la orden de la comisario Rocío Prados de encontrar como fuese al empresario, el teléfono del inspector comenzó a sonar, aún se hallaba en el chalet de la familia Marcial.

—Lo tenemos, jefe —la voz del oficial de policía Corrales se coló estridente por el móvil.

—¿Qué es lo que tenemos? —quiso saber.

—No, qué, sino, a quién.

Mendía suspiró sin añadir nada. Desde que Rocío le pidió que vigilara, pero sobre todo, que enseñara el oficio a Faustino Corrales, no le había quedado otra. A la que fuera su compañera, hoy día su jefa, no se le podía negar ningún favor, por duro que resultara, como ese.

—Y yo que pensaba que una vez como inspector jefe podría trabajar solo, o al menos elegir a los que me acompañaran en momentos puntuales.

—Eso no va a cambiar, pero quiero que aprenda del mejor.

Mendía bajó la vista a sus nuevas deportivas.

—Bueno, si me peloteas de esa manera, no me podré negar.

—¿Inspector jefe, sigue usted ahí?

—Sí, aguardando a que continúes, Corrales. ¿A quién tenemos? ¿Me lo vas a decir?

—¿Eh? Sí, sí, claro señor, para eso le llamo. Verá, hemos localizado a Prudencio Marcial.

Mendía se irguió, por fin la llamada iba a aportar algo interesante.

—¿Dónde está? —preguntó con cierto hastío en su voz.

Entre las cosas que Corrales aún no había aprendido en las pocas semanas que llevaba en la comisaría, y que más repateaban a Mendía, se encontraba su absurda costumbre de relatar por entregas lo que tuviera entre manos, obligándole a no dejar de hacer una pregunta tras otra si quería enterarse de todo. Aprovechó la ocasión para recordárselo una vez más:

—Haz el favor de soltarlo todo seguido ¿de acuerdo?

—Sí, sí, inspector jefe. Verá, como le decía hemos localizado al empresario, va

camino de la morgue. Mira que llamarse Prudencio un supuesto asesino en serie... ¿eh? Quién iba a decir que...

Mendía arrugó el ceño al recordar que esa misma mañana le había hecho la misma observación a Rocío Prados.

—Corrales...

—Sí, perdón —se aclaró la garganta antes de continuar—. Ha habido una colisión entre varios vehículos y una motoniveladora que estaba trabajando en la cuneta en las obras de ampliación de la carretera que va a Madrid. De momento no sabemos cómo se ha originado, pero lo que me confirman es que ha habido varios fiambres.

El inspector no pudo evitar sonreír. Al menos, el oficial Corrales contaba con algunos aspectos que le recordaban a él mismo y a las reprimendas que le dedicaba el que fue su comisario, Antonio Rovira, cuando se dirigía a los fallecidos en esos términos.

«Rovira y ahora Rocío. ¿Será que ascender a comisario les hace más sensibles?».

—Acércate a la morgue y entérate de lo sucedido.

—De acuerdo, pero antes habrá que esperar a que el forense permita el levantamiento de los fiam... de los cadáveres, quiero decir.

—Que no le oiga la comisario Prados referirse a los fallecidos como fiambres, Corrales, que no le oiga.

El inspector jefe colgó el teléfono. En su mente se formó el rostro pecoso, cubierto de pelo rojizo y rizado de Corrales. Sus ojos claros, más abiertos de lo normal como si le sorprendiera todo lo que acontecía a su alrededor.

—Es muy buen chaval —murmuró mientras se ajustaba la cremallera de la cazadora y extraía un pitillo del arrugado paquete que encendió con parsimonia. Llevó la vista a la casa, todavía permanecía, junto al suyo, un coche patrulla frente a la entrada. Apuró un par de largas e intensas caladas y se encaminó hacia la vivienda.

—¿Han encontrado las cajas? —preguntó a un oficial apostado en la puerta.

—No, inspector jefe, que yo sepa las...

—Vale con inspector, cuando seamos muchos o estemos en comisaría perfecto. ¿Entendido? Hágame el favor de repetírselo a los compañeros. ¿Me decía...?

—Que no las hemos encontrado. La señora insiste en que estaban en el desván. Sus hijos no saben nada de unas cajas.

—Ya...

Cuando llegaba una promoción de novatos de golpe la paciencia debía mantenerse al máximo, ellos no tenían la culpa de querer agradar. Pero todo sería mucho más fácil si atendieran lo que se les pedía a la primera.

Entró en la casa.

De nuevo, el familiar aroma a café llegó hasta él. No podría asegurar que realmente se tratara de un aroma familiar, el olor respondía a una calidad extraordinaria, a la que no estaba acostumbrado, pero era capaz de apreciarlo, como su sabor en la taza que paladeó esa misma mañana. Se disponía a realizar una de las

funciones de su trabajo que hasta la fecha no había aprendido a superar, como era la de dar la noticia del fallecimiento de un ser querido. Sí, podía haber delegado en cualquiera de los agentes que había en la casa, o habérselo dejado a Corrales, cuando regresara de la morgue, para que aprendiera el oficio, tal y como le había pedido Rocío, pero esa forma de actuar no iba con él. Era el policía de mayor rango en esos momentos y debía asumir sus obligaciones. A una muda pregunta, elevando la barbilla, la oficial que se hallaba en el interior señaló las escaleras. Por ella aparecerían las piernas de la señora de la casa, descendiendo los escalones como si caminara por un campo repleto de minas.

Mendía se acercó junto al sofá en el que había interrogado a Blanca. Con las manos unidas a la espalda aguardó a que se aproximara. Estudió su rostro, las ojeras iban ganando terreno, su mirada no era capaz de enfocarse en ningún lugar, iba de un lado a otro.

—Señora...

—Inspector ¿no han encontrado nada, verdad?

El aludido negó con la cabeza.

—Si se refiere a las cajas, no —tragó saliva— pero a su marido, sí.

—¿Sí...?

En el rostro de la mujer se formó una mueca de complicada interpretación.

«¿Pánico? ¿Sorpresa?».

Los ojos exageradamente abiertos, la boca a medio cerrar, los dedos de las manos entrelazados delante de ella. La cabeza gacha, la mirada en algún punto más allá de la alfombra. Si ya le parecía a Mendía complicado deducir qué significaba la pose de la mujer, el hecho de que no preguntara nada respecto a la localización de su marido, le inquietaba aún más.

«A no ser que no se atreva».

Blanca tenía muchas preguntas rondando por su cabeza, un sinfín de dudas. Sin embargo, lo que más le atormentaba era confirmar que no le habían detenido, que estaba en libertad. Sin las cajas, que constituían todas las pruebas que podían avalar su declaración, era consciente que toda su exposición no sería más que una retahíla de vanas palabras dichas por una mujer, quizá despechada, quizá...

—Lamento comunicarle que su marido ha fallecido.

Al oír las palabras del policía levantó la cabeza como si alguien le hubiera tirado con suma brusquedad del pelo hacia atrás, mientras se dejaba caer en el sofá. Llevó una mirada perdida al rostro del inspector durante unos instantes, luego agachó la cabeza y la escondió entre las manos.

Mendía se sentía fuera de lugar.

«Prados...».

Ella hubiera sabido cómo actuar en esos momentos, qué decir, a parte de transmitir sus habituales condolencias, respetos y toda esa serie de frases hechas que suenan descaradamente huecas en boca de alguien que no mantiene trato alguno con

la persona afectada.

El inspector jefe permaneció en silencio observando a Blanca, su suave movimiento de hombros, sus dedos que se aferraban al cabello como si temiera perderlo.

«¿Está llorando?».

Si lloraba, lo hacía de una manera más que discreta. De repente, la mujer llevó sus manos al rostro que frotó con suavidad y elevó la cabeza.

—Perdón, inspector —su voz apenas un balbuceo, su mirada como ausente— ¿qué ha... sucedido?

—Un accidente múltiple en la carretera a Madrid —los ojos de ella parecían atravesar a Mendía como si enfocara su atención en un punto extrañamente alejado de las paredes del salón de la casa. Un punto situado seguramente en su imaginación.

O en sus miedos.

—Aquí al lado... —susurró con voz temblorosa— ¿no han... encontrado... las cajas... en el coche? —sus palabras partían con esfuerzo, con miedo a la respuesta, como si se tratara de la última pregunta a la que tuviera derecho.

«¡Mierda!».

El inspector puso la cara más profesional que fue capaz de mostrar ante una pregunta evidente para la que debería contar con una respuesta igual de evidente, pero no la tenía.

—Estamos analizando lo sucedido, aún no hemos terminado de trabajar sobre el terreno —mintió—. Permítame —pidió a la vez que señalaba su teléfono y se incorporaba— voy a hacer una llamada.

Blanca frunció los labios mientras asentía. Su primer pensamiento fue para sus hijos. Le dolía el alma decirles que su padre había fallecido, pero más le hubiera dolido confesarles, antes de que se hubiesen enterado por la prensa, que su afamado progenitor, amable, educado, detallista, era en realidad un asesino despiadado.

Suspiró con intensidad.

Sentía como la energía de la que habitualmente hacía gala abandonaba su cuerpo. Apenas hacía un par de horas que se había desmayado, no recordaba que le hubiera sucedido en otra ocasión, sin embargo, intuía que su significado iba más allá. Aguardaba con falsa esperanza a que la policía analizara el coche de su marido y encontrara las cajas.

Si no...

Apretó los labios y cortó el paso a unas traicioneras lágrimas. Su atormentada cabeza solo le ofrecía una explicación y sabía que no estaba preparada para asumirla y menos aún para enfrentarse a ella.

«Seguro que tiene que haber otra. Tiene que haberla».

Se obligó a sonreír. Se trataba de una sonrisa interna, dedicada a ella misma. Una sonrisa que le animaba a serenarse, confiar en que de alguna manera todo se aclararía y podría dejar partir toda la tensión, la ansiedad y la angustia que se habían

apoderado de su cuerpo desde el momento en que su mirada se posó sobre el contenido de las cajas.

Juntó las palmas de las manos frente a su rostro, los pulgares sujetando la barbilla. Sin ser consciente de ello se mecía lentamente en el borde de la butaca. A unos pocos metros de donde se encontraba, el inspector continuaba hablando por el móvil.

—¿Se encuentra bien, señora?

Blanca dio un respingo y giró la cabeza a su izquierda. Una sonriente oficial de policía se inclinaba hacia ella.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua o un café?

La mujer de Prudencio Marcial pestañeó varias veces, miró a la policía como si no entendiera por qué le hacía esa pregunta.

—No, gracias, pero se lo agradezco. Solo estoy un poco mareada —apoyó su declaración llevando la palma de la mano a frente a la vez que ofrecía una sonrisa forzada. No sabía por qué lo había dicho. No estaba mareada, ojalá se tratara de eso, de un simple mareo.

—Si necesita algo dígamelo ¿de acuerdo?

—Sí, gracias.

A falta de otros temas en los que ocuparse, la mente de Blanca Morega regresó de inmediato a la búsqueda de explicaciones.

«Con una sola me vale...».

¿Y si las cajas no fueran tales?

¿Y si todo era fruto de su imaginación y se estaba volviendo loca? Seguro que algún colega de profesión podría explicarlo. Cabía la posibilidad de que por algún motivo, quizá por sus infundadas e incontables sospechas, hubiese visto lo que esperaba ver y no lo que realmente contenían.

¿Y si el contenido correspondiera exactamente con lo que había en el interior de las dos que trajeron los agentes; adornos de Navidad y álbumes de fotos?

Ojalá...

¿Y si...?

Mendía colgó el teléfono y tomó asiento junto a ella.

—Me acaban de confirmar que en el coche de su marido no han hallado nada excepto su maletín de trabajo y algunas carpetas.

—¿Iba solo?

—Sí, señora.

Blanca llevó su mirada a la ventana, tenues rayos de sol atravesaban los visillos proyectando en el suelo extrañas sombras en lento movimiento de las ramas de un árbol. Su semblante pasó de una sonrisa melancólica a la pena más profunda. Sus lacrimales se abrieron como si tuvieran la urgente necesidad expulsar las lágrimas que pugnaban por escapar. Una vez más, escondió la cabeza entre sus manos y esta vez sí que lloró.

Por Pruden. Por su familia.

Por ella.

El inspector jefe hizo una seña a su compañera para que ocupara su puesto y consolara, si así lo creía oportuno, a la señora. Salió de la casa para cambiar de aires. Se sentía agobiado junto a Blanca Morega. Su mirada perdida, sus gestos inconexos, su falta de empatía ante la noticia del fallecimiento de su marido. Cambió el aire tenso que se respiraba en el salón por el de un pitillo. Con la intensidad que aplicó a la primera calada cerca estuvo de consumir medio cigarrillo. Había llegado el momento de decidir si se encontraba ante un caso cierto o ante las suposiciones de una esposa alocada.

«Si al menos hubieran aparecido las malditas cajas...».

Sin cadáveres, sin supuestos trofeos, sin nada de lo que partir para iniciar una investigación sería absurdo dedicarle más tiempo. Sus recuerdos le llevaron a los primeros días del caso de la rosa blanca y de la rosa negra. Dos simples flores fueron el origen de una investigación que puso patas arriba al sistema judicial español.

—Pero al menos contábamos con dos malditas rosas, como decía Cortizo. — Mendía evocó la oronda figura de aspecto desaseada del que fuera su compañero y fugaz comisario, Paco Cortizo.

Rocío Prados regresó al día siguiente tal y como había asegurado a Mendía. No fue fácil, pero al final consiguió que María, su hijo Fran, y David, su marido, la dejaran en el aeropuerto en lugar de hacer el viaje en coche con ellos hasta Madrid. Habían decidido hacer una visita a Leonora y al tío Javier.

—Romero me va a buscar a Barajas...

—¿No te parece raro llamar por el apellido a tu novio? —preguntó María al ver que Rocío no cambiaba de planes y se subiría al avión.

—Han sido varios años llamándole así en público pero prometo que a partir de ahora para vosotros será Jesús.

—Bien, si no lo haces, te lo recordaré, tengo muchas ganas de verles a los dos —dijo María mientras se abrazaba a Rocío, acababan de avisar por megafonía que el avión con destino Madrid partiría en breves minutos.

—No te haces una idea lo que me ha alegrado verte, María —susurró sin soltarse del abrazo— mi hija se va a llevar una enorme alegría cuando le diga que hemos estado juntas y que os veréis pronto.

—En alegría seguro que no me ganáis ninguna de las dos —apuntó María separándose— anda, vete, que al final perderás el avión.

Durante el trayecto a Madrid, Rocío Prados no dejó de darle vueltas a la vida de su amiga desde el momento en que se vieron por primera vez en la comisaría, pasando por los incontables días que les llevaba café a la sala dispuesta para la investigación del caso de las rosas. Su amistad, hasta la fatídica tarde que María

encontró en su casa la foto de Sebas el gordo, Carlos Sebastián para ella, su marido. Hizo un alto en los pensamientos, dio un lento trago a la pequeña botella de agua y llevó la vista a la ventana de su asiento. Su cabeza continuó en el punto en el que lo había dejado. Admiraba a esa chica que trabajó de secretaria del comisario Antonio Rovira con el fin de poner, de forma discreta, lo que pudiera de su parte para esclarecer lo sucedido con su querida Alma Mateo en el internado de verano El Bosque y su hermano Fran.

No era la primera vez que su cabeza le ofrecía un repaso detallado de la vida de María, ni sería la última, de eso estaba segura. Los años sin apenas noticias, su marcha sin comunicar el nuevo destino por miedo a que la detuviera en cuanto averiguase lo sucedido en aquel ático. Recordar el momento en que la vio firmar como María E. Lasa en la cena de su despedida de la comisaría...

—Siempre me he preguntado qué significaba la E de tu firma —la inspectora Prados miraba con especial cariño a su amiga. Si optaba por aceptar la oferta de esa multinacional se había terminado el verla cada día, muy a su pesar.

—¿No será por María Eugenia, María Emilia o María Laura, verdad? —intervino sonriente Mendía.

Ambas miraron el recibo firmado.

«María E. Lasa».

—¿Las tres mellizas de Julio Iglesias? —todos rieron la ocurrencia—. No, no, es parte de mi nombre. De pequeña me llamaban María Esther, y en el colegio Esther, por abreviar. Ya de mayor me quedé con María, mis padres fueron abandonando el segundo nombre y mantuve la E al firmar como recuerdo.

Mintió.

Lo hizo por Alma.

Transcurrió mucho tiempo hasta que Rocío fue capaz de entender el verdadero significado de esa E. Fue en la propia comisaría con la nueva secretaria...

Al pasar a su lado, Rocío vio una gruesa carpeta titulada El Bosque.

—Deja que te ayude.

Cogió la carpeta y la hojeó. Le llamó la atención una fotocopia en la que se podía leer el nombre y la edad de los fallecidos en Asturias en aquel verano.

—Alma Mateo. Quince de septiembre... —murmuró.

Siguiente renglón.

De repente un apellido golpeó con fuerza en su cabeza.

—Lasa...

Dos días después de la defunción de la niña, venía recogido el fallecimiento de Francisco Lasa.

—Alma y Fran... —siseó para sí.

Rocío recuerda como en ese momento su cabeza unió, por primera vez, la firma en el recibo de la cena de María E. Lasa, y el apellido del chico muerto en el incendio de El Bosque; Fran Lasa. No solo comenzó a tener sentido la facilidad con que María había encontrado los nombres de los chicos que aparecían en las diferentes fotografías que recogían la cruel violación de Alma Mateo. Sí, fue en ese momento cuando comprendió que su querida María era en realidad Esther Lasa, la hermana de Fran y mejor amiga de Alma.

La comisario sacó un pañuelo del bolso disimulando un resfriado que no padecía. Sus ojos se habían cubierto de una fina capa de lágrimas. No, no eran lágrimas de pena por María, ni por Alma, ni por Fran, todo lo contrario, eran lágrimas de admiración por la lealtad y constancia mantenida a lo largo de los años, y que aún perduraba, de María hacia los suyos, sin olvidar al tío de Alma, Javier Mateo y a la que fuera directora del pabellón de chicas en el internado El Bosque, Leonora.

«Al menos, todo ha terminado, por fin».

Diez minutos más tarde el avión procedente de Santander con destino Madrid aterrizaba en el aeropuerto de Barajas. Tres personas muy especiales para Rocío aguardaban su llegada; Berta, su madre, Jesús Romero, y Patricia, que ya iba para los quince años. La idea era que solo fuera su pareja pero abuela y nieta aseguraban que no podían esperar ni un segundo más para tener noticias de María E. Lasa.

6

Madrid

Primavera de 2000

El recién ascendido a subinspector de policía, Faustino Corrales, se hallaba inmerso en su habitual pesadilla de cada noche. Huía de una figura que no terminaba de reconocer y que emitía un ruido agudo y desagradable. En algunas ocasiones lograba recordar su condición de agente de la ley y se obligaba a volver sobre sus pasos pero por más que lo intentaba no era capaz de partir tras la extraña figura. No sabía qué pero algo se lo impedía, como si de una enorme mano que lo aprisionara se tratase. Ni brazos, ni piernas respondían a sus órdenes para ponerse en marcha. Pero había algo peor...

Ese ruido ensordecedor, como una alarma.

Abrió los ojos envuelto en una delgada capa de sudor.

La pesadilla desapareció de su mente y su lugar lo ocupó el sonido del teléfono sobre la mesilla de noche, colocado junto a un reloj digital de considerable tamaño que marcaba las cinco y diez de la mañana. Estiró el brazo mientras con la otra mano se frotaba la cara.

—¿Sí? —una voz del todo desconocía para el propio Faustino partió de su reseca garganta.

—¿Subinspector Corrales?

«¿Subinspector?».

No terminaba de acostumbrarse a su reciente ascenso, pensaba que no iba con él eso de subinspector.

«Sí, va por mí —sonrió— lo conseguí».

—Sí, yo soy.

—Le llamo siguiendo instrucciones de la comisario Prados. Tiene que presentarse en el antiguo zoo de Madrid, La Casa de Fieras, en el parque del Retiro. Ha aparecido un cuerpo, todo apunta a que su fallecimiento se ha producido de forma violenta y le han asignado el caso. El inspector jefe Mendía está en camino.

Tras recibir instrucciones sobre el lugar donde se encontraba ese zoo del que nunca antes había oído hablar colgó el teléfono y se incorporó en la cama.

«¿Casa de Fieras en el Retiro?».

—¿Quién era, cariño? —quiso saber una voz soñolienta a su espalda.

Faustino se volvió hacia la mujer morena, de ojos marrones pequeños pero penetrantes, que le observaba tumbada de lado. Era maestra de escuela. Sus alumnos rondaban entre los cuatro y siete años.

En la garganta del inspector se había formado un nudo que le impedía hablar. De pronto, se levantó veloz, tenía que salir cuanto antes.

—¿Te encuentras bien?

—¿Eh? Sí, sí, claro —rodeó la cama y se sentó junto a su querida Sofía, tragó saliva, en su rostro se formó una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Creo que me han dado mi primer caso como subinspector.

La mujer se incorporó en la cama.

—¿Sí? ¡Bien! —llevó las palmas de sus manos al rostro de su marido—. Lo harás fenomenal, seguro.

—Eso espero —besó a su mujer y se puso en pie dispuesto a vestirse—. ¿Sabes? Me cuesta sentirme contento cuando acaban de matar a alguien.

Sofía cambió de postura sentándose en la cama sobre sus talones con una de las almohadas sobre el pecho, abrazándola.

—No lo debes ver así, cielo. Es tu trabajo y encontrarás al que lo ha hecho para que no ande suelto por ahí.

—No puedo fallar con mi primer caso, todavía tenemos pendiente el anterior asesinato del Retiro —puesto en pie giró sobre sí mismo— me pregunto si... —susurró camino del cuarto de baño.

La mujer se quedó mirando la espalda de su marido mientras se alejaba, su mano rascando la cabeza como prueba de que algo le preocupaba. Como si estuviera esperando el momento en que Faustino cerrara la puerta, Calista, una gata siamesa de diez años, saltó a la cama en busca del calor de su dueña.

—Nunca te pude poner mejor nombre, so lista —dijo mientras cogía a la gata en brazos y la dejaba en el suelo— ya sabes que no le gusta que subas a la cama.

Calista volvió la cabeza hacia la puerta del baño, a continuación buscó los ojos de su ama, giró sobre misma y con la cola bien levantada, como muestra de orgullo herido abandonó el dormitorio.

Sofía recuerda como al poco de conocer a Faustino, en su primera cita, en un momento de confidencias se preguntaron qué era lo que al otro no le gustaba por encima de todo. Algo por lo que no estuvieran dispuestos a pasar.

—Yo no viviría con gatos en casa, ni aunque solo fuera uno —respondió Faustino con el semblante serio, convencido de las palabras que acababa de pronunciar—. No, no podría.

—Pues es una lástima porque yo tengo una gatita siamesa que se llama Calista y me sigue a todos lados.

«Esto me pasa por no preguntar antes».

—Vaya... eh... yo, bueno, no sé, quizá podría hacer alguna excepción. ¿Calista, dices que se llama?

Sofía saltó de la cama con una suave sonrisa y el recuerdo de aquel día en su cabeza, en dirección a la cocina para dejar una jarra de café hecha, si no, su querido Tino se marcharía de casa con el estómago vacío. Aún sonreía cuando él apareció

bajo el quicio de la puerta.

—¿Pero qué haces aquí? Aún puedes dormir una hora y media más.

—Lo sé, pero quería asegurarme que te ibas al menos con un café y unas galletas.

Faustino besó con suavidad los labios de su mujer. Bebió el café de un trago y cogió un par de galletas.

—Tengo que irme. Deséame suerte.

—Suerte, cielo, aunque sé que no te hará falta —aseguró devolviendo el beso.

Sí, le iba a hacer falta y mucha además.

Faustino Corrales llegó apenas unos minutos más tarde que Mendía. A sus 28 años, se consideraba un hombre afortunado y feliz de haber encontrado una profesión que le gustaba más allá de su *hobby*, que era la informática, y a una chica como Sofía, que aún, tras dos años de casados, se preguntaba qué podía haber visto una mujer como ella en un hombre como él.

—Buenos días, Faustino. —Mendía se encontraba arrodillado junto al cuerpo de Marisol Fuente— el asesino nos ha dejado un mensaje —señaló un punto del suelo junto al cadáver.

Tino sorprendido dio un pequeño salto hacia atrás. Sacó una pequeña linterna del bolsillo e iluminó la zona que le señalaban.

—Todo... queda... en... familia...

Levantó la mirada buscando los ojos de Mendía mientras elevaba ligeramente las cejas, junto a su semblante habitual de constante asombro, añadía mayor en énfasis a la muda pregunta.

—Sé lo mismo que tú. Acércate. Fíjate ahí —señaló el cuello de la chica— ¿qué crees que es?

Corrales puso rodilla en tierra. Con la linterna barrió la zona indicada. Si lo que imaginaba coincidía con lo que el inspector jefe pensaba las cosas se iban a complicar mucho.

No se equivocaba.

—Parecen huellas de un alambre —llevó la mano a su rizos y los frotó nervioso—. ¿Está pensando lo que yo?

—Recuerda que ya eres subinspector y nos tuteamos —prosiguió—. Es el segundo cadáver que aparece en El Retiro en los últimos meses con el mismo *modus operandi* o al menos similar.

—Sí, eso me parecía, pero... —dejó la frase en el aire sin terminarla mientras sus ojos recorrían cada centímetro del cuello de la chica.

—¿Pero...?

—Sí, sí, perdón. Pero apostarí a que el alambre utilizado en este caso es diferente, no tan fino, como si estuviera forrado.

Mendía miró a su pupilo. Con razón Rocío confiaba en él, eran tal para cual.

—Lo digo por los bordes de las huellas. ¿Ves? —señaló una profunda rozadura

justo en el centro del cuello— parece como si hubieran tirado con una furia desmedida. Quizá la chica se revolvió.

De repente, un potente *flash* iluminó el interior de la jaula donde se encontraban víctima y agentes. Desde el exterior apenas se distinguían los pies de la chica. Suficiente para que aparecieran en las noticias en la hora de la comida en la televisión y en los periódicos del día siguiente. Sin duda, la radio se haría eco, como casi siempre, en tiempo real.

—¡¡Pero quién coño ha dejado que se acerque ese fotógrafo!! —Mendía asomó la cabeza por la celda—. ¡¡Quitadle el puñetero carrete!!

El individuo salió corriendo, imposibilitando que el agente cumpliera con la orden que le acababan de encomendar.

—¿Cómo se habrán enterado? —preguntó al aire de nuevo junto a Corrales— espero que Patricia no se convierta en uno de ellos.

—¿Patricia? ¿La hija de la comisario?

—Sí, va a estudiar periodismo.

—Vaya con la chica. La recuerdo de pequeña, le debo sacar unos diez años más o menos y...

—Disculpa, pero ya me lo contarás, vamos a lo nuestro. ¿Qué más ves?

En esta ocasión el subinspector se tomó su tiempo para responder. Deslizó el fino foco de la linterna por el cuerpo de Marisol Fuente de pies a cabeza, lentamente. A continuación hizo lo propio con el interior de la jaula. Los rayos del sol luchaban por colarse entre las ramas de los árboles y acompañar al subinspector en su análisis ofreciendo toda la luz posible.

Mendía levantó la cabeza y miró al exterior.

—No tardes mucho que llega el forense.

Corrales suspiró.

—Tranquilo, no es un examen.

Las palabras de su jefe le sirvieron como bálsamo.

—Creo que la mataron fuera, que este no es el auténtico escenario del crimen — guardó silencio, unos eternos segundos para Mendía, y prosiguió—: No hay apenas sangre, si se resistió, como pienso que lo hizo, no veo por ningún lado las huellas que debería haber en esta jaula, sin embargo, los talones de sus zapatillas están cubiertos de arena, como si la hubieran arrastrado. Habría que mirar alrededor y buscar el lugar donde la asaltaron. No creo que haya recibido ninguna agresión sexual.

—¿Algo más, Corrales?

—Parece como si el asesino siguiera un ritual, es decir, la colocó en la postura que está por algún motivo. No se limitó a quitarle lo que llevara, si es que fue un robo, y huir, se quedó un buen rato por aquí, como si no tuviera prisa, se sentía seguro —Corrales señaló con el foco las innumerables pisadas y levantó la cabeza, sus ojos abiertos del todo, un poco más que su expresión familiar, como si un *flash* hubiese iluminado sus recuerdos—. ¡Igual que la chica, Lorena, encontrada junto al

estanque! —bajó de nuevo la vista al cuerpo— bueno, igual, no, pero muy parecido, entre aquellos árboles no tenía espacio para hacer algo así. Además, solo uno de los brazos estaba sobre el pecho —de nuevo calló unos instantes con la mirada en los brazos de Marisol.

—¿Qué piensas?

—Bueno, quizá no sea importante.

—Escúpelo de una vez, se acerca el forense.

Corrales se incorporó.

—Me pregunto si se trata del mismo asesino, no parece muy organizado, es decir, si sigue una pauta o ritual, es bastante chapuza. No tiene sentido que la primera víctima aparezca solo con un brazo sobre el pecho y en una postura encogida, por falta de espacio y esta chica...

—Está aprendiendo. Se toma más tiempo.

—Sí, eso creo.

El inspector jefe asintió.

—Y otra cosa más, Mendía... —aún le sonaba raro dirigirse en esos términos a su superior, en ocasiones compañero.

El aludido suspiró.

—¿Llegará el día en que sueltes todo de una vez?

«Me temo que no».

—Sí, lo siento, es que no entiendo por qué esa mano —señaló la derecha de la chica— está más limpia que la otra, es como si el asesino se hubiera preocupado por limpiarla ¿pero no tiene sentido, verdad? No creo que su idea fuera limpiar el cuerpo entero, alguien le sorprendiera y se viese obligado a huir y...

—Corrales, vayamos por partes. Estás al mando del caso, de este y del anterior. Partimos del hecho que se trata de la misma persona o del mismo grupo. Quizá tengas que volver a interrogar a los testigos de la primera víctima. Informa de todo al forense —dijo mientras se volvía hacia la puerta al ver la llegada de su compañero.

—Me pregunto por qué no escribiría nada en el primer escenario —siseó para sí.

—Inspector jefe Mendía, subinspector Corrales —dijo el forense a modo de saludo—. ¿Decía algo de escribir?

—Eh No, no, nada. Solo que al otro lado de la víctima el asesino nos ha dejado un mensaje escrito en el suelo.

—Vaya, un tipo al que le gusta jugar con la policía, otro que perderá, seguro. No lo dudes, Corrales, no lo dudes.

Gus amaneció con la mejilla hinchada y dolorida. El Nolotil que bebió la noche anterior, por insistencia de su tía, había dejado de hacer efecto. Con la mirada fija en la imagen de su rostro que le devolvía el espejo, sonrió.

Fue una sonrisa fugaz.

Sí, estaba satisfecho por cómo había puesto en escena su plan con Marisol Fuente.

El lugar escogido para llevarlo a cabo le parecía extraordinario. El intercambio de trofeos de padre e hija. La colocación del cuerpo, incluso su actitud al encontrarse con el guarda. Intentó levantar la gasa que cubría la herida, pero se quedó en eso, en un intento. El dolor, aunque no era algo que le disgustara, resultaba demasiado intenso, como si miles de alfileres se le clavaran hasta el fondo.

—Maldita sea...

Bajó la cabeza y apretó los ojos con fuerza mientras negaba levemente de izquierda a derecha. Una y otra vez. De izquierda a derecha. Cerró el puño, lo elevó en el aire y lo lanzó contra el lavabo si mucha violencia, pero fue suficiente para que Mona, que había reunido el valor necesario para asomarse a la habitación de su amo, alzara su enorme figura en el aire, mientras giraba y salía corriendo visiblemente asustada.

Levantó la mirada de nuevo buscando su reflejo. Abría y cerraba el puño, más bien como respuesta a un acto reflejo que como muestra de dolor por el reciente impacto. Era innegable que tenía motivos para sentir que podía llevar a cabo de manera satisfactoria la misión que se había autoimpuesto, pero no podía ser a costa de su salud física. El apaño para disimular los arañazos de la maldita chica no podía repetirse.

—Ni eso, ni nada parecido.

De nuevo, agachó la cabeza.

Debía prepararse para una inminente llamada de la policía. Sin duda aquel policía pelirrojo le volvería a interrogar, o el moreno que le acompañaba y que debía ser su jefe.

Un suave repiquetear de nudillos en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—¿Estás visible?

Antes de responder efectuó un rápido repaso a su aspecto. Salió del baño.

—Sí, claro, pasa.

—Deja que te vea —pidió la mujer levantando una esquina de la gasa—. Mona acaba de salir disparada de tu habitación y...

—No la he visto.

«Yo en lugar de Mona me tomaría un tiempo antes de acercarme al individuo que le obliga a clavarle las garras en su cara».

—No te voy a quitar la gasa de momento. Esta tarde veremos cómo va —dijo mirando a su sobrino con curiosidad—. Imagino que no se te ocurrirá ir hoy a la universidad.

—No, no tengo que ir, solo quedan un par de exámenes para terminar el curso, pero me gusta estudiar en la biblioteca y...

—Pues olvídате durante unos días ¿entendido? Lo último que necesitas ahora es que se te infecte. Por cierto, ¿qué hacías con Mona para que te lanzara un zarpazo tan brutal como ese? —señaló la gasa.

—No fue uno, fueron dos. La culpa es mía por molestarla, creo que la asusté

mientras jugaba con sus uñas.

La mujer agitó la mano en el aire.

—Vale, vale, no me cuentes más —dijo camino de la puerta— el desayuno está preparado, si quieres un Cola Cao y unas tostadas, ya sabes.

—De acuerdo, ahora voy, me muero de hambre.

Cuando se quedó a solas recordó que no había probado bocado desde la tarde anterior, su cuerpo se quejaba realizando extraños sonidos en el estómago. Cambió el pijama por una camiseta y un pantalón de chándal, mientras su mente repasaba a la curiosidad de su tía.

—Si supiera...

Mona era la segunda gata que habitaba esa vivienda desde que Gus llegó a la casa. A la anterior la dieron por desaparecida, pero la realidad era que el pobre animal no superó las pruebas que le hacía pasar cada vez que se quedaban solos. Un par de arañazos en su brazo cuando la intentaba sacar del interior de un armario fueron el detonante para que la gata diera por finalizada su estancia entre los vivos. No fue fácil disimular las heridas pero nadie pareció darse cuenta.

No era la primera vez que se entretenía torturando animales. Una extraña y agradable sensación recorría su cuerpo cuando el pajarillo, el conejo, la rata, o los gatos, o el perro, entraban en estado de pánico ante su demostración de poder. Se cuidaba mucho de elegir lugares solitarios escondidos de la curiosidad ajena, pero en una ocasión, eso creía él, en su propia casa, su hermana le descubrió. Gus observaba los restos de un pequeño murciélago con las alas extendidas y clavadas en la pared cuando la niña asomó la cabeza en la habitación.

—Hola, dice mamá que si... —Sara miraba sin comprender lo que sus ojos le mostraban. En un corcho de la pared una mancha oscura se mecía levemente— ¿qué es eso de...?

Gus se interpuso, visiblemente furioso, entre su hermana y el pequeño murciélago. Hubiese jurado que había echado el pestillo pero por lo visto se había vuelto a olvidar, una vez más.

—Pero si es un pajarillo ¿qué le haces, Gus?

El chico empujó a su hermana contra el marco de la puerta.

—¡Lárgate! Si tanto te importa lo que dice mamá, ¿por qué no le haces caso y llamas antes de entrar? ¿Eh? —acercó su mirada ida al desconcertado semblante de la niña.

Sara abandonó la habitación con los ojos llorosos y la mano en la espalda justo donde había impactado contra el picaporte.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Los gritos de su hermana fue lo último que escuchó antes de cerrar la puerta con rabia. Recogió los restos del murciélago y los diferentes palillos que había utilizado para la ocasión y los guardó en una bolsa que dejó caer por la ventana de su habitación al jardín. Sentía como la ira se apoderaba de su cuerpo. Otra vez la maldita

niña husmeando en su vida y chivándose a su madre.

«Algún día, algún día hermanita, te arrepentirás...».

Esa fue la primera vez que Sara le descubrió torturando animales pero no fue la última, ni la única persona que le sorprendió. En otra ocasión fue su padre, se encontraban en el jardín después de unos días de intensas lluvias. Gus, tras unos árboles realizando sus extrañas fantasías con caracoles y babosas. Su padre, recién llegado de pasar varias semanas fuera de casa por negocios relacionados con sus incontables empresas, no dijo nada al ver a su hijo mientras se esmeraba en dejar al caracol como la babosa, arrebatándole su casa.

Prudencio Marcial sonrió, encendió un pitillo y se colocó junto a su pequeño. Él ya lo intuía, bastaba con prestarle atención cuando le dedicaba el tiempo suficiente entre ausencia y ausencia como para poder observarle. Sara, no, la niña había salido a su madre, asustadiza y defensora de una absurda justicia enfocada en las víctimas equivocadas. Su hijo era diferente.

Muy diferente.

Gus repasaba esos momentos de su infancia y adolescencia con la extraña mezcla de sensaciones que le generaba la imagen de su padre. Podría sentirle como un maestro, como alguien a quién confiar sus dudas, que resultaban ser muchas y variadas. Alguien que le comprendía y con quién no debía esforzarse en actuar como se esperaba de un chico con su educación. Sí, su padre le enseñó mucho, pero con el tiempo se fue convirtiendo en un individuo demasiado selectivo, parecía como si el placer de experimentar como se desinfla la vida de una víctima entre tus manos hubiese dejado ser lo importante, lo necesario, el objetivo final. Para su padre, la identidad y el plan de acción, de ataque, había sumado enteros. No solo se había vuelto selectivo, sino también descuidado. Un exceso de confianza se había apoderado de él. Se creía que estaba por encima de todos, que su inteligencia era inalcanzable.

—Ahí te equivocaste, papá... —murmuró mientras recorría el pasillo dispuesto a desayunar.

«Mira que esconder los trofeos en el altillo del desván en cuatro puñeteras cajas, sin ningún tipo de cierre o candado. Ya te vale. Si me hubieras hecho caso cuando te dije que utilizaras las nuevas tecnologías y no ese maldito álbum para guardar las fotos...».

Sonrió al recordarlo. La verdad no era exactamente así, pero ya no tenía la menor importancia. Guardaba cierta admiración y respeto por la figura de su progenitor pero a la vez el odio y el rencor dominaban sus emociones cuando pensaba en él. Sí, le había enseñado lo que le sabía, pero él lo haría mejor, mucho mejor.

«Apenas he comenzado...».

Ayudada de unas pinzas, la tía de Gus dejaba caer unas tostadas sobre un plato

cuando su sobrino entró en la cocina. El pobre había llevado una vida muy dura. Su padre y su hermana habían fallecido, y su madre... Solo pensar en Bárbara cambiaba el semblante de Genoveva.

—Voy a acercarme al hospital a ver a tu madre. ¿Me querrás acompañar?

—Por más que lo llames hospital, tía, no dejará de ser un psiquiátrico.

«Tranquilo».

Su vocecilla había captado el súbito cambio en sus pulsaciones. El recuerdo de su madre le generaba un regusto amargo.

Muy amargo.

Por su culpa todo se había ido al traste.

«¿Por qué coño tuviste que avisar a la policía? Nadie se cree que no supieras nada de lo que hacía tu querido marido».

—¿Gus?

—Ya fui la semana pasada —mintió— no me gustaría que recobrarla la consciencia, me reconociera y me viese con esta cara. Seguro que del susto vuelve otra vez a su mundo —dijo intentando suavizar la tensión con algo parecido a un chiste bien intencionado.

—Ya... —como respuesta, Veva le ofreció una mueca torcida.

Durante unos segundos reinó el silencio entre tía y sobrino. No se trataba de un silencio incómodo, ni mucho menos. Ella observaba disimuladamente los cambios de expresión del rostro de Gus mientras masticaba la tostada, parecía como si estuviera discutiendo con alguien. Si fuera más pequeño no hubiese dudado que se trataba de un amigo imaginario, pero ya a los veinte años, cerca de terminar tercer curso de periodismo, no podría tratarse de algo así, no le dio mayor importancia.

Él, se encontraba ajeno a la presencia de Veva, sus continuos silencios, sus visitas a sus mundos interiores como así los denominaba ella, los explotaba al máximo. No tenía mucho que contar a su tía, más bien poco. Lo único que pedía era que le dejara tranquilo y no se empeñase en que tuviera que hacer las cosas a su manera. De momento, en los casi dos años que vivían juntos, todo marchaba bastante bien para sus intereses. No era fácil, se esforzaba cada día en parecer un chico normal y sencillo ante los ojos de su tía. No había tío, lo cual era un punto a agradecer, a él y a la enfermera con la que se lio del hospital donde ambos trabajaban y que se lo llevó de la vida de Genoveva unos años atrás.

Gus pestañeó varias veces seguidas. Terminó de un bocado la segunda y última tostada y bebió un trago de su Cola Cao. Miró a su tía.

—Perdona, me he vuelto a perder en mi mundo... —le dedicó una boba sonrisa—. Me tienen nervioso los últimos exámenes, quiero pasar un verano tranquilo sin tocar un libro.

Veva se acercó al fregadero con su taza y el plato.

—Te lo mereces, Gus, has estudiado mucho, tus padres estarían muy orgullosos

de ti.

«No vayas por ahí tía, no vayas...».

—Por cierto, ¿qué hay de esas prácticas en el periódico que me comentaste?

—Bueno —apuró un último trago— antes tengo que aprobar, pero necesitan a alguien que eche una mano en la sección de sucesos —dijo antes despedirse rumbo a su habitación.

La mujer agitó la cabeza, como si quisiera eliminar extraños pensamientos.

«Sucesos...».

No dejaba de resultarle extraño que después de las dos muertes violentas de su padre y de la pequeña Sara, y con su madre, que no ha vuelto a abrir la boca desde hace casi dos años, su sobrino quiera involucrarse en temas macabros, como sin duda se encontrará en ese periódico.

—No le valdría la sección de deportes como a cualquier chico de su edad, o de sociedad o investigación, o no yo qué sé, cualquier cosa menos... —murmuraba mientras terminaba de arreglarse.

«Sucesos...».

Recogió el desayuno, tras despedirse con un grito al otro lado de la puerta del dormitorio de su sobrino se encaminó hacia el psiquiátrico. Siempre que encontraba dificultades para entender los comportamientos de los que la rodeaban, sentía como un velo de tristeza cubría su rostro, como si lamentara que no se esforzasen en disfrutar de lo que ella creía que debería ser su vida.

Sí, cada ocasión que revivía este tipo de sensaciones se acordaba de su pequeña Lía, fallecida a los pocos años de nacer de lo que algunos llamaban mal de cuna, otros muerte prematura o natural o... Daba igual el nombre con que calificaran la ausencia de su pequeña, a partir de ese momento la vida con su marido entró en un continuo reproche de culpas por lo sucedido. Ciertamente se trataba de reproches mudos que en ocasiones pueden ser mucho más dañinos que los gritos.

Sí, siempre que le sucedía esto y sus recuerdos golpeaban su maltrecha conciencia le entraban más ganas de las habituales de visitar a Blanca. Como si viera en ella el reflejo de la mujer que se empeñó en disfrutar de la vida pero que las circunstancias y su falta total de motivación para continuar adelante se lo impidiesen. Le gustaba pasar un buen rato con ella peinándola mientras hablaban de su Gus, de lo bien que iba en la Facultad, de lo listo que era. De lo que harían cuando se recuperara.

—Dice el médico que depende de ti, está convencido que podrás volver a casa dentro de poco —dijo mientras deslizaba el peine por el cabello de su silenciosa hermana sabiendo que eran palabras inventadas, pero no se le ocurría otra forma de animar a alguien que no sabes si te oye, si te escucha y menos aún si le importa algo lo que le estás comentando.

Era muy duro verla en esas condiciones, sin un atisbo de la alegría que siempre había derrochado a lo largo de su vida, aunque en los últimos años, antes del accidente de Pruden, las cosas no les iban bien. Se notaba a pesar de que Blanca

nunca quiso hablar del tema.

—Siempre estaré a tu lado, Blanca. Por favor, regresa, podemos vivir juntas el resto de nuestros días —sonrió a la nuca de su hermana mientras deslizaba el cepillo — bueno, ya lo hablaremos, sé que siempre has sido muy independiente, pero buscaremos una casa para estar cerca la una de la otra. ¿Qué te parece?

Como respuesta dio la misma que daba desde que ingresó en el psiquiátrico; ninguna. Cuando Veva se despidió y abandonó la habitación, una lágrima inició un lento recorrido por la mejilla de Blanca.

Gus cerró la puerta de su dormitorio con pestillo, pasó los dedos por el pelo y frotó el cuero cabelludo con fuerza. Se trataba de una sensación agradable que le despejaba la cabeza. Sobre el ordenador había una estantería repleta de todo tipo de cosas. En las dos baldas más altas se hallaba una completa colección de libros de novela negra y bibliografías, con su correspondiente investigación policial, de asesinatos en serie, regalo de su padre unos meses antes de su fallecimiento. Uno de los más admirados era BTK, no por sus crímenes, ni por su forma de llevarlos a cabo, sino porque en el año 2000 y empezó en 1974, aún no había sido detenido y se permitía el lujo de enviar pistas a la policía para que las descifrarán. Sin duda, el que tardaran en apresarle tendría que ver con su actitud en el día a día. Alguien cercano a los demás, tranquilo, que no levanta sospechas.

Elevó la vista al cielo.

—Como tú, no, papá, tú eras un auténtico cabronazo aunque lo disimularas.

En Febrero de 2005 Dennis Rader, BTK fue detenido.

Pero para ese día aún faltaban unos años.

A pesar de la completa colección de libros, su favorito se encontraba a buen recaudo en el interior de una caja asegurada con candado, que a su vez contenía los trofeos que había encontrado su madre y el álbum de fotos de los asesinatos que su padre había cometido a lo largo de su vida y sus completas notas. No de todos, porque en sus comienzos no era habitual llevar una cámara colgando del cuello como si tal cosa. Debajo de la caja había, provisionalmente, una carpeta que contenía varias fotos de Lorena, su primera víctima en El Retiro, a la que en breve se sumarían las de Marisol Fuente. Su fuero interno le decía que debía destruir esas fotos y quedarse con el Zip donde las almacenaba, pero de este modo, en papel, la sensación era distinta.

—Lo sé papá, esto mismo te eché en cara, pero prometo deshacerme de ellas cuanto antes.

No eran las únicas, un chico de no más de quince años, miraba atentamente a la cámara, eso parecía, en realidad, su mirada estaba perdida en el infinito. Como nombre había elegido; «anónimo», no le interesó averiguar de quién se trataba, solo respondía a una prueba.

—Lo siento, chaval, no fue nada personal, creo que lo llaman daños colaterales. Con alguien tendría que comenzar en solitario, ¿no?

Su mente le trasladó a Barcelona, un viaje de dos días en compañía de su padre. Se hallaba en el metro, a la espera de que diera la hora de comer y acercarse al restaurante donde habían quedado. Observaba el ir y venir de la gente, las prisas de unos, las risas de otros, la melancolía de un par de chicos con la mochila a la espalda que avanzaban en su dirección.

De pronto su semblante trazó una fina sonrisa.

Uno de los chicos se despidió al llegar el siguiente tren, el otro permaneció en la estación, sentado en el mismo banco que Gus. Escudriñó con disimulo su perfil, un rostro apagado, sin brillo, mirada en las puntas de sus deportivas. Poco a poco el andén comenzó a llenarse, por su izquierda llegaba un buen número de estudiantes. El familiar sonido de los vagones del metro anunciaba su inminente presencia en la estación.

«¿Y si...?».

El chico se incorporó como si el cuerpo le pesara más que la mochila, se acercó al borde de la vía, tras él se situó un pequeño grupo de quinceañeras. Gus a continuación, sintiendo como su corazón comenzaba a latir desenfrenado ante la perspectiva que le ofrecía el momento que estaba a punto de manifestarse. El vagón se encontraba a no más de cinco metros, dos de las chicas se separaron para atender el comentario de una amiga.

«¡Ahora!».

Gus lanzó una patada en el talón del chico que comenzó a iniciar un extraño paso de baile en el aire cayendo a las vías, dando la impresión de haber perdido sin motivo aparente el equilibrio. El sonido, similar al de varias ramas al chascar repetidamente, quedó grabado como pura melodía en la mente enferma del asesino. Agarró por la cintura a una de las adolescentes.

—¡Cuidado! —exclamó tirando de ella—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, gracias. ¿Has visto un chico, estaba ahí delante y...? —llevó la vista a sus amigas que comenzaron a gritar horrorizadas.

—No, no. Solo he visto que llegaba el vagón y de repente os echabais hacia delante.

La soltó, muy a su pesar.

El corazón de Gus comenzó a recobrar su frecuencia habitual. No sintió nada parecido a un atisbo de cargo de conciencia. La vida del chaval respondía a un fin superior. No fue fácil pero al fin pudo hacer una foto del rostro del chico con la mirada perdida.

Sonrió a sus recuerdos.

Aún no contaba con un álbum propiamente dicho, necesitaba pensar en algo que pudiera ser digno de recoger sus andanzas. Algo más actual que lo utilizado por su padre.

«Más profesional».

Con una fina sonrisa bien tallada en su rostro dejó todo como estaba en el interior

de la caja, ajustó el candado y una vez devuelta a su lugar en el altillo, escuchó la voz de su tía al otro lado de la puerta. Devolvió el grito de despedida y se ajustó los auriculares. Había llegado el momento de saber qué se hablaba de él en la noticias.

«Vamos allá».

Suspiró varias veces hinchando sus pulmones todo lo que daban de sí.

—A ver si dicen algo.

«... recuperamos la conexión con nuestra unidad móvil en el parque del Retiro. Adelante, Mario García [...] los temores que nos invadían a todos los presentes y que compartí en nuestra primera comunicación, se han confirmado. Esta mañana ha sido encontrado el cuerpo sin vida de una joven de la que por el momento se desconoce su identidad y...».

—Marisol Fuente Rolan —susurró Gus satisfecho— si al final voy a tener que llamaros para daros el dato.

«... son ya dos las víctimas halladas en el Parque del Retiro de Madrid en los último meses. Dos chicas jóvenes, de no más de veinte años. La gente que se ha aproximado hasta nuestra posición se pregunta si ambos casos están relacionados, si nos encontramos ante un posible asesino en serie...».

—No tienes ni idea. Es a partir de tres víctimas cuando se considera asesino en serie, aunque, no tardarás en tener razón, te lo aseguro.

¿Estamos ante el que podíamos bautizar, sin querer ser melodramático compañeros, como el Asesino del Retiro? Un personaje cruel que aterroriza a las jóvenes y que...

—Vaya, vaya, el Asesino del Retiro, no suena mal, nada mal... —cruzó los brazos tras la nuca y estiró las piernas encima del escritorio. Una sensación como esa había que disfrutarla en toda su extensión.

Cerró los ojos.

—El Asesino del Retiro...

*Madrid**Invierno de 1997*

Habían dejado el aeropuerto de barajas varios kilómetros atrás. No había sido fácil incorporarse a la autopista de Barcelona dirección Madrid, obras, una huelga de no sabían muy bien qué y el habitual excedente de vehículos en esa carretera lo habían complicado y mucho.

Jesús Romero se volvió hacia Rocío.

—Patricia tiene algo que contarte —buscó los ojos de la niña en el reflejo del espejo retrovisor, que le devolvió el rostro sonriente de la madre de Rocío, Berta, y los morros apretados de su hija.

Rocío se sentó de lado, situó la cabeza entre los asientos. Con la mirada buscó los ojos de Patricia.

—A ver. ¿De qué se trata?

—Lo primero es que no debes enfadarte —pidió Romero— ha tomado una decisión y no sabe qué tal te sentará.

Los ojos negros y algo rasgados de Pati miraban a su madre con cierta desconfianza. Había hablado con Jesús y su abuela del tema mientras esperaban la llegada del avión de Santander y les había pedido que le dieran un empujón para decidirse.

—No sabré cómo me sentará hasta que no sepa de qué va el asunto ¿no creéis? Dímelo ya que me tienes de los nervios —al distinguir en el rostro de Jesús una tenue sonrisa entendió que el asunto no era trascendente.

—Vale, allá voy —Patricia se incorporó—. Sé que te había dicho que igual entraba en la academia de policía, pero voy a estudiar periodismo, como necesito una carrera para poder ser inspectora de policía... aunque ahora no sé si eso es lo que me apetece, mamá. Es que no quiero que me pase como a vosotros con el caso ese de las rosas... el de papá —soltó de corrido, temiendo que si no lo hacía así se olvidaría de los argumentos que llevaba memorizados. Calló unos segundos, tomó aire y añadió —: quiero decir, que no os dejaron investigar y no quiero que eso me pase a mí.

—¿Y tú crees que los periodistas no reciben presiones?

Pati ladeó el rostro.

—Bueno, imagino que sí, pero seguro que también tienen más fácil denunciarlo. ¿No crees?

—De acuerdo —convino Rocío— admito que es posible. Solo, posible.

Madre e hija se miraron unos instantes fijamente.

Patricia sentía como miles de hormigas recorrían su cuerpo. La mano de la abuela Berta sobre su pierna le transmitía cierta calma, pero no suficiente. Tener como madre a la primera mujer comisario de España imponía un respeto que aún no sabía cómo manejar.

—¿Eso es todo? —quiso saber Rocío.

—Pues... sí, mamá.

—Bien, me parece perfecto que estudies lo que quieras. No entiendo el problema —apuntó vuelta de nuevo con la vista al frente.

La abuela se creyó obligada a intervenir. El semblante preocupado de su querida nieta no le daba opción a permanecer en silencio, aunque no le gustaba meterse en las cosas de la familia de Rocío, ya lo había hecho bastante en vida de Carlos, su fallecido yerno, y no salió nada bien.

—Verás, hija, la niña está convencida de que lo que más ilusión te hacía era que siguiera tus pasos y no sabía cómo decirte eso de estudiar periodismo, aunque no creas que a mí, no sé, una mujer periodista...

—Mamá, no empecemos, recuerda que hablamos de este tipo de cosas hace muchos años.

—Sí, sí, no quise decir que a mí no...

La voz grave de Romero cortó las excusas de la abuela que una vez más, aunque siempre insistía en que no era su intención, terminaba por inmiscuirse en temas que precisamente, trataba de evitar. Al menos, en teoría.

—Ya hemos llegado.

Patricia saltó la primera del coche y se detuvo junto a la puerta. Observó como su madre abría con desesperante lentitud la suya. En cuanto la imagen de Rocío se fue mostrando ante ella, primero una rodilla, luego el cuerpo, la cabeza, se obligó a analizar su rostro para ver si podía adelantar lo que iba a decirle.

«Está seria...».

—Mamá, no puedo esperar más, dime qué te parece lo que te he dicho.

Mientras Romero se hacía con el equipaje, la comisario pasó su brazo sobre el hombro de su hija, juntas, se encaminaron hacia la vivienda.

—¿Que, qué me parece? Si ya te lo he dicho. Tú lo que quieres es volverlo a oír ¿eh?

—Anda, dímelo, *porfa* —pidió apoyando la cabeza en el hombro de su madre.

—Lo que deseo que estudies es... lo que te haga feliz. No soy yo quién debe decidir hacia dónde se encaminará tu vida. Solo puedo apoyarte, darte mi punto de vista y...

—Hay algo más —apuntó con el semblante serio. Tan serio que Rocío creyó oportuno separarse unos metros con su hija.

—Cuéntame ¿qué te preocupa?

Pati llevó las manos al pelo echándolo por detrás de las orejas. Cruzó los brazos sobre el pecho y bajó la vista.

—Bueno... es por papá, no por él, sino porque... —agitó una mano en el aire como si sacudiera algo molesto y suspiró. Sus ojos se cubrieron de una fina y brillante capa acuosa—... lo que quiero decir es que... su apellido junto a mi nombre... me hace daño.

La comisario miró fijamente a su hija. Esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—No quieres llevarlo ¿es eso?

Pati asintió.

—No puedo, te juro que lo he intentado, pero...

—No te preocupes. Lo arreglaremos.

—¿Sí? ¿De verdad? —llevó las manos a la cara— pensé que te iba a molestar, yo no...

Rocío se abrazó a su hija. Sus ojos se encontraron con los de Romero que sonreía y asentía.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, hija.

«No sabes cuánto».

Nada más dejar el escaso equipaje en su casa, Rocío se despidió de su familia dispuesta a regresar a la comisaría. La noticia que el día anterior le dio Mendía sobre el fallecimiento de Prudencio Marcial le había afectado más de lo que podía reconocer. No por cuestiones sentimentales, solo conocía su figura pública, lo que decía de él la prensa, sino porque, posiblemente esa incomodidad que se había apoderado de ella tenía que ver con la llamada de su mujer a la policía.

—Dame un minuto y te llevo —dijo Romero.

—No es necesario, cojo mi coche, además tienes tú comisaría aquí al lado.

Como si no la estuviera escuchando, Jesús se perdió en el interior de la casa. Regresó unos pocos minutos después.

—¿Nos vamos? —preguntó al aire mientras se dirigía hacia la puerta.

Rocío se le quedó mirando unos instantes, no sabía qué, pero algo pasaba. De lo que no albergaba ninguna duda era que si se empeñaba en preguntar nadie iba a responder, lo negarían todo haciéndole pasar por tonta. Optó por actuar como si no se hubiera dado cuenta de nada.

Su futuro marido la dejó frente a la puerta de la comisaría en la que había trabajado tantos años junto a Mendía y, algunos menos, con la propia Rocío.

Tras saludar a los agentes que le salían al paso al recorrer los pasillos de la comisaría llegó a su despacho. El mismo que utilizó en su día Antonio Rovira.

—Por favor, Rosario, avisa al inspector jefe, José Carlos Mendía —pidió por el intercomunicador a su secretaria.

«José Carlos».

Incluso a ella le sonaba raro dirigirse a su fiel amigo y compañero por su nombre completo.

—Debe ser la primera vez que lo hago.

No había transcurrido un minuto desde que habló con Rosario cuando un repiqueteo en la puerta le avisaba de la llegada de Mendía.

—Adelante.

—Comisario, ¿qué tal el vuelo?

—Bien, tranquilo, y por favor cuando estemos a solas llámame Rocío ¿de acuerdo? Sabes que eres tú el que debería estar en este despacho, sentado aquí, llevando esta comisaría.

Mendía levantó las palmas de las manos, en dirección a la mujer y las agitó en el aire como si limpiase algo en un imaginario cristal.

—Eso sí que no. No me quieras tan mal, estoy muy bien como estoy y mejor estaría de inspector a secas sin tener que ocuparme de otros asuntos.

La comisario llevó las manos tras la nuca ajustando un par de pasadores, mientras en su rostro se formaba una media sonrisa. Sabía lo que quería decir su compañero. No le gustaba organizar el trabajo de los demás, bastante tenía con el suyo decía siempre que Romero o ella sacaban el tema. Con el tiempo dejaron de insistirle para que se presentara a las oposiciones a comisario. Con las de inspector jefe había alcanzado su objetivo. Sus antiguos compañeros sospechan que no fueron ellos los que le convencieron, por más que lo intentaron. Presumen que existe alguien, a quien aún no conocen, con capacidad de ejercer una influencia tal en él que le había empujado no ya a plantearse un ascenso si no a ir a por él.

Sí, existía ese alguien, pero el bueno de José Carlos, de momento, no se había lanzado a presentarla en sociedad. No iba a faltar mucho, apenas unos días, en casa de la propia Rocío, que desconocía lo que se estaba tramando a sus espaldas.

Rosario entró en el despacho con un par de tazas de café.

—Largo de café y chorrito de leche para usted —dejó la taza frente a Mendía.

—Con leche, más la espuma que le pueda poner, para usted —dijo mirando a la comisario.

—Gracias, Rosario.

Cuando la secretaria se marchó, el inspector jefe señaló hacia atrás sobre su hombro con el dedo pulgar extendido.

—¿A quién me recordará? —una sonrisa nostálgica invadió su semblante— ¿cómo está?

Rocíoapuró un lento trago.

—Sí, también me recuerda a María —otro sorbo, este más pausado— está feliz con su marido y su hijo. Ah, por cierto, está embarazada ¿te puedes creer?

—Me alegro mucho por ella. Embarazada a los cuarenta ¿más o menos debe tener esos, no? Que por vosotras también pasan los años —dio un último sorbo y dejó la taza sobre la mesa— ¿por qué te extraña tanto que lo esté? No será por la edad que... —clavó sus ojos en Rocío—. ¿No me digas que tú y Romero...?

La comisario sentía como se ruborizaba.

«Parezco tonta».

Agitó la mano en el aire como si espantara un mosquito.

—Lo que te decía —cambió con escasa sutileza el rumbo de la conversación— nuestra querida María por fin puede vivir tranquila sin pensar en que llegara el día que tuviéramos que arrestarla.

—¿De verdad lo pensaba? —abrió los ojos con total incredulidad.

En cuánto la pregunta partió de su garganta entendió lo absurdo de la misma. Si Rocío o Romero o él mismo hubieran visto indicios de asesinato, de intención de matar al Indio arrojándolo por la terraza de su ático no hubieran podido hacer otra cosa que detener a su amiga. Gracias a Dios no había pruebas, contaban con la confesión de la persona que ella llamaba el tío Javier asumiendo la autoría y, por si esto no fuera suficiente, no les suponía ningún problema moral situarse en la piel de María Esther. No obstante, se trató de un accidente.

¿O no?

A nadie le importaba si no fue así.

—Ponme al día de la llamada de Blanca Morega y del fallecimiento de su marido.

Mendía hizo ademán de sacar un pitillo, pero se contuvo a tiempo. Si había algún asunto en el que Rocío ejerciera su condición de comisario por encima del de compañera o amiga, era precisamente ese. Ya había sufrido como fumadora pasiva demasiados pitillos en las reuniones interminables con sus compañeros, como para continuar igual en su propio despacho.

—No es solo por el humo, sino también por el olor —dijo al comprender el gesto del inspector.

—Lo sé, tengo que dejarlo.

—Pregúntale a Romero, te dirá que es posible.

—Lo sé, lo sé —se removió en su asiento. Cruzó las piernas nervioso, carraspeó un par de veces y se dispuso a poner al día a su jefa.

Rocío sacó su habitual libreta para tomar notas mientras Mendía relataba minuto a minuto la mañana y parte de la tarde del día anterior en compañía de Blanca Morega. La llamada que realizó, su estado de nervios al recibirles en su casa, el desmayo en el desván...

—Es normal, acusar a su marido del asesinato de su hermano y tener la certeza de que había muchas más víctimas no es para menos. ¿Crees que tenemos caso?

La mirada del inspector fue, sin proponérselo, a su taza de café de la que solo quedaban los posos. La pregunta que le acababa de formular era la misma que se llevaba haciendo durante las últimas horas. Ojalá pudiera responder con un simple sí o no, pero no era tan fácil.

Eso respondió.

—No tengo respuesta, solo intuición, pero como la tuya no hay ninguna. Ya sabes que soy más de pruebas palpables.

Rocío se incorporó, rodeó la amplia mesa rectangular y con un gesto le pidió a su compañero que tomara asiento con ella en la mesa redonda de reuniones junto a una de las ventanas. Una vez acomodados, el comisario permaneció en silencio permitiéndole que ordenara sus ideas. Mendía llevó la mano al interior de su chaqueta, extrajo una pequeña libreta con espiral en la parte superior, pasó varias hojas hasta que encontró una a la que dedicó un completo minuto y tras asentir la dejó sobre la mesa.

—Verás. No tenemos nada. Las supuestas cajas no están, yo no las he visto. Según la señora Morega, supuestamente, contenían las pruebas de todos los asesinatos, detallados con fotos, descripciones del lugar de los hechos y de las propias víctimas antes y después de ser asesinadas, fechas, objetos que supuestamente deberían pertenecer a los fallecidos...

—Como el reloj de su hermano que me comentaste.

—Eso es, como el reloj de su hermano, que es lo único con lo que se quedó pero que no prueba nada. Todo lo demás no ha aparecido.

Rocío llevó la mano a la nuca, con dos dedos jugaba con las puntas del pelo, típico gesto de concentración.

—A ver, suéltalo —pidió Mendía. En su rostro una sonrisa burlona, su mirada enfocada en la mano de su jefa.

—Vale, lo sé, no creo que por ser comisario desaparezcan las costumbres —cruzó los dedos sobre la mesa— cuando me pregunte el comisario principal si hay caso. ¿Qué crees que debo responder?

—Bueno, el único que podía aclarar el asunto está muerto. El accidente no parece extraño, solo fruto de la mala suerte.

—¿No pudo haberlo provocado suicidándose?

El inspector cogió de nuevo su libreta, consultó sus anotaciones.

—Es posible, se empotró contra un tractor, pero venía rebotado de una colisión —negó con la cabeza— no creo que fuera una forma de suicidarse con un mínimo de garantías.

Esta vez fue Rocío la que consultó su libreta.

—¿Entonces, por qué crees que huyó de su casa?

—Eso es lo que afirma su mujer, pero hemos hablado con la empresa de su marido y nos han asegurado que Prudencio Marcial tenía una reunión muy importante diez minutos después de que dejara a sus hijos de nuevo en casa.

—Ya.

—Siento no poder decirte nada más concreto, pero si no aparece algún tipo de prueba o algo que se le parezca no creo que puedas defender las palabras de esta mujer ante el comisario principal.

La tarde anterior, Blanca Morega despidió al inspector jefe con la amarga sensación de que algo muy grave estaba aconteciendo en su vida, en su familia. Su

relación con Pruden se había ido deteriorando con el paso de los años, su muerte, aunque le pesara, que tampoco le pesaba mucho, no le afectaba como hubiera supuesto. La confirmación de la noticia generó en su cuerpo una reacción extraña. Era como si se hubiera estado resistiendo a algo constantemente y de repente se dejara llevar. No tenía ninguna duda sobre la maldad que habitaba en los ojos de su marido, pero del mismo modo que era consciente de esa crueldad estaba convencida que ni sus hijos, ni ella misma, se habían encontrado nunca en peligro. Necesitaba creer que para Prudencio, contar con una imagen social que proyectara una familia feliz era imprescindible para la buena marcha de sus negocios.

Aunque a veces sus dudas golpeaban con vehemencia sus creencias.

Llegar a la conclusión de que compartes casa y cama con un psicópata, o peor aún, la primera vez que pasa por tu cabeza la posibilidad de que la persona con la que ocupas tu vida no es quien parece ser, rompe con toda la armonía que hasta ese momento reinaba, al menos en apariencia, entre la pareja. Blanca se refugió en su consulta de psicología, en sus pacientes, en reuniones con amigas, lo que fuera con tal de no permitir que sus dudas fuesen apoderándose de su raciocinio.

No lo consiguió.

La pareja cada vez coincidía menos en casa. Pruden viajaba mucho, nuevos negocios en Italia, Francia, EEUU incluso Japón le tenían entretenido. Blanca era consciente de su escaso contacto con sus hijos, les apuntó a todo tipo de actividades escolares, Gus se aficionó a las excursiones como *boy scout*. Cualquier cosa con tal de que no presenciaran sus temores, sus dudas, o ya, sus certezas. Que no la escucharan llorar encerrada en el baño cada tarde.

Como esa misma tarde cuando la policía se marchó.

Cerró la puerta de la calle y corrió escaleras arriba rumbo a su dormitorio, necesitaba expulsar en forma de lágrimas todo el miedo, la ansiedad, la angustia y el pánico que paso a paso habían entrado en su cuerpo para quedarse.

Para siempre.

Cuando el caudal de lágrimas llegó a su fin, quedó tendida unos minutos en el suelo, envuelta en una enorme toalla de baño. Los ojos hinchados, rojos, como la nariz, el corazón recuperando su acostumbrado ritmo, como la respiración, más suave, más pausada. Era el momento idóneo para asaltar una vez más, en las últimas horas, el asunto de la desaparición de las cajas. La opción que su cabeza le mostraba como única posible le encogía el estómago.

—¿Gus...?

«Sé que estaban en la mesa, yo las vi, además encontré el reloj de mi hermano. No lo he soñado».

Recogió las piernas junto al pecho y se apretó a ellas mientras cerraba los ojos con fuerza. De haber quedado alguna lágrima guardada, sin duda hubiera partido veloz en ese momento. Cierto que también podía haber sido Sara.

—No, no, ella no...

Su pensamientos regresaron a su hijo.

«¿Sabe Gus lo que hizo su padre?».

Si tuviera que señalar a uno de sus dos hijos la opción del chico parecería la más plausible pero carecía de una respuesta convincente a por qué se iba a llevar todas las cajas y decirle a la policía que no sabía nada de ellas. No le encontraba el menor sentido.

—¡¡Mamá, Gus está torturando a un pajarillo en su habitación!!

Recuerda la cara de horror de su hija, corriendo despavorida hacia donde ella se encontraba, como se abrazó a su regazo y lloró. O la otra vez que le acuso de torturar unos caracoles, o a una ardilla en una de sus excursiones como *boy scout*.

Blanca negaba con la cabeza a sus recuerdos.

En su rostro se dibujó una sonrisa de circunstancias.

«Cosas de niños».

Ni ella se creía sus propias palabras.

—¿Gus...?

El nombre de su hijo fue la última palabra que pronunció antes de quedarse dormida. El rostro de su marido, la última imagen.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Sara golpeaba la puerta del dormitorio de su madre. Necesitaba que le contaran qué pasaba—. ¡Mamá!

El insistente golpeo llegaba amortiguado hasta los oídos de Blanca por las dos puertas; la del baño y la del dormitorio, a las que habría que unir la pesadilla en la que se hallaba inmersa. No llevaba ni diez minutos dormida cuando la figura de Pruden apareció de improviso frente a ella, en el desván, pero en lugar de partir corriendo cierra la puerta, extrae una fina cuerda de uno de los bolsillos de su chaqueta, enrolla los extremos en cada puño y avanza a paso lento hacia ella. Los ojos entrecerrados que apenas permitían entrever una fina ranura, pero suficiente para distinguir esa mirada fría, cruel, que tan bien conocía pero nunca quiso identificar como tal, hasta ahora. En su rostro una sonrisa torcida, de suficiencia.

—No debiste curiosear, Blanca. ¿Cuántas veces te he advertido sobre lo mismo? ¿Eh? ¿Cuántas veces te he pedido que no hurgues en lo que no es tuyo? —separa con golpe seco los puños tensando la cuerda.

—No, yo... no he visto nada, yo... —balbucea mientras se siente aprisionada entre la silla y la pared. Un sudor helado recorre su cuerpo, su marido rodea la mesa y se acerca a ella.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Estás ahí?

Blanca se agita nerviosa en el suelo del baño envuelta en la toalla y sudando.

—¿Sara? —abre los ojos. No está en el desván, ni Pruden a punto de estrangularla con la cuerda. La boca seca. La frente perlada de gotas de sudor.

—¡Mamá!

—Voy... estoy en el baño, hija —de su garganta apenas parte un hilo de voz. Se

incorpora con dificultad ayudada del toallero y del lavabo. Observa su demacrado rostro en el espejo y respira profundamente— solo ha sido una pesadilla. Una pesadilla, nada más.

—Abre la puerta del baño

—Ya voy Sara, dame un minuto.

Había llegado el momento de comunicar la noticia del fallecimiento de su padre a sus hijos. ¿Cómo decirles que su muerte es lo mejor para todos? ¿Que su padre no era más que un asesino múltiple aunque en casa parecía incluso cercano, en ocasiones? ¿Que no tendrían que sentir pena, sino alivio? ¿Que...?

Había tantos *ques...*

Con el grifo abierto, colocó las manos a modo cuenco, agachó la cabeza y sintió como golpeaba en su rostro el agua fría. De nuevo, las situó bajo el chorro capturando toda el agua que pudieran contener, buscando su cara.

Así una y otra vez, y otra vez.

Y otra.

Pocos minutos más tarde, madre e hijos se encontraban en el salón. No fue tarea sencilla conseguir que Gus decidiera abandonar su habitación y se dignara a bajar.

—Tengo algo urgente que deciros, por favor, no me lo hagas repetir —Blanca intentó que su voz, a través de la puerta de la habitación de Gus, partiera lo más enérgica posible, pero quedó como un extraño quejido.

—¿Qué pasa, mamá? —quiso saber Sara, con su mirada llena de interrogantes.

Antes de que la niña recibiera respuesta la puerta se abrió lentamente. Bajo el umbral apareció un rostro soñoliento, despeinado.

—¿Qué es eso tan importante?

—Baja y os lo cuento a los dos.

—No puedes decirlo...

—¡No, no puedo! ¡Haz el favor de bajar al salón de una vez! —Blanca señaló con el brazo estirado en dirección de las escaleras. Esta vez sí que su voz partió enérgica, más de lo que hubiera pretendido—. No me lo pongas más difícil... por favor —murmuró próxima al llanto.

Los dos hermanos se acomodaron en el sofá, ella en una butaca con las manos entre las rodillas, palma con palma, llevó la vista a las dos personas que siempre le recordarían a Pruden, aunque no fuera culpa de ellos.

Miró a Sara, se encontró con unos ojos suplicantes.

Miro a Gus, lo que creyó vislumbrar en los suyos no le gustó, sintió un incómodo cosquilleo recorriendo su cuerpo.

—La policía me acaba de decir que papá ha tenido un accidente de coche.

La niña llevó las manos al rostro.

—¿Ha... muerto?

Como respuesta Blanca asintió.

Madre e hija se abrazaban bajo la atenta mirada del chico que parecía que la noticia no iba con él. Bajó la vista a la punta de sus zapatos, chascó los labios y abrió la boca para formular una pregunta que heló la sangre de su madre.

—¿Estás segura que fue un accidente?

No dijo más, se levantó, giró sobre sus talones y se encaminó escaleras arriba.

De repente, Blanca, se acordó.

—¿Gus, has visto unas cajas que había en la mesa del desván?

—Sí, claro, las bajó la policía. ¿No te acuerdas?

—Sí, sí, pero me no refiero a los adornos de Navidad, ni a las fotos.

El chico elevó la barbilla en dirección a su hermana que seguía abrazada a su madre, como si temiera que al soltarse pudiera arrastrarla una imaginaria corriente.

—Pregúntale a ella, que le gusta hurgar en todos los sitios.

«Hurgar...».

Blanca permaneció con la mirada fija en la espalda de su hijo mientras se alejaba. En su cabeza resonaba la palabra que su marido utilizó en su pesadilla y que no era habitual en él. Ni en Gus.

«Será una coincidencia, inoportuna, sí, pero una simple coincidencia».

Sara pareció recobrar fuerzas y se incorporó. Tras deslizar las manos por sus hinchados ojos, miró a su madre.

—¿Qué ha querido decir con que si estabas segura de que fue un accidente, mamá?

«Eso me pregunto yo».

Ella se podía quedar sin respuesta, al menos por el momento, pero necesitaba dar a su hija una contestación lo más aceptable posible, no era de las que preguntaban algo y se olvidaban de ello al instante.

—La policía siempre se suele hacer esa misma pregunta cuando sucede un accidente. Seguro que lo dice por eso. En todas las películas ocurre lo mismo ¿no te has fijado?

—Ya...

No, no se había fijado, pero no fue la pregunta que lanzó su hermano lo que captó su atención, sino su cara, dibujando una sonrisa torcida, parecida a la que le dedicaba a los animales que torturaba.

—¿Ahora qué va a pasar, mamá?

—Nada, no te preocupes, todo saldrá bien.

Blanca sintió la falsedad de su afirmación en cuanto sus palabras, como un balbuceo, partieron de su boca.

«Ojalá lo supiera».

Madrid

Primavera-verano de 2000

Aún le quedaba un año a Gus para cobrar la herencia de su padre. El muy desgraciado había incluido una cláusula en el testamento con la que impedía que sus dos hijos vieran una peseta de su dinero hasta que no cumplieran los veintiún años.

Sara ya no estaba. Blanca, incapacitada.

Sabía que ese maldito año se le iba a hacer eterno, pero ya faltaba menos. En cuanto cobrara, el siguiente paso sería vivir por su cuenta y realizar algunos ajustes en sus apellidos para que no le llevaran de una forma tan clara hasta sus padres, sobre todo hasta Prudencio. Disponía de algunas ideas, ya aplicadas en los listados de la Facultad, pero necesitaba algo más contundente y para ello tendría que falsificar la partida de nacimiento.

«No será complicado».

Pero necesitaba algo más.

Sí, aunque le pesara, urgía contar con un poco de suerte el día que fuese a la comisaría a reclamar que se habían equivocado en el DNI. Con el tiempo cambiaría totalmente sus apellidos, pero de momento no se le ocurría nada mejor.

La suerte estaba de su lado.

No en el asunto del DNI, que aún estaba por ver, si no en la investigación recién comenzada por Faustino Corrales.

—Comisario, llama el director del Retiro por la línea dos para el subinspector Corrales.

—Gracias, Rosario —dijo Rocío que presidía una reunión en su despacho con el fin de conocer todo lo que pudiera de lo acontecido aquella madrugada en el zoo del Retiro.

—Es para ti, Faustino.

—¿Para mí? —no se le ocurría quién le podía llamar a esas horas. Hizo ademán de salir del despacho, pero la comisario le ofreció el teléfono.

—Es del Retiro, quieren hablar con el oficial al mando de la investigación.

Tino sintió como se relajaba completamente. Por un momento había pensado que a Sofía le podía haber sucedido algo en el colegio o a alguno de sus alumnos.

—Aquí el subinspector Corrales.

Mendía y Rocío intercambiaron sus miradas y sus sonrisas. No albergaban ninguna duda de que se hallaban ante una persona que podía aportar mucho en cualquier investigación policial. Era evidente que no respondía al típico patrón de

agente de policía, necesitaba ganar enteros en autoestima y seguridad en sí mismo. La propia comisario había pasado por experiencias que le habían enseñado a curtirse, como fue la incorporación a una comisaría de la primera mujer policía de España. Luego fue la primera inspectora, la primera comisario, pero esto ya es historia.

Sí, Tino Corrales podía ser un magnífico policía.

Permanecieron en silencio mientras el subinspector tomaba notas.

—Perfecto, en media hora le recibo en comisaria —dijo a modo de despedida.

—¿Algún avance? —quiso saber Mendía.

—Por lo visto una persona del zoo, un guarda, habló con alguien a última hora de la noche. Un individuo con gorra y vestido con ropa de deporte que corría cerca de la jaula donde se encontró a la víctima horas después. Viene hacia aquí.

Mendía acompañó a Corrales en el interrogatorio al guarda que se había presentado de uniforme. Esperaba con la gorra entre sus nerviosos dedos en la sala de interrogatorios, mirando de un lado a otro.

La puerta se abrió de improviso.

—Soy el subinspector Corrales —dijo Tino tendiéndole la mano, mostrando una franca sonrisa— él es el inspector jefe Mendía. Veo que le han ofrecido ya café.

—¿Eh? Sí, sí, muy amable la señorita.

El guarda vacilaba entre levantarse mientras estrechaba la mano de ambos o permanecer como estaba. Ante la duda quedó unos segundos en una extraña postura.

—No, por favor, no se levante —pidió Mendía que se situó a un lado de Faustino dejándole el peso de la conversación.

—Su nombre es... —Corrales consultaba su bloc de notas.

—Fermín Méndez Gómez.

—Sí, eso es, don Fermín —levantó la vista de las notas—. Nos han comunicado que usted realizó el último turno de ayer noche.

El aludido asintió.

—Háblenos sobre ese individuo que vio cerca de la jaula donde se encontró a la chica esta madrugada.

Méndez intentó dar un sorbo al café pero el vaso le temblaba entre las manos. Lo volvió a dejar sobre la mesa, su lugar lo ocupó la gorra.

—No pensarán que yo... —el grueso bigote se movía incansable, subía por un extremo bajaba por el otro.

Corrales buscó el rostro de su jefe. En ocasiones había asistido a interrogatorios en los que al acusado se le mostraban unos hechos supuestamente verídicos con el fin de localizar algún agujero en su declaración por el que entrar y sorprender.

Mendía negó levemente con la cabeza.

Por un momento el subinspector se había planteado que podía estar sentado frente al que la prensa había bautizado como el Asesino del Retiro. Trabajaba en el parque y las dos víctimas habían aparecido allí, a menos de doscientos metros una de la otra. De ser así, lo que no tendría sentido es que se presentara como testigo.

«¿O sí?».

Ante el silencio del policía pelirrojo el guarda insistió.

—¿... creen... qué... qué maté a esa chica? —balbuceó con voz trémula.

Corrales pestañeó varias veces. Debería esforzarse en controlar esos momentos en los que su razonamiento le trasladaba mentalmente de lugar. Quiso responder con seguridad que no, que en absoluto era sospechoso, que agradecían su colaboración, pero no pudo.

—Solo se trata de labor policial, señor Méndez. Usted trabaja en el Retiro, han aparecido dos chicas asesinadas, una de ellas en su propia zona ¿qué pensaría usted?

—Bueno, yo... visto así... —miró a un agente, luego al otro—... pero le juro que yo no he matado a nadie, solo hablé con aquel chico y...

—Cuéntenos qué le dijo.

Poco pudo aclarar Fermín Méndez sobre el individuo que corría junto al antiguo zoo de Madrid. Llevaba gorra con visera ¿el color? Pues no lo podría asegurar, era de noche ¿sabe? Pero no me parecía que fuese oscura, quizá amarilla o blanca, bueno... no estoy seguro. ¿Los ojos? Si no se le veía casi la cara, me voy a acordar de sus ojos. Perdón. Quiero decir que no sé de qué color podrían ser. No, el pelo tampoco y no, nada que lo identifique. Pantalón de chándal, camiseta. No, sin dibujos que yo recuerde.

Los nulos detalles de la declaración del guarda le hicieron un gran favor a Gus. Lo pudo comprobar cuando recibió la llamada de Faustino Corrales dos días más tarde.

—¿Dónde estuvo usted la tarde noche del martes?

—Estudiando en casa.

—¿No salió?

Gus pensó en su tía.

—Sí, salí a correr, suelo hacerlo a menudo.

Corrales casi da un brinco en la silla.

—¿Por dónde suele correr?

—Aquí al lado de casa ¿por qué lo pregunta?

El subinspector consultó sus notas.

—¿Pozuelo?

—Eso es.

Probó fortuna lanzando una mentira al aire.

—Le han visto corriendo en el Retiro —soltó con voz pausada.

Gus tragó saliva. Tocaba negar la mayor pero sin parecer excesivamente alterado.

—¿El Retiro? —suspiró ruidosamente—. ¿Cree usted que después de lo que le pasó a mi amiga tengo maldita la gana de aparecer por ese lugar? —consiguió que las sílabas salieran entrecortadas, al menos las últimas.

—Puede que volvamos a contactar con usted. Gracias, señor Mantial.

Corrales permaneció unos instantes leyendo el nombre de su interlocutor.

—¿Gustavo... Mantial Noriega?

Los dos apellidos golpeaban en su cabeza con leves toques como si quisieran advertirle de algo, pero no era capaz de encontrar en su archivo mental ningún conocido que respondiera a esos nombres. Recogió su cuaderno, apagó el ordenador y abandonó la comisaría.

—Hasta mañana, Goyo —dijo al compañero de recepción.

—Hasta mañana, subinspector, buenas noches.

«¿Mantial Noriega?».

No, no había forma de relacionarlos con nadie. Negaba con la cabeza mientras entraba en el coche y dejaba la libreta en el asiento del copiloto. Había llegado el momento de dejar los problemas de la policía en la comisaría y convertirse en el marido de Sofía y quién sabe si en futuros padres no tardando mucho.

Arrancó.

«Mantial...».

Gus permaneció unos instantes mirando el teléfono. El puñetero policía de Madrid le estaba empezando a tocar las narices. Recuerda que cuando su padre huyó aquel maldito día de su casa en Aravaca le pareció ver al tal Corrales, pero ahora, desde que se trasladó a vivir a la casa de su tía en Pozuelo, sí, muy próximo a Aravaca pero a diferencia de esta población no pertenece a Madrid, se pregunta por qué coño no le dejará en paz.

«Tranquilo, solo hace su trabajo».

—Lo sé —susurró a modo de respuesta a su voz interior— pero me está empezando a cansar.

Sentía una rabia incontrolable trepando por sus piernas, escalando por su columna vertebral y martilleando su cabeza. Tan incontrolable, que en su mente se estaba formando la idea de salir de nuevo a cazar.

«No, no. Tengo que dejar pasar el tiempo».

Se acercó a la ventana de su dormitorio y llevó la vista al jardín de la urbanización. Un grupo de chicos y chicas charlaban junto a la piscina.

«Cualquiera de ese grupo me valdría».

Su rostro formó una suave sonrisa que borró en cuanto se dibujó en su cabeza el cuaderno de su padre. Llevó las manos al cuero cabelludo y frotó fuerza.

Con rabia.

Su plan no pasaba por actuar sin control, él era un profesional, sabía que eran necesarias unas pautas, un trabajo previo de seguimiento, y en su caso, uno anterior a todos estos como era la localización de su víctima, que, si no contaba hasta el momento con un nombre concreto, sí que se hallaba entre una selección de posibles objetivos. Aprovechando que su tía aún no había regresado se hizo con la caja en la que guardaba el álbum y trofeos de su padre. Pasó las hojas hasta encontrarse con la imagen de Román Fuente, justo debajo, Gus había añadido: Marisol Fuente, seguido

de un ok.

Elevó la cabeza al techo.

«¿Ves, papá? Esto sí que es trabajo en equipo».

Durante los siguientes minutos intentó concentrarse para decidir quién podría ser la siguiente víctima. En un principio pretendió llevar el mismo orden que su padre pero sería tarea imposible. Muchas de sus cacerías habían sido en otras ciudades y países. Optó por buscar en Madrid o en aquellas ciudades que pudiera ir y volver en el día, o con la excusa de un fin de semana con amigos.

Pero su cabeza tenía otros planes.

Sin saber por qué se vio de nuevo atisbando el jardín por la ventana.

«Solo necesito uno más, solo uno más y lo dejo un tiempo...».

Encendió un pitillo mientras sopesaba la posibilidad de bajar a la piscina. Contaba con un aspecto físico que siempre le había facilitado las cosas con las chicas. No era un entusiasta del deporte pero salía a correr a menudo y realizaba ejercicios en casa o en el gimnasio de la urbanización. Sin grandes esfuerzos pero lo más asiduo que podía.

«El Retiro...».

Una vez más sonrió a sus recuerdos.

Se trataba de una sonrisa dedicada al periodista y su bautizo como el Asesino del Retiro. La prensa no hablaba de otra cosa. Los telediarios se abrían con la investigación de la policía que hasta el momento no contaba con ningún sospechoso. Brotaban testigos hasta debajo de las piedras.

«Con tal de salir en la tele...».

Amigos, familiares, compañeros de Facultad, hasta del instituto, que habían conocido a alguna de las chicas o habían vivido cerca de ellas disfrutaban de su momento de gloria en los informativos. La única información que parecía contar con un mínimo de credibilidad en todo este asunto la constituía la declaración del guarda con el que se cruzó, pero no pudo aportar nada más que el chándal y la gorra que llevaba.

—Pero no tenía pinta de asesino.

—¿Cómo cree usted que debe ser la apariencia de un asesino? —preguntó el periodista con un deje de burlona sonrisa en su semblante.

—Pues no sabría decirle, pero si lo fuera me pregunto por qué no me mató a mí. Quizá pensara que le podría identificar.

«O no...».

Sí, necesitaba salir por última vez de caza a pesar de que su sabia voz interior no lo aconsejaba. Para acallarla decidió dar un repaso al archivo de su padre y localizar alguna de sus víctimas en Madrid, con un poco de suerte algún familiar viviera cerca del Retiro.

Si no...

Si no, ya vería qué hacer.

Faustino Corrales sentía la presión de llevar un caso en el que no avanzaba en su resolución. Contaba con numerosas huellas de diferentes pares de zapatillas y zapatos de hombre, de mujer, en torno a la jaula del zoo, pero necesitaba poder confrontarlas con el calzado real. En el interior no se encontró ninguna que coincidiera con las deportivas de Marisol, lo cual confirmaba que no entró en el lugar por su propio pie y que fue llevada en brazos.

Gracias a Chus, la amiga de la víctima, la policía pudo contar con el recorrido habitual por el perímetro interno del parque que realizaban en cada ocasión que salían a correr.

—¿Siempre en el mismo sentido? —Faustino dibujó con un dedo en el aire un círculo a favor de las agujas del reloj.

—Sí, siempre —Chus bajó la vista al suelo. Los brazos cruzados sobre el pecho. Profundas ojeras remarcando su mirada triste—, si ese día la hubiese acompañado, no estaría muerta... —balbuceó.

Corrales levantó la vista de su libreta y buscó los ojos de la chica. Intentó situarse por un momento en su lugar. No ya desde el punto de vista de sus limitadas nociones de psicología con las que aportar algún consuelo, si no embutiéndose en el pellejo de una joven que había perdido a su mejor amiga sin que mediara enfermedad alguna, de un día para otro, sin motivo, simplemente por encontrarse en el lugar equivocado y cruzar su destino con el de un psicópata. ¿Cómo iba alguien a estar preparado para algo así?

—O quizá lo estuvieran las dos —ante el gesto de estupor de la chica, Corrales prosiguió—: no se atormente con esa idea. Nunca sabrá qué hubiera sucedido.

—Ya.

El subinspector señaló la entrada de la Casa de Fieras con el objeto de recuperar la línea de investigación y recabar toda la información posible. Era la segunda vez que hablaba con Chus y confiaba en no tener que hacerle pasar otra vez por lo mismo.

—¿No solían detenerse en este punto?

La chica negó levemente. Sacó un pequeño pañuelo de papel del bolsillo trasero del pantalón vaquero y lo deslizó por su enrojecida nariz.

—Cuando nos parábamos un momento más bien era por mi culpa. Me costaba seguirla, pero nunca era en el mismo sitio.

No, no recordaba que nadie les siguiera, ni que las detuvieran para preguntarles algo. Entraban al parque, daban tres o cuatro vueltas y regresaban a sus casas. Sí, claro que había gente que corría a la misma hora que ellas y se conocían de vista, pero nada más. A fuerza de verse terminaban saludándose con la mano pero nunca habían hablado con nadie.

—Gracias, mi compañero la acompañará a casa.

—No es necesario, pero se lo agradezco —giró sobre sí misma mientras ofrecía al subinspector una media sonrisa de circunstancias, cabizbaja se encaminó hacia una de las puertas de acceso al parque.

Faustino Corrales la observó mientras se alejaba. Llevaba unos minutos pensando en las palabras que le habían venido a la cabeza en relación al asesinato de Marisol al concluir que su muerte no contaba con un motivo aparente. Escribió en su libreta:

«¿Sin motivo?».

Rodeó la frase con un doble círculo. Al finalizar el trazo se rascó el cuero cabelludo con el bolígrafo, apretó los labios y relejó su última anotación.

«¿Sin motivo?».

Si las muertes de Lorena Rodríguez y Marisol Fuente habían sido cometidas por la misma persona y todo apuntaba a que no se conocían entre ellas, por tanto se descartaba el crimen pasional, ajuste de cuentas, venganza o similares, y aunque el autor bien podría ser un psicópata no habría que descartar que conociese a las chicas, que su encuentro con ellas no fuera fruto de la casualidad.

«No creo en casualidades, ni en coincidencias».

El subinspector no creía en ellas, no, pero era consciente que en muchas ocasiones resultaba muy complicado explicar ciertos hechos sin referirse a una o a otra.

Se puso en camino. A paso lento continuaba con su razonamiento:

—Si nos encontramos ante la misma persona... —murmuró con la cabeza gacha siguiendo el recorrido que debieron haber seguido Marisol y su verdugo desde el punto en el que presumía había sido abordada, hasta la jaula. Unos metros más adelante habían encontrado un grupo de huellas que la científica estaba analizando.

Saber que el recorrido era el mismo en cada ocasión podría servirle para delimitar los puntos en los que pudo ser interceptada por el asesino. Tendría que confrontar las huellas de la propia jaula con aquellas que acompañasen a las dejadas por Marisol en los alrededores.

—Es la única forma de contar con una muestra del calzado del asesino, si es que la conseguimos.

Su primer caso estaba resultando más enrevesado de lo previsto. Había hablado con todo el grupo de amigos y familiares de Lorena y de Marisol. Una vez más repasó sus notas. La primera víctima debería haber accedido al hueco que dejaban los árboles por propia voluntad. Hubiese resultado muy complicado obligarla a entrar a la fuerza y tampoco se trataba de un lugar como para abordar a nadie. Sí, el chaparrón caído podía haber ayudado a que la zona se despejara de gente, pero, aún así, no se inclinaba por una entrada bajo presión. Si ella buscaba un sitio donde ponerse a cubierto de la lluvia mientras esperaba el regreso de sus amigos de las barcas, ese podía haber sido el apropiado.

«¿Se cuela en el sitio un individuo con la misma intención que ella y sin más, la mata?».

De lo que Corrales no tenía duda era que no la estaba siguiendo, porque aunque el asesino fuese un habitual del Retiro, ella, Lorena, no lo era. Así que, descartados los amigos, solo quedaba suponer que su asesino no la conocía.

«¿De verdad, no la conocía?».

Las dudas le obligaban a dar una y otra vuelta sobre el mismo asunto.

«¿Y a Marisol Fuente? ¿Conocía a Marisol Fuente?».

Hubiese jurado que el crimen de esta chica fue algo más elaborado, más preparado, como corresponde a un psicópata o a un sociópata. Corrales no llegó a precisar, durante sus clases de psicología, la verdadera diferencia entre ambos conceptos. Confirmar que reputados profesionales consideraban que no existía una línea clara y diferenciadora le quitó un enorme peso de encima.

Si partía de la base, como así entendían sus jefes, que ambos crímenes habían sido cometidos por la misma persona, aunque era algo aún por demostrar, y el asesino no contaba con un motivo más que el afán de hacer daño y controlar a los demás, sin duda se trataba de un personaje antisocial con carencia total de empatía. Nada le afectaba el daño que pudiera ejercer en los demás, no tendría cargo de conciencia alguno. Encajaría como un guante con las características que definen a un psicópata.

Si esta suposición era correcta...

—Volverá a actuar, sin duda.

«¿Lo hará en El Retiro?».

Un doloroso escalofrío recorrió el cuerpo del subinspector al comprender que las dos parejas de agentes que recorrían el parque debían ser reforzadas. Si el asesino se había sentido halagado con el sobrenombre del Asesino del Retiro con el que la prensa le ha bautizado, posiblemente su inmenso ego le lleve a repetir actuación y lugar. No podía permitir que por su falta de previsión atacara de nuevo en el parque con el mismo éxito.

Cogió el móvil y llamó a Mendía.

El teléfono al que llama...

Probó en la comisaría.

—Goyo, pásame con el inspector jefe Mendía.

—Está en la sala de interrogatorios, lleva un buen rato ahí.

—¿Y la comisario?

—Te paso.

En cuanto Gus regresaba de correr y de realizar interminables series de flexiones dedicaba el resto del día que tenía libre y parte de la madrugada a localizar alguna posible víctima. Se había empeñado en que debía ser alguien asiduo a pasear, a correr o caminar por El Retiro, pero no había encontrado a nadie que se pudiera considerar habitual.

Se estaba enfadando.

Si en esa semana no localizaba un candidato, elegiría uno al azar en el propio parque. Era viernes, se impuso un plazo de diez días, que concluiría un lunes. Mientras tanto, los exámenes serían su principal ocupación para poner fin al año con una buena nota.

Sin saber por qué la imagen de su madre se dibujó en sus recuerdos. En ellos aparecía escuchando música en un pequeño y antiguo reproductor y grabador de casetes. A pesar de disponer de los más modernos reproductores ella prefería el sonido enlatado que en ocasiones daba la sensación de sufrir interferencias.

Su rostro trazó una sonrisa torcida.

Lo había visto por algún sitio, seguro que su tía sabía dónde podría estar. Quizá se acercara al psiquiátrico y se lo llevara.

Negó levemente con la cabeza mientras encendía un pitillo.

—Si no abre la boca, ni dice nada, le importará una mierda el casete, seguro.

Gus sabía que el tema no era ese, poco o nada le afectaba su estado anímico. Necesitaba crearse una imagen de chico normal, preocupado por la salud de su madre esforzándose en que recordara y despertase de su letargo.

Esta vez la sonrisa dio paso a una sonora carcajada.

Se incorporó de un salto como si de repente le faltara el tiempo y salió de su dormitorio.

—¿Tía Veva?

—Aquí, en la cocina.

Gus sentía una extraña euforia como siempre le sucedía cuando se disponía a hacer algo que se alejaba de su forma usual de pensar. Saber que tenía que actuar, engañar, comportarse como su entorno opinaba que debería hacer un chico de su edad le generaba una más que placentera explosión de adrenalina. Manipular era su estado natural. Sin embargo, le resultaba muy complicado controlarse cuando dicho entorno pretendía hacerle comulgar con sus ideas por la fuerza o imponiéndolas a su antojo.

Ahora era diferente.

Entró sonriente en la cocina.

—Tía... —se detuvo a un par de metros de la espalda de la mujer—. ¿Has ido a la peluquería? —preguntó al recordar que efectivamente Veva tenía hora la tarde anterior.

—¿Se nota? —se giró coqueta llevando una mano a la cabeza— fui ayer, creí que no te habías dado cuenta. Los hombres no os fijáis en estas cosas.

—Será porque hay más luz ahora, de noche se ve menos —se colocó a su lado apoyado con la cadera en la encimera—. Por cierto... —urgía un cambio de conversación—. ¿Tienes el casete de mamá? Creo que le gustaría que se lo lleváramos y escuchar su música. La recuerdo en el salón con su viejo aparato a todas horas.

Veva sonrió.

—Sí, con lo mal que suena, pero es su favorito —llevó la vista al techo—. Ahora que lo dices creo que está en el sótano. ¿Vas a ir a verla?

Gus asintió mostrando la mejor de sus sonrisas.

—Sí, los arañazos ya están bastante mejor.

—Me parece una idea fantástica, aunque no te lo parezca la harás feliz con tu

visita ¿quieres que te acompañe?

Se tomó unos largos segundos antes de responder. No contaba con el ofrecimiento de su tía, si iban juntos no podría decirle a su madre lo que pensaba de ella y de su estancia en el psiquiátrico.

—Si te apetece, por mí encantado —se acercó a su tía y le dio un beso en el rostro—. Me voy a vestir y nos vamos. No te olvides del casete y de algunas cintas —dijo mientras se volvía en dirección a la puerta.

—Gus.

—¿Si?

—Lávate la boca o chupa un caramelo, hueles a tabaco. No entiendo como alguien deportista como tú puede fumar.

—Porque me siento bien, me relaja, pero tranquila llevaré unas pastillas de menta.

Camino de su dormitorio suspiró. Hubiese preferido presentarse a solas en el psiquiátrico y sorprender a su madre. Necesitaba saber cómo alguien podía hacerse la enferma durante tanto tiempo.

—Seguro que por su puñetera mala conciencia.

No las había contado, pero con la que estaba a punto de llevar a cabo deberían ser tres las ocasiones en la que entraba en ese lugar tan tétrico en los dos años que Blanca Morega llevaba ingresada.

Se cambió de ropa, antes de regresar con su tía respondió un par de *emails* que había recibido de sus invisibles amigos de la red. Uno de ellos le había instruido para acceder a la base de datos de la Facultad, ajustar sus apellidos. Le pedía ayuda para entrar en el ordenador de un compañero de universidad que le estaba tocando las narices desde hace tiempo. No era ayuda exactamente, sino confirmar si había probado el *software* a modo de troyano que habían diseñado entre los dos.

«Lo haré en cuanto el Asesino del Retiro seleccione su siguiente víctima».

Una enorme sonrisa se adueñó de su rostro al dirigirse a sí mismo en tercera persona. Se había olvidado del programa, no tenía prisa por ponerlo a prueba, es más, no pensaba que fuese necesario.

—Sí, funciona perfectamente —mintió—. Lo he instalado en un par de ordenadores, pero habría que hacerlo en el de alguien que contara con buenos conocimientos de informática ¿no crees? ¿Por qué no te encargas tú? Estoy de exámenes esta semana.

—De acuerdo ¿qué te parece que pruebe con el del capullo del director del banco que ha negado un préstamo a mi padre?

Gus asintió.

—Perfecto.

No se consideraba preparado para hacer algo así y tampoco sabía si se trataba de un farol por parte de su amigo canadiense o de dónde fuera.

«¿Podrá?».

Sin saber qué responderse abandonó la habitación, sin olvidar el paquete de los

prometidos caramelos, en busca de su tía.

Gus conducía el coche de Veva. Entre las rodillas de la mujer descansaba el viejo casete que fue del padre de las dos hermanas. A sus pies, unas cintas tan antiguas como el reproductor junto con otras más actuales que contenían, en su mayoría, música de los años ochenta.

—Has tenido una maravillosa idea, a tu madre le va a encantar, estoy segura —dijo Veva, feliz. Disfrutaba cuando el día que visitaba a su hermana era portadora de buenas noticias o, como hoy, de algo que estaba convencida que le iba a hacer ilusión.

Torció el gesto.

Las reacciones de Blanca, cuando las tenía, distaban mucho de la felicidad que invadía a Veva cuando le entregaba el regalo o compartía con su hermana la noticia que fuera. Apenas su rostro ofrecía una mínima alteración que le permitiera catalogarla de agradecimiento o de felicidad. Ya se encargaba ella de verlo así aunque no hubiera detalles aparentes.

—Creo que ha sonreído cuando le he dicho que su hijo ha sacado unas notas extraordinarias —recuerda su conversación con la doctora al finalizar el curso pasado.

—¿Sí, ha sonreído? —quiso saber mientras rodeaba a Veva y se colocaba frente a su paciente.

—No exactamente, su mirada sí que lo ha hecho, la conozco bien y sé cuando le agrada algo.

La doctora no añadió nada. Sacó una fina linterna del bolsillo y revisó los ojos de Blanca.

Una vez más.

Gus aparcó frente a la entrada del psiquiátrico.

—¿En qué piensas? —preguntó a su tía mientras desabrochaba el cinturón de seguridad—. Me daba la sensación, desde que hemos salido de Madrid, que llevas un buen rato hablando sola.

Veva bajó del coche tomándose unos valiosos segundos para responder. No tenía la más mínima intención de compartir sus inquietudes con su sobrino. Le costaba entender por qué razón no visitaba más a su madre. Había puesto todo su empeño, cuando sacaba el tema, para esforzarse en comprender el motivo pero solo había servido para que lo que se iniciaba como un intercambio de pareceres terminara en una fuerte discusión.

Algo escondían los dos. Algo que no querían compartir con ella.

Optó por no volver a hablar del asunto.

—Pensaba en la alegría que se va a llevar cuando te vea —se mordió la lengua para no terminar la frase con la pregunta que pugnaba por formularse en voz alta:

¿Cuándo fue la última que la viste, Gus? En lugar de eso se agarró del brazo de su sobrino camino del interior del recinto.

—Me vale con que disfrute de la música.

La enfermera llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Blanca Morega.

—Tienes visita.

La mujer mantenía la vista fija a lo lejos, en la sierra. Disfrutaba de la sensación de calma que le producía la contemplación del horizonte tan lejano, sin edificios que se interpusieran entre ella y su habitual punto perdido de concentración.

—Tu hermana y tu hijo.

Un sudor frío recorrió su cuerpo. Lentamente volvió la cabeza y asintió levemente. Sí, sabía que Veva estaba en camino pero no le habían dicho nada de que le acompañara Gus. Seguramente que se refería a eso cuando la enfermera le comentó que traía una sorpresa.

—¿Vamos?

Blanca se incorporó.

Le gustaba cuando su hermana le hablaba de Gus, de lo buen chico que era, de sus notas, de lo extraordinario que resultaba su comportamiento en casa. Seguía siendo introvertido, solitario y no se despegaba del ordenador, pero no hacía daño a nadie. Los genios son así, decía.

Sí, le gustaba lo que oía, pero no podía olvidar...

«¿Las personas pueden cambiar?».

—¡Hermanita! —Veva cruzaba feliz la sala con el casete agarrado a su pecho. Blanca aguardaba sentada en su sofá habitual. Al llegar a su lado, lo dejó en el suelo y se abrazó a ella—. ¿Cómo está la princesa de la casa?

Siempre el mismo saludo que su padre utilizaba cuando Blanca se recuperaba de una complicada hepatitis con apenas seis años.

—Mamá... —Gus dejó caer un beso en la mejilla de su madre.

Blanca...

Blanca solo miraba al frente.

—Mira lo que te ha traído tu niño —hizo un gesto a su sobrino para que le diera el viejo reproductor y grabador— ¿te acuerdas?

El chico cogió el casete y se lo ofreció a su madre que no varió un ápice su postura.

—¿Mamá?

Gus se situó entre su tía y su madre.

—¿Te apetece escuchar música de tu época? —le estaba costando un esfuerzo sobrehumano no lanzar el puñetero aparato contra la pared y largarse de ese maldito lugar. No creía en la supuesta enfermedad de su madre. No es posible que llevara en ese estado casi dos años.

Veva no lo pudo ver, puesto que su sobrino le estaba ofreciendo la nuca, pero

Blanca sí. Desvió la mirada buscando los ojos de su hijo. Lo que vio le hizo palidecer, un millar de alfileres recorrieron su cuerpo de arriba abajo a toda velocidad.

«Esa mirada...».

«Pruden...».

La única forma que tenía para que Gus se alejara aunque solo se tratara de unos centímetros era coger el casete. Estiró los brazos y se hizo con él. Su vista recorrió el aparato con ternura, multitud de recuerdos se agolpaban en su confundida cabeza.

—¡Te has movido! —Veva no cabía en sí de alegría— ¿ves? Ya decía yo que te iba a gustar.

Gus se retiró un par de pasos.

Había disfrutado con el cruce de miradas con su madre, ver su miedo reflejado en sus ojos, aunque apenas fuera un breve chispazo, le hizo sentirse bien.

Muy bien.

Tomó asiento mientras observaba a su tía mostrándole el reproductor y las cintas que había sacado de su bolso. Sonaba un tema que recordaba haberlo oído hace muchos años en su casa.

—¿Te acuerdas? Es *Police, mensaje en una botella*, una de tus favoritas y mira la que traigo ¡*Communards!* —abrió los ojos exageradamente, tanto como la boca sonriente, mientras le mostraba la cinta— ¿recuerdas cuando bailábamos intentando imitar los pasos de baile de *Jimmy Somerville*?

Blanca asintió levemente. En cuanto se hermana se desplazaba con cada gesto los fríos ojos de su hijo aparecían en su línea de visión. Una lágrima resbaló por su rostro. Veva le cortó el paso con la yema de un dedo.

—Te alegra ¿eh?

Sí, sin duda, pero la lágrima no era de alegría.

La semana pasó entre interminables horas de estudio para Gus y tiempo perdido buscando su siguiente víctima. Era consciente de que su empeño en cazar en El Retiro era una estupidez en esos momentos, pero no podía negarse. La prensa iba a tener otro cadáver y su apodo pasaría a formar parte de la leyenda de Madrid, eso no tenía precio.

Ante la imposibilidad de localizar un objetivo en base a su plan inicial, que no era otro que frecuentara el parque, optó por cumplir con su promesa de dejar pasar diez días.

Eso hizo.

Aprovechó el fin de los exámenes y la cercanía del lunes para informarse de otros que como él que hubieran actuado en El Retiro. Se encontró con la confesión, realizada seis años atrás, de Francisco García a quién la prensa le otorgaría varios sobrenombres como, el de mendigo psicópata, matamendigos y asesino de mendigos. Se confesó autor de catorce asesinatos, uno de ellos en El Retiro. Al concluir de leer

su biografía Gus dedicó una sonrisa torcida a la foto que aparecía junto a ella.

—Nada tenemos en común, eres un vulgar matarife... —murmuró.

Jamás vería como alguien a imitar a un individuo alcohólico, pastillero, que practicaba la necrofilia y que además oía voces que le impulsaban matar.

«Mi voz interior es mí parte coherente y razonable».

Salió del navegador en cuanto leyó que le habían declarado no responsable de sus actos por enajenación mental.

—No, si al final resulta que engañaste a todos.

Encendió un pitillo y se puso en pie. En el jardín de la urbanización corrían los más pequeños tras una pelota. Los mismos pequeños todos los días, casi a todas horas.

—No se cansan los muy desgraciados.

Un tenue y familiar sonido atrajo su interés. Volvió la cabeza, el ordenador reclamaba su atención. El programa diseñado a medias con su amigo canadiense funcionaba a la perfección según palabras de él. Para comprobarlo, Gus lo instaló en el ordenador de su tía y sí, realmente funcionaba. Era como tener acceso a toda su vida. Sus cuentas en el banco, sus cotilleos con las amigas. Se podría hacer pasar por ella sin ningún problema.

Pero tenía otras prioridades.

El lunes tardó en llegar, pero al final lo hizo.

De la macabra herencia de su padre, una bolsa con todo tipo de bigotes, patillas y pelucas, se hallaba entre sus favoritos. Nunca se había disfrazado para ir de caza, la imagen que le mostraba el espejo cuando lo hacía le resultaba patética.

«Prueba».

Asintió a su parloteo interno. Cogió un bigote espeso, unas patillas, todo moreno, como el color de sus cejas, y se caló la gorra. Esta vez sí sonrió al resultado.

—No está mal. Nada mal...

Con su reducido disfraz, el cable en un bolsillo, una fina y larga navaja bien ajustada en el pantalón y la pequeña cámara colgada del cuello bajo la camiseta, abandonó la casa. Cogió el coche y se encaminó hacia El Retiro, unas manzanas antes de llegar a su destino se detuvo, ajustó el disfraz en el espejo retrovisor y se puso de nuevo en marcha. Contaba con que el número de corredores en el parque hubiera descendido debido a sus dos víctimas y al excesivo calor que esas noches sufrían los madrileños.

Acertó.

Quedaba algo menos de dos horas para la media noche, bajó del coche, se caló una gorra con visera oscura y comenzó a correr en dirección a la puerta de Sainz de Baranda. Con cada paso sentía como si le inyectaran potentes dosis de adrenalina.

Faustino Corrales había conseguido que Rocío Prados aprobara su propuesta de aumentar el número de agentes.

—Diez días, Tino. No tenemos más efectivos.

—Sí, lo entiendo.

Nada había sucedido, excepto que ya contaban con la huellas de las deportivas del supuesto asesino, que justificara la presencia durante más jornadas de patrullas camufladas en el parque. El domingo fue el último día. Todo parecía normal, incluso los dos asesinatos comenzaban a olvidarse, como si de un mal sueño se tratara.

Gus no iba a permitirlo.

Sin habérselo propuesto había elegido un día idóneo. Solo una pareja de agentes, ataviada como aquellos que desafiaban el calor y corrían por el parque, hacía la ronda en ese momento. Corrales no corría pero, al igual que las últimas noches, había retrasado el regreso a casa para desesperación de su querida Sofía.

—Solo serán unos días —llevó las palmas de sus manos al rostro de su mujer— algo me dice que intentará atacar de nuevo. Si tal y como pensamos se trata de un individuo que está aprendiendo, seguirá haciéndolo. No quiero ni pensar cómo me quedaría si lo hace y estoy tranquilamente en la cama.

—Lo sé. Pero no tardes ¿eh? Y llámame cuando vengas, no me tengas esperando. A las 12 de la noche cierran las puertas.

—¿Cómo lo sabes?

Sofía ladeó el rostro y elevó el hombro. Gesto que sin saber el motivo descolocaba a Faustino.

—Pues... me he informado. ¿Qué te creías? ¿Después de las noches que llevas llegando tarde una no va a poder saber a qué hora el asesino ese ya no andará por el Retiro?

La pareja permaneció un largo minuto en silencio. La palabra asesino partió de la boca de Sofía como un leve tartamudeo que no pasó desapercibido para ninguno de los dos.

—Lo siento, no quiero agobiarte con mis tonterías, sé que me he casado no con un policía cualquiera, sino... —devolvió el gesto que minutos antes había recibido llevando sus manos al rostro de su marido, añadió un suave beso en sus labios—... con el mejor de todos los policías —convino sonriente.

—No creas, Mendía y la comisario son...

—He dicho el mejor y no me rechistes.

Se cumplía una semana desde que inició su ronda nocturna. Caminaba solo, con gafas, auriculares y un periódico doblado bajo el brazo. Delante de él una pareja de enamorados con ropa deportiva que paseaban como si el mundo se hubiera detenido, pertenecían a la nueva remesa de policías recién llegados de la academia. A un lado, en el otro extremo del amplio camino, Mendía hacía lo propio. No iba a dejar solo a Corrales con su corazonada y menos aún cuando los efectivos habían disminuido considerablemente.

Se hallaban en el punto intermedio entre el estanque y el acceso al antiguo zoo de

Madrid. Si nada lo impedía, y considerando que Tino estuviera acertado con su presentimiento, el asesino atacaría cerca de donde se hallaban. Se sentiría cómodo, conocía la zona, y lo que resultaba más apropiado para él, había tenido éxito en las dos ocasiones precedentes.

El subinspector consultó el reloj.

Había llegado el momento de tomar posiciones. A una señal convenida el pequeño grupo se separó. Corrales tomó asiento junto al acceso al zoo, a salvo tras unos árboles. Mendía se situó al otro lado de la avenida desde donde podía contemplar el estanque y la pareja de policías inició un suave trote para adelantarse y realizar el recorrido en sentido inverso, el mismo que hacía Marisol.

Tino sentía como comenzaban a sudarle las manos. La misma sensación de todas las noches anteriores. Sobre las dudas de su empeño se elevaba la certeza del acierto de su teoría. Una certeza basada en corazonadas, de eso no tenía ninguna duda. Nada le decía que en caso de atacar, lo fuera a hacer de noche, ni en ese punto. A Lorena la asaltó a media tarde.

«Sí, pero no lo había preparado».

Sin embargo, el asesinato de Marisol, era diferente.

De pronto, todo se precipitó.

Gus sentía que ese era su momento. A partir de las once de la noche comenzó a descender el número de paseantes y corredores. Apenas se cruzaba con gente. La cosa pintaba bien. La adrenalina le impulsaba más y más, corría como si flotara, con la vista al frente, en su rostro una boba sonrisa.

De repente lo vio.

Al principio creyó que no era lo que parecía. Los claroscuros del parque no ayudaban a discernir si el punto en el que se habían detenido sus ojos correspondía a lo que su mente había traducido. Aceleró el ritmo, no mucho, solo lo suficiente para ratificar sus sensaciones.

Sonrió.

La boba sonrisa dejó paso a otra de satisfacción.

Una coleta rubia se movía de izquierda a derecha y de arriba abajo. Se trataba de una chica menuda, con una cinta en la cabeza y un rítmico trotar. Sentía como su corazón galopaba frenético.

«Tranquilo. Observa».

Realizó un par de respiraciones profundas para hacer caso a su voz interior mientras dejaba unos veinte metros de distancia entre la chica y él. Cruzaron frente a un numeroso grupo de gente mayor que abandonaba el parque. A su izquierda, en el exterior, la Puerta de Alcalá se alzaba vigilante y orgullosa de sus algo más de doscientos años de sabiduría.

Gus miraba de un lado a otro, la noche había llenado de sombras el recorrido. Por un momento pensó que no había nadie más que ellos dos. Una extraña sensación

comenzó a apoderarse de su ánimo. Una sensación que nunca antes había experimentado. Esas cosas no le sucedían a él.

Hasta hoy.

No, jamás había dudado tanto como en ese instante. ¿Debía dejar pasar otra vuelta tras la chica? ¿Y si se iba a medio camino? No parecía que hubiera otros posibles objetivos y su cuerpo le pedía que actuara.

«Calma, hay más días...».

Llevó las manos a la cabeza, frotó con saña sin dejar de correr.

«Relájate, vas a llamar la atención».

La chica había girado paralela a la calle O'Donnell, a no más de doscientos metros se hallaba lo que en sus primeros tiempos fue una capilla, más tarde galería de caza para los reyes, ordenada construir por Fernando VII, conocida como la Casa del Contrabandista y en estos momentos como Florida Park. Más adelante, se hallaba el acceso al antiguo zoo de Madrid, en el lado opuesto la avenida que lleva al estanque.

Poco a poco comenzó a sentirse más tranquilo. Esa era su intención, pero no le duró mucho. Recorrió los siguientes cien metros tirando de las riendas para no dejarse llevar.

Tampoco tuvo mucho éxito.

Aceleró.

La cercanía con la mujer le hizo olvidarse de la tranquilidad. Solo miraba al frente. Para Gus no había nadie en las inmediaciones. Ese fue un error que lamentaría apenas unos minutos más tarde.

Mendía le vio.

En un principio no le dio más importancia. A lo lejos, un individuo corría varios metros detrás de una chica. No eran los primeros corredores que cruzaban frente a él, había vivido esa escena en los últimos días cientos de veces. Se disponía a encender un pitillo cuando el individuo llevó sus manos a la cabeza frotándola con fuerza, no fueron más que unos segundos pero llamó su atención. Con el pitillo apagado entre los dedos no perdía detalle de la pareja. De pronto, ella desapareció de su vista tras unos árboles y vallas que delimitaban obras.

Decidió aguardar un instante.

Gus había elegido el punto en el que abordaría a su presa. A pocos metros el camino formaba una *ese* debido a unas obras en la avenida. Aceleró hasta situarse a pocos metros de su inminente presa que corría ajena al peligro que se cernía sobre ella.

Mendía vio a la chica, respiró tranquilo. De nuevo se disponía a encender el pitillo cuando surgió el individuo a escasos metros de distancia. Lo extraño del caso es que en lugar de adelantar a la chica, lo que hubiera sido la acción lógica debido al ritmo de su zancada se quedó tras ella.

Eso hubiera sido lo normal pero Gus solo miraba al frente.

La entrada del zoo a no más de cincuenta metros a su izquierda, si no se

encontraban con nadie se echaría sobre ella y la introduciría en los jardines.

«Quién sabe si en la propia jaula de Marisol».

Solo pensar en la posibilidad de volver a vivir la experiencia le hizo excitarse.

«No es buen momento...».

—A la mierda con mi voz interior.

De pronto la chica aceleró, no mucho, pero sí lo suficiente para distanciarse unos metros.

«¡Mierda!».

Sin pensarlo, la imitó.

Mendía se puso en tensión.

—Un chico con gorra oscura corre tras una mujer con una cinta en la cabeza. Se aproximan al zoo —dijo por el micrófono que le unía a Corrales y a la joven pareja de policías.

Gus corría a no más de tres zancadas de la chica. Les distanciaban unos pocos metros del punto elegido para abordarla.

Sonrió.

Su corazón elevó sus pulsaciones al máximo, la adrenalina bombeaba con furia por cada poro de cuerpo.

«¡¡Ahora!!».

—Perdona —dijo tocando en el hombro de la chica y señalando al suelo— se te ha caído esto.

La joven se detuvo sorprendida.

—¿Qué? —quiso saber mientras se quitaba los auriculares.

Gus volvió a señalar al suelo. De repente se abalanzó sobre ella agarrándola del cuello y arrastrándola hacia el interior de los jardines.

—¡La ha cogido! ¡La ha cogido! ¡Faustino, están a unos metros de tu posición! ¿Los ves? —Mendía corría como si el perseguido fuera él—. Tengo que dejar el maldito tabaco...

—No, aún no los veo —dijo mientras sacaba su arma.

Voces ahogadas unos metros delante.

—Sí, ya los veo. ¡¡Alto, policía!!

La pareja de jóvenes agentes se unió a la persecución.

Gus tiraba de la joven con fuerza, sus manos en el cuello, mientras miraba de un lado a otro. La jaula se encontraba a no más de veinte metros de distancia.

—¡Estate quieta, coño!

De pronto comenzó a oír voces. Esta vez no se trataba de su insistente parloteo interno. Aflojó la tenaza de sus manos sobre el cuello de la joven mientras volvía la cabeza.

Este fue otro error.

El primer impacto le sorprendió en la entrepierna. Un golpe seco, certero, que le

hizo doblarse, el segundo en las costillas. Levantó la vista, la chica le miraba con el odio reflejado en su rostro.

—¡¡Alto, policía!! ¡¡Alto!! —el chillido de Corrales llegó hasta la pareja.

Gus no necesitaba oír más, se incorporó blandiendo la navaja en el aire.

—Volveré a por ti otro día —amenazó mientras salía corriendo esforzándose en desoír las señales de dolor de sus testículos. No tenía tiempo para quejas.

Corrió paralelo a la pared del parque.

«Párate».

Sin saber por qué hizo caso a su voz interna y se detuvo a resguardo de unos matorrales conteniendo la respiración. Si le descubrían todo se habría terminado. Su trabajo quedaría sin cumplir y su orgullo...

Apretó los labios. No era momento de pensar en ello.

—¡Por allí! ¡Se ha ido por allí!

Entre las ramas pudo distinguir varias piernas acercándose a su escondite. La voz de la chica llegó nítida hasta sus oídos. Una intensa oleada de rabia recorrió su cuerpo. Su corazón golpeaba frenético contra el pecho.

«Algún día...».

Pocos segundos después cruzaron raudos a escasos centímetros de su cabeza. Aguantó la respiración mientras las voces y el sordo golpear de los zapatos de los policías contra el suelo se alejaban. Lentamente se incorporó, con cautela. Atento a cualquier voz o mínimo ruido, barrió la zona con la mirada. Se deshizo del bigote y las patillas y se quitó la gorra.

A paso lento, encorvado y pegado a la pared recorrió los no más de treinta metros que le distanciaban del circuito que utilizaban los corredores. Se incorporó a él en sentido inverso.

Sudaba como no recordaba haberlo hecho antes. Le invadía una mezcla intensa de sensaciones, de olores. Apestaba a miedo, a adrenalina. Una combinación del todo embriagadora. Su voz interior aullaba insistente, reclamando su atención. Sí, había llegado el momento de abandonar la cacería durante un largo período de tiempo. Se acabó el improvisar de esa forma tan chapucera, exponiéndose a ser atrapado como un vulgar principiante.

Sin embargo, su rostro mostraba una amplia sonrisa.

De satisfacción. De placer.

*Madrid**Invierno de 1997*

El viernes era el día elegido por Jesús Romero para dar una sorpresa a Rocío Prados. Quizá al final de la tarde se pudiera hablar de más una, sin duda. La misma ausencia de dudas que la comisario tenía acerca de que algo se estaba tramando a sus espaldas.

Cuando llegó ese viernes a su casa todo parecía normal. Su madre trasteaba en la cocina. Patricia salió a recibirla sonriente, como siempre, por más que se fijó no pudo descubrir en su semblante indicio alguno que le sirviera de pista sobre lo que estaba por venir.

«Juraría que no sabe nada».

Sin embargo, Berta era como un libro abierto.

—No me mires así, hija, no puedo decirte nada —apuntó bajando la vista mientras abría la puerta del horno para introducir un recipiente tapado con papel de plata.

—De acuerdo, no preguntaré, pero me vas a decir qué es eso del horno.

Berta negó con la cabeza.

—Has dicho que no vas a preguntar ¿verdad? Solo te diré que te arregles porque en una hora... —apretó los labios con fuerza como si temiera que las palabras salieran a trompicones si los soltaba.

—En una hora... —Rocío disfrutaba como cuando era pequeña al ver el esfuerzo de su madre para no compartir un secreto con ella que sabía que le afectaba, sobre todo cuando se trataba de buenas noticias.

—Que... no, no puedo... —agitó la mano en el aire— anda ve a cambiarte y... Patricia no sabe nada, así que no la achuches.

Obedeció.

Los últimos días habían estado repletos de buenas noticias. A veces le daba la sensación que el universo, o Dios, o esa fuerza a la que se refería Einstein que asegura lo controla todo y que está a nuestro servicio, abriera sin previo aviso una compuerta que contenía sus ilusiones, deseos, sueños, e incluso aquellas situaciones que sin haberlas deseado o soñado con anterioridad no por ello su impacto resultaba menor en su manifestación, y se empujaban unos a otros para abandonar el mundo de lo etéreo y hacerse realidad.

Entró en su dormitorio, guardó el arma en el cajón superior de la cómoda y observó su rostro en el espejo. No se consideraba especialmente coqueta, quizá su trabajo no animaba a vestirse o arreglarse como si su actividad fuera otra. Las

abogadas, empresarias, juezas, podían hacer gala de su feminidad. Es posible que las mujeres policia a las que había abierto camino gozaran de más libertad pero ella había sufrido desde el primer día lo que suponía ser mujer en un mundo exclusivo de hombres. Quizá por ello se había acostumbrado a no preocuparse en exceso por su vestuario.

Dejó la blusa en el cesto de la ropa, la chaqueta y el pantalón, para darles un buen cepillado, colgados en el perchero. Mientras se ajustaba el albornoz volvió a observar su imagen en el espejo. Se dedicó una tenue sonrisa. Le gustaba lo que veía, se consideraba una mujer feliz y con suerte en la vida. No fue fácil llegar a sentirse así, no con un marido violador de una pobre niña y padre del amor de su vida, de Patricia. Pero al final lo consiguió gracias a su hija, que resultó ser mucho más madura que ella misma, a sus compañeros y a Romero.

«A Jesús».

Rectificó sonriente a sus pensamientos.

Sí, le gustaba la imagen que le devolvía el reflejo. No veía una mujer esencialmente guapa, aunque su entorno defendía una opinión diametralmente opuesta. Agradecía a la vida lo que tenía, y, sobre todo, lo acontecido esos últimos días en los que la compuerta del universo dejó salir en grupo a su ascenso a comisario, a la reciente visita a Javier Lasa y Leonora, al viaje a Santander para encontrarse al fin con María y cerrar el caso de las rosas para siempre.

Y la sorpresa que le aguardaba.

Un suave repiqueteo en la puerta cortó sus pensamientos.

—Pasa.

Pati no entró, permaneció bajo en el umbral con la cabeza asomada.

—No sé qué ocurre, mamá, pero ponte guapa ¿vale?

—¿Y eso?

—La abuela dice que nos vistamos como si fuéramos a la ópera. Que tú no sabes nada, pero que te diga que te pongas muy guapa.

Rocío se acercó hasta su hija.

—¿Y tú, sabes algo? —quiso saber mientras escudriñaba su rostro.

—No, la verdad, y me da una rabia que no veas.

—Está bien, te creo. Me doy una ducha y me reúno con vosotras.

Camino del baño recordaba las innumerables ocasiones en las que Patricia reaccionaba de la misma manera. Si había algo que le costaba controlar era no saber nada sobre un tema que la concernía, aunque en ocasiones daba igual si tenía que ver con ella o no. Bastaba con que sospechara que le podía interesar.

—Dime solo un poquito.

—Entonces dejará de ser una sorpresa.

—Lo seguirá siendo, mamá, solo es un poquitín así —mostraba su mano con las yemas del pulgar e índice apenas dejando el paso del aire entre ellas— anda, *porfa*.

Con el recuerdo de su hija y una sonrisa ladeada entró en la ducha. Lo curioso del

caso es que a veces la niña se salía con la suya, al menos en parte, cuando era la abuela la que se esforzaba en guardar el secreto que fuera.

Esta vez su rostro se abrió mostrando la mejor de sus sonrisas al imaginar a su madre luchando, y ganado, ante la insistencia de su nieta.

«Siempre hay una primera vez para ganar, mamá».

Unos minutos antes de la hora anunciada por Berta las tres generaciones de mujeres estaban sentadas en el salón. La verdad no era exactamente así, la abuela aprovechaba cualquier excusa para levantarse e ir a la cocina o a su dormitorio o a cualquier otro lugar con tal de evitar las inquisidoras miradas de su hija y de su nieta.

El familiar sonido metálico de llaves en la puerta de la entrada atrajo la atención de Rocío y de Patricia. Ambas callaron y giraron sus rostros, cruzaron sus miradas llenas de preguntas mientras se incorporaban camino del pequeño vestíbulo.

La puerta comenzó a abrirse lentamente. El rostro de Jesús asomó sonriente, tras él, su hija Sole casi tan alta como su padre.

—Pati, mira a quién nos hemos encontrado junto al portal.

Patricia miró a su madre luego a la pareja de esta.

Romero se echó a un lado, Sole dio una larga zancada colándose en el interior dejando el paso libre. Una mujer de media melena castaña se asomaba bajo el quicio. Una mirada serena, una sonrisa tan amplia que amenazaba con saltar de su rostro. Pati llevó las manos a la cara.

—¡¡Tía María!!

La puerta se abrió del todo.

Si había alguien en el mundo a quien Patricia deseara ver por encima de todo y a quien más había echado de menos en los últimos años era a María. La mujer a la que conoció como secretaria del comisario Antonio Rovira, cuya cruel historia hizo su amor por ella aún más intenso, a pesar de que desconocía la auténtica realidad sobre la causa de la caída del ático de Fermín Saiz de la Puebla, el Indio.

Causa que a nadie importaba ya.

Pati se abrazó a María y comenzó a llorar en su hombro. Las lágrimas corrían por los rostros de las dos mujeres. Fue un abrazo largo, muy largo e intenso, muy intenso.

—Nunca más vuelvas a desaparecer —pidió Pati al separarse.

—Nunca más.

—Prométemelo.

María Esther asintió sonriente.

—Prometido.

Patricia llevó la mano a la tripa de la recién llegada.

—Me ha dicho mamá que estás embarazada.

Como respuesta recibió una enorme sonrisa.

—¡Enhorabuena! —exclamó mientras volvía abrazarla. Al soltarse pasó los dedos por su rostro en un vano intento de borrar el rastro de incontrolables lágrimas—. Te he echado mucho de menos, mucho.

—No más que yo a ti, a vosotras —dijo mirando a Rocío.

Detrás se encontraba David, que había oído hablar de los compañeros de María mientras trabajó en la comisaría, de Rocío Prados y de su familia, pero no se esperaba un recibimiento como ese. A punto estuvo de emocionarse aportando algunas lágrimas pero se contuvo a tiempo.

—Pati, te presento a mi marido, David —dijo echándose a un lado— este es nuestro hijo, Fran.

—He oído hablar tanto de ti que es como si te conociera de toda la vida —dijo el marido de María dándole dos besos.

Patricia sentía como se ruborizaba. Pocos días atrás no sabía de su existencia. Miró al niño.

—¿Fran, como tu...?

—Sí, en recuerdo de mi hermano.

Rocío y Berta aguardaban en el interior de la casa para su turno de emociones. La abuela no iba a dejar escapar su particular regañina a María por desaparecer, como venganza la iba a llenar de besos.

La puerta de la calle permanecía abierta. Jesús observaba feliz las diferentes escenas que se desarrollaban ante sus ojos.

—Aún no estamos todos —exclamó de repente dando a su voz un tono grave para que se elevara sobre el cruce de voces que reinaba en el vestíbulo.

Se hizo el silencio.

Una mujer mayor, alta, empujaba una silla de ruedas.

—A ti te quería conocer yo —dijo Leonora mirando a Patricia— nuestra Esther, ya sé que para ti es María, no ha parado de hablarnos de ti —dejó caer su mano sobre el hombro de un sonriente, Javier, con el cable de oxígeno ajustado en sus fosas nasales.

Pati abrió los ojos todo lo que daban de sí.

—¿Eres... Leonora? Y él... ¿El tío Javier? —volvió el rostro buscando los ojos de María.

—Sí —dijo emocionada— gracias a ellos, a tu madre, al comisario, a Romero y Mendía pude darle sentido a mi vida.

Durante los siguientes minutos nadie abandonó el vestíbulo. Todo eran saludos, besos y ganas de saber más y más.

—Pasad al salón —pidió Romero.

Era el único que sabía que aún no habían llegado todos los invitados. Estaba disfrutando como nunca antes en su vida. Ver a su querida Rocío y a su familia en ese estado de felicidad era impagable.

Pero aún había más.

Rocío se acercó a Jesús, cuchicheando en su oído.

—Eres malo, no me has dicho nada.

—Y tú eres como tu hija. Pero para que veas que no soy tan malo te diré que aún no estamos todos.

La comisario abrió ojos exageradamente.

—¿Y no me vas a decir nada?

Romero negó con la cabeza.

—¿Ni un poquito?

—Eres toda una comisario y clavada a Patricia.

—Vale —convino mientras se alejaba en busca de vasos y platos. Una vez que ya contaba con una idea bastante aproximada de lo que sucedía podía echar una mano a su madre que se estaba encargando de todo.

—¿Falta alguien más, mamá? —preguntó al aire al entrar en la cocina, sin pretender dar importancia a sus palabras. Al menos, en apariencia.

—Te he visto cuchicheando con Jesús, hija. Aguanta un poco —dijo mientras quitaba el papel de plata a la bandeja del horno.

—¡Brownies! Eres la mejor, mamá.

El timbre de la puerta se coló en la conversación de las dos mujeres.

Se hizo el silencio en la casa mientras Jesús se acercaba a abrir. Tras él, a paso lento, como si temieran ser descubiertas caminaban agarradas del brazo, María Esther y Pati. Rocío se asomaba desde la cocina.

Berta, sonreía feliz.

Si los cálculos de Jesús habían resultado correctos, al otro lado de la puerta debía encontrarse el bueno de José Carlos Mendía y su pareja, Begoña, a quien iba a presentar en sociedad esa misma tarde.

En cuanto Jesús abrió la puerta y María pudo ver al que fuera inspector dejó salir ese espíritu agradecido y emotivo que jamás le había abandonado y se abrazó a un más que sorprendido y entusiasta Mendía que pensaba que él y su novia serían la única sorpresa de la noche.

El abrazo fue como era de esperar, intenso y sentido. Pero aún había más.

Tras la puesta de largo de Begoña entre los compañeros de Mendía, regresaron todos al salón.

—Lo que no entiendo es por qué no me has dicho nada —Rocío seguía cuchicheando con Jesús en cuanto tenía ocasión—. Lo podíamos haber preparado juntos.

Romero la observó unos segundos.

—Ya me lo dirás al final.

—¿Al final? ¿Aún hay más sorpresas?

Los dos comisarios entrelazaron sus dedos, ante la atenta mirada de Pati, feliz con lo que sus ojos le mostraban.

—Verás, cielo. Sé que lo hubieras hecho mejor que yo, sobre todo esta parte en la que se trata de dar un homenaje a nuestra querida María y su familia... —agachó la cabeza tomándose unos segundos antes de proseguir...— homenaje que aún no ha

terminado pero, puesto que sé que te mueres por saber un poquito, te diré que la última sorpresa es para ti.

—Vaya y ¿no...?

Romero llevó un dedo a los labios de su pareja.

—Aguanta unos minutos más, chica impaciente.

Rocío dejó caer un suave beso en los labios de Jesús y volvió con los invitados.

Unos minutos más tarde el teléfono del comisario Romero comenzó a sonar. Se levantó para atenderlo en el vestíbulo.

—Aguantad aquí un momento, por favor.

Cerró la puerta de cristal esmerilado que comunicaba con el salón y esperó.

Apenas fueron unos segundos.

El timbre de la casa volvió a emitir su habitual sonido de campanas. A través del cristal traslúcido podían ver desde el salón la sombra de dos personas. Una alta, grande, la de Jesús Romero. Otra bastante más baja. Ambas abrazándose.

—Entremos porque hoy me matan —dijo Jesús a su invitado.

La puerta del salón comenzó a abrirse lentamente. Romero asomó la cabeza.

—María, alguien ha venido a verte desde muy lejos —dijo mientras accedía al interior y se echaba a un lado.

Un individuo de pelo cano, veteado de oscuro, que aún mantenía su abultada y descolocada cabellera apareció ante los asombrados ojos de los presentes. Su semblante ofrecía un atisbo de timidez impropio de un personaje como él. Su rostro una media sonrisa turbada.

María se levantó como si de repente le quemara el asiento.

—¡Don Antonio!

Una vez más los ojos de la que fuera secretaria de la comisaria se cubrieron al instante de una fina capa acuosa. De dos rápidas zancadas se acercó hasta el último visitante. Abrió los brazos en cruz mientras sentía resbalar sobre su rostro incontrolables lágrimas.

—¿Puedo, comisario? —dijo manteniendo los brazos abiertos todo lo que daban de sí.

Una leve tos forzada a sus espaldas le recordó algo.

María volvió el rostro hacia Rocío. Asintió.

—Perdón, comisario principal —corrigió azorada—. ¿Puedo?

—Lo estoy deseando, María.

El abrazo no desmereció en nada a los anteriores. Largo, intenso y emotivo.

—Gracias... —dijo María mirando a Romero y moviendo los labios, en silencio.

Rocío observaba la escena con un nudo en la garganta. Sabía lo que significaba ese abrazo para María. Era la confirmación definitiva de que todo había terminado, si es que albergaba alguna duda de que no fuera así.

—Lo siento, comisario —murmuró mirando a Rovira— debí de decirle que yo...

—Hizo lo que debió hacer. No se martirice más.

María asintió.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Claro.

—¿Nos podríamos tutear?

Esta vez fue el rostro de Antonio Rovira el que esbozó una amplia sonrisa.

—Por supuesto.

El que fuera comisario de Rocío, Mendía y Romero fue pasando de abrazo en abrazo. De emoción en emoción.

—Me alegra conocerles al fin —dijo cuando llegó el turno de Leonora y del tío Javier.

—A nosotros a usted. No se puede imaginar las veces que hemos deseado que llegara este momento.

Jesús Romero se puso en pie.

—Os prometo que no viene nadie más, que yo sepa. Pero me queda algo que decir —carraspeó un par de veces— la única persona que sabe lo que viene ahora es Sole —volvió el rostro hacia su hija—. Bueno... a lo que iba, quisiera... —metió la mano en el bolsillo y extrajo algo que quedaba oculto bajo la tutela de su enorme mano.

Rocío no perdía detalle.

—Veréis, eh... Le he pedido a don Antonio que sea el padrino de mi... —buscó con la mirada los ojos de Rocío mientras se acerba a ella—... de nuestra boda —apuntó mientras ponía rodilla en tierra— bueno... si tú quieres... —dijo ofreciéndole una pequeña caja que la palma de su mano abierta dejó a la vista de todos.

Quizá por los nervios, quizá por el reducido volumen del paquete o el excesivo tamaño de sus dedos levantó la pequeña tapa con suma torpeza. Un anillo relucía en el interior. Alzó la mano ofreciéndoselo a una asombrada y emocionada Rocío.

—Lo tienes que sacar de la caja, papá —susurró Sole en su oído.

Romero asintió, se hizo con el anillo y miró a su pareja.

—¿Quieres entonces... casarte conmigo? —repitió.

Como respuesta la comisario extendió el brazo con los dedos separados ofreciendo el anular.

—Solo si el anillo me vale —dijo sonriente.

Jesús apretó los labios mientras cogía el anillo. Lo observó unos segundos en silencio como si valorara su tamaño. Miró el dedo de Rocío.

—Vamos allá.

Sí, se ajustó al dedo como un guante.

Esa tarde en casa de Rocío confluyeron diferentes historias, intereses y deseos de los presentes. Historias que necesitaban, para unos, ser cerradas definitivamente, para otros, poner cara y voz a personajes que habían acompañado sus vidas durante los últimos años. Fue una velada emotiva, solo empañada, unos días más tarde, por el fallecimiento del tío Javier.

En el momento en que el comisario Jesús Romero introducía el anillo de pedida en el anular de la comisario Rocío Prados, el oficial de policía Faustino Corrales torcía el gesto.

Sin lugar a dudas había metido la pata, bien metida.

Llevaba dos semanas yendo a recoger al colegio al hijo de su hermana, que se encontraba de baja con la pierna escayolada y su marido de viaje. El primer día no le dio mayor importancia. Al segundo, los ojos marrones pequeños y penetrantes de la profesora de su sobrina, la seño Sofía, se le clavaron como estacas. Al tercero, los buscó nada más poner un pie en colegio. El cuarto y el quinto día se esforzó en llegar antes de la hora por si tenía la suerte de coincidir con ella.

No pudo ser.

Pero al lunes siguiente, sí.

Y el martes.

Ese sábado tuvieron su primera cita. Hablaron de sus profesiones, de lo que disfrutaba ella con sus alumnos, a los que consideraba sus pequeños maestros por su forma de ver e interpretar el mundo. Él, de su suerte al dar en una comisaría con alguien como Rocío Prados y Mendía, aunque los demás compañeros también eran magníficos. Habló del caso que tenían entre manos, con Blanca Morega y Prudencio Marcial.

—¿El empresario?

—Sí, ese.

Tino estaba en su salsa, contento de atraer la atención de Sofía que no le quitaba ojo de encima mientras hablaba. En un momento distendido de la conversación la feliz pareja se preguntaba qué era lo que al otro no le gustaba por encima de todo. Algo por lo que no estuvieran dispuestos a pasar.

El oficial Corrales lo tenía claro.

—Yo no viviría con gatos en casa, ni aunque solo fuera uno —respondió con el semblante serio, convencido de las palabras que acababa de soltar—. No, no podría.

—Pues es una lástima porque yo tengo una gatita siamesa que se llama Calista y me sigue a todos lados.

«Esto me pasa por no preguntar antes».

Tino torció el gesto.

Levantó la vista del plato y miró a Sofía. Una vez más sus ojos le taladraban el corazón. No le gustaban los gatos, pero si para conseguir que una chica como ella se fijara en alguien como él debía de aprender a convivir con un gato, entonces...

«Pues se aprende».

—Vaya... eh... yo, bueno, no sé, quizá podría hacer alguna excepción. ¿Calista, dices que se llama?

Cinco años más tarde...

Madrid

2005

Se cumplía el octavo aniversario del fallecimiento del tío Javier, María Esther salía de la Iglesia de Santa María de Caná, en Pozuelo de Alarcón, acompañada de David, de Fran, con los catorce recién cumplidos, de Alma, que contaba cuatro años y no paraba de mirar y señalar de un lado a otro con su pequeño dedo. De Rocío, Jesús Romero y Patricia.

Del fallecimiento de Leonora habían transcurrido tres años.

—Cómo pasa el tiempo ¿eh? —dijo Pati agarrada del brazo de María camino del coche— al tío Javier apenas me dio tiempo a conocerle, pero a Leonora más. Era una mujer muy cariñosa —bajó la mirada a la punta de sus zapatos—. ¡Ah! Y Rosa... —su rostro formó un rictus melancólico al recordar al enorme mastín.

—Sí, la pobre no pudo aguantar ni una semana la pena por la muerte de Leonora —intervino María— era la que la acompañaba en su tristeza desde que el tío Javier se fue.

Las dos familias se despidieron con el propósito de reunirse al día siguiente para comer. Dos familias a las que les unía el recuerdo de varios ramos de rosas blancas y negras. Recuerdo, que a pesar de sus visitas a la iglesia que frecuentaron durante sus últimos años Leonora y Javier, no dejaba en buen lugar a sus creencias sobre lo que representaba la institución católica. No fue fácil encontrar alguna justificación a lo que vivió Alma Lasa en aquel internado, ni su hermano Fran, durante el incendio del pabellón de los chicos. No, María Esther no la encontraba. Ni Rocío, para explicar a su hija cómo era posible que María hubiera tenido que vivir algo así.

Solo el paso de los años les fue ofreciendo una perspectiva diferente. Quizá había llegado el momento de dejar de responsabilizar a Dios por cuestiones que solo competen a los hombres. Quizá el culpable de tantas dudas sea el propio estamento católico al dibujar una idea de un Ser Supremo, un Dios, alejado de lo que el común de los mortales espera de una divinidad.

Sea como fuere, estas dos familias, como tantas otras, estaban empezando a aprender a separar el polvo de la paja. Enseñanzas interesadas, por muy catalogadas de religiosas que estuvieran, de enseñanzas que precisamente cumplían su función, que no era otra que instruir a vivir la vida de la mejor manera, sin miedo a lo desconocido, a disfrutar de lo que nos ofrece la existencia y sobre todo a compartir y dejar que los demás sean como quieran ser.

—Oye, mamá. ¿A qué crees que se refería la tía María cuando ha dicho eso de

que había llegado el momento de perdonar? —quiso saber la ya casi periodista—. ¿Se refería a los chicos que...? —calló como siempre hacia al salir el tema, aunque lo sacara ella. La imagen de su padre se formaba en su rostro, a pesar de no haber visto las fotografías que él mismo sacó de la salvaje violación de Alma.

Rocío se giró en el asiento del coche, llevó la mano hacia atrás y cogió la de su hija.

—No, no se trata de eso —cortó el balbuceo de Pati— no creo que pueda perdonarles. Creo que se refería a perdonarse a ella misma, hacer las paces con el pasado, a eliminar ese pinchazo en el pecho que le acompaña desde que sucedió todo y que de nada vale ya. ¿Me entiendes?

—No sé ¿qué se tiene que perdonar? Ella no ha hecho nada.

La experiencia acumulada por la comisario a lo largo de los años interrogando a todo tipo de criminales no le servía a la hora de enfrentarse a las preguntas de su hija. Acaso porque ella misma no confiaba plenamente en las respuestas que la ofrecía, pero se trataba de las que aplicaba en su propia vida y a falta de otras mejores tocaba defenderlas. En caso de duda contaba con la particular forma de entender las cosas de Jesús, su personal punto de vista solía aportar dosis de alivio ante una batería de preguntas formulada por la niña.

—Cuando hablo de perdonarse a ella misma no me refiero a que haya nada de lo que tenga que arrepentirse.

—¿Entonces?

La pareja cruzó sus miradas. Rocío asintió levemente.

—Creo que lo que tu madre quiere decir —intervino Romero mirando a Patricia por el retrovisor— es que muchas veces algo que nos ha hecho sufrir en el pasado, nos sigue haciendo mucho daño en el presente. Nos sentimos mal, al recordarlo nos enfadamos y nuestro cuerpo lo sufre en forma de molestias incluso de enfermedades.

—Ya, pero lo de la tía María...

—Ella ha decidido que la mochila repleta de odio que ha llevado colgada de la espalda durante tantos años ha llegado el momento de dejarla en el camino. Estamos donde estamos, Pati, el pasado ya sucedió, y tendrá el poder que solo tú le permitas poseer en tu presente. ¿Crees que a María le vale de algo seguir odiando?

—Pues, no.

—Es un caso cerrado, resuelto. Durante años ese odio le sirvió de impulso para continuar adelante, para aclararlo todo, pero ahora prefiere cambiar sus emociones para siempre. Con ese odio fuera le queda más espacio para querer. ¿No crees?

—Vaya...

Jesús observó el semblante de Pati por el espejo, lo que vio le animó a continuar.

—Tenemos dos opciones con aquello que nos incomoda del pasado. O las prestamos nuestra atención, hablando con quién corresponda y haciendo lo que consideremos oportuno para solventarlas o si no hay nada que hacer, porque o bien ya se hizo o no se puede, dejarlo ir.

—Ya, bien guardadas en la mochila y arrojarla lejos. ¿No?

—Eso es.

Aparcaron junto a la puerta corredera del chalet que habían comprado un año después de la boda.

—No podéis dejar pasar esta oportunidad —apuntó por aquel entonces Leonora visiblemente contenta. Nada le podía hacer más feliz que contar con Rocío y su familia en el mismo pueblo de Pozuelo. Incluso dando un paseo podía visitarles.

No, no la dejaron pasar, compraron la vivienda. El precio sospechosamente bajo a juicio de los dos comisarios.

—Es de unos amigos de Javier que quieren quitársela de encima —mintió—. Me han encargado que la venda. El precio lo pongo yo y no se hable más.

Fue en la firma del contrato cuando Leonora ofreció las escasas explicaciones a la pareja. Fingió actuar de intermediaria de una propiedad que fue de su marido.

María y su familia aún tardaron casi dos años en trasladarse a Madrid. A David le habían hecho una oferta laboral en un conocido bufete de abogados que suponía una gran oportunidad. No tenían intención de buscar un traslado definitivo, Santander no es un destino a despreciar como lugar en el que vivir, pero unos pocos años en la capital le valdría de experiencia para su propio bufete.

—Os venís a casa. No se hable más.

—Pero Leonora, somos cuatro y...

La mujer no cabía en sí de alegría. Iba a compartir los últimos años de su vida rodeada de las personas a las que más quería.

«A falta de mi amado Javier».

—¿No irás a negar un deseo a dos señoras mayores?

—¿A dos? —María no acertaba a entender.

—Sí, a dos, a Rosa y a mí. ¿Quién nos va a cuidar? —dijo mirando al mastín.

No hubo más que hablar.

Cuando falleció Leonora la familia de María buscaba casa por la zona hasta que recibieron una notificación de su abogado.

—Es para ti —dijo David ofreciendo el sobre a su mujer.

María buscó el remite.

«Rosales y Rosetti, abogados».

Frunció el ceño.

Ninguno de los dos apellidos le decía nada, pero no dejaba de ser extraño que la carta fuese dirigida a ella y no a su marido que era el que recibía los correos con este tipo de remitente.

Hizo una primera lectura.

—Pero...

Una segunda.

Sí, no había ninguna duda.

—¡No es posible! —María Esther llevó su mano a la boca ahogando un grito—. ¡Me nombra heredera de todos sus bienes! Esta mujer es, es...

—¿Quién? ¿Leonora? —David abrochaba la chaqueta de la pequeña Alma antes de salir a dar un paseo.

—Sí, esta mujer no dejará nunca de sorprenderme. Lo hace así, para que no pueda decirle nada —los ojos comenzaban a cubrirse de una fina capa de lágrimas.

—¿Qué pasa, mamá? —Fran bajaba las escaleras justo en el momento en que su madre leía la carta.

—¿No decías que querías vivir en esta casa?

—Sí, claro, me gusta mucho.

María llevó los dedos a su rostro. Dos traviesas gotas resbalaban sin permiso.

—Nos quedamos, la abuela Leonora y el abuelo Javier nos la han regalado —dijo aún emocionaba—. Y tú qué dices, Alma. ¿Quieres que nos quedemos aquí?

La pequeña llevó un dedo a la boca y asintió.

—Vale, pero antes paseo.

Cada mañana era la primera en llegar a la comisaría, en ocasiones acompañada de Rocío. Tras saludar a los compañeros de guardia cruzó el pasillo y la sala con mesas dispuestas a lo largo de las paredes, lugar de trabajo de inspectores, subinspectores y oficiales y se sentó en su mesa. Lo primero, como cada mañana, era preparar el café para la comisario, y posiblemente para Mendía. Con la jarra bien llena tendría para los no habituales como Faustino Corrales u otros inspectores y visitas.

María Esther dejó la chaqueta en el perchero y el bolso sobre el respaldo de la silla. Había vuelto a la comisaría unas semanas después del fallecimiento de Leonora. La anterior secretaria, Rosario, había aceptado una oferta y el puesto había quedado vacante.

—¿Por qué no se lo dices a María? Ahora que no está Leonora quizá se aburra.

Rocío se retrepó en el sillón de su despacho.

Desde el momento que Rosario le comunicó que dejaba su puesto, el rostro sonriente, feliz, amable y la eficacia total de María se dibujó en sus recuerdos. Sin embargo, había pasado demasiado tiempo y demasiadas cosas desde su primera etapa en esa comisaría. Ahora estaba casada, tenía dos hijos...

—¿Rocío? —Mendía agitaba la mano frente al rostro de su compañera— ¿por qué no se lo preguntas directamente?

La comisario sonrió.

—No sé si es bueno que me conozcas tan bien. Llevas razón, le estaba dando vueltas a los motivos por los que diría que no. Se lo preguntaré.

Lo hizo.

María no se lo pensó dos veces.

La cafetera emitía los habituales sonidos, como murmullos, indicando que estaba

a punto de completar su cometido cuando Rocío y Mendía hicieron acto de presencia. Al escuchar sus voces, María se asomó desde la reducida estancia destinada a uso común, equipada con una pequeña nevera, despensa, varias cafeteras y un par de mesas con sus respectivas sillas.

—Buenos días, María —saludó Rocío— creo que el inspector jefe necesita hoy uno de tus cafés bien cargado —dijo sonriente.

—¿Otra vez el enano?

—Me temo que sí.

Las dos amigas y de nuevo compañeras cruzaron sus sonrisas. No más de cinco minutos después entraba con los cafés en el despacho de la comisario.

—Mala noche ¿eh? —más que una pregunta se trataba de una aseveración sin lugar a réplica, como indicaban las hinchadas ojeras del inspector jefe, ya de por sí abultadas.

Mendía asintió.

—Menudo añito lleva el niño —dijo mientras se incorporaba en su asiento. Apenas dejó que la última gota de leche se zambullera en la taza cuando se lanzó sobre ella. De un largo trago terminó con el contenido, miró a María.

—¿Relleno?

—Voy a tener que traer una taza de casa bien grande —dijo mientras pasaba la palma de la mano por su rostro— me pilla muy mayor esto de ser padre.

—Pero si eres el José Carlos Mendía más feliz que he conocido en todos estos años —apuntó Rocío.

—Sí, eso sí. Begoña y el pequeño Carlos me han dado el impulso que me faltaba para continuar con un motivo.

—Anda, no te pongas melodramático y vamos con lo nuestro. Te recuerdo que Jesús es un año mayor que tú.

—Claro, como tú tienes a tu madre y a tu hija para cuidar de la pequeña Esther...

—No te quejes que mi ahijada es un sol —intervino María Esther camino de la puerta del despacho, el sonido de la centralita de teléfono reclamaba su atención— y tu Carlitos también, así que ten un poco de paciencia.

—Vamos allá —otro trago puso fin a la segunda taza de café.

Patricia Prados abandonó la casa una hora después que su madre y Jesús, a quién consideraba su padre aunque hasta el momento no le salía eso de referirse a él como papá. Sentía como si esa simple palabra ejerciera en su ánimo un poder tal que lo menos que le generaba era un regusto amargo y un odio difícil de llevar, a pesar de los años transcurridos. Su pequeña hermana, Esther, quedaba al cuidado de Berta y de una canguro.

Necesitaba preparar el trabajo de fin de carrera en el que llevaba pensando el último trimestre sin decidirse. Lo único que tenía claro, y ya era mucho comparado con sus compañeros de periodismo, era a qué especialidad se iba a dedicar en los

próximos años; investigación de sucesos, crónica negra.

—Más o menos lo que hace mi madre.

—Ya, pero sin la protección de la policía detrás —dijo su mejor amiga, Marta— a mí me daría un poco de susto. Prefiero la moda.

—Lo sé, y estoy convencida que lo harás fenomenal ¿has pensado ya de qué va a ir tu trabajo de fin de carrera?

Marta se ajustó la diadema, su melena castaña caía a los lados sobre los hombros. Era una chica, delgada, de apariencia grata cuya preocupación mayor se centraba en el vestuario de las celebridades en cualquier evento en el que aparecieran. Se sentía feliz y esperaba encontrar un chico que no le pusiera dificultades con su trabajo, que tuviera buen gusto para vestir, fuese buena gente y sobre todo deseaba ser madre.

Patricia envidiaba lo claro que tenía todo su amiga. Aunque bien pensado quizá eso le quitara un poco de salsa a la vida. En cuanto salió de casa sonó su móvil, era Marta. Había conseguido que una revista de moda la incluyera entre su personal acreditado para asistir a la gala de entrega de los Premios Goya.

—¡Estaré en la alfombra roja!

—¡No sabes cuánto me alegro! Me lo tienes que contar todo con detalle ¿de acuerdo?

El interés de Patricia por la moda no se aproximaba en nada al que mostraba su amiga, quizá porque en su casa nunca había existido ninguna preocupación por ello, pero desde que conoció a Marta en el primer curso de carrera, poco a poco fue fijándose en su forma de vestir. No todo era llevar vaqueros y una blusa. El mundo del vestido era nuevo para ella. Con la imagen de su amiga en la cabeza, entró en su Mini y puso rumbo a la comisaría, seguro que allí le podrían echar una mano para desarrollar una idea que se iba formando en su cabeza.

Aparcó a una manzana de la entrada. Se hizo con el bolso, una fina chaqueta que colocó sobre sus hombros. Caminaba con paso resuelto, vestida con su blusa y vaqueros habituales.

—¡Comisario! ¡Comisario!

Patricia se volvió por si su madre andaba cerca.

—Perdón, pensé... —un joven oficial que no debería ser mayor que ella levantaba las palmas de las manos.

Pati sonrió y continuó con su camino. Pensaba haberle dicho que era su hija, pero quizá hubiera más comisarios por allí, no quería parecer pedante. Negó con la cabeza, no pasaba nada por reconocer que la habían confundido con su madre. Ambas menudas, el mismo pelo o parecido.

«Seguro que a ella le hace más ilusión que a mí cuando se lo diga».

—Bueno días —dijo a la pareja de policías de recepción.

—Hola, Patricia. La comisario acaba de salir.

—¿Mendía?

—Sí, debe estar dentro.

—Cada día te parece más a tu madre.

Soltó un gracias, comedido, tendría que valorar si ese parecido significaba que se estaba haciendo mayor o se trataba de un piropo.

Caminó por el pasillo, cruzó la sala.

María, al verla, se levantó de su asiento.

—Hola, Pati, tu madre acaba de irse.

—Hola tía María, bueno, no la busco a ella, es decir, busco a alguien que me pueda echar una mano.

—¿Te ha pasado algo? —quiso saber. Sus finos ojos mostraban un atisbo de preocupación.

—¿Eh? No, no, nada, es por un trabajo de fin de carrera.

María se relajó.

—¿Te apetece un café o un zumo? —sus manos en los hombros de la chica y un leve gesto en dirección a la estancia situada a su espalda.

—Vale.

—¿Quieres que avise a Mendía o a Corrales? —la secretaria rellenaba un vaso con zumo de melocotón.

—No quiero molestar.

De pronto una voz del todo conocida por ellas se coló en la pequeña estancia.

—Díez y Cortázar traed al sospechoso para interrogarle.

María se asomó.

—Mendía, aquí hay alguien que quiere preguntarte algo.

El inspector jefe recorrió los no más de seis metros que le separaban de las mujeres.

—Hombre, Patricia, me alegro de verte, tu madre...

—Sí, sé que no está, solo quería que me echaras una mano para un trabajo de fin de carrera —animada para soltarlo todo de golpe, prosiguió—: había pensado hacerlo sobre casos sin resolver, no tienen por qué ser de esta comisaría.

—Hay unos cuantos, ojalá los resolviéramos todos —el inspector jefe llevó su puño a barbilla— ven, acompáñame a mi despacho.

Por el camino se les unió Faustino Corrales a quién sus habilidades informáticas le tenían entre dos departamentos sin decidirse por uno u otro. Durante una hora los dos policías colocaron delante de una abrumada Patricia documentación suficiente para realizar los trabajos de fin de carrera de todos los alumnos de todas las universidades del país.

—Como verás hay algunos muy antiguos y otros recientes.

—Este me suena —dijo cogiendo un expediente—. ¿No salió en la tele?

—Sí —apuntó Tino— hasta el momento no se sabe quién pudo haberse cargado a la familia.

Durante unos minutos Patricia y Corrales estuvieron repasando los expedientes.

—¿Puedo tomar notas? Los buscaré en internet y a ver por cuál me decido.

—Claro, siento que no te los puedas llevar.

—Lo entiendo perfectamente —los ojos de Pati se detuvieron en una carpeta—
oye... ¿Y este...?

Corrales frunció los labios, se trataba de un expediente que le tocaba muy cerca.

—Ese fue mi primer caso como subinspector, en el 2000.

Patricia leyó el titular del informe.

—El Asesino del Retiro.

Sé quién eres...

Era media tarde del sábado, si no sucedía algún acontecimiento que lo impidiera, había llegado el momento de regresar a casa.

—¡Hasta el próximo *finde*, Gus!

Como respuesta, el aludido levantó la mano agitándola con desgana y continuó con su camino. Metió las manos en los bolsillos de su cazadora, no por mucho tiempo, el justo para obedecer a su deseo de fumar un pitillo. Sacó el paquete de Habanos, dos golpes en el extremo de la cajetilla para hacerse con el cigarro. Lo encendió con parsimonia, disfrutando del momento, de su vida.

Sí, sin duda era un tipo feliz.

Antes de entrar en su Opel Astra giró la cabeza y se encontró con lo que esperaba ver; la sonrisa y los pequeños ojos de la risueña Cela que aguardaba a que se introdujera en el coche para regresar al interior de la vivienda. Gus la observó durante unos instantes, apuró una larga calada y volvió a agitar la mano en el aire antes de entrar en el Opel. Su mirada leyó, una vez más, el cartel que anunciaba el lugar en el que se encontraba: *Peludos*, justo debajo, una frase digna de la madre de Cela «¿Eres humano? Una mascota quiere adoptarte, pasa y verás...».

Llevaba cerca de un año trabajando en esa protectora de animales. Necesitaba crearse una identidad que le alejara lo más posible de su verdadera vocación; salir de caza. Barajó diferentes opciones entre las que se encontraba volver a su actividad de *boy scout* como instructor o cuidar enfermos, cualquier cosa que dejara entrever que contaba con un lado sensible que él mismo desconocía.

Lo de la protectora de animales lo había descartado inicialmente por temor a su posible incapacidad para controlar sus impulsos. Un caso que llevaba varios meses investigando en la GaZeta Negra, que ocupaba casi todo su tiempo, le llevó hasta *Peludos*. Durante varios días estuvo trabajando codo a codo con Cela y su madre turnándose para identificar al dueño de dos perros, denunciado por un vecino, que llevaban varias semanas encerrados en el piso sin ser atendidos hasta que la protectora, a instancias de la policía, se hizo cargo de ellos. Más que esperar al dueño, Gus quería descubrir al individuo que según sus investigaciones vivía de apoderarse de la identidad de individuos con unas características concretas. Viven solos, posición económica acomodada, mediana edad y apenas mantienen actividad social. Hizo llegar una nota a la casa del supuesto propietario de los perros en la que le apremiaba a recogerlos en *Peludos*.

Un plan absurdo, sí.

Pero en ocasiones, son los que mejor funcionan.

El individuo apareció. La única referencia que tenía de los perros, a los que pensaba quitarse de en medio cuánto antes, como a su dueño, a quien suplantaba, era por fotografías. Ellos, los perros, no tenían ninguna de él, cuando le vieron ni se inmutaron.

Gus, sí, la policía también.

No fue la detención de este individuo lo que marcó a Gus con aquel caso, sino comprobar cómo sus más bajos instintos parecían haberse disipado. Durante las largas jornadas de espera no había sentido la más mínima tentación de hacer desaparecer a ningún animal de la protectora a pesar de que dispuso de constantes oportunidades. Lo achacó a su propia evolución como asesino en serie, aspecto del cual se sentía orgulloso.

—Asesino en serie...

Dedicó una mueca ladeada a su conclusión.

No era un hecho que la prensa supiera, había dejado, por el momento, de darle mayor importancia, ya se ocuparía de que conocieran el detalle. No, el Asesino del Retiro había matado a dos chicas y todo apuntaba a que la tercera se había escapado por poco. El análisis de las huellas de las zapatillas encontradas en la jaula en la que apareció Marisol Fuente, contrastadas con las que dejó el atacante de la tercera chica en el exterior, coincidían. Por tanto, solo dos víctimas, era necesaria una más para etiquetarlo como asesino en serie. Aún así, parte de la prensa le otorgaba el calificativo aunque solo fuera por haberlo intentado.

Gus ya había superado con creces ese fatídico número tres.

«Si supieran...».

Después de aquel suceso se tomó varios meses de descanso. Su fallido intento le dejó tocado. Había cometido el error que su padre siempre le insistía que debía evitar.

—La improvisación te puede llevar a resultados inesperados, reconozco que en ocasiones puede generar una potente descarga de adrenalina, pero si te contienes, será mucho mejor. Lo que realmente te llenará es el estudio de la presa, su seguimiento, localizar los puntos donde abordarla. ¿Lo entiendes?

Claro que lo entendía, por eso se alejó durante un tiempo. Había pasado miedo, mucho miedo. Cerca estuvo de dar con sus huesos en la cárcel, no es que esté convencido de que ese día no llegará, pero aún era muy pronto.

Tenía mucho trabajo por delante.

En cuanto cumplió los veintiún años y pasó a sus manos la considerable herencia de Prudencio Marcial abandonó la casa de la tía Veva y se instaló en la calle Alberto Alcocer de Madrid, donde confiaba en pasar desapercibido. Por su cabeza había surcado la idea de incapacitar a su madre para que su fortuna aumentara, pero su voz interior le aconsejó que lo dejara para otro momento. Si lo que quería era no llamar la atención, mejor continuar con su vida.

El notario le hizo entrega de la herencia y de una carta:

Querido, hijo:

Cuando leas esta carta es posible que lleve un tiempo entre los muertos, contarás con veintiún años. No, no pongas esa cara, sé tu edad porque de haberlos cumplido estando yo en vida esta carta no hubiese tenido razón de ser, ni la herencia, que seguro esperas con ansiedad, no te lo reprocho, a mí me hubiera sucedido lo mismo. Es posible que estés enfadado por haber acordado con don Nicolás, el notario, que no te hiciera entrega de mi dinero hasta que cumplieras esta edad, pero era lo más prudente. Tu madre también recibirá una parte y Sara, otra...

—Parece que ahí te equivocaste, papá —susurró con la carta entre las manos—. A mamá, no le hace falta y a Sara... bueno, a Sara tampoco —su rostro trazó una sonrisa ladeada— es posible, si existe algo después de la vida que la tengas a tu lado. Siguió leyendo:

... quizá te hayas preguntado alguna vez por qué hacemos estas cosas. Tú apuntabas bien alto desde pequeño. Fue tu hermana Sara la que me lo dijo un día llorando. No podía dejar escapar la oportunidad de prepararte. No es fácil lo que hacemos, hijo, lo sabes bien.

Supongo que te preguntarás cómo empecé yo. Quise habértelo comentado algún día pero decidí posponer el momento para cuando fueses más mayor, quizá padre de familia.

Maté a mi padre.

Sí, no me quedó otra. Estaba cansado de sus palizas, las que me daba a mí, y a mi madre. Estaba siempre de viaje, como yo, cuando regresaba lo primero que hacía era meterse en mi cama y después golpear a tu abuela hasta que perdía el sentido. ¿Sabes qué? La muy imbécil siempre lo perdonaba. Todo lo justificaba. Una tarde llegué a casa del colegio. Mi madre estaba tirada en el suelo, había sangre por todos lados. La miré y reconozco que no sentí nada. Se lo había buscado por pusilánime.

«Se me ha ido la mano, hijo», me dijo el cabrón. Le vi coger un vaso de whisky bajo y de cristal grueso. Lo llevó a la boca y en ese momento algo se encendió dentro de mí, agarré uno de sus trofeos de caza, era como una barra clavada en un base y lo estrellé contra el vaso mientras bebía. Los cristales se le clavaron en la garganta. Seguí golpeando y golpeando y golpeando. No me importó nada terminar con su vida. Miré a mi madre y recuerdo que le dije: «Tú tienes la culpa de todo».

«Aún estás a tiempo para poner fin a este tipo de vida, hijo y...».

Gus dejó la carta sobre la mesa de su escritorio.

—No, papá, ya es tarde, demasiado tarde. Sabía que eras un cabronazo, pero no te culpo, yo habría hecho lo mismo. Lo que nunca entenderé es por qué te has empeñado en que siguiera tu camino.

En el verano de 2000, apenas un par de semanas después de su fallido intento de cazar a la tercera víctima conocida por la prensa, entró a trabajar en la GaZeta Negra, fueron dos meses de prácticas al término de los cuales ingresó en plantilla. No se trataba de un trabajo que le hiciera falta para vivir, no después de recibir la herencia que bien gestionada podría pasar el resto de sus días sin obligaciones laborales dedicándose a viajar alrededor del mundo, pero se sentía joven para una vida así. La GaZeta Negra le ofrecía la posibilidad de afrontar a otros como él.

¿Para qué los necesitaba?

Posiblemente no lo sospechaba cuando inició su andadura en el periódico pero en estos momentos sus intereses estaban sufriendo un ligero desvío. Sí, continuaría con la caza, pero su empeño por perpetuar el legado de su padre estaba comenzando a menguar.

Necesitaba su propio plan. Sus propios objetivos.

Plan y objetivos que iban tomando forma en sus pensamientos.

Aparcó el Opel Corsa en el *parking* subterráneo de su edificio y subió a su dúplex con el recuerdo de sus primeros meses en la redacción.

Sonrió.

Hoy era sábado y quizá se diera una vuelta por la ciudad. Solo quizá, porque antes necesitaba una buena ducha. Mientras se despojaba de la cazadora observó el resplandor luminoso del contestador del teléfono. Con andar cansino recorrió los ocho o diez pasos que le distanciaban de su objetivo. Echó un vistazo a su derecha, ahí estaba una de sus últimas adquisiciones junto al teléfono, una pecera. En lugar de los habituales inquilinos la habitaban dos tortugas. La experiencia en *Peludos* le animó a tener algún tipo de mascota en su casa. Reconocía que era agradable pensar que alguien espera tu regreso. La primera opción fue Prudencia, una perra de raza indefinida de unos cinco años que le había llegado al corazón por su nombre.

«Un homenaje para ti, papá. Siempre fuiste un verdadero hijo de perra».

Abandonó la opción Prudencia, porque le obligaba a demasiados cambios en su vida y tan poco había que volverse loco. Ser adoptada a los pocos días del planteamiento puso fin al tema, hasta que Cela le habló de dos tortugas que estaban creciendo demasiado y que buscaban acogida. Al enterarse de que no necesitaba estar pendiente de ellas a diario, si a eso le unía no verse en la obligación de sacarlas a la calle, ni hacerles la comida, se animó.

«Por probar».

Cogió en brazos a una de las tortugas.

Pulsó el botón del contestador.

Había poca gente que tuviera su número de teléfono fijo, necesario para disponer

de conexión a internet. El de los dos móviles no los tenía nadie, o conocían uno u otro, no los dos.

Le llamamos de Telefónica para ofrecerle...

Borró el mensaje.

Te has ido muy rápido, Gus, casi no me he podido despedir de ti, has dejado a Ramona llena de pena, no parará de ladrar hasta que vuelvas. Llámame esta semana para tomar algo.

La voz de Cela le dibujó un amago de sonrisa.

Borró el mensaje aguardando al siguiente.

Sonido metálico de fondo, suaves golpes.

Estiró el brazo para borrarlo.

—Algún imbécil que no sabe ni a dónde llama —murmuró.

Sé quién eres. Sé lo que has hecho y sé lo que haces...

El dedo de Gus se detuvo a escasos centímetros del botón de borrado. Volvió a escucharlo una vez, y otra vez.

Y otra.

Tomó asiento en el sillón.

Sin desviar apenas la mirada del contestador se hizo con un pitillo. Levantó las piernas sobre la mesa mientras dejaba pasar los segundos esforzándose por no agarrar el teléfono y estrellarlo contra la pared.

Suspiró con intensidad varias veces.

Con una mano fumaba plácidamente, con la otra acariciaba el caparazón de una de las tortugas, Marisol, que había alcanzado los quince centímetros de diámetro, tanto como su compañera, Lorena, ambos nombres en memoria de sus primeras víctimas del Retiro. Su rostro ofrecía una sonrisa torcida a sus inquilinas, en su cabeza se repetía sin parar el tono de voz de la mujer que le había dejado ese maldito mensaje. Estaba convencido que tenía que conocerla de algo, que en alguna ocasión habrían hablado. Se consideraba un buen fisionomista y una persona con una gran capacidad de recuerdo, daba igual que fueran voces, nombres o situaciones. Todo al final aflorará a la superficie de su mente y dará con la *japuta* que se permite dejarle un mensaje como ese.

—¿Y si es una broma?

Negó al instante con la cabeza. Ese número de teléfono, excluyendo a la compañía Telefónica, al director de la GaZeta Negra, a su tía Veva y a Cela no lo tenía nadie más.

O no debería.

Volvió a negar.

Ninguno de ellos encajaría con un mensaje como ese.

Apagó el cigarro y continuó con el que era su plan inicial, darse una buena ducha. Plan que sin quererlo contaba con su propia banda sonora mental:

Sé quién eres. Sé lo que has hecho y sé lo que haces...

Media hora más tarde se hallaba en la cocina. Nada como una abundante taza repleta de café con un poco de leche. Es posible que no fuera lo más indicado para luchar contra el mal cuerpo que poco a poco se iba a apoderando de él, pero, al menos, le mantenía distraído.

En cuanto la cafetera estuvo lista llenó la taza y se encaminó al salón. De un cajón de la mesilla del teléfono se hizo con un envoltorio transparente del tamaño de un dedo pulgar, junto con un fino y pequeño tubo plateado, cuyo contenido amontonó sobre el cristal de la mesa y se dejó caer en el sofá. Minutos después sostenía un Habanos en una mano y un café en la otra. Sobre la mesa de centro había dispuesto varias rayas de coca. Sin razón aparente llevó la vista al contestador. No había motivo de preocupación, quizá se trataba de alguien que hubiera tenido algún problema con su padre en el pasado y que de alguna manera había conseguido su número.

«¿Una mujer?».

Apretó los labios. Por alguna razón que no acertada a identificar sus víctimas solían ser mujeres. Podría ser debido a la historia de su padre con sus abuelos, pero nada tenía que ver con él. ¿O sí?

«¿Esto es hereditario?».

Negó con la cabeza.

—Es lo que me faltaba, papá, que por tu culpa yo sea alguien... —dejó la frase sin terminar, sus pensamientos regresaron a la autora del mensaje del contestador. No podía imaginar quién podría ser esa mujer.

«Quizá se trate de un distorsionador de voz».

Apagó el pitillo en el cenicero y se acomodó en el borde del sillón. Sin dejar de darle vueltas al maldito mensaje se hizo con el pequeño tubo dorado y esnifó dos generosas rayas. No, sin duda no se trataba de la mejor mezcla para apaciguar sus ánimos.

«Relájate, hay mucho que hacer».

—¡Cállate de una puta vez!

De nuevo suspiró profunda y ruidosamente.

Apuró de un largo trago el café y dejó la taza sobre la amplia mesa, en su cabeza un propósito; olvidar a la puñetera mujer o quién coño fuera que hubiese dejado ese mensaje de mierda y centrarse en sus cosas. Era sábado, con la ilusionante perspectiva de fin de semana libre por delante, algo que no era muy habitual y tenía que decidir en qué ocupar las próximas horas.

A su izquierda, una mesa de trabajo con el último modelo de ordenador de Apple sobre la mesa. El mismo que descansaba en su dormitorio, ambos en red, ambos preparados para ser destruido su contenido con un simple golpe de tecla. En una caja fuerte, a buen recaudo tras la televisión, Gus contaba con un servidor que hacía copias cada hora de cada disco duro de los dos ordenadores. En el trabajo usaba un portátil que solía dejar a la vista de todo el mundo. Nadie que no tuviera sus conocimientos, la GaZeta Negra no contaba con ninguno entre sus empleados, podría

sospechar que la mayoría de los archivos estaban encriptados.

Tomó asiento en el ordenador del salón.

Abrió una carpeta que llamaba PM. Observó con detenimiento el contenido hasta que se decidió por un archivo de Word con el mismo nombre. A la izquierda, el listado de todas las víctimas de Prudencio Marcial y sus trofeos. A la derecha, su propia aportación a cada una de ellas. Sin un motivo concreto, o quizá sí existiera aunque no se hubiese parado a pensar en ello, Gus elegía un familiar de la víctima, preferiblemente de su generación, para convertirlo en objetivo de caza en el que dejaría sobre su cadáver, en caso de éxito, el trofeo que su padre se había llevado en su día del familiar y se apropiaría de algo de la víctima.

—Es como devolverles sus recuerdos a cambio de un detalle para mí.

Así lo hizo.

Se había desplazado a Barcelona, a San Sebastián, Sevilla, Tenerife, incluso se arriesgó con los familiares de dos víctimas en el extranjero; una en Florencia y otra en Marsella.

—Ya está bien... —murmuró mientras se frotaba el cuero cabelludo.

Bajó la vista.

En rojo destacaba el nombre de la persona que llevaba siguiendo desde año y medio atrás. Por un motivo u otro siempre había terminado posponiendo su caza.

Zoilo Cerrato.

—Es el último. Será un hombre, para variar.

Le había investigado bien, guardaba el trofeo de su padre, una espectacular pulsera de brillantes que el muy cabrón se había quedado al cazar a los progenitores de Zoilo. Una pulsera y unos gemelos de oro. Él, un incómodo socio que estaba metiendo demasiado las narices en temas que no eran de su competencia. Ella...

—Ella era una golfa, Gus. No podía quedar con ellos dos sin tener que tirármela. ¿Te lo puedes creer?

«Eres un cabronazo papá, el abuelo tenía que haberte dado más fuerte».

De pronto sintió una furia incontrolable apoderándose de cada célula de su cuerpo. Se levantó del sillón como si le acabara de soltar una descarga eléctrica echándolo hacia atrás con fuerza, con tanta, que terminó estrellándolo con violencia contra la pared.

El café, las rayas de coca, más el mensaje en el contestador y su propia predisposición natural a perder los estribos iban tomando el mando, sin dejar prisioneros, en su atormentada cabeza.

—¡¡Por tu puñetera culpa me he convertido en lo que soy!! —gritó de rodillas con las manos frotando su cabeza— ¡¡cabronazo!!

No era un asunto de cada día los ataques que sufría, más aislados en los últimos tiempos, pero cuando sucedía un insoportable dolor de cabeza y de conciencia se apoderaba de él. Tirado en el suelo con las piernas recogidas al pecho y abrazado a ellas, con fuerza, como si temiera que se las fueran a llevar, los ojos firmemente

apretados, mientras multitud de gotas comenzaban a resbalar por su frente. A cada segundo que transcurría apretaba más y más, brazos y ojos, hasta que un intenso escalofrío, sin previo aviso, recorría punzante su cuerpo, de arriba abajo, como una intensa descarga eléctrica concentrada en un certero latigazo.

Después...

Después, nada que recuerde, solo oscuridad.

El reloj de pared va marcando los segundos, los minutos, hasta que poco a poco abre los ojos, la consciencia se va apoderando de cada célula de su dolorido cuerpo. Mira a un lado, a otro.

«Otra vez...».

Observa sus ropas. Está empapado en sudor, como siempre que sufre un episodio similar. Consulta el reloj.

«¡No es posible...!».

«¡Una hora!».

Intenta levantarse pero sus miembros no terminan de responder. Apenas siente sus brazos y piernas. Como otras veces, solo debe aguardar unos minutos más, relajarse.

«¿Una hora?».

Sí, ese era el tiempo que llevaba tumbado en el suelo, el ataque de hoy había resultado especialmente agudo. Retazos de los últimos segundos de consciencia antes de perder el sentido se van formando en sus recuerdos. Su mente le dibuja una pulsera de brillantes junto con unos gemelos de oro y le recuerda la seguridad con que había exclamado que sería el último. No la última caza, a eso no podía poner fin sin proponérselo y para conseguirlo, pensaba que ya era demasiado tarde. Sería el último que tuviera relación con su padre, necesitaba labrarse su propio camino y para ello contaba con una idea.

Lentamente se fue incorporando, primero un codo sobre la alfombra, luego una mano apoyada en la firme mesa de centro. A continuación la otra...

El teléfono fijo comienza a sonar, al quinto tono salta el contestador. Siente como sus músculos se tensan.

«... ya sabes, al oír la señal...».

Ruidos metálicos de fondo.

Gus ya se ha incorporado, sus ojos fríos observan el pequeño aparato.

Sé quién eres. Sé lo que has hecho y sé lo que haces...

—¡¿Qué coño crees que sabes hija de puta?! —rodea la mesa a trompicones y se lanza a por el teléfono— ¡¡¿Quién coño eres?!!

Como respuesta recibe el familiar sonido de línea desocupada. Un pitido continuo. Dedicó la peor mirada de odio de su extenso repertorio al aparato como si fuera el responsable de su malestar. Lo apretó con saña entre sus manos mientras lo izaba en el aire.

«Tranquilo, solo es una voz en el teléfono, nada más. Déjalo en su sitio y regresaba con lo que estabas».

Suspiró profunda e intensamente.

Obedeció a su sabia voz interior que solo aparecía cuando estaba dispuesto a escucharla, no siempre era así. Volvió el rostro hacia el ordenador. Allí se encontraba su siguiente objetivo.

Zoilo Cerrato. El último, pero diferente a los demás.

Una pulsera de brillantes. Unos gemelos de oro.

En tu nombre, padre

Blanca Morega había regresado al psiquiátrico un mes atrás. Los distintos especialistas que la trataron no se ponían de acuerdo a la hora de elaborar un diagnóstico. La paciente combinaba etapas de total abulia, de falta de interés en lo que le rodea, con otras de profunda tristeza. Podía pasar las horas y los días tumbada en la cama, o sentada, contemplando el exterior con la mirada enfocada en algún punto lejano o bien mostrarse irritable.

A la paciente poco o nada le importa que le hablen de *shock* emocional, de bloqueo mental o de depresión mayor con episodio único o recidivante, o como lo quieran llamar. Lo único que pasa por su cabeza, cierto que cada vez de forma más aleatoria, es una profunda e insondable sensación de culpabilidad. El paso del tiempo le ha enseñado a crearse, ante el golpeo constante de dolorosos recuerdos y mala conciencia, una impenetrable fortaleza en su mente. La convivencia con su hermana Veva se convirtió en días de relajación y apatía, de tranquilidad y de mantener algún tipo de conversación banal.

Hasta que la fortaleza comenzaba a resquebrajarse.

Como sucedió hace un mes. Regresó al psiquiátrico.

Poco a poco los períodos de tristeza y de irritabilidad con ella misma tomaban el mando de su día a día. No hay nadie ni nada que tenga la facultad de hacer daño a alguien emocionalmente como cuando se lo propone uno mismo. Nadie mejor que el propio individuo para hurgar en los puntos débiles con saña, con rabia, con desesperación, sin dejar lugar a una mínima excusa que suavice la culpa.

Sin excusas, solo culpa.

Blanca se hallaba en su habitación de la planta baja, puesto que en el pasado nunca había intentado escapar, disponía de una terraza en la que pasaba las horas sentada en una confortable hamaca, con la vista en las lejanas montañas.

Nunca había vuelto a hablar con nadie de aquella nefasta mañana cuando se atrevió a husmear en las cajas de su marido, tampoco había confesado a la policía, no ya la sospecha, si no la certeza de saber qué había sucedido con ellas, quién se las había llevado. Mendía y Corrales habían ido a visitarla al psiquiátrico con el propósito de recabar más datos, pero Blanca no estaba dispuesta a compartir su certeza. No de momento. En una ocasión las dos hermanas se habían acercado a comisaría.

—Me han asegurado que pueden desplazarse ellos, Blanca, no es necesario que vayamos, si no quieres.

—Prefiero ir, Veva.

Tampoco le había confesado a su hermana el motivo de su insistencia en no permitir que la policía les visitara, pero contaba con poderosas y firmes razones. Por toda la casa había fotos de su hijo con ella, con su tía, los tres juntos. Al menos había conseguido que Veva quitara aquellas en las que aparecía Pruden.

—Es por no recordar —se trataba de una mentira a medias. Sí, era por no recordar, pero no era precisamente la pena lo que la consumía al verlas.

Haber acusado a su marido de asesinar a Felipe, su hermano, aportando como endeble prueba un reloj que ella le había regalado y que aseguraba que él llevaba puesto, localizado en una de las cajas que contenían más trofeos, se convirtió en uno de los argumentos preferidos de los psiquiatras para explicar su dolencia. Las cuatro cajas pasaron a ser catalogadas como supuestas cajas. La policía había concluido que el señor Marcial no pudo regresar para llevárselas, por tanto, la explicación se encontraba en los delirios de su esposa.

El primer reingreso en el psiquiátrico coincidió con su única visita a la comisaría, al poco de independizarse Gus. Saber lo que sabía sobre su marido y su hijo, ocultarlo y permitir que siguiera haciendo lo que hacía, eran los argumentos necesarios para derribar la fortaleza sin oposición alguna.

«¡Es mi hijo!».

Sí, sabía que Gus era como Pruden. Al principio tuvo sus dudas, pero un día, aprovechando que se hallaba en la universidad, reunió el valor necesario para revisar sus armarios, cajoneras y escritorio de la habitación.

Muchas fueron las largas noches pasadas sin conciliar el sueño atormentada por el intenso dolor que le producían las sospechas que su razonamiento iba acumulando. No halló rastro de las cajas de su marido, sin saber por qué se alegró, o quizá sí lo sabía pero optaba por no ahondar más en la herida. Siguió buscando.

Hasta que lo encontró.

Hubiera sido mejor para ella no haberlo hecho.

Ahí estaba, como si no tuviera mayor importancia, en un pequeño cajón del escritorio, guardada en una bolsa de plástico transparente con cierre. Debajo, una foto de Gus y de su hermana Sara, fallecida el año anterior.

Blanca estiró el brazo como si le supusiera enorme esfuerzo moverlo. Una mano cogiendo con miedo la pequeña bolsa, la otra cubriendo su boca, como si quisiera evitar el grito que sin duda iba a partir de ella en cuanto confirmara lo que escondía la bolsa.

La abrió.

En su interior se hallaba lo que más temía. De su boca partió un grito cercano a un alarido inhumano a la vez que daba pequeños pasos hacia atrás hasta chocar con la pared. Una mano permanecía cubriendo su boca, su mirada incapaz de apartarse de lo que colgaba de sus dedos. Se dejó caer lentamente al suelo con la espalda deslizando por la pared. En la otra mano, la pulsera que su querida hija llevaba el fin de semana que partió de acampada con Gus y la asociación. Blanca guardaba todo lo que la

policía había encontrado en el cuerpo de Sara. Una medalla de su Comunión, dos pequeños pendientes de perlas y la ropa. La pulsera no estaba, preguntó por ella pero no apareció.

Hasta ese momento.

Cuando la última lágrima resbaló por su rostro se incorporó con torpeza. En su mano continuaba asida con fuerza la bolsita y la pulsera. Miró en torno, todo estaba como lo había encontrado excepto el pequeño cajón que se hallaba abierto. Su hija se asomaba sonriente desde el interior, abrazada a su hermano al que adoraba a pesar de sus macabras aficiones torturando animalillos. Dudó entre quedarse con la foto o dejarla en su lugar junto a pulsera. Optó por una solución intermedia. Cerró el cajón dejando la instantánea en el interior y se llevó el recuerdo de Sara con ella.

Sí, sabía que Gus echaría en falta la pulsera de su hermana, podría sospechar de la mujer de la limpieza pero no lo haría. Blanca albergaba la absurda esperanza de que se encarara con ella, sería la única forma de poder escupirle a la cara lo que había hecho, que no tenía por qué seguir los pasos de su padre, que...

Gus no dijo nada.

Ella no reunió el valor suficiente.

Los siguientes días no aparecen entre sus recuerdos, como muchos otros. Desconectó de la realidad en cuanto localizó un buen escondite para la pulsera; una cremallera en el interior de un bolsillo de su neceser. Fue Veva Morega, aterrorizada por el estado en que se encontraba su hermana durante los últimos días, la que solicitó la visita de su médico. Lo primero que hizo Blanca, ya instalada en el psiquiátrico, cuando la medicación alivió mínimamente la nebulosa que cubría sus emociones fue hacer una pregunta.

—¿Mi neceser?

Veva señaló con el dedo pulgar a su derecha, como si hiciera autostop.

—En el baño. ¿Te lo traigo?

La madre de Gus negó con la cabeza. Cuando se quedara a solas lo revisaría con la esperanza de encontrar la pulsera de su hija donde la había dejado.

Todo esto sucedió tiempo atrás.

La razón de su nuevo reingreso respondía, para los médicos, a una causa diferente. Para ella, no. Todo empezó una tarde. La portada de un periódico sobre la mesa, un titular y una foto.

Zoilo Cerrato, aparece muerto.

El hijo del tristemente desaparecido y conocido empresario Mel Cerrato, que como bien saben perdió la vida junto a su mujer en un asalto a la suite del hotel donde se hospedaban en París, apareció muerto la pasada madrugada en un hotel de Málaga. La policía no ofrece más detalles amparándose en que se trata de una investigación en curso. No obstante, este periódico se halla en disposición de asegurar que no se trata de una muerte

natural.

Gus abandonó *Peludos* a medio día para fastidio de Cela y Ramona que deseaban pasar al menos parte de la tarde en su compañía. Dejó el coche en el aparcamiento del AVE en Atocha y se subió al tren que le llevaría a Málaga. La última víctima del interminable registro que heredó de su progenitor era fiel cumplidor de rutinas. El primer sábado de cada mes pasaba la noche con una amiga, no siempre la misma cuando era de pago, pero no se distinguía por la variedad. Después de cenar y tomar varias copas terminaban en la misma habitación del mismo hotel. No fue complicado incentivar a uno de los botones para que le informara de la rutina habitual de Zoilo. Posiblemente, no hubiese sido necesario porque la prensa rosa hacía guardia en cada lugar que sospechara que pudiera encontrarse, seguro que alguno de sus colegas de profesión le podría haber mantenido informado, pero eso supondría manifestar un interés que no estaba dispuesto a mostrar.

Reservó una habitación frente a la de Cerrato con un DNI falso. Instaló dos micro cámaras, una, junto a la puerta de su dormitorio enfocando a su objetivo. Otra, en la estancia, aprovechando que la mujer de la limpieza había dejado la puerta entornada se coló con el fin de curiosear si esa habitación era mejor que la suya.

—No señor, las de este pasillo son idénticas.

—¿Sí? Pues... —llevó el puño cerrado a la perilla como gesto de concentración — no me lo parecía —convino mientras giraba sobre sí mismo y recorría la habitación con la mirada. En el momento que la mujer le dio la espalda deslizó muy sutilmente el diminuto objeto junto al televisor apuntando a la cama. No se trataba de la mejor opción, pero confiaba que Zoilo y su amiga no optasen por ver películas y dedicaran el tiempo a deshacer la cama y terminar cuanto antes.

De regreso a su habitación pasó unos minutos frente al espejo atusándose el bigote y la perilla.

—Con los años me va quedando mejor.

Satisfecho con el repaso a su disfraz tomó asiento en el sofá con los pies sobre la mesa, un pitillo en una mano y los restos de las últimas rayas en el cuerpo, observaba con detenimiento la imagen que proyectaban en el monitor de su portátil las dos cámaras instaladas.

Dieron las tres de la mañana cuando Zoilo y su amiga aparecieron en el ángulo de visión del dispositivo que permitía visualizar un extremo del pasillo y la puerta de la habitación de Cerrato.

—Ahí estáis... —aproximó su rostro a escasos centímetros del portátil—. No... a ti no te he visto antes. Eres nueva ¿eh?

Para celebrar la reciente llegada de su objetivo se preparó dos rayas, no se permitía tomar alcohol los días de caza. Con la coca se mantenía despejado y las decisiones que tomara no se verían empañadas por los *gin tonics*. Una vez que la pareja accedió al interior, la segunda cámara ocupó la pantalla completa del portátil.

Tras unos fugaces besos la chica dio un leve empujón a Zoilo que cayó sobre la cama, giró sobre sí mismo y comenzó a desnudarse.

—Vaya con la chiquilla. ¿Amiga...? —negó levemente con la cabeza mientras esbozada una suave sonrisa— diría que no.

De espaldas a la televisión, la chica rubia dejaba caer el vestido a sus pies mientras Zoilo, ya despojado de pantalones y camisa, visiblemente ansioso, se hallaba tumbado en la cama, observándola. Se soltó el sujetador, colocó las palmas de la mano sobre la cama y avanzó hacia él subiendo una rodilla, luego otra, hasta detenerse a medio camino. Se incorporó mientras deslizaba la ropa interior de Cerrato hacia los tobillos, de un seco tirón se la quitó lanzándola detrás de ella. Cerca estuvo de caer sobre la cámara.

—A ver si la puñetera tía esta me va arruinar la noche... —murmuró Gus sin perder detalle del monitor.

La caballera rubia subía y bajaba rítmicamente a la altura de las caderas de un desbocado Zoilo que movía la cabeza de izquierda a derecha. De pronto, la mujer hizo algo que descontroló al empresario. Levantó la cabeza soltando el miembro de Zoilo, su lugar lo ocupó su mano y comenzó a agitarlo con fuerza e inusitada rapidez.

—Me parece que algo va a salir mal... —Gus repasó con la mirada el material que guardaba en la bolsa destinado a su próxima víctima y asintió. Estaba preparado.

Llevaba razón.

La reacción de Zoilo no se hizo esperar.

De su boca partió algo parecido a un gruñido al ver a la rubia desgana mirando su propia mano subiendo y bajando cada vez más y más rápido. Estiró su brazo derecho a un lado y hacia atrás. Esta vez el gruñido fue más intenso acompañando el rápido movimiento de la palma de su mano abierta en dirección a la chica, estrellándola con inusitada violencia en su rostro. El inesperado y seco impacto la lanzó hacia atrás, a los pies de la cama, rodando sobre sí misma cayó al suelo.

—¡¿De qué coño vas?! ¡¿Tienes prisa, zorra?! —Zoilo se incorporó decidido a repetir el tortazo, pero no le dio tiempo.

La rubia recogía sus cosas con rapidez. Su mirada helada.

—¡Págame, cabrón!

—¡Bastante tienes con la cena y las copas que te has tomado a mi costa, hija de puta! —exclamó puesto en pie sobre la cama con tan mala fortuna que perdió el equilibrio yendo a caer donde segundos antes lo hizo la rubia, pero ya no estaba, acababa de abandonar la habitación con su ropa pegada al pecho.

Gus observaba la escena con interés, si no fuera porque sus músculos reconocían la tensión de lo que se avecinaba y su cabeza se hallaba concentrada en una fructífera caza, se hubiera partido de risa con la situación de Cerrato.

—Llegó el momento... —musitó al monitor al ver que Zoilo cerraba la puerta de la habitación. Se tomó unos segundos de calma para embutir sus manos, dedo a dedo, con parsimonia, en unos guantes de cirujano.

Agradecido al respeto que mostraba la dirección del hotel por la intimidad de sus distinguidos y opulentos clientes al desconectar las cámaras de esa planta, abandonó la habitación cargado con la pequeña bolsa de deportes en una mano y una pistola eléctrica en la otra. Sobre la cabeza bien calada una gorra, miró a un lado, a otro, satisfecho recorrió los cinco o seis metros que le separaban de su destino. Llamó a la puerta con los nudillos.

Al otro lado, el individuo que desconocía que su estancia entre los vivos tocaba a su fin se disponía a encender el televisor en busca de algún canal que mitigara el calentón que se había adueñado de su cuerpo y de su entrepierna.

El suave repiquetear en la puerta llamó su atención.

—Así que vuelves, puta tenías que ser... —murmuró.

Confiado en que la rubia aguardaba en el pasillo, no podía ser otra persona, abrió la puerta de un tirón, totalmente desnudo y gesto de suficiencia en su rostro.

Gesto que duró un segundo escaso.

El tiempo que le bastó para comprobar que no había rastro de la chica. En su lugar, un individuo con una gorra vieja, de mirada fría, con media sonrisa tallada en su rostro, extendía veloz uno de los brazos hacia él. Apenas pudo seguir el movimiento de la mano cuando sintió una descarga descomunal en su pecho a la vez que salía despedido hacía hacia atrás.

Gus permaneció unos instantes observando el cuerpo inerte de Zoilo en el suelo. Recogió la micro cámara que en su visita anterior había colocado junto al televisor y la introdujo en una cremallera interior de la bolsa.

«Vamos allá...».

—Cómo pesas, cabronazo...

No sin gran esfuerzo consigue tumbarlo sobre la cama. Separa los brazos de Zoilo y los ata al cabecero, los tobillos corren la misma suerte en el otro extremo de la cama. Sobre la boca de la víctima doble capa de cinta aislante. De la bolsa extrae un fino estilete. Profundamente concentrado comienza a trazar letra a letra sobre pecho y abdomen, dando mentalmente las gracias por no tener que perder el tiempo en afeitarle. Cuando apenas lleva escrito la mitad del mensaje «*Todo queda*». Zoilo abrió los ojos despavorido, algo le quemaba el pecho. Necesitó unos interminables segundos para discernir entre sueño y realidad. No, el dolor no parecía ser fruto de una pesadilla. Intentó mover brazos y piernas sin éxito alguno. Miró a izquierda y derecha, algo se cernía sobre sus muñecas y tobillos apretándolos firmemente.

Frente a él se agitaba una mano.

—Hola, Zoilo. ¿Me ves? Aquí... Lo primero que tienes que saber es que cuanto más te empeñes en tirar más te va a apretar la cinta. Puedes conseguir dos cosas, una, la menos importante, que se corte la circulación de la sangre en tus tobillos y en tus piernas. Otra, que me cabree.

Zoilo enfocó la mirada en un individuo que le sonreía. Intentó recordar. Había abierto la puerta pensando que era la puñetera rubia... en su lugar un tipo con gorra

y... luego... luego oscuridad.

—Aguarda un momento, que casi se me olvida.

Saltó de la cama, cogió la pequeña bolsa de deportes y se hizo con la recién estrenada cámara digital Canon EOS-350D. Tras ajustar el objetivo miró a su víctima.

—¿Te gusta? —dijo blandiendo la cámara en el aire—. Es el último modelo de cámara digital, aún estoy aprendiendo a manejarla pero ni te imaginas la cantidad de trabajo que me quita. Sonríe, es para la posteridad.

Zoilo volvió a agitar cada extremidad de su cuerpo con gestos desacompañados.

—Eso es, así, abre más los ojos, que se vea el miedo que tienes, cabronazo.

Gus tiró varias fotos. Satisfecho dejó la cámara a un lado dispuesto a continuar con la grabación del texto.

—Seguimos —dijo de nuevo con el estilete entre sus dedos.

Los ojos de Zoilo seguían la mano del individuo, que podría jurar que no había visto en su puñetera vida, que blandía en el aire algo parecido a un bisturí ensangrentado.

Gus llevó un dedo a los labios.

—Chist... Si no te portas bien te volveré a dormir. ¿Me entiendes?

Cerrato asintió con vehemencia. Los ojos exageradamente abiertos mientras miraba despavorido las manos enguantadas del individuo deslizando lo que quiera que fuese que mantenía entre sus dedos y que le estaba rajando el pecho.

Gus, disfrutando del momento, trazaba otra letra.

—La e no es fácil —dijo con gesto de concentración— a ver la curva... así... un poco más...

La garganta del joven empresario se esforzaba por escupir el mayor de los alaridos, pero la cinta se lo impedía. El rostro grotescamente hinchado, como las venas de cuello y frente.

—Sabes que no eres mejor que yo, Zoilo, no se puede tratar así a las mujeres... —dijo mientras silueteaba la última letra de la siguiente palabra... «en».

Gus permaneció unos instantes mirando su obra. Apretó la mandíbula. De repente se incorporó como si hubiera recordado algo importante. Entró en el baño, pocos segundos más tarde regresó con un espejo entre las manos, que situó frente a Zoilo apoyado sobre la tripa, para que pudiera leer lo que llevaba escrito en el pecho.

—¿Puedes verlo? Sí, sé que está al revés, pero se entiende ¿no?

El empresario no cesaba de emitir extraños sonidos, su cabeza, de izquierda a derecha, una vez y otra vez. Abría y cerraba los puños, sacudía las piernas.

Gus se estaba enfadando.

—Si no te quedas quieto, no me dejarás otra opción.

Cerrato no escuchaba, no quería, lo único que pasaba por su cabeza era desatarse y huir de quién quiera que fuese el psicópata que se había colado en su habitación. Volvió a tirar con nervio de sus muñecas y de sus tobillos, más rápido, más fuerte, con mayor insistencia.

Gus negó con la cabeza. En su rostro una sonrisa torcida.

—Te avisé, paciencia es precisamente lo que no me sobra —agarró el estilete por la empuñadora, elevó la mano en el aire y con un movimiento rápido y preciso lo descargó con precisión sobre el corazón del ya cadáver— tarde o temprano ibas a terminar igual. Pero no, no me mires así, no es nada personal.

Lentamente extrajo la fina navaja que limpió con tranquilidad.

—Sigamos, ya queda poco.

Durante la siguiente media hora, ya sin la incomodidad de los molestos movimientos de Cerrato, pudo terminar el pequeño texto:

Todo queda en familia.

Admiró satisfecho su obra.

—Mi pequeño homenaje, papá —levantó la mirada al techo mientras limpiaba el estilete con un pañuelo de papel—. Imagino que estarás orgulloso de lo que soy —suspiró—. Confiamos en que la aguda policía relacione a Marisol con Zoilo, más no puedo hacer.

Se hizo con el reloj de la víctima, en su lugar dejó la pulsera de diamantes que Prudencio Marcial se llevó como trofeo del cadáver de la madre de Cerrato. Los gemelos del padre sobre la mesa. La última hora la dedicó a sacar el máximo partido y practicar con la Canon EOS-350D fotografiando cada centímetro de la habitación. Recoger el material, ponerlo a buen recaudo en la bolsa y dejar el cadáver con su sello; tumbado boca arriba, las piernas juntas y las manos sobre el pecho. Ciertamente que en sus últimos trabajos no había llevado a cabo el mismo ritual que siguió con Marisol y Lorena años atrás, pero el de hoy era diferente.

Sí, muy diferente.

Por un lado, ponía fin a una etapa en su vida que confiaba le desconectara para siempre de su padre. Por otro, dejaba el mensaje a la avispada prensa para que relacionara a las chicas del Retiro con Cerrato. Ya tenían su tercera víctima, por tanto, le podrían considerar, a todos los efectos, un auténtico asesino en serie. Ciertamente que hacía tiempo que contaba con las credenciales necesarias para merecer ese calificativo pero no se siente igual saberlo solo tú a que lo sepan los demás.

Existe una diferencia.

Una enorme diferencia.

Colocar la pulsera de brillantes de la madre de Zoilo en su muñeca no fue debido a un descuido, sino que respondió a un acto totalmente premeditado. Este era el verdadero homenaje a Prudencio, ofrecer otra pista a la policía, con el fin de que dejaran en buen lugar el nombre de su padre. Si la hubiera dejado sobre la mesa, junto a los gemelos, posiblemente habría pasado desapercibida en cuanto a su relación con el cadáver se refiere. Hubiera llegado con el resto de pertenencias a su mujer y sin duda ella lo hubiera achacado a una amante.

No era ese el plan.

Cuando la policía encontrase la pulsera en la muñeca de Zoilo sabrían que no

debería estar allí y comenzarían a plantearse todo tipo de preguntas. Si además otorgaban a los gemelos la importancia que se merecen podrían tirar del hilo.

Gus sonrió a sus pensamientos.

—Sin duda un hilo largo, muy largo.

Apagó la luz de la habitación y regresó a la suya, satisfecho.

Profundamente satisfecho.

«¿Cerrato?».

Blanca Morega mantenía la mirada clavada en la cabecera del periódico. Ese apellido golpeaba con fuerza en sus adormecidos recuerdos. No era nada fácil que su castigada cabeza permitiera emerger datos con facilidad. Cogió el periódico y lo abrió por la página de la noticia. Leyó por encima los titulares y creyó reconocer a los padres del tal Zoilo.

«Mel Cerrato...».

—¿Uno de los socios de Pruden...? No sé... recuerdo que un matrimonio falleció, pero... —susurró para sí misma.

Su marido había sido propietario de tantas empresas que los socios eran innumerables. A veces le había hablado de ellos y en ocasiones salían a cenar con alguna pareja pero solía tratarse de clientes con los que Pruden deseara cerrar algún trato y para ello contaba con la impactante presencia de su mujer. Blanca lo sabía, en ocasiones podía llegar a sentirse como si de una señorita de compañía se tratara, como un bonito florero. No le daba mayor importancia por que comprendía que los negocios no eran su fuerte pero como psicóloga disfrutaba analizando a los potenciales clientes de su marido, llegando a aconsejarle sobre la personalidad de la pareja que les acompañaba.

—¿Ves como me tienes que acompañar? Sé que pueden ser aburridas estas veladas, cariño, pero son necesarias para llevar la vida que llevamos.

«Para tu vida, Pruden, yo me conformo con mi consulta».

Sí, a pesar de no compartir a menudo vida social con los socios, ese apellido, Cerrato, no dejaba de golpear en su memoria.

Bajó la vista a media página.

... según fuentes cercanas a la investigación, podría tratarse de un asesinato. El cadáver presentaba signos de haber sido víctima de un ritual. La policía se muestra desconcertada con una pulsera que Zoilo Cerrato...

Las dudas se iban despejando de inmediato.

En cuanto lo vio.

Una de las fotos mostraba la mesilla de noche del hotel donde se distinguía una pulsera de brillantes, que ella conocía muy bien, inconfundible, no podía haber dos iguales, junto a unos gemelos que no recordaba haber visto antes. No se hallaban en el bolsillo de la chaqueta donde encontró la pulsera aquel día cuando se disponía a colgar el traje de Pruden, recién llegado de un largo viaje.

La misma pulsera que estaba en una de aquellas cajas.

—¡Dios mío! Gus...

El pulso comenzó a acelerarse, su corazón a golpear enfurecido en su pecho. Todo alrededor se difuminaba, sus brazos cayeron a los lados, sin fuerzas, la cabeza hacia delante arrastrando su cuerpo hasta impactar con el suelo.

Si con la pulsera de su pequeña Sara albergaba algunas dudas, con la de brillantes se habían evaporado por completo.

Parador de Gibralfaro (Málaga)

Rocío Prados dejaba la chaqueta colgada del perchero cuando María Esther entró en el despacho con el humeante café de todas las mañanas.

—¿Cómo ha pasado la noche la pequeña Esther? —quiso saber la secretaria.

—Mejor que estos últimos días, tu ahijada va recuperando la sonrisa.

—Me alegra mucho saberlo.

—¿Y mi ahijada, mi pequeña Alma? —el rostro de Rocío se iluminó al recordar a la hija de su amiga.

—Dice, que ya tiene cuatro años y que puede hacer de canguro de Esther.

La centralita del teléfono comenzó a emitir su habitual sonido de llamada.

—Disculpa un momento —María salió del despacho para contestar la llamada.

Sobre la mesa de la comisario descansaban varios ejemplares de prensa, siguiendo con las costumbres del que fuera su comisario; Antonio Rovira.

—Buenos días, jefa —Mendía hizo acto de presencia dispuesto a asistir a la habitual reunión de cada lunes.

—Buenos días. ¿Todavía seguimos manteniendo la promesa después del fin de semana? —Rocíoladeó el rostro y elevó el mentón—. ¿Eh?

—Quita, quita, no me hables —el inspector jefe se acomodó en la silla— que entre la falta de nicotina y el horrible fin de semana de Carlitos, estoy que me subo por las paredes.

La comisario no pudo evitar sonreír.

—Si te vale de algo, no estás así por la nicotina. Habla con Jesús y te dirá como no es precisamente un relajante como tú crees.

—Hablé con él, pero el que está pasando este mal trago soy yo.

—Tranquilo podrás con ello. Confía en ti —dijo como ausente, su mirada barría los titulares de las primeras páginas de los periódicos.

Mendía la observó durante unos instantes en silencio. Su compañera había llevado un par de dedos tras la oreja con los que realizaba pequeños bucles en el pelo, señal de que estaba concentrada.

El teléfono sobre la mesa del despacho comenzó a sonar.

—Comisario, le llama el Comisario Remón, de Málaga.

—Pásame, María, gracias.

Rocío cogió uno de los periódicos y se lo ofreció a Mendía, señalando una noticia en la parte inferior de la portada.

—Léelo... —susurró tapando con una mano el teléfono— Comisario José Miguel Remón, ¿cómo estás? Mucho tiempo sin noticias, antes de que me digas nada me

gustaría preguntarte si esta llamada es debida a la muerte de Zoilo Cerrato.

Al otro lado de la línea se escuchó una profunda exhalación.

—No cambiarás, comisario Prados, siempre tan aguda.

—No, José Miguel, ha sido pura casualidad. Estaba repasando la prensa. Hablan en todos los periódicos del asesinato de este joven empresario en Málaga y resulta que me llamas...

—Ya, como dicen, blanco y en botella.

—Algo así. Por cierto, ¿se trata de un asesinato?

—Sí, de un macabro asesinato.

Mendía analizaba la noticia del crimen sin comprender cuál era el interés de Rocío en el personaje asesinado. Gracias a Dios no tenían jurisdicción allí, aunque lo que realmente le llamaba la atención era que se había producido en la madrugada del pasado sábado al domingo y no se había enterado de nada. Entre cambios de pañales, vómitos, pocas horas de sueño, el rato dedicado a la televisión fue para intentar ver alguna película quedando en eso, en un intento. Su mujer Begoña y él cayeron en un profundo sueño hasta que los llantos del pequeño Carlos reclamaron su atención.

—... aguarda un momento, José Miguel —pidió Rocío agitando la mano en dirección a Mendía— voy a poner el altavoz para que nuestro inspector jefe pueda oírte, está al tanto del caso que apuntas.

—De acuerdo. Te comentaba que sobre el cuerpo de la víctima el asesino había grabado una frase que me ha recordado una conversación que tuvimos hace algún tiempo.

—¿Qué dice esa frase?

El comisario Remón se aclaró la garganta antes de proseguir.

—Todo... queda... en... familia —dijo separando las palabras como si quisiera hacer hincapié en que se le entendiera perfectamente.

Mendía se incorporó de un salto acercando su rostro al teléfono.

—Pero eso no tiene sentido, comisario. ¿Están completamente seguros que eso es lo que dice?

—Sí, sin duda, inspector jefe, de ahí el motivo de mi llamada para proponerles una visita a Málaga y...

—Cuenta con ella —intervino Rocío.

Media hora más tarde, María entregaba los billetes de avión a Rocío.

—¿Tres? —quiso saber Mendía.

—Sí, quiero que Corrales nos acompañe.

—De acuerdo —dijo poniéndose en pie en busca de su compañero.

Faustino Corrales se hallaba sentado en su mesa repasando las notas que había tomado en la escena de un crimen que parecía de fácil y lógica solución. Él lo veía así pero hasta el momento se trataba de meras conjeturas. Todo apuntaba a que el

fallecimiento de ambas víctimas, separadas en el tiempo, se debió a un fallo multiorgánico. El joven había ingresado en el hospital con un aspecto deplorable, no era la primera vez. Una inicial investigación le llevó a descubrir que el padre del chico había fallecido un año y medio antes tras reiterados ingresos en el hospital con los mismos síntomas. Se desinfectó la vivienda debido a la aparición de varios roedores, se creyó que algún raticida utilizado en el saneamiento pudiera haber afectado al individuo en su primer ingreso y en el segundo.

Pero no en el tercero.

Tino Corrales contaba con su principal sospechosa.

La madre y esposa de las víctimas.

Estaba convencido de ello pero no tenía forma de demostrarlo. De aspecto rudo y rostro redondo de difícil interpretación, la mujer parecía ser la perfecta ama de casa, preocupada por su familia, que había disminuido de cuatro a dos miembros en los últimos años.

—No hay tiempo que perder —susurró repasando las notas— si estoy en lo cierto, la siguiente víctima será el único que queda vivo; su hijo.

—Nos vamos a Málaga.

La enérgica voz de Mendía cortó de raíz las cavilaciones de Corrales.

—¿Cómo?

—Que nos vamos de viaje. No me mires así, me hace tanta ilusión como a ti.

—No, si yo... —en la mente del ya inspector golpeaban aún los datos anotados en su agenda y la imagen de su sospechosa, intentado comprender como una madre pudiera envenenar, sin motivo aparente, a su marido y a su hijo.

—¿Te acuerdas de la maldita frase que decía: *todo queda en familia*, del...?

—Claro, el Asesino del Retiro junto al cuerpo de Marisol Fuente en la jaula del antiguo zoo, que llamaban Casa de Fieras, fue en el 2000.

Mendía contrajo los labios, sorprendido.

—Veo que te acuerdas —sonrió— ha aparecido la misma inscripción sobre el pecho de una víctima. Zoilo Cerrato.

—¿Sobre el pecho, has dicho?

—Sí. En vez de utilizar un bolígrafo ha preferido una navaja.

Tino agitó el rostro y con él sus rizos cobrizos. Llevó una mano a la boca.

—Pero... el Asesino del Retiro se limitó a escribir sobre el suelo de arena.

Mendía sacudía su camisa de algo que solo él podía saber de qué se trataba. Su rostro mostró un amago de sonrisa.

—Como bien dices, eso fue hace cinco años, si estamos ante el mismo individuo eso quiere decir que...

—Que ha evolucionado, que ha ganado confianza y que no sabemos dónde tiene el límite.

—Eso es —convino mientras se alejaba camino de su despacho sin dejar de sacudir la camisa, tenía que hacer una llamada.

Lo mismo que Tino.

—¿Sofía? ¿Te pillo bien? ¿No estarás en clase?

—No, no, estoy en la sala de profesores, recuerda, siempre te lo digo, que en clase tengo el móvil apagado. ¿Qué ocurre? Te noto algo nervioso.

—Sí, lo sé, y siempre te lo pregunto. ¿Nervioso? Puede ser. ¿Recuerdas al Asesino del Retiro?

Claro que lo recordaba, el primer caso de su marido como subinspector y que no pudieron resolver. Sofía sintió como sus músculos se tensaban.

—Sí...

—Pues puede que haya reaparecido. Nos tenemos que ir a Málaga.

—¿A Málaga? —calló unos instantes y añadió—: ¿No será por Zoilo Cerrato el hijo del famoso empresario del que hablan las noticias?

—Pues, sí, efectivamente ¿cómo...?

Sofía no le dejó terminar la pregunta.

—¿Qué tiene ver con el otro caso?

—No lo sabemos, pero ambos cuentan con puntos en común y tenemos que coger el primer avión. Sabes que este viaje lo tenía planeado contigo y...

—Lo sé, pero este no cuenta.

El decano de los aeropuertos españoles recibió a la delegación policial de Madrid con el cielo cubierto de nubes, no amenazaba lluvia, quizá fuera lo mejor porque la sensación de bochorno caló en los cuerpos de Prados, Mendía y Corrales.

—Creo que voy a empezar a sudar desde ya mismo —apuntó el inspector jefe de camino al pequeño autobús que les conduciría a la terminal.

El comisario José Miguel Remón, aguardaba impaciente la llegada de sus colegas. De cabeza afeitada y brillante, tanto o más que su carrera, maldecía por lo que intuía que el caso en cuestión resultara uno de esos que nadie querría. No por dificultoso, al revés, de ser así supondría un acicate extra, sino porque todo apuntaba a que no se trataba de un crimen, como otros tantos que acontecen en Málaga, de la propia ciudad y con protagonistas a los que descubrir.

No, el cruel asesinato de Zoilo Cerrato apestaba. Remón estaba convencido, más aún después de interpretar los cortes que recibió en el pecho, que tanto asesino como víctima no se habían encontrado por mero accidente en el parador, lo cual llevaba al comisario a tener que investigar lejos de su jurisdicción.

—Ya podían haber elegido otra ciudad para matarse y no venir a tocarme las narices a la mía —mascullaba cuando vio aparecer a su antigua amiga, Rocío Prados. De forma inconsciente sacudió unas invisibles motas de la camisa y pantalones y se ajustó sus pequeñas gafas redondas.

La mujer, que al reparar en él, caminaba sonriente no era una colega más. Se había ganado su magnífica reputación a pulso en una época que tacharla de complicada equivalía a quedarse muy corto, sobre todo si de las primeras mujeres

policía se trataba. Habían coincidido en la academia, y ya por entonces daba muestras de ser diferente. Destaca en el tiro, su fina puntería, tanto o más fina que su capacidad para leer entre líneas los casos más enrevesados. No obstante, para el comisario Remón, siendo digno de admiración la carrera que llevaba Rocío, lo que más le impactó, y sin duda a la mayoría de sus colegas de profesión, fue el coraje demostrado a la hora de presentarse en el despacho del que fuera su marido para detenerle por un suceso que amenazaba con hundir en el lodo a su propia familia. Sí, el caso de la rosa blanca y la negra era bien conocido en cada comisaría del país.

—¡Comisario Remón! —Rocío dejó a un lado el protocolo y se abrazó a su viejo amigo—. Es caro verte ¿eh?

—Comisario Prados. Los años pasan pero no por ti, estás igual que en la academia.

—Ya y con veinte años más encima. Te veo muy bien. ¿Qué tal tu mujer? ¿Tus hijas?

Tras las presentaciones de rigor y asegurar el comisario que ese bochorno no era algo habitual en esas fechas se encaminaron hacia el coche que les llevaría directamente a la escena del crimen. Delante, los dos comisarios hablando animadamente. Detrás, Mendía y Corrales preguntándose qué coño pintaba el Asesino del Retiro en Málaga dejando el mismo mensaje que en Madrid.

¿O quizá se trataba de una coincidencia?

No, ninguno de los dos creía en ellas.

Circulaban por la MA-21, en cuanto apareció frente a sus ojos el desvío que indicaba la MA-22 dirección al puerto, Faustino Corrales tensó los músculos. Hacía mucho tiempo que no veía el mar, concretamente ese que en breve se mostraría ante sus ojos. Siempre había pensado que la próxima vez que visitara Málaga lo haría en compañía de su mujer, Sofía, y quién sabe si con uno o dos hijos.

Ni una cosa, ni la otra.

Apretó los labios con la mirada clavada en el horizonte.

Había viajado con su familia por esta región en infinidad de ocasiones durante las vacaciones, Torremolinos, Benalmádena, Estepona, San Pedro de Alcántara, pero sus recuerdos se centraban en la propia Málaga, donde residió con sus padres y su hermano pequeño durante dos años. Fue una época llena de alegrías, de playa cada fin de semana incluso algún que otro día después del colegio.

De alegrías, de playa y de profunda tristeza.

Como la de aquella fatídica tarde.

Tino recuerda el momento como si estuviera sucediendo en ese instante, habían transcurrido más de dos décadas, pero continuaba vivo en su memoria. Ve al pequeño Tomás lamiendo su cucurucho, feliz. Una felicidad que duró lo que tardó la enorme bola en caerse al suelo ante la atónita mirada del niño.

—Te lo dije, Tomás. Si empujas tanto con la lengua se terminará cayendo. ¿Lo

ves?

No podrá olvidar, por más años que pasen, el minuto siguiente. Su hermano llorando a rabiar, Faustino que da la vuelta dispuesto a ignorar sus lamentos. De pronto, siente como cesan, se gira, Tomás no está. Escucha unas suaves y familiares risas, las busca con la mirada. Su hermano estira su pequeño brazo en dirección a un cucurucho que le ofrece una mujer.

Sí, también recuerda como avanza hacia Tomás para recogerle y regresar junto a sus padres cuando una furgoneta se detiene junto a la mujer y su hermano. Se abre la puerta corredera lateral por la que desciende veloz un individuo, coge a Tomás en brazos y lo introduce en el interior mientras la mujer sube delante. La furgoneta parte rauda pero sin chirriar las ruedas.

No se le olvida como se quedó inmóvil, ni durante cuánto tiempo, mirando el lugar dónde vio a su hermano por última vez, su cuerpo no respondía a las órdenes de su cerebro. Su cucurucho goteaba en su mano, la boca a medio abrir, o a medio cerrar según se mire, con la lengua dispuesta a continuar disfrutando del helado pero sin moverse.

Una voz a su espalda.

—¿Y tu hermano?

Como respuesta, el pequeño Tino señaló en la dirección que había partido la furgoneta. De su boca no surgió una palabra, su helado corrió la misma suerte que el de su hermano.

—¿Estás bien?

La voz de Mendía brotó salvadora para rescatarle al presente en el momento en que sus ojos amenazaban con dejar partir un reguero de lágrimas.

—¿Eh? Sí, sí, solo recordaba...

No, Tomás no apareció. Nada se supo de él. Los padres de Faustino empeñaron el resto de sus vidas en recuperarle de la amarga experiencia. Habían perdido a un hijo y no estaban dispuestos a perder otro. Si algo tenía claro desde pequeño era la respuesta a la habitual pregunta que le hacían en el cole.

—¿Y tú qué quieres ser de mayor?

—Policía.

—¿Y por qué?

—Para buscar a mi hermano.

El inspector Corrales llevó la vista a su derecha, al infinito mar, flanqueado por una lengua de arena interminable.

Sí, regresaría a Málaga con Sofía.

El comisario Remón miró a su derecha.

—Desde que llegué a esta ciudad no me he cansado de este panorama —dijo señalando el mar.

—No me extraña, José Miguel.

Durante unos minutos reinó el silencio entre los cuatro policías.

Circulaban por el Paseo del Parque, avenida flanqueada en ambas direcciones por amplios paseos peatonales escoltados por infinidad de palmeras, cuando Remón tomó la palabra.

—Volviendo con el caso, si fuera el mismo individuo me pregunto qué ha hecho estos cinco años. ¿Tenéis constancia de que haya actuado?

Rocío quiso dar la palabra al inspector Corrales, pero la ubicación dentro del vehículo no era la más cómoda para mantener una conversación fluida.

—No hemos dejado de hablar de otra cosa desde que me llamaste esta mañana. Se trata de un caso en el que parece que el asesino se ha tomado un largo periodo de enfriamiento.

—¿Creéis que ha estado en la nevera todo este tiempo?

Rocío llevó la mirada al infinito, tomándose unos segundos antes de contestar. No tenían constancia de que hubiese vuelto a actuar, cierto que contaban con un par de asesinatos, aún sin resolver y muy extraños, sin lógica aparente. Sin móvil, sin motivaciones, sin sospechosos, pero en ambos las víctimas habían aparecido con una pulsera o una cadena que sus allegados no reconocieron como suyas, y también en ambos casos, faltaban un par de pendientes y un anillo. La comisario Prados era consciente de que no contaban con suficientes datos para siquiera sospechar que tuvieran algo que ver con el Asesino del Retiro, pero su intuición le decía que se encontraban ante el mismo individuo. Si el razonamiento fuese correcto. ¿Por qué no dejó los brazos de las víctimas cruzados sobre el pecho? ¿Por qué no escribió *Todo queda en familia*? Y lo que aún seguía golpeando en la cabeza de cada miembro de su equipo. ¿Qué quiere decir? ¿En qué familia queda, en la suya, en la de cada víctima?

Gus se había hecho el mismo planteamiento antes de salir de caza tras esas dos víctimas que atormentaban a Rocío. Tras consultarlo con Mona, con la primera de esas muertes aún vivía con su tía, optó por no dar más pistas a la policía, quería que se enfriara el rastro del Asesino del Retiro. Desde este punto de vista, se podría decir que había estado en la nevera, pero la realidad era bien distinta. Había disminuido su ansiedad, se estaba volviendo más frío, más estudioso y de la misma manera que dejar los brazos cruzados en los cuerpos de Lorena y Marisol, solo respondió a jugar con la policía, el no hacerlo en los siguientes obedecía a un intento de despejarse el camino y continuar con el legado de su padre.

—Me gustaría poder responderte a esa pregunta con certeza, José Miguel, pero no puedo. Nada tenemos que indique que haya estado parado, llevando su vida habitual, como si nada hubiera hecho...

—Pero...

Rocío volvió el rostro hacia su compañero.

—¿Por qué crees que hay un *pero*?

Los ojos del comisario se contrajeron, una media sonrisa en su semblante.

—Porque creo conocerte un poco y porque cuento con alguien que en su día me habló mucho de ti —dijo mientras se ajustaba las gafas.

Prados no pudo ocultar su curiosidad.

—¿Me vas a obligar a que te pregunte quién es ese alguien?

—Sí, eso pretendía, pero me doy por satisfecho. Me refiero al que fuera tu comisario y buen amigo mío.

—¿Don Antonio Rovira?

Como respuesta, Remón asintió sin borrar la sonrisa de su rostro.

Rocío llevó de nuevo la vista al frente.

—Sí, llevas razón, no creo que haya estado en la nevera, ni que lo vaya a estar.

—Si puedo decirlo, este asesinato es más importante de lo que pueda parecer —la voz suave de Corrales se coló entre los comisarios. En cuanto emergió el puerto ante sus ojos pareció como si despertara del letargo en el que llevaba inmerso desde que salieron del aeropuerto.

Solo lo parecía.

Aunque su mente se encontrara navegando por su pasado, sus oídos no perdían detalle de la conversación de Remón y Prados.

Faustino se aclaró la garganta. Por su cabeza no pasaba hacer lo que había hecho, colarse en una conversación de superiores, pero estaban hablando de un caso del que era responsable y no le parecía oportuno que su jefa tuviera que dar la cara por él. Se inclinó entre los dos asientos delanteros y prosiguió:

—Si estamos en lo cierto y el asesino no ha dejado un amplio período de enfriamiento entre sus víctimas y, por tanto, nos encontramos ante nuestro sospechoso, debería haber actuado de igual modo que en el Retiro, pero no lo ha hecho.

—¿A dónde quieres ir a parar? —intervino Mendía.

Rocío se giró en su asiento.

—Si no ando muy desencaminada, lo que Tino quiere decir es que, o bien la forma de actuar del asesino no obedece a ningún ritual y solo hace lo que hace para confundirnos, o bien, aunque puede tratarse de las dos opciones, que haya dejado el mismo texto en este último crimen y añadimos el detalle de los brazos cruzados, indica que...

—... que nos quiere decir algo —intervino Faustino visiblemente excitado— y si además nos encontráramos con que a la víctima le falta una cadena, un reloj, algún objeto personal y en su lugar hallamos algo que no debería estar, estaremos sin duda ante el Asesino del Retiro.

—Correcto, ahora solo nos queda averiguar cuál es ese mensaje.

El comisario Remón miraba a su compañera, a continuación, por el espejo retrovisor a Corrales y Mendía mientras negaba con la cabeza.

—¿Siempre sois así? —ante el rostro de sorpresa de Rocío añadió—: me refiero a esta forma de tratar los casos, tan... tan...

—¿Tan... entre amigos? ¿Tan poco oficial? —intervino Mendía.

—Sí, algo así.

En esta ocasión fue el inspector jefe el que se aproximó a los dos asientos delanteros.

—Cuando Rocío entró el primer día en la comisaría como policía, la primera mujer que lo hacía en España, yo ya estaba ahí con el que ahora es su marido y mi mejor amigo, Jesús Romero, por cierto, también comisario. De aquel día hace unos veinte años.

—Sí, sí, lo sé.

—¿Pero...? —Mendía le ofreció una sonrisa a Remón a través del espejo retrovisor.

—Será la falta de costumbre, pero me gustaría implantarla en mi comisaría.

—Parte de culpa la tiene Rovira, estoy segura de ello.

Después de haber dicho lo que consideraba que tenía que decir, Corrales volvió la vista al puerto, al mar. Circulaban por el Paseo Marítimo Pablo Ruiz Picasso. A su derecha, el Mediterráneo en toda su extensión, en su cabeza, las últimas palabras que le dijo al pequeño Tomás apenas a unos metros de donde circulaban en esos momentos. Le había costado mucho esfuerzo eliminar de sus entrañas la punzante sensación de culpa. Era el hermano mayor y, como tal, el responsable. Gracias a sus padres había superado el trauma, al menos eso decían los psicólogos. Quizá llevaran razón, lo cierto es que había encauzado su vida.

Con su hermano en la mochila.

Sin embargo, la sensación que le embargaba en ese momento era bien distinta. Del dolor permanecían aún rescoldos en su conciencia, pero gracias a las largas conversaciones con Sofía se sentía más preparado para ver las cosas de otra manera. Ojalá, dentro de la tragedia de perder a un hermano de esa manera, la vida del pequeño Tomás haya transcurrido en un ambiente familiar en el que se sintiera querido. Creerlo podría mitigar la culpa, aunque solo fuese mínimamente.

De nuevo, la mirada del inspector Corrales entre el relajante espectáculo que le ofrecían las distintas tonalidades del Mediterráneo y la arena. Su cabeza buscaba, rauda, pensamientos agradables, sí, del pasado, y sí, en compañía de sus padres y su hermano.

Los encontró.

Cuando el vehículo en el que viajaban los cuatro policías toma el carril de la izquierda y se detiene para cruzar el Paseo Marítimo Pablo Ruiz Picasso para acceder a la Calle Idris, rumbo al Parador de Gibralfaro, el rostro de Tino se atrevió a esbozar una tenue sonrisa, que no pasó desapercibida para Mendía.

Una vez más, durante los siguientes minutos, se hizo el silencio en el interior del vehículo policial. Conforme se aproximaba la llegada a la escena del crimen la tensión propia de enfrentarse al asesino se iba apoderando de cada poro de los recién llegados. Cercano estaba el momento de interpretar el escenario, cada huella, cada

mueble y su disposición en busca de datos, de pistas que siempre deja el asesino e incluso la víctima. Sería como un juego si no hubiese un cadáver con el pecho rajado de por medio. Lo único que les desalentaba tenía que ver con las treinta horas que habían transcurrido desde que tuvo lugar el crimen y con la lógica ausencia del cuerpo, ya levantado, por orden del forense.

—A partir de aquí comenzamos a ascender —dijo el comisario Remón nada más abandonar el Paseo de Sancha y girar a la derecha para tomar el de Salvador Rueda—. Ya estamos muy cerca.

Poco a poco la calle se estrecha y empina discurriendo entre curvas cerradas. Dejan la Calle Enlace y toman el Paseo de Calvo Sotelo, que les da un pequeño respiro, especialmente a Corrales que tanta curva comenzaba a pasarle factura.

—Esto ya es el camino de Gibralfaro —dijo el comisario.

Las casas y chalets desaparecen a ambos lado de la carretera. En su lugar árboles, rocas y montaña, El comisario detiene el vehículo, a su izquierda el desvío al parador, de frente el camino continua rumbo al Castillo de Gibralfaro.

Un par de coches de policía a ambos lados del camino escoltaban a los que accedían al parador. Frente a Rocío Prados y sus acompañantes se elevaba una construcción diferente, original, de ocho arcos en línea custodiando el acceso central al interior y delimitando una zona de restaurante. En la planta superior una terraza corrida de extremo a extremo, salpicada de pilares de base cuadrada, desde la que se ofrece a los clientes un espectáculo visual extraordinario de la costa.

—Sé que no es el momento, pero desde la terraza del restaurante las vistas a la bahía de Málaga son espectaculares —apuntó Remón mientras aparcaba junto a la fachada. Varios colegas mantenían controlado los accesos.

—Sí, me lo imagino con lo que ya veo desde aquí —dijo Rocío—. ¿Es... arriba? —su pregunta casi quedó a nivel de un susurro.

Mendía y Corrales siguieron la dirección de la mirada de Prados.

El comisario asintió.

La sensación de bochorno que les había recibido al descender del avión, dejó su lugar a un suave pero incesante hormigueo en los cuerpos de los policías recién llegados a Málaga. Antes de poner el pie en el primer escalón que llevaba a la recepción del Parador, cruzaron sus miradas. Algo les decía que el caso que parecía estancado había vuelto a sus vidas para ponerlas patas arriba.

No se equivocaban.

Desde el instante que descendió del vehículo, la cabeza de la comisario Prados daba vueltas a los crímenes que podía haber cometido el asesino si no hubiera estado en la nevera. No, sus cavilaciones no se detenían en las dos víctimas que apuntaban directamente al mismo *modus operandi* del Retiro sino a otras que estaban sin resolver y que quizá...

«Al regresar a Madrid hay que dar una vuelta a todo este caso y ponerse con

cualquier crimen sin resolver que se asemeje aunque sea mínimamente, buscar alguna relación, y si la hay...».

Negó con la cabeza al poner el pie en el interior del Parador de Gibralfaro.

Ella no lo sabía, pero alguien muy cercano había comenzado ya con esa investigación. Alguien que poco a poco iba a meter sus jóvenes narices en el hocico de un, también joven, depredador en serie.

La GaZeta Negra

Patricia Prados había conseguido que Faustino Corrales le permitiera hacer fotocopias de algunos expedientes de casos sin resolver, de otros consiguió los datos necesarios para buscarlos en internet. Estaba dispuesta a completar un trabajo de fin de carrera a la altura de los mejores periodistas de investigación. Disponer de contactos en la policía de algo debería servir. No obstante, era consciente que ser hija de quien era no le iba a facilitar las cosas, no ya a la hora de recabar información si no cuando llegara el momento de ser juzgado su trabajo. Debería ser realmente bueno, por ella no iba a quedar.

Disponer de los expedientes sin permiso explícito de su madre implicaba trabajar en su casa a escondidas, cuando no podía hacerlo en la biblioteca. Rocío sería capaz de reconocer de lejos cualquier hoja de las que figuran en los típicos informes policiales, a pesar de que Pati se había ocupado de rehacer las copias eliminando todo distintivo oficial, cuando esto era posible. Había prometido a Faustino Corrales que la comisario no se iba a enterar de los detalles de su trabajo de fin de carrera, aunque para que no sospechara, le había dicho que trataría sobre el Asesino del Retiro.

—Todavía lo recuerda la gente y en internet hay mucha información. No me mires así —levantó las manos en el aire al ver como cambiaba la expresión del rostro de su madre— no pretendo resolverlo, ojalá pudiera, me vendría muy bien —dijo con un esbozo de sonrisa— solo quiero hablar de procedimientos policiales y además buscaré casos sin resolver para ampliar un poco más.

—Faustino Corrales te puede hablar de las dos víctimas del Retiro y del intento de una tercera, pero no le pinches mucho porque es un caso abierto que se ha enquistado y se cree responsable.

—Normal ¿no es el inspector que estaba llevándolo?

—Por entonces era subinspector, pero la responsable final soy yo, hija, de todos y cada uno de los casos que se llevan en la comisaría.

Esta conversación mantenida con su madre le sirvió para dejar de forma intencionada a la vista, en su habitación, copias de las diferentes investigaciones llevadas por la prensa y poder esconder los expedientes de Corrales. De lo acontecido en el parque del Retiro no pudo sacar nada más en claro que lo que decían los informes, en cuanto a pruebas se refería. Apenas unas huellas de deportivas que confirmaban la presencia de un individuo tanto en la jaula, con la segunda víctima, como en el exterior, con la que podía haber sido la tercera, si Corrales no se hubiera empeñado en mantenerse alerta. Que las huellas pertenecían al mismo propietario no

solo lo avalaba la propia marca dejada en el suelo de arena, en cuanto a dibujo y tamaño, sino a la característica forma con la que cada uno de nosotros pisamos.

Del informe policial poco más pudo extraer, algunas entrevistas que nada aportaban y la impresión de que habían estado cerca de atrapar al asesino y que seguiría actuando. Quince días después se retiró el operativo de vigilancia especial montado en el parque, dejando instrucciones a los guardias para que extremaran las precauciones al máximo.

Nada más sucedió.

Sin embargo, de lo recogido por la prensa, Patricia sí que pudo bucear en la mentalidad de sus futuros colegas. Si no de ellos, sí de los que les pagaban. Para un sector de la prensa se trataba de un loco que habría matado a la primera chica por venganza. La segunda sin duda fue obra de un imitador, al que había seguido a su vez otro atraído por la popularidad del caso en los medios. Otro sector aseguraba que el parque del Retiro se encontraba en máxima alerta ante un asesino en serie que perseguía a chicas jóvenes, sin duda, para vengarse de algún agravio o humillación padecidos. Con el paso de las semanas y después de los meses, ambas teorías se reafirmaron en sus argumentos, tan diferentes pero con un aspecto coincidente como era el menosprecio a la labor policial y la inseguridad en la que se encontraban los madrileños, con más énfasis, aquellos habituales del Retiro.

La hija de Rocío contaba con base suficiente como para encarar su trabajo de fin de carrera, enfocándolo en la necesidad de ser más rigurosos, por parte de la prensa, en la forma de contar los sucesos. Excepto un artículo que llegó a sus manos de un conocido periodista hijo de otro afamado colega experto en crónica negra. Fue el único que planteó la posibilidad de un psicópata en proceso de aprendizaje. Asegurando que habría que estar muy pendientes de su evolución y defendía el trabajo realizado por el joven subinspector Corrales de quien solicitaba calma y le aconsejaba que buscara el asesoramiento de su comisario Rocío Prados.

Patricia sonrió al recordarlo.

«Hablar con Tino sobre la teoría de Marlasca» había anotado en su agenda.

No fue fácil conseguir que el inspector le dedicara unos minutos, haber infringido las normas entregando expedientes, aunque fueran copias y que ningún peligro podrían acarrear, no dejaba de atentar contra sus obligaciones. Pero tratándose de la pequeña Patricia, hija de Rocío y buena amiga de su familia, cómo iba a negarse.

—Solo unos minutos, como tu madre se entere me expulsa del cuerpo.

—Sí, solo un minuto, de verdad, es que me hace falta tu consejo para seguir adelante con el trabajo y nadie como tú para ayudarme con la experiencia que tienes y...

—Vale, vale, no me hagas más la pelota —dijo sin poder disimular una sonrisa al teléfono— pásate sobre las ocho y media esta tarde por mi casa, Sofía nos acompañará.

—¡Gracias!

Patricia sabía que Faustino haría todo lo que pudiera por ella pero no quería ponerle en más aprietos.

—Te prometo que es la última —fue lo primero que dijo esa tarde al poner un pie en el interior de la vivienda.

—Ya, como si no te conociera, anda pasa que Sofía está deseando verte.

Tino fue a la cocina a preparar algo de beber para su invitada y su mujer.

—No se lo tomes a mal, este caso lo tiene clavado. Creo que deseo más que él que se resuelva de una vez —dijo mientras acariciaba a Calista.

—Ojalá.

Durante la media hora siguiente estuvieron hablando de todo un poco. De los alumnos de Sofía, del fin de carrera y la obsesión de Pati por dedicarse a la crónica de sucesos y del ascenso de Faustino.

—Se lo merece, aunque él siempre se ponga pegas —apuntó Sofía.

Faustino agitó la mano en el aire. Su rostro no pudo disimular una media sonrisa de complacencia.

—Vamos al grano —dijo mirando a Pati.

—Vale —de su amplio bolso sacó una agenda que abrió por una página marcada. De la carpeta con la que se presentó en la casa extrajo varios folios agrupados en una funda blanca.

Tino y Sofía la observaban sin abrir la boca.

—Mira...

Patricia habló durante un cuarto de hora sin que la interrumpieran. Resumió lo que decía el informe policial y las diferentes teorías de la prensa.

—Pero lo que más me interesa en este artículo de Marlasca que casi pasa desapercibido —estiró el brazo ofreciéndoselo a Corrales— sus conclusiones no las ha podido sacar del informe policial y, sin embargo, algo me dice que sabe de qué habla —llevó la mano al vaso de Coca Cola y la mirada al policía.

—¿Intuición de Prados? —dijo el inspector sonriente mientras se hacía con el papel— tu madre sabe mucho de eso.

—Pues a ver si se me pega algo —apuró un corto trago y dejó el vaso sobre la mesa mientras esperaba ansiosa a que Tino terminara su lectura.

Sofía aprovechó el momento para rellenar el plato con más patatas fritas.

—¿Y bien? ¿Qué quieres saber?

—En el artículo demuestra una seguridad en su planteamiento, como si tuviera información que... —calló al ver una tenue sonrisa en el policía.

—Marlasca y él son muy buenos amigos —intervino Sofía— por eso sonrío ¿verdad, cariño?

Esta vez fue Faustino el que dio un lento trago a su vaso de vino.

—Lo somos, pero sonrío porque me sorprende que te hayas dado cuenta, Pati. Llevas razón.

Cuando Patricia Prados abandonó la casa de Sofía y Faustino, se sentía satisfecha de ella misma, de su intuición como decía él. Tuvo que aceptar no difundir nada de lo que escuchara esa tarde tal y como había hecho el periodista de crónica negra, Marlasca, del que Corrales, y Sofía, no tenían más que palabras de elogio y admiración.

En ninguno de los artículos de prensa que había examinado de arriba abajo se recogía un aspecto esencial de la investigación, ni siquiera en el informe policial inicial, puesto que tardaron semanas en darse cuenta del dato.

—A la primera víctima...

—Lorena Rodríguez —apuntó rauda Pati para dejar constancia que se había preparado la visita.

—Sí —Corrales cruzó las piernas y suspiró. Se encontraba a punto de dar una información que no aparecía en ningún informe, tanto las familias como la policía se comprometieron a guardar silencio por el bien de la investigación—. A ella le sustrajeron un anillo y dejaron en su cuello una cadena. No... —negó con la cabeza — antes de que me lo preguntes te confirmo que no era de ella.

—Vale, ¿pero se sabe de quién?

El inspector negó con la cabeza.

—No, lo único que sabemos es que no pertenecía a nadie de su entorno.

Patricia tomaba notas sin parar en su cuaderno. Tino continuó:

—A la segunda víctima...

—Marisol Fuente Rolan.

—Sí, a ella, el asesino cambió la cadena de oro que llevaba por otra. A las familias les llevó bastante tiempo darse cuenta del detalle —Corrales se retrepó en el sofá—. Todo esto indica que esas chicas no eran del todo desconocidas para el asesino.

—Vaya... —Patricia tomaba notas sin parar—. ¿Puedo preguntar si esas dos cadenas tenían grabada alguna fecha o iniciales o algún nombre?

—Sí, pero con una condición innegociable.

Esa condición era la que le obligaba a mantener secreto profesional como había hecho Marlasca en su día con su amigo Corrales. Cuando abandonó la casa, Patricia llevaba en su agenda las fechas e iniciales grabadas en el dorso de ambas medallas de las cadenas que el asesino dejó en el cuello de Lorena y Marisol. En su cabeza, incontables dudas. La cadena encontrada en el cuello de Marisol pertenecía a su padre, fallecido años antes en Venecia. ¿Si fue un robo, como apuntaba Faustino, por qué iba a devolverla al matar a la hija? ¿Entonces no fue un robo? ¿Por qué la pulsera de Lorena no pertenece a nadie de su entorno?

Al día siguiente, cuando se quedó a solas en su casa retomó la lectura de los expedientes. Un hecho resultaba evidente, el asesino conocía a Marisol, la había

seguido y también conocía a su padre. Sin embargo, Lorena no era una habitual del parque del Retiro, como Marisol, ni vivía cerca. Si la hubiesen estado siguiendo el lugar seleccionado para abordarla hubiera sido otro, como la casa de la sierra que solía ir los fines de semana cuando sus padres no estaban. O sus paseos por el parque no lejos de su casa, al que iba cuando necesitaba pensar.

Bajó la vista a sus apuntes, mientras mordisqueaba el capuchón del Bic.

—Si Marlasca tiene razón y el asesino está aprendiendo, quizá Lorena fue seleccionada al azar —llevó la vista al expediente y leyó las notas de Corrales—. Novio; Gustavo Mantial Noriega, de veinte años, afirma que eso de novios está pasado de moda, que eran amigos.

—Ya... Otro inseguro, que va a lo que va.

Disponer de datos que no podía incorporar a su trabajo de fin de carrera le animó a variar en parte el enfoque. Convencida de que los asaltos del Retiro no daban más de sí, se dedicó a los asesinatos sin resolver acaecidos en Madrid. Durante varios días estuvo buceando en aquellos que tuvieran algo en común con las tres chicas del Retiro. Excepto por el hecho de ser asesinadas a sangre fría, no encontró nada que pudiera relacionarlas. En dos hubo agresión sexual y en otros tres casos las víctimas no respondían al perfil buscado, ni por edad, ni por el medio que utilizó el asesino para terminar con sus vidas.

No le gustó nada sentir algo parecido a la desilusión al confirmar que no tenía hilo del que tirar. Parecía como si hubiera deseado dar con alguna chica, casi de su edad, que hubiese sido asesinada siguiendo los patrones que buscaba. Como si detrás de los nombres de las fallecidas no hubiese una familia que la estuvo esperando, unos padres, hermanos, amigos, quizá un novio.

«No, esto no es solo un maldito trabajo de fin de carrera».

De pronto sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas que comenzaron a resbalar por su rostro, escondió la cabeza entre las manos y se dejó llevar. Lloró hasta que no le quedó una sola gota. No, no supo con certeza el motivo, quizá por Lorena, por Marisol, por las otras cinco víctimas, o quizá por aquellas que esperaba encontrar y no halló.

Quizá por ella misma.

Su teléfono móvil comenzó a sonar.

Como un gesto reflejo pasó las palmas de sus manos por los ojos y el dorso por la nariz. Miró la pantalla.

—Tía María...

Sonrió.

«Siempre tan oportuna».

Pulsó la tecla para responder.

—¡Tía! Me alegro de oírte —dijo sin poder disimular cierto temblor y congoja aún en su voz, recuerdo del reciente e intenso llanto.

—¿Patricia? ¿Te pasa algo? Te noto... no sé...

—Tonterías mías —respondió sorbiendo la nariz— ya te contaré.

María Esther se había convertido en una de las mejores amigas de Patricia, si no la mejor, con Marta. Desde que regresó de Santander con su familia, hablaban a menudo y se veían casi todas las semanas.

—Tu madre se acaba de marchar a Málaga ¿te apetece que comamos juntas?

—Sí, me acaba de llamar. No me podías haber ofrecido nada mejor, tía.

Colgó el teléfono, poco a poco fue retomando el pulso normal.

«Las nueve y cuarto».

Tenía toda la mañana por delante para avanzar con el trabajo para la universidad. Llevó la vista a su derecha, sobre una carpeta de color naranja, diferente al color de las que recogían la información del Asesino del Retiro, que eran verdes. Se trataba simplemente de distinguir el contenido sin tener que perder tiempo en abrirlas o leer el texto de portada. Sí, diferentes, pero con un nexo en común; asesinatos sin resolver. La diferencia radicaba en que los casos que guardaba la carpeta naranja habían tenido lugar fuera de Madrid.

Cogió la carpeta naranja entre sus manos, y buscó el primer informe:

La GaZeta Negra. Martes, 2 abril de 2002.

Joven asesinada en Valladolid.

El cuerpo de la menor, que responde a las siglas A. R. T, fue encontrado sin vida en los bajos del bloque de viviendas donde vivía. Otro menor R. M. C ha sido detenido como...

Cogió el siguiente escrito:

La GaZeta Negra. Lunes, 17 de junio de 2002.

Guipúzcoa.

Una joven universitaria ha aparecido sin vida a los pies del Monte Urgull, junto a la Bahía de la Concha de San Sebastián. El mal tiempo de los últimos días ha impedido la localización del cuerpo con anterioridad. Se cree que se trata de una excursionista que se ha precipitado por los riscos del Monte...

La GaZeta Negra. Jueves, 20 de junio de 2002.

... se confirma la identidad de la joven universitaria; Sandra Bonachea Argoche, vecina de San Sebastián. Las primeras indagaciones apuntan a un asesinato. Se está investigando a su entorno más próximo...

Buscaba algo más. Pasó a la siguiente hoja.

La GaZeta Negra. Martes, 25 de junio de 2002.

... según fuentes cercanas a la investigación, la víctima llevaba en su muñeca un reloj que perteneció a su madre y que desconocían su paradero. Posiblemente la joven lo guardaba...

—¿Has sido tú, verdad...?

Patricia llevó las manos a la cabeza.

—No, no puedo. Ahora, no.

Cerró la carpeta y escondió la cabeza entre las manos.

Necesitaba con urgencia establecer un espacio entre investigar más asesinatos sin resolver y ella. Dedicaría los siguientes días a poner punto y final a su trabajo de fin de carrera. Haría hincapié en que el Asesino del Retiro, sin la menor duda, continuaba actuando, estaba en proceso de aprendizaje y había que investigar asesinatos no solo en Madrid si no en las demás comunidades.

Llevaba razón.

Como el del Monte Urgull.

En el 2002 Gus llevaba menos de un año viviendo en su piso de la calle Alberto Alcocer, cuando decidió retomar, con la seriedad que le merecía, el trabajo iniciado por su padre. No fueron pocas las veces que se acercó al parque del Retiro dejándose llevar por un sádico impulso que en ocasiones le empujaba con tal intensidad a la cacería que si lo reprimía se apoderaba de su cabeza un dolor tan intenso, tan penetrante, localizado en las sienes, y sobre todo tan paralizante, que el simple amago de su llegada le empujaba a no poner pegas a ese cruel impulso. Por suerte para él y para las potenciales víctimas, su insistente voz interior tomaba el mando cuando comenzaba a perder el control caminando tras un objetivo.

«¿De verdad que vas a cazar sin haberlo preparado? ¿Qué decías de tu padre no hace mucho? Ah sí, ya recuerdo, que se había vuelto espontáneo, que había dejado de ser profesional. ¿Lo recuerdas?».

—¡Cállate de una puta vez! —exclamó llevándose las manos a la cabeza.

«Yo me callo, pero tú vuelve a casa».

—¡¡Qué te calles, coño!!

La chica a la que perseguía se volvió al escuchar el grito detrás de ella, vio a un individuo con gorra que se frotaba la cabeza, aceleró el paso. Una pareja de mediana edad que caminaba en dirección contraria, se echó a un lado, buscando con la mirada a quién podrían ir dirigidas las palabras del chico de la gorra. Un grupo sentado en un banco se le quedó mirando, lo mismo que una pareja de policías a caballo.

«Estás llamando la atención».

Esta vez sí que hizo caso, separó las manos de la cabeza, se ajustó la visera y giró a su izquierda rumbo a la puerta de salida.

—¡Mierda!

En ocasiones, lanzarse a la calle al menor amago de crisis resultaba mejor

elección que insistir en retrasar el momento hasta constatar que el dolor de cabeza volvía a ser incontrolable y no hallar otra solución que salir en esas nefastas condiciones. Al menos, contaba con la vehemencia de su parloteo interno que le hacía ver las cosas de otra manera, aportando la nota juiciosa en la extraña pareja.

En cuanto puso un pie de nuevo en su casa, lo tenía claro. Necesitaba retomar el legado de su padre. Los ataques no eran algo común, pero cuando se sucedían dos en tan poco tiempo el remedio infalible pasaba por salir de caza. Se dio una ducha sin prisa alguna.

—Tengo hambre —murmuró analizando su rostro en el espejo.

Era la sensación habitual cuando sufría este tipo de arrebatos. Mientras se ponía ropa cómoda su mente le mostraba el menú seleccionado para esa noche.

—Haremos los honores al regalo de la tía Veva —un estrecho y largo solomillo de cerdo ibérico que le había traído esa misma mañana.

Ya de mejor humor se vistió con camiseta y pantalón de deporte. Sin dejar de disfrutar de la relajante sensación que le generaba la expectativa de una nueva cacería se encaminó hacia la cocina no sin antes observar a Marisol y Lorena, sus queridas tortugas, durante unos instantes.

—A veces me gustaría ser como vosotras, sin problemas, sin crisis —suspiró ruidosamente— pero bien pensado me quedo como estoy para poder disfrutar de lo que me espera.

No, su mente no estaba en esos momentos en la cacería sino en la cocina.

Acarició sus caparazones a modo de despedida y recorrió los no más de diez metros que le distanciaban de la nevera. Se hizo con la carne envuelta en papel transparente, una botella de Tanqueray, otra de tónica Nordic Mist, un limón y su mostaza favorita. Lo primero era prepararse un *gin tonic*. Llenó una copa de balón con hielos, no valía cualquier hielo, debía ser de calidad. Agitó la copa en el aire, en círculos, observando los cubitos deslizarse por el interior enfriando el cristal. Cuando consideró que la temperatura de la copa era la adecuada, tiró los hielos gastados y volvió a rellenarla. Partió el limón por la mitad. De una de las mitades separó la cascara que estrujó sobre los hielos. Con parsimonia inclinó la botella observando el fino reguero de ginebra Hendricks's que caía en el mismo centro de la copa. A continuación, la tónica.

Satisfecho con el resultado, encendió la vitro. Sorbo a sorbo aguardó a que la sartén cogiera la temperatura adecuada, caliente, muy caliente.

«No hay nada como un buen *gin tonic*».

Quitó el envoltorio del solomillo y lo preparó con mimo, con una delicadeza que solo aplicaba a sus estancias en la cocina, a sus ratos con las tortugas o cuando se esforzaba por comportarse de ese modo. Al alcanzar el punto deseado, crujiente por fuera crudo por dentro, lo untó con mostaza y lo cortó en anchas rodajas, que a su vez dividió en cuatro. De la despensa se hizo con una bolsa de patatas paja. Con todo ello bien distribuido en una bandeja regresó al salón. Su rostro mostraba la felicidad que

le embargaba oliendo y paladeando el suave aroma que desprendía el solomillo.

Tomó asiento en el sofá, cogió el mando y encendió la televisión.

La voz del locutor inundó la estancia.

... por eso se pueden considerar varias clasificaciones de asesinos en serie, en función de distintos parámetros, pero antes concluyamos con sus motivaciones.

—Muy oportuno —dijo sonriente mientras daba un largo sorbo al *gin tonic* sin separar la vista de la pantalla.

... como nos ilustra Skrapec en el estudio del que ya hemos hecho mención en esta mesa redonda— el locutor baja la vista a una hoja que sostiene entre las manos — el propósito del comportamiento humano es hacer realidad nuestros deseos y necesidades. En este contexto la violencia tiene su utilidad. Continuemos con la clasificación de las motivaciones que les impulsan a actuar. Hemos hablado de venganza y justificación, de control y poder, para concluir nos queda abordar la última motivación, según Skrapec; sentirse vivos.

El locutor cede la palabra a una mujer situada a su derecha, de unos cuarenta años de labios finos y apretados. Mientras, Gus daba buena cuenta del solomillo que se deshacía en tu boca.

—Sí, sentirse vivos. En los inicios se trata de furia violenta, que muda a una sensación de goce para concluir en una calma placentera y posteriormente en una intensa sensación de desahogo.

Gus sonrió haciendo propias las palabras de la mujer, pinchó otro trozo, lo deslizó por la mostaza que había esparcido en un extremo del plato y lo llevó a la boca.

Su teléfono comenzó a sonar.

Bajó el volumen de la televisión y se hizo con el Smartphone.

«La tía Veva. ¿Qué coño querrá?».

—Gus, como me dijiste que ibas a comer el solomillo en la cena te llamaba para preguntar qué tal te había salido.

—Me pillas comiéndolo, está buenísimo.

—Me alegra. ¿Le has añadido una salsa?

Tuvieron que pasar cerca de diez eternos minutos cuando al fin consiguió colgar. En cuanto Veva sacó el tema de su madre, contraatacó con el de la temperatura del solomillo y la necesidad de evitar que se enfriara.

Colgó.

De nuevo con el volumen de la televisión alto para no perder detalle, se dispuso a continuar con el programa.

... para finalizar, tocaremos dos asuntos... —el locutor consultó su reloj— me temo que nos hemos extendido demasiado y me veo en la obligación de leer, sin tiempo para debatir, la clasificación que hizo Kim Rossmo en 1995, en función de la víctima seleccionada y la actividad geográfica del asesino en serie.

Gus levantó la vista del plato ofreciendo una boba sonrisa al monitor.

... Rossmo habla del cazador, que se caracteriza porque busca sus víctimas en un

área próxima a donde vive.

—¿Cazador? Por eso lo llamabas así, salir de caza ¿verdad, papá?

—*En segundo lugar, otro cazador, en esta ocasión lo denomina, furtivo, se caracteriza porque busca su presa en una zona diferente a donde vive. El pescador, sus víctimas son seleccionadas dentro de la actividad diaria del asesino, su trabajo, lugares frecuentados para la diversión, esperando la ocasión oportuna. Por último, el trampero, a través de engaños consigue llevar a la víctima al escenario donde acabará con su vida.*

Gus dio un par de sonoras palmadas. Su rostro se iluminó.

—¿No habéis pensado que puede haber otra categoría que sume las cuatro? ¿No? Pues esa es la mía, pardillos...

—*Si me permites, será solo medio minuto* —un contertulio blandía un papel en el aire—, *creo que será interesante para los espectadores.*

Un caso de mierda

Sí, eso es lo que opinaba Mendía. No era la primera vez y, lamentablemente, no sería la última que no conseguían cerrar un caso, pero sí que era la primera vez en su extensa carrera profesional que lo que parecía un suceso puntual, aunque hubiera dos víctimas, más otra que cerca estuvo de ser considerada como tal, se convirtiera en el trabajo de un asesino en serie cinco años después.

En su fuero interno contaba con que el viaje a Málaga confirmara la existencia de un imitador del Retiro, alguien que se hubiese apropiado de la inscripción que encontraron en la arena de la jaula junto al cuerpo de Marisol para utilizarla en el pecho de Zoilo Cerrato.

En su fuero interno...

Pero como policía la intuición le advertía que no se hallaban ante un imitador. Cuando accedió al Parador de Gibralfaro aún se agarraba a la esperanza de que los familiares no echaran nada en falta durante el reconocimiento del cuerpo.

Esa fue la primera pregunta que formuló Corrales en cuanto puso el pie en el dormitorio de la víctima.

—Comisario, ¿se sabe si se han llevado algo? Me refiero a algo personal, como una cadena, un reloj, gemelos.

Remón observó al inspector.

—Ahora mismo está la mujer de la víctima reconociendo el cuerpo en la morgue —llevó la vista a la mesilla de noche— esa pulsera de ahí, que juraría que es de diamantes, estaba en su muñeca.

Los tres policías llegados de Madrid intercambiaron sus miradas.

—He pedido que se llevaran solo el cuerpo, lo demás que veis está tal y como nos lo encontramos —estiró el brazo en dirección a un agente que le hizo entrega de una carpeta. Del interior extrajo varios juegos de fotografías que entregó a Rocío, Mendía y Corrales.

Faustino pidió unos guantes y se acercó junto a la camisa tirada a un lado de la cama y la examinó con detenimiento, después hizo lo propio con la pulsera.

—Los gemelos no son suyos, ¿verdad, Tino? —La comisario señaló el par de pequeñas bolas brillantes sobre la mesilla de noche.

El inspector observaba las fotografías.

—Eso es lo que quería comprobar. La camisa aún tiene los gemelos colocados en su sitio. No tiene sentido que deje sobre la mesilla unos de oro, a no ser que...

—Que no los haya dejado él.

—Exacto.

Rocío blandía una de las fotografías en el aire.

—Aquí se ve la mano de la víctima con la pulsera diamantes. No hay señales de ningún reloj en ninguna de las muñecas —se volvió hacia Remón— ¿habéis encontrado algún reloj?

El comisario negó con la cabeza.

—No.

—Entonces se ha llevado el reloj y en su lugar ha dejado la pulsera. Hay que averiguar a quién pertenece. Si no ha variado su forma de comportarse será de algún familiar.

—¿Los gemelos? —quiso saber Corrales.

—Sí, también los gemelos.

Durante un largo minuto se hizo el silencio en la habitación. En sol bañaba la estancia de luz y de bochorno. Las ventanas estaban cerradas por miedo a contaminar la escena. Los dos días que el dormitorio llevaba sin ventilar, junto con el metálico olor a sangre seca que empapaba las sábanas, comenzaban a dejarse sentir en los presentes.

Sobre olores y calor se cernía la punzante sensación de saber quién estaba detrás de aquel macabro asesinato. Un individuo que llevaba al menos cinco años matando y que lo seguía haciendo.

—Es él... —susurró Faustino.

Nadie respondió, no hacía falta.

José Miguel Remón cogió un pequeño aro que se hallaba junto a los gemelos.

—Este pendiente estaba en el suelo, a los pies de la cama, es el que aparece en una de las fotografía. Debió tener visita esa noche.

Mendía buscó la foto como si de repente le hubiera entrado una descontrolada prisa.

—Entonces, quizá se trate de una mujer, de una imitadora —dijo nada convencido. Su vista se dirigió a la pulsera y a los malditos gemelos— ya, era más un deseo que otra cosa.

—Se trata del Asesino del Retiro —señaló Rocío camino de la puerta— necesito respirar un poco de aire limpio.

—Sí, estamos ante un puñetero caso de mierda... —murmuró Mendía tras la comisario.

Tras regresar de nuevo y dar otro repaso al dormitorio se reunieron junto a la recepción, necesitaban un listado de los clientes del pasado sábado. No, ni uno de ellos reservó por una sola noche, apuntó el jefe de recepción. Los que se instalaron en la misma planta que Zoilo Cerrato no era la primera vez que visitaban el parador.

—Le puedo asegurar, comisario, que un gran número de nuestros clientes repiten visita —dijo satisfecho—. Sí, el señor Cerrato lo hacía a menudo.

—¿Estuvo acompañado la noche de su fallecimiento? —quiso saber Rocío.

El jefe de recepción se aclaró la garganta.

—No es momento para preocuparse por la discreción —intervino José Miguel Remón al ver las dudas del empleado— la prensa se enterará tarde o temprano.

—Sí, no tardarán —llevó la vista al monitor situado a un lado, sobre una repisa inferior al mostrador. Asintió, muy a su pesar no le quedaba otra opción que colaborar—. Bueno, verán, don Zoilo disfrutaba de su estancia en Málaga y... siempre reservaba habitación doble.

—¿Con su mujer? —Corrales anotaba en su libreta los comentarios.

De nuevo ofreció a los policías un incómodo silencio.

—No, no, se trataba siempre de las mismas señoritas. Solían venir avanzada la noche, pedían la llave de su habitación y subían.

—Por lo que nos comenta, podemos deducir que no hay registro de la identidad de la señorita en cuestión ¿verdad?

El jefe de recepción asintió.

—No, la discreción no nos...

—Ya, entiendo.

Los cuatro policías abandonaron el parador rumbo a la comisaría de Remón. Rocío aprovechó los metros que le separaban del coche del comisario para coger su teléfono y llamar a María.

—Sí, comisario.

Era muy complicado aceptar sin reservas que María se dirigiese a ella en esos términos, aunque sabía que cuando lo hacía significaba que no se encontraba sola.

—María, por favor, busca toda la información que puedas sobre Zoilo Cerrato y sus padres.

—Me he permitido husmear en internet y he encontrado algo que seguro te interesará.

Rocío no pudo evitar sonreír.

—Verás, resulta que los padres de Zoilo Cerrato fueron asaltados en un hotel de París.

—Sí, eso decía el periódico pero no daba más detalles. ¿A qué tipo de asalto se refieren? ¿Robo?

María no perdía detalle del ordenador.

—Asesinados, Rocío. Sucedió en 1989, regresaban de una convención, cenaron con amigos y al día siguiente los encontraron muertos en su *suite*. Según he podido averiguar se ensañaron más con la mujer. Al marido lo mataron de un navajazo en el corazón, a ella, primero la violaron después murió estrangulada.

—¿Se llevaron algo?

—La policía dedujo que se había tratado de un robo que se debió haber complicado. Creen que se llevaron una pulsera de diamantes. Más adelante añadieron unos gemelos de oro al botín. Tardaron mucho tiempo en echar en falta tanto la pulsera como los gemelos.

- Cómo no te iba a echar de menos, María, siempre estás en todo.
—Yo sé de alguien que me enseñó. Por cierto, he quedado a comer con Pati.
—Me alegra saberlo, regresamos esta noche.

En el mismo momento en que ese lunes, a primera hora, Rocío recibió la llamada del comisario de Málaga, José Miguel Remón, Gus entraba en las oficinas de la GaZeta Negra. Le recibió el habitual pestazo a tabaco frío, mezcla de cigarrillos, puros y pipa.

—¿Te has enterado del asesinato de Zoilo Cerrato? —quiso saber, Julia, la mujer que atendía el teléfono y todo lo que le pedían. Siempre andaba de un lado a otro—. Ni ventilando se puede respirar aquí.

—¿Quién? —Gus le dedicó la mejor cara de extrañeza que supo poner.

—No te esfuerces, Julia, es muy joven como para recordar a Mel Cerrato y a su mujer.

Mientras se despojaba de la chaqueta que dejó en el respaldo de su silla y encendía el ordenador, se dedicó una amplia sonrisa interna.

«Se han dado prisa».

—¿Es importante ese... Zoilo, has dicho? ¿Cómo el hijo de Ruiz Mateos?

—Exactamente —convino Julia justo antes de atender otra llamada.

—Creo que te llama el jefe —señaló su compañero en dirección a unos brazos que se agitaban al otro extremo de la sala tras un cristal.

—Vamos allá.

Mientras recorría la distancia que le separaba del despacho del director, Gus pensaba en lo que le iba a decir su jefe. En otras ocasiones le había ocurrido lo mismo, en cuanto acontecía algún suceso digno de mención le enviaban a cubrir la noticia. Como sucedió con sus últimas cinco cacerías.

—¿Te has enterado? —fue lo primero que dijo Emilio Cortijo al ver a su empleado acceder a su despacho. Apagó el enésimo cigarro de la mañana. Sentado en la silla, la camisa remangada, el nudo de la corbata medio suelto, el mismo aspecto a las ocho de la mañana que a las diez de la noche. De rostro redondo, pelo castaño lacio y revuelto, Emilio daba la impresión de estar cada minuto del día próximo a un ataque cardíaco.

—Si te refieres a un tal Zoilo...

Poco tiempo le había llevado a Cortijo relacionar a Zoilo Cerrato con el asalto que sus padres sufrieron en París dieciséis años atrás. No podría tratarse de una mera coincidencia que tres miembros de una misma familia fallecieran en circunstancias similares.

—Sí, a la familia Cerrato. Alguien se ha propuesto cargarse a todos sus integrantes y quiero saber el porqué.

El teléfono de Gus emitió el familiar sonido de llegada de un SMS. Mecánicamente llevó la mano al bolsillo y se hizo con el Nokia.

Número desconocido.

Leyó la breve frase:

Sé quién eres, sé lo que haces y sé lo que has hecho.

Giró sobre sí mismo. Apretó el teléfono con fuerza y tras disculparse ante el director por un mensaje urgente abandonó primero el despacho y después la redacción como si le persiguiera una manada de perros salvajes. Su cuerpo emanaba furia por cada poro.

«Tranquilo, no montes ningún numerito en público».

—¡Qué no monte...! —se mordió el labio antes de terminar la frase. El periódico no era el mejor lugar para discutir con su voz interior.

Sabía que llevaba razón, precisamente por ese motivo bajaba los escalones de dos en dos para alcanzar la calle cuanto antes. Necesitaba tomar aire, una rabia contenida, desconocía por cuánto tiempo, se estaba apoderando de todo su cuerpo. Salió del portal a paso rápido, al alcanzar el primer cruce giró a la derecha y se detuvo. La mirada fija en la pantalla del móvil, intentó responder al SMS pero no fue posible.

«¡¿Qué coño te crees que sabes, desgraciada?!».

Levantó la vista del Nokia, miró a un lado y a otro. Nadie parecía pendiente de él. Debía esforzarse para que la situación continuara igual. Nada de llamar la atención una vez más. Con el paso de los minutos su respiración comenzó a retomar su ritmo habitual.

«Eso es, tranquilo. Ya sabrás qué hacer».

—Lo sé... —susurró a su parloteo interno— sé que haré cuando localice a esta hija de puta... —una sonrisa torcida cubrió su rostro. Una mueca fría, tanto como sus ojos. Clavó la vista en el móvil—... grabaré en tu cuerpo tus palabras preferidas, no creo que tenga espacio suficiente para hacerlo y te prometo que no te perderás detalle.

Más relajado tras su amenaza a la pantalla del Nokia regresó a la redacción. El director le aguardaba con evidentes signos de preocupación.

—Discúlpeme, don Emilio. Era del hospital, mi madre ha sufrido una recaída.

—Lo, lamento, Gus. No sabes cuánto.

En la GaZeta Negra sabían que su madre estaba internada pero desconocían los motivos reales y el lugar, así seguiría mientras Blanca se empeñara en agarrarse a la vida.

«Va siendo hora de hacerla una visita».

—Gracias.

Emilio Cortijo le habló de Zoilo Cerrato y de sus padres. Compartió con Gus todos los datos que disponía en esos momentos. Aguardaba la llegada de nueva información de colegas parisinos. Le ordenó lo de siempre en estos casos, trasladarse al lugar de los hechos y regresar con lo necesario para publicar todo lo referente al asesinato y su relación con el que sucedió en París en 1989.

—Cuente con ello.

El director permaneció unos instantes observando la espalda de su empleado a

través del cristal mientras se alejaba. En los pocos años que llevaba trabajando en la redacción se había ganado a pulso ser considerado como uno de sus periodistas más incisivos, sino el que más.

Gus se despidió de su jefe prometiendo que le mantendría informado en cada momento de lo que fuese descubriendo. Regresó a su mesa.

—¿Qué? ¿Te ha encargado el caso de Zoilo Cerrato? —Venancio Sánchez, el periodista más veterano de la redacción se acercó a Gus con un pitillo entre los dientes.

—Sí, me marcho a Málaga —dijo sin despegar la mirada del monitor.

—No sé qué es lo que tienes con el director, pero me estoy empezando a cansar de que todos los casos interesantes se los den al nuevo.

—Lleva varios años con nosotros, Venancio —intervino Julia que regresaba a su mesa— es muy bueno en su trabajo.

El periodista de la vieja escuela giró sobre sí mismo. Su voluminoso cuerpo, tanto en redondo como en largo pareció sufrir un seco latigazo. Sus ojos se achicaron al mirar a la secretaria.

—¿Quién te ha dado vela...?

Julia se le quedó mirando sin decir palabra.

—No la necesita, Venancio. Tiene el mismo derecho que tú y que cualquiera de nosotros a opinar —Gus se volvió—. Si hay algo que no te gusta díselo a don Emilio, yo tengo mucho trabajo y no estoy de humor para aguantar tus quejas de vieja.

El rostro del veterano periodista tornó a rojo en escasas décimas de segundo. Apagó con furia el Celtas en el cenicero y de dos zancadas salvó la distancia que le separaba de Gus.

—No te permito que me hables de ese modo, niño de mierda —dijo escupiendo cada sílaba.

—¡¿Qué coño pasa aquí?! —la autoritaria voz del director se dejó oír al final de la sala.

Ninguno de los presentes, siete en total en ese momento, abrió la boca, excepto Gus, apropiado de una mueca irónica, miró a Venancio.

—Venga, ahí le tienes para tus quejas —susurró.

—Algún día, algún día... juro que... —masculló con dientes y puños apretados.

Gus regresó a su casa de Alberto Alcocer con un par de periódicos bajo el brazo y una barra de pan. El viaje a Málaga estaba previsto que lo hiciera en coche. El avión suponía un gasto extra para el periódico que no entraba dentro del presupuesto y el tren le daba demasiada pereza para tan escasos días. Poco o nada le importaba. Se lo podía pagar de su bolsillo a cambio de los gastos del kilometraje.

No pensaba desplazarse.

Como tampoco se desplazó a San Sebastián, ni a Sevilla, ni a Tenerife, ni a

Barcelona. Se quedaba en su casa o aprovechaba para salir unos días de Madrid. Por su cabeza no pasaba que alguien pudiera reconocerle en el lugar de los hechos a pesar de sus disfraces, burdos, sí, pero hasta el momento su sencillez le habría salvado de ser recordado.

Tampoco tenía sentido que disponiendo de primera mano de toda la información necesaria sobre el asesinato en cuestión tuviera que viajar a un lugar que acababa de visitar. Ni la policía contaría con un reportaje fotográfico como el suyo, que guardaba en un disco duro externo. El único motivo que le obligaba a ser cauto en su artículo era saber qué habían descubierto. Para ello entregaba sus informes por capítulos, de este modo el periódico se aseguraba varias portadas con el caso de moda y Gus ganaba tiempo para averiguar hasta qué punto alcanzaba la investigación policial. Con mayor importancia en un caso como el de Zoilo.

—La pulsera y los gemelos darán que hablar, seguro —musitó mientras daba de comer a las tortugas.

Llevó la vista a la mesa donde descansa su ordenador Apple iMac G5. En su mente la multitud de fotografías que había realizado de la habitación del Parador de Gibralfaro en la que Zoilo Cerrato disfrutó a medias de sus últimos minutos de vida.

Gus sonrió a su ocurrencia.

—Disfrutar, disfrutar... más bien cabreado con la putilla diría yo.

Pensaba darse un buen desayuno de media mañana y sentarse frente a su ordenador para revisar cada foto. Sonó su teléfono fijo, de un salto se lanzó sobre el cable y lo desconectó. No estaba para nadie y menos para volver a escuchar la voz de la puñetera...

De pronto, en su cabeza se formó el rostro redondo de su compañero Venancio. Imaginó su enorme figura tras las llamadas, cubriendo su voz con un distorsionador.

—Como seas tú el de las llamadas y SMS, cabronazo, juro que te...

«A lo nuestro, Gus».

—Sí, a lo nuestro.

Se preparó un café bien cargado y un bocadillo de sardinillas que devoró en minutos mientras hojeaba los periódicos sentado en la mesa de la cocina. Leyó cada línea dedicada a la muerte de Zoilo Cerrato para confirmar que los periodistas apenas tenían información. El más avezado afirmaba que no se trataba de una muerte natural, que más bien podría haber sido víctima de un sádico ritual y señalaba que la policía estaba desconcertada por una pulsera hallada en la escena del crimen.

—Hombre, parece que alguien le ha hablado del pequeño texto que escribí sobre su pecho —murmuró con la boca llena de pan y sardinillas— yo no diría que fuera un ritual, pero ellos sabrán.

Al terminar de revisar los artículos, similares en ambos periódicos, concluyó que apenas contaban con datos para construir un informe fidedigno. El detalle de la pulsera le llamó la atención. No porque esperase que la policía no reparara en ella, sino porque hubiera llegado tan pronto a la prensa.

«Algún listo que ha filtrado la noticia a su amiga periodista o a su prima».

De pronto se incorporó.

—¡Qué cojones!

Sin saber por qué cambió de idea, algo que no resultaba extraño a su forma de actuar. Acababa de decidir regresar a Málaga, necesitaba volver al Parador de Gibralfaro para observar cómo se movían sus colegas, qué sabían y por dónde iban los tiros.

—Sin bigote ni perilla no tiene que reconocerme nadie. Ya lo decidiré.

Mientras hacía la maleta recordó que poco tiempo atrás había pensado que ya iba siendo hora de hacer una visita a su madre. Tenía algo que contarle, algo que ella sabía. Tras despedirse de Lorena y Marisol prometiendo un pronto regreso bajó al garaje.

Parado frente a sus dos coches, el Opel Corsa y un BMW M5 optó por el primero que dejaría en el aparcamiento del aeropuerto después de hacer la correspondiente visita a Blanca. Había llegado el momento de dejarse de estupideces y asumir su culpa.

No la de él, si no la de ella.

Llevaba un par de cintas vírgenes para el casete de su madre, que su tía le había entregado junto con otras de distintos autores. Habían acordado no llevárselas todas de golpe para que no se agobiara. Bajo el brazo, uno de los periódicos que había estado hojeando durante el desayuno. Por su cabeza pasó la peregrina idea de avisar de su llegada, pero la descartó al instante. Nada como pillarla de improviso.

—No sabía que Blanca tenía visita hoy —dijo la chica de recepción consultando su agenda.

—Bueno, ni yo que fuese a venir. Me voy de viaje en unas horas y pensé ver a mi madre. ¿Es posible? Si vengo en mal momento dígamelo, no quisiera que se alterase y... —dedicó su mejor sonrisa.

«Ser cínico no tiene precio».

—No, no hay ningún problema, permítame que haga una llamada. No sé si está en su habitación o en la sala —consultó el reloj— en una hora tiene que estar en el comedor.

—No hay problema.

Cinco minutos después una enfermera acompañaba a Gus hasta la habitación de su madre.

—Blanca, tienes visita —dijo desde el umbral observando a la mujer sentada en la butaca con la mirada más allá del horizonte— es tu hijo.

En opinión de su médico, Blanca Morega había sufrido una recaída. Nada tenía que ver con sus constates vitales, ni con cuestiones relativas a la salud física, que extrañamente, mantenía en unos valores satisfactorios. Era su mirada, más ausente de lo habitual, su andar más lento, los hombros caídos. Su semblante reflejaba una

profunda tristeza, una pena honda, dolorosa, como si acabara de recibir la peor de las noticias. No se trataba de la tristeza que podría causar el fallecimiento de un ser querido, sino aquella que genera el conocimiento del algún hecho que por alguna razón se achaca a uno mismo, aunque el causante hubiera sido otro. Una pena tan profunda, tan intensa que no presenta posibilidad de escapatoria alguna.

—Depende de ella, Veva —dijo el doctor el día anterior a la hermana de Blanca.

—¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

—Las enfermeras no tienen explicación, se encontraba en la sala con un periódico entre las manos.

—¿Leyendo? —Veva no sabía si alegrarse por la posibilidad de que su hermana leyera o contenerse ante la perspectiva que ese momento le mostraba Blanca, con su pose habitual, sentada en la terraza mirando al infinito.

—No creo que leyera, pero me han asegurado que pasaba las páginas.

Blanca escuchaba la conversación que tenía lugar a su espalda como había hecho en multitud de ocasiones. Sabía que hablaban de ella y comprendía todo lo que se decía, pero algo en su interior bloqueaba cualquier intento de intervenir, de mostrarse como la persona comunicativa que siempre había sido. No tenía nada que decir, ¿para qué? Su vida había perdido el sentido tiempo atrás.

Pero desde el día anterior...

Sí, cuando tenía el periódico entre las manos no solo lo hojeaba, doctor, le hubiera gustado añadir, estaba leyendo. Ojalá no lo hubiese hecho, así no me habría enterado de nada. Quieres que hable, querida hermana, y. ¿Quieres oír de mi boca que mi hijo es como su padre? Seguro que sería un buen motivo para atiborrarme a más pastillas y cambiar el tratamiento. Sí, sí, si lo entiendo, serían las palabras dichas por una mente enferma. Lo sé.

No lo estoy. No estoy enferma. Al menos no como creéis.

Solo es cuestión de... de cobardía, Veva.

¿O quizá de amor de una madre por un hijo?

No, no, esto no puede ser amor. ¿Cómo puede una madre permitir que su *querido hijo* siga matando?

El pestillo de la puerta interrumpió sus cavilaciones.

—Blanca, tienes visita —dijo desde el umbral observando a la mujer sentada en la butaca con la mirada más allá del horizonte— es tu hijo.

«¿Mi hijo?».

Pocas veces en su vida había deseado como en ese momento desaparecer, o despertar sudando como si de una horrible pesadilla se tratara. No había escapatoria. Permaneció inmóvil, relajada por fuera y presa del pánico por dentro.

Gus accedió a la habitación, cerró la puerta y recorrió los no más de cuatro metros que le distanciaban de su madre. Observó su perfil en silencio durante unos instantes. Tenía la misma pose que cuando la recordaba en casa leyendo un libro o atendiendo a

una visita en el salón. La espalda recta, las rodillas juntas, con el mismo tipo de ropa, pero con un semblante diferente.

—Te he traído unas cintas grabadas, dice la tía Veva que te gustarán. Yo no tengo ni idea de estos grupos —miró en torno buscando el casete que localizó en la mesilla de noche y se hizo con él— también te he traído un par de cintas vírgenes para que grabes lo que quieras, quizá en algún momento de lucidez quieras decir algo.

Acercó una silla junto a su madre.

—¿Recuerdas cómo se graba? Metes la cinta aquí y pulsas este botón rojo que pone *rec.* ¿Lo ves?

Blanca no movió un solo músculo.

Gus suspiró.

«Tranquilo, está enferma».

—Bueno aquí te lo dejo para cuando te dé la gana de dejar de hacer el imbécil y comportarte como bien sabes hacerlo cuando quieres.

«Gus piénsatelo antes de seguir por ese camino».

Su voz interior se esforzaba por tomar el mando de sus intenciones.

—¿Dónde tienes la pulsera de Sara? —dijo de improviso a escasos centímetros del rostro de su madre.

—Sé que la cogiste de mi escritorio, lo que no sabía es que hurgaras en mis cosas. Siempre hurgando ¿eh?

Blanca apretó la mandíbula confiando en que le sirviera para evitar que brotara lágrima alguna.

—Sé que lo sabes todo, pero lo que me pregunto es... —volvió a acercarse al rostro de su madre—... cómo coño permitiste que papá hiciera esto conmigo —escupió cada sílaba con rabia contenida— eres tan culpable como yo, como él. Por más que te escondas en esta absurda enfermedad no borrarás lo que has hecho, o mejor dicho lo que no hiciste... *ma... má.*

Gus se alejó unos metros. Comenzó a dar vueltas de un lado a otro de la habitación mientras con una mano se frotaba la cabeza.

«Tranquilo, Gus, no...».

—¡¡Cállate de una puta vez!!

«Recuerda que te vas a Málaga y...».

—¡¡Qué te calles, coño!!

De pronto se detuvo, clavó su mirada en el cuerpo impasible de su madre que le daba la espalda. La tenía ahí, frágil, seguramente no opondría la más mínima resistencia. Era la única forma de acabar con todo.

«¿Seguro?».

Dio un par de zancadas y se situó detrás de la silla. Dejó caer sus manos sobre los hombros de ella.

Suspiró profundamente.

Una vez. Dos, tres veces.

—Lo de Sara fue sin querer, se lo buscó, no hacía más que entrometerse y entrometerse, me amenazaba con contártelo todo y...

Volvió a suspirar.

Su vista fue al periódico que había en un estante. Sin saber por qué se acercó y lo cogió. Leyó uno de los titulares.

Zoilo Cerrato, aparece muerto.

Miró a su madre.

Siguió leyendo, esta vez murmurando en voz alta:

El hijo del tristemente desaparecido y conocido empresario Mel Cerrato, que como bien saben [...] el cadáver presentaba signos de haber sido víctima de un ritual. La policía se muestra desconcertada con una pulsera que Zoilo Cerrato...

De nuevo la vista en el perfil de su madre.

—¿Reconociste la pulsera, eh?

Blanca no podía más, sus lagrimales se encontraban próximos a estallar. Si había albergado alguna mínima esperanza de que sus cavilaciones respecto a Gus fueran fruto de su imaginación, se había evaporado para siempre. Claro que la reconocí, hijo, le hubiese gustado decir. Lo de Sara no te lo podré perdonar nunca. No, no te voy a echar en cara nada porque llevas razón, soy culpable de ser cobarde. No por ti, sino por tu padre. Pero ¿Cómo iba a sospechar que seguirías sus pasos? Sí, lo sé, las cajas, solo podías haber sido tú...

Pero no tuve valor.

Blanca intentaba captar cualquier tenue sonido que le indicara dónde estaba Gus, qué hacía. No descartaba que la matara ahí mismo después de lo que había confesado con tanta facilidad. Cerró los ojos, sin duda estaba detrás de ella.

«Haz lo que sea pero hazlo ya, hijo».

Un larguísimo minuto después escuchó como alguien entraba en la habitación.

—¿Qué tal la visita, Blanca?

La enfermera rodeó a la paciente.

—Vaya, veo que te has emocionado mucho —dijo al ver el reguero de lágrimas que se deslizaba por el rostro de la mujer—. Deja que te ayude —sacó un pañuelo de papel y limpió con mimo su cara.

Se puso en pie.

—En unos minutos te vengo a buscar para ir al comedor. ¿Tienes hambre, verdad? —sin aguardar respuesta salió de la habitación.

Blanca Morega se dejó ir. Lloró sin reparo alguno. Necesita hacerlo. Lloró por Sara, por ella, pero sobre todo lloró por Gus. No negaba que tuviese razón, precisamente por eso mismo tenía que hacer algo.

«Aunque sea lo último que haga...».

El tablón de anuncios

El trabajo de fin de carrera de Patricia Prados no quedó como le hubiese gustado. Por su cabeza había transitado en algún momento la peregrina idea de descubrir al Asesino del Retiro por sus propios medios. La fecha de entrega se aproximaba y no avanzaba en su objetivo.

«No es nada fácil».

Con el paso de los días fue comprendiendo en su propia carne lo complicado que resultaba el trabajo de su madre. Cómo, lo que parecen pistas no terminan de conducir a ningún lado. Una vez más la ingrata sensación de encontrar una nueva víctima que le llevara hasta el asesino. Se había centrado en crímenes que tuvieran puntos en común con los perpetrados en el Retiro pero que hubiesen sido cometidos fuera de Madrid. Internet, la Biblioteca Nacional y la estimable ayuda de Faustino Corrales le habían ayudado a avanzar pero el tiempo se le echaba encima.

Recuerda que llegó un día a casa de Tino, excitada con una punzante sospecha. Sentía la imperiosa necesidad de encontrar respuesta a una pregunta que golpeaba en su cabeza desde días atrás. Necesitaba saber si se había confirmado que el reloj que llevaba Sandra Argoche, cuando encontraron su cuerpo a los pies del Monte Urgull en San Sebastián, pertenecía o no a su madre, como apuntaban las noticias.

—¿Por qué te preocupa ese caso?

—Porque tengo la sensación que se trata del mismo asesino —Patricia sacó su libreta de apuntes—. ¿En el cuerpo de Zoilo Cerrato no encontrasteis una pulsera de diamantes y un par de gemelos de oro que no eran suyos?

—Sí, así es ¿pero qué tiene que ver con...?

—Deja que se explique, Tino —intervino Sofía, viendo el entusiasmo de Pati.

El inspector levantó las palmas de las manos.

—De acuerdo, lo siento. Cuéntanos, Patricia.

La hija de la comisario esbozó una mueca de agradecimiento.

—No tardo mucho, pero es que no me lo puedo aguantar más y si mi madre se entera de lo que estoy haciendo me mata —echó un rizo rebelde por detrás de la oreja y añadió—: Bueno, a mí me resulta extraño que haya asesinatos que guarden el mismo *modus operandi* ¿se dice así, no?

—Sí, perfecto. El mismo modo de actuar.

—Lo que decía, que es extraño que con una forma similar de matar a sus víctimas sean distintos asesinos —ante el gesto de extrañeza de Tino levantó la mano pidiendo calma— mira, en San Sebastián encontraron en el 2002... —sacó unas fotocopias del número de la GaZeta Negra que recogía la noticia—... el cuerpo Sandra Bonaechea

Argoche de veinte años. A su madre, Arancha Argoche la asesinaron en 1983.

Ofreció las copias a un ya intrigado inspector.

—Aquí... —señaló con el dedo un párrafo— dicen que el reloj que llevaba la hija, Sandra, era de su madre y que en su familia no sabían que lo tuviera ella, que solía llevar otro.

Faustino leía la noticia de la GaZeta Negra con vivo interés, Sofía se había agarrado a su brazo mientras Calista ronroneaba junto a los pies de su ama.

—¿Podrías averiguar si echaron de menos el reloj de la madre cuando hallaron su cuerpo? ¿No te parece extraño encontrar otros dos miembros de una misma familia asesinados y con objetos personales que faltan?

Dejó la pregunta en el aire sin apartar la vista de Tino.

—No dice nada de la frase que le gusta al Asesino del Retiro, la de todo queda en familia.

Patricia ladeó la cabeza.

—Es cierto y me pregunto por qué. Quizá porque no pudo, no le dio tiempo o simplemente no quería que se relacionara en esos momentos con el cuerpo de Marisol Fuente.

—Veo que has hecho los deberes.

La periodista seguía entusiasmada con su relato.

—Sí, bueno pero no me va a valer para el trabajo de fin de carrera, no me da tiempo.

Faustino dejó las copias sobre la mesa. Entrecerró los ojos y miró a la hija de su jefa.

—Lo que dices tiene lógica. Le he dado muchas vueltas al tema de la pulsera de diamantes. No tiene sentido que deje esa pista en el cuerpo de un varón, sabía que nos iba a llamar la atención y que no íbamos a tardar en relacionarla con los padres de Zoilo Cerrato.

—Si...

—Lo que quiero decir es que, si llevas razón, cuando asesinó a Lorena primero, y a Sandra después, digamos que se divertía, pero que evitaba dejar pistas que llevaran hasta él.

—Dejó la primera en Marisol Fuente, no me refiero a la cadena de su padre, sino a la frase escrita en el suelo, pero era una pista difícil de seguir, hasta que en Málaga todo cambió.

—Eso es.

Patricia dio un sorbo al zumo de melocotón.

—¿Quiere que le cojan?

—Es muy posible, pero no lo sabremos hasta que no...

—Actúe de nuevo —cerró su libreta de apuntes— te dejo las copias, Tino. ¿Podrías enterarte de lo del reloj de Sandra y su madre? Quizá Marlasca...

—Sí, me pongo con ello —dijo sonriente.

Con el bolso sobre el hombro y la carpeta pegada al pecho, aún tenía una cuestión más que plantear.

—Tino, si el asesino es el mismo. ¿Cómo supo que a los padres de Marisol, Sandra y Zoilo, los mataron?

—Si lo hizo él mismo, tiene los datos y los trofeos.

—Sí, pero entonces ¿por qué tantos años entre unos y otros? ¿Por qué dos miembros de una misma familia? ¿Falta alguno más? ¿Te imaginas que el que mató a los padres no es el mismo que está actuando ahora? —dijo camino de la puerta.

—No tienes nada que envidiar a tu madre.

—Eres un exagerado, pero sabes que me animan mucho tus palabras —tras repartir besos de despedida se quedó mirando al inspector.

—A ver, suéltalo. ¿Qué está rondando por esa cabeza inquieta?

—Bueno, es solo otra pregunta, porque no encontré nada en el informe.

—¿Sobre el Asesino del Retiro?

Patricia tenía la mano sobre el pomo de la puerta, el rostro concentrado, como si estuviera leyendo en su mente.

—Sabes todo lo que nosotros sabemos y...

—No, no me refiero a eso. Es decir, sabemos lo de la frase en el suelo de la jaula que apareció Marisol Fuente, y la cadena de oro de su padre que llevaba al cuello.

—Así es.

—Me pregunto si la pulsera que llevaba Lorena en su muñeca, si habéis podido identificar a quién pertenece.

Faustino negó levemente.

—No, lo único que sabemos con certeza es que no era suya, y que le faltaba un anillo.

—¿No hubo ningún familiar asesinado?

—No, esa pulsera no es de ningún familiar, ni conocido.

—¿Había alguna inscripción?

—No te lo puedo asegurar ahora pero lo miraré. No recuerdo que en el expediente se dijera nada al respecto.

Patricia abrió la puerta de la casa con mirada ausente.

—Juraría, Tino, que la dueña de esa pulsera fue asesinada hace años. Lo que me pregunto es por qué el asesino eligió a Lorena.

—Como le oído decir a tu madre, posiblemente estuviera aprendiendo.

—Sí, podría ser.

Como se temía no llegó a tiempo de incluir en el trabajo de fin de carrera su investigación. Se había planteado dejar por escrito, a modo de conclusión, sus sospechas, pero le pesó ser hija de quién era y que por alguno motivo se volviera en su contra o de su madre. La calificación superó sus expectativas pero aún así no

estaba contenta, le rondaba la duda de si se había beneficiado de su apellido.

«Ya está hecho».

Había llegado el momento de regresar a la Facultad para recoger la última de las notas. Iba en compañía de Marta, en cuanto pusieron un pie en el amplio vestíbulo su amiga salió corriendo.

—¡Espera, nerviosa!

Diez minutos después tenían la papeleta en su poder.

Marta desplegó la suya con rapidez. Fijó la vista en el texto y sus ojos se abrieron teatralmente.

—¡Ya somos periodistas! —exclamó saltando y saltando con la última de las papeletas de los exámenes estrujada entre sus manos. Su melena castaña botaba al compás de sus brincos.

«¿Somos...? Ojalá que sea así».

Patricia guardaba la suya doblada en su mano cerrada. Miraba la alegría de su amiga, siempre tan efusiva, tan alegre. Entusiasmada con la vida, con lo que le ha deparado y, con más énfasis todavía, con lo que está por manifestarse.

Marta detuvo sus saltos.

—Si no la quieres mirar, Pati, déjame a mí porque me tienes de los nervios —pidió con la mano extendida.

—No es eso —bajó la vista a la mano— es que... —de pronto su mirada fue al tablón de anuncios. Desde donde se encontraba no podía distinguir el texto pero sí reconocer la cabecera del anuncio.

«¿La GaZeta Negra?».

—¿Qué miras con tanto...? —Marta siguió con la mirada los lentos pasos de su amiga.

Estaba pendiente del caso del Asesino de la Pulsera de Diamantes, como había denominado la mayoría de la prensa el homicidio de Zoilo Cerrato. Sin embargo, solo Marlasca en su artículo semanal y La GaZeta Negra, bajo la firma de *Hijos de Caín*, defendían que el Asesino del Retiro había vuelto a actuar, esta vez en Málaga. Los diferentes medios de comunicación contaban con partidarios de ambas teorías. Unos tachaban de estupidez a los que apoyaban la versión de un desplazamiento a la costa del asesino de Marisol y Lorena, no tenía sentido. El texto aparecido en el pecho de la víctima indicaba claramente que se trataba de un imitador, sí, más cruel y sádico, pero no dejaba de ser un imitador. Otros pronosticaban nuevas muertes causadas por el mismo asesino en serie.

Patricia se aproximó al anuncio, bajo el nombre de La GaZeta Negra, en la parte superior ocupando todo el ancho, leyó un breve texto:

¿Eres periodista, recién licenciad@ y te atrae la crónica negra?

¿Te gusta la investigación, te consideras trabajador@ insaciable y quieres aprender de la mano de los mejores?

Si has respondido afirmativamente a cada pregunta y crees que te identificas con el anuncio, llámanos, tenemos tres plazas para este verano en la revista referente de la crónica negra.

Patricia giró el rostro hacia su amiga y sonrió. De su bolso se hizo con una pequeña libreta y un bolígrafo. Anotó el número de teléfono.

—Ahora solo falta que haya aprobado —dijo a Marta. Miró la papeleta y suspiró.

—Eso es lo que querías ¿no? Trabajar en la GaZeta Negra. ¿Ves cómo todo va saliendo como esperabas? Ese anuncio sin duda quiere decir algo —al ver que Pati no se animaba a consultar la papeleta la cogió del brazo—. Venga, vamos fuera.

En silencio salieron al exterior de la Facultad de Ciencias de la Información. Marta introdujo la mano en el bolso y sacó un paquete de Winston, ofreció un pitillo a Patricia.

—No, gracias, que al final me engancharé —miró el cigarro— va, venga, pero solo uno.

Las dos amigas encendieron sus respectivos pitillos y exhalaban la primera calada al unísono.

—¿Sabes? Te mereces ser feliz. Eres una chica maravillosa, bueno, si no lo fueras no serías mi amiga —el rostro de la futura periodista de la moda esbozó una mueca— eres inteligente, educada y qué narices, eres mi mejor amiga. Y quiero saber si, la verdad es que lo sé, nos vamos a celebrar que hemos terminado al fin la maldita carrera de periodismo. Hazme el favor de mirar la puñetera papeleta de una vez —pidió con las palmas de las manos juntas.

Patricia sonrió.

—Está bien, ya voy.

Abrió la mano con parsimonia, se hizo con el papel y lo fue desdoblado con calma, con desesperante calma.

—Anda que no te gusta el suspense ¿quieres mirarla ya? —dijo Marta mientras daba una calada.

La hija de Rocío Prados bajó la vista al papel y leyó. Miró a su amiga, su sonrisa lo decía todo, no hacía falta añadir más. Tiró el pitillo al suelo y se abrazó a ella.

—Tú sí que eres maravillosa, y mi mejor amiga —murmuró.

—Bueno, eso no es difícil porque no tienes muchas.

—Eres lo peor de lo peor.

Mantuvieron el intenso abrazo durante unos segundos.

—¡Eh! ¡Chicas!

Las dos amigas se soltaron y volvieron sus rostros. Una mano se agitaba en el aire, la de Fernando, el reciente novio de Patricia, desconocido para su familia, al menos en cuanto a presentación oficial se refiere. Junto a él se encontraba su amigo Pau. Ambos estudiantes de Publicidad de último año. Ambos con la última de las papeleteas entre las manos.

—Ahí están nuestros, chicos —dijo Marta— por sus caras diría que han aprobado... los dos. ¿Tú, qué crees?

—De Pau no me fio mucho, tu chico siempre está contento, pero Fernando no lo puede disimular.

—Ni nosotras —dijo Marta blandiendo su calificación en el aire mientras cogía la mano de su amiga y la levantaba.

Fernando había llegado a la vida de Patricia unos días antes del parón de Navidad. Los padres de Marta celebraban sus bodas de plata y Patricia no pudo negarse a asistir.

—¿Por qué te alegra tanto que vaya? Si vas a estar todo el rato con Pau y no quiero estar de carabina.

—¿Pero qué tonterías dices? ¿Cuándo te hemos hecho sentir así? —Marta calló unos instantes, como si recordara...— bueno sí, ese día pero no más. ¿O sí?

Patricia se la quedó mirando sin añadir nada.

—Además es la fiesta de mis padres, me gustaría que me acompañaras ¿te imaginas rodeada de tanta gente mayor toda la tarde y parte de la noche? Porque no son de los que se van a dormir pronto.

—Pobre, qué pena me das.

Sí, fue a las bodas de plata, acompañada de Rocío y Jesús invitados por los padres de Marta. Unos minutos más tarde de que llegaran lo hizo Pau.

No venía solo.

—Pati, quiero presentarte al mejor amigo de Pau, Fernando.

Patricia llevó la vista a los ojos del chico moreno que la sonreía. Estiró su brazo, él se acercó dispuesto a darle dos besos pero al ver la mano de ella se detuvo y ofreció la suya.

«Qué tonta soy ¿pero qué me pasa?».

Al darse cuenta de que había metido la pata con la mano intentó rectificar con dos besos pero al ver la mano de Fernando...

Marta llevó la mano a la boca ahogando unas risitas.

—Vaya dos. A ver, repetimos —dijo mirando a uno y a otro de hito en hito—. Fernando, quiero presentarte a mi mejor amiga, Patricia Prados, normalmente no es así, suele ser mucho más resuelta.

La aludida le dio un suave manotazo en el antebrazo mientras se esforzaba en que el apuro que estaba pasando no subiera al rostro lo cubriera de rojo intenso y la dejase en ridículo.

—Patricia, este es Fernando, el...

No hizo falta añadir más. Esta vez, en perfecta sintonía, la futura pareja se saludó con los correspondientes besos, uno por mejilla.

Había llegado el momento de celebrar la licenciatura recién conseguida por las dos parejas. No ese día, con compartir unas cañas y tapas sería suficiente, aplazarían

para el próximo fin de semana en algún parador la celebración definitiva. Tras despedirse de sus amigos, Patricia aguardó unos instantes junto a la entrada del chalet. En su cabeza se repetían parte de las palabras de su amiga:

Te mereces ser feliz...

No es que no estuviera de acuerdo con ellas, pero le seguía costando horrores quitarse de los hombros el estigma que su padre le dejó grabado para siempre. Eliminar su apellido no fue suficiente. No podía negar que contar con una madre comisario ayudaba a mitigar el dolor. Sin embargo, a pesar de los años transcurridos había momentos en los que diría que no, que no se merecía ser feliz.

«Alma...».

—Tu madre se casó y amó a ese hombre, tu padre, sin saber qué tipo de persona era realmente —le dijo María pocos días atrás— imagínate descubrir que tu exmarido es el violador que estabas buscando desde hace años, que decides ir en persona a detenerle y se suicida delante de tus narices. Dime una cosa ¿crees que tu madre se merece ser feliz?

—Pues claro, mamá es la mejor madre que...

—Bien, pues tú también te lo mereces.

Patricia permaneció unos instantes mirando a María Esther. Muchas veces había agradecido la llegada de esa mujer a su vida. La mejor amiga de Alma Mateo, la hermana de Fran.

—Gracias, eres todo un ejemplo para mí. Mi padre fue uno de los que... bueno ya sabes, yo soy su hija y mi madre es... —se obligó a rectificar— era la mujer de ese... —balbuceó, emocionada— y sin embargo aquí estás, con nosotras.

—Ni Rocío, ni tú tenéis la culpa de nada, mételo en esa cabeza dura que tienes. Además, solo me importa el presente, y en él estáis vosotras dos, Jesús Romero, mi querida ahijada la pequeña Esther y por supuesto, mi marido y mis hijos.

—¿Sabes? No hay día que no piense que me hubiera gustado conocer a Alma y a Fran.

—Te hubieran caído muy bien los dos. Mi hermano era muy guapo.

Más relajada, con el recuerdo de la conversación mantenida con María entró en la casa. Tenía varias noticias que dar. Su reciente licenciatura y la entrevista en la GaZeta Negra dentro de quince días.

Berta llevaba toda la mañana trasteando de un lado a otro por la casa. Con la excusa de cuidar de la pequeña Esther, a pesar de que contaba con una canguro, había decidido no salir hasta que no regresase su nieta de recoger la última papeleta de la Facultad. Su principal duda radicaba en qué comida preparar como sorpresa.

—Si ha aprobado le haré su ensalada favorita de pasta, gambas y... —murmuraba mientras negaba con la cabeza— no, no, mejor llamo para que me reserven unos buenos gambones para hacer a la plancha, que la vuelven loca. ¿Tú qué dices? —dijo cogiendo a su pequeña nieta en brazos—. ¿Le preparamos a tu hermana esos

gambones?

—Pa... ti.

El problema se le planteaba en el impensable supuesto de que su nieta no hubiese aprobado, hacerle una comida especial no lo hubiera aceptado.

«Si al menos me llamara para avisarme. ¡Ay! Esta niña».

Dejó a la pequeña Esther con la canguro y se encaminó a la cocina. Estaba decidida, encargó los mejores gambones y unas buenas patas de pulpo a Raúl el pescadero. En media hora pasaría a recogerlo.

Mientras se daba los últimos retoques ante el espejo se reprendía por haber dudado de si Pati había o no aprobado. Faltaría más, seguro que es toda una periodista, aunque no tenía muy claro si esa profesión era lo mejor para una mujer, pero daba igual, tener una hija policía y una nieta licenciada en periodismo sin duda era raro ¿y qué?

Cuando Patricia entró en su casa y asomó la cabeza en el salón, su hermana pequeña se desembarazó de la canguro y torpemente se puso en pie.

—Pa... ti...

—¡Hola Esther! ¿Cómo has pasado la mañana? —dijo mientras la cogía en brazos — ¡qué te como esos mofletes! —Volvió el rostro hacia la cuidadora y sonrió.

La niña señalaba con su pequeño dedo en dirección a la cocina.

—¿Está ahí la abuela?

Sí, Berta, en cuanto oyó la voz de Patricia, se aproximó hasta la puerta, necesitaba escuchar las palabras mágicas que llevaba toda la mañana deseando oír.

Al fin las oyó:

—¿Sabes que tu hermana es toda una periodista? —dijo Pati cogiendo un brazo de la pequeña mientras daban giros bailando camino de la cocina.

Berta no pudo aguantar más, salió de su escondite emocionada.

—¡Felicidades! —exclamó abrazándose a sus dos nietas.

—Pero abuela, si estás llorando.

—De alegría, hija, de alegría.

Cuando al fin se soltó señaló el pulpo que estaba preparado y los gambones que esperaban junto a la plancha.

—Ay no sabes la mañana que he pasado. Claro, como no me llamabas y yo aquí sin saber... —dijo con suave reproche.

—Pero...

—Sí, lo sé. ¿Cómo no ibas a aprobar? Además quería que lo celebráramos las tres. Esta noche seguro que tu madre y Jesús nos llevan a cenar, pero me apetecía que tuvieras una comida especial.

—Tú, sí que eres especial, abuela.

—Anda, que soy más un trasto viejo que una ayuda.

—Eh abuela no empecemos así que te muerdo los mofletes como a Esther —dijo

escondiendo el rostro en la mejilla de una emocionada Berta.

—Quita, quita, que me arrugas aún más la cara. ¿Has llamado a tu madre para decirle que ya eres toda una periodista?

Sí, la había llamado desde la Facultad, sabía que la abuela llevaba razón cuando dijo que saldrían todos a cenar esa noche, pero no quería que se sintiera mal por no haber avisado y tenerla toda la mañana esperando noticias.

—Aún no, lo voy a hacer ahora mismo —salió de la cocina, dejó a su hermana con la canguro y se fue a su habitación.

—¡Pati! ¿Vas a traer a ese chico a celebrar...?

En el rostro de la nieta de Berta se formó una sonrisa. Hizo como si no hubiese oído la pregunta y continuó escaleras arriba rumbo a su dormitorio.

«Quizá no sea mala idea».

No iba a ser fácil para Fernando aceptar la invitación, su timidez, en lo que se refería a conocer a su madre y a Jesús era un tema que ya habían tratado en diferentes ocasiones. Sí, Patricia le entendía perfectamente pero había llegado el momento de dejarse de niñerías.

Cogió el teléfono y llamó. No a su madre, tal y como había asegurado a su abuela.

—Me gustaría que vinieras esta noche a cenar con mi familia para celebrar que hemos terminado la carrera.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Fernando?

—Sí, perdona es que mi madre me estaba haciendo señas. ¿Te puedes creer que me acaba de decir que te preguntara si podías venir mañana a comer con nosotros?

—Vaya, qué coincidencia —Pati se dedicó una sonrisa—. ¿Qué te parece? ¿Nos apuntamos?

—Creo que no nos queda otra. Aquí te quieren conocer ya.

—Aquí también, pero que sepas que la que no te va a quitar ojo de encima es mi abuela. No vale cualquiera para su nieta, estás avisado.

—Me estás asustando, espero no defraudar.

—No lo podrías hacer aunque quisieras.

No lo hizo.

De vuelta a casa después de la cena, Berta no paraba de hablar de Fernando. De lo alto y guapo que era, de su educación, la llamaba de usted y todo. De su simpatía, de lo bien que hablaba y de cómo vestía, con qué gusto. Sin embargo, había algo que no llegó a comprender del todo. Se había licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas. No, no sabía que eso se estudiaba, lo de hacer anuncios. Agradeció que el muchacho le explicara que había más cosas, que no todos hacían lo mismo, pero lo de las Relaciones Públicas le sonaba, bueno, mejor callárselo porque no iba a decir nada bonito. Pero si a su nieta y a su hija les parecían bien esas Relaciones Públicas, por muy feo que le sonaran a ella, nada tenía que decir.

«Otra profesión rara en la familia, policía, que ya van dos, periodista y las

relaciones esas».

—Pero qué majo es, Pati, qué majo.

Durante la cena, Patricia habló de su inminente entrevista, rogó a su madre que no hablara con el director de la GaZeta Negra, a quien por lo visto conocía de años atrás. No quería que supiera nadie de la revista que era hija suya porque si hacía bien las cosas seguro que pensaban que era debido a ello. Tampoco quería sentirse presionada si pensaban que debería echarles una mano con sus contactos si algún caso se torcía.

—No quiero que me cojan por mis relaciones con la policía —dijo mirando a Rocío y a Jesús Romero.

—Me parece que es una buena idea, hija ¿cuándo dices que tienes la entrevista?

—En dos semanas.

Colega

Gus viajó hasta el Parador de Gibralfaro en Málaga con su portátil y cámara de fotos a cuestas. Durante el trayecto en avión estuvo debatiendo, con su inseparable voz interior, la necesidad o no de incorporar un pequeño disfraz a su imagen. Un bigote diferente al que llevaba el pasado sábado podía ser de gran ayuda. No fue fácil tomar una decisión, por un lado quería mostrarse tal cual, como lo que era, un enviado de la GaZeta Negra, pero por otro, algo le decía que se lo pusiera, que ya habría tiempo de quitárselo. En los aseos del aeropuerto de Málaga completó su discreto disfraz.

Apenas habían transcurrido algo más de veinticuatro horas desde que se marchó de allí poniendo fin a la vida de Zoilo Cerrato y a la vinculación que le había unido a su padre en los últimos años. A partir de ese momento sus cacerías serían exclusivamente cosa suya, de su propia cosecha, en un terreno elegido por él.

Es posible que la detención del famoso asesino en serie, Dennis Rader, conocido por BTK, el pasado mes de febrero de ese 2005, al que Gus tanto admiraba por haber sido capaz de estar tantos años esquivando a la justicia, le hubiera empujado a poner punto final a su incómoda relación paterno-filial. Quizá, constatar que a pesar de que pudiera estar mucho tiempo cazando sin ser descubierto, llegaría el día en que algún avezado policía diera con él.

«Les estaré esperando».

No le preocupaba el momento de su detención, sino el no disponer de tiempo para crearse su propia carrera. A falta de un hijo que siguiera sus pasos, sentía la necesidad de aumentar sus trofeos que hasta la fecha eran, el anillo de Lorena, la cadena de Marisol, los relojes de Sandra y Zoilo, la pulsera de su hermana...

«No, esta la tiene mi madre».

En otros asesinatos que cometió siendo más joven no se llevó ningún recuerdo, le bastaba con sacar alguna instantánea del momento si es que había tiempo para ello.

Pasó la noche en Málaga, a la mañana siguiente alquiló un coche para subir al parador. Era martes, la zona continuaba bajo control policial y la prensa estaba apostada junto a la entrada.

«Por lo menos hay diez televisiones».

«Vaya, la BBC News».

Una relajante sensación, como si de la conclusión de un trabajo eficazmente realizado se tratara, se apoderó de su cuerpo. Observaba las siglas de la cadena de televisión con una punzante sensación de orgullo clavada en su pecho. Quién le iba a decir que su reciente cacería iba a traspasar fronteras. Le hubiera gustado acercarse hasta la furgoneta perfectamente equipada de la televisión inglesa, contarles todo lo

que quisieran saber y agradecerles el interés mostrado en su humilde persona.

Dedicó una visible sonrisa a su pensamiento mientras quitaba la funda a su Canon EOS-350D y comenzó a tirar fotos de todo lo que alcanzaba su vista incluida la furgoneta de la BBC.

«Podría ofrecerles mucha más información sobre un montón de casos que la policía aún tiene sin resolver, apuesto que nunca lo hará ¿por dónde quieren que empecemos, por mi querido padre o por mí?».

De pronto, ruido de multitud de pasos acelerados a su espalda. Voces que se pisan unas a otras, el familiar y repetitivo clic de diferentes cámaras de fotos haciendo su trabajo. Gus volvió el rostro. Los periodistas que hasta breves segundos antes montaban guardia, corrían en dirección al acceso al parador desde el que descendía una mujer de mediana edad. Al llegar a su altura el reducido tropel se detuvo a su alrededor.

Partió tras ellos sin dejar de hacer fotos.

—¿Qué han averiguado?

—¿Han detenido a alguien?

—¿Se confirma si el cuerpo ha sido identificado por su esposa y si...?

La mujer levantó los brazos pidiendo calma con escaso éxito.

Gus observaba a sus compañeros de profesión en una actitud que no por generalizada le costaba comprender ¿tan complicado era advertir que soltar una batería de doscientas preguntas sin aguardar respuesta no valía para nada?

—Por favor, escúchenme.

No se hizo el silencio del todo pero al menos las voces quedaron reducidas a una suerte de intenso cuchicheo.

—Mañana a las once de la mañana el comisario don José Miguel Remón dará una rueda de prensa en el ayuntamiento —dijo la mujer— no, en estos momentos no hay nada más que añadir —apuntó mientras daba media vuelta hacia el interior del parador perseguida, de nuevo, por una incesante retahíla de preguntas.

—Bonita cámara, colega.

Gus se giró orgulloso del comentario que acababa de escuchar. Un individuo pocos años mayor que él, sobrado de kilos, con las gafas sobre la cabeza sosteniendo una generosa mata de pelo rizado a modo de tirabuzones, le observaba con un palillo entre los dientes.

—Sí, lo es. Por cierto. ¿Quién es esa mujer?

—La jefa de prensa de la policía —contestó sin apartar la mirada de la cámara—. ¿Es una Canon EOS-350D?

—Sí, recién salida al mercado —contestó satisfecho, mostrándola pero con la correa en el cuello.

—En mi periódico no nos equipan con ese material.

—No, ni el mío tampoco.

El individuo de los tirabuzones asintió sin dejar de mirar la cámara.

—Pues más mérito todavía, colega —llevó la mano a las gafas y las colocó sobre la nariz—. ¿Puedo preguntar para quién trabajas?

«Lo acabas de hacer, gilipollas».

—Vengo de Madrid, trabajo para diferentes agencias —dijo mientras colocaba la cámara en posición de disparo y tiraba un par de instantáneas. Recordar que llevaba bigote le empujó a olvidarse de la GaZeta.

—¡Hombre! Yo también soy independiente, pero estoy en el parador enviado por el Diario Sur de Málaga. ¿Has venido hasta aquí a cubrir el asesinato?

—Así es.

—¿Puedo? —pidió con el brazo estirado.

A Gus comenzaba a abandonar su inicial sensación de orgullo, ocupando su lugar otra que le agriaba el carácter. Su *colega* estaba consiguiendo irritarle.

—Luego, cuando termine el reportaje.

—Ok, ok —elevó las palmas de las manos en el aire— no me conoces de nada y podría salir corriendo con la cámara ¿eh?

«Tú, inténtalo...».

Gus optó por no abrir la boca. No por falta de una respuesta directa que posiblemente dejaría en ridículo a su compañero de profesión sino por no dejar patente, nada más llegar, lo que pensaba de él.

«Tiempo habrá para mandar a la mierda».

Apuntó con la Canon en dirección a la primera planta del parador y disparó varias veces. El orondo individuo llevó la mirada al punto seleccionado por Gus, devolvió las gafas a su lugar sobre la cabeza y soltó algo parecido a un gruñido. En la terraza, frente a la que fuera la habitación de Cerrato, había varias personas, algunas de ellas uniformadas. Miró a Gus y escupió el palillo, como por arte de magia extrajo otro de la bocamanga, tras hacer malabares con los dedos de la mano lo situó con destreza entre los labios.

—Si acabas de llegar igual no lo sabes. Yo llevo aquí desde el domingo por la mañana. He visto a los policías que vinieron de Madrid con el comisario José Miguel Remón de aquí, de Málaga. Por lo visto alguien decía que se trataba del mismo individuo cobarde que había matado a dos chiquillas en Madrid. Al que llaman el Asesino del Retiro. Sabes quién te digo ¿no?

Gus sintió como se le tensaban los músculos.

—Lo que te decía, un mierda. Pero no un mierda cualquiera, no —llevó las manos a sus pantalones, agarró el cinturón y tiró con fuerza hacia arriba— resulta que le ha salido un puto imitador. Porque eso es lo que es, ¿quién se puede creer que el mierda ese haya venido hasta aquí para cargarse a un individuo que no conoce de nada? Lo suyo son niñas indefensas. En fin, que has hecho el viaje en balde, colega.

«¿Qué soy cobarde? ¿Qué lo mío son niñas indefensas?».

Gus permaneció unos instantes barriendo con la mirada todo el frente del parador. Necesitaba recuperar su pulso cardiaco antes de abrir la boca. Con el puño cerrado

sentía como las uñas se clavaban en la mano. Bajó la vista y suspiró un par de veces.

—¿Te encuentras bien, colega? —quiso saber.

Lo de *colega* comenzaba a hartarle.

—Pensaba en lo que has dicho, que he hecho el viaje en balde, aunque ya que estoy aquí no me quedará otra que conocer Málaga. Qué cojones, que les den a los de las agencias por capullos.

—Así se habla. Me llamó Ramón —dijo extendiendo la mano.

—Yo, Gus. Voy a tirar unas fotos y te dejo que la eches un vistazo ¿te parece? Ponte ahí, que salgas junto a la BBC.

—¿Aquí?

—Eso es.

«¿Cobarde? ¿Niñas?».

A media mañana abandonaban el Parador de Gibralfaro, cada cual en su coche. Gus seguía a Ramón con un propósito bien definido, pero se tomaría sus buenas horas. Tenía un hambre atroz y ganas de que alguien le enseñara algún sitio de los que disfrutar de la gastronomía de la tierra. Aparcaron junto a la calle Maestranza. En cuanto bajó del coche, el Asesino del Retiro enfocó la vista en la plaza de toros.

«Hace mucho tiempo que no voy a una corrida. Buenas tardes pasamos ¿eh papá?».

Unos pocos metros más adelante aparcó Ramón. Le vio bajar del coche, sonriente, con las gafas en la cabeza, como si aguantar sus tirabuzones fuera su único cometido, y el palillo en un extremo de la boca.

—¿Dónde me llevas?

—¿No querías conocer un poco todo esto? —dijo Ramón subiéndose una vez más los pantalones— la verdad es que hace mucho tiempo que no vengo por esta zona, mucho trabajo, muchos informes, todo el día de aquí para allá.

—Sí, sí, entiendo, todo mucho.

—No sé tú, pero yo me comía un buey.

—Empecemos por unas cervezas y algo de picoteo.

Ramón sonrió. La cercanía de una fría cerveza y comida le hizo salivar.

Caminaban junto al Paseo del Parque.

—Ahí tienes el Ayuntamiento de Málaga —señaló con el brazo estirado a su derecha—. Es un edificio neobarroco aunque también tiene algo de modernista. ¿Sabes que se le llama también la Casona del Parque? Este paseo por el que vamos es el resultado de una ampliación del puerto del siglo XIX. Al otro lado están los Jardines de la Puerta Oscura que...

Gus no sabía si arrepentirse de haber aceptado la compañía de Ramón o afianzarse aún más en la idea que se había atrincherado en sus más siniestras intenciones.

«Paciencia, llegará tu momento de disfrutar antes de lo que imaginas».

—... y ese de ahí es el Banco de España —Ramón se volvió hacia su acompañante— ¿me estás escuchando?

—Sí, sí, claro, no pierdo detalle, pero me gustaría tomarme una caña.

—En cinco minutos llegamos.

Cruzaron junto al Rectorado de la Universidad de Málaga y continuaron por la Travesía Pintor Nogales. El siguiente punto en el que Ramón iba a poner su acento como guía turístico era el Teatro Romano.

—¿Sabes que fue ordenado por el emperador Augusto en el siglo I antes de Cristo? —apuntó orgulloso— pero seguro que no sabes que en los trabajos que se realizaron para recuperar el Teatro Romano encontraron pruebas arqueológicas que demuestran que los fenicios vivieron aquí de forma estable allá por siglo VII antes de Cristo.

Gus llevó la vista al punto indicado por Ramón que amenazaba con pararse y desarrollar en mayor medida su faceta de guía.

—¿Crees que en esos bares de ahí delante habrá alguna prueba que demuestre el consumo de cerveza fría de forma estable?

—Claro, tendrás que disculparme, pero te recuerdo que soy periodista y llevo casi toda mi vida aquí, como me pediste que te enseñara esto pues... —al ver el gesto contrito de su colega optó por responder a la pregunta que tenía pendiente— vamos ahí, a la vuelta, al Pimpi, es la bodega con más solera que puedas encontrar.

Gus quedó impresionado con el local tras recorrerlo de la mano experta de Ramón por sus diferentes salas y espectaculares vistas, sobre todo la que llaman el Palomar de Picasso desde donde se puede contemplar la Alcazaba y el Teatro Romano.

Después de dar buena cuenta de varias cervezas, una botella de vino, y sus correspondientes raciones de jamón de bellota gran reserva D. O, una ensalada de pimientos, boquerones fritos y unas cigalitas, todo ello pedido por Gus, a quién no se le pasaba por la cabeza dejar en manos de su acompañante el tema gastronómico, pusieron rumbo a la calle Molina de Larios para tomar unos vinos en la Taberna del Obispo acompañados de pescaditos y revueltos. Por último hicieron un alto en El Chinitas donde Gus pidió un solomillo de ternera al vino de Málaga y Ramón un chuletón de buey. Todo ello regado con la tercera botella de vino y un par *gin tonics/i*>.

Chiqui

Rocío Prados tenía sobre la mesa toda la documentación que había podido recopilar sobre el Asesino del Retiro. Era un caso extraño, diferente a los que se había enfrentado a lo largo de los años.

—Una de las cosas que más me desconcierta es que no sepamos con certeza de si se trata de un individuo o varios —dijo la comisario en la habitual reunión de los lunes en su despacho.

Mendía repasaba una vez más uno de los informes.

—Con certeza, no, pero sí que podemos deducir que estamos ante dos asesinos, por lo menos, o ante uno de mediana edad que actúa en solitario.

Rocío rellenó la taza de café, la mirada perdida en las diminutas burbujas, su mano tras la nuca jugando con las puntas del pelo. Mendía y Corrales observando en silencio.

—Si estamos en lo cierto con las dos posibilidades, me inclino por la primera de ellas —Prados pareció despertar de repente. Dio un corto sorbo al café y miró a sus compañeros— ¿os acordáis del individuo que siguió a la mujer que pudo haberse convertido en la tercera víctima del Retiro? ¿Diríais que se trataba de una persona de media edad o de un individuo más joven?

Mendía y Corrales intercambiaron sus miradas. Ambos habían corrido tras el asaltante.

—Más joven que yo, seguro —señaló Mendía— corría mucho más rápido y no lo digo solo por el tabaco.

—La chica en su declaración dijo que... —Corrales llevó la vista a sus notas—... no pudo verlo bien, llevaba gorra, pero que tenía un bigote feo con mucho pelo y patillas.

—¿Si fuera un disfraz?

—En ese caso, comisario, nuestro sospechoso sería un joven asesino en serie —apuntó Mendía— no pudo ser el que terminó con la vida de los padres de Zoilo Cerrato en París.

—Entonces buscamos a dos... por lo menos ¿no? —intervino Corrales— ¿padre e hijo? Lo digo por lo de *todo queda en familia*.

El último sorbo del café de la mañana era el primer peor momento del día para el inspector jefe. No había manera de que su cuerpo dejara de demandar su dosis de nicotina.

—Sé que el café y el tabaco van de la mano —dijo Rocío, como si leyera los pensamientos de su compañero— quizá deberías dejar el café y...

—No, no, al revés, no pienso permitir que la puñetera nicotina controle mi vida —volvió el rostro hacia Faustino—. ¿Si la inscripción no se refiere a su familia sino a la de las víctimas? Es decir, cuando escribe *todo queda en familia* se dirige a Zoilo Cerrato y a sus padres.

—Y a Marisol Fuente y a Mariano Fuente, su padre, asesinado en Venecia en el 83.

Un repiqueteo en la puerta dio paso a María Esther que se disponía a recoger la bandeja del café.

—¿Traigo más?

—Para mí, no, gracias —dijo Rocío— otro café y me pongo a dar saltos —abrió una carpeta y se hizo con varias hojas— entonces, tenemos que la medalla que apareció en el cuerpo de Marisol pertenecía a su padre. Las iniciales de MFH corresponden a Mariano Fuente Hernán, también contamos con el testimonio de la madre de Marisol que reconoció la cadena y echó en falta la de su hija, por otro lado...

—A mí ese es un punto que me preocupa —cortó Corrales la intervención de la comisario—. ¿Qué va a hacer con la cadena que se ha llevado? ¿Y con los demás trofeos? ¿Los tiene reservados para otras víctimas?

Durante el siguiente minuto se hizo el silencio en torno a la mesa de reuniones del despacho de Prados. Faustino con la mirada fija en su libreta, como si confiara en que las respuestas aparecieran frente a sus ojos.

—... seguirá matando... —susurró— tenemos que dar con él antes de que cambie su *modus operandi*.

—¿Por qué lo iba a cambiar?

—No lo sé, inspector jefe, pero si lo hace y deja de escribir su frase y de intercambiar trofeos con las víctimas será más complicado atraparlo. Tengo que encontrar la forma de... —el rostro del inspector mudó a un tono cetrino, parecía abatido, el que en su momento fue su primer caso como responsable se le estaba resistiendo.

«Quizá no valgo para esto».

Sintió como la mano de Rocío se posaba sobre su antebrazo.

—No, Faustino, no tienes que encontrar la forma, sino que *tenemos* que encontrar la forma. Y sí, si te lo estás preguntando, eres un buen policía y mejor inspector.

Corrales asintió.

—¿Tenemos algo nuevo de Cerrato? —Quiso saber la comisario.

Mendía negó con la cabeza.

—No, por el momento no tenemos tanta suerte. La mujer de la víctima sigue trastornada con la doble vida que llevaba Zoilo. No reconoce ni la pulsera ni los gemelos, apostarí a que no le preocupa en absoluto si detenemos o no al asesino de su marido.

Rocío clavó su mirada en el inspector jefe.

—No me mires así. ¿No te dio esa sensación cuando la interrogamos?

La comisario asintió, muy a su pesar reconocía que esa era la impresión que transmitía la viuda. Como si quiera pasar página cuanto antes.

—Si no fuera por todo lo que sabemos del caso, resultaría la sospechosa habitual.

Sí, también en esto llevaba razón Mendía. Presentaba todos los rasgos para ser considerada culpable, sin serlo y lo más llamativo es que no parecía importarle.

—¿Y si preguntamos a la familia de la madre de Zoilo Cerrato? —soltó Corrales, como dejando caer una pregunta que pudiera parecer a todas luces absurda.

Mendía y Rocío le miraron.

—Esperemos que científica encuentre ADN en la pulsera de diamantes, si tenemos suerte será el momento de hablar con esa familia.

—Viven en París.

Por lo menos en este punto sí que hubo suerte. Unos días después encontraron unas muestras mínimas de sangre y de epiteliales que correspondían a una mujer llamada Claudia Dubois.

—¿Claudia Dubois? —Mendía no daba crédito—. ¿Qué pasa con el segundo apellido de Zoilo Cerrato, no era Mortero?

—Moreto —apuntó Rocío con el informe de los resultados entre sus manos. En su rostro se perfilaba una sonrisa.

—No te veo muy sorprendida.

La comisario llevó la vista al desconcertado rostro del inspector jefe.

—Es posible que sea porque cuento con más información que tú, aunque la tengas a tu alcance. Creo que no me equivoco si afirmo que tienes una copia como esta en la mesa de tu despacho —dijo blandiendo el informe en el aire.

Mendía se retrepó en su asiento.

—Bueno, he venido directamente cuando María me dijo que me esperabas. ¿Me vas a decir qué ocurre o tengo que sentirme como un niño al que le están regañando?

Rocío levantó las palmas de las manos en son de paz.

—De acuerdo, José Carlos. Verás, le pedí a María que buscara todo lo que hubiera de Mel Cerrato, su mujer y su hijo Zoilo —pasó un par hojas del informe y lo colocó frente a los ojos de su compañero— lee a partir de aquí, el siguiente párrafo —señaló un renglón a mitad de página.

Leyó...:

Mel Cerrato se separó de su segunda esposa, Macarena Moreto, en 1980. Fue un divorcio difícil y largo, la mujer no le perdonaba sus constantes infidelidades. La siguiente mujer en su vida, presentada como tal en sociedad, fue Claudia Dubois, una joven francesa a la que llevaba veinticinco años con la que contrajo matrimonio al año siguiente —Mendía levantó la vista de la hoja—. Parece que no le duró mucho el luto al señor Cerrato. Por lo tanto

¿podemos afirmar que la pulsera de diamantes es de... —buscó el nombre en el texto—... Claudia Dubois que era la esposa en aquellos momentos de Mel Cerrato?

—Así es.

—¿Qué une a padre e hijo, aparte de haber sido asesinados en un hotel?

—Quizá el asesino o los asesinos. Eso es lo que tenemos que averiguar —Rocío permaneció unos segundos como ausente.

—¿Qué te preocupa?

Contrajo los labios sin levantar la vista del informe.

—Lo tuvimos tan cerca aquel día en el Retiro y ahora se ha convertido en un caso enquistado. Es un caso...

—Reconozco esa sensación, en un caso de mierda.

La comisario esbozó una sonrisa.

—Sí, algo así, pero lo que realmente me preocupa es ir detrás de él como si estuviéramos esperando que vuelva actuar y nos deje unas migajas para que le sigamos. ¿Sino, por qué llevó consigo la pulsera y los gemelos si no es para darnos pistas de las que tirar? —calló unos instantes, bajo la atenta mirada del inspector jefe, añadió—: nos está diciendo que tiene en su poder collares, relojes de gente que fue asesinada y que son familiares de los que él está matando, de los que se lleva un nuevo trofeo y deja el antiguo.

—Todo queda en familia... —murmuró Mendía.

—Sí, creo que esa frase es la llave de todo.

Faustino Corrales se debatía entre respetar la palabra dada a Patricia Prados o informar a su madre de su teoría sobre el Asesino del Retiro, más concretamente sobre otros homicidios que había compartido con él. Tal y como marchaba la investigación, lenta y tediosa, la idea de Pati aportaba luz.

—¿Si lleva razón?

Le había pedido que se informase sobre un crimen acontecido en San Sebastián a los pies del Monte Urgull, Patricia se preguntaba si era cierto que el reloj que apareció en el cuerpo de la joven Sandra pertenecía a su madre, asesinada diecinueve años antes. Sí, se había puesto con ello y con su segunda petición; averiguar si en la cadena que llevaba Lorena Rodríguez, la primera víctima del Retiro había alguna inscripción.

«... si mi madre se entera de lo que estoy haciendo me mata».

Recordó las palabras de Pati, agobiada por la posibilidad de que se descubriera su interés en un caso que traía en vilo a toda la comisaría. No porque lo hubiese elegido como trabajo de fin de carrera sino porque pudiera ponerse en peligro.

Con la pulsera hallada en la muñeca de Lorena, entre las manos, y el objeto de su búsqueda frente a sus ojos, su condición de policía luchaba por imponerse a la

palabra dada. En el informe inicial no se recogía nada al respecto. Lo añadiría él mismo.

En el interior de la pulsera de plata encontrada en el cuerpo de la joven Lorena Rodríguez se pueden apreciar tres iniciales que corresponden a las letras U. R. Q.

El rostro del inspector esbozó una mueca. Patricia llevaba razón. Si la pulsera no era de Lorena y lleva grabadas tres iniciales, sabiendo lo que sabían respecto a otras víctimas era lógico concluir que debe haber otro fallecido de muerte violenta cuyo nombre responde a las iniciales U. V. Q. A todo esto había que añadir el anillo que sustrajeron a la víctima que llevaba la inscripción; *Lorena 2-01-1981*.

«Está claro que el asesino tiene en su poder, que sepamos hasta ahora, la cadena de Marisol, el anillo de Lorena, un reloj de Zoilo...».

Corrales pasó una hoja de su libreta y anotó:

¿Añadir el reloj de Sandra Argoche, como cree Patricia?

Mientras el inspector devolvía las pruebas a su lugar asentía con la cabeza. El padre de Sandra reconoció el reloj de su mujer Arancha, que había dado por desaparecido, en el cuerpo de su hija. No, seguro que ella no lo tenía, porque lo hubiera sabido. Sí, con toda seguridad.

Antes de compartir con su jefa la información que obraba en su poder quería hablar con su hija.

«No te va a sentar nada bien, pero no me queda otra alternativa, Pati».

Gus había regresado a Madrid tras su provechoso viaje a Málaga. Tras la rueda de prensa del comisario envió su segundo artículo en el que reflejaba lo dicho por el comisario José Miguel Remón, en definitiva, nada que aportara mayor información a lo que todos sabían mientras la investigación se hallara bajo secreto de sumario. Lo que sí hizo fue enviar un par de fotos de Cespeda. Una junto al vehículo de la BBC y otra de perfil, atendiendo a la jefa de prensa de la policía en el Parador de Gibralfaro. Ninguna instantánea que pudiera reflejar algún tipo de acercamiento entre ambos. Al final del artículo añadió unas líneas:

Nuestro colega Ramón Cespeda— una mueca irónica se formó en su rostro al escribir, colega— periodista independiente que cubría el asesinato de Zoilo Cerrato para el Diario Sur de Málaga ha fallecido esta misma mañana. Su cuerpo sin vida ha aparecido al borde de la carretera. Mi contacto con él se limita a unas pocas horas en el día de ayer, junto al Parador de Gibralfaro. Sé que era muy querido entre los compañeros de profesión que se preguntan si su muerte guarda alguna relación con la de Cerrato. ¿Por qué? Porque en su pecho apareció grabada una inscripción que hasta el momento no ha podido ser descifrada.

Sonrió al comienzo de escribir una de las frases que más le gustaba plasmar en

sus artículos:

Según fuentes cercanas a la investigación —¿qué mejor fuente que la mía, eh?— dicha inscripción podrían ser seis letras. ¿Coincide con el texto que nos aseguran mostraba el pecho de Zoilo Cerrato? ¿Podemos achacar al azar que aparezcan en Málaga, con apenas dos días de diferencia, dos cuerpos con sendas grabaciones realizadas con un objeto cortante? Si la respuesta es que sería demasiada coincidencia, ¿qué nos queda? ¿Quizá una relación entre el que algunos han calificado como vulgar imitador y llamado el Asesino de la Pulsera de Diamantes y nuestro colega Cespeda? O ¿Quizá ha sido obra del propio Asesino del Retiro, teoría que defienden otros, entre los que se encuentra este corresponsal?

Lo que parece probable considerar es que al asesino no abandonó la ciudad tras su primer crimen, regresó a la mañana siguiente al Parador y a lo largo del día coincidiría con Cespeda, quizá este compartió su investigación sin saber que estaba cavando su propia tumba...

Tras prometer próximas entregas se despidió con su firma habitual; Hijos de Caín.

La GaZeta Negra salió a la calle ese jueves con la foto de Ramón y un llamativo interrogante: *¿Quién ha asesinado a nuestro colega?* A las pocas horas de la salida se agotaron todos los ejemplares. Satisfecho con su trabajo, Gus dedicó el sábado a su tapadera en *Peludos*. Con el paso de las semanas sentía que sus visitas le servían de desahogo. Pasear con los perros, darles de comer, sentirse reconocido por ellos, su alegría al verle. No, no estaba acostumbrado a ese tipo de recibimientos y reconocía que no solo no le hacía sentir ninguna incomodidad sino que le gustaba. Quizá también parte de culpa en esa relajación fuese atribuible a Cela, la chica a la que debía todo lo que iba aprendiendo.

«Y a Ramona...».

Sonrió abiertamente mientras acariciaba a la perra de raza indefinida, que por algún extraño motivo se volvía loca de contenta cuando le veía aparecer en la protectora.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Cela.

—¿Reírme? —Gus hubiese jurado que estaba solo con la perra—. No, no era una risa sino más bien un recuerdo a Ramón, el periodista que asesinaron en Málaga el pasado lunes por la noche.

—Sí, lo leí en tu periódico.

—Me resulta curioso que se llame como ella —dijo señalando a la perra.

Cela le observaba con curiosidad. Sabía que a pesar de los numerosos fines de semanas que habían compartido no se podía decir que fuesen amigos. Al menos no lo que ella consideraba como tal. Le gustaba su físico, su planta, pero era consciente del

inquebrantable muro que se elevaba entre ambos. Muro que en alguna ocasión había intentado escalar, rodear o incluso ignorar pero no había dado resultado. No el deseado, si acaso había conseguido que Gus se mostrara más lejano, lo veía en su mirada, tan cambiante como seductora. Tan fría en ocasiones, como cálida en otras.

«Algo escondes».

La tarde pasaba conforme a lo esperado para Cela. Más público del habitual que entre semana para ver a perros y gatos y por tanto mayor número de adopciones.

—Esta perrita ha sido maltratada ¿ves la cara de pena que tiene? Ven, acércate —pidió Gus a una niña que no debía tener más siete u ocho años—. No muerde. Al revés, lo que hará será chuparte las manos.

La niña esbozó una mueca tímida y miró a su padre.

—¿Te gusta esa perrita? —el hombre puso la rodilla en el suelo junto a su hija.

La niña asintió.

La perrita, de pelo corto de varios colores entre los que destacaban el blanco y café claro, que no sobrepasaba un palmo de altura avanzó un par de pasos hacia la puerta enrejada al ver que Gus la abría.

La cabeza gacha, los ojos apuntando a su cuidador y el paso lento enternecieron a la niña, que ya despojada de dudas e inseguridades tomó asiento sobre sus talones junto a Gus.

—¿Cómo se llama?

—Chiqui, de Chiquinina, es la más pequeña de la protectora y muy cariñosa. Acércale tu mano.

La niña estiró el brazo ofreciendo el dorso de la mano a la perrita que primero olió y luego lamió como si de un helado se tratara.

—¡Oh! —exclamó, de pronto comenzó a reír y Chiqui a correr de un lado a otro, dando pequeño saltos, feliz porque esa niña le transmitía calma y parecía que ya tenía una casa en la que estar y una compañera de juegos.

—¿Quieres que nos la llevemos?

—Sí, papá, es preciosa y muy simpática.

Cela no perdió detalle de la escena que se desarrollaba frente a sus ojos. Esos momentos, escasos, sí, pero también los había, podían con ella. El lado frío y distante de Gus desaparecía, en su lugar un chico tierno, sensible, de dulce mirada traía de calle a todos los clientes.

«Sobre todo a clientas y a sus hijas. Es un ligón descarado».

El fin de semana anterior pretendió quedar con él a tomar algo, pero no se quiso dar por aludido. No era la primera vez que lo intentaba, tampoco quería agobiarle porque se trataba de un trabajador voluntario que daba muy buena imagen a *Peludos*, su madre le tenía cariño y le gustaba su forma de hacer las cosas.

—Seguro que alguna le ha roto el corazón y no quiere saber nada de chicas.

Las palabras que le dijo su madre cobraban todo el sentido ante escenas como la que había vivido minutos antes. Chiquinina por fin tenía un hogar, y todo gracias a la

ternura y buen hacer de Gus.

—Me ha encantado como has tratado a la niña —dijo Cela— y a Chiqui.

El rostro del periodista esbozó una de sus mejores sonrisas.

—Ha sido fácil. ¿No te has dado cuenta que eran tal para cual? —cerró la que fue la jaula de la perrita y se volvió hacia su compañera—. Me preguntaba si te apetecería cenar conmigo. Puedo hacer algo, no es que sea un gran cocinillas pero...

—¿En tu casa?

—Sí, si te parece bien. Algo de picoteo y un vino.

—¿Uno solo?

—Vale, dos... por lo menos.

Cela llevó inconscientemente la mano a la cabeza. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Lo que más deseaba había llegado de la forma más inesperada. De repente su atención se fue al pelo, a las pintas que debía tener, a las uñas, a cómo iba vestida. Dudaba de si estaba depilada lo suficiente como para llevar falda y...

—Si te parece te espero en mi casa, tengo que pasar por el súper a comprar algo para la cena. Solo dime una cosa ¿carne o pescado?

—Lo que mejor te salga.

—De acuerdo, un poco de ambas.

Hora y media más tarde Gus entraba en su casa con las bolsas de la compra. Cela le gustaba desde el primer día pero se propuso no relacionarse con nadie de *Peludos*, tuvo que reconocer que su impulso era más fuerte. No se trataba de aquel que le empujaba a salir de caza como fuera, era diferente. Sentía atracción sexual por Cela, deseaba tenerla en su cama y disfrutar.

Lo de sentir amor o algo parecido no formaba parte de su escala de emociones. Estaba a gusto con esa chica y se había permitido la licencia de invitarla a su casa a cenar. La luz que se encendía en su cerebro cuando se aproximaba un momento de caza estaba apagada.

«Que siga así, con la experiencia de Ramón confío tener más que suficiente para una temporada».

Sobre la mesa de la cocina fue vaciando el contenido de las bolsas. Para el aperitivo, jamón ibérico, queso curado de cabra y gambas rojas a la plancha. Como plato para la cena compró su imprescindible solomillo de cerdo ibérico, en esta ocasión al horno con una base de patatas panaderas y cebolla. Para beber, dos vinos, uno blanco; Marqués de Riscal y otro tinto, Azpilicueta.

Aún contaba por delante con algo más de una hora.

Lo primero, servirse un cerveza tostada bien fría, que sería su acompañante mientras preparaba las gambas dejándolas en un plato manchado de aceite de oliva. A continuación repasó el solomillo, le habían quitado hasta las finas telillas que tanto le incomodaban. Cortó el queso, dispuso el jamón en un plato, tapó ambos con papel de aluminio y se fue a la ducha.

De paso por el salón pulsó el contestador del teléfono confiando en que la puñetera mujer no hubiese dejado su repetitivo mensaje. Solo había uno, de apenas dos horas antes, su jefe Emilio Cortijo le comunicaba los buenos resultados de la última tirada de la GaZeta Negra y le apremiaba a que fuese dando forma al siguiente artículo sobre el asesinato de Zoilo Cerrato.

—... y por cierto, Gus, la próxima semana tengo que hacer entrevistas a alumnos recién licenciados, ¿recuerdas cuando te tocó a ti, eh? La cuestión es que me gustaría que estuvierais cerca tú y Venancio. Quiero cerrar este tema de las prácticas cuanto antes...

«Lo que me faltaba, ahora de entrevistador de niños».

Repasó los dos ordenadores para comprobar que no hubiera nada que pudiese atraer la atención de una persona tan curiosa como Cela y se fue a la ducha.

Minutos después se hallaba de nuevo en la cocina. Se preparó otra cerveza y encendió el horno para precalentarlo a 180.º. Consultó el reloj.

«Debe estar a punto de llegar».

Regresó al salón y dejó puesta la mesa. Cerca estuvo de colocar un par de velas pero se contuvo a tiempo, no vaya a ser que su visita equivocara la intención. Llevó el jamón y el queso a la mesa, rodeados de varios puñados de pequeños colines, y encendió la vitro para las gambas.

Cuando ya se habían dorado por un lado y salado, llamaron al telefonillo. Mientras Cela subía, metió en el horno la fuente con las patatas panaderas de cama, sobre ellas una capa de cebolla y encima el solomillo sal pimentado. Regó todo con un generoso vaso de vino blanco ya mezclado con abundante dosis de mostaza y una pastilla de carne.

—Unos cuarenta minutos...

El no tan familiar timbre de la puerta le avisó de la llegada de su compañera, e hija de la propietaria de *Peludos*, Cela. Era la primera vez que cocinaba para alguien en su casa que no fuera su tía Veva, solo ocurrió hasta esa misma noche en un par de ocasiones. Únicamente había subido una chica, una noche complicada, sin recordar cómo ocurrió se encontró en su cama con alguien a quién no recordaba.

—¡Qué bien huele, Gus! —dijo la menuda Cela entrando en la casa. Se había dejado el pelo suelto, desprendiéndose de su habitual coleta.

—Estás... no sé...

—Será que me he soltado el pelo.

—Será...

«Muy guapa, sí...».

—He traído algo de postre, no sabía qué y me acordé de un día...

—No tenías que haber traído nada —dijo abriendo camino rumbo a la cocina.

—Es un helado de menta y chocolate que sé que nos gusta a los dos.

—Bueno, si se trata de algo así no me puedo negar. Déjalo en la nevera —señaló el frigorífico— creo que esto ya está.

Las gambas chisporroteaban en la sartén.

Gus las retiró con cuidado, como si temiera que fuesen a explotar si se le caían las fue depositando en una bandeja.

—El vino blanco está en la nevera, he dejado en el salón una hielera.

—¿Quieres que abra la...? —con la botella en la mano Cela buscaba con la mirada el lugar en el que se pudiera encontrar el abridor.

—En el segundo cajón —dijo Gus camino del salón-comedor.

La chica de *Peludos* hubiese jurado que por algún lado tendría que haber una cámara oculta. Disimuladamente recorrió con la mirada las paredes de la cocina. Sí, era consciente de que se trataba de una exageración suya, fueron no menos de cinco o seis las veces que dejó caer su interés en tomar con él un inocente café y siempre respondía con alguna excusa simple y descorazonadora. Incluso su madre cuando esa misma tarde le dijo que había quedado con Gus mostró su extrañeza sin el menor reparo.

—¿Con Gus... Gus? ¿Nuestro Gus, el voluntario de *Peludos*?

—¿Cuántos más conoces?

—No, ninguno más, pero me resulta raro, no por ti hija, sino porque parece que lo suyo no es congeniar, es como si viniera las horas que tiene pactadas por alguna obligación.

—¿Encuentras el abridor?!

La voz del protagonista de sus pensamientos coincidió con el último esfuerzo y el tapón apareció enrolladlo en el sacacorchos.

—¡Sí, ya voy!

Al entrar en el salón vio a su anfitrión de espaldas a la mesa, echado un poco hacia delante sobre algo que parecía una gran urna de cristal.

—¿Te acuerdas de ellas? —preguntó sin volverse mientras dejaba comida a las tortugas.

«¿Acordarme?».

Cela sirvió dos vasos de vino blanco, con ellos en la mano se acercó a él.

—Toma, está muy rico este vino —llevó la vista al interior de la pecera y la mano a la boca—. ¡Pero, cómo han crecido!

—Menos mal que me dijiste que no crecerían mucho, si siguen así les tendré que buscar un apartamento para ellas solas.

—Exagerado —apuntó sonriente mientras le daba un suave manotazo en el antebrazo.

—Vamos a por las gambas... ¡Coño, el solomillo! —dijo mientras se perdía camino de la cocina.

Cela le observaba sonriente, en silencio le siguió. Vio como abría el horno y con una aguja pinchaba la carne. Negó con la cabeza, seguía sin creérselo.

—Le falta poco, el tiempo necesario para que tomemos el aperitivo con calma ¿vamos?

—Vamos —convino Cela mientras daba un corto sorbo.

Hablaron de *Peludos*, de Chiqui, de su nueva familia, de la madre de Cela que ejercía como jefa de ambos en la protectora. Con el solomillo, Cela se esforzó para que la conversación variara el rumbo y se enfocara en él.

—¡Qué bien cocinas, Gus! —exclamó con el primer bocado—. ¿Quién te ha enseñado? Tu madre ¿no?

El Asesino del Retiro se tomó unos segundos para contestar. Segundos, que su visitante no supo cómo interpretar. Se trataba de su segundo intento para que se dejara conocer un poco más.

—No, mi tía.

Gus habló de su madre, del *shock* que le había producido la muerte de su padre en un accidente, la de su hermana al resbalar un día de excursión montaña abajo, de su ingreso en un psiquiátrico.

—Oh Gus...

Si por ella fuera, en esos momentos se hubiera echado encima de él para comérselo a besos. Se maldecía por haber pensado que escondía algo. La verdad es que lo escondía pero no lo que ella pensaba. Hubiese jurado que tendría más que ver con otro tipo de situaciones, algo relacionado con chicas. Dijo que no tenía novia y algo le decía que no era verdad.

Con su madre internada, su padre y hermana muertos, al pobre solo le quedaba el apoyo de una tía pero aún así había decidido vivir su propia vida, sin buscar el consuelo de nadie. Por si fuera poco, muchos fines de semana que tenía libre dedicaba unas horas como voluntario a *Peludos*.

Si antes de haber quedado con él esa tarde, Cela reconocía que Gus le gustaba mucho, a la hora del postre, sentados en el sofá con sendos helados de menta y chocolate entre las manos, era consciente de que se había enamorado.

«Hasta las trancas, como diría mi madre».

Un par de horas más tarde, con el segundo *gin tonic* casi terminado se encaminaron hacia el dormitorio. El primer beso fue obra de Cela, no podía más.

«Se lo doy y a ver qué pasa».

Se lo dio y él respondió con otro, pero mucho más largo e intenso. Minutos después la blusa y el sujetador descansaban en la butaca, junto a la camisa de Gus. Era tanto el ímpetu del chico que no había ninguna duda que lo que necesitaba era mucho, pero mucho amor.

«Yo se lo voy a dar».

Desnudos sobre la cama, ella se dejaba hacer, a ratos boca arriba, a ratos boca abajo. La lengua de Gus recorrió cada centímetro de su cuerpo deteniéndose con mimo, en ocasiones, con ansiedad, en otras, mientras la observaba alcanzar el orgasmo una vez más. Mientras ella recuperaba el aliento se colocó encima, penetrándola con lentitud, mirándola a los ojos. Imaginaba a su padre sobre la madre de Zoilo, antes de terminar con su vida.

—Me vas a matar de placer... Gus —balbuceó Cela.

De pronto, a lo lejos, el teléfono fijo del salón comenzó a sonar.

Saltó el contestador, apenas perceptible en la distancia una voz de mujer dejaba un recado.

Apenas...

—*Sé quién eres, sé lo que haces y sé lo que has hecho...*

Gus sintió como un latigazo de furia ascendía por su columna vertebral. Las lentas embestidas se convirtieron en secos impulsos. Secos, fuertes y rápidos, muy rápidos. Cela comenzó a gemir una vez más. Gus rodeó su cuello con ambas manos. Empujaba y empujaba más y más rápido como si pretendiera que la furia que le embargaba se desintegrara con cada acometida.

—Gus... cielo... —balbuceó Cela.

Gus aprisionó el cuello de ella con más fuerza.

Un poco más...

—Gus...

Entrevista con el asesino

Jesús Romero se ajustaba el nudo de la corbata frente al espejo mientras la pequeña Esther se esforzaba en llevar el dedo gordo de su pie derecho a la boca ante la atenta mirada de Rocío. La comisario no contaba con revivir experiencias pasadas con Patricia, tan lejanas, que parecían de otra vida. Inconscientemente había dado por finalizada esa etapa, con más motivo cuando se separó. Por su cabeza solo pasaban su carrera en el cuerpo de policía y la vida de Pati, sin olvidarse de su madre, Berta.

Hasta que se enamoró de su compañero Romero.

Mientras se ajustaba los botones de la blusa observaba a Esther luchando denodadamente con su pierna. Era mayor ya para esos juegos pero lo disfrutaba como nadie. Tumbada en la cama envuelta en su acolchado pañal se balanceaba entre dos almohadas agarrada a su pie, con gesto de concentración. Insistía en el balanceo una y otra vez, y otra.

Hasta que lo consigue.

Tras dos lametones en su dedo gordo estalló en incontenibles risas mirando a sus padres.

—¡Qué te como, enana! —exclamó Patricia que no había perdido detalle de la escena que se desarrollaba en la habitación de sus progenitores. Ciertamente Jesús Romero no lo era, pero así le veía ella.

Las dos hermanas jugaban sobre la cama, entre pederretas de la pequeña y las risas de todos.

—Pero hija, que te vas a arrugar la blusa —dijo Berta— *amos que* cómo vas a llegar a la entrevista esa... ¿Qué van a decir? Que en tu casa no hay plancha, seguro.

—No pasa nada abuela, no te preocupes ¿ves? —dijo poniéndose en pie y estirando la arrugada blusa— está perfecta.

—Ya, perfecta... Anda, dámela, que le dé una pasadita —pidió con el brazo extendido.

—No pasa nada, de verdad, que está fenomenal.

Minutos más tarde estaban todos desayunando en torno a la mesa de la cocina. Romero no podía ser más feliz con la familia de su mujer y la pequeña que habían traído ambos al mundo, sin olvidarse de su propia hija, Sole, ya casada. Por su cabeza se iba desarrollando la idea de solicitar la jubilación anticipada, no para ese año.

«No tardará...».

Tumbada en el centro de la amplia mesa, la pequeña Esther lo tenía mucho más fácil para alcanzar el objetivo de su dedo gordo.

—¿Sabes que tu hermana tiene su primera entrevista de trabajo? —dijo mientras

cogía a la pequeña en brazos.

—¿No había otra cosa, hija, que un periódico como ese que había hace años que se llamaba *El Caso*?

—No te preocupes, abuela, que quizá en un año o dos entro en la academia de policía.

—No digas tontería, Pati, que ya tenemos a tu madre y a Jesús ahí.

Rocío y Patricia intercambiaron sus miradas. Lo que la comisario vio en los ojos de su hija, le generó un suave cosquilleo por todo el cuerpo.

«Lo ha dicho en serio...».

No hubiese podido interpretar qué podía significar ese suave cosquilleo. Posiblemente se tratara de una mezcla de ilusión e inquietud. Ilusión al ver a su hija atraída por su misma profesión. Inquietud, sí, inquietud, podía sentirla en esos momentos, sus músculos tensos al pensar que pudiera verse en alguna situación comprometida, como seguramente así sería. Miró a Berta, en sus ojos vio reflejado la angustia que ella debió sentir cuando le confesó que iba a entrar en el cuerpo de policía. Eran del todo opuestos el punto de vista como madre que como hija. Uno, advertía el peligro, el otro, lo ignoraba.

«Ha dicho uno o dos años, aún hay tiempo».

Media hora más tarde Jesús Romero aparcaba frente a la sede de la GaZeta Negra, próxima a la calle Atocha.

—Sabes que lo vas a hacer muy bien.

Pati esbozó una media sonrisa. Su falta de preocupación por la llegada de ese momento había desaparecido, su lugar lo ocupaba una punzante sensación nerviosa. Apenas unos minutos antes de salir de casa había recibido una llamada de su novio, Fernando, y le había asegurado que se encontraba bien, preparada para hacer la primera y confiaba que fuera la última entrevista para poder hacer prácticas ese verano. Iría con Marta y Pau a recogerla.

Pero ahora...

—Sí, eso espero. Según se acerca el momento aumentan las ganas de salir corriendo.

—En algún sitio tendrías que parar ¿no? —Jesús observaba el perfil de Patricia que mantenía la vista en sus manos— ¿y después?

La hija de Rocío volvió el rostro buscando el del comisario.

—¿Qué quieres decir?

—Que a lo largo de la vida nos vamos a enfrentar con situaciones que por algún motivo dudamos de nuestra capacidad para lidiar con ellas, deseamos huir, pero más adelante nos encontraremos con otra y más tarde con otra. ¿Sabes lo mejor? Que al final, cuando te enfrentas a ellas, te das cuenta que tu miedo no tenía sentido.

Pati esbozó una fina sonrisa.

—¿Confías en ti?

—Sí...

—No se lo digas a tu madre, pero Corrales me ha dicho que eres una digna descendiente de la primera comisario de España y no creas que eso es algo sin importancia.

Durante unos segundos permanecieron con las miradas fijas en el otro.

—A por ello, Pati.

—A por ello.

—¿Quieres que te espere?

—No, no es necesario, vendrá Fernando con Marta y Pau, pero gracias.

Jesús permaneció unos instantes observando el seguro caminar de Patricia que bien podía pasar por su madre.

—A por ello... —susurró.

Las oficinas de la GaZeta Negra eran un hervidero de gente comparado con el reducido personal habitual de la redacción. Las tradicionales entrevistas de los últimos años para encontrar becarios habían comenzado.

—Ya le dije, don Emilio, cuando le dio por empezar con todo esto hace cinco veranos que con el paso del tiempo iría a peor —dijo Venancio Sánchez el más antiguo empleado.

—Son tres días, pasan rápido —afirmó mientras frotaba su rostro redondo— gracias a estas prácticas hemos encontrado buenos profesionales ¿no estás de acuerdo?

Venancio sabía que su jefe se refería a Gus. Quizá a alguno más de los que se habían trasladado a las oficinas de otras ciudades, pero sin duda al niño que desde el día que llegó se llevaba los mejores casos.

—Haz que pase el siguiente, por favor.

Patricia permanecía sentada en una silla desde la que podía ver parte de la redacción. Escudriñaba los rostros de aquellos que parecían formar parte del personal de la GaZeta, intentando dar con el que firmaba sus artículos, como los que se referían al Asesino del Retiro, el de Sandra Bonaechea, el de Zoilo Cerrato, con el sobrenombre de Hijos de Caín. En una mesa, rodeada de teléfonos, había una mujer alta y delgada, de rostro agradable y aspecto eficiente. En otra, un chico unos pocos años mayor que ella, moreno y bastante atractivo, con ropa cómoda y bien conjuntada, que daba sorbos a una lata de Coca Cola.

«¿Serás tú, Hijos de Caín?».

Había descartado a la mujer porque parecía que atendía el teléfono, escribía en el ordenador y no paraba de moverse de un lado a otro.

«Si además tiene que cubrir noticias...».

La puerta de la que colgaba el rótulo de Director, se abrió de repente, bajo el umbral un individuo corpulento, de gran estatura, se volvía hacia el interior del despacho.

—Ahora mismo, don Emilio.

«Es tan alto como Jesús».

En cuanto el individuo se giró, pudo analizar su aspecto. Rostro serio, mirada que denotaba falta de emoción. Corbata aflojada, camisa que se veía obligada a salir del agarre del pantalón debido a la voluminosa tripa, los botones en tensión. Se acercó a la mujer y le dio algo al oído.

«¿Serás tú, Hijos de Caín? Pinta sí que tienes...».

Patricia vio a la chica ponerse en pie y encaminarse hacia donde ella se encontraba mientras sonreía interiormente al pensar que alguien por su aspecto pudiera tener pinta de utilizar un pseudónimo como ese.

—¿Eladio Gómez?

Un chico al que había saludado al entrar se levantó.

—Suerte —dijo Pati.

—Gracias —aprovechando que su guía le daba la espalda agitó una mano como si se le hubiese pegado algo entre los dedos.

«¿Nervioso, eh?».

Diez minutos más tarde Eladio abandonaba el despacho del director. A su paso salió el hombre grande, cuchichearon algo y le señaló una puerta.

«La segunda entrevista, Eladio».

La mujer que no paraba quieta llevó la mano al teléfono. Tras unos segundos con el aparato apoyado en el hombro sin dejar de pulsar el teclado del ordenador, asintió y colgó. Varios golpes de tecla más tarde se incorpora y rauda recorre los escasos metros que la separan de la sala de espera.

—¿Patricia Prados?

—Sí.

—Soy Julia, el director te espera —dijo sonriente— tranquila, sin nervios, a ver si tienes suerte y te cogen que somos muy pocas mujeres aquí. Ayer no vino ni una chica y solo esperamos a dos más.

—A ver... —apuntó intentando esbozar una sonrisa cómplice, que quedó en una mueca nerviosa.

Julia abrió la puerta del despacho del director.

—Pasa... suerte.

—Gracias.

Emilio Cortijo se puso en pie tras llevar sus manos, una vez más, al nudo de la corbata. Se trataba de un gesto mecánico más que buscar ajustarlo porque apenas duraba sujeto unos segundos, los que tardaba en mover la cabeza de un lado a otro.

—Patricia Prados ¿verdad?

—Sí.

El director llevó la vista a las hojas que tenía entre manos.

—Recién licenciada... —murmuró para sí.

Patricia aprovecho para echar un disimulado vistazo al desordenado orden del

despacho. No había duda de que todo lo que veía se encontraba en su lugar a pesar de que la sensación que transmitía era caótica. Estanterías con marcos en las que no llegaba a distinguir a los protagonistas de las fotos. No sucedía lo mismo con las clavadas en la pared entre las que pudo ver al director con diferentes presidentes del gobierno, actores famosos, deportistas y toreros.

—¿Tienes algo que ver con nuestra famosa comisario?

La pregunta le dio a Pati de lleno en el estómago, regresando de forma brusca del recorrido visual por las instantáneas del despacho.

«¡Mierda! Como primera pregunta no está nada mal».

—¿Quién? —cruzó las piernas. Su semblante buscaba acercarse lo más posible al gesto de ignorancia e inocencia total.

—Rocío Prados. ¿No me digas que no la conoces? Es nuestra primera mujer comisario.

«¿Nuestra? Esto sí que le va hacer gracia a mamá».

Emilio dejó las hojas sobre la mesa y cogió su cajetilla de Ducados.

—¿Fumas?

—No, no, gracias, alguno suelto pero, no.

Mientras agitaba la mano en el aire para apagar la cerilla, intentaba hablar con el pitillo en un extremo de la boca.

—Lo decía por el apellido. Tu madre no podía ser, quizá una tía o un familiar —al ver el gesto de su entrevistada, labios apretados, leve negar con la cabeza, las palmas de las manos juntas entre las rodillas— ya, veo que no. Déjame que te haga una pregunta.

—¿Te ves preparada para perseguir una noticia?

—Sí, por supuesto.

Cortijo apuró un par de caladas.

—¿Qué harías si llamas a alguien y te cuelga?

—Volver a llamar.

—¿Si te vuelve a colgar?

—Volver a llamar.

Emilio sonrió.

—Si vas a ver a alguien, un sospechoso o un posible testigo y te echa de su casa o de donde os encontréis. ¿Qué harías?

—Regresar.

—¿Si te vuelve a echar?

«¿Son preguntas trampa?».

Patricia se tomó unos breves segundos en contestar. No tenía sentido cambiar el rumbo de sus respuestas, ante todo debía mostrarse coherente y segura. Según su madre eso era más importante que empeñarse en llevar razón.

—Pues en los dos casos haría algo similar, es decir, buscaría algún otro método de dar con el testigo, si me cuelga, o de verle, si me echa de su casa.

El director apagó el pitillo y durante unos instantes miró la cajetilla.

—¿Cuál crees que debe ser el horario de un periodista de sucesos? Porque hacemos periodismo de investigación, no nos limitamos a escribir o leer lo que otros hacen. Salimos a buscar la noticia, cuando la tenemos, investigamos, por eso la policía nos tiene en tan buena estima.

—¿Sí? No lo sabía —mintió. Su madre le había hablado largo y tendido de los buenos periodistas de sucesos, de su habilidad para resolver casos. Lo único que había que vigilar era que su objetivo final no era otro que la publicación de la noticia para sus lectores, como es lógico. Siempre había que tratar de alcanzar un acuerdo con ellos.

—Sí, somos como policías de paisano, pero en vez de armas llevamos plumas o en estos tiempos, ordenadores —apuntó satisfecho.

Emilio Cortijo se sentía a gusto con la joven que se hallaba frente a él. Respecto al horario le había dicho que imaginaba que dependería del caso en cuestión. A las tres preguntas sencillas había respondido como esperaba, y no era algo habitual. Con otro pitillo entre los dedos habló de la profesión, de los buenos y malos periodistas, de los medios de comunicación, de las trabas que les ponían para publicar sus investigaciones a pesar de estar en democracia.

—Ahora te va a entrevistar un periodista de la redacción. Mañana también tenemos entrevistas, en un par de días tenemos que elegir los tres que nos acompañaran en las prácticas de verano.

«Esto me suena a gracias por venir y hasta otra».

Cortijo se puso en pie y abrió la puerta invitando a Pati a abandonar el despacho. Barrió la sala con la mirada.

—Julia ¿dónde está Venancio?

—Terminó con Eladio Gómez y bajó a la calle.

El director resopló.

—Pero ¿cómo tengo que decir que hoy hay entrevistas y que de aquí no se va ni Dios hasta que no terminen?!

La secretaria levantó las palmas de las manos y elevó los hombros.

—Sí, sí, ya sé que no es culpa tuya, Julia —volvió el rostro hacia su entrevistada —. Discúlpame, es que a veces hay que repetir las cosas una y otra vez.

La puerta de la derecha, junto a la sala de espera se abrió. Todos llevaron la vista al individuo que aparecía bajo el umbral.

—Gustavo, ven, haz el favor. Atiende a Patricia Prados, Venancio no está y no me parece bien que tenga que regresar mañana. ¿De acuerdo?

—Claro.

Gus llevaba unos días sumido en sus propias cavilaciones, concretamente desde que se encontraba sobre Cela, disfrutando del momento hasta que el contestador del teléfono dejó oír, una vez más, el puñetero mensaje, y sus manos se aferraron sobre el

cuello de su compañera de *Peludos*. Una rabia incontrolada se adueñó de cada célula de su cuerpo. Deseaba tener en esos precisos momentos a la mujer que decía saberlo todo sobre él, ahí, a su lado, para estrujar su cuello hasta que expirase el último aliento.

—Gus...

Apretar y apretar regodeándose en sus ridículos espasmos buscando una brizna de aire que llevar a sus pulmones. Extasiarse con sus últimas bocanadas.

Apretar y apretar...

—Gus... me ahogas...

Apretar y apretar...

—Gus... me...

Las manos de Cela rodeando sus muñecas y tirando con fuerza le hicieron regresar al presente. Aflojó la pinza en torno al cuello y se dejó caer en la cama. Junto a él, su acompañante, tumbada de lado abriendo la boca exageradamente y tosiendo.

Nadie habló en los siguientes cinco minutos. Uno, procurando recuperar sus pulsaciones habituales mientras tomada consciencia de lo que había estado cerca de suceder. Ella, sentada en la cama, con los pulmones a pleno rendimiento, el susto bien calado en los huesos y poniéndose la escasa ropa que había subido del salón.

—¿Qué hacías, Gus? —quiso saber asustada, retirando el pelo de su rostro—. ¿Es así cómo te gusta? ¿Sí? Pues a mí, no.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —mintió.

—¿Qué lo sientes?! ¡Casi me ahogas, joder! —Cela cogió una almohada y comenzó a golpearle una y otra y otra vez, sin parar.

Gus escondió la cabeza entre los brazos mientras su mente regresaba al puñetero mensaje. Necesitaba saber de quién se trataba.

«¿Algún conocido de la Universidad? ¿Antiguo compañero de colegio? ¿Del trabajo?».

Cuando sintió que los golpes con la almohada se habían terminado separó los brazos a tiempo de ver a Cela salir del dormitorio a medio vestir. Pocos minutos más tarde escuchó la puerta de la calle al cerrarse.

«Tendrás que aprender a controlarte».

—¿Ahora apareces?! ¡Casi la estrangulo y apareces ahora! —sentado sobre la cama frotaba con saña el cuero cabelludo.

«No me oías. En esos momentos no escuchas».

Se quedó en la cama con las piernas recogidas en el pecho hasta la mañana siguiente. Durante el trascurso de la semana se sentía como apático y furioso por momentos, una extraña mezcla que no lograba controlar.

«Tiene que ser alguien relacionado con el trabajo. ¿De la GaZeta?».

No tenía respuesta para eso. Nadie debería saber lo que hacía, ni lo que había hecho.

—Excepto tú, mamá...

El sábado al levantarse aún no había decidido si ir a *Peludos* o no, confiaba en que el trabajo en el periódico se lo impidiera pero no fue así. Optó por actuar de la forma más natural posible. No había llamado a Cela, ni falta que hacía, ya le había pedido perdón y por si eso fuera poco se marchó de su casa sin decir nada.

Tras las presentaciones, Emilio Cortijo, les dejó solos. Lo que menos le apetecía en esos momentos era hacer una entrevista a alguien que no tuviera que ver con algún caso de los que llevaba. Poco o nada le importaba la vida de esa chica.

«Buena sí que está».

No perdía detalle de Patricia mientras caminaba detrás de ella rumbo a un despacho que se encontraba libre.

Por lo menos había llevado una cuartilla con las preguntas que hizo el pasado año y confiaba en ser capaz de añadir alguna de manera improvisada. Hablaron durante unos veinte minutos, mejor dicho, dejó que ella hablara sobre lo que esperaba de un trabajo como ese, de quedarse sin vacaciones, de si había o no cambiado la Universidad en esos años. De este profesor, del otro...

Hubo tiempo para más cosas.

—Yo también contesté al anuncio que pusieron en el tablón.

—¿Sí? Creo que el chico que ha venido antes también lo ha hecho. Por cierto, Gustavo. ¿Cuál fue...?

—Llámame Gus.

Pati sonrió, se encontraba cómoda, relajada, tanto, que cerca estuvo de confesar la profesión de su madre y la de Jesús, pero supo controlarse a tiempo. Al director no había terminado de contestarle si tenía algo que ver con la comisario Rocío Prados como para confesar ante un empleado suyo la relación directa que les unía.

—¿Qué ibas a preguntar?

—¿Cuál fue el tema de tu trabajo de fin de carrera? Si se puede saber.

Gus cruzó las piernas, encendió su segundo pitillo de la entrevista y llevó la vista al techo como si recordara. No le gustaban las entrevistas pero tenía que reconocer que le hacían sentirse bien, como si ya fuese un periodista consagrado.

—Sobre el Jarabo.

Patricia ladeó la cabeza. En su frente se formaron incontables arrugas.

—Vas a pensar que soy tonta, me suena mucho ese nombre pero...

—José María Manuel Pablo de la Cruz Jarabo Pérez Morris —soltó de corrido, sonriente— fue un asesino en serie, digamos, diferente. Estudió en el colegio El Pilar de Madrid, se marchó con su familia a EEUU, estuvo allí en la cárcel y regresó a España. ¿Sabes que se gastó quince millones de pesetas de esa época en un año? Hablamos de 1950.

—Eso es mucho dinero.

—Y tanto —Gus apuró la última calada y apagó el pitillo. Se sentía de maravilla con esa chica— al final se quedó sin dinero y comenzó a estafar a la gente, incluso a

su propia familia. Pero todo se complicó cuando empeñó una joya de una amante inglesa acompañada de una carta donde la mujer le daba libertad para llevar adelante el empeño.

—Como un poder ¿no?

—Sí, algo así. La cuestión es que las cosas se torcieron y Jarabo quiso recuperar la carta y la joya, se presentó en casa del prestamista. Mató a su mujer embarazada, a la cocinera y al propio prestamista. Pasó la noche en la casa y al día siguiente fue a por el socio al que también mató.

—Vaya, le cogieron ¿verdad?

Asintió.

—Pocas veces he visto que un asesino en serie haga todo lo que esté en su mano para que le cojan tan rápido, debe tener el récor —el rostro del periodista esbozó una mueca de desdén.

—¿Por qué lo dices?

—El aficionado este llevó su traje a la tintorería empapado en sangre. Y no se sabe si fue el dueño del negocio el que avisó a la policía, hacía pocos días que se habían encontrado los cadáveres, o fue el propio comisario en que llegó hasta la tintorería. Lo mataron con garrote.

—No es que esté de acuerdo con la pena de muerte —dijo Pati intentando aparentar una frialdad que estaba muy lejos de sentir, el breve relato le había afectado — pero me alegro de que le cogieran, así dejaba de matar.

«Sí, es la única forma de parar. Lo sé pero ¿quién quiere parar?».

—Bueno, dime. ¿Y tú sobre qué has hecho el trabajo? Porque imagino que seguiréis haciendo uno de fin de carrera.

Patricia llevó la vista a sus dedos entrelazados sobre la mesa. Esperaba poder dar una respuesta que le abriera las puertas de la GaZeta.

—Pues, lo hice sobre el Asesino del Retiro. Sé que aquí habéis hablado de él y lo seguís haciendo, sigo vuestro trabajo.

En esta ocasión le correspondía a Gus mantener la imagen que estaba ofreciendo desde el momento que comenzó la entrevista. No era fácil después de haber recibido algo muy parecido a una coz en pleno estómago.

—Sí, sí, llevamos el caso —consultó el reloj— se nos acaba el tiempo... —bajó la vista a sus notas— Patricia... ¿Prados, verdad?

—Sí.

—Como te habrá dicho don Emilio, mañana es el último día de entrevistas y te llamará Julia si has sido seleccionada —dijo poniéndose en pie, con el brazo estirado a modo de saludo dio por terminada la entrevista.

—Gracias, Gustavo... perdón, Gus, esperaré la llamada de Julia.

—Ha sido un placer, Patricia.

Cuando se quedó a solas decidió dejar pasar unos minutos, los suficientes para que la chica morena abandonara la redacción. Necesitaba tomar el aire, y para ello

nada más indicado que salir a la calle.

«Pues, lo hice sobre el Asesino del Retiro. Sé que en la GaZeta habéis hablado de él y lo seguís haciendo, sigo vuestro trabajo».

«¿Sé lo que haces?».

Las palabras de Patricia golpeaban en su cerebro. No sabía cómo interpretarlas pero no podía tardar mucho tiempo en descifrarlas, tenía que escribir un informe sencillo de cada entrevista, bastaba con indicar si esa persona era apta o no para realizar las prácticas en la GaZeta.

Sé que en la GaZeta habéis hablado de él y lo seguís haciendo.

Negaba con la cabeza mientras salía del portal.

—¿Será esta tía la *capulla* de los putos mensajes?

Caminó entre calles durante unos minutos, subió por la de Atocha y volvió a bajar a paso rápido. No era capaz de formarse una opinión sobre lo dicho por Patricia.

«¿Qué dirías en el informe si no hubieseis hablado de los trabajos de fin de carrera?».

Al escuchar a su voz interior se detuvo. La caminata comenzaba a pasar factura en forma de sudor, la ausencia de una mínima brisa y el intenso calor de los últimos días amenazaban con otra jornada sofocante.

Encendió un pitillo. Miró en torno y entró en un bar.

—Una Coca Cola —necesitaba las burbujas de su bebida favorita mientras daba vueltas a la propuesta de su parloteo interno.

«La recomendaría».

Reconocer este punto le hizo relajarse y ver las cosas con otra perspectiva.

«Si es ella...».

Si es ella lo mejor sería tenerla cerca ¿no? Apretó los labios, la vista perdida en los que cruzaban frente a la estrecha puerta del bar. Su mente en el rostro de Patricia, en sus gestos, en su forma de hablar, en sus manos, en el tono de su voz.

Negó con la cabeza.

No, nada había en ella que le indicara que fuese la autora de los mensajes. Por otro lado, si su trabajo se había enfocado en sus dos primeras víctimas, quizá ha seguido investigando y...

—No, no, imposible, las pistas las he dejado para la policía. No va a venir una niñata a descubrirme a estas alturas —murmuró saliendo del bar— además si supiera quién soy. ¿Por qué no me ha denunciado?

«Quizá lo ha intentado pero no tenía pruebas».

—¡Para decir gilipolleces no digas nada, coño! —exclamó en un tono bastante más alto del que le hubiera gustado.

Una vez más la gente que caminaba a su lado volvía el rostro atraída por el grito del chico moreno que se rascaba con furia la cabeza. Miraban de un lado a otro buscando la persona a la que debería ir dirigida su enfado.

Patricia salió de la redacción de la GaZeta con mal sabor de boca. Algo no iba bien, de eso no le cabía la menor duda. Fue exponer el tema en el que había basado su trabajo de fin de carrera y la entrevista terminar. No, no creía en las coincidencias y menos en las de este tipo. Se dio cuenta de cómo cambió el rostro de Gus, su mirada cálida tornó a fría. Sus ojos daban la impresión que se achicaban por momentos.

—¡Patricia! ¡Pati!

Miró a su derecha, Marta le hacía señas con los dos brazos en alto apoyada en el coche de Fernando.

«Se me ha olvidado preguntarle quién firmaba como Hijos de Caín. Bueno, visto lo visto, ha sido mejor no hacerlo, seguramente metería la pata recordándole a algún compañero con el que quizá no se lleve muy bien».

—¿Cómo te ha ido? —quiso saber su mejor amiga. Se trataba de la primera entrevista de trabajo que tenía uno de los cuatro amigos.

—Pues no sabría decirte.

—Entra y nos lo cuentas.

Fernando la recibió con la mejor de sus sonrisas confiado en que sin lugar a dudas habría pasado la prueba, pero los ojos de su novia no brillaban como deberían hacerlo.

—No te veo contenta.

La chica apretó los labios y asintió con un ligero movimiento. Tras ella, Pau y Marta aguardaban a que comenzara a dar explicaciones.

—Arranca, por favor.

Pusieron rumbo a Pozuelo, los amigos de Pati tenían la intención de celebrar esa primera entrevista a pesar de que la homenajeadada no parecía tener muchas ganas de fiesta.

Paseo de Recoletos arriba, dirección Plaza de Colón comenzó a hablar.

—Con el director muy bien. Después me tocó con un tal Gustavo, que también estuvo en nuestra Facultad. Todo iba de maravilla —dijo vuelta hacia atrás sentada de lado— es más, la última parte de la entrevista no hablamos de trabajo, ni de mí... —miró a Marta— al final pude no nombrar a mi madre —en su rostro una media sonrisa—... pero, no sé, cuando le comenté el tema sobre el que había basado mi trabajo de fin de carrera todo cambió, o quizá fuese otra cosa que dije antes. La cuestión es que al despedirnos había desaparecido toda su simpatía.

—Si es inteligente te llamará, seguro que se ha dado cuenta de la joyita que tenía delante —dijo Marta sonriente mientras acariciaba el antebrazo de su amiga.

—Si depende de él, no lo creo.

—Alegra esa cara, que la mayor parte de la entrevista salió bien ¿no? Además no depende solo de ese chico ¿verdad? El director tendrá algo qué decir —Marta acarició el rostro de Patricia— propongo que sigamos adelante con el plan.

—¿Qué plan?

—Pues el que teníamos pensado para celebrar tu entrevista. Vale, no me mires así. Vamos a celebrar solo la entrevista, no que te hayan seleccionado para las prácticas, aunque tú todavía no te lo creas. Cuando te llamen nos vamos de fiesta ¿vale?

—Vale, me muero de sed.

De nuevo en la redacción, Gus tomó asiento en su mesa abrió la carpeta y buscó sus notas. Entre ellas los informes de las tres entrevistas que llevaba realizadas hasta el momento. En el monitor del ordenador la hoja en blanco para redactar sus conclusiones sobre Patricia Prados.

—¿Qué te ha parecido la chica?

Gus miró a su izquierda. Julia le sonreía.

—A mi me ha encantado, se la ve lista, resuelta y con personalidad ¿a qué si? No me dirás que no te ha parecido guapa.

—Me estás diciendo que con esta chica haces una excepción y podemos cogerla por guapa. ¿Dónde quedó lo de ser machista? ¿Recuerdas la chica esa del año pasado que...?

Julia agitó la mano en el aire, como si se sacudiera una molesta mosca.

—Sí, sí, pero me refiero a Patricia.

—Tú lo que quieres es una compañera más en la redacción, lo sé —con un pitillo entre los labios comenzó a escribir.

—Eso es cierto, no te voy a engañar —Julia puso una mano en la mesa y habló en tono quedo—. ¿La vais a coger o no?

Sin dejar de escribir, Gus sonrió.

—Sabes que de mí no depende.

—¿Y si dependiera...?

Se tomó unos teatrales segundos antes de contestar.

—¿Y si dependiera de ti...? —insistió—. No me hagas esperar más que tengo mucho lio.

El periodista cogió el pitillo entre los dedos, la pregunta de su compañera le empujaba sin remisión a decidirse, si es que en su fuero interno no lo había hecho ya. ¿Qué mejor forma de averiguar si era ella o no la autora de los puñeteros mensajes que teniéndola cerca? Además, solo se trataba de unas prácticas de verano, tiempo más que suficiente para despejar cualquier duda.

Apagó el pitillo.

—Anda que no te gusta el drama. Ahora me dirás que la respuesta será después de la publicidad —Julia volvió el rostro— venga, dímelo que don Emilio está a punto de salir de su despacho. Si de ti dependiera... ¿qué?

—Está bien, está bien. Pues si de mí dependiera... la tendríamos haciendo las prácticas aquí.

Julia susurró en su oído.

—Por algo eres mi chico favorito —dio media vuelta y se encaminó hacia su

mesa. A través del cristal del despacho del director pudo ver los gestos de don Emilio recabando su atención.

«A ver si le saco algo».

—Julia, por favor, pásame estos artículos a limpio que yo tardo mucho.

—Claro, don Emilio. ¿Cómo van este año las entrevistas? ¿Ya tiene algún o alguna candidata? —preguntó como si no le diera la menor importancia, mientras estiraba el brazo para hacerse con los artículos.

—Aún nos queda mañana —Cortijo bajó la vista a los papeles de la mesa.

—Lo sé, lo decía porque me daba la sensación que este año, no sé... parecía más fácil la elección, al menos de uno de los tres que se quedarán en verano.

—A ver, Julia, que nos conocemos desde hace muchos años. ¿A quién tienes en mente?

—¿Yo? —señaló su pecho con énfasis. Su rostro ofreciendo la mayor cara de sorpresa de su extenso repertorio.

—Sí, tú. ¿Alguno de los entrevistados es conocido tuyo o de un amigo? Porque ya sabes que o se trata de alguien que aporte dinero a la GaZeta, pero mucho, o no enchufamos —Emilio aprovechó para encender el enésimo pitillo de la mañana.

—No, no conozco a nadie —dijo acercándose a la mesa del director. Bajó el tono de voz— lo decía por esa chica morena, Patricia Prados. ¿Se acuerda de ella?

—Sí, claro, no hace ni una hora que la he entrevistado.

—Pues ya sabe usted que tengo buen ojo, y me da mí —llevó el dedo índice a su nariz— que no se van a arrepentir si la contratan —miró a un lado y a otro. Su voz apenas un susurro— además, me ha dicho Gus que si por él fuera sería una de los tres candidatos, o candidatas para las prácticas.

—¿Sí? ¿Ha dicho eso? Interesante —dijo sonriente mientras bajaba de nuevo la vista a los papeles sobre la mesa—. Me urge...

—¿Perdón? ¿Le urge...?

—Sí, Julia, los artículos, que me los pase a limpio.

—No tardo ni diez minutos, don Emilio. ¿Entonces le parece que comunique a la chica que es una de las elegidas? Lo digo porque la pobre estará de los nervios y...

—¿No puedes esperar hasta mañana por la tarde? Como celestina no tienes precio —apuntó con una sonrisa ladeada, negando levemente— los artículos, por favor.

—Sí, sí, ya mismo... —giró sobre sus pasos y abandonó el despacho sonriente.

«¡Bien!».

Prácticas

Patricia se hallaba sentada en la sala de espera junto con las otras dos personas seleccionadas para trabajar ese verano en la GaZeta. Ninguno hablaba, quizá el castañear de sus dientes no lo permitía, o el constante cambio de postura mientras aguardaban a que la espera tocara a su fin y fuesen llamados para la firma del contrato. Desde su posición, observaba a Julia atendiendo el teléfono, golpeando con asombrosa velocidad el teclado, de vez en cuando volvía el rostro hacia ella con una amable sonrisa.

Pati recuerda como a las pocas horas de salir de su entrevista con Gus se hallaba con sus amigos en el restaurante Caná, en Pozuelo de Alarcón. Atrás habían quedado un par de claras, para combatir el intenso calor de Madrid y varias tapas cuando su móvil comenzó a sonar. Volvió la vista a la mesa donde el pequeño aparato parecía retorcerse sobre sí mismo deslizándose por la superficie.

—Número desconocido... —murmuró.

—¿Tienes el teléfono del periódico grabado? —preguntó Marta mirando a su amiga.

—¿Eh? ¿El de la GaZeta Negra, dices? No, no...

—Pues cógelo.

—Vale.

Con gestos lentos, como si temiera a quien pudiera encontrarse al otro lado respondió la llamada.

—¿Sí?

—Buenas tardes, ¿puedo hablar con Patricia Prados?

—Sí, soy yo —sin motivo aparente comenzó a sentir que estaba entrando en un estado de nervios de complicado control.

—Hola, Patricia, soy Julia, de la GaZeta. Nos hemos conocido esta mañana.

—Sí, sí —Pati llevó el dedo índice al teléfono señalándolo con insistencia mientras los labios decían en silencio, ¡es ella!, ¡es ella!

Fernando, Pau y Marta clavaron sus ojos en los de su amiga. En sus rostros una fina sonrisa.

—Verás, quería decirte algo... —su voz apenas un susurro.

—No te escucho bien, Julia.

Ruidos al otro lado de la línea, una conversación ininteligible de fondo.

—Es que no quiero que me oigan, pero no podía esperar para decirte que Gus te ha seleccionado. Como al despedirte no te vi nada contenta tenía que decírtelo.

El rostro de la hija de la comisario se iluminó.

—¿Sí? ¿Estás segura? —torció el gesto al comprender lo absurdo de la pregunta que acaba de formular nada más pronunciarla.

—Sí y además a don Emilio le has caído muy bien, pero no me dejan que te lo diga hasta mañana.

—Me das una gran alegría —llevó una mano a la boca conteniendo sus ganas de gritar—. ¿Entonces, espero tu llamada de mañana? Bueno, si siguen pensando lo mismo.

—Claro, mujer, de eso ya me encargo yo. Mañana hablamos.

Sonrió a sus recuerdos. Algo había en esa chica delgada y alta que le hacía sentirse bien. Cuando la llamó al día siguiente para confirmar que había sido una de las tres personas elegida para las prácticas le confesó que necesitaba una compañera, que solo había dos mujeres más pero que iban a su aire. No, no había sido la primera ni la última chica entrevistada, pero sí la única elegida.

Unos minutos más tarde Julia entró en la sala de espera y llamó a uno de los chicos, a continuación al otro. Si eran de su Facultad Pati no recordaba haberlos visto antes. Sentir tan próximo el momento de su primer contrato le generaba una variedad de sensaciones, felicidad y nervios, muchos nervios.

No era la única, la abuela Berta parecía al borde de un ataque de ansiedad desde el instante en que se enteró que su querida nieta había sido seleccionada. Las últimas dos noches no había podido pegar ojo.

—¿Vendrás a comer, Pati?

—No lo sé, ya me dirán el horario, si es que hay.

Berta rellenaba el vaso de zumo de naranja de su nieta.

—¿Pero cómo no va a haber horario? Tendrás que comer ¿cómo vas a trabajar sin estar alimentada? Anda, da otro sorbo de zumo por si acaso, y coge otra tostada no vaya a ser que...

—Abuela —Pati cogió las manos de la buena mujer— no pasa nada, pero si no te tranquilizas me voy a poner más nerviosa de lo que ya estoy.

Berta bajó la mirada.

—Lo sé, perdona —volvió el rostro hacia Rocío que asistía a la escena con la pequeña Esther en sus rodillas— ¿hija, no dices nada? ¿Cómo no va a comer la niña?

—Mamá, ya has oído lo que ha dicho, no la pongas más nerviosa.

—Está bien —cogió un trapo entre sus manos— yo solo era para que no pasara hambre.

Llegó el momento.

—Buenos días, Patricia, bienvenida a la GaZeta Negra —saludó Emilio Cortijo con el brazo extendido— toma asiento por favor.

—Buenos días, don Emilio.

Durante diez intensos minutos el director habló de lo que suponía la GaZeta en el

panorama periodístico español siguiendo la estela de su antecesor; el semanario «*El Caso*». De su apuesta por los jóvenes valores procedentes de las diferentes universidades españolas. De lo orgulloso que se encontraba por haberse decidido cinco años atrás a realizar esas prácticas de verano de las que habían salido verdaderos profesionales.

—No todos han enfocado su carrera a la crónica negra. No es fácil vivir entre las miserias del ser humano, si un periodista busca una vida más fácil, emocionalmente hablando y lucrativa se me ocurre, así a bote pronto, la moda.

Pati no pudo evitar esbozar una sonrisa al recordar a Marta.

—No todo el mundo vale para nuestra profesión, Patricia —el director encendió un pitillo— pero te diré que contamos en numerosas ocasiones con un pago que nunca recibirán otros colegas, como los de la moda a los que me refería, o los que se dedican a la política o a los deportes...

Patricia cambió de postura. No perdía detalle del discurso de Cortijo.

—Me refiero al agradecimiento, al reconocimiento de las víctimas, de sus familiares cuando resolvemos los casos. Incluso, en ocasiones, no pocas, recibimos felicitaciones de la propia policía... —el director calló unos instantes con la mirada fija en el rostro de la recién llegada y con la mente buscando momentos compartidos con la comisario Prados. En su cabeza comenzó a formarse una idea.

«Tengo que encontrar el modo de hablar con la comisario».

Patricia comenzaba a intranquilizarse.

—Deber ser muy gratificante eso que dice —intervino con el propósito de invitarle a que dejase de mirarla de ese modo— ¿verdad?

Emilio pareció despertar de un sueño.

—¿Eh? Sí, sí, muy gratificante, eso era lo que te quería decir —llevó la vista a una carpeta transparente con un pos-it que rezaba «*Patricia Prados, contrato prácticas*». Colocó las hojas frente a su nueva empleada— léelo y luego firma... aquí —pasó una hoja— aquí... —pasó otra—... y aquí.

Pati metió la mano en el bolso en busca de un bolígrafo. Había visto uno sobre la mesa, pero hurgando en su bolso ganaba unos preciosos segundos para que su mano dejara de temblar.

«Mi primer contrato. Vamos allá, ojalá me salga una firma clara».

—Si te estás preguntando si algunos de los que han hecho prácticas en la GaZeta ha continuado con nosotros al concluir las te diré que sí.

Patricia levantó la vista y esbozó una sonrisa.

El contrato era válido para los meses de Julio y Agosto. A pesar de que no esperaba ningún tipo de remuneración, le valía con vivir la experiencia y aprender, se encontró con que iba a cobrar quinientos euros al mes.

—Es para transporte, café y las veces que tengas que comer por la calle.

—Gracias.

—De gracias, nada, es lo mínimo que puedo hacer —dijo poniéndose en pie—.

Julia te dirá cómo empiezas.

«Mi primer sueldo».

Las dos primeras semanas, para satisfacción de su abuela fue a comer a casa cada día. Su trabajo consistiría en leer antiguos casos y acompañar a algún veterano en su investigación. Lo que ella quería por encima de todo era algo más de acción, de periodismo de investigación, de asistir a la escena del crimen. Quería experimentar en toda su extensión lo que podría ser el trabajo que realizaban su madre y Jesús.

«Y Mendía, Faustino...».

Pensaba que si lograba integrarse en algún caso importante en esos dos meses, contaría con más posibilidades de quedarse en la GaZeta. Tendría que estar atenta a todo lo que aconteciera a su alrededor.

—Si consiguiera uno por mi cuenta sería lo más —murmuró al entrar en su casa.

Patricia no podía siquiera sospechar lo poco que faltaba para que la realización de sus sueños comenzara a llamar a su puerta con insistencia.

Con fuerza.

Durante la primera semana de prácticas, Gus no se dejó ver a menudo por la redacción. Lo poco que apareció se esforzó en mantener una distancia prudencial con Patricia para poder observarla desde fuera. En su mente enfermiza el atractivo rostro de la chica morena se perfilaba sin duda alguna como autora de los mensajes. En su corta experiencia como periodista, en cuanto a años no en cuanto a vivencias, que ninguno de sus compañeros llegará siquiera a imaginar, había recibido una lección elemental; las coincidencias no existen. Todo lo que sucede tiene una explicación, la mayoría de las veces, sencilla. En muchas ocasiones la solución más absurda por improbable que parezca suele ser la correcta.

—A veces hasta yo mismo me recuerdo al bueno de Holmes —dedicó una mueca torcida al famoso detective.

En sus pocos momentos dedicados a observar a su nueva compañera regresó a su casa con las manos vacías. Nada había en su actitud, ni en su forma de trabajar que le llevara a sospechar que su llegada a la GaZeta tenía como objetivo descubrirle.

«Ya te descubriré yo a ti».

Una semana más tarde iniciaría sus vacaciones de verano que si los malos no lo impedían con algún suceso que interesara a la GaZeta concluirían a mediados de agosto, quince días antes de que el período de prácticas tocara a su fin. Antes de iniciar dichas vacaciones necesitaba dar una vuelta de tuerca a la situación, agitar el presente para poder controlar los acontecimientos. No sabía actuar del modo que lo estaba haciendo. No sabía o no quería, la cuestión es que odiaba ir por detrás de los hechos. Quería ser generador de hechos.

Eso sí que se le daba bien.

Muy bien.

Esa tarde, tras servirse con mimo un *gin tonic*, tomó asiento frente al ordenador

para poner en marcha su idea. De su disco duro especial se hizo con el amplio reportaje fotográfico que realizó con Zoilo Cerrato de protagonista. Era una lástima que una información tan relevante, con unas imágenes de excelente calidad se mantuviera escondida sin que nadie pudiera admirar su obra.

«Eso no se puede permitir».

Apuró un sentido trago mientras repasaba todas y cada una de las fotografías sin olvidarse de la grabación de las imágenes que recogió en el pasillo y en el interior del dormitorio.

—Aquí llegabas con la putita que se te iba a subir a las barbas —murmuró mientras en el monitor aparecía Zoilo acompañado de la mujer— no voy a hacer ninguna captura del pasillo, sería ponerlos las cosas demasiado fáciles.

«Pero... a ver...».

Recordó unas instantáneas tomadas mientras estudiaba los movimientos de Zoilo en sus visitas al Parador de Gibralfaro. No tenía perdón por haberse olvidado de ellas. Mientras lamentaba su mala cabeza y el *gin tonic* disminuía hasta tal punto que ya se veía elaborando con toda la pausa necesaria el siguiente, repasaba las fotos en las que su víctima tomaba una copa en la terraza del bar, recién llegado de Madrid. Otras, con su ligue del momento.

—Llamarlo ligue es ser demasiado injusto. ¿No crees, amigo? —dijo a la imagen de Cerrato en el monitor. En su rostro una mueca despectiva.

Seleccionó cuatro. Dos, de la habitación que nadie pudiera haber visto antes, y que no quedara duda alguna del autor, alguien que había estado en la escena del crimen mientras se cometía.

El asesino.

«Yo».

—Esta en la que apareces con los ojos a punto de salir por los aires resulta muy sugerente. ¿No crees? La cinta aislante tapando tu boca te queda de maravilla —pasó a otra imagen— esta también, con la mitad del texto en tu pecho, que se vea que no es nada fácil escribir con un bisturí y que se entienda lo que quieres decir.

Las otras dos mostraban a Zoilo con mujeres diferentes. En una de ellas aparecía la que le acompañó aquella noche. Satisfecho con la elección y feliz por sentirse en movimiento regresó a la cocina para prepararse otra copa. Al pasar junto a sus tortugas se formó en su cabeza el rostro de Cela.

«Buena tía, pero demasiado enamoradiza».

Después de aquello se habían visto un par de sábados en *Peludos*. Antes de regresar a la protectora de animales repitió en el espejo de su cuarto baño, primero, y frente al retrovisor del coche nada más aparcar, después, la misma frase:

—Lo siento, lo siento, no quise asustarte y no, no me gusta así. No sé qué me pasó. Si no quieres que vuelva por aquí dímelo y lo entenderé.

Confiaba en que la respuesta de Cela se ajustara a sus expectativas.

Así fue.

Lo último que quería la hija de la dueña de *Peludos* es que Gus dejara de ir. No le había gustado lo que hizo pero había pedido perdón y parecía arrepentido. A pesar de haber resuelto la situación, Gus no había vuelto a repetir la invitación.

Mientras agitaba la copa con los hielos resbalando por el interior del cristal, repasaba su plan. Lo siguiente era elegir el día más apropiado para ponerlo en marcha. Era consciente de que cuando ese momento llegara todo se iba a precipitar, pero se hallaba en un punto de euforia contenida con el que se sentía inalcanzable, algo dentro de él se estaba moviendo.

«¿Te sucedió algo como esto alguna vez, papá?».

En la redacción llevaba el trabajo de uno de los becarios, durante su ausencia de vacaciones lo cogería Venancio y a su vuelta probablemente le tocara supervisar a Patricia. Había hecho todo lo que estaba en su mano para que no le tocara con ella a pesar de la insistencia de Julia.

—Venancio es un bruto, además sabes la opinión que tiene de las mujeres periodistas.

—Lo sé, pero es el más veterano, con el que más y mejor puede aprender el oficio y... —sintió un regusto amargo al escuchar lo que estaba partiendo de su boca y que estaba bien lejos de sentir.

—Eso no te lo crees ni tú, guapito —dijo Julia mientras daba un sorbo al asqueroso café de la máquina de la redacción— al final te arrepentirás, ya lo verás.

«Ahí, sí que no estoy de acuerdo contigo».

El inicio del período vacacional estaba a la vuelta de la esquina y Gus sentía como su euforia crecía por momentos. Había dado una vuelta al plan que iba a poner en práctica el primer día de vacaciones en sucesivas etapas.

—Mañana te vas ¿no? —quiso saber Patricia— me lo ha dicho Julia.

—Así es, necesito estas vacaciones. Ha sido un año duro —cruzó las manos tras la nuca—. ¿Qué tal con nuestro periodista más veterano? —intentó que su pregunta no partiera con ningún tono irónico pero falló.

—Bueno, la verdad es que suele estar bastante ocupado, pero no me importa porque aprendo mucho con vuestros artículos —llevó la mano al pelo y lo echó tras la oreja, un gesto con el que procuraba ocultar su nerviosismo— me estoy empapando de todo lo que habéis escrito sobre el Asesino del Retiro y de tus teorías que me parecen de lo más acertadas. Algo así quise contar en mi trabajo de fin de carrera pero no llegué a tiempo. ¿Crees que le descubrirán?

«¿Mis teorías?».

Gus miraba absorto a la becaria. No sabía si era pura inocencia o lo estaba poniendo a prueba.

—¿Descubrir a quién?

—Al asesino, lleva muchos años actuando y no parece que vaya a parar ¿no crees? La policía no consigue atraparlo.

—No sabría decirte, está claro que es un tipo inteligente, tanto tiempo burlando a la policía no debe ser nada fácil. ¿Sabes quién es BTK? Su nombre es Dennis Rader, lo detuvieron en febrero.

—Sí, leí vuestro artículo sobre él.

Gus se encontraba en su salsa hablando de uno de sus personajes favoritos. Sacó un pitillo del paquete y ofreció otro a su compañera.

—No, gracias, fumo alguno muy de vez en cuando.

Lo encendió con parsimonia. Tras una intensa calada miró a la becaria.

—BTK se alistó en las Fuerzas Aéreas, fue condecorado. Más tarde se casó, y trabajó de carnicero, de comercial de artículos de *camping*, de aeronaves, hasta que llegó la crisis del 73 que le llevó al paro y le facilitó mucho tiempo libre. A eso añádele su disposición a divertirse torturando a todo tipo de animales y su devoción por personajes como Ted Bundy o Jack el Destripador y ahí lo tienes.

—Pero ¿por qué tardaron tanto en cogerlo?

—Porque era un tipo listo. Todo se basa en saber llevar una doble vida, que tu entorno te tenga lo más cerca posible de ser considerado una persona intachable. Era miembro de la iglesia Luterana ¿entiendes? Estuvo 31 años enviando pistas falsas a la policía, durante los 90 dejó de matar. El año pasado cerraron el caso y ¿sabes qué? Le jodió.

—¿Cómo?

—Eso, que le jodió, no contaba con que abandonaran, no quería que se olvidaran de él después de todo lo que había hecho —la mirada de Gus viajó a un punto lejano, en su rostro una sonrisa melancólica, siguió hablando—: envió una carta a la policía grabada en un CD-Rom, y le pillaron, comprobaron los metadatos del documento de Word y el resto fue sencillo. Al final el amigo Dennis fue un pardillo o quizá quería que le detuvieran.

—¿Por qué iba a querer que le detengan?

—Para cambiar de vida. Si no le paran seguiría haciendo lo mismo. Aunque en el caso de BTK lo que le cabreó fue que dieran por terminada su investigación, eso no lo podía permitir.

—¿Y el Asesino del Retiro?

—Estas obsesionada con él ¿eh? —en su semblante una sonrisa torcida, escondiendo el orgullo que le producía el interés en sus cacerías— pues, seguirá matando, no lo dudes.

Patricia calló unos segundos como valorando lo que acababa de escuchar.

—Entonces creo que es más urgente de lo que pensaba que lo detengan. Por cierto, no sabía que eras tú el que firmaba como Hijos de Caín.

Gus esbozó una enorme sonrisa de satisfacción.

—¿No te gusta?

—Sí, sí, lo decía porque puede tener muchas interpretaciones. Ya sabes... —de nuevo el pelo tras la oreja— Caín, el chico que mata a su hermano. Sus hijos serán

como su padre, bueno no sé, que me estoy liando. Creo que es un buen seudónimo para tus artículos —giró sobre sí misma— disfruta de las vacaciones, Gus.

«¿Me has querido decir algo?».

Durante unos segundos siguió la figura de la chica que se encaminaba a su mesa, en su mano el bolígrafo estaba próximo a saltar en mil pedazos. Al girar la silla y volver a su posición cruzó su mirada con la de Venancio que entraba en la sala en esos momentos. Apenas fueron un par de segundos en los que creyó vislumbrar un rictus de suficiencia, le vio mirar a Patricia para a continuación volver a mirarle.

No fue Venancio Sánchez el que le dijo a Patricia quién se escondía tras seudónimo de Hijos de Caín. El motivo era bien sencillo; odiaba a Gus por su aspecto arrogante, su éxito entre las mujeres y más aún, por el que gozaba en la propia redacción. Esa pose de estar por encima de todos ellos, como si llevara toda una vida en la profesión.

«Es un maldito niño pijo de mierda».

Venancio firmaba con su nombre y apellido, a los que unía sus iniciales, V. S., orgulloso de todos los artículos que había escrito hasta el momento, feliz por sus trabajos como periodista de investigación aunque en ocasiones, a juicio de Cortijo, se le nublaban el juicio, tenía dificultades para discernir entre lo que suponía un buen caso para la GaZeta o un buen caso para el propio Venancio.

Firmar con seudónimo le parecía de estúpidos, de una soberbia mal disimulada. No le cabía en la cabeza que alguien pudiera no dejar su nombre en un trabajo realizado, era la mejor forma de darse a conocer, de que se te valorara en el mundillo. Sin embargo, el niño no solo utilizaba ese seudónimo, que en su fuero interno reconocía sin tapujos que le agradaba, sino que se mantenía al margen cuando alguien ajeno a la redacción preguntaba por el nombre real del periodista. Por si esto fuera poco, el propio Emilio Cortijo le seguía el juego a quién quisiera sonsacarle la identidad de Hijos de Caín.

—Lo único que le voy a decir es que se trata de un periodista de la GaZeta Negra —dijo en una entrevista para El Mundo.

—¿No será que bajo esa firma se esconden varios de sus empleados?

—Podría ser una opción, sí señor —afirmó con el fin de enredar un poco más el asunto.

No, Venancio no le diría a nadie quién era Hijos de Caín. Si querían sospechar que se trataba de varios compañeros, mejor para él. De una u otra forma tendría que sacar provecho del asunto, pero lo que más le urdía llevar a cabo era eliminar, cuantas más mejor, esas capas de triunfador, de periodista estrella, con las que el director había cubierto la figura de Gus.

«Tengo un mes, durante las vacaciones del niño».

Fue Julia, la que una tarde al salir de la redacción aceptó la segunda invitación de Patricia para tomar café y le confesó quién se escondía bajo ese seudónimo. En los

dos días que llevaba trabajando no había podido darle las gracias a la secretaria por su actitud.

—Ni te imaginas la alegría que me diste cuando me llamaste el día de la entrevista, Julia.

—Es que tenía que decirte algo, aunque no debía hacerlo así, imagina que al final se tuercen las cosas y resulta que llaman a otro. ¿Cómo hubiera quedado contigo? —dijo mientras hurgaba en el bolso buscando un pitillo—. Creo que fumo mi pitillo diario por la humareda de la redacción, bueno y no te digo nada cuando entras en el despacho del don Emilio. A ver, cuéntame cómo has pasado estos dos días, que si me pongo a hablar no callo. De un tema paso a otro y luego a otro —vuelve el rostro buscando un camarero— por favor, cuando pueda —pidió brazo en alto.

Patricia observaba a su compañera sin poder evitar una sonrisa. Llevaba razón, apenas callaba, pero porque siempre estaba hablando por teléfono o con unos u otros. No paraba ni un segundo durante el día. Le caía muy bien esa chica.

—¿Por dónde íbamos? Sí, venga, cuéntame qué te han parecido estos días en la redacción ¿era tal y como imaginabas?

Pati apenas pudo hacer ademán de abrir la boca.

—¿Sabes? Pensé que te iban a poner con Gus, o con Rosa, pero no con Venancio. Sí, es el más veterano, no es que a Rosa se le dé bien enseñar, la verdad, pero no sé... —el camarero se detuvo frente a la mesa— por favor dos cafés con leche y... —volvió el rostro hacia Patricia y luego consultó el reloj—. ¿No crees que a estas horas nos merecemos ya un vino?

—Me parece bien, pero solo uno que luego digo tonterías.

—No, de eso no te preocupes cuando estés conmigo que ya me encargo de decirlas todas juntas —apuntó mientras soltaba un par de sonoras carcajadas.

La llegada del camarero con los vinos le sirvió a Patricia para dejar caer la pregunta que rondaba en su cabeza desde que vio el anuncio de la GaZeta en el tablón de la Facultad.

—Oye, Julia ¿quién firma como Hijos de Caín? Ayer escuché al otro chico nuevo que se lo preguntaba a Venancio y le dijo que ya se enteraría, que no tuviera prisa.

—Verás, es como un secreto al que le gusta jugar a don Emilio. Una vez se lo preguntaron en una entrevista y dejó caer que igual eran varias personas las que estaban detrás de ese nombre y a Gus no le importó.

—Ya entiendo. ¿Entonces es él? —calló unos segundos con la mirada perdida en el vino.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? Creías que otro, ¿verdad?

En la cabeza de Patricia se reproducían los últimos momentos de su entrevista con Gus. El cambio radical en su mirada, sus gestos. Compartió con Julia las sensaciones que le embargaban cuando se marchó de la GaZeta aquella mañana, convencida de que no pondría de nuevo un pie en ese lugar.

—Por eso cuando me llamaste no me lo podía creer.

Esta vez fue la eficiente secretaria la que dedicó más tiempo del habitual para apagar el pitillo en el cenicero.

—No creo que le importara que hicieras el trabajo sobre el asesino ese. ¿Por qué iba a molestarle? Si acaso al revés. ¿No crees?

—No sé, lo único que puedo decirte es que algo le sentó fatal.

Con otro vino en la mesa tras insistencia de Julia, esta le habló de la vida de Gus, de la muerte de su padre y de su hermana en un accidente, de su madre, la pobre en un siquiátrico desde entonces. De cómo el trabajo le mantenía activo y le servía de válvula de escape para tanta desgracia.

—Pobre, no me podía imaginar algo así.

Julia apuró una calada y continuó:

—Hace un par de meses llamaron de una protectora de animales, *Peludos*, creo recordar que se llamaba.

—Bonito nombre.

—Sí, lo es. Pues preguntaban por él, les dije que no estaba, que había salido de viaje. Por lo visto, como Gus tenía el móvil apagado habían intentado localizarle en la redacción.

—¿A adoptado un perro?

—Eso pensé, pero mira, me dice la chica, muy maja por cierto, Cela se llamaba, o Mela o algo así, pues me dice que no, que Gus. ¡Pásmate, Patricia! —separó los brazos en cruz y abrió los ojos teatralmente—. Nuestro Gus trabaja como voluntario muchos fines de semana desde hace meses. ¡Como voluntario en una protectora de animales! ¡¿Qué?! ¿Cómo te quedas?

—Vaya, no me lo imaginaba así, aunque la verdad apenas le conozco.

—Ni yo lo podía sospechar. No le veo en un lugar como ese, la verdad. Me pregunto por qué lo lleva en secreto.

Pati consultó el reloj.

—Se hace tarde, Julia.

—Eh, sí, es que como no me callo.

Ya fuera del bar, la hija de Rocío Prados se volvió hacia su compañera.

—Muy en secreto no lo lleva si la tal Cela llamó al trabajo ¿no crees?

—Me rogó que no le dijera nada, insistió mucho, sabía que trabajaba en la GaZeta y buscó nuestro número en internet. Creo que a esa chica le gusta —en su rostro una mueca melancólica.

—¿Y a ti?

—¿A... mí? ¿Qué, si a mí...? ¿Qué si me gusta...? —exclamó señalándose el pecho una y otra vez—. ¡Qué cosas tienes! Pero si es un chaval. Ahí viene mi bus —dijo mientras giraba sobre sí misma saludando brazo en alto—. ¡Hasta mañana! Gracias por los vinos.

—Hasta mañana.

«A mí no me engañas, Julia. Te mueres por él».

En su última tarde de trabajo Gus había decidido adelantar un día la puesta en marcha de una parte de su plan. Sí, se trataba de algo improvisado, posiblemente impulsado por la sospechosa actitud de la becaria. No entendía sus explicaciones sobre su seudónimo, demasiadas para su gusto. ¿Qué coño le importaba?

«A no ser que me estuviera dejando un mensaje».

Se despidió de Julia con dos besos, hasta la vuelta de vacaciones, bajo la escrutadora mirada y rostro sonriente de Patricia. Saludó por encima a los demás y salió de la redacción. El golpe de calor con que le recibió la calle le hizo desear llegar a su casa y ponerse a salvo bajo el aire acondicionado.

Unos minutos más tarde abandonaban la redacción Patricia y Julia. Con el paso de los días crecía la amistad que se había iniciado entre las dos compañeras casi en el instante que se vieron por primera vez.

—Eres a la única a la que ha dado dos besos. Ahora me dirás que no...

La secretaria agitó la mano en el aire, como quitando importancia a las palabras que acababa de escuchar, pero sin poder evitar la agradable sensación que le generaba la posibilidad de que fueran ciertas. No porque se planteara una relación con Gus más allá de la que ya mantenían, si no por sentirse deseada por una persona a la que idolatraba como compañero y como profesional. Sí, no podía negar que se le podría catalogar de raro, como así le etiquetaba Venancio, pero precisamente esa rareza le otorgaba un cierto atractivo que lo hacía bien distinto.

—Porque nos llevamos bien. Si no conociera a ese chico tan guapo que sale contigo diría que estás celosa —soltó sonriente.

—¿Celosa, yo? —Pati sonrió— esa salida no te va a funcionar para desviar la conversación, guapa.

—Perdona, ahí bien mi bus —dijo despidiéndose con el brazo en alto.

—¡Cobarde! ¡Hasta mañana, Julia!

Patricia permaneció unos instantes inmóvil mientras observaba a su nueva amiga subir al autobús, daba la impresión de que necesitaba agacharse para entrar.

«Te gusta y mucho, sé que esos besos te han encantado, aunque no sé si para él significan lo mismo. A mí no me lo parece».

Su móvil comenzó a sonar.

—Fernando...

—Hola Pati, ¿has salido ya? ¿Te apetece que nos tomemos algo y me cuentas como te ha ido el día? De paso te llevo a tu casa.

—Me parece muy buena idea. Me daba una pereza el metro y el bus que no te puedes imaginar. Pensé que no ibas a poder.

—Eso creía yo, además tengo algo que contarte. ¿Dónde estás?

—Al lado de la GaZeta. ¿Pero qué tienes que contarme? No me dejes así.

—Luego te lo digo, chica impaciente. Te recojo en la esquina con el Paseo del Prado ¿te parece?

—Vale, aquí te espero.

—Diez minutos.

Julia le había comentado que la GaZeta disponía de algunas plazas de aparcamiento para los empleados, pero muchos de ellos preferían moverse en taxi y autobús y luego pasar los *tickets*. A Patricia le sonaba a música la posibilidad de traerse el Mini y poder utilizarlo en el trabajo. Las dos veces que había salido con Venancio a cubrir alguna rueda de prensa fueron en taxi. La ocasión que acompañó al director se trasladaron en su coche.

«Pero lo primero es terminar las prácticas y que decidan seguir contando conmigo, ya tendré tiempo para preocuparme por la plaza de aparcamiento, aunque estaría bien...».

En cuanto comenzó a caminar las dos manzanas que le separaban del punto acordado de recogida un individuo descendió de su vehículo y se dispuso a seguirla a una distancia prudencial.

El hombre sacó un pitillo, a resguardo de una furgoneta observaba a la chica que se había detenido en la esquina. No les separaban ni cinco metros. De pronto, Patricia levantó el brazo mientras su rostro mostraba una enorme sonrisa. Un Volkswagen Golf se detuvo a su lado, entró.

Les vio besarse.

«Vaya, vaya con la niña...».

Gus anotó el número de matrícula.

Zoilo Cerrato 1

—¡Qué tengas un buen día, Pati!

—Lo mismo te digo, mamá.

Rocío dejó a su hija en la redacción de la GaZeta y puso rumbo a la comisaría. Había estado observándola en las semanas que llevaba de prácticas y creía haber notado un cambio en ella. Jesús Romero estaba de acuerdo, pero no acertaban a dar con un motivo concreto que justificara sus formas de comportarse, de dialogar, de exponer su criterio. Daba la sensación de estar entrando en un mundillo, como a ellos les pasó en su momento, en el que el corazón y los sentimientos, deben quedar lo más escondidos posible.

No lo había hablado con ella, confiaba en que fuese su hija la que pusiera el tema sobre la mesa. Una cosa es querer ser policía o periodista de investigación, en su caso de crónica negra y otra diferente vivir la profesión. Cuando la sangre, los cadáveres, los abusos, las injusticias abandonan las hojas de un libro, de un periódico, o las imágenes de la televisión o de una película o las ondas de la radio para cruzarse en tu camino y mostrarse con toda su crudeza, algo dentro de ti cambia.

Acababan de compartir un fin de semana de confidencias madre e hija, acompañadas en ocasiones por Jesús. Patricia no podía seguir escondiendo la investigación que llevaba por su cuenta sobre el Asesino del Retiro. Sí, por su cuenta, porque aún no había reunido el valor suficiente para proponer en la redacción una investigación más profunda, no quería que Gus pensara que estaba invadiendo su parcela. Por otro lado, necesita eliminar la sensación de actuar a escondidas de su madre y seguir poniendo en aprietos a Faustino Corrales.

Se encontraban en la sobremesa del pasado sábado. La pequeña Esther durmiendo a pierna suelta con brazos y piernas en cruz, una tierna sonrisa en su rostro. Era la viva estampa de estar en la gloria. Berta, confeccionando una chaqueta de punto a la niña que le valiera para el próximo año. Madre e hija en el salón compartiendo un café y Jesús adormilado en una butaca sin perder el más mínimo hilo de la conversación.

—Mamá, tengo algo que contarte, pero prométeme que no te enfadarás ni conmigo, ni con nadie.

Rocío arrugó la frente.

—Mucho me pides sin saber nada ¿no te parece? A ver, cuéntame eso que parece tan grave.

—Bueno, vale, te puedes enfadar conmigo, pero con nadie más.

—Cuéntame —insistió.

Eso hizo.

Patricia habló sin parar durante la siguiente media hora, los primeros minutos con susto por lo que iba a confesar, poco a poco, ayudada por la actitud de su madre y las puntuales intervenciones de Romero, fue adquiriendo confianza. Rocío no iba a dejar escapar una oportunidad como esa para dar un giro en su relación con su hija. Estaba muy orgullosa de ella, de su capacidad para superar los malos momentos y empeñarse en ver la vida por el lado alegre, sin perder la esperanza, al revés, sabiendo que somos una parte muy importante de todo lo que nos acontece. Por supuesto que también tenemos derecho a levantarnos con el pie cambiado y tener malos días. En estos momentos valoraba su capacidad para esforzarse en no echar la culpa a nada, ni a nadie, en esos días en los que parece que todo va mal y sigue mal.

Sabía que frente a ella se encontraba una jovencita que ya no lo era tanto. Había dejado de ser la pequeña Pati y su lugar lo ocupaba una periodista de investigación. Sí, tenía la oportunidad de hablar profesionalmente de mujer a mujer y no la iba a desaprovechar.

Patricia habló de su proyecto de fin de carrera sobre la figura del Asesino del Retiro, de sus crímenes de Madrid y de los que sospechaba había cometido en otras ciudades. De cómo había implicado a Faustino Corrales para que le ayudase con el trabajo, al que había rogado que no le dijera nada, a pesar de que el inspector no había dejado de insistir cada día que debía hablar con su madre cuanto antes o lo haría él.

—No quería que te preocuparas.

—Lo que me puede preocupar es la falta de información. No saber en qué andas metida.

—Lo sé...

—Si te planteas si es peligrosa la investigación que llevas por tu cuenta. Si tienes dudas —intervino Romero— pregúntate cómo crees que actuaría el asesino si descubre que andas tras su pista y te estás acercando.

La periodista frunció los labios.

—Pues, no sé, no tendría sentido que viniese a por mí. No soy su tipo de víctima, nadie de mi familia ha sido... —calló unos instantes al recordar la que creía olvidada odiosa figura de su padre.

Rocío cogió su mano.

Jesús cogió el testigo:

—No te hablo de tu padre, nada tiene que ver con esto. Me refiero a que si investigas sobre un asesino que está en activo no sabes cómo va a reaccionar, si a eso añadimos que ni en tu periódico ni nosotros sabemos lo que haces...

—Sí, entiendo, llevas razón.

Romero se incorporó.

—¿Te importaría contarnos cómo va tu investigación?

Patricia abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Sí? ¿De verdad os interesa?

—Claro, todo lo que hagas tú nos interesa y si además tiene que ver con un caso que a mi querida mujer se le atraganta... —miró a Rocío con una mueca burlona.

—Jesús... no te aproveches.

Patricia fue a su dormitorio y regresó con toda la documentación. Una agenda y dos voluminosas carpetas. Una verde, con información sobre los asesinatos del Retiro y casos sin resolver acontecidos en Madrid. Otra naranja, con asesinatos ocurridos fuera de Madrid con similar *modus operandi*.

Rocío y Jesús intercambiaron sus miradas mientras la periodista organizaba sus más que voluminosa documentación. Las dos carpetas abiertas frente a ella, la agenda a un lado. Inició la exposición con el primer asesinato del Retiro, el de Lorena Rodríguez, las iniciales U. R. Q. grabadas en la pulsera, que no se habían recogido en el primer informe policial y que la prensa tampoco se había hecho eco. Iniciales que aparentemente no correspondían a ningún pariente de la víctima, por eso el asesino no escribió su frase *todo queda en familia*. Estaba convencida que el propietario de esas iniciales también habría sido asesinado tiempo atrás, bien por el mismo individuo o por otro.

—Quizá sean más de un asesino, mamá.

De nuevo, cruce de miradas entre la pareja de comisarios. Miradas que decían mucho pero habían decidido no intervenir.

Habló de Sandra Bonaechea Argoche, asesinada en San Sebastián, de su madre, Arancha, que también corrió la misma suerte. A pesar de que no dejó la frase junto al cuerpo de Sandra, está convencida que se trata del mismo asesino. Confesó que le pidió a Faustino Corrales que se informara sobre el reloj que llevaba Sandra en el momento que encontraron su cadáver, si correspondía a su madre y si la familia sabía que lo llevaba Sandra o les cogió de sorpresa.

—No sé de dónde sacó la información, o si se la dio Marlasca, pero me dijo que al padre de Sandra le llamó la atención que cuando encontraron el cuerpo de su mujer no llevaba su reloj, que no lo volvió a ver hasta que apareció en la muñeca de su hija.

—Sí, lo sabemos —apuntó Rocío.

—¿Lo sabíais?

—Claro, se trata de información relevante para el caso ¿no crees? Tino es un profesional que...

—Sí, sí, llevas razón, por un momento pensé que no había respetado nuestro acuerdo. Le prometí que a cambio de su ayuda no incluiría nada de lo que me dijera en mi trabajo de fin de carrera.

—Tranquila, que ha sido como una tumba —mintió.

—Continúa, por favor —pidió Romero.

Patricia siguió con Zoilo Cerrato, poco pudo aportar excepto su convencimiento de que se trataba del mismo asesino y de que la pulsera y gemelos encontrados pertenecerían, como en el caso de Sandra, a alguien asesinado tiempo atrás.

—No me olvido del periodista que apareció muerto pocos días después — consultó sus notas—. Ramón Cespeda.

—¿Crees que también es obra del Asesino del Retiro?

—Sí, Jesús, pero lo que me desconcierta es qué hacía aún el asesino en Málaga después de su primer crimen.

Los siguientes minutos los dedicó a exponer los pasos que tenía pensado seguir. De la carpeta de crímenes fuera de Madrid sacó cuatro folios, uno por asesinato en Barcelona, Sevilla, Tenerife y Toledo, pero este último no lo veía claro.

—Apostaría a que hay más.

Con un leve gesto de cabeza Rocío la invitó a continuar.

—Sí, me refiero en el extranjero. El padre de Lorena Fuente fue asesinado en Venecia el veinte de marzo del 83. Los padres de Zoilo Cerrato muertos en 1989 en París —leía sus notas— esto quiere decir que se ha movido mucho. Me parece que va a ser imposible identificar a todas las víctimas ¿no os parece?

Llegados a este extremo Rocío tomó el mando de conversación, tras insistir en la confidencialidad de ambas exposiciones, habló de Claudia Dubois, la última mujer de Zoilo Cerrato, de su declaración negando haber visto antes ni la pulsera ni los gemelos.

—¿Entonces?

La comisario expuso durante quince minutos lo que habían averiguado en parte gracias a María y en parte a sus contactos entre la policía francesa. Relató el asesinato de los padres de Zoilo en un hotel en la capital francesa cuyo móvil se creyó que había sido un robo que habría salido mal. La ausencia de la pulsera que resultó ser de diamantes y que estaba valorada en dos millones de euros no fue echada en falta hasta semanas más tarde. Con los gemelos tardaron más tiempo.

—Hablé con nuestros compañeros de París —dijo mirando a Jesús— quería que me dijeran si los padres de Zoilo tenían familia que pudieran reconocer la pulsera y los gemelos hallados en el Parador de Gibralfaro —hizo un alto para dar un sorbo a su vaso de agua.

—Y... —Patricia, de los nervios. Su cuaderno de notas abierto y el bolígrafo en la boca— sigue por favor... ¿lo reconocieron?

—Sí, una hermana de la madre reconoció la pulsera y un hijo de la pareja los gemelos del padre.

Los ojos de la periodista se abrieron como platos.

—¡Bien! ¡Esto quiere decir que estamos más cerca! —dijo mientras tomaba notas en el cuaderno.

—¿Estamos, Pati? Recuerda que esto no es un juego, hay un asesino matando por ahí que...

—Lo sé, mamá, lo sé. No te preocupes, iré con cuidado pero tendré a mi disposición los medios de la GaZeta, bueno, eso espero, si el director me lo permite para investigar a fondo aprovechando que Gus se va de vacaciones.

—¿Gus?

Mientras Rocío aparcaba el coche recordaba los últimos momentos de la conversación del pasado sábado. Sí, tuvo que reconocer que le extrañaba que el autor de los artículos sobre el Asesino del Retiro se hubiera molestado con su hija porque hubiera tratado el mismo tema en su trabajo de fin de carrera.

—Seguro que Pati lo ha interpretado mal —siseó...

«¿Seguro?».

No sabía qué, sin duda nada importante, pero por su cuerpo había cruzado veloz, muy veloz algo parecido a un chispazo.

Casi como cada día, el oficial Goyo, próximo a la jubilación, se hallaba en su puesto al frente de la recepción.

—Buenos días, comisario. Sin novedades dignas de mención, le he dejado el parte del turno de noche en su despacho.

—Buenos días, Goyo y gracias.

Por el camino se cruzó, entre otros, con dos de sus favoritos oficiales de policía que parecían hermanos gemelos, eficientes e inteligentes; Díez y Cortázar. Al aproximarse a su despacho llegó hasta ella el olor a café que provenía de la pequeña estancia reservada a los agentes. Se asomó.

—Buenos días, María.

—Hola Rocío... —susurró—. ¡Buenos días, comisario! —exclamó bien alto para quién pudiera estar escuchando— café recién hecho.

—Lo que daría por una taza —dijo sonriente mientras se encaminaba hacia su despacho.

María Esther tenía el impagable detalle de mantener las persianas casi bajadas durante las primeras horas de la mañana en los meses de verano, cuando el sol daba de pleno, manteniendo la estancia en penumbra. La extraña orientación del despacho permite que solo entren la luz del sol hasta las diez más o menos, luego llega el momento de abrir ventanas y dejar que corra el aire.

Colgó la chaqueta en el perchero y tomó asiento frente a su mesa. En un lado un par de marcos con las fotos de su familia, Berta, Patricia, Esther y por supuesto, Jesús Romero. Con la sonrisa fijada en su rostro encendió el ordenador.

Suave repiqueteo en la puerta.

—Café para nuestra querida comisario.

—Déjate de peloteos y pónmelo en vena, he dormido fatal.

—Aquí lo tienes. —María Esther deja sobre la mesa una taza de humeante café—. ¿Ha sido por culpa de mi querida ahijada?

Antes de contestar ni de expresar el más mínimo gesto, Rocío dio un corto sorbo, satisfecha, como si hubiera ingerido la dosis de cafeína necesitada. Suspiró profundamente.

—Ojalá le pudiera echar la culpa a alguien o a algo, pero no. A veces me suceden

estas cosas. Me cuesta conciliar el sueño sin que aparentemente tenga un problema concreto.

—Eso se cura averiguando el motivo —dijo María saliendo del despacho.

Rocío cogió la cucharilla y la mantuvo durante unos instantes removiendo el café. En su cabeza se repetían las últimas palabras de María. Llevaba toda la razón, el problema no radicaba en el motivo, que sin duda debería existir, sino en que la experiencia le decía que cuando esto sucedía presagiaba la llegada de sucesos complicados para ella, su familia o la comisaría.

No se equivocaba. Todo estaba a punto de comenzar.

Aunque en esta ocasión en lugar de una *o* habría que añadir una *y*.

Para ella, su familia y la comisaría.

Volvió la vista al ordenador buscando el correo del fin de semana. Repasó los remitentes del primero, del segundo...

Lo vio.

De la impresión casi se atraganta.

—Buenos días, comisario —dijo Mendía entrando en el despacho para la reunión de los lunes—. ¿Qué te pasa? —en dos zancadas se acercó hasta su compañera ofreciéndole un vaso de agua.

Rocío apuró un trago y poco a poco fue retomando la respiración.

—Buenos días, José Carlos, y gracias. Mira... —dijo mientras volvía su atención al ordenador y señalaba el remitente de un correo recibido el día anterior cerca de media noche.

—El Asesino del Retiro —leyó, Mendía—. ¿Qué es, una maldita broma?

Rocío llevó la mano al ratón y lo situó frente al *e-mail*.

—Ahora mismo lo vamos a averiguar —dijo mientras hacía doble clic.

Lo primero que apareció fue un breve texto:

Buenos días, comisario.

Imagino que cuando esté leyendo este correo será lunes por la mañana. Como habrá podido observar el remite dice; Asesino del Retiro. Usted sabe que a los periodistas siempre les gusta etiquetar de una forma que creen original los casos a los que se enfrentan, pero definirme así es menospreciarme.

He escuchado que el autor del asesinato de Zoilo Cerrato podría ser un vulgar imitador, pero usted, alguna prensa especializada y yo sabemos que no es así. Conozco su carrera profesional, es un orgullo para mí que sea usted la persona encargada de darme caza.

¿Quiere una prueba de quién soy? No deje de ver el archivo adjunto.

No comparta con la prensa esta información por el bien de todos. Seguiremos en contacto.

Bastó un intercambio de miradas para que Rocío y Mendía llevaran la vista al archivo adjunto.

«Zoilo Cerrato 1».

—A ver... —siseó la comisario mientras lentamente se iba mostrando la imagen en pantalla.

—¡Joder! —el inspector jefe dio un respingo al reconocer la habitación del Parador de Gibralfaro y el cuerpo de Cerrato sobre la cama.

Rocío permaneció en silencio mientras contemplaba la fotografía de lado a lado, de arriba abajo, ampliando por zonas para poder analizar detalles concretos.

Cuando los tres policías de Madrid se presentaron en el escenario del crimen se habían llevado el cuerpo. A pesar de que contaban con fotografías de Cerrato atado sobre la cama, gentileza del comisario Remón, esta era diferente.

Muy diferente.

Las que habían visto hasta ese momento podrían pasar por una puesta en escena de un equipo de cine, un actor y efectos especiales. Sin embargo, la instantánea que se mostraba ante los ojos de la comisario y del inspector jefe poseía visos de realidad, de estar sucediendo en este preciso instante, de asistir en directo al sufrimiento de la víctima, convirtiendo la visión en algo aún más dramático y sobrecogedor.

—Está vivo... —Mendía no daba crédito a lo que veía— pero este cabrón qué coño quiere con esta...

No había duda de la identidad del fotógrafo. Los ojos desmesuradamente abiertos de la víctima, los brazos en tensión, los puños cerrados con fuerza. Siendo ya espeluznante el terror que transmitía Cerrato, lo que resultaba más llamativo era su pecho...

Mendía señaló justo en el mismo punto que estaba mirando su compañera.

—¿Eso es el texto, la maldita frase?

—Sí, pero sin terminar.

Prados llevó la vista a la lámpara de la mesilla de noche. Algo parecía reflejarse en ella. Amplió la fotografía y fijó la mirada en el redondo cuerpo de la lamparilla.

—¿Qué ves aquí?

El inspector jefe introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Con calma, sin dejar de observar el punto señalado, se hizo con una funda de la que extrajo unas gafas de cristales pequeños y rectangulares. Durante un largo minuto permaneció en silencio, conocía lo suficiente a su jefa como para saber que ella había distinguido algo en ese reflejo por mucho que a él solo le pareciera el brillo de un *flash*.

—Parece el reflejo de alguien, pero está muy distorsionado.

—Sí, deformado por la propia lámpara. Me da la sensación que esta mancha de aquí es nuestro asesino, con la cámara tapándole la cara. Juraría que lleva guantes —propuso señalando dos pequeños puntos blancos.

—Si estamos en lo cierto, comisario, por la situación del reflejo parece que el

asesino está sentado sobre la víctima.

—A horcajadas, escribiendo sobre su pecho —dijo mientras levantaba el auricular del teléfono—. María, por favor, avisa al inspector Corrales.

—Sí, ahora mismo.

Los dos viejos compañeros no podían apartar la vista de la fotografía que reflejaba la tortura a la que estaba siendo sometido Zoilo Cerrato, solo podía ser obra de su asesino.

—Iba preparado.

—¿Por qué lo dices, por la cámara?

Prados señaló un objeto que recogió el brillo del *flash*.

—¿Qué crees que puede ser?

—Pues... —llevó la mano a las gafas—... un chuchillo fino o... un bisturí o algo similar.

—Sí. Eso me parece. Llevaba encima todo el material que consideraba necesario para su crimen. De Madrid a Málaga para cometer otro asesinato... —deslizó dos dedos tras la oreja jugando con el pelo—... le había seguido, hasta que no vio el momento propicio permaneció a la espera.

—Está volviéndose más... me jode definirlo así pero no se me ocurre otro calificativo, más profesional.

Dos golpes en la puerta.

—Comisario, me buscaba.

—Sí, Faustino, pasa. Verás, he recibido un correo que necesito saber quién lo ha enviado, desde dónde y...

—El color de sus ojos, la altura, dónde vive y el nombre del *hijoputa* ese... —intervino Mendía, visiblemente afectado, mientras señalaba el monitor del ordenador de Rocío.

Corrales se detuvo a medio camino. Su mirada fue del inspector jefe a su jefa sin entender qué les pasaba. Desde que pocos días atrás había comenzado a trabajar en la división de informática de la policía apenas había podido levantar la vista de su ordenador. Pensó que su nueva actividad implicaría un trabajo diametralmente opuesto en cuanto a sensibilidad se refiere. No ver cadáveres, no perseguir a los malos por la calle y poder ayudar a sus compañeros por medio de la informática le hacía sentirse importante y en el lugar que siempre debió estar. Pero no todo eran buenas noticias. El caso en el que estaba inmerso, relacionado con pornografía infantil, le había hecho sentir la rabia, el dolor y el asco que el trabajo de campo no había conseguido.

—Acércate —pidió Rocío con un gesto.

Faustino se situó junto al inspector jefe.

El monitor frente a él.

Apenas le llevó unos segundos comprender qué era lo que estaba viendo. Sin duda se trataba de Cerrato y del maldito caso que tenía toda la pinta de perseguirle de

por vida y que había rogado le dejaran colaborar en su resolución aunque fuese desde la división de informática.

—No me extrañaría nada que el correo que he recibido no pueda ser rastreado, pero inténtalo, por favor.

—Sí, sí, por supuesto... —su voz apenas un balbuceo.

No, no podía ser rastreado.

Gus se había ocupado de eso.

La noche anterior había puesto en marcha uno de los aspectos más importantes de su plan. El primero de ellos había consistido en averiguar quién era el conductor del Golf que había ido a recoger a Patricia el día anterior al inicio de sus vacaciones.

—Fernando Granada Mariate... —en la pantalla del ordenador se mostraba la ficha de tráfico del propietario del vehículo. Todo lo aprendido con sus amigos *hackers* iba dando sus frutos. No sabía si sus conocimientos bastaban para averiguarlo por su cuenta, había pensado en pedírselo a alguno de sus ciberamigos pero como desconocía qué le podría deparar el futuro al tal Fernando, optó por intentarlo él mismo.

«No vaya a ser que un día tenga un accidente y relacionen estos *amigos* míos, su nombre y el favor».

Sonrió a la palabra accidente.

La becaria fue el siguiente de los objetivos, el que más tiempo le había dedicado mentalmente los últimos días, hasta el punto de ser consciente que se estaba convirtiendo en una obsesión para él.

«No sé si es bueno o malo pero es lo que es».

Dos días antes su voz interior le pidió, tal y como hacía a menudo en las últimas semanas, demasiado a menudo para Gus, que no se empeñara en esa chica, que hasta el momento no había hecho nada que resultara punible.

—¿Cómo, qué no?! ¿Quién cojones te crees que es la que zorra que me envía esos puñeteros mensajes?! ¿Eh?! ¿Quién?!

«No lo sabemos».

—No lo sabrás tú, imbécil, para decir gilipolleces cállate la puta boca...

Con la cabeza sobre las piernas y sus dedos frotando con saña el cuero cabelludo se exponía a padecer otra de sus crisis que continuaban apareciendo con más asiduidad en su vida.

—¿También te pasó a ti, papá?

«Tranquilo...».

—¡Déjame en paz!

Era plenamente consciente de lo que estaba por venir. Bajó del sofá del salón y arrastras avanzó unos metros hasta dejarse caer. Tumbado de lado en el suelo con las piernas recogidas, los ojos firmemente apretados, la barbilla pegada al pecho, los dedos frotando y frotando el cuero cabelludo. La imagen de Patricia entrando en el

Golf pedía paso con violencia en su aturdida cabeza. Su imagen y un puñetero beso. Un agudo pinchazo localizado en el pecho terminó de enfurecerle.

«No puedes estar celoso, Gus».

—¡¡Qué te calles, coño!!

Era una nueva sensación para él, jamás había experimentado algo similar. Lo más parecido a lo que podía significar ese sentimiento le llegaba a través de las absurdas y estúpidas reacciones de sus compañeros de colegio o de la universidad cuando el chico o la chica de turno no les hacía caso. La que le gustaba a Gus siempre le correspondía, los celos no tenían cabida. Sí, reconocía frente al espejo que Patricia era guapa, que le gustaría llevársela a la cama. En lugar de la cara congestionada de Cela veía su rostro y sentía como alcanzaba una erección dolorosa. No, no se trataba de celos relacionados con emociones próximas al amor. No, era una simple cuestión de poder y de propiedad.

¿Y algo más...?

Sí, algo más que le empujaba a poner todo su empeño y saber hacer en descubrirla, no iba a permitir que una niñata pija terminara con alguien como él, un auténtico asesino en serie tan prolífico como su padre, o casi. En su escena favorita de los últimos días veía a una Patricia llorosa, entregada, confesando y pidiendo clemencia.

«¿Clemencia? No sé lo que significa eso».

Arrebuñado en el suelo, con todos los músculos en tensión y con el intenso e insistente frotar de sus dedos sobre el cuero cabelludo había conseguido que su maldita voz interior y sus razonamientos se fuesen alejando poco a poco.

Poco a poco.

Sus músculos se aflojan. Los párpados pesan más y más.

Comenzó a relajarse. Tanto, que dejó de sentir piernas y brazos. No había ni ojos apretados, ni rodillas recogidas, ni dolor de cabeza, y lo que era un regalo; su voz interior apagada.

Se dejó llevar.

Su mente comenzó a viajar por un paisaje denso y oscuro, volaba alto, muy alto, subía y subía envuelto en invisibles nubes de paz, de tranquilidad. No había ningún lugar al que ir, solo se trataba de volar alto, de sentir la brisa que le acompañaba.

Más alto. Más...

Miraba a un lado y a otro, nada que ver, solo oscuridad, no importaba. No sabía dónde iba, ni quería saberlo, bastaba con huir, alejarse de dónde estaba, dejarse llevar y seguir volando, más y más rápido.

Volar...

«¿Papá?».

Una imagen difuminada amenaza con formarse frente a él.

«¿Eres tú?».

Junto a la imagen un ruido, un sonido lejano que lentamente se va acercando.

Suena como una musiquilla. No es la primera vez que la escucha. Un clic, un chisporroteo. Una voz de mujer.

Sé quién eres, sé lo que haces y sé lo que has hecho.

Silencio.

La imagen desaparece sin llegar a formarse.

De pronto, siente como su vuelo se detiene bruscamente. Comienza a caer sin control alguno en un agujero oscuro, sin fondo. Agita descontroladamente brazos y piernas intentando agarrarse a la nada. Algo húmedo le golpea en la cara.

Abre los ojos.

Mira en torno. Reconoce el salón de su casa.

Le falta el aire. La boca exageradamente abierta buscando oxígeno como pez fuera del agua. Baja la mirada al pecho, observa su camiseta empapada en sudor. Sin saber por qué vuelve la vista al contestador del teléfono. Una pequeña luz parpadea.

Tiene un mensaje.

En esos momentos no es capaz de discernir qué parte es real, qué un sueño. Solo sabe que ha vuelto a revivir otra de sus crisis. Mientras se esfuerza por incorporarse consulta el reloj de pared.

Arruga las cejas.

«Las diez... ¿de la noche?».

—No... no... no puede ser.

Recordaba que acababa de comer o eso creía. Logra ponerse en pie. Desde su posición puede distinguir la bandeja con los platos de la comida sobre la encimera de la cocina. Agita la cabeza. De nuevo, la mirada en el intermitente punto rojo del contestador.

«¿Fue un sueño?».

Pulsa el botón.

Un clic. Un chisporroteo. Una voz de mujer.

Sé quién eres, sé lo que haces y sé lo que has hecho.

Permaneció unos instantes inmóvil, mirando el teléfono, viendo a Patricia. Extrañamente no sentía furia, ni rabia, ni estaba próximo a perder el control, sino todo lo contrario. Estaba en calma. Una calma peligrosa que implicaba solo una cosa.

Determinación.

Se metió en la ducha sabiendo que esa noche daría forma a su plan.

«¿Quieres saber cómo actúa el Asesino del Retiro?».

—Lo vas a saber, zorra... —murmuró bajo el relajante chorro de la ducha.

Contaba con la dirección de Fernando Granada. De la becaria no había conseguido nada importante. Aún no había saltado de su obsesión mental a una búsqueda activa, para ello necesitaba un segundo apellido o una matrícula. No había prisa, esa misma noche de domingo sería el detonante de todo lo que estaba por llegar.

No empezaría con ella.

Sino con su madre. Aunque este dato lo desconocía, por el momento.

Sentado frente a su Apple iMac G5, con el programa de correo de cuenta privada, que no necesita remitente, comenzó a escribir:

Buenos días, comisario.

Imagino que cuando esté leyendo este correo será lunes por la mañana...

Al terminar añadió el archivo:

Zoilo Cerrato 1

Pulsó enviar, suspiró con intensidad y durante unos segundos siguió con imaginación la estela del correo por el ciberespacio.

«Ya ha llegado».

Sonrió.

Minutos después entraba en la cocina dispuesto a beber un vaso de Coca Cola bien fría. Nada había como la gratificante sensación de las miles de pequeñas burbujas deslizándose por el esófago, unas, estrellándose contra el paladar, otras, y las más electrizantes cargando sus ojos hasta hacerlos llorar.

Después, llegaba el momento de disfrutar de la preparación de un merecido *gin tonic*.

Miénteme

Patricia Prados sentía que se había quitado un enorme peso de encima, una losa que no cesaba de oprimir su conciencia. No era una forma de hablar, caminaba más ligera, más suelta, con más confianza. Todo se debía a la conversación mantenida con su madre el pasado fin de semana. Se podría decir que mantuvieron la primera conversación profesional, en la que los papeles de madre e hija no fueron preponderantes. No había resultado nada fácil disponerse a confesar que había actuado a sus espaldas, con copias de documentación de la policía. Por si esto fuera poco, su empeño en poner en apuros a Faustino Corrales rogándole que no dijera nada a su jefa era de las cosas que más le dolía.

Se había sentido como cree que se debe sentir una periodista hablando con un comisario cuando su madre compartió con ella parte de la investigación que realizaban sobre Zoilo Cerrato, la identidad de su mujer, la de sus padres y el reconocimiento, gracias a una tía de la víctima y a un hermano, de la pulsera de diamantes y de los gemelos.

Sin embargo había un tema que aún no había confesado y que durante sus estudios universitarios nadie le había enseñado. Tema que consideraba de vital importancia en su profesión y que llevaba varios días profundizando en él. Saber cuando alguien está mintiendo es fundamental a la hora de hacer entrevistas o durante una investigación por rutinaria que parezca. Se había hecho con un par de libros y varios artículos en internet. La teoría no parecía excesivamente complicada, pero los expertos apuntaban todo lo contrario; si fuera fácil todo el mundo sabría cómo hacerlo.

«Si fuéramos como Pinocho...».

Una de las premisas era evitar escudriñar cada gesto de las personas con las que hablemos porque seguramente los resultados serían desalentadores. Como cualquier otra actividad, el estudio, la repetición, la indagación, en definitiva, todo lo que nos acerque a lo profesional repercutirá positivamente en nuestra investigación.

Sí, Patricia no albergaba ninguna duda al respecto, pero le costaba horrores no practicarlo con aquellos que conversaba por mucho que se empeñara en no hacerlo. En estos días había llegado a una conclusión nada agradable; o todo el mundo miente, Fernando, Marta, Pau, su abuela Berta, Julia la secretaria, o no se había enterado de nada y tenía que estudiar mucho más.

Uno de los artículos le causó una gran impresión, en él se decía que las técnicas que podían funcionar con la mayoría de las personas podrían no hacerlo con los timadores profesionales y los psicópatas. El motivo sí que era fácil de entender; para

este tipo de individuos el embuste forma parte de su personalidad, de su día a día, viven como cierta la mentira en la que se basa su vida, por lo tanto no te están engañado, habitan en su papel sin necesidad de tener que pensar en algún artificio que les ayude a salir del paso.

«Espero no cruzarme nunca con un psicópata, al menos hasta que haya aprendido como descubrirle».

Otros autores daban algunas pistas que tenían en cuenta los movimientos oculares de la persona investigada junto con su respuesta a preguntas concretas. No era tan fácil como pudiera parecer. Con Fernando no funcionó, y lo que resultó peor es que se dio cuenta de que algo pasaba. Por más que lo negaba, no hubo manera. Primero hay que averiguar si la persona a la que quieres investigar es diestra o zurda. Al menos esto dato ya lo tenía. A partir de aquí, si preguntaba por ejemplo si le habían gustado mucho otras chicas antes que ella, tocaba observar los movimientos oculares.

«Si mira a su izquierda, es que está recordando a alguien, si lo hace a la derecha es que está creando una imagen».

—¿Por qué me miras así?

—¿Yo?

—Sí, tú, estás muy rara.

—Respóndeme y no te vayas por las ramas.

Fernando miró a su izquierda, pero luego también lo hizo a su derecha y respondió que aunque le había gustado otra chica años atrás, no fue nada comparado con lo que le gustaba ella.

«¿Ahora qué?».

Entró en el portal de la GaZeta Negra dispuesta a ser lo más natural posible y no tener prisa en aplicar sus limitados conocimientos. En el fondo dudaba si en su día a día quisiera tener tanto control sobre las personas con las que compartía su vida. Negó con la cabeza. Si lo importante, como siempre le repetían su madre y Jesús, era ser feliz, poco importará si otros mienten, es cosa de ellos. Tampoco tenía muy claro este argumento; a nivel profesional le parecía que podía resultar muy interesante contar con ese conocimiento.

Entró en la redacción sintiendo el habitual golpe seco en la nariz del intenso olor a tabaco concentrado y frío al que hasta el momento no se había acostumbrado. Cada día le sorprendía la misma sensación. Accedió a la sala común en la que se distribuían en dos filas, con un pasillo en el centro, las mesas de los redactores, investigadores, periodistas, según quisiera ser llamado cada cual. A ambos extremos dos despachos, a cada lado, utilizados para entrevistas habitualmente y uno de ellos para el puesto de redactor jefe que se encontraba vacante en esos momentos por jubilación del anterior.

El más veterano de la GaZeta ansiaba ocuparlo.

—Buenos días, Venancio.

El aludido esbozó una mueca próxima a una sonrisa mientras levantaba la mano.

Al otro lado del pasillo la mujer más veterana.

—Hola, Rosa...

—Hola.

Tras un par de saludos más, incluido uno de los becarios, el otro aún no había llegado, se acercó a su mesa, dos puestos detrás de la Gus, vacía en esos momentos. En la otra fila de mesas se encontraba la secretaria al lado de su silla, de pie, recogiendo copias de la impresora.

—¿Qué tal el *finde*, Julia?

—¡Qué te voy a contar! No ha sido el mejor, la verdad es que ha sido de los peores. Llevo una rachita, hija... —dijo mientras guardaba los folios en una carpeta y se encaminaba al despacho del director, un par de metros a su espalda.

Pati se la quedó mirando con gesto ausente.

«Es diestra, ha mirado a su izquierda, respuesta lógica».

Se sentó en la silla, sonriente.

—Ha dicho la verdad... —murmuró más alto de lo que hubiese deseado.

—¿Quién ha dicho, qué?

—Nada Julia, tonterías mías. ¿Ha llegado don Emilio? —quiso saber mientras encendía el ordenador y dejaba el bolso en un cajón.

—Ha llamado hace diez minutos, me ha dicho que necesitaba para ayer unas copias de un expediente y que venía para aquí. Siempre con prisas, como si se fuera acabar el mundo. ¿Lo necesitas para algo?

Patricia levantó una ceja, señalando al resto de compañeros. En ocasiones parecía que Julia tenía atrofiado el sentido de la intimidad. Hablaba como si se encontrara a solas en el salón de su casa, excepto si el asunto a tratar era Gus y su más que innegable atracción, por más que se empeñara en ocultarlo.

Emilio Cortijo pasó el fin de semana con dos asuntos dando vueltas en su cabeza. Por suerte su mujer se había marchado unos días a casa de su hermana en Alicante, como cada verano.

—No, no puedo ir cariño, ya lo sabes, hay mucho trabajo. Pero si puedo me escapo como la última vez.

—¿La última vez, dices? Fue por lo menos hace cinco años.

Emilio frunció los labios.

—¿Sí? ¿Tanto? Cómo pasa el tiempo parece mentira. Ya nos iremos a Galicia en septiembre y...

—No, no me digas algo que no sabes si cumplirás.

En eso llevaba razón. Los dos últimos años no había podido mantener su palabra en lo que se refería a pasar unos días en Galicia, lo más parecido a su idea de disfrutar de unas vacaciones. Justo el polo opuesto que la visita a Alicante, con su cuñada, su marido y cuatro hijos, empeñados en que hablara del caso tal o del caso cual, o sino del maldito fútbol.

Ese fin de semana fue diferente, relajado en casa, tan relajado que se sentía incómodo, nervioso. Salió a tomar el aperitivo sin dejar de dar vueltas a esos dos asuntos; Gus y Patricia Prados, por motivos bien diferentes. Él, debido a su período vacacional que solía coincidir con una disminución de sucesos dignos de publicar. Al menos por la forma de tratarlos, como ese chico no había ninguno, aunque se guardaba mucho de confesárselo a Venancio y a Rosa.

«Los dos aspiran al puesto de jefe de redacción, lo sé».

No, Emilio Cortijo no se decidía ni por él, ni por ella. En su mente se formaba la figura de su empleado estrella, Gus, pero reconocía que era demasiado joven para el puesto. Hasta que llegara el momento de tomar una decisión definitiva asumiría él mismo las funciones de jefe de redacción tal y como lo llevaba haciendo en los últimos meses.

Aparcó en su plaza reservada en los bajos del edificio mientras sentía cierto cosquilleo por todo el cuerpo. El tema a tratar relacionado con Patricia Prados se aproximaba. Había pensado dejarlo correr pero su olfato de periodista le decía que estaba en lo cierto y si era así, quería saber el porqué.

Empujó la puerta de la redacción, que durante el día estaba abierta, y sin proponérselo su mirada fue al lugar en el que se debía encontrar la becaria en su mesa.

Ahí estaba.

Mientras recorría los no más de veinte metros que le separaban confiaba en que la conversación que pensaba mantener con ella no disgustara a la comisario. No es que fuera obligatorio llevarse de la mano con la policía pero sí que resultaba satisfactorio para todos mantener una buena relación.

—Patricia, si tienes un minuto acompáñame, por favor —pidió tras un escueto, buenos días, a nadie en particular.

—Voy, don Emilio.

—Le he dejado sobre la mesa la copia del expediente que me pidió —intervino la secretaria mientras cruzaba su mirada con su desconcertada compañera.

—Gracias, Julia, contaba con ello.

Patricia había dedicado buena parte del tiempo del fin de semana a cómo abordar a su jefe en cuanto llegara a la oficina. Quizá cuando cruzase a su lado se levantaría... O cuando transcurrieran un par de horas, en función de lo que Julia le comentara en las incontables ocasiones que era requerida a su despacho. O quizá... Al final se había decidido por dejarle unos minutos desde el momento en que llegara y llamar a su puerta...

«Si es que me decido...».

Pero todo había cambiado.

—Cierra la puerta, por favor.

La joven periodista le observaba mientras se despojaba de la americana y la colgaba en el armario. Todas las mañanas el rostro con el que el director aterrizaba en

la GaZeta era similar al que llevaba cuando, por la noche, abandonaba la redacción; cansado y ojeroso, siempre despeinado, pero su presencia transmitía un aura de satisfacción. Sin embargo, hoy...

«Hoy es distinto».

Sí, estaba serio. Sin saber por qué estaba convencida que tenía que ver con ella. Algo habría hecho o debería haber hecho, que le podía llevar a terminar las prácticas a las pocas semanas de haberlas iniciado.

Don Emilio tomó asiento.

Con un gesto pidió a su empleada que le imitase.

—Llevo dándole vueltas a la cabeza a algo que ya te pregunté cuando llegaste, pero con el paso de los días estoy más convencido de que me has mentado.

Patricia sintió un agudo calambrazo recorriendo cada músculo de su cuerpo. Le había cogido tan de improviso lo que acababa de escuchar que apenas podía vocalizar.

—¿Men... tir? ¿Cuándo? ¿Con... qué?

Ni el propio director sabía si era cierto lo que acababa de decir, se trataba simplemente de aplicar una sencilla táctica. Dar por sentada una premisa con tal seguridad que bastara con volver a iniciar el asunto en cuestión para que la persona interrogada dijera la verdad.

—El día que tuvimos la entrevista te pregunté si tenías algo que ver con la comisario Rocío Prados y me dijiste que no —clavó sus ojos en su empleada, pendiente de cada movimiento.

En estos momentos no había necesidad de añadir más, bastaba con esperar la reacción de la acusada.

Patricia no sabía dónde meterse, bueno sí, en su casa a buscar trabajo con las peores referencias de su primer empleo, pero antes de salir con la cabeza gacha de la GaZeta hizo un rápido recordatorio de la entrevista a la que se refería el director. Se veía en la obligación de dejar patente su punto de vista, poco le importaba ya cómo se lo pudiera tomar. No le había gustado nada su acusación.

—No, no le dije eso —soltó con la voz entrecortada.

Cortijo se hizo con un pitillo. No esperaba una salida así.

—¿Me estás llamado mentiroso?

La hija de Rocío cruzó las piernas mientras se obligaba a relajarse. Si ese era todo el problema no pensaba esconderse, estaba muy orgullosa de ser quién era.

—No, don Emilio, es usted el que me ha llamado mentirosa a mí —nerviosa ante su atrevimiento calló unos segundos, bajó la vista a su regazo, como si quisiera recordar y la elevó de nuevo—. Recuerdo que su pregunta fue. ¿Tienes algo que ver con nuestra famosa comisario?

—Eso he dicho.

—Pero yo no le mentí, mi respuesta fue: ¿Quién? Y usted me dijo: Rocío Prados. ¿No me digas que no la conoces? Es nuestra primera mujer comisario. Después me

ofreció un pitillo y le dije que no y no volvimos a hablar del asunto. En ningún momento dije que no la conociera.

Emilio comenzó a recordar cada frase de la conversación mantenida con su empleada. Llevaba razón, no había mentido, la culpa había sido suya al dar por sentado una respuesta sin haber llegado siquiera a formular la pregunta.

Sonrió.

«Me gusta esta chica».

Patricia le observaba con el mayor disimulo posible dispuesta a aplicar las técnicas que estaba aprendiendo. Le vio bajar la mirada a su izquierda, luego a su derecha, señal de que estaba buscando sensaciones en su cuerpo y que se hallaba inmerso en un diálogo interno.

—De acuerdo, discúlpame.

«Eso está mejor».

Emilio llevó la vista al teclado y luego al monitor. Segundos después varias fotos de Rocío Prados aparecieron en pantalla gracias a Google. Giró la pantalla hacia su empleada.

—Mira. Me recuerda mucho a ti.

Patricia echó un vistazo a las imágenes.

—Sí, eso nos dicen —expuso en un tono más serio del esperado— es mi madre. Si esto supone un problema don Emilio, yo... —dijo mientras se echaba hacia delante con la intención de incorporarse, abandonar el despacho y a continuación la GaZeta.

Cortijo elevó la palma de la mano.

—Aguarda un momento —dio un par de caldas y apagó el pitillo— reconozco que no tenía ni idea de si era tu madre, es más, había pensado hablarlo con ella.

—Sé que se conocen, me lo dijo cuando le comenté que iba a contestar al anuncio del tablón en la Facultad.

El director se retrepó en su asiento. Una recia costra de euforia rebozada de intensa vanidad cubrió su henchido orgullo. Calló unos instantes mientras se debatía entre sacar o no a relucir el tema del apellido Prados, cuando debería ser García, como su padre...

Patricia parecía leer el pensamiento de su jefe.

—Decidí asumir el apellido de mi madre —no creyó necesario compartir los motivos. Si el director conocía la historia de su familia, como así lo presuponía, seguro que sería capaz de comprenderlos, y si no, que fuera él quien propusiera el tema.

Con un nuevo pitillo entre los dedos Cortijo contaba con alguna pregunta más que hacer, aún no se había repuesto de la grata sensación de saber que la comisario se acordaba de él.

—¿Tu madre sabe que trabajas en la GaZeta?

—Claro, es mi madre.

—Lo que me extraña es... —sin dejar de hablar consiguió encender el pitillo—...

por qué no me lo dijiste en la entrevista.

Patricia había perdido todo el miedo que inicialmente la embargó cuando el director inició la conversación acusándola de mentir. No le había pasado por alto su cambio de semblante cuando aseguró que su madre le conocía. Le había encantado saberlo, pero no sabía a dónde quería llegar.

—No quería que me contrataran por ser su hija, o que no lo hicieran por el mismo motivo. Solo eso, no quiero ser la hija de la comisario Prados sino Patricia Prados.

—Será nuestro secreto.

Pati ladeó el rostro. No contaba con eso.

—No te garantizo cuánto tiempo durará. Recuerda que estás rodeada de buenos investigadores y en cuanto tu madre salga otra vez en las noticias...

—Lo sé, tarde o temprano se enterarán.

«Ahora o nunca».

Si podía aprovechar que era hija de quién era había llegado el momento de hacerlo.

—Don Emilio, quería hablar con usted. Si no le parece bien lo que quiero exponer no hay problema pero creo que puede ser interesante si a Gus no le molesta.

—¿Gus? ¿Qué tiene que ver Gus?

Patricia habló de lo que realmente le importaba, la investigación del Asesino del Retiro a quién se le debería cambiar el nombre porque precisamente donde menos había actuado era en el Retiro. Sacó su carpeta y repitió punto por punto lo expuesto a su madre y a Jesús el pasado sábado. Emilio le dedicó toda su atención sin interrumpir ni una sola vez.

El teléfono comenzó a sonar.

—Julia, que no nos molesten en la siguiente media hora —llevó la mano al auricular— ¿tendrás bastaste con ese tiempo? —susurró a su empleada.

—Bueno, casi he terminado.

—Lo dicho, Julia, media hora.

Unos minutos antes del tiempo acordado Patricia abandonó el despacho del director aguantándose las ganas de saltar y gritar. En lugar de lo que le pedía el cuerpo se colocó la mejor cara de circunstancias ante la atónita mirada de sus compañeros. Tuvo suerte que Venancio había tenido que salir al poco de llegar Cortijo que si no lo hubiese tenido sentado en la esquina de su mesa pidiendo explicaciones. Lo mismo que Julia, pero la secretaria lo hacía de un modo más sutil. Se acercó con una carpeta bajo el brazo a su mesa y se la entregó.

—Dentro hay una nota para ti, lee... —susurró.

Obedeció.

Hoy no te vas a casa sin contarme cada palabra de lo que habéis hablado ahí dentro, que lo sepas.

Cerró la carpeta y llevó la vista a su ordenador. Necesitaba una amiga en la redacción que fuese buena gente y de fiar. Julia contaba con todos los requisitos. Sí,

le contaría todo. Giró el rostro.

—De acuerdo.

Gus sonreía ante la pantalla del ordenador. Le había llegado la confirmación de lectura del correo enviado a la comisario Prados, hubiera dado lo que fuera por ver su rostro cuando la imagen de Zoilo se mostrara ante sus ojos. Lo único que lamentaba era que su escrito no llevara firma. Había pensado en el Asesino de la Familia, pero sería darle solo la mitad de la importancia que merecía su trabajo. El que más le gustaba era *Hijo de Caín*, así, en singular, no como en la firma de sus artículos de la GaZeta.

—Hijos de Caín...

Sí, como sospechaba la becaria, esa firma lo englobaba todo, incluso la velada acusación a su padre por convertirle en lo que era, librándose de este modo de asumir cualquier responsabilidad por mínima que fuera. La culpa siempre es de otros.

—No, no es el momento de firmar así.

Sería otorgarle demasiada ventaja a la policía.

—A Patricia.

De pronto se encendió una luz en su atormentada cabeza.

—¿Policía, Patricia Prados, comisario...? —susurró.

Negó con la cabeza. No tendría sentido que fuesen madre e hija, no pueden llevar el mismo apellido. Podría tratarse de una tía, o de un familiar sin más importancia, o también podría ser mera coincidencia.

Volvió a negar.

Abrió Google y escribió; Comisario Rocío Prados.

Conocía, como casi todos los interesados por la crónica negra la buena fama de la comisario, su papel como primer mujer policía y sus sucesivos ascensos que incluían «la primera mujer...» subinspectora, inspectora, inspectora jefe, comisario. Conocía el que fue su caso estrella, el de las rosas, pero admitía que no estaba al tanto de cada detalle excepto que se vio en la obligación de detener a su marido.

En el monitor aparecieron incontables artículos sobre la protagonista. Entró en Wikipedia, leyó. Conforme avanzaban los párrafos en su rostro se fue formando una mueca torcida, de imposible interpretación. El brillo de sus ojos, más achicados de lo habitual, podría dar una pista sobre el significado de su expresión a medio camino entre el arrebató y el *ya lo sabía*, entre una aparente tranquilidad y una sonrisa irónica.

«... casada en primeras nupcias con el empresario Carlos Sebastián García, de cuya unión nació Patricia [...] Actualmente está casada con el también comisario Jesús Romero, compañero suyo en el famoso caso de la rosa blanca y la rosa negra, de cuyo matrimonio nació Esther».

Gus dio un largo trago a su vaso de Coca Cola bien frío y tras dedicar un sonoro e intenso eructo al monitor continuó leyendo.

«... pocas veces un policía habrá tenido que verse en la tesitura de detener o no a quien fuera su pareja. Con el añadido en el caso de la entonces inspectora Prados de descubrir que la persona con la que había compartido sus años de casada era el último de los violadores de la joven Alma Mateo y sospechoso del asesinato de Fran Lasa, en el incendio que tuvo lugar en el internado de verano El Bosque, en Asturias».

Gus pasó a las imágenes.

En casi todas ellas aparecía la comisario en ruedas de prensa, en televisión, en artículos, entrando y saliendo de la comisaria.

—Vaya, vaya...

Frente a sus ojos se mostraban unas instantáneas de seis años atrás en las que aparecía Rocío Prados acompañada de una chica morena. Amplió la imagen. Durante unos largos minutos permaneció con la mirada enfocada en dos fotografías. Los rostros de madre e hija ocupaban toda la pantalla.

Otro largo trago y otro sonoro eructo.

Se levantó de la silla, de un pequeño cajón junto al teléfono se hizo con una cajita, de su interior una papelina. Sobre la mesa de centro del salón se preparó dos rayas, su mente funcionaba a toda velocidad, excesiva velocidad. La coca no iba a servir como elemento tranquilizador precisamente.

—Me cago en...

Esnifó las dos rayas y regresó junto al monitor. Sí, no había duda, la zorra de su compañera era la hija de la comisario Prados. Tampoco había ninguna duda que su silencio al respecto solo podía responder a un motivo.

Dio un sonoro puñetazo en la mesa.

—¿Qué, venís a por mí?

Gus comenzó a sentir el empuje de la adrenalina, alimentado por la coca.

«Tranquilo, no sabes el motivo verdadero».

—Es verdad.

Extrañamente no montó en cólera.

—Sí, lo sé —susurró...— y tú también lo tendrás tan claro como yo.

Por una vez, su voz interior pareció quedarse sin palabras, sin nada que añadir, como si realmente estuvieran de acuerdo, al fin, juntos, unidos para lo que estaba por venir.

Sí, lo que estaba por venir.

Su idea inicial, desde el instante en que terminó con la vida en Málaga del periodista Ramón Cespada, apenas tres días después de haber hecho lo propio con el joven empresario Zoilo Cerrato, fue la de tomarse un año sabático, al menos. Ciertamente, cuando lo imaginaba sentía un fino pinchazo en el pecho que pretendía ignorar. Podía mentir a otros, y lo hacía cada día desde que tiene memoria, disfrutaba con ello. Tan intensas eran estas mentiras que no le costaba mantenerlas porque ya formaban parte del personaje que se había creado como tapadera de aquel con el que,

de corazón, se identificaba; *Hijo de Caín*, así, en singular.

Sí, podía mentir a otros.

Pero a él mismo, no.

Esa idea inicial duraría lo que tardara en perder el control de su día a día, de vislumbrar el medio plazo como meta imposible, de sentirse atacado o humillado y verse en la obligación de responder, quizá como excusa para salir, una vez más, de caza, sin miedo a ser detenido.

—Ni, por ti... —siseó al rostro de la comisario.

Contaba con varias semanas de sus vacaciones por delante para poner en marcha un plan.

«¿Un plan, yo?».

No, Gus no era de planes, al menos no a un mes vista que pudiera ejecutar con tranquilidad, sus incontrolables impulsos a actuar de una u otra forma podían dar al traste con el proyecto más elaborado. Una más que conocida sensación, localizada en la boca del estómago, le indicaba que no sería capaz de aguardar las tres semanas que restaban para su incorporación y activar lo que pensara llevar a cabo. Esa sensación a la que se unía un extraño sabor metálico le hizo olvidarse de las vacaciones en el Caribe que tenía previstas y centrarse en el ahora.

Su voz interior en silencio.

Sin duda se trataba de una muy buena señal, juntos conformaban un equipo invencible. Se preparó otra raya y otra Coca Cola concentrado en los siguientes pasos a seguir para desenmascarar a la puñetera becaria y empujarla a que entrase a formar parte de su macabro *curriculum* como víctima ilustre.

—Ni, pulsera, ni collar, su sujetador...

«Van a ser las mejores vacaciones de mi vida».

No recordaba otra ocasión anterior en la que se viera con tanto ánimo a la hora de preparar una cacería. No podía negar que Marisol Fuente se convirtió en un reto estimulante, más aún lo fue Zoilo Cerrato, pero la motivación de ambas acciones radicaba en seguir los pasos de Prudencio, su padre. En esta ocasión se hallaba ante un desafío diametralmente distinto. Se trataba de algo personal, sin influencias de nadie. Una cacería propia.

No le sucedía a menudo, pero en ocasiones, cuando olía que se acercaba el momento sentía una tremenda y dolorosa erección. Como en ese momento.

—Llamaré a Cela para que venga por aquí al salir de *Peludos*.

Pero antes tenía que encauzar tanta adrenalina, situarla en el camino correcto enfocada hacia su objetivo que no era otro que la maldita becaria. Todo ello pasaba por regresar a la GaZeta cuanto antes sin levantar sospechas. Nadie se iba a creer que renunciaba a las vacaciones por amor al trabajo.

—Necesito una excusa...

De pronto, de su rostro se apoderó una expresión tan inusual en él que resultaba del todo novedosa; una sonrisa abierta, luminosa, de total satisfacción.

Toma asiento frente al ordenador. Abre su cuenta privada y escribe:

Como director que es de la GaZeta Negra le hago llegar mi admiración por su profesional forma de expresar los hechos. Solo su periódico, otro profesional como Marlasca, algún medio más y sé de buena fuente que la propia policía de Madrid en la persona de la comisario Rocío Prados, defienden la teoría de que el mal llamado “Asesino del Retiro” es decir, yo, es el autor del crimen cometido en el Parador de Gibralfaro. Llevan razón.

Digo mal llamado «Asesino del Retiro» porque aquello fue una mezcla de prueba con Lorena, de preparación con Marisol y una chapuza con la zorra que se me escapó. No fueron las primeras, ni serán las últimas, existe un antes y un después.

Adjunto le remito una prueba sólida de lo que afirmo, señor Cortijo, no para que lo publique, ni lo comparta con nadie de momento, sino solo para su correcta información. Repito, señor Cortijo, no se lo tome a broma. No publique el archivo adjunto, ni lo comparta con nadie.

Seguiremos en contacto.

Una vez más, Gus lamentó no poder firmar como Hijo de Caín, cerca estuvo de caer en la tentación, su orgullo y sus ganas de comenzar la cacería le animaban a hacerlo, pero en esta ocasión sí que intervino su voz interior pidiendo un poco de paciencia.

Solo un poco.

Volvió a leer el texto varias veces. Realizó un par de cambios y asintió satisfecho. Lo siguiente era adjuntar el archivo Zoilo Cerrato 1.

Antes de pulsar enviar permaneció unos instantes con el dedo suspendido sobre la tecla. A pesar de la euforia contenida en la que se hallaba envuelto era consciente de que ese envío, junto con el de la noche anterior a la comisario, iban a dar un vuelco a su vida.

«No solo a la mía...».

Ahora sí pulsó enviar.

Con las manos sobre la nuca visualizaba el envío a través de la red hasta detenerse en el ordenador del director.

Consultó el reloj.

—Las doce y media, buena hora.

«No tardará».

Emilio Cortijo había abandonado la redacción minutos después de hablar con Patricia. Al pasar a su lado sostuvo con ella unos segundos de confidencia.

—Mantenme informado. Cuando tengas toda tu investigación ordenada y pasada a limpio dame una copia y lo estudiaremos juntos, ¿de acuerdo? —sin esperar

respuesta añadió—: el público necesita más del Asesino del Retiro y se lo vamos a dar.

—Me llevará unas horas.

—Perfecto.

Abandono el periódico satisfecho y feliz por contar entre sus empelados con la hija de Rocío Prados. Tenía intención de cumplir con la palabra dada a Patricia, al menos en lo que se refería a no descubrirla ante sus compañeros, más allá de las cuatro paredes de la redacción el pacto se difuminaba.

«¿O no?».

Tampoco urgía tomar una decisión en esos momentos. Bajó al sótano donde estaba ubicada la imprenta para supervisar el último número. En portada, el nombre del individuo de 57 años que fue encontrado en Montilla el pasado veinticuatro de febrero, semidesnudo, con el rostro desfigurado y atado a la cama.

Contaban con nuevos datos. Por un lado, el silencio, que llamó la atención de las vecinas ya que se trataba de un guitarrista al que visitaban con frecuencia, por otro, la luz de la vivienda que permaneció encendida toda la noche. Aún no había detenidos. Cortijo tenía la sensación que se trataba de un caso que si no lo movían terminaría siendo uno más de los llamados sin resolver.

Serían cerca de las dos de la tarde cuando regresó a su despacho. Encendió un pitillo y tomó asiento frente al ordenador, tenía varios correos.

—Asesino del Retiro... —leyó el asunto de uno de ellos.

Cogió el teléfono y le pidió a Julia que llamara a Patricia.

«Es eficiente esta chica».

Segundos después la figura de la empleada se dejaba ver al otro lado del cristal.

—Dice Julia que me buscaba.

—Sí, solo quería decirte que te has dado mucha prisa, ahora no puedo ponerme con tu investigación pero esta tarde lo comentamos juntos.

La periodista arrugó las cejas.

—Pues, no me queda mucho, pero...

Esta vez fue Emilio el que mostró su extrañeza.

—¿No me has enviado un correo con tu investigación del Asesino del Retiro? — más que una pregunta dirigida a su empleada parecía lanzada al aire, como si no necesitara respuesta.

—No, don Emilio, estoy en ello.

—Vale, gracias, cuando termines lo comentamos.

Llevó la mano al pitillo, apuró tres intensas caladas y regresó al *e-mail*. Abrió el correo y leyó:

Como director que es de la GaZeta Negra le hago llegar mi admiración por su profesional forma de expresar los hechos...

Necesitó varias lecturas antes de decidirse a abrir el archivo adjunto.

Pulsó en Zoilo Cerrato1.

Lentamente la imagen se fue mostrando en pantalla.

—Dios...

Encendió su enésimo cigarrillo de la mañana y se acercó a la ventana. Las intensas caladas pronosticaban una vida del pitillo no más allá del minuto.

—Que no lo comparta con nadie...

Que el asesino pidiera que de momento no lo publicara tenía sentido, pero que no lo pudiera enseñar a nadie de su confianza era mucho pedir.

—¡Soy periodista, por Dios!

Regresó a su mesa, apagó con saña el pitillo y llevó otro a la boca.

La sombra de Julia se dejó ver al otro lado de la puerta, tras dos suaves golpes con los nudillos, entró justo en el momento en que su jefe aplastaba con saña el filtro de un pitillo y se llevaba otro a la boca con visible ansiedad.

—Don Emilio, le traigo... —no terminó la frase, el semblante que le ofreció su jefe la paralizó. Durante unos segundos permaneció inmóvil, con la mano en el pomo y la mirada clavada en los extraños ojos del director.

—En otro momento —dijo mientras daba una intensa calada.

—Sí, luego vuelvo... —Julia puso en práctica algo aprendido en los años que llevaba en la GaZeta, cerró con lentitud la puerta con la excusa de no dar un portazo. Apenas le llevó un par de segundos, tiempo suficiente para ver a su Cortijo fijar la vista en el monitor y frotarse la cara con rapidez.

La sala de redacción estaba prácticamente vacía, entre las vacaciones y las salidas a cubrir distintas noticias solo había un becario al fondo, o al principio según se entra, y Patricia que no había perdido detalle de la secretaria mientras atisbaba por la ranura al cerrar la puerta.

—¿Cotilleando?

Julia se acercó junto a ella. Su alta figura parecía encogerse, como si llevara una pesada carga a la espalda. El rostro grave, la carpeta que iba a entregar a don Emilio, pegada al pecho.

—¿Qué pasa? —Patricia la observaba fijamente.

Tomó asiento junto a su nueva amiga antes de contestar.

—No lo sé, pero algo grave. Nunca le había visto así o casi nunca mejor dicho —elevó la barbilla hacia el despacho del director— ha debido de recibir un correo que le está afectando y no debe tratarse de una noticia de trabajo porque está más que acostumbrado.

—¿Entonces?

—No lo sé, pero no me gusta nada.

Emilio Cortijo había tomado una decisión, su vena de periodista se encontraba por encima de cualquier amenaza, aunque se tratara de un psicópata tan dañino como el Asesino del Retiro.

«Con más motivo si Patricia lleva razón».

Nadie ni nada le iba a impedir que compartiera ese correo con gente de su total confianza, aunque se tratara solo de una sola persona. Cogió el teléfono.

—Gus. ¿Dónde estás?

Desvaríos de una mujer enferma

—¿Qué no comparta esta información con la prensa por el bien de todos?! —Mendía no daba crédito a la última lectura del correo—. Pero... ¿Este tipo nos está amenazando?

Rocío apuró un sorbo al último café de la mañana.

—Tiene toda la pinta de una amenaza. Si te situas en su papel, es lo que tiene que hacer ¿no te parece?

Mendía suspiró.

—No te entiendo, con razón elegí quedarme como inspector jefe y no presentarme a comisario como vosotros —cruzó las piernas— a ver, explícate.

Rocío no pudo evitar una sonrisa. Quería mucho al que fue su compañero durante años, del que tanto había aprendido a su lado y al de Romero, a pesar de que no sea consciente de su enorme valía. Es temperamental, pero un buen policía y mejor compañero.

—No digas tonterías, sabes que me cuesta estar sentada aquí contigo ahí delante. Si te hubiera dado la gana de...

—Al grano, Rocío, cuéntame —cortó José Carlos animando a su amiga y jefa a continuar y no regresar a un tema ya discutido hasta la saciedad. No, no ansiaba ser comisario, estaba bien como estaba.

Rocío se recogió el pelo, giró el monitor.

—¿Por qué crees que nos envía esta foto en este momento?

—Por lo que hemos comentado antes, quiere jugar con la policía, sentirse más inteligente, dar a entender que no nos tiene miedo.

La comisario se incorporó, rodeó su mesa y se acercó a la ventana.

—Ya podemos abrir, a ver si corre un poco el aire porque dicen que hoy va a ser un día duro —volvió el rostro hacia Mendía— sabiendo todo eso que has dicho, ponte ahora en su lugar ¿cómo te sentirías?

El inspector jefe se tomó unos segundos antes de contestar. Hinchó el pecho, remetiéndole la camisa por el pantalón y buscó con la mirada a su compañera.

—Importante.

—Añade el tiempo que llevamos detrás de ti y que no hemos logrado detenerte.

—Sentiría que tengo el control, que soy más inteligente, que puedo permitirme el lujo de tomar el mando de la situación —se puso en pie—. Ya no es la policía quien va detrás de mí sino que soy yo el que les dice, aquí estoy, y como veo que andan perdidos a pesar de las pistas que les estoy dejando les voy a enviar una fotografía.

Rocío regresó de nuevo a su asiento.

—Una fotografía y una amenaza. Digamos que está en su derecho, que su posición de control le permite eso y más.

Durante unos segundos nadie abrió la boca.

Mendía observaba a Rocío con los dedos en la nuca.

—Estamos mucho mejor que antes, José Carlos, mucho mejor y más cerca, mucho más cerca.

Esto sí que no se lo esperaba. Después de haber deducido y reconocido que el puñetero asesino tenía el control de la situación, y que iban un paso por detrás, siendo muy generosos, lo que acababa de exponer su compañera le hacía sentir, una vez más, no sabía cuántas iban ya desde que se conocían, como si no se enterara de nada.

—¿Cómo qué mejor que antes? ¿No habíamos dicho que lleva el control y...?

—Sí, sí, eso no cambia nada. La diferencia radica en que está cogiendo mucha confianza, deja pistas como la pulsera y los gemelos que sabe que nos van a acercar a él.

—O a los dos.

—Cierto, sabemos que no se trata solo de una persona —calló unos instantes y añadió—: está mucho más cerca de cometer un error.

—Me pregunto por qué deja ese tipo de pistas que nos llevan a él ¿quiere que le detengamos?

—Forma parte de su juego. Los hay, confío que sean los menos, que actúan en silencio. Pero muchos necesitan que se sepa lo que hacen para sentirse superiores, para conseguirlo no hay mejor altavoz que enviar notas a la prensa y a la policía.

—¿Le vamos a hacer caso y no publicar la foto? —quiso saber el inspector jefe.

—Si la publicamos, probablemente se venga matando a alguien y echándonos la culpa.

—Entonces no lo filtramos a la prensa.

—Si lo que quiere es jugar y dejarnos en mal lugar puede ser él mismo el que la haga llegar a la prensa y decir que teníamos una copia.

Mendía bajó la mirada a la punta de sus zapatos.

—Mi intuición me dice que este caso se va a desatascar más rápido de lo que pensamos.

—Siempre me he fiado de tu intuición, comisario.

Llamaron a la puerta.

Faustino Corrales hizo acto de presencia cariacontecido. Miró a uno y a otro y negó levemente con la cabeza.

—No hemos podido llegar a la IP del destinatario, se trata de una cuenta anónima, que si no fuera por los conocimientos informáticos del asesino hubiéramos podido localizarle, pero... —expuso afectado.

Rocío conocía perfectamente esa sensación.

—No te atormentes porque este fuese tu primer caso, los demás los has resuelto con nota. Todos tenemos uno que se nos ha atravesado, yo, la primera y si lo

resolvimos fue porque nos ayudaron los propios interesados —dijo acordándose de la investigación de las rosas.

—Eso no fue así, Rocío, fuiste tú la que dio con el último implicado. Lo que faltaba por averiguar eran detalles, pero sé lo que quieres decir —Mendía se volvió hacia Corrales—. Haz lo que puedas con el correo, estoy convencido que no será el único que envíe.

No se equivocaba.

Gus dejó que su móvil sonara unos segundos. La pantalla mostraba el nombre del director de la GaZeta, sonrió. Su improvisado plan marchaba sobre ruedas.

—Eres demasiado previsible, Emilio...

Estiró el brazo para coger la llamada pero lo pensó mejor. Estaba de vacaciones y lo que se esperaba de alguien en su situación era que no estuviese pendiente del teléfono, con más motivo, si la llamada era de trabajo.

Dejó de sonar.

Necesitaba unos minutos para terminar de dar forma a su supuesta ubicación actual. Todavía no había decidido si confesar que continuaba en Madrid o asegurar que se encontraba en uno de sus lugares preferidos, Gijón, con unos amigos. La ansiedad de minutos antes parecía haber remitido, no quería presentarse en la redacción esa misma tarde, ni falta que hacía, ni tampoco era necesario. Sí, quería regresar pero no para contentar a Cortijo sino para descubrir a Patricia.

«No vas a tardar mucho en volver a llamar».

Apenas se formó el pensamiento en su cabeza cuando del teléfono fijo brotó su familiar sonido acampanado. Se incorporó veloz, deseando que no se tratara de la maldita voz de mujer que achacaba, ya sin lugar a dudas, a la becaria.

«Director».

Rezaba el nombre en la estrecha y alargada pantalla.

Gus sintió como se relajaba. Resultaba evidente que Cortijo se hallaba alterado, era fácil imaginarlo con el pelo más revuelto de lo habitual, fumando sin parar, la corbata aflojada y sin dejar de moverse. Apenas transcurrió un minuto desde que se cortó la comunicación cuando le volvió a tocar el turno al móvil.

—Emilio, iba a devolverte la llamada ahora mismo.

—¿Dónde estás?

—De vacaciones, ¿no te acuerdas?

Emilio llevó los dedos a la cabeza.

—Claro que me acuerdo, lo que te pregunto es si estás en Madrid —soltó con una pincelada de hastío en su voz.

Pocas cosas disfrutaba más Gus que sentir el indescriptible placer que producía dominar a la persona que tuviera frente a él. Se trataba de un dominio con distintas escalas de placer, de deleite. Podría referirse a una simple conversación, como la de ese momento con su director, en la que se descubría con el control total, o bien

hundiendo un cuchillo en el cuerpo de su víctima a la vez que observa como se le va escapando la vida, o bien ayudado de sus manos, como aconteció con Cela, apretando su cuello mientras escudriña fijamente en sus ojos sin dejar de penetrarla con fuerza.

—En Gijón, Emilio, con un blanco y unos boquerones. ¿Qué pasa? Te noto preocupado. ¿Ha ocurrido algo?

Una pausa, respiración agitada. Los dos periodistas encienden sendos pitillos.

—Necesito que vengas a Madrid, serán unos pocos días —mintió, por su mente no pasaba que su empleado volviera a irse— prefiero contártelo aquí, que lo veas con tus propios ojos. Hay que tomar una decisión urgente.

—Pero...

—Si te pido que vuelvas es porque se trata del caso del Asesino del Retiro que tanto tiempo te ha ocupado, es muy importante.

—Me preocupas, Emilio.

—¿Te espero esta noche?

—No puedo salir ahora, mañana por la tarde estoy ahí.

Emilio suspiró.

—De acuerdo. Por cierto, Patricia tiene una teoría muy interesante sobre tu asesino. La verdad es que no es solo una teoría sin más, la tiene muy bien documentada.

—¿Patricia? —Gus sentía como se tensaban sus músculos.

—Sí, la becaria, Patricia Prados, la... —calló al recordar su promesa.

—¿La...? ¿La hija de la comisario Rocío Prados?

—¿Lo sabías? Me he enterado esta misma mañana.

—Yo, hace unos días —mintió— son muy parecidas.

—Cierto, mañana te veo.

Gus colgó con rabia.

—Así que tienes información, niñata...

Tras cortar la llamada permaneció con la vista perdida unos minutos. Su ego se abría paso a empujones entre aquellos argumentos que apostaban por mantener un mínimo de cordura, de sosiego. Escondió la cabeza entre las manos temiendo una nueva crisis. No, lo que le hacía hervir la sangre no era que la puñetera niña tuviera información, si había dedicado el trabajo de fin de carrera a sus cacerías resulta obvio que dispusiera de datos, más aún siendo hija de quien era.

Frotó su cuero cabelludo y se puso en pie. A su derecha, la amplia pecera con Lorena y Marisol que parecían observarle fijamente. Se acercó junto a ellas, las acarició, no por un absurdo gesto de ternura, sino porque le gustaba el roce de las yemas de los dedos sobre sus ásperos caparazones.

Su ego continuaba con su despliegue.

Lo más probable es que Patricia hubiese dispuesto de información de la policía que seguramente la prensa desconozca. Sí, todo eso entraba dentro de lo posible, sin embargo, lo que realmente le enfurecía es que hubiese ido a Cortijo a hablarle del

asunto aprovechando que estaba de vacaciones.

—Yo hubiera hecho lo mismo —admitió.

«¿Cuál es tu plan? ¡No me puedes quitar mi caso! ¡Yo soy el puto caso!».

Fuese cual fuese su plan, debería empaparse de lo que le hubiera entregado a Cortijo. Sin duda de importancia, si no el director no le hubiese permitido indagar en un asunto que no iba con ella.

De pronto se acordó de Cela, o mejor dicho, su entropierna se lo recordó.

—¿Qué haces al salir der *Peludos*? —quiso saber en cuanto la melodiosa voz de su amiga se dejó oír.

—¿Por qué? ¿Propones algo?

—¿Qué tal un poco de cena y sexo?

Cela sonrió al aire.

—Vaya, eres directo ¿eh?

—¿Entonces?

—De acuerdo, no me puedo negar, pero recuerda lo de aquel día.

Claro que lo recordaba, no era una imagen para borrar de su memoria. Una escena tan excitante como la vivida era imposible encerrarla en el cajón de las cosas a olvidar.

—No volverá a ocurrir —dijo sin el más mínimo convencimiento. Una cosa tenía clara en su fuero interno, si volvía a repetirse sería la última vez. El problema radicaba en qué hacer con su cuerpo una vez terminado y averiguar si alguien sabía que se habían visto ese día.

«En esta casa no».

Consultó el reloj de pared. Aún tenía toda la tarde por delante hasta la llegada de Cela. Comenzó a dar vueltas por el salón, entró en la cocina, se puso una Coca Cola que dejó sobre la mesa junto al teléfono y subió a la habitación. Sí, estaba ansioso, nervioso, muy nervioso. O quizá no fuera esta la sensación sino más bien que algo dentro de él le empujaba a actuar, a moverse. Jamás, hasta ese momento, había tenido la necesidad de compartir lo que sucedía en su vida porque siempre fue por delante de los hechos. Le bastaba con rememorar a su padre y culpabilizarle de cualquier asunto, o a su madre.

—¿Mamá?

Detuvo su nervioso caminar junto a las escaleras. Una idea se iba formando en su cabeza.

—No, no es posible, si no se entera de nada.

Hoy no le valía dirigirse a Prudencio, necesitaba hablar con alguien, contarle todo lo que estaba sucediendo. No, no le valía porque era consciente que no dominaba la situación, al menos no como le gustaría. Su mejor arma es que nadie más allá de su madre sospechaba de él y...

En su mente se formó el sonriente rostro de la becaria.

Comenzó a bajar los escalones uno a uno.

«Hablaré con ella...».

Sí, estaba decidido, lo necesitaba, iban a por él con mentiras, con engaños, cuando siempre se había comportado honestamente en su papel. Había colaborado enviándoles pistas que cualquier imbécil podría seguir.

«¿Y si no es periodista?».

Mientras terminaba de vestirse se maldecía por no haberlo tenido antes en cuenta. Madre policía, hija policía. No, demasiado descarado, saben que lo investigaría al momento ¿entonces?

—Algo se me escapa.

Cogió el móvil y llamó, necesitaba verla ahora.

Hacía mucho calor, pero la orientación al este de su habitación permitía que las tardes fueran algo más frescas, sobre todo cuando corría la brisa como en ese momento. Había salido a la terraza, la sierra al fondo, inspiró profundamente. Por primera vez en años sentía como los nubarrones que se habían apoderado de su consciencia comenzaban a permitir el paso de finos rayos de sol. El tratamiento funcionaba pero aún no había llegado el momento de volver a integrarse en la sociedad. Su despacho de psicología aguardaba su regreso.

«Todavía no estoy preparada para ejercer de nuevo».

Permaneció unos instantes en silencio, contemplando el horizonte.

No faltaba mucho pero aún no había llegado el día, necesitaba pasar página, armarse de valor para iniciar una nueva vida. Cuando pensaba en ello sentía como un nudo atenazaba su estómago. Antes de emprender algún tipo de actividad tendría que esforzarse en mitigar su culpa, si no definitivamente, al menos rodearla de una pátina de control. Ciertamente que no se trataba de la solución ideal pero confiaba en que le permitiera actuar. Se encontraba mucho mejor y tenía que aprovecharlo.

Sí, aprovecharlo y ocultarlo excepto a su hermana, urgía un cómplice.

Blanca vendría de visita en unos minutos. No, no iba a ser una visita normal, mejor dicho, la que no iba a actuar como de costumbre sería ella.

Lo sabía.

También sabía que para Veva no iba a ser nada fácil, pero necesitaba compartir con ella el silencio de los últimos años, insistir en que tuviera mucho cuidado a partir de ese instante. Confiaba en ello, en que fuese capaz de escucharla. Por su bien, por el de las dos.

Lo hizo, pero no como esperaba.

—¿Cómo estás hoy, Blanca? —quiso saber Veva al tomar asiento junto a su hermana en la sala— hace una mañana fantástica.

—Sí, si quieres podemos salir al porche, que todavía no da el sol.

Veva no recordaba la última vez que de la boca de su hermana había partido una frase tan larga, ni tan coherente. Un pinchazo de emoción se clavó en su pecho.

«Sin duda es una mejoría».

—Me parece muy buena idea, así disfrutamos de las magníficas vistas.

Blanca llevaba unas semanas de frenética y descontrolada actividad mental, desde que leyó en la prensa el asesinato de Zoilo Cerrato, vio la inconfundible pulsera de diamantes y su hijo le confirmó que había sido obra suya.

«Como Sara...».

A pesar de que en sus ratos de lucidez recordaba con total claridad sus sospechas, la dolorosa confesión de Gus respecto al asesinato de su pequeña la sumió en una oscuridad total. Durante los siguientes días su cerebro se debatió entre abandonar la consciencia para siempre o luchar por sobreponerse.

La batalla no había terminado.

Seguía luchando con todas sus fuerzas.

—Tengo algo que contarte.

Veva observó el perfil de su hermana recortado en las montañas del horizonte. Un gesto concentrado, a la vez que contrito. Una expresión decidida, firme. Una mirada que refleja profundo dolor.

—Me asustas ¿estás bien?

Blanca cogió la mano de su hermana entre las suyas.

—Estoy mejor, por eso creo que ha llegado el momento de hablar contigo. No puedo morirme sin...

—No digas eso ni en broma, por favor, no...

—Déjame hablar.

De nuevo esa expresión que reflejaba el lado de la profesional que fue, segura, llena de confianza. No obstante había algo en ella que no encajaba con ese semblante.

«Su mirada...».

Sí, no desaparecía de ella una honda y punzante tristeza.

—Perdona, cuéntame —Veva cruzó las piernas, a pesar de la suave brisa de la mañana sentía como finas gotas de sudor perlaban su frente.

Blanca regresó del horizonte y miró a su hermana a los ojos. Besó su mano sin soltarla.

—Lo primero es darte las gracias por todo lo que has estado haciendo por mí durante todos esos años —llevó el dedo índice a los labios de Veva— déjame terminar.

Durante una hora, habló sin parar de las sospechas que le atenazaban acerca de Prudencio, llegó a pensar que vivía con un mujeriego empedernido.

—Ojalá se hubiera tratado solo de eso —dijo con una sonrisa torcida.

Habló de la pulsera de diamantes, pero sobre todo del día que decidió enfrentar sus miedos buscando pruebas por la casa.

—Fuiste tú la que me llevó hasta ellas.

—¿Yo?

—Sí... —una mueca melancólica se dibujó en su rostro—. ¿Recuerdas que me pediste unas fotos que asegurabas debería tener en mi casa? Buscándolas llegué a las

cajas... —calló unos instantes.

Veva cogió su mano.

—Si quieres dejarlo para otro día...

—No, no, perdona, es que me he quedado clavada en el recuerdo. Verás...

No dejó un detalle sin compartir. El contenido de las cajas, sus conversaciones con la policía. Las macabras costumbres de Gus con los animales.

Veva arrugó las cejas al recordar su primera gata, pero la dejó continuar.

Habló de Felipe, el hermano pequeño, de Zoilo Cerrato y la confesión de Gus a su espalda en la habitación de ese mismo hospital.

—Y Sara... también la mató a ella, a mi niña... —de pronto, un reguero de lágrimas comenzó a descender por sus mejillas— la culpa es mía por haberlo educado así...

Veva sintió como sus músculos se tensaban.

—No digas tonterías, eres la mejor persona que conozco —dijo mientras atraía la cabeza de su hermana hacia su pecho—. Perdona que te pregunte esto pero ¿Sabes que todo lo que me has contado es muy grave?

La cabeza de Blanca subió y bajó.

—Lo sé, y no tengo pruebas —sus palabras partían entre sollozos—. Es mi hijo pero no puedo dejar que siga haciendo lo que hace —miró a su hermana—. Ten cuidado, procura no verle y si lo haces que no sospeche nada que le lleve a pensar que lo sabes todo. No te creas nada de lo que te diga.

Veva se la quedó mirando fijamente.

«¿Qué te ha pasado, hermanita?».

—¿De acuerdo? —insistió.

—Sí, no te preocupes.

—No hables con la policía, pensarán que estoy loca y no te harán caso como tampoco me lo hicieron cuando Prudencio huyó de casa y tuvo el accidente.

Un taconeo familiar a espaldas de las dos hermanas.

—Blanca, es la hora con la doctora —dijo una enfermera que empujaba una silla de ruedas.

Podía ir andando sin problemas pero se esforzaba en no dar a entender que estaba casi curada, si no lo estaba ya.

—Me quedó por aquí y cuando termines nos damos un paso ¿te parece? —besó la cabeza de su hermana.

—De acuerdo.

Veva permaneció unos segundos observando la espalda de la menuda enfermera que empujaba la silla. El rostro compungido de Blanca le dolía como la peor de las puñaladas. Poco a poco fue recordando con total nitidez la conversación recién mantenida, los más mínimos detalles. Contaba con dos opciones, compartirla con la policía, o con el médico. Coincidió con ella en que la policía no iba a mostrar mucho

interés en una declaración que etiquetarían como desvaríos de una mujer enferma y angustiada por el fallecimiento de su marido y de su hija. No podría aportar ninguna respuesta para las dos preguntas que sin lugar a dudas le iban a formular. Sería más exacto decir que sí tenía respuesta; carecía de pruebas para sostener las acusaciones y desconocía por qué había tardado tanto tiempo en compartir la información. Por si esto fuera poco, la propia policía contaba con su investigación iniciada a partir de la llamada de Blanca acusando a su marido de haber matado a su hermano y de ser un asesino en serie.

Sin pruebas.

Solo unas supuestas cajas.

Movió la cabeza de izquierda a derecha como si quiera eliminar cualquier impulso de contactar con la policía. Restaba la segunda opción, poner en manos del médico lo que consideraba una brutal recaída de Blanca.

«Acusar a Gus de matar a su hermana, a Zoilo Cerrato, a las chicas del Retiro ¡Por Dios! Y a Pruden de asesinar a Felipe, nuestro querido hermano».

Cargada con un ánimo que segundos antes no poseía se encaminó rumbo al despacho del director del hospital que llevaba personalmente su tratamiento.

—Vengo a ver al doctor, Noelia, es muy urgente —dijo visiblemente nerviosa.

—Veré si puede recibirle.

—Es muy muy urgente, es por mi hermana.

Noelia asintió, estiró su falda y se acercó a la puerta del despacho del director que golpeó suavemente con los nudillos, asomó la cabeza y accedió al interior. Unos segundos más tarde Veva exponía todo lo hablado con Blanca escasos minutos antes.

Fue una conversación que al doctor le cogió por sorpresa, convencido de la visible mejoría de su paciente. Escuchar la repetición detallada de la charla que mantuvieron las dos hermanas le estaba afectando como profesional, no cabía la menor duda que se había equivocado con el tratamiento. Blanca Morega parecía haber retrocedido hasta el mismo instante que puso el pie por primera vez en el psiquiátrico.

Cuando Veva terminó su exposición, la radiante sonrisa con que le recibió el médico había tornado a un rostro desencajado, cetrino. Sus habituales ojeras se mostraban más profundas y oscuras.

—No sabes lo que lamento oír todo esto —dijo mientras cogía una carpeta y echaba un rápido vistazo— ahora tiene sesión con la doctora Corrales.

—Sí.

El director cogió el teléfono y llamó directamente a la consulta de su compañera.

Mientras se deslizaba en la silla de ruedas por los pasillos del centro empujada por la enfermera, Blanca se esforzaba en cortar el interminable goteo de lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Compartir con su hermana, no ya sus dudas, si no sus certezas, le estaba generando una mezcolanza de sentimientos. No podía negar que se

había quitado una pesada mochila de encima, pero acusar a su hijo de haber matado a su pequeña, sin pruebas, a la vez que sin dudas, le resultaba excesivamente doloroso.

«No me queda otra. No puede seguir haciéndolo».

La enfermera la dejó en la consulta de la doctora Corrales. En lugar de tomar asiento en la butaca frente a la mesa optó por no moverse. No tenía fuerzas, ni ganas de hacer nada. Con su hijo entre rejas para el resto de sus días, su añorada Sara muerta, la vida había perdido el escaso sentido que aún le quedaba.

La puerta del despacho se abrió de repente poniendo fin a sus cavilaciones. Inconscientemente llevó sus manos al rostro, no quería que la vieran llorar. No tuvo éxito.

—¿Qué te pasa, Blanca? —quiso saber la mujer tomando asiento a su lado.

Por respuesta, la paciente le dedicó una mueca acompañada de una ligera elevación de hombros.

—¿Quieres sentarte en la butaca? —sin esperar contestación le ayudó a incorporarse.

Hablaron durante unos minutos de su evolución, de la mejoría que apuntaban las diferentes pruebas realizadas en los últimos días.

Hasta que el teléfono emitió su habitual sonido de llamada.

—Perdona un momento —pidió levantando la mano.

—Sí, doctor, aquí está, dígame.

Sin motivo aparente Blanca llevó la mirada a la doctora, el *aquí está*, implicaba que hablaban de ella. No le llevó más que unos segundos comprender que la mujer se esforzaba en no hablar, no iba más allá que unos lacónicos monosílabos, sí, no, sí doctor...

El rostro de la doctora palideció, apenas fueron unos instantes, los que debió tardar en comprender que la protagonista de la conversación que estaba manteniendo con el director estaba sentada frente a ella mirándola fijamente. Se obligó a sonreír. Sí, su semblante pretendía ser risueño pero sus ojos no engañaban.

Blanca no acertaba a comprender qué podía estar sucediendo, si las pruebas iban tan bien no tenía sentido que...

«¿Veva?».

Bajó la cabeza y negó levemente.

«No, no me haría algo así. No he compartido con ella algo tan cruel para que me...».

La doctora Corrales colgó el teléfono.

El rostro afectado, gestos que procuran ser normales pero que quedan en un burdo intento. La mirada huidiza, nerviosa.

Un repiqueteo en la puerta.

—Adelante.

La paciente vuelve el rostro, asustada, lo que ve le confirma sus temores.

Dos celadores y una camilla.

Los hombres rodean a Blanca.

—El doctor quiere que te hagan un escáner para confirmar tu mejoría —apunta la doctora en un tono nada creíble envuelto en una falsa sonrisa.

Blanca mira de izquierda a derecha. De derecha a izquierda, las manos firmes, abrazadas a los reposabrazos de la butaca. Los ojos exageradamente abiertos, quiere gritar con todas sus fuerzas, decirles que está curada, que se encuentra perfectamente, que se quiere marchar a su casa, pero de su garganta apenas parte un tenue balbuceo. Los camilleros la levantan al vuelo como si de una pluma se tratase. La tumban en la camilla mientras la doctora clava una jeringuilla en la tapa de un pequeño bote transparente.

—Solo es un tranquilizante, Blanca.

Con los brazos y las piernas atados a la camilla, se dejó hacer. No sabía si era por el efecto de la inyección o era debido a la profunda decepción que sentía en esos momentos al comprender lo que estaba sucediendo.

«¿Veva, qué has hecho...?».

Gus aparcó junto al acceso principal del psiquiátrico.

Una vez más colgó el teléfono antes de que la recepcionista le preguntara quién llamaba. Una vez más decidió no avisar de su llegada para que su madre no estuviera preparada, si es que ese detalle tenía alguna importancia.

Por primera vez necesitaba soltar toda la rabia que le consumía por dentro y lamentablemente no conocía a nadie con quien compartir sus andanzas.

«A nadie vivo».

Dedicó una sonrisa a su voz interior.

Llevaba razón, gozaba hablando a sus víctimas antes de terminar con ellas y continuar el monólogo una vez finalizada la cacería. Esa sensación de ser escuchado sin interrupción, de sacar lo que definía como su lado compasivo. El tono suave que utilizaba en esos momentos, a no ser que le sacaran de quicio como el imbécil de Zoilo y le obligasen a acelerar el proceso clavándole el estilete en el corazón.

—Por gilipollas...

—¿Con quién hablas?

Se giró sobresaltado.

—Hombre, tía Veva. ¡Qué susto me has dado! Iba repasando un artículo que me han pedido.

—Pensé que ya estabas de vacaciones, como me dijiste que...

—Sí, y yo también, pero no ha podido ser hasta hoy. Venía a despedirme de mamá antes de marcharme a Gijón.

La respuesta de su sobrino le sirvió a Veva para congraciarse con la decisión que había tomado al compartir con el doctor su conversación con Blanca. Quién iba a creer que un hijo que se desplaza hasta la sierra para despedirse de su madre es un asesino en...

—¿Qué te pasa? Te has quedado pálida de repente.

Veva asintió.

—Verás, tu madre ha tenido una recaída. No una cualquiera. Según el doctor ha regresado a sus peores días.

—¡Pero, qué me dices! —exclamó Gus con un más que convincente gesto de desconcierto—. ¿Qué ha pasado? Pobre mamá.

Veva rodeó con su brazo el de su sobrino.

—Vamos a la cafetería, necesito una jarra de tila.

Sentados en una esquina, rodeados de mesas vacías, Veva repitió con el mismo detalle que minutos antes al doctor, lo que ya consideraban delirios de una mujer enferma.

—Muy enferma, Gus... —balbuceó con los ojos cargados— dice que tú debes tener las cajas en las que tu padre guardaba los recuerdos que se llevaba de las personas que mataba, como a tu tío Felipe —Veva escondió durante unos instantes la cabeza entre las manos—. ¡Qué horrible, Gus! ¡Qué horrible!

—¿Cómo, que mataba? ¿De qué recuerdos hablas?

La cabeza del Asesino del Retiro trabajaba a marchas forzadas buscando alguna señal de peligro en la declaración de su tía. Algo que le indicara que creía en sus palabras aunque solo fuera en una.

Había llegado el momento de interpretar su papel. Una vez más.

Bajó la cabeza y dejó la mirada en las burbujas de su inseparable Coca Cola.

—¿Cómo puede pensar eso de papá? ¿Por qué iba a matar a nadie y menos al tío Felipe? —murmuró aparentemente abatido— murió en un accidente de coche ¿no? Entonces, por qué...

—No la juzgues, por favor, está enferma, su cabeza busca explicaciones a las muertes de sus seres queridos. Sabe que trabajas como periodista investigando esos macabros sucesos y de alguna forma su cabeza irá relacionando datos sueltos —calló unos segundos, en su rostro se dibujó una sonrisa mustia—. Sé que te quiere, se le ilumina el rostro cuando le hablo de ti.

«¿Ilumina? Si supieras, tía... Tu hermana está mucho más cuerda que tú».

Dio un sorbo a su bebida.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Se lo vas a contar a la policía?

Veva abrió los ojos como platos.

—Pero qué tonterías dices. Tu madre ya les dijo lo que pensaba de tu padre el día que murió en aquel horrible accidente —Veva dejó caer su mano sobre el antebrazo de su sobrino—. No, no me creerían y tampoco hay pruebas que sustenten lo que dice, sería ponerla en una situación más complicada de lo que ya está. No quiero que sufra más.

—Entonces ¿qué hacemos? —quiso saber Gus con su mejor rostro de chico indefenso— ¿imaginas que lleva razón?

Veva apuró su segunda taza de tila.

—Pero qué cosas tienes. No, no quiero imaginarlo, además, cómo crees que me miraría la policía si les voy con esta historia.

—Ya, sin pruebas.

La tía asintió.

—Ella dice que esas famosas cajas las tienes tú. ¿Te lo puedes creer?

«Claro que me lo puedo creer, si no fueras tan impresionable, tía...».

—¿Yo? Pero si esas cajas resultaron ser adornos de Navidad —un rápido chispazo recorrió su cuerpo, como un aviso— si quieres poner patas arriba mi apartamento...

—No digas más tonterías, Gus, que esto es muy serio.

«Puede que haya llegado el momento de cambiar de lugar los trofeos, quizá alquilar un almacén de esos pequeños. Tengo que darle una vuelta».

—Sí, sí que es muy serio tía.

«Más de lo que crees».

Gus terminó su vaso de Coca Cola.

—Imagino que después de su recaída no la podré ver.

—No, lo siento. Van a cambiar su medicación por otra mucho más fuerte. Estará como dormida los próximos días hasta que logren estabilizarla.

Gus agachó la cabeza, disfrutaba con su papel de chico trabajador y responsable. Mantuvo durante un teatral minuto la mirada perdida.

—Oye, tía. ¿Y de Sara? ¿También tiene alguna paranoia sobre su muerte? Papá no pudo ser.

Veva levantó la mano para avisar al camarero mientras se tomaba unos segundos para contestar.

«No te creas nada de lo que te diga».

La frase de su hermana golpeó de repente en su cabeza. Miró a su sobrino.

—¿De Sara? ¿Por qué iba a decirme algo así de Sara? —abrió el bolso y cogió la cuenta que dejaba la camarera sobre un pequeño plato.

—Es cosa mía —dijo Gus adelantándose para pagar sin apartar la mirada de su tía.

—Gracias.

El hijo de Blanca se puso en pie.

—Tengo que irme, he quedado en... —consultó su reloj de muñeca—... hora y media. Si te enteras de algo avísame.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana, tengo intención de salir pronto —dijo mientras le daba un beso a su tía.

—Que tengas buen viaje, voy a esperar un rato a ver si tu madre está mejor.

Tras despedirse, Gus se encaminó rumbo a su Opel Corsa. Su cabeza analizaba el cambio de expresión en el rostro de su tía cuando preguntó si su madre tenía alguna sospecha sobre la muerte de Sara.

«Estoy seguro de que algo callas».

En cuanto vio a su sobrino en el vestíbulo del psiquiátrico su intención pasaba por compartir con él lo mismo que Blanca había compartido con ella. Pero al verle cambió de opinión. Se veía incapaz de decirle lo que su madre pensaba de él, ningún chico podría superar ese trance.

Pero cuando le preguntó por Sara...

No venía a cuento que mencionara su fallecimiento en los términos en los que lo hizo, dejando entrever que quizá su madre le había achacado su muerte a alguien.

—¿A quién, Gus?

«No te creas nada de lo que te diga».

Las palabras de Blanca saltaron como un resorte justo en el momento que su sobrino mencionaba a su hermana. Algo le hizo contenerse, quizá la relación entre ambos sucesos o quizá el repentino brillo de sus ojos o el recuerdo de su gata desaparecida al poco de trasladarse Gus a su casa.

«No te creas nada de lo que te diga».

No, no sabía si debía hacer caso a Blanca, pero de lo que sí estaba segura era de que no deseaba compartir nada más con su sobrino.

Zoilo Cerrato 2

Emilio Cortijo abrió la puerta de su despacho.

—Patricia, por favor.

La hija de Rocío se hallaba en pie, con el bolso colgado del hombro, aguardando a que Julia recogiera el suyo, pensaban bajar a comer algo y continuar con el trabajo. El director miró a una y a otra.

—Será un minuto.

Cuando Patricia salió del despacho el minuto se había convertido en media hora larga. Julia esperaba, sentada en su silla repasando algunos correos. Su curiosidad crecía por momentos, motivos no le faltaban. En las pocas semanas que su nueva compañera llevaba en la GaZeta, don Emilio había mostrado un interés por ella que resultaba cuando menos sorprendente. Se había fijado en su jefe y nada le hacía sospechar que se tratara de algo de índole personal hacia ella. El director no era de esos que se aprovechaban de su cargo para seducir a las becarias. Si en alguna ocasión actuó así nadie de la redacción se había enterado.

No, se trataba de algo profesional.

Precisamente eso era lo que alimentaba su curiosidad, resultaba inaudito que un periodista con su dilatada experiencia prestase tanto interés laboral en una recién licenciada.

—¿Ya? —preguntó al aire mientras se incorporaba con el bolso entre las manos— me muero de hambre. Vaya con el minuto.

Patricia consultó su reloj.

—Llevas más de media hora esperando, lo siento. No tenías por qué hacerlo, es tu hora de comida y...

—Ya, y perderme lo que me vas a contar ahora ¿no? ¡Ja! Estás tú lista —la secretaria estiró su larga figura y se encaminó rumbo a la salida seguida de su sonriente compañera.

Apenas llevaban un par de metros recorridos desde que abandonaron el portal cuando Julia le dio un suave golpe con el codo, por diferencia de altura acertó junto al hombro.

—Venga, desembucha. ¿Qué le pasa a don Emilio contigo? ¿Está todo bien? —se agarró a su brazo— sé que es por asuntos profesionales, si no fuera así no dudo que le hubieras dicho que...

—¿Qué quieres decir?

—¿Me vas a contar o no?

Una vez que Patricia había decidido, días atrás, que sería más que aconsejable

contar con una amiga y confidente en la redacción, la elección de Julia resultaba lógica. Quizá con el paso del tiempo pudiera terminar arrepintiéndose, como ya le había sucedido en alguna ocasión con supuestas amigas en las que había confiado, pero no por ello iba a cambiar su forma de proceder.

—Sabes que sí, y eso que don Emilio me ha dicho que no salga de su despacho nada de lo que hemos hablado.

Julia sonrió.

—Yo no cuento, ¿verdad? —en el rostro de la secretaria se formó un rictus de orgullo.

—Eso me ha dicho. Sabes que eres su mano derecha en todos los asuntos de la GaZeta, tiene total confianza en ti.

—Lo sé, pero me estás haciendo esperar y no me queda mucho aguante.

—¡Exagerada! —dijo empujando la puerta de la cafetería.

El objetivo era encontrar una mesa próxima a una salida de aire acondicionado pero que no les diera de lleno. Su lugar preferido estaba ocupado. Las dos amigas barrieron la estancia con la mirada.

—¿Qué tal esa de ahí? —propuso la becaria.

Aparentemente cumplía con todos los requisitos.

—¿Cómo están mis reporteras favoritas? —quiso saber Lalo, uno de los camareros del local.

—Eres un pelota, Lalo, ya sabes que no soy reportera, ni nada parecido, solo una simple secretaria —intervino Julia— y si lo dices por ella, también sabes que tiene novio.

—Sí, lo sabía, como yo. Solo pretendo ser amable ¡Qué carácter! —dijo con una pícaro sonrisa—. A ver, Pati las otras dos veces que has venido repetiste ensalada, ¿quieres lo mismo?

—Me parece muy bien.

—Ains, hay que variar más, mujer. ¿Tú, Julita?

Diez minutos después tenían sobre la mesa dos ensaladas César.

—¿No vas a tomar nada de segundo?

—Un café.

—Con la ensalada y lo larga que soy, hasta que llega al estómago me desmayo de hambre. El filete de pollo que he pedido es para animar a la lechuga a que se deslice más rápido.

—Yo con esto me quedo llena, aunque a media tarde me dé un ataque de hambre y tenga que comerme una manzana.

—¡Menudo ataque! ¡Por Dios! ¡Una manzana! —soltó Julia entre risas con el tenedor detenido junto a la boca—. A mí, cuando me da un ataque quiere decir que empiezo la segunda tableta de chocolate.

—Por cierto, no sé por qué dices eso de simple secretaria. Eres la más eficiente de la GaZeta, trabajas más que nadie y...

—¿Tú también haciéndome la pelota? —no pudo disimular el orgullo que reflejaba su semblante—. Anda, vamos al grano y desembucha ya.

Eso hizo Patricia durante los siguientes diez minutos.

La secretaria cerca estuvo de atragantarse del todo cuando oyó de boca de su amiga la confesión respecto a su madre.

—Toma, bebe un poco de agua.

Obedeció sumisa sin apartar la vista de los ojos de Pati.

—Si te lo estás preguntando la respuesta es no. Don Emilio no sabía nada del tema hasta que me lo preguntó directamente, no con rodeos como intentó el día de la entrevista.

Otro sorbo más y Julia se animó a entrar en la conversación.

—Ahora me toca a mí, si te preguntas cómo le habrá sentado al jefe que seas la hija de la famosa comisario, la respuesta es que seguro que aún no se lo cree. ¡Tener a la hija de Rocío Prados en la GaZeta! Es como si le hubiera tocado la lotería.

—Tampoco es para tanto.

—Créeme, sí que lo es. Aunque también te digo que para que la lotería sea efectiva, de nada vale mantenerlo en silencio, la gente de la profesión lo tiene que saber.

—Me prometió que guardaría el secreto.

—Ya.

—¿Cómo qué ya?

—No digo que vaya a incumplir su promesa, pero es muy posible que no sea el único que os relacione a tu madre y a ti —llevó el tenedor a la boca—. No me mires así, yo no lo hice, pero tu cara me sonaba tanto, como si nos conociéramos. Por lo menos ya sé por qué. Si es que os parecís un montón.

—Lo sé.

—No sé cómo no me he dado cuenta. A ver, sigue, que seguro que esto no es todo.

No, no lo era. Emilio Cortijo le había pedido que acelerara al máximo la investigación sobre el Asesino del Retiro en lo que se refiere a aquellos casos que se le podrían adjudicar.

—¿Por qué?

—Por que ha recibido una foto del interior de la habitación donde mataron a Zoilo Cerrato y que solo pudo hacer el asesino.

Julia se quedó con la boca abierta.

—¿Una foto... del asesino? Eso asusta un poco ¿no? ¿La publicamos en el siguiente número? —sin levantar el codo de la mesa apuró un trozón de tomate y pollo.

Patricia llevó el tenedor a la boca mientras negaba con la cabeza. Deslizó la servilleta por los labios y bebió un sorbo de agua.

—No, se lo ha prohibido, ha insistido mucho en que no se le ocurra publicarla,

que le tome en serio.

La secretaria contaba con más de una década de experiencia en el mundillo de la crónica negra, suficiente para al menos intuir el alcance del paso dado por el asesino. No era aventurado suponer que leía la GaZeta, por tanto sabía dónde estaban sus oficinas y...

—¿Qué te pasa? Te estás poniendo pálida.

—No, solo que no me gusta nada esto, Patricia. Parece como si el tipo este no tuviera nada que perder.

—Al menos te voy a dar una buena noticia. Gus vuelve mañana por la tarde.

En esta ocasión no se atragantó porque tenía la boca despejada, pero sus ojos abiertos del todo expresaban el asombro que le había causado la noticia.

—¿Gus? Pero si aún le quedan varias semanas de vacaciones —dijo mientras cortaba un trozo del filete de pollo—. ¿Le ha llamado don Emilio por la foto, no? ¿Ves? A él tampoco le gusta nada esto.

—Ni a mí, no sé cómo se tomará Gus que esté con su investigación, no creo que le haga mucha gracia.

Julia se limpió la boca.

—Él está de vacaciones y tú continuas con la investigación que comenzaste con tu trabajo de fin de carrera ¿no?

—Sí, pero...

—Sin peros, seguro que a partir de ahora trabajas codo a codo con él. Será una buena experiencia para ti.

Sí, lo iba a ser pero no como podrían imaginar ninguna de las dos amigas.

La joven periodista se sentía abrumada por la responsabilidad de tener que presentar conclusiones de una investigación a la que no le había dedicado el tiempo mínimo necesario. Se podría decir que todo lo que aportaba hasta el momento eran meras conjeturas, sospechas, nada que contribuyera a otorgar credibilidad sin reparos a su teoría.

—La gran mayoría de los casos funcionan así, un hilo del que tirar —dijo Rocío. Unos minutos antes al irse a la cama había visto luz bajo la puerta de la habitación de su hija, se decidió a entrar— es muy raro que desde el principio nos encontremos con pistas que lleven directamente a la resolución del caso.

—Sí, pero lo mío es... no sé, no tengo tiempo, yo... —en cuanto su madre llamó a la puerta del dormitorio no dejó pasar la oportunidad de contar con su experiencia. ¿Por qué iba a rechazar una oportunidad como esa?

Madre e hija hablaron durante una hora.

—Haz lo que creas correcto, sigue a tu instinto, cree en ti.

—Vale, pero no es fácil.

—No lo es, pero te servirá para dormir con la conciencia tranquila —dijo Rocío mientras daba a su hija un beso en la cabeza y se disponía a irse a la cama.

—Oye, mamá... —llevó el bolígrafo a la boca, la mirada ausente, como si le faltara valor para enfocarla en el rostro de su madre—... imagina que un día, por lo que sea, me entero de algo en el trabajo que tiene que ver con un caso que tú llevas... —los ojos de sus manos a su madre y de esta de vuelta a sus manos—... y que me dicen que no salga esa información de la redacción. ¿Qué harías tú en mi lugar? Piensa que la abuela Berta es la comisario y tú la becaria que...

Antes de terminar la frase madre e hija comenzaron a reírse. No había nada mejor para quitar hierro a la cuestión planteada. La aludida introdujo la cabeza por la rendija de la puerta, Rocío mantenía la mano en el pomo.

—Me vais a despertar a la pequeña Esther con tantas risas —soltó visiblemente preocupada porque se diera tal circunstancia.

—Perdona, abuela, ya nos llamamos —miró a su madre— no te vayas sin responderme.

Rocío mantuvo la mirada en su hija unos segundos antes de hablar.

—Lo que te he dicho antes, Pati, sigue a tu instinto, cree en ti —iba a añadir que no hacía falta que le dijera nada, que no podría tratarse de una coincidencia que en la GaZeta y en la comisaria se esforzaran por mantener en silencio una información, sin duda, recién recibida.

Sin duda, el mismo correo.

«También habéis recibido la fotografía de Cerrato ¿verdad? Y tampoco quiere que la publicuéis».

Podría haber repetido una de las frases favoritas de Berta; te conozco como si te hubiera parido, hija. Tus gestos, tu mirada, sobre todo eso, tu mirada. El ejemplo que planteas te preocupa porque es algo real. En lugar de eso lanzó un beso al aire y deseó buenas noches a su hija que no parecía del todo satisfecha con la respuesta. No, nada satisfecha, hubiera preferido, más en esos momentos, algo directo como haz esto o lo otro, pero no, en lugar de eso le dice que haga lo que ella siempre pidió desde pequeña, que le dejasen tomar sus propias decisiones. No descartaba poner en conocimiento de su madre el correo recibido de parte del Asesino de Retiro si el caso se complicaba. Dejaría pasar unos días.

«Seguramente lo terminarán publicando».

Rocío rodeó a su madre con el brazo y juntas se encaminaron a la habitación en la que dormía a pierna suelta Esther. Los brazos en cruz, las piernas separadas, rostro regordete y feliz.

—¿Qué estará soñando?

—Es la misma sonrisa que ponías tú cada noche, hija, cuando no te daba por berrear como si te doliera todo el cuerpo.

—¿Yo?

—Sí, recuerda que no siempre has sido mayor.

Tras dar las buenas noches a su madre entró en el dormitorio. Jesús Romero estaba en la cama con la espalda apoyada sobre varios almohadones leyendo un libro.

Levantó la vista.

—Algo te preocupa.

No iba a negar la evidencia, de nada serviría.

—Ahora te cuento —dijo mientras entraba en el baño dispuesta a darse otra ducha. El mes de julio estaba siendo insoportable con tanto calor. A pesar del aire acondicionado no lograba quitarse de encima la desagradable sensación de estar sudada constantemente.

Hasta el momento no le había comentado a Jesús nada del trabajo. No solían hacerlo, ni él hablaba de sus casos en su comisaría, ni ella de los suyos.

Hoy era diferente.

Cuando regresó de la ducha y se metió en la cama con la chaqueta del pijama amplia y el pantalón corto y suelto que tanto le gustaban a Romero se tumbó a su lado.

Estaba asustada.

No contaba con un motivo concreto al que poder culpabilizar pero sentía un cosquilleo en el estómago, inconfundible y muy muy conocido en situaciones similares.

—Cuéntame.

Rocío no cambió de postura, con la cabeza junto a Jesús y la mirada en algún punto situado mucho más allá de las cuatro paredes del dormitorio, habló. No fue como en anteriores ocasiones que compartieron sus experiencias profesionales. No, a pesar de que el argumento central lo componían el correo recibido por cortesía del Asesino del Retiro y la fotografía adjunta de Cerrato, el objeto de su inquietud era otro. No le preocupaba que el asesino la conociera y se dirigiese a ella directamente, iba con el cargo y entraba en el sueldo. Lo llevaba con naturalidad, difícilmente ella podría ser un objetivo para él. Además, es bien sabido que los psicópatas sienten cierta atracción por los representantes de la autoridad, sobre todo si les consideran dignos de enfrentarse a ellos.

Rocío calló unos instantes.

Jesús acariciaba su cabeza, en silencio.

No era necesario añadir nada. La conocía lo suficiente como para saber que continuaría con su relato cuando lo considerase oportuno. Para ser más exacto, solo añadió una frase.

—No olvides que antes que comisario, primero eres madre.

Rocío se incorporó, volvió el rostro hacia su marido. En su cara se formó una sonrisa agradecida que escondía a duras penas un gesto de sorpresa.

—¿Tanto se nota lo que faltaba por decir?

Jesús se quitó las gafas, junto con el libro las dejó sobre la mesilla de noche.

—Bueno, nada de lo que me has contado hasta el momento difiere mucho de nuestro día a día. Si me hablas de Zoilo Cerrato, del *email* que te ha enviado su asesino y a eso unimos que Pati está enfrascada en los crímenes de ese individuo y

que por si fuera poco trabaja en la GaZeta Negra, y que además lleváis una hora hablando, pues...

—Vale, chico listo —Rocío se incorporó sonriente— añade a todo eso que después de hablar con ella estoy convencida que en la GaZeta también han recibido el mismo correo con la misma amenaza si se publica.

—¿Te lo ha dicho?

—Seguro que le han obligado a guardar silencio, pero indirectamente lo ha dado a entender.

Jesús dio un trago al vaso de agua que cada noche le acompañaba sobre la mesilla.

—¿Te preocupa que lo publiquen y que busque venganza?

—Sí, algo así.

—Ven, ¿no tienes mucho calor con tanta ropa? A ver, deja que te ayude... —llevó sus gruesos dedos a los cuatro botones de la chaqueta del pijama de Rocío. Uno a uno comenzó a desabrocharlos— es solo para relajarte un poco.

—Ya... —la comisario se dejaba hacer— lo haces por mí.

—Eso es... —susurró mientras deja abierta la chaqueta, acercó su rostro y la besó en la boca mientras su mano se colaba por el pequeño pantalón de Rocío— aunque si te incomoda...

—Calla y sigue, listillo...

Gus regresó a su casa dispuesto a disfrutar de una buena tarde en compañía de Cela y desahogarse. La adrenalina que iba acumulando con el paso de las horas y la presumible cercanía de la acción le empujaban a no dejar escapar unas horas junto a su compañera de *Peludos*.

Pero antes tenía algo que hacer.

De su personal reportaje fotográfico sobre Zoilo seleccionó otra fotografía, en la que aparecía su víctima con el estilete hundido en el corazón. Una boba sonrisa cubrió su rostro al recordar el momento.

—Tú te lo buscaste, gilipollas —murmuró mirando la imagen— te advertí que te estuvieras quietecito, que con tus estúpidos movimientos no podía escribir, pero no te dio la gana.

Seleccionada la imagen, faltaba añadir el texto. Los destinatarios, los mismos que en el anterior envío; Rocío Prados y Emilio Cortijo.

Comisario Prados, confío en que le haya gustado la fotografía que le envié ayer. No la he compartido con nadie hasta este momento. Para mí es un privilegio hacerlo con usted. No se lo he dicho antes, pero Zoilo Cerrato era un putero, maltrataba a las mujeres que se follaba, la mayoría de ellas a cambio de dinero. Seguro que lo está pensando, como sé que habrá hecho los deberes con los dos regalos que le dejé, la pulsera y los gemelos, sí, su padre,

Mel Cerrato era otro putero y su mujer una golfa.

Le adjunto otra fotografía, Zoilo Cerrato 2 que saqué instantes después que la anterior, que ya conoce. Le confieso que no era mi intención clavarle el puñal que asoma en su pecho, pero no paraba de moverse. No es fácil escribir en una superficie como esa, se lo advertí, le pedí por favor que dejara de moverse.

No hable a la prensa de estos correos.

No me tome a broma.

Seguiremos en contacto.

Tras repasar un par de veces el texto y dar forma al que recibirá su jefe, ajusta la fecha de envío para ambos destinatarios al día siguiente a las seis de la mañana.

Consultó el reloj.

Su semblante reflejó una mueca de deseo.

«En media hora estará aquí».

De eso no le cabía la menor duda, Cela había resultado ser una de las personas más puntuales que había conocido en su vida. Se encaminó a la cocina, en esta ocasión nada de platos al horno, ni comida elaborada. El plan que tenía reservado para su amiga encajaba dentro de una cena de picoteo; jamón de bellota, queso curado de cabra y salmón ahumado.

Sacó las dos cervezas tostadas del congelador, junto una botella de vino blanco Marqués de Riscal las introdujo en la nevera.

Negó con la cabeza.

«Ahora no...».

La conversación mantenida esa tarde con su tía en el hospital se abrió paso firme entre sus cavilaciones. No sabía si se trataba de buenas o malas noticias que su madre solo hubiera acusado a su padre y que no hubiese dicho nada de él, aparte de apuntar que guardaba las cajas de los trofeos.

«¿Te lo has llamado tía?».

Si, era una opción, sobre todo si su tía albergaba dudas respecto a la acusación que hubiese vertido sobre él.

«Cuando te pregunté por mi hermana Sara, dudaste».

Ese gesto, en ese preciso instante, lo tiene grabado a fuego en sus recuerdos, y un pinchazo de alarma clavado en el pecho. Eso sí que era una mala señal porque siempre significaba algo, y ese algo no era bueno.

«¿Qué sabes, tía?».

Había algo que no concordaba con sus dudas. Veva no había ido directamente a la policía, sino al director del psiquiátrico, alarmada por lo que suponía una terrible recaída de su hermana.

«¿No has creído lo que te ha contado?».

Gus comenzaba a sentir una fuerte presión en las sienes. No, su tía no le denunciaría, no tenía por qué hacerlo.

Más dolor, más intenso.

—Ahora no... —musitó llevando las palmas de las manos apretando las sienes.

El timbre del telefonillo cortó de raíz la presión y sus pensamientos.

Activó el deseo. Un deseo intenso, doloroso imposible de posponer.

Aguardó con la mano en el pomo a que su invitada llamara a la puerta. La dejó pasar, traía uno de sus helados preferidos. La miró a los ojos, ella sonrió, no fue una sonrisa amplia, sino más bien apocada. Acercó su rostro al de Cela, mordisqueó sus labios, introdujo la lengua.

—El helado, si se queda fuera... —balbuceó.

Gus tiró de la coleta hacia atrás y comenzó a lamer su cuello de abajo a arriba, la oreja por fuera, por dentro.

—Gus...

«No seas ansioso y mete el maldito helado en la nevera».

Al escuchar a su voz interior se separó de la chica. No sin esfuerzo logró esbozar una sonrisa y relajar la mirada penetrante que se había apoderado de sus ojos.

—Perdona, me he dejado llevar por lo que te deseo... —suavizó su verdadera motivación y cogió la tarrina de helado de menta y chocolate— a la nevera entonces —dijo encaminándose a la cocina.

Cela, detrás, admirando la atlética figura de su compañero de fines de semana en la protectora. No podía negar que el recibimiento le había excitado hasta límites difíciles de entender.

—¿Tanto me deseas? —preguntó mientras Gus introducía el helado en el congelador.

Como respuesta continuó donde lo habían dejado. Esta vez su lengua secundada por la de una entregada Cela. La sentó en la encimera, segundos después se hallaba totalmente desnuda con las piernas separadas dispuesta a recibir las embestidas de un Gus fuera de sí.

«No la cagues, disfruta».

Eso hizo, disfrutar.

El reloj de aniversario que le regaló su mujer daba las siete de la mañana cuando Emilio Cortijo entró en su despacho. Estaba colocado sobre una balda, situado entre dos marcos, y rara vez reparaba en él. Sin motivo aparente lo buscó con la mirada. Quizá fue porque no había podido pegar ojo en toda la noche. Cansado de dar vueltas en la cama se levantó, leyó la prensa digital y regresó a la redacción. No fue solo el calor lo que le impidió dormir sino el no haber tomado una decisión respecto a publicar o no la foto de Zoilo Cerrato. El tiempo se le echaba encima.

O quizá sí la había tomado y ese era precisamente el motivo de su nerviosismo, a pesar de que no fuera consciente de ello. Encendió la cafetera, buscó entre los

estantes el café, lamentando que Julia no estuviera a su lado para hacerlo, y tras llenarla de agua tomó asiento frente al ordenador. No, no le quedaba mucho tiempo para dar salida a sus dudas, esa misma tarde comenzaba la impresión del siguiente número de la GaZeta Negra.

—¿Soy periodista o qué coño soy?

Era la reprimenda habitual de las últimas horas.

—Está decidido.

Sí, lo estaba, como periodista no podía ocultar información a sus lectores, menos aún si se trataba de algo tan impactante como la maldita fotografía. La amenaza iba implícita con su profesión y su cargo. No era la primera vez que recibía alguna y sin duda no sería la última.

El olor a café le animó.

El olor a café y haberse decidido.

Con la taza sobre la mesa, maldiciendo lo caliente que estaba, llevó la vista al monitor. Su programa de correo se estaba abriendo en esos momentos.

—¡Joder!

De la impresión cerca estuvo de dejar caer el café sobre su arrugado traje. Solo había leído el remitente y el asunto del último correo recibido con fecha de apenas una hora antes.

—Asesino del Retiro... Zoilo Cerrato 2 —siseó.

Emilio sintió como su corazón se aceleraba, instintivamente se hizo con un pitillo y lo encendió con ansiedad. Apuró medio cigarro antes de abrir el correo y disponerse a leer:

Señor director de la GaZeta Negra, adjunto le remito una fotografía más del día de autos. Es otra confirmación de mi identidad. El puñal que verá clavado en el pecho del putero de Zoilo Cerrato fue porque no me quiso hacer caso. Sí, putero como su padre, y golfo como lo fue su madre.

No publique ninguna de las imágenes hasta que yo le avise.

No me tome a broma.

Seguiremos en contacto.

Abrió el archivo adjunto.

Lentamente la fotografía comenzó a mostrarse en la pantalla. Una imagen nítida, impactante, clara. Tanto, como la amenaza recibida.

—¡Mierda, mierda, mierda! —de un salto se puso en pie, la taza salió por los aires al golpear la mesa con las rodillas, y con ella el café salpicando camisa, pantalón y suelo. Siguió con gesto bobo el rodar de la taza por el parqué hasta que se detuvo bajo una de las estanterías.

Tomó aire profundamente.

Del armario se hizo con una camisa limpia y uno de los trajes que guardaba para

momentos como ese. En cuanto su secretaria le pusiera un ojo encima descubriría que algo le había sucedido a su jefe, no era nada habitual verle vestido con un traje totalmente planchado, no iba con él.

Salió del baño cambiado y con el rostro afectado. Durante largos minutos caminó con pasos torpes de un lado a otro de su despacho mientras no cesaba de mesarse el cabello. Nunca antes se había encontrado con un criminal tan activo, tan directo y tan amenazante. No podía negar que no se trataba de una broma, esas fotos no eran de dominio público y solo las podía haber sacado quien estuviera en ese dormitorio con Cerrato.

—¡Qué cabronazo!

La decisión que había tomado minutos atrás se tambaleaba por momentos. Su empuje había menguado, como su arrojo. No se trataba ya de contar con el valor necesario para menospreciar las palabras del asesino sino de ser el ejecutor de su venganza. ¿Cómo se vengaría? Su instinto le decía que si llegaba el momento de hacerlo no sería en su persona sino en alguien de su entorno.

«¿Mi familia, amigos, compañeros...?».

Sus dudas incluían ahora compartir o no con la policía los dos correos. No sería inteligente mantenerla al margen. Al revés, le aportaría en el futuro una mayor colaboración.

«¿Y si es esto lo que quiere? Que se haga público».

No tiene sentido enviar este tipo de información a un periódico y esperar que no se vaya a publicar por muchas amenazas que se acompañen.

Con un nuevo pitillo entre los dedos volvió a tomar asiento. Esa tarde regresaba Gus, compartiría con él los dos correos y luego bajarían a la imprenta para su publicación.

Sonrió satisfecho.

Satisfecho, sí, pero nervioso e intranquilo.

Muy nervioso y muy intranquilo.

Maestro

A pesar del interés mostrado por Jesús para que se relajara y pudiera conciliar el sueño, o al menos intentarlo, Rocío pasó la noche entre sobresaltos. Después de hacer el amor entró sin la menor dificultad en un profundo y relajante descanso, al principio. Con el paso de las horas se fue convirtiendo en una pesadilla constante y repetitiva con una protagonista; Patricia.

Cuando abrió los ojos, una vez más, el sol amenazaba con elevarse en el horizonte. Jesús dormía plácidamente a su lado. Llevó una mano a la cabeza y después a la almohada. Estaba mojada, como la chaqueta de su pijama. Lentamente se incorporó y se encaminó hacia el baño, el cuerpo le rogaba una buena ducha, fresca y relajante, pero antes necesitaba comprobar algo. Abrió la puerta de la habitación de Esther, como siempre, dormía como si se acabara de acostar, sonriente y satisfecha.

Cerró con el más sigilo posible.

Unos metros más adelante se encontraba la habitación de Patricia. Con la mano en el pomo pegó la oreja a la puerta, no pensaba escuchar nada, pero algo se oía. Abrió lentamente. La luz de la lámpara encendida. La cama revuelta pero vacía. De fondo, una suave música apenas audible. Patricia, rodeada de carpetas, su cabeza moviéndose de un lado a otro.

Golpeó con los nudillos en la puerta para no asustarla.

—Pero hija, ¿qué haces levantada? Es muy temprano.

Pati giró la cabeza, llevó las palmas de las manos a la cara y frotó.

—¿No te has acostado?

—Sí, tres o cuatro horas. Cuando la cabeza no deja de pensar es imposible dormir además tengo que avanzar con la investigación.

Rocío se acercó a su hija y la besó en la cabeza.

—Te entiendo, pero para funcionar correctamente hay que descansar y...

—Y me lo dices tú, que no paras nunca, mamá.

La comisario se sentó en el borde de la cama.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal lo llevas?

Patricia juntó las manos tras la cabeza y se ajustó la coleta. Su rostro, aunque cansado, permitía vislumbrar un brillo de satisfacción que no pasó desapercibido a la policía.

—Pues, te hecho caso. He dejado que mi instinto me guíe. No, no tengo nada nuevo con respecto ayer, pero sí una corazonada —miró a su madre mientras le dedicaba el rostro más afectado y que siempre mejor resultado le había dado.

—A ver... ¿qué me vas a pedir?

Pati cruzó las piernas y cogió una carpeta.

—Estoy convencida que estos cuatro asesinatos los ha cometido el Asesino del Retiro, y también los que tuvieron lugar en el extranjero, como el del padre de Marisol Fuente en Venecia —señaló una hoja—. Aparte de estos tres que recogió la GaZeta, y que juraría también los cometió él.

—¿Qué dicen en tu trabajo?

—Pues todavía no he podido hablarlo, pero en ninguno de los artículos que cubren estos tres asesinatos insinúan nada. Imagino que cuando les dé mi opinión no le hará ninguna gracia al que los ha escrito.

—Ni te preocupes por eso. Defiende siempre tu punto de vista y no te cierres a no modificarlo si lo estimas oportuno ¿de acuerdo?

—De acuerdo —convino sonriente. Una sonrisa que no tapaba que había algo más, lo que aún no había pedido.

—A ver, ¿de qué se trata?

Cogió otra carpeta.

—Creo que la clave de todo puede estar en el asesinato de Málaga, el de Zoilo Cerrato.

Rocío arrugó las cejas.

—Verás...

—¿Qué pasa, hija? —la comisario cogió una de sus manos.

—Es que...

—Si te vale de algo te diré que yo también he recibido el mismo correo que vosotros.

Esto sí que Patricia no se lo esperaba. Abrió los ojos teatralmente.

—Así que no te preocupes por desvelar nada que ya lo he hecho yo, pero que quede entre nosotras —pidió con un rictus serio. No hablaba en broma.

—Claro —Pati volvió a animarse— pues lo que te decía. ¿Por qué el asesino envía esas fotos y no otras, por ejemplo, de otro asesinato que seguro tiene? ¿Por qué le molesta que le llamen Asesino del Retiro, dejando claro que no son los únicos crímenes que ha cometido? Estoy convencida que estudiando el asesinato de Zoilo todo lo demás se irá descubriendo. Me dijiste que la pulsera y los gemelos pertenecieron a los padres de la víctima y yo apostaría a que conocían a su asesino y este al actual. ¿Sabéis algo vosotros?

Esta vez fue Rocío la que abrió los ojos como platos.

La boca a medio cerrar.

Las palabras no terminaban de partir a su boca. Su mente trabajaba a toda velocidad.

—Nada que no sepas. Me sorprendes, la verdad. Por ahí va nuestra investigación, pero hasta el momento no hemos descubierto nada —se puso en pie— ¿te preparo un café?

Lo tomaron juntas.

Después, Rocío se dio una ducha y desayunó con Jesús y Berta, al final se unió la pequeña Esther que apareció en la cocina con el chupete en la boca.

No eran las ocho y media de la mañana cuando Rocío tomaba asiento frente a su mesa en la comisaría. No había dejado de dar vueltas ni a sus temores acerca de la seguridad de Patricia, ni a su teoría. Ser comisario te obliga a dividir el tiempo entre todos los casos que asolan la comisaría sin poder dedicarte a uno o dos en particular. En momentos como este era cuando mejor entendía a José Carlos Mendía, echaba de menos el trabajo de campo y la investigación diaria, quizá ascender a comisario no había sido una buena elección.

«No digas tonterías».

Al menos desde su posición se aseguraba que las cosas se hicieran como ella entendía que era más acertado, para ello bastaba con seguir las enseñanzas del que fuera su comisario, Antonio Rovira.

—¿Un café, compañera? —preguntó María Esther asomando la cabeza por la puerta.

—Llevo ya un par de ellos, pero no te lo voy a rechazar, lo necesito.

Mientras aguardaba a que llegara su dosis de cafeína para no caer redonda sobre la mesa abrió el programa de correo. Al ver el remitente del último *e-mail* recibido a las seis de esa misma mañana, no se sorprendió, por lo menos no como hubiese esperado. Su olfato insistía en que ese caso se iba a desatascar para siempre, si no lo estaba ya.

—Más fotos, imagino... —susurró al monitor— sí, un archivo adjunto, Zoilo cerrato2.

Lo dejó para después del texto.

Como siempre, lo leyó dos veces más. En su cabeza se formó la imagen de su hija y unas palabras extraídas de su reciente conversación:

«... *yo apostarí que conocían a su asesino y este al actual*».

Un par de frases del texto del correo parecían corroborarlo.

... *Zoilo Cerrato era un putero, maltrataba a las mujeres que se follaba, la mayoría de ellas a cambio de dinero [...] sí, su padre, Mel Cerrato era otro putero y su mujer una golfa...*

—De alguna forma cuentas con información sobre los padres de tu víctima —susurró de nuevo al monitor— al decir que su mujer era una golfa ¿sabías que Claudia Dubois no es la madre de Zoilo, si no su tercera esposa?

Negó levemente.

—Sí, sin duda lo sabes.

Y sin duda también Patricia llevaba razón con su teoría. El asesino de Mel Cerrato y Claudia Dubois conoce al Asesino del Retiro. Por edad no puede tratarse de la misma persona.

Ahora sí que no iba a compartir con la prensa ninguno de los correos que había recibido. No sería necesario, estaba convencida que Emilio Cortijo terminaría por publicarlos, era su profesión y cuando lo hiciera le apoyaría. Llevó la mano tras la nuca y jugó con el pelo mientras lanzaba una preguntaba al aire que de alguna forma u otra sería contestada.

—¿A qué viene todo esto? ¿Por qué los correos? —Rocío llevó la vista a las dos fotografías de Cerrato.

Un rápido repaso a los crímenes que achacaban al Asesino del Retiro, y que según la investigación de su hija había que añadir varios más, mostraba que estaba cambiando, que disfrutaba más con la puesta en escena. Una de las cuestiones que se plantea un asesino en serie, en las horas y días siguientes tras cometer un asesinato, es qué podría haber hecho o qué podría hacer la próxima vez para que resultase más satisfactorio. Para Rocío Prados la evolución resultaba evidente, hasta Zoilo Cerrato, sus crímenes, contando con los aportados por Patricia, habían tenido lugar en la calle. Prisas, algo de improvisación, quizá morbo por ser descubierta, necesidad de un rápida puesta en escena y una más rápida huida. A pesar de que haya dedicado tiempo al seguimiento de sus víctimas, es imposible controlar en la calle los factores que puedan afectar al día elegido para llevar a cabo el asesinato.

—El café... —dijo una sonriente María Esther entrando en el despacho tras dar dos suaves golpes en la puerta— vaya... te lo dejo aquí, que conozco esa mirada.

Rocío asintió.

Su cabeza continuó desarrollando sus argumentos.

«Sí, estás cambiando, ahora disfrutas más».

Disponer de un lugar como la habitación de un hotel para actuar con la tranquilidad necesaria, sin prisas, apreciar cada momento dedicado a la víctima, sentir su sufrimiento, realizar las fotos sin temor a que el *flash* denuncie su posición, sacar todas las que considerase oportunas.

«Como el asesino mayor, el que terminó con la vida de Mel Cerrato y Claudia Dubois».

Una idea comenzó a formarse en su cabeza.

«Y Mariano Fuente».

—Le está imitando... estoy segura... —su mente le propone otra opción—: O quizá está aplicando lo aprendido... de su maestro —sintió como la conclusión le erizaba el vello de los brazos— maestro... —repitió.

Dio un sorbo largo al café y abrió el primer cajón de la derecha de su mesa. Cogió una carpeta que le había entregado Corrales sobre Marisol Fuente. Pasó las dos primeras hojas.

—Aquí... a ver...

El dedo índice señalaba el renglón dónde se recogía el año de la muerte de Mariano Fuente, padre de Marisol. Siguió leyendo el resumen de Faustino sobre la noticia recogida en la GaZeta:

... Se da la circunstancia que en ese mismo hotel es el segundo compatriota que es encontrado sin vida. Todo parecía apuntar a una muerte natural, pero el desorden encontrado en la habitación y la ausencia de una cadena de oro y del reloj de la víctima, valorado en 800 000 pesetas, apunta a un posible forcejeo terminado en robo.

—Buenos días, Rocío —dijo Mendía entrando en el despacho— ya me ha dicho María que estabas muy concentrada en algo y...

—Siéntate.

Obedeció mientras se servía café en la taza que traía entre manos sin apartar la mirada de su jefa.

«Sí, estás muy concentrada, de esa cabecita solo pueden salir cosas buenas».

Durante los siguientes veinte minutos Rocío puso al día a su compañero. Le habló del nuevo *e-mail* recibido, de las sospechas de Patricia y de sus propias deducciones.

—¿Maestro? Interesante...

—Mariano Fuente también fue asesinado en un hotel, y la cadena que se llevaron apareció en el cuerpo de su hija. Arancha Argoche, madre de Sandra, asesinada como su hija en San Sebastián, su cadáver apareció junto a la playa en el mismo año que falleció Mariano Fuente, en el 83. Uno en la calle otro en un hotel, algo me dice que a partir de este momento el asesino mayor no cometió más asesinatos en la calle.

—Sin embargo, no dejó ninguna frase junto al texto de su hija, de Sandra.

—Lo sé, pero estoy convencida que se trata del mismo individuo. Uno actuaba años atrás y otro lo hace ahora.

—¿Por qué no, el mismo asesino?

Rocío negó con la cabeza.

—Se trata más bien de intuición, unida a que el guarda del Retiro que habló con aquel chico que apareció junto a la jaula dónde fue encontrado el cuerpo de Marisol, aseguraba que no tendría más de veinticinco años.

Mendía movió la cabeza afirmativamente.

—Recuerda cuando le perseguisteis.

—Sí, tenía que tratarse de un chico joven. Lo planteaba por convencerme a mí mismo. De acuerdo, estamos ante dos asesinos, pero lo que más preocupa es que aparentemente no hay móvil.

—Cierto, no hay un móvil de lo habituales. Ni económico, ni sexual, ni de dominio, de poder.

—Esto lo hace mucho más peligroso y complica su seguimiento. Si mata por placer le vale cualquier víctima. Es un maldito psicópata asesino en serie.

Rocío se retrepó en la butaca.

—Creo que hasta en eso está evolucionando, se está volviendo más selectivo.

—¿Selectivo? Pero si cada asesinato tiene que ver con otro cometido años atrás y...

—Recuerda a Lorena, la cadena que llevaba no era suya ni de ningún familiar.

Solo tres iniciales U. V. Q. Es decir, no siempre ha matado a alguien de una familia.

—Hay que darse prisa, está pidiendo a gritos que le detengamos y no quiero hacerle esperar. Por cierto, compañera ¿crees que el asesino mayor siguió matando después del 89?

—Estoy convencida que lo ha hecho durante toda su vida.

—¿Ya no?

Rocío calló unos instantes. Hasta el momento no se había planteado esa cuestión con una mínima seriedad, no contaba con datos para ello. Pero ahora...

Negó con la cabeza.

—No lo creo, es posible que haya muerto.

—O que no se valga por sí mismo.

—Podría ser, pero entonces no tendría sentido el asesinato de Lorena. Si las víctimas del asesino joven tienen que ser familiares de las del asesino mayor, esta no encaja.

—A no ser que actúe por su cuenta, como si fuera un tributo a su maestro ya fallecido.

—Eso es... —una vez más los dedos tras la nuca— necesitamos averiguar con urgencia si las iniciales U. V. Q. que no pertenecían a nadie relacionado con Lorena Rodríguez...

—Pertenecen a algún fallecido, décadas atrás, por muerte violenta —convino Mendía.

—Exacto, si lo encontramos podemos contar con otro vínculo entre ambos asesinos.

José Carlos Mendía se puso en pie.

—No solo eso, confirmaríamos que actúa por su cuenta y que el asesinato de Lorena fue una especie de prueba, como sospechábamos —el inspector jefe llevó la mano a la barbilla— me pregunto cuántos trofeos heredó del *joputa* de su maestro —dijo abandonando el despacho.

Rocío bajó la vista a sus notas.

—A mí hay otra cosa que me preocupa, si Pati lleva razón, que sin duda la lleva, el asesino joven ha matado a más personas sin seguir la estela de su maestro —dijo al aire, como en un murmullo.

El teléfono sobre la mesa comenzó a sonar.

—Rocío, tienes una llamada del director de la GaZeta Negra.

La comisario sonrió.

«Vaya con las coincidencias».

—Pásame, María, gracias.

Jesús Romero dejó a Patricia frente al portal de la redacción.

—Creo que esa chica te está saludando —dijo el comisario elevando la barbilla en dirección a un mujer delgada y alta que agitaba los brazos en alto.

—Es Julia, secretaria para todo de la GaZeta.

—Que tengas un buen día. Y... otra cosa.

—¿Sí?

—Estás haciendo un trabajo fantástico.

Pati sonrió, dio un beso al que consideraba como su padre y se dispuso a bajar del coche.

—Gracias, pero aún me queda mucho por hacer.

—Y a mí y a tu madre, de esto se trata.

—Lo tendré en cuenta.

Tras despedirse giró sobre sí misma, casi choca con su amiga que sigilosamente se había acercado a su lado.

—Pronto llegas.

—Sí, hoy ha empezado el día demasiado pronto.

Julia señaló el coche de Romero que se alejaba.

—No era Fernando —en su rostro un mohín cómplice.

—No, chica curiosa. Es mi padre.

Julia permaneció en silencio mientras entraban en el portal. Sabía que su padre no podía ser pero optó por no tirarla más de la lengua. Su broma no había resultado la mejor manera de comenzar el día.

—Es como si lo fuera —Patricia rompió el incómodo silencio antes de acceder a la redacción— perdona, pero es que apenas he dormido con la investigación esta.

El mismo recibimiento de cada mañana.

El mismo olor a tabaco frío y escasa ventilación.

—Verás cómo lo llevas muy bien, estoy segura.

—¡Ah! Es comisario —dijo mientras se detenía en su mesa y soltaba el bolso y las carpetas.

Julia la imitó.

—¿Comisario?

Patricia asintió.

—Sí, mi padre.

—¿También? Vaya familia, no hay quien os tosa —señaló asombrada encaminándose hacia su lugar de trabajo.

El teléfono sobre la mesa de la secretaria comenzó a sonar.

—Buenos días, don Emilio —puso la mano sobre el auricular— está dentro... —movió los labios sin emitir sonido en dirección a su compañera—. Sí, ahora mismo.

Colgó.

—Parece que hoy venimos todos pronto. Te espera. No sé, pero algo le preocupa.

La becaria sintió un seco calambrazo recorrer su cuerpo.

—Vamos allá.

Mientras se incorporaba y decidía si llevar sus carpetas o no, al final optó por el cuaderno, su cabeza le ofrecía un rápido repaso de sus estudios sobre como averiguar

si alguien está mintiendo. Intentaría aplicarlos con su jefe pero si observaba que requería demasiada atención por su parte tendría que dejarlo.

Llamó con los nudillos y entró.

Si la redacción mantenía el aire viciado y espeso el despacho de Cortijo lo superaba con creces. La densa humareda la obligó a agitar la mano sin pensarlo. Comenzó a toser.

—Lo siento, yo... —balbuceó entre tos y tos.

De repente, Julia rodeó a su amiga y entró en el despacho.

—Como ha llegado usted antes no me ha dejado ventilar —se acercó hasta una de las ventanas y abrió de par en par—. Por la cantidad de humo que hay lleva ya unas horas trabajando ¿eh? A veces me pregunto, don Emilio, como es capaz de respirar en este ambiente. No puede haber ni una gota de oxígeno aquí —sin esperar respuesta añadió— ¿le preparó café? Ya veo que ha hecho usted...

—Sí, sí, por favor, más que café me ha salido agua sucia.

Julia cerró la puerta y guiñó un ojo a su desconcertada compañera que no sabía qué hacer, al menos había dejado de toser.

—Perdona, a veces ni yo mismo sé cómo puedo respirar. Mira, quería que vieras esto —dijo mientras giraba el monitor del ordenador. No había tiempo para andarse con rodeos. El puñal clavado en el pecho de Cerrato era perfectamente visible.

La periodista resistió la primera reacción que le pedía el cuerpo; llevarse las manos al rostro y gritar con todas sus fuerzas. En vez de eso, sostuvo el tipo de la manera más profesional que pudo y miró a su jefe.

—¿Otro correo del Asesino del Retiro?

—Sí, de esta mañana. Insiste en que no publique las fotografías hasta que él lo diga.

—¿Qué va a hacer?

Emilio se puso en pie, como si se encontrara en un aula de la universidad asistiendo a alguna de sus numerosas charlas, llevó las manos a la espalda y comenzó a caminar con pasos cortos, pero firmes, por el despacho. La mirada de la punta de sus zapatos a algún lugar lejano a través de las ventanas y de nuevo a la punta de los zapatos. Los punzantes nervios que le habían acompañado desde la mañana de ayer, que se vieron incrementados al descubrir que contaba con un nuevo correo del asesino, iban suavizándose. Su vena profesional tomaba el mando.

Eso parecía.

—Tenemos en nuestro poder dos fotografías de un asesinato aún reciente, de un caso abierto, cometido por un individuo que ha actuado demasiadas veces —se detuvo junto a la ventana y encendió un pitillo. Las primeras caladas las dio con la mirada perdida en dirección a la estación de Atocha—. ¿Qué pasará cuando la sociedad y los colegas de profesión se enteren de que no he publicado esta documentación?

—Siempre es fácil que juzguen a los demás cuando ellos no están siendo

amenazados, don Emilio.

—Es cierto, pero como periodistas no nos podemos dejar extorsionar ¿no te parece?

—¿Quiere decir que ha decidido publicar las dos fotografías?

—Sí, pero necesito contenido, avances en la investigación ¿has conseguido averiguar algo más?

Patricia forzó una sonrisa. Había observado que el director al recordar las fotografías desplazó la vista hacia arriba y a su derecha, como si estuviera viendo las fotos ya publicadas. Sí, tenía intención de hacerlo.

—Verá, puedo enlazar toda la información que tenemos y desarrollar la idea de que el Asesino del Retiro es el autor de más crímenes. Incluso podríamos plantear la posibilidad de que no se trate de uno si no de dos asesinos.

Cortijo cerca estuvo de atragantarse con la última calada.

—¿Dos? —de un par de largas zancadas tomó asiento—. Cuéntame esa posibilidad que apuntas.

—Deme un segundo —pidió mientras se incorporaba camino de su puesto de trabajo, se hizo con sus carpetas y, escoltada por la escrutadora mirada de Julia, regresó confiada en que su momento había llegado. No podía negar que ese momento llegaba bastante antes de lo que hubiera sospechado, incluso deseado, pero no iba a echarse atrás.

Emilio la observaba a través del cristal mientras trasteaba en su mesa recogiendo la documentación. En su cabeza se formaba el rostro de Gus sorprendido por la arriesgada propuesta de una becaria. Propuesta que él jamás llegó siquiera a plantearse.

«Seguro que hacen un fantástico equipo».

Cuando Patricia consideró que tenía todo organizado comenzó a hablar. Como en el día de ayer, la conversación fue una copia de la mantenida con su madre, obviando aquellos puntos de índole policial que había prometido no compartir.

Emilio escuchaba boquiabierto. Sí, tenía todo el sentido lo que la chica apuntaba, había conseguido enlazar varios de los asesinatos. Cierto, que no todos respondían al mismo *modus operandi*, pero se podría interpretar que la mano ejecutora era la misma. El único pero es que no había indicio alguno que apuntara en dirección a la identidad del psicópata.

—Parece que se está esforzando en que lo cojan, sino ¿por qué le envía esos dos correos? —señaló el ordenador. Le había faltado añadir que la policía había recibido los mismos. No estaba autorizada a ello.

—¿Tu madre te ha dicho si...?

Patricia apretó los labios. La media pregunta de su jefe le había recordado una de las situaciones que confiaba no tener que experimentar en la GaZeta, que la utilizaran para obtener información de la policía.

—Don Emilio, si permitirme que trabaje aquí es por ser hija de...

Cortijo levantó la mano con energía.

—No, disculpa, no es mi intención que lo tomes por ese lado —mintió, lo era. Sospechaba cuál podía ser la reacción de su joven empleada pero no podía dejar de intentarlo—. Me pregunto si la policía estará al tanto de nuestra información.

Patricia hubiese preferido no verlo pero no pudo evitarlo. En cuanto su jefe pidió disculpas su mirada fue a su izquierda y arriba. La mirada y su respuesta no coincidían. ¿Miente? Sus escasos conocimientos sobre el tema la empujaban a considerar que sí, que mentía.

«Mierda. ¿Ahora, qué?».

Rogaba para que no le preguntara si había compartido su investigación con su madre. No pensaba hablar de ello, y si eso le valía el despido mejor así. Tenía fácil salida, como trabajo de fin de carrera claro que había hablado con ella acerca de la mejor forma de realizarlo y...

«No, no es asunto suyo».

—¿Por qué no se lo pregunta a ella directamente?

Cortijo permaneció unos instantes con la mirada fija en su empleada, su rostro comenzó a dibujar una media sonrisa.

Asintió.

—De acuerdo, será la mejor manera de afrontar esta situación —cogió el teléfono—. Julia, por favor, ponme con la comisario Rocío Prados.

La becaria aprovechó la ocasión para abandonar el despacho del director. Antes de volver a poner en práctica sus reducidos conocimientos sobre técnicas para averiguar si alguien miente decidió que debería estudiar más, hasta que fuese algo natural. Sentía que perdía concentración cuando se esforzaba en buscar indicios de una posible mentira a una pregunta suya.

No podía ser que todo se redujera a esa pregunta, un movimiento de los ojos de su interlocutor y una respuesta. Ciertamente esto podría ayudar en un momento puntual pero le quedaba mucho por aprender sobre todo en conversaciones, interrogatorios y entrevistas. Cuando alguien te está contando una historia, pretendiéndote embaucar con ella, saber si miente debe ir más allá de un hecho concreto. La propia conversación, la forma de expresarse, de contar las cosas. Recordó, una vez más, una frase que extrajo de sus estudios y que bien podría servirle de ahora en adelante; hay métodos que no funcionan ni con sicópatas ni con timadores.

Sin saber por qué sintió un ligero cosquilleo escalando por su cuerpo.

Rocío se incorporó en la silla.

—¿Don Emilio?

—Sí, comisario. Me preguntaba si disponía de unos minutos para comentarle un asunto de vital importancia.

—¿De qué se trata?

Por la cabeza del director de la GaZeta desfilaban todas las dudas que le habían

estado atenazando durante las últimas horas. No había marcha atrás, en los próximos días vería si las amenazas del psicópata eran tales o no.

En esos momentos no lo sabía pero no iba a tardar en averiguarlo.

—Cuento con información sobre el Asesino del Retiro, concretamente sobre el crimen de Zoilo Cerrato —calló unos segundos que dedicó a encender un pitillo y dar tiempo a la comisario para que dijera algo, al menos para que mostrara interés.

Rocío permanecía a la escucha.

—Como le decía, esa información vincula los asesinatos de las dos jóvenes del Retiro con el cometido en Málaga. He recibido dos correos electrónicos que así lo confirman.

Prados le dejaba hablar con el objeto de averiguar hasta qué punto pensaba compartir con ella la información que disponía.

—Hay algo más que le preocupa ¿me equivoco?

«¿Soy más previsible de lo que creo?».

Cortijo cruzó las piernas, apuró una calada intensa y apagó el pitillo. No esperaba una salida como esa. Más que la salida le sorprendió la certeza con la que se había expresado.

—¿Por qué lo dice?

—Porque llevamos con este caso varios años, como bien sabe. La GaZeta ha publicado varios artículos en los que demostraba contar con información relevante y no se ha puesto en contacto con nosotros.

Julia entraba con el café en el despacho. A una seña de su jefe dejó la taza sobre la mesa y salió rauda.

—De acuerdo —con gesto mecánico aflojó el nudo de la corbata— he recibido amenazas en el caso de hacer públicas las dos fotografías que me ha enviado.

—¿Quién?

—El Asesino del Retiro.

Prados sonrió al comprobar que el periodista había optado por sincerarse.

—¿Qué piensa hacer?

—Por eso le llamaba, comisario. He decidido seguir adelante y publicarlas en el siguiente número que saldrá pasado mañana. Me gustaría hacérselas llegar.

—No será necesario.

Emilio apretó los labios y se acomodó en la butaca. No sabía si la respuesta de su interlocutor era falta de interés o...

—También he recibido dos correos, uno de ellos esta misma mañana. Doy por hecho que se trata de las mismas fotografías.

Cortijo enfocó su mirada en el cristal que le separaba de la sala de redacción. Frente a él la espalda de la hija de Rocío Prados. Sonrió. De alguna manera su empleada había intentado ser fiel tanto a la GaZeta como a la policía. No debía ser nada fácil encontrarse en su posición, menos para una chica tan joven.

—Eso sí que no me lo esperaba, comisario. ¿Puedo preguntar si incluyen

amenazas?

—Sí, no se me permite compartirlos con la prensa. Le agradezco su llamada, don Emilio y le ofrezco todo nuestro apoyo —dio un sorbo al café— como bien sabe nuestra situación es diferente.

—¿En qué sentido?

Algo le decía al director que lo que venía a continuación sería similar a un reproche, incidiendo en la diferencia entre la labor de un periodista y la de la policía, las particulares injerencias que se producían. Sintió como sus músculos se tensaban, aunque quizá fuera fruto del cansancio.

Quizá.

—Como sabe, las dos fotografías forman desde ahora parte de una investigación en curso, por lo que a la policía respecta nada aporta en su beneficio hacerlas públicas, nada ayuda a la familia de Cerrato, ni...

—Entiendo, una publicación como la mía cuenta con una vena popular más desarrollada, quiero decir que el interés de la gente es nuestro interés.

—A eso me refería.

—Entonces, no queda otra que cada cual haga honor a su profesión. Tan cercanas en ocasiones. Sí, lo sé, antes de que se me adelante convengo que tan alejadas en otras.

—Como usted dice tan cercanas en ocasiones, son estos momentos los que tenemos que hacer que sean mayoría ¿no le parece? Por el bien de la sociedad.

—La entiendo perfectamente, pero como sabe, me debo al interés de mis lectores, si no les facilito la información que desean, no me compran, y si no lo hacen nos vamos todos al paro.

—No olvidemos que entre los extremos hay posiciones perfectamente compatibles.

Cortijo asintió para sí, con otro pitillo entre los dedos y feliz con la decisión de publicar las fotografías, se relajó.

«Las fotografías y algo más...».

—Por cierto, comisario, como usted sabe, su hija trabaja con nosotros este verano como becaria.

—Sí, lo sé.

—Sin pretender que se mal interpreten mis palabras le diré que tiene una madera especial para la profesión. En el próximo número revelaremos parte de la investigación que está llevando a cabo. Es una joven extraordinaria.

—Lo sé, don Emilio, aquí no me deja otra que añadir eso de la conozco como si la hubiera parido —Rocío recordó la manida frase de Berta.

—Tiene a quien parecerse. Estamos en contacto comisario.

Sin prisas

Mientras se preparaba para regresar a la GaZeta, un cóctel de emociones competía por tomar el mando de sus sentimientos desde que abrió los ojos esa misma mañana. Intensas ganas de salir de caza, pero no a por una pieza cualquiera, ni a por ninguna que tuviera relación con su padre, aunque había puesto fin a continuar con su legado, disponía de varias opciones si en algún momento le diera por volver. Sí, disponía de ellas pero el trabajo en equipo había concluido. El objetivo de esta caza tenía rostro y nombre. No necesitaba informarse sobre ella ni investigarla, ni siquiera acercarse a su zona.

Sonrió a sus pensamientos.

Pugnando con el deseo de cazar, experimentaba emociones placenteras como las vividas la noche anterior con Cela. Su entrega nada más llegar a su casa, su sentido del humor, su forma de satisfacerle cuando se lo exigía o simplemente lo demandaba, como cuando regresaron a la habitación por tercera vez esa noche. No fue fácil contenerse. Algo tenía esa chica que cuando la penetraba, el cuerpo le pedía compartir su orgasmo con el último hálito de vida de su compañera de *Peludos*.

No había prisa.

Quizá algún día le llegara su turno.

Esa misma mañana la comisario y el director habrían leído su segundo correo. Disfrutaba visualizando a uno y a otro ante las fotografías de Cerrato. Rocío Prados agradecería en silencio la información recibida, no le cabía la menor duda, cualquier cosa que le ayudase a avanzar en su investigación sería bienvenida. Emilio Cortijo no sería capaz de pegar ojo, no por la crudeza de las imágenes que apenas le iban a impactar, sino por la amenaza si las publicaba.

De nuevo volvió a sonreír.

La imagen angustiada del director, con las ojeras más marcadas de lo habitual y su constante nerviosismo le animaban el día, hasta que el recuerdo de Patricia ocupaba sus cavilaciones. En estos momentos una incontrolable rabia se apoderaba de él.

—¿Quieres jugar, eh?

Se había informado más sobre ella, no solo su madre era comisario sino también su padrastro, lejos de acobardarle significaba un estímulo para continuar adelante. Con el paso de los días se convencía más, si esto fuera posible, que la llegada a la GaZeta de su nueva compañera no había sido fruto del azar, como tampoco su supuesto trabajo de fin de carrera.

Había algo más.

Ese algo le borraba cualquier duda que aún pudiera albergar al respecto. No había vuelto a recibir la maldita llamada, ni al móvil, ni al fijo, desde que comenzó sus vacaciones. Lo achacaba a que Patricia había aprovechado este tiempo para actuar a sus espaldas, seguro que con ayuda de los puñeteros comisarios y toda la puta policía.

«Tranquilo».

—¿Qué me tranquilice?!

«Sí, quieren ponerte nervioso, que cometas algún error. Vamos a disfrutar de la caza. ¿Te parece? Sin prisas».

—Sin prisas... —murmuró.

Tenía otro teléfono de prepago que solo utilizaba cuando asumía el rol de cazador. Nadie conocía ese número. Sin saber por qué lo sacó del cajón y se lo guardó en el bolsillo.

Había llegado el momento.

Tras despedirse de las tortugas y contestar a la última de las tres llamadas recibidas de Cela, bajó al garaje. Lo siguiente pasaba por embutirse en el papel del Gus periodista de éxito al que su jefe reclama a su lado por una emergencia. Sin obviar al Gus cazador que iba a encontrarse con una situación totalmente novedosa. Situación que le excitaba y animaba a partes iguales. En cuanto pusiera un pie en la GaZeta, Emilio le pondría al día de toda la información que tuviera respecto al Asesino del Retiro.

«Respecto a mí».

Seguro que pondría a la becaria a trabajar con él.

«Si eres tú la que me está tocando los cojones, que lo eres, te descubrirás antes o después».

Dejó su maletín en el asiento del copiloto. De la guantera se hizo con las gafas de sol de su colega de Málaga, Ramón Cespeda. Tras limpiarlas con el niqui las observó de un lado y de otro. En su rostro una mueca boba.

—Lo dicho, no te pegaban nada estas gafas, demasiado bonitas para ti, *colega* —susurró mientras observaba su reflejo en el retrovisor.

Soltó unas breves y secas carcajadas mientras arrancaba el coche.

Podría ser muy divertido compartir unos días, las últimas horas de vida de su siguiente víctima, codo con codo, sabiendo cómo está la investigación que persigue su captura. No descartaba que algún día la policía diera con él, formaba parte del juego y contaba con ello, pero ese día no podía haber llegado, aún le quedaban muchos años de caza por delante.

Veinte minutos más tarde aparcaba en su plaza en el edificio de la GaZeta.

—Me voy a divertir como nunca, seguro —susurró mientras empujaba la puerta de la redacción.

Cruzó su mirada con Venancio, que al verle abrió los ojos desmesuradamente.

—Buenas tardes, compañero. Sí, no me mires así, también me sorprende y me jode que me hayan hecho regresar de Gijón, espero que solo sea por unas horas —

dijo al pasar a su lado.

Cruzó junto a los dos becarios a los que dedicó una sonrisa.

—¿Os tratan bien?

La mesa de Rosa estaba vacía.

Disimuladamente, en cuanto puso un pie en la sala su vista fue en busca del lugar habitual de Patricia. Conforme caminaba entre las dos filas de mesas no perdía detalle de los movimientos, al final de la estancia, de las propietarias de los últimos puestos. Más que ver intuyó a una de ellas ponerse en pie, Julia avanzaba en su dirección.

—¡Qué faena, Gus! ¿Eh? —dijo la secretaria que sacaba media cabeza a su amigo — eso te pasa por hacer bien las cosas.

—¿Tú crees que es por eso? —preguntó sin esperar respuesta mientras volvía el rostro hacia la hija de Rocío.

El papel del Gus periodista tomó el mando.

—¿Qué tal estás? Ya me han dicho que trabajas mucho —señaló mientras dejaba una carpeta sobre su mesa, que apenas le dio tiempo a soltar.

La puerta del director se abrió de improviso.

—Gus, por favor...

—Voy, Emilio.

Patricia no supo qué responder, si es que se esperaba que dijera algo. No sabía si por el tono, o la mirada o ambas cosas a la vez, o quizá fueran imaginaciones suyas, la cuestión era que la inocente pregunta a modo de saludo no le pareció tal.

—Lo que yo te decía, no le ha hecho ninguna gracia que me cuele en su investigación —soltó a la secretaria cuando Gus accedió al despacho.

—No te lo tomes así, solo ha dicho lo que seguramente don Emilio le ha comentado cuando le llamó para que cortara sus vacaciones.

La conversación que Cortijo mantuvo con Rocío Prados esa misma mañana había resultado ser como el mejor de los estimulantes. Contaba con el apoyo de la policía, siendo esto importante, el hecho de que la comisario le dijera que sabía que su hija trabajaba para él le hizo hincharse como un palomo en celo. Si su querida GaZeta gozara de mala prensa en el ambiente policial hubiese puesto el grito en el cielo, seguro, o al menos, manifestado su descontento con la decisión de Patricia de trabajar en un sitio así.

Acababa de regresar de comer cuando escuchó ligeros murmullos en la redacción. Encendió un pitillo y se puso en pie. Al otro lado se distinguía a la perfección la figura de su periodista estrella.

Había llegado el momento.

Abrió la puerta.

—Gus, por favor...

—Voy, Emilio.

Cuando su empleado cruzó el umbral, cerró la puerta y elevó las palmas de las

manos.

—Lamento hacerte esto, pero en cuanto te cuente los motivos estoy seguro que lo comprenderás.

—¿Los? ¿Son varios?

—Sí, podría entenderse así —convino mientras rodeaba su mesa y tomaba asiento en su confortable butaca— ¿un pitillo?

—Gracias.

Cortijo extrajo de una carpeta las copias que había hecho de las fotografías de Cerrato y se las entregó sin comentar nada, quería ver su reacción. Gus las colocó sobre la mesa.

«Buenas fotos, sí señor».

—Son muy parecidas a las que nos entregó el fotógrafo de la policía ¿no? Es Zoilo Cerrato en Málaga... —no sin esfuerzo logró dedicar un gesto de asombro al director, cerca estuvo de llevar la mano a la boca pero hubiera resultado un tanto exagerado.

«¿O no?».

—¿No te llama nada la atención?

Gus dedicó unos segundos a analizar las imágenes mientras fumaba aparentemente afectado. Lentamente comenzó a asentir. Estaba disfrutando como nunca con su papel, investigar sus propios asesinatos no tenía precio como tampoco lo tenía la impagable sensación de control que ejercía sobre su jefe, le hacía sentirse con un poder indescriptible, casi como el que le invadió en el momento que reflejaban las fotos que tenía entre manos.

—No las ha podido hacer la policía, si no el asesino o alguien que estuvo en la habitación.

—Eso es. Mira —Cortijo giró el monitor de su ordenador— las fotografías que acabas de ver venían con estos correos.

El director abrió el primero. El empleado leyó.

«Me gusta».

Situarse en el lugar de su jefe, leer el correo que él mismo había escrito y sentir que su amenaza parecía real le persuadía del dominio que desplegaba en esa reunión. Que solo él lo supiera no le restaba un ápice de satisfacción.

Miró a Cortijo sin añadir nada, apenas una mueca ladeada.

—Este es el segundo.

Gus, leyó.

Sí, sin duda había hecho un buen trabajo. La actitud de su jefe, su rostro, pedirle que regresara de sus vacaciones, reflejaba el miedo que debía sentir. Sin embargo, había un brillo en sus ojos que lo tenía desconcertado.

—¿Asusta un poco, no? Una amenaza de este tío no es como para tomársela a broma ¿no te parece? —sacó un pitillo de su arrugado paquete y le ofreció al director.

—Sí, eso, pensé —dijo mientras encendía el mechero y acercaba la llama al

cigarro de su empleado—. Imagina que por algún motivo llega a la prensa que tenemos estas fotografías y no las hemos publicado por miedo. ¿Qué crees que sucedería? ¿Qué pensarían nuestros lectores?

Gus bajó la vista a las imágenes, simulando que las volvía a revisar. Las miraba sin ver, su mente se negaba a aceptar las palabras que sospechaba iban a partir de la boca de Cortijo.

—No son ellos los amenazados —señaló apretando los dientes.

—Eso dijo Patricia.

Sintió un inesperado calambrazo.

—¿Qué tiene que ver ella con esto? —su intención era que no fuese más que un pensamiento, pero la rabia le empujó a vocalizar en voz alta, demasiado alta.

«Calma, lo estás haciendo muy bien».

—Es compañera tuya y ya te comenté que cuenta con una teoría extraordinaria.

«Tranquilo y escucha, sigue haciendo tu papel, no la jodas ahora».

Trago saliva.

—Sí, eso dijiste.

—La cuestión es que... ¡Somos periodistas, Gus! —Cortijo se incorporó como si de repente le quemara el asiento—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo vamos a guardar esta información en el cajón y no compartirla con nuestros lectores?

—¿Y las amenazas? —llevó la vista a las fotografías mientras sentía como comenzaba a hervirle la sangre— este tío es capaz de cualquier cosa, además. ¿Estás seguro que esas amenazas van dirigidas solo a ti y no a todos los que trabajamos en la GaZeta o a tu familia?

El aludido se tomó uno segundos antes de responder que aprovechó para dar rienda suelta a su ritual de caminar con pasos cortos y firmes de un lado a otro del despacho.

De pronto se detuvo y se volvió.

—Es un maldito psicópata. Con esta gentuza no se puede prever nada ¿se te ocurre por qué envía las mismas fotos a la policía?

Gus arrugó el entrecejo.

—Sí, esta mañana he hablado con la comisario Prados, me ha dicho que...

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver ella con nosotros? —cruzó las piernas. Bajó la cabeza.

«Ahora no».

—La cuestión es que ellos también han recibido amenazas ¿este descerebrado va a matar a todo el mundo? —Emilio volvió a tomar asiento.

—No me preocupa todo el mundo, sino nosotros. No creo que se ponga a matar policías, pero... ¿periodistas?

—¿Entonces, qué propones?

Gus se agarró lo más disimuladamente que pudo a los brazos de la silla. En su cabeza tenía lugar una feroz lucha entre el cazador y su voz interior. Entre el asesino

y el moderador. Una cuestión sí tenía clara, si el director daba el visto bueno a la publicación debería actuar. El Asesino del Retiro no podía permitir que su palabra quedara en nada.

«Bien pensado podría ser una magnífica idea».

Sintió como los dedos sobre los reposabrazos se relajaban, con ellos la tensión que cubría su rostro.

—Estoy de acuerdo contigo, somos periodistas —llevó la vista al techo y después a los ojos de su jefe.

—Pero...

—Pero me preocupa su reacción, no te lo voy a negar.

—Y a mí, pero no nos podemos dejar amedrantar. No es bueno para el negocio.

Por la cabeza del psicópata comenzaban a desfilar ideas destinadas a consumir su amenaza. Contaba con al menos un par de días, hasta la salida a los kioscos del siguiente número de la GaZeta con las fotografías, el próximo jueves. Sonrió ante la perspectiva del fin de semana que se le avecinaba. Algún becario, Fernando el novio de Patricia, o ella misma. No, mejor dejarla para más adelante. Quizá Julia, o la mujer de Cortijo o...

Asintió al dar con la víctima propiciatoria.

La voz del director al coger el teléfono le despertó de sus cavilaciones.

—Julia, por favor, dile a Patricia que pase.

—Sí, don Emilio.

La secretaria miró a su compañera que le daba la espalda enfrascada en sus carpetas. Sentía algo de lástima por el agobio en el que se había convertido su vida, jamás había visto a una becaria con tanta responsabilidad en tan poco tiempo. Incluso sus compañeros, recién llegados como ella, le ofrecían palabras de aliento agradeciendo no tener que estar en su lugar.

—Patricia —dijo al fin— el jefe dice que pases.

La hija de Rocío permanecía con la cabeza sobre sus papeles.

—Patricia...

—¿Sí? —respondió sin mover un músculo.

—Don Emilio te llama.

—Voy —levantó la cabeza de las carpetas, miró a Julia y tomó aire— ya habrán hablado de todo, veremos cómo se lo ha tomado Gus —soltó mientras recorría los escasos metros que le separaban del despacho.

—Verás como todo va bien.

Llamó con los nudillos, al escuchar la voz de Cortijo, entró.

—Siéntate, por favor.

Patricia miró a compañero, a quién dedicó un leve y avergonzado movimiento de cabeza.

—Ya estamos todos. Confío que solo sean unos días, Gus y puedas regresar a tus

vacaciones —dijo sin levantar la vista de los papeles sobre la mesa de su escritorio. No se atrevió a mirarle mientras le ofrecía unas palabras que a él mismo le sonaban huecas.

Pausa para encender otro pitillo.

—Lo primero, Patricia, dejar claro que él también conoce la identidad de tu madre. Yo no se lo he dicho. Como te comenté, es fácil que con el tiempo todos se lo planteen por vuestro parecido.

La hija de Rocío optó por cambiar de tema.

—¿Se van a publicar las fotos? —su voz envuelta entre nervios partió de su boca a trompicones. Se aclaró la garganta.

—Sí, de eso estábamos hablando. No sé si es lo mejor pero sí lo que un periódico del prestigio de la GaZeta debe hacer —miró a su empleado— quiero que escribas un pequeño artículo en relación a las fotografías pero dejaremos para el siguiente número, que seguramente será un especial, una actualización de la investigación del Asesino del Retiro y cuál es nuestro punto de vista, y ojalá contemos con alguna noticia más de interés para nuestros lectores.

«Te garantizo que la tendrás».

Patricia asintió sin atreverse a mirar a su compañero.

—Por eso le he pedido que venga, Gus. Quiero que os reunáis y le echéis un buen vistazo a su trabajo, aunque ella no me lo ha dicho entiendo que la policía no debe llevar una línea de investigación muy diferente.

Gus cogió las gafas que llevaba colgadas del cuello de su niqui y comenzó a hacerlas girar sobre una de las patillas.

—De acuerdo, pero primero me pongo con el artículo.

—Perfecto —Cortijo se puso en pie—. Por cierto, ni una sola palabra de las amenazas a nadie, ni siquiera a vuestros compañeros, no quiero que ellos y menos sus familias entren en pánico —de nuevo volvió el rostro a su reportero estrella— tampoco quiero que te refieras a ellas en el artículo.

—Entendido —dijo nada convencido.

Gus y Patricia se levantaron.

—¿Creéis que el asesino hará algo? ¿Es un farol o se atreverá a...? —preguntó la becaria.

Los dos hombres cruzaron sus miradas. Uno la bajó antes, el otro permaneció con ella fija mientras apretaba la mandíbula y giraba las gafas en el aire. Patricia no perdía detalle del perfil de su compañero.

—No te sabría decir. Es imposible saber con exactitud cómo funciona una mente enferma y menos aún la de un individuo que mata por el placer de matar, al que no le mueven ni motivos económicos, ni sexuales. Un auténtico hijo de puta.

«¡Gus! ¡Gus! Tranquilo».

—Sí, un *hijouta*, Emilio —convino entre dientes mientras llevaba la vista a una de las patillas de las gafas— precisamente por eso mismo hay que andarse con

cuidado.

Patricia no añadió nada, las palabras de su director dejaban abierta la posibilidad de que el asesino actuara desde el momento de la publicación del siguiente número. Sintió un ligero escalofrío por el cuerpo mientras seguía la mirada de su compañero, fija en la patilla, pensando que iba a añadir algo más.

«¿GUC?».

Le habían gustado las gafas en cuanto le vio jugar con ellas, no acertaba a comprender lo que significaban esas tres letras sobre la varilla.

«¿GUCCI?».

Sí, podría ser, seguro que se le habrían caído y perdido las letras que faltaban, tenían toda la pinta de ser de esa marca. Patillas de pasta y redondeadas. Levantó la vista y vio que Gus la observaba.

—Cuando quieras que te cuente lo que es la base de mi trabajo de fin de carrera, dímelo. Se trata solo de una idea, nada que ver con tus artículos.

—Por supuesto, quizá mañana o pasado —dijo volviéndose hacia la puerta— antes tengo que entregar el texto para el próximo número.

—Sí, claro, cuando digas.

Patricia le iba a ofrecer su ayuda, quizá necesitara alguna información que ella pudiera tener, pero su mirada no le otorgó ninguna confianza. Saltaba a la vista que no le había hecho ninguna gracia que don Emilio les pusiera juntos a trabajar, no le culpaba, había llevado la investigación desde el comienzo y encontrarse con que una becaria contaba con una idea le resultaría casi como un insulto a su inteligencia.

«Seguro que piensa que la influencia de mi madre tiene algo que ver».

De nuevo en la sala, Gus se dirigió en silencio a su mesa y Patricia tomó asiento en la suya ante la escrutadora mirada de Julia que solicitaba información sobre lo que habían hablado.

No, a Gus no le afectaba trabajar con la becaria, solo serían unas horas o unos días, no, lo que le estaba hirviendo la sangre tenía mucho que ver con las últimas palabras del director.

«¡Me está insultado el soplapollas este!».

Se levantó de la silla con la mayor tranquilidad que pudo mostrar y abandonó la redacción. Necesitaba salir de allí y tomar el aire por muy sofocante que fuera.

El aire y un helado.

En cuanto puso un pie en la calle comenzó a inspirar con intensidad y a expirar lentamente. Inspirar con fuerza y expirar muy despacio. Una y otra vez. A la cuenta de diez todo se veía de forma diferente. Era la única manera de esquivar la llegada de otro ataque. Bajo ningún concepto podía permitir que le sucediera en público, antes de eso la solución elegida era huir y esconderse en su coche, si no le daba tiempo a llegar a su casa.

Entró en la heladería. El frescor del ambiente era reconfortante. Miró a un lado y

a otro. A su derecha una mesa libre rodeada de otras vacías, el lugar perfecto para pasar los siguientes minutos. Pidió su helado favorito y tomó asiento junto a la ventana. Sí, se sentía más tranquilo, obligándose a respirar con calma, pero su mente tenía otros planes. Iba a otra velocidad.

Con su Solero de Frigo ya por la mitad, sentía que su lado cazador competía por ganar la partida, estaba dolido, pero lo peor no era eso, sino la falta de reconocimiento que Emilio mostraba a un individuo como él que lleva años burlando a la policía. No iba a permitir que un mierda como su jefe le faltara al respeto.

—¿Qué coño sabrás tú lo que me motiva? —murmuró mientras disfrutaba del sabor a mango—. Cinco años trabajando con quién dices que es un psicópata y no te has dado ni cuenta. Menudo periodista de mierda estás hecho. Ya verás cuando te enteres de quién soy, te aseguro que un día, no sé cuando, lo sabrás.

Dos bocados más tarde se levantaba de la silla dispuesto a repetir. Pocos helados le refrescaban tanto y disfrutaba con su sabor como el Solero de mango. Mientras aguardaba a que la chica devolviera el cambio a la señora que le precedía, se esforzaba por aparentar calma. En su interior la lucha continuaba. Su cabeza no dejaba de encontrar argumentos contra Cortijo. Era él, Gus, nadie más, ni el director, ni Rosa, ni Venancio, ni nadie de las sucursales, el que había levantado la puñetera GaZeta. Sí, él, con sus impagables artículos con informaciones que siempre iban un paso por delante de la policía.

«O dos...».

—Gracias —dijo a la empleada mientras le entregaba los dos euros del helado y regresaba a la mesa.

Estaba decidido, las palabras del director no iban a quedar sin respuesta. Aguardaría a que estuviera publicado el siguiente número y pondría en marcha el plan que se iba desarrollando en su cabeza. El mismo que intuía antes de la reciente reunión en la redacción pero que dudaba si llevarlo a cabo.

Ya no. Sin dudas.

Lo siguiente, a partir de ese mismo momento, era cambiar su nada inteligente actitud con la puñetera becaria. Necesitaba tenerla de su lado, que cogiera confianza y compartiera todo lo que supiera con él.

«Y lo de su madre...».

Si conseguía enrollarse con ella todo resultaría mucho más fácil. Sintió como se excitaba solo con vislumbrar la posibilidad de que ocupara el lugar de Cela. La intensa erección le obligó a retrasar el instante de dar por terminada su estancia en la heladería.

«Piensa con la cabeza, Gus».

Sonrió abiertamente a su voz interior. La desgraciada siempre llevaba razón, no se lo podía negar. A pesar de su deseo, posiblemente no fuese buena idea mantener ningún tipo de relación con ella, al menos no de forma oficial.

—Pero un buen polvo, no hace mal a nadie.

«Gus, con la cabeza».

—Vale, vale —musitó mientras se ponía de nuevo en pie y se encaminaba hacia la redacción.

Al salir al exterior y comprobar que el helado amenazaba con derretirse antes de cruzar la calle le restregó dos profundos lametones con sus respectivos bocados y arrojó el palo de madera en el interior de una papelera junto al portal de la GaZeta Negra.

«Espectacular».

Aún se relamía cuando empujaba la puerta de la redacción.

«Me parezco a Mona cuando le daba de comer».

Por unos segundos le pareció sentir que echaba de menos a la enorme gata de su tía. Llevaba bastante tiempo sin verla y no pensaba que esto fuera a cambiar. Ir a casa de Veva y estar rodeado de fotos de su madre, de su padre y de su hermana resultaba una tortura que no estaba dispuesto a repetir.

«Sara...».

Sí, a veces se sorprendía recordando a su hermana, su sonrisa y...

Y poco más, nada sentía al recordar el momento en que la despeñó, no le había dejado otra, se estaba volviendo molesta y complicada de llevar. Sin embargo, no le costaba reconocer que en su interior permanecían recuerdos envueltos en brumas, no muchos, es cierto, que le empujaban a una cierta añoranza.

Se encaminó directamente a la mesa de Patricia. Cogió una silla y tomó asiento frente a su sorprendida compañera.

—Quería decirte que no es nada agradable que te llamen cuando estás disfrutando en buena compañía de unos blancos y de unos boquerones en Gijón y te digan que regreses cuando apenas hace un par de días que acabas de llegar.

Patricia le observaba sin saber qué decir.

—No, no debe ser nada agradable.

—No, no lo es, te lo puedo asegurar —le ofreció una enorme sonrisa— pero no queda otra. Disculpa si no me he comportado ahí dentro como debería. No es culpa tuya —calló unos instantes, sus ojos fijos en los de su compañera— me encantará que trabajemos juntos.

—Y a mí, Gus, no quería que te molestaras por...

—¿Molestarme? —sus rostro formó una mueca de complicada interpretación— en absoluto, seguro que juntos le damos un vuelco a todo este embrollo.

«Mientes».

Patricia se sorprendió con su rápido análisis. En esos momentos no quería saber si mentía o no. Lo único que le importaba era que se disponía a trabajar con el periodista que había llevado la investigación del Asesino del Retiro, y que además este fuera el tema de su trabajo de fin de carrera, jamás pensó que llegaría el día en que le conociera y menos aún que compartieran horas de trabajo. Le daba igual que

mintiera, aunque hubiera preferido otra actitud.

—Si te parece, mientras redacto el artículo del siguiente número, tú repasas las publicaciones de la GaZeta sobre el caso del Retiro.

—Me parece muy bien —se los sabía casi de memoria.

—Pídele a Julia los números, nadie mejor que ella sabe cuáles son —ambos miraron a la secretaria que de vez en cuando levantaba la cabeza del ordenador intentando captar con escaso disimulo algo de lo que hablaban sus compañeros.

—¿Por qué me miráis? ¿Os falta algo? —indicó con gestos.

Patricia negó con la cabeza y se volvió hacia Gus.

—Compáralos con tu trabajo, a ver qué podemos ampliar —se puso en pie—. Ahora vengo.

Patricia y Julia, esta más fingidamente, siguieron con la mirada la atlética figura del periodista hasta su mesa. Le vieron abrir un cajón archivador y sacar una carpeta. Con ella en la mano, regresó a la mesa.

—Aquí tienes mis notas sobre la investigación, échalas un vistazo y mañana o pasado mañana, ya con el último número en los kioscos nos ponemos con ello.

«¿Un vistazo? Me lo voy a empapar todo».

—De acuerdo —dijo cogiendo la voluminosa carpeta— gracias, significa mucho para mí.

«Y para mí, no sabes cuánto».

A Gus no dejaba de sorprenderle con qué poco se ganaba a la gente. Qué sencillo era darles lo que querían oír, ver o compartir. Sencillo, siempre y cuando su parte coherente llevara la iniciativa. Era consciente que su versión de cazador hubiera esperado a Patricia en la calle, la hubiese subido al coche con cualquier excusa y disfrutado de ella antes de llevarla a hacer compañía a Lorena y Marisol.

—Gracias a ti por compartir tu trabajo.

Mientras Gus se iba, Julia se incorporó como un resorte y se acercó hasta su amiga.

—¿Ves por qué te dije que era un encanto? Es amoroso, lo que pasa es que suele generar envidias por lo bueno que es en su trabajo —disimuladamente desvió la mirada hacia los lugares vacíos de Rosa y Venancio.

—Me alegra que se lo haya tomado de esta manera, estaba convencida que no le había hecho ninguna gracia que don Emilio le dijera que trabajáramos juntos.

—No seas tonta, a los becarios anteriores les encantó trabajar con él, aprendieron mucho y lo pasaron fenomenal. No como con otros.

La puerta del despacho del director se abrió de improviso.

—Julia, bajo a la imprenta, si preguntan por mí diles que volveré en un par de horas.

—Sí, don Emilio.

Al pasar junto a Gus, Cortijo deja caer una mano en su hombro a la vez que se inclina y habla en tono quedo.

—Este fin de semana estarás de nuevo en Gijón con unos blancos y un par de tías en cada brazo.

Como respuesta, Gus le dedicó una sonrisa ladeada.

«Este fin de semana, no, tendré trabajo, gilipollas. Nada va a ser igual aquí a partir del lunes, ya lo verás».

—Bajo a reservar espacio para tu artículo, con portada incluida. ¿Qué te parece algo como... —situó las palmas de las manos juntas y hacia fuera, y las fue separando mientras proponía el titular—... cinco años después el criminal más buscado nos envía estas fotos?

—Bien, pero seguro que en vez de criminal prefiere su sobrenombre.

—¿Asesino el Retiro?

—Sí, ese.

Cortijo se ajustó el nudo de su arrugada corbata.

—¿A quién le importa lo que prefiera el capullo este? —dejó la pregunta en el aire mientras se alejaba sin aguardar respuesta.

«A mí, y a ti también debería importarte, gilipollas».

¿Amenazas?

«¿Qué amenazas?».

Emilio Cortijo estaba exultante. Su último número apenas llevaba unas horas en los kioscos y no paraba de recibir llamadas felicitándole por su trabajo. El artículo firmado por su habitual reportero, Hijos de Caín, estaba siendo todo un éxito entre colegas y lectores. Tan eufórico se encontraba que se había permitido hacer llegar dos números, recién salidos de máquinas, a la comisario Rocío Prados la noche anterior. La primera idea fue entregárselos a Patricia para que se los diera a su madre, pero optó por no abusar de su empleada.

A pesar de la oposición de Gus, Cortijo incluyó una fiel reproducción de los textos de ambos correos junto con las fotografías de Cerrato, excluyendo las amenazas si las publicaba. Se encontraban en la imprenta terminando los últimos ajustes del siguiente número de la GaZeta.

—Se puede enfadar aún más, Emilio. Son unos correos privados entre él y tú, si eliminas esa parte, el resto queda como si le faltara algo. Me da la impresión que se trata de un tipo al que no le gusta que le manipulen, se distingue cierta amargura y rencor que le lleva a justificar la muerte de Cerrato por putero, como la de sus padres.

—¿Y no es eso lo que es este psicópata, un tipo enfermo? ¡Qué le den a sus amenazas! ¿No crees? A ti y a mí nos va a venir con bravuconadas.

—Ya, creo que le subestimás.

—Reconozco que es un tipo inteligente, de eso no hay duda. Lo sabes bien tú que llevas varios años tras su pista, pero una cosa no quita la otra. Te digo algo más, si un individuo como este envía esas fotos a una publicación como la nuestra, lo que nos está pidiendo a gritos, amenazas aparte, es que las publiquemos. ¿No te parece?

Gus asintió levemente.

—Verás, puedo coincidir con lo que apuntas. Quiere que las publiquemos, de acuerdo. Lo único que dice es que de momento no lo hagamos y sinceramente, me preocupa.

—¿Adelante, don Emilio? —una voz se dejó a sus espaldas.

—Sí, a toda máquina, Rafa —dijo a su oficial. Se volvió hacia Gus— no te preocupes, verás cómo no pasa nada.

«Verás cómo sí, estúpido».

Patricia llevaba dos días trabajando con la carpeta repleta de notas que le entregó Gus, los números de la GaZeta dedicados al Asesino del Retiro y su propia investigación. Se sentía entusiasmada, con el paso de las horas buceando en cada

dato, estaba más y más convencida de que se hallaban ante dos asesinos. Sí, hubiera estudiado la posibilidad de que se tratara solo de uno y de mediana edad, pero contaba con el relato que Faustino Corrales le hizo del día en que le persiguieron por el Retiro cuando se disponía a abordar a su tercera víctima. Se trataba de un hombre joven.

«Son dos».

Había otro asunto que le animaba por encima de los demás. Gus no había relacionado en sus artículos publicados, ni en sus notas, los distintos asesinatos que ella vinculaba al mismo asesino. Había incluido en el informe que llevaba a cabo, recortes de periódicos locales de León, Villalba, Segovia y Alcalá de Henares de los últimos cinco años que contaban con un nexo en común, en todos se echaba en falta algún objeto en las víctimas. No se quedó ahí, siguió tirando del hilo para averiguar si algún familiar había fallecido en circunstancias similares.

No. De nuevo, todos con otro nexo en común.

Y no fue el único.

Todos los cuerpos fueron encontrados con un objeto que jamás les perteneció, como un collar, un anillo, un reloj o una pulsera. Una vez más coincidían en que ninguno de estos objetos llevaba grabado inicial ni texto alguno.

Patricia tardó varios días en convencerse de que este proceder, que en un principio pudiera alejar al Asesino del Retiro de la autoría de los crímenes, lo acercaba más. Desde la noche anterior una pared de su habitación estaba forrada de papeles y textos, flechas y colores.

Se encontraba de pie observando el mural cuando llamaron a la puerta.

Rocío Prados apareció bajo el umbral. Su asombrada mirada fue directamente al mosaico que ella conocía bien. En la comisaría contaban con uno similar.

—Pero...

—Perdona que lo haya puesto todo ahí, mamá, no tenía otro sitio.

La comisario avanzó un par de pasos con la boca a medio abrir, se detuvo frente al mural. Leyó:

—Jacinto Cortés, Villalba 2000, alumno de Ciencias de la Información, rama Publicidad y Relaciones Públicas, reloj. Carlota Sánchez, Alcalá de Henares 2000, alumna de Ciencias de la Información, rama Periodismo, pulsera.

Patricia se animó al ver que su madre no hacía comentario alguno sobre el uso que le había dado a la pared y en lugar de eso mostraba interés por su trabajo.

—Lorena Rodríguez también era alumna de la Facultad de Ciencias de la Información, mamá.

—Sí, lo recuerdo.

Patricia se animó. De una zancada se acercó junto a la pared.

—A Jacinto Cortes le encontraron con un reloj que no era suyo —dijo mientras situaba su mano sobre la fotografía— a Carlota con una pulsera, que tampoco era suya —señaló el rostro de una joven y sonriente morena.

Rocío no salía de su asombro.

Las palabras no partían de su boca. En su comisaría nadie había hecho mención a estas dos víctimas y ni a las dos que su hija iba a presentar a continuación.

—Remedios Luque, León 2002, cadena —señaló a una chica pecosa— y Natividad Serrano, Segovia, 2001, también un reloj. Antes de que me lo preguntes te diré que estas dos chicas no estudiaban en mi Facultad —Patricia punteó con el dedo las cuatro imágenes— todos ellos tenía una edad parecida cuando el Asesino del Retiro mató a Lorena y Marisol, entre diecinueve y veinte años.

La comisario escuchaba con atención.

—Mamá. ¿No te parece mucha coincidencia que Lorena, Jacinto y Carlota estudiaran en el mismo sitio y que ninguno de los tres cuente, gracias a Dios, con ningún muerto entre sus familiares? Asesinado, quiero decir.

—Sí, lo es, resulta significativo.

—Me atrevería a decir, que el asesino joven ha estudiado en mi Facultad o iba con regularidad por allí, y que debe tener una edad similar a la de estas víctimas... —calló un instante mientras su rostro reflejaba la sorpresa que le había producido darse cuenta de un detalle, quizá sin importancia pero no por ello menos impactante—... una edad como la mía.

—Unos años mayores, que tú, hija. No prestes atención a esas cosas que bastante tienes con tu trabajo ¿no crees? —Rocío llevó la vista de nuevo al mural— entonces, según lo que apuntas si Lorena contaba con diecinueve años en el 2000, cuando falleció, ahora tendría veinticuatro.

—Sí, casi como Marisol, unos meses menos.

—Como el que llamas asesino joven. Crees que se trata de un chico en torno a los veinticinco años que estudio en tu Facultad.

—Sí, eso es.

La comisario se puso de espaldas a la pared. En su mano llevaba uno de los dos ejemplares que Emilio le había hecho llegar esa misma noche.

—Me lo ha enviado Cortijo —dijo blandiendo la revista en el aire.

—Seguro que es el primero que imprimió, te tiene mucho respeto y admiración.

—Ya... —Rocío permaneció unos segundos como ausente, con la revista enrollada en una mano y la mirada en ningún lugar en concreto.

—Mamá... ¿Qué piensas?

Nada disfrutaba más Pati que esos momentos en compañía de su madre hablando de trabajo, sentir que la tomaba en serio a pesar de ser una recién licenciada y becaria. Sí, su jefe la admiraba pero nunca llegaría al nivel que lo hacía ella. Contar con la famosa comisario en su casa, que además fuera su madre y que encima considerase su trabajo era más de lo que podía pedir.

«Y Jesús...».

—Mamá, a ver. ¿Qué estas pensando?

La comisario pestañeó varias veces seguidas.

—Cuando fuimos al Parador de Gibralfaro —volvió a blandir en el aire la revista — Corrales decía que este individuo era un tipo diferente de asesino en serie. Que a veces mataba por aprender, y de paso nos dejaba pistas que no llevaban a ningún lado. Otras, seguía una especie de ritual influenciado por otros asesinatos.

—Todo queda en familia ¿no?

—Sí. Lo que quiero decir es que le da igual matar con o sin motivo, con o sin influencia. Es más, en algún momento comenzará a labrarse su propia carrera lejos del alcance del asesino mayor, si es que no la ha iniciado ya, y eso me preocupa.

Pati asintió.

—Como esto —abrió la GaZeta— no creo que le haga ninguna gracia la publicación de las fotos y menos aún de las cartas que las acompañaban. Cortijo ha eliminado las amenazas.

—¿Crees que las cumplirá?

—Si no lo hace ¿cómo quedará la próxima vez que contacte con nosotros o con la GaZeta? ¿Quién le va a creer? Si estamos ante el tipo de individuo que creo no se quedará de brazos cruzados.

De pronto, Patricia comenzó a entender el mundo en el que había decidido instalarse. No se trataba ya de una investigación para un trabajo escolar o de su carrera de periodismo en el que lo más grave que pudiera ocurrir no iba más allá de un suspenso. En la vida real, la misma investigación, el mismo trabajo, podía poner en peligro tu vida y la de los tuyos.

—¿Por qué te hiciste policía? ¿Cómo haces para llevar algo así todos los días, mamá?

Rocío llevó sus manos al rostro de su hija y la besó en la frente. En su semblante una sonrisa melancólica.

—En aquella época había muchos trabajos vetados para nosotras. Cuando vi el anuncio en el periódico pensé que era mi oportunidad y a por ella fui. Como tú con tu carrera, sin pensar más allá, si lo hubiera hecho quizá no me hubiese presentado a la pruebas —sin dejar de mirar a Patricia añadió—: ¿Sabes una cosa? No me arrepiento de nada. Esta profesión me ha dado muchos días maravillosos, sí, cierto que otros no tanto, pero el balance es más que satisfactorio.

Madre e hija se abrazaron.

—Para llevarlo cada día es necesario poner distancia entre los hechos y tú —murmuró a su oído— eso te lo dará la experiencia. Ahora a dormir, que es muy tarde.

—Vale y gracias por escucharme y tratarme como si hiciera las cosas bien.

—Solo lo hago por una razón.

—¿Sí? ¿Cuál? —Pati imaginaba que la respuesta sería del tipo porque soy tu madre o eres mi hija o...

—Porque haces las cosas bien, me lo pones muy fácil. Apaga la luz y a dormir.

—Qué sí, mamá.

Cuando su madre abandonó la habitación se hizo con el móvil. Durante los

últimos días apenas había hablado con su novio. Los nervios de su investigación, las fotografías de Cerrato, el regreso de Gus habían ocupado todo su tiempo. Se sentía culpable, pero lo que más sentía eran unas ganas enormes de abrazarle.

Envió un SMS.

«Sé que es tarde, si puedes hablar un rato te llamo».

No habían transcurrido ni quince segundos cuando su teléfono comenzó a sonar. Al ver el nombre de Fernando en la pantalla su rostro formó la más grande las sonrisas.

—Hola, cielo, te echaba de menos —dijo tumbada en la cama apagando la luz.

—No más que yo a ti.

Cuando Rocío entró en la comisaría a primera hora de la mañana aún le acompañaba el mismo regusto amargo que le invadió tras la conversación mantenida con su hija la noche anterior. Después de saludar a todos aquellos con los que se cruzaba asomó la cabeza en la pequeña estancia de la que partía un delicioso olor a café.

—Buenos días, María. Muy pronto llegas hoy.

La secretaria dejó la jarra de leche en el microondas y se acercó a su amiga.

—Ayer vi el número de la GaZeta, y bueno, me preocupa.

No hacía falta decir mucho más para que ambas supieran cuál era el motivo de esa preocupación. Si el Asesino del Retiro buscaba venganza, y sabía que la hija de la comisario trabajaba en la GaZeta, podría convertirse en un objetivo claro que le hiciera recuperar el control que la publicación de las dos fotografías le había arrebatado restando credibilidad a sus advertencias.

—Por eso he venido pronto, para hablar contigo, pensaba haberte llamado ayer noche pero supuse que estarías hablando con Patricia y Jesús.

Rocío esbozó una sonrisa.

—No te voy a negar que estoy inquieta, pero no puedo hacer nada. No le puedo poner protección porque sea mi hija, posiblemente de ser así, sus compañeros, el director y sobre todo el que firma como Hijos de Caín lo necesiten también.

María regresó al microondas, cogió la jarra y vertió un chorro en la taza de humeante café que aguantaba Rocío entre sus manos.

—Si Pati no estuviese involucrada —continuó la comisario— me atrevería a decir que ella no es el objetivo de este sujeto. Una cosa es amenazar al director de un periódico y otra muy distinta atentar contra la hija de un policía —dio un ligero sorbo al café— si damos por hecho que está al corriente de que trabaja en la GaZeta, también sabrá que solo está realizando unas prácticas de verano.

—Te entiendo, sería como agitar un avispero por querer ver que hay dentro. No me mires así, que sé lo que digo —apuntó sonriente.

—Pues algo así. Espero no equivocarme.

Pasos junto a la puerta.

Mendía y Corrales se asoman bajo el quicio.

—¿Y vosotros por qué habéis venido tan pronto? —quiso saber Rocío.

Como respuesta, el inspector jefe agitó en el aire el reciente número de la GaZeta y Faustino una carpeta.

—Ahora os llevó café a todos al despacho de la comisario —dijo María Esther mientras preparaba una bandeja.

—Gracias.

En cuanto los tres policías tomaron asiento en torno a la mesa de reuniones, el inspector Corrales, a una seña de Mendía tomó la palabra.

—Creo que tengo —miró al inspector jefe— mejor dicho, tenemos, la identidad de la persona que responde a la iniciales U. V. Q. grabadas en la pulsera que llevaba Lorena Rodríguez en el año 2000 cuando fue asesinada en el parque del...

—Corrales...

—Sí, sí, Mendía, era por situar a la comisario. Con tantos casos que pasan por este despacho cada día supuse que quizá no se acordara de...

—Al grano.

Faustino bajó la vista a las hojas. Se hizo con par de ellas sujetas por un clip y se las ofreció a Rocío Prados.

—Úrsula Ventura Quesada —dijo mientras se las entregaba— cuarenta y cuatro años cuando fue asesinada en 1995 en Oviedo. Su cuerpo fue encontrado en...

—¿Un hotel?

—No, en su casa, comisario. Podrá ver unas fotos que hemos conseguido, no se ve mucho pero algo sí que se intuye.

Rocío escudriñó las imágenes durante unos largos segundos sin decir nada.

—Murió estrangulada, según el forense no hay síntomas de violación pero la víctima tuvo sexo esa noche —cortó Corrales el silencio— era dueña de una agencia de viajes con sucursales por toda Europa.

Mendía cambió de postura mientras observaba un par de fotos de la pulsera que se encontró en el cuerpo de Lorena.

—Me pregunto quién pone unas iniciales en una pulsera. Nunca lo había visto.

—Las que llamaban tipo esclava solían llevar algo escrito, quizá la de esta chica fuese una forma de manifestar su propiedad.

—¡Pues se la quitaron de todas maneras! —intervino Corrales con su habitual incomprendido humor.

Ante la fija mirada de sus superiores optó por continuar.

—Úrsula Ventura no llevaba ningún objeto que no le perteneciera, no hubo intercambio trofeos.

—Igual que con Mel Cerrato y su mujer Claudia Dubois —susurró Rocío— es obra del asesino mayor. Solo el joven es el que deja un objeto y se lleva otro.

Faustino se aclaró la garganta.

—Hay algo más —sus ojos mostraban un brillo especial. Mendía y Rocío

cruzaron sus miradas. Algo importante iba a compartir, algo que ninguno de los dos sabía.

—La agencia de viajes contaba con varios socios. ¿Sabéis cómo se llamaba uno de ellos?

—Corrales...

—Sí, perdón. Cómo lo ibais a saber si no os lo he dicho —esbozó una mueca cercana a una sonrisa— ese socio al que me refiero es un viejo conocido del caso, no es otro que Mel Cerrato.

Mendía cerca estuvo de atragantarse con el café.

—Mirad... —les entregó una hoja a cada uno— eran varios accionistas. Sin embargo, la tal Úrsula no era socia de ninguna de las empresas de él, pero contaban con varios socios en común.

Rocío comenzó a leer en voz baja.

—Ángel Bravo Mira, Inocencia del Puerto González, Jacinto Hoz Lavaca, Prudencio Marcial Conde, Henrietta Clos Hausevich... —levantó la cabeza—. Son nombres conocidos en el mundillo empresarial.

—Así es —dijeron al unisonó.

—Comisario, los familiares de ambas víctimas coinciden en que esa noche quedaron a cenar con varios socios, por lo visto había una convención.

—¿En Oviedo y en París? —quiso saber Rocío.

—No, en Gijón y en París. Pero la mujer vivía en Oviedo.

Prados llevó un par de dedos tras la oreja y comenzó a jugar con su pelo sin levantar la mirada del listado de socios que Úrsula Ventura y Mel Cerrato tenían en común.

—Si damos por hecho que el asesino mayor es un hombre... —miró a Mendía y a Corrales.

—No es el tipo de violencia que se corresponda con una mujer.

—No, no lo es. En ese caso, solo nos quedan tres —bajó la mirada a las hojas—. Ángel Bravo Mira, Jacinto Hoz Lavaca y Prudencio Marcial Conde —ponte con ello, Faustino.

—Comisario, esta tarde me tomaba una semana de vacaciones y...

Rocío se puso en pie.

—Es verdad, perdona. ¿Por la mañana estarás aquí?

—Sí, claro, hasta esta tarde no...

—Vale, vale, no dudaba de ti, lo decía por saber si te da tiempo en las siguientes horas a redactar un informe, un resumen sobre los tres empresarios.

Corrales recogía sus papeles.

—Lo tendrá, se lo dejaré en su mesa antes de irme. ¿Cree que uno de ellos es el asesino mayor?

La comisario rodeó su mesa y tomó asiento en la butaca.

—Con sinceridad, no tengo ni idea, pero resulta sospechoso que dos personas que

comparten algunos socios hayan muerto en circunstancias similares durante una convención. Entérate de si asistieron y de su coartada.

—Me pongo con ello —dijo abandonando el despacho.

—¿Te pasa algo José Carlos?

—No, no es nada. O si lo es aún no sé con certeza de qué se trata, cuando lo sepa, si es importante, te lo comentaré.

Mendía regresó a su despacho, tenía una reunión con los inspectores a su cargo. Sí, algo le pasaba pero no sabía qué. Quizá algo relacionado con lo que Faustino acababa de exponer, es posible, pero no conseguía dar con ello. Cuando le sucedía, cuando su mente se empeñaba en buscar el motivo y no acertaba con ello, una vena sobre la sien derecha comenzaba a hincharse, presagio de un inminente dolor de cabeza.

De su visita a Blanca Morega habían pasado más de siete largos años. Su extraño testimonio cayó en el olvido con la muerte de su marido en accidente de tráfico aquel mismo día. De Prudencio Marcial se habló durante el resto de la semana pero pronto su figura se desvaneció, ya no era noticia, como tampoco lo fue Blanca unos días más allá de la elaboración del informe por parte de Mendía. Quizá lo que le desconcertaba al inspector jefe era el segundo apellido, Conde, que de nada le sonaba. No obstante, la vena insistía en hincharse.

—Mierda... —murmuró mientras tomaba una aspirina.

Faustino Corrales dejó a un lado todo lo relacionado con su actividad en la sección de informática y dedicó la mañana a cumplir con el encargo de la comisario. Con la ayuda de Google y de su propia base de datos dedicó todas las horas disponibles a elaborar el informe. Necesitaba esas vacaciones con su querida Sofía, iba siendo hora de ser padres, quizá en los días que se avecinaban sin el estrés del trabajo de los dos, podría ser que...

Negó con la cabeza mientras introducía el nombre de Ángel Bravo Mira en la base de datos de la policía. Mientras se mostraba la información en pantalla su mente le ofrecía un resumen del verdadero motivo por el que aún no habían tenido descendencia; su miedo atroz a no saber cómo ser un buen padre. La imagen de su hermano pequeño Tomás mientras lo raptaban en la playa se proyectaba en sus recuerdos como si acabara de pasar. Sí, era muy duro perder un hermano en esas circunstancias, pero perder un hijo...

«No, no podría».

La paciencia de su mujer, su experiencia como maestra con alumnos entre cuatro y siete años, unido a su forma de explicarse y sobre todo debido al inmenso amor que Tino la profesaba lograron disminuir su pánico a ser padre. No fue fácil, porque al principio de conocerla el propio Corrales desconocía los verdaderos motivos. Quizá esta semana de vacaciones...

—Al grano, Corrales... —murmuró para sí imitando a José Carlos Mendía.

En la pantalla del ordenador apareció la ficha del empresario Ángel Bravo Mira. Como casi todos ellos contaba con sus particulares disputas con Hacienda, pero nada encontró que le llevara a sospechar que pudiera tratarse del asesino mayor. Anotó el teléfono y llamó. Las iniciales reticencias de la secretaria se desvanecieron en cuanto le dijo que era policía y que investigaba un asesinato, al menos. Sí, se acordaba perfectamente de aquella convención en Gijón, porque un par de días después falleció su socia y amiga Úrsula Ventura, y desde entonces, por motivos profesionales solo había podido asistir a una más de agencias de viaje. Claro que se acordaba de París por el mismo motivo, su socio y amigo Mel Cerrato y su mujer aparecieron muertos en un hotel. Por supuesto que tenía coartada, había asistido con su esposa y cuando regresó a su hotel en ambas convenciones todos estaban vivos. No, no se le ocurre motivo alguno por el que pudieran haberles matado de esa manera.

—¿Se fueron todos? Quiero decir, si cuando se retiraron recuerda quién se quedó.

—Mi mujer y yo siempre somos los primeros en regresar al hotel, inspector. Tenemos suficiente con la propia convención y la cena. No somos de tomar copas. La mayoría iba con sus mujeres, y alguno ya sabe, con una amiga —dijo en tono confidencial.

—Quizá tenga que hablar con su esposa, don Ángel.

—¿Cree que es necesario evocar días tan tristes, inspector?

—¿Recuerda si sus socios Jacinto Hoz Lavaca y Prudencio Marcial Conde estuvieron presentes en ambas convenciones?

—No quiero parecerle esquivo, pero he asistido a un número tal de convenciones que ni yo mismo podría cuantificar, no puedo asegurar en cuáles he coincidido con ellos y en cuáles no. Lo lamento.

Cuando Tino colgó, permaneció unos instantes con la vista fija en el teléfono. Hubiese jurado que su interlocutor no le contaba toda la verdad, no obstante, no pensaba que tuviera nada que ver con los asesinatos, quizá lo que se callaba estuviera más relacionado con su mujer o con esa amiga que algunos llevaban.

Con el segundo de la lista, Jacinto Hoz Lavaca tuvo más suerte, o menos, según se mire. Sí, estuvo en la convención de París, sin su mujer, solo asistió el primer día porque los tres restantes los pasó en la habitación del hotel con cuarenta grados de fiebre. Faustino habló con el director que tras consultar con recepción, y con la ayuda de las fechas de la convención le confirmó lo expuesto por el señor Hoz, cliente habitual de su establecimiento.

Puestos a torpedear las coartadas, esta contaba con todos los números para hacerlo. Podría tratarse de una hábil maniobra de Jacinto Hoz para disponer de tres días libres, pero lo que le descartaba era su ausencia de la convención de Gijón, como pudo comprobar en la lista de asistentes que le facilitó la organización del evento.

Quedaba otro.

—Prudencio Marcial Conde... —susurró mientras tecleaba el nombre y pulsaba

intro con firme y teatral gesto.

Dio un trago a la botella de agua y miró la pantalla.

—Vaya...

... en colisión entre varios vehículos y una motoniveladora que estaba trabajando en la cuneta en las obras de ampliación de la carretera que va a Madrid...

Con orgullo leyó el nombre del autor del informe:

—Oficial de Policía Faustino Corrales...

Poco a poco sus recuerdos le llevaron casi ocho años atrás, cuando era un recién llegado de la academia. Recuerda que aquel día fue a la morgue. Cogió el informe del forense que certificaba la muerte del ocupante del vehículo debido a politraumatismos. Lo que no recordaba, el hoy inspector, es que Mendía le pidió que buscara unas cajas entre lo que pudiera haber en el coche siniestrado. No lo recuerda porque no le dio importancia. Como tampoco lo hizo el inspector jefe en su informe, en el que reflejó que tras las distintas conversaciones que mantuvo con la esposa, Blanca Morega, y respondiendo a su propio testimonio, resultaba evidente que se hallaban ante una riña familiar, su marido abandonó el domicilio conyugal resultando minutos más tarde fallecido en un fatal accidente de tráfico. No se habló de que la mujer le acusaba de haber asesinado a su hermano aportando como prueba un reloj que según ella llevaba la víctima el día de su muerte. Ni tampoco que insistió en que su esposo era un asesino múltiple, que guardaba sus trofeos en unas cajas que resultaron estar repletas de adornos de Navidad. Como conclusión, posiblemente para apoyar el informe, se dejaba constancia del ingreso de doña Blanca en un psiquiátrico de la sierra de Madrid.

Corrales descubrió que Blanca Morega continuaba ingresada y que su hermana Genoveva se había hecho cargo de su sobrino Agustín Marcial Morega de diecisiete años, su otra sobrina, Sara, falleció en una excursión.

—Vaya familia desgraciada...

Concluyó su resumen apuntando que el inspector jefe don José Carlos Mendía fue el que atendió en persona la llamada de auxilio de doña Blanca Morega presentándose en su domicilio.

Cuando terminó habían pasado varios minutos de la hora de comer. Imprimió dos copias. Una fue a parar a la mesa de la comisario, sobre la que un oficial dejó una gruesa documentación, y la otra, a la de Mendía. Minutos más tarde abandonaba la comisaría rumbo a la playa con su querida Sofía dispuestos a hacer todo lo posible para ser padres.

Cuando Gus llegó al periódico la mañana de la publicación del último número de la GaZeta su intención inicial pasaba por haber invitado a Patricia a su casa para trabajar con tranquilidad, pero dos ideas le aconsejaron lo contrario. Una, descubrir donde vive, para su director aún estaba en casa de su tía donde contaba con una línea telefónica a su nombre. Dos, que si la información que su compañera compartiese con

él le apuntaba sin miramientos, su alma de cazador tomaría el mando y terminaría con ella sin dudarle. No podía consentir que eso sucediese en su propia casa. Le bastaba con saber hasta qué punto había avanzado, el resto, enviarla con Lorena y Marisol, podría esperar.

—Cuando estés preparada nos reunimos y terminamos con este asunto de una vez, Patricia —dijo Gus lo más sonriente que pudo. Cada vez faltaba menos para cumplir con la palabra dada en sus correos al director de la GaZeta.

—Cuando quieras, tengo todo aquí... —señaló las carpetas de diferentes colores que alfombraban su mesa y la que contenía los apuntes que él le había confiado dos días antes.

Por la cabeza de ella también había pasado la absurda idea de haberle pedido que fuera a su casa, no solo eso, que trabajaran en su habitación donde tenía una copia de su investigación clavada en la pared. Antes de que la insensata idea tomara forma la rechazó de plano. No se imaginaba a su compañero en su dormitorio aunque la abuela Berta estuviera por la casa. Al pensar en Gus veía dos personas diferentes, dos miradas diferentes, dos sensaciones diferentes. Ninguna le hacía sentirse bien, ni la que reflejaba la mejor de ellas como cuando le dejó sus apuntes. No era complicado percibir que su presencia no le resultaba agradable.

Se reunieron en una de las salas de la redacción. No eran las diez de la mañana cuando entraban en la estancia cada uno con un café y su documentación. Patricia no lo podía saber en esos momentos, pero de sus explicaciones dependía que el Asesino del Retiro actuara contra en ella en las próximas horas o lo pospusiera para una ocasión más propicia.

Comenzó por lo más sencillo, por los asesinatos ya publicados en la GaZeta que tuvieron lugar en el Parque del Retiro de Madrid, en San Sebastián, Sevilla y Valladolid.

—Es el mismo asesino. El mismo *modus operandi* —afirmó convencida al completar su exposición.

—Estoy de acuerdo —apuntó Gus para su sorpresa.

Pati cruzó las piernas.

—¿Por qué no lo dijiste en tus artículos? —quiso saber con el tono más neutro que supo poner.

—Ahí te equivocas, en el segundo número dedicado a Sandra Bonaechea dije que en mi opinión era obra del mismo individuo. El reloj no era suyo, sino...

—De su madre, Sandra. ¿Y los demás asesinatos? ¿Por qué no hiciste pública la relación con el Asesino del Retiro?

—¿Crees que por trabajar en un periódico puedes decir lo que te dé la gana? —soltó visiblemente molesto— ¿supones que la policía no estaba informada de estos asesinatos? ¿Crees que no investigaban? No se puede ir por ahí soltando teorías sin más. ¿Qué más tienes? ¿Esto es todo? —sin esperar respuesta continuó—: veo que no has leído el número dedicado a otro asesinato en Tenerife, que también relacioné.

¿Qué me dices del de Zoilo Cerrato? ¿Tampoco dije que se trataba del mismo individuo? ¿Y no afirmé lo mismo con el periodista de Málaga, Ramón Cespeda? ¿Eh?

«Relájate, Gus. Recuerda que tienes que sacar tu lado más amistoso».

Patricia se le quedó mirando unos instantes. Por su cabeza cruzaba veloz uno de los consejos que su madre le regaló pocos días atrás:

Defiende siempre tu punto de vista y no te cierres a no modificarlo si lo estimas oportuno ¿de acuerdo?

—Si vas a seguir gritándome... —dijo mientras se ponía en pie y recogía sus carpetas.

«Que no se vaya, seguro que tiene más que decir».

—No, perdona... —escondió durante unos instantes su cabeza entre las manos— no tienes la culpa. Creo que nos hemos adelantado publicando las fotografías que mandó el tipo este. Estamos todos amenazados ¿lo sabes, verdad?

Patricia, más calmada, asintió.

—Lo sé, ¿tú crees que cumplirá su amenaza?

—No sabría decirte, pero si estuviera en su lugar algo tendría que hacer, si permaneciese de brazos cruzados mi credibilidad estaría en entredicho.

—Sí, es cierto —susurró.

Gus relajó la postura, apoyó los brazos sobre la mesa y se acercó a su compañera.

—Por favor, dime qué más tienes.

La hija de Rocío tomó asiento de nuevo y abrió una de las carpetas de la que extrajo fotocopias de varios recortes de periódicos locales de Villalba, León, Segovia y Alcalá de Henares.

—No tengo pruebas —dijo entregándoselas— pero apostaría que estas cuatro son obra del mismo individuo, hay que pararle como sea. Me pregunto cuántas muertes lleva sobre su conciencia.

«¿Sobre mi conciencia? Ninguna. Sobre mis espaldas, ni yo mismo lo sé».

—Muchas, sí —cogió las fotocopias mientras encendía un pitillo, apenas le llevó algunos segundos reconocer las cacerías a las que se referían los recortes.

Mientras leía, Patricia se refirió a los nexos de unión entre los asesinatos; a todas las víctimas les falta algún objeto, una pulsera, un reloj, y todas llevaban otro que no les pertenecía. Ninguno de ellos contaba entre sus familiares con algún fallecido por muerte violenta.

Gus escuchaba con atención mientras disimulaba releyendo los artículos. No había hablado de estos casos en la GaZeta pero sin duda eran suyos. La puñetera becaria estaba haciendo bien sus deberes. O quizá su puñetera madre la estaba ayudando. No era posible que una cría descubriera lo que la policía todavía no había relacionado ¿o sí? Dejó las hojas sobre la mesa y cruzó los dedos de las manos sobre sus piernas, necesitaba calmarse.

Llevó su mirada a su compañera.

—Sé sincera. Todo esto te lo ha facilitado tu madre ¿verdad? —en su rostro se formó una sonrisa irónica—. No pasa nada, yo hubiera hecho lo mismo y no...

—Tú sí, pero yo no.

—¿Entonces la policía no sabe nada de esto?

Patricia comenzaba a incomodarse.

—Yo no he dicho eso. No tengo ni idea de lo que saben ¿crees que me cuentan sus investigaciones? No estoy aquí como chivata para la policía, ni para la GaZeta.

—Vale, vale, te creo —apuntó levantando las palmas de las manos en son de paz mientras se recostaba en la silla—. Creo que tienes algo más, el director me habló de una teoría tuya.

—Sí, bueno, tiene que ver con la pulsera y los gemelos que dejó en el Parador de Gibralfaro... —consultó sus notas para ganar unos segundos— gracias a esto pude llegar a los padres de Zoilo Cerrato que también murieron en condicione similares en Paris en el 89.

Gus dejó de balancearse en la silla.

«Atiende».

—Y también tiene que ver con el padre de Marisol Fuente, la segunda víctima del Retiro, asesinado en Venecia en el 83.

—Sigue, te escucho.

—Bien, pues creo que se trata de dos asesinos. Uno joven, que tiene alguna relación con nuestra Facultad de Ciencias de la Información, debe tener unos veinticinco años y otro mayor que...

Dos suaves golpes en la puerta captaron la atención de los dos periodistas.

Bajo el marco apareció una sonriente Julia.

—Chicos, se acabó la jornada, don Emilio nos da la tarde libre y cierra la redacción.

Patricia se quedó mirando a su compañero.

Gus luchaba por no sufrir otra crisis. Jamás se había visto tan cerca de ser descubierto a pesar de que Patricia no sospechara de él.

«¿Dos asesinos? ¡Esta hija de puta se cree que soy tonto del culo!».

—¿Gus? ¿Seguimos el lunes?

«¡¿Una puñetera becaria ha desenmascarado al Asesino del Retiro y a su padre por un puto trabajo de fin de carrera y unas semanas trabajando en la GaZeta?! ¡¿Eh?! Vienen a por mí, pero esto no queda así, les estaré esperando».

«Relájate, respira. No es el momento».

—Gus, cielo, ¿estás bien? —Julia dejó caer la mano sobre el hombro de su admirado compañero— te traigo una aspirina —miró a Patricia— a veces le dan al pobre unas jaquecas horribles.

—No, no, estoy bien, es que he dormido fatal, o mejor dicho no he dormido, toda la noche del baño a la cama —se puso en pie— sí, el lunes seguimos si no me he ido a Gijón. Es posible que escriba un artículo especial sobre este asunto para el próximo

número. Buen trabajo, becaria —dijo mientras daba media vuelta, cogía el maletín de su mesa y abandonaba la redacción.

Dos cosas, había sacado en claro Gus de la reunión. La primera y más importante, cumplir con su venganza esa misma noche, a más tardar al día siguiente, sábado. La otra, no subestimar a su compañera que contaba con el apoyo de su madre, sin lugar a dudas.

Sí, venganza

Después de comer e intentar echarse una siesta sin éxito alguno, aconsejado por su voz interior regresó al salón convencido que el día elegido para dar fuerza a la palabra dada en sus correos al director y a la policía sería esa misma noche.

Al menos, el primer intento.

Pasó la tarde organizando los preparativos, cambiando el agua de la pecera y dando de comer a Lorena y Marisol que quizá en unos días contarían con una nueva compañera. Puso la televisión para intentar olvidarse de la voz de la becaria y de su conclusión respecto a la existencia de dos asesinos. Ciertamente había dejado las pistas junto al cadáver de Zoilo Cerrato para animar a la policía a no cerrar el caso. No era lo mismo salir de caza sabiendo que había que hacer un buen trabajo puesto que a su vez eras la presa de otro cazador que se refugiaba en uniformes y trabajaba en grupo, que saber que no te perseguía nadie, como si no fueras importante.

—¡¡Lo soy!! Más de lo que siquiera podéis sospechar.

Se había servido el segundo *gin tonic* cuando su teléfono móvil comenzó a vibrar sobre la mesa.

«Cela».

No era momento para desahogarse por mucho que su cuerpo lo deseara, quizá mañana.

—¿Sí?

—Gus, ¿qué tal van esas vacaciones en Gijón?

Antes de contestar apuró un trago mientras con el teléfono apoyado en el hombro se preparaba una raya.

—Me hicieron volver hace un par de días, espero continuar con ellas este fin de semana o el lunes, como tarde.

—¡Qué faena! ¿Ha sido por vuestro último número? Debe ser aterrador estar en contacto con un asesino en serie y que os envíe fotos ¿no?

Esnifó la raya y sonrió. Dejó caer la espalda en el respaldo del sofá.

—Forma parte del trabajo, pero lo que no sabes es que prohibió que las publicáramos —soltó orgulloso del efecto que iban a causar sus palabras— estamos amenazados.

—¡Pero, Gus! ¡Me asustas!

Otro sorbo más y su cabeza se marchó rauda al momento en que cerca estuvo de terminar con su vida. Sí, motivos tenía su compañera de *Peludos* para estar asustada, pero no por los que ella creía. A pesar de su insistencia se obligó a no cambiar de planes para esa noche y rechazar ir al día siguiente a la protectora de animales, tenía

mucho trabajo para este fin de semana.

Eran poco más de las doce de la noche cuando se subía a un taxi. La posibilidad de conducir uno de sus dos coches se esfumó con la visualización de las horas que le quedaban por delante. No podía arriesgarse a que un maldito control o cualquier otro imprevisto diera al traste con su plan. El lugar al que se dirigía no quedaba muy lejos de su casa, junto a la calle José Abascal a no más diez minutos en coche. Llevaba una pequeña bolsa de cuero cruzada en el pecho con todo lo que pudiera necesitar.

—Es ahí delante —señaló un bar de copas flanqueado por dos estatuas.

Entró en el local, detenido junto a la puerta barrió la estancia con la mirada. No resultó tarea sencilla, había mucha gente, perfecto para sus intereses.

Aún así, divisó lo que buscaba.

—Eres tan asquerosamente previsible...

En lugar de ir a su encuentro se acercó a la barra y pidió un *gin tonic*.

«Espero que sepas cómo se prepara. Si lo haces bien me quedaré un rato».

Aún le quedaba más de la mitad de la copa, a la que dio su aprobación al camarero, cuando sintió que alguien alto y de enorme volumen se colocaba a su lado.

—Eres la última persona que esperaba ver por aquí.

Volvió el rostro a su derecha.

—Yo, la primera, quería comentarte algo.

—Tú dirás.

Gus apuró un largo trago.

—Este hombre los prepara muy bien, ¿puedo invitarte a un *gin tonic* o a otra cosa?

—Soy más de whisky.

En cuanto ordenó las dos bebidas miró a su interlocutor.

—Me trajiste aquí en el verano que llegué a la redacción ¿te acuerdas?

—¿Si? Pues... si tú lo dices —se acordaba perfectamente pero hasta que no supiera el motivo de su visita no pensaba mostrarse amistoso—. Bueno, y ¿qué era eso que querías decirme?

Gus tomó asiento en el taburete. Un pie en el suelo, el otro sobre el reposapiés de tubo circular que rodea la barra que sujeta el asiento. En su rostro un gesto afectado, una sonrisa ladeada.

—Verás, Venancio. Hay algo que deberías saber.

—Te escucho.

—Te imagino al tanto de lo publicado por la GaZeta en el último número.

—Imaginas bien... —soltó con la mandíbula apretada, visiblemente enfadado.

Durante diez minutos habló bajo la atenta mirada del periodista más veterano de la redacción. Venancio daba largos tragos a su copa, su mirada firme, en parte por el alcohol ingerido a lo largo de la tarde, en parte por el estupor que le producía lo que estaba escuchando del compañero más odiado. Maldecía a Cortijo por haber dado

tanto pábulo a un niño que lo único que había hecho era aplicar lo aprendido durante sus meses de becario, gracias a él, a Venancio. Cualquiera hubiera escrito esos artículos, si les hubieran enviado a ellos cubrir la noticia, y sin la menor duda, mejor redactados.

«Encima esto».

Venancio no sabía si estrellar su copa en el estúpido rostro de su compañero o acercarse a casa de su jefe y rompérsela a él. No había explicación posible que justificara haberle mantenido fuera de los correos recibidos, como si fuera una mierda de becario o la mujer de la limpieza.

Negaba con la cabeza mientras daba el último sorbo a la copa.

—¿Qué... nos ha amenazado?

Gus asintió mientras sacaba un billete de cincuenta euros y pagaba las bebidas.

—Sí, a la policía también.

Venancio echó un fugaz vistazo a la copa vacía, el local cada vez estaba más atestado de gente.

—Si te parece bien, podemos cambiar de sitio, este comienza a estar agobiante. Puedo invitarte a otra cosa.

—¿Otra cosa?

Gus se llevó dos dedos a la nariz.

El rostro de Venancio se iluminó. Iba a aprovecharse esa noche del niño y sonsacarle todo lo que pudiera sobre el director y la becaria, que daba la sensación que llevaba el mismo camino que Gus.

—Vale, vamos.

Salieron a la calle, de un lado y de otro llegaban grupos de jóvenes. Ambos compañeros se miraron.

—He venido en taxi.

—Yo en mi coche, está ahí delante.

Gus se debatía entre moverse en taxi o en el coche de Venancio. Contaba con no más de cuarenta metros para tomar una decisión.

«En su coche».

Tras el habitual sonido de puertas abiertas accedieron a la vez al interior del flamante Alfa Romeo.

—Preciso coche ¿nuevo?

—Tiene dos meses.

Gus asentía satisfecho mientras hacía un recorrido con la mirada.

—Sí, señor, muy bonito —introdujo la mano en un bolsillo lateral de la bolsa de cuero que llevaba cruzada sobre el pecho y sacó un pequeño paquete— reconozco que me sorprende —lo cogió por un extremo y lo agitó en el aire como si de una bolsita de azúcar se tratara mostrándoselo a su compañero. Ante la boba sonrisa que le dedicó preparó un par de generosas rayas.

—¿Te sorprende que yo tenga este coche? ¿Por pasta, dices?

—¿Pasta? No, que va, no sabría decirte lo que vale. Lo decía por el modelo, muy moderno. No sé, te hacía con algo más clásico.

Venancio sonreía entre orgulloso y satisfecho.

—Tú sí que me has sorprendido —señaló las dos rayas de coca sobre una pequeña carpeta—. No pensé que un...

—¿Un niño pijo de mierda? —apuntó sonriente— no te fíes, que a veces somos los peores. Como las niñas que han ido a colegios de monjas.

Por primera vez en la noche, Venancio mostró una sonrisa abierta. En la noche y en los últimos años. Gus no recordaba haberle visto tan relajado.

«Mejor, que siga así».

Le ofreció estrenar la sesión de coca pasándole la carpeta. Venancio esnifó con visible ansiedad.

—Está muy buena —la boba sonrisa había llegado a su rostro para quedarse.

—¿Dónde te parece que podamos seguir hablando? Hay más asuntos que deberías saber.

Este momento era importante para Gus, de la respuesta que le ofreciera dependería el plan que llevaba en mente.

—Sí, tenemos coca para toda la noche, invito yo.

—Pues, no sé, en mi casa, si te parece, pero no tengo la ginebra que tomas.

«¡Bien!».

—La compro de camino, una de whisky para ti y...

—No, no, tengo whisky.

Se pusieron en camino, ambos felices y relajados, pero por motivos bien diferentes. Uno, porque iba a disfrutar de una noche como hacía tiempo que no pasaba, el otro...

El otro porque su momento se aproximaba.

Por el camino, el objetivo de Gus era romper del todo el hielo. Intentar que la pésima relación que llevaban manteniendo desde hace años como compañeros de la GaZeta se olvidara por completo.

—Recuerdo que a los pocos días de entrar en el periódico me llevaste al sitio de antes, aunque tú lo hayas olvidado.

—Sí, intento que los nuevos se relajen —mantuvo la vista fija en el frente, a pesar de estar parados en un semáforo— reconozco que de esa actitud mía han pasado años. Ahora no he hecho más caso a los nuevos que el obligado por Emilio, es más, ni he hablado con la tal Patricia.

—¿La hija de la comisario Rocío Prados? —soltó Gus como sin dar importancia a sus palabras mientras observaba el perfil de su compañero atento a su reacción.

—¿Quién? ¿La becaria esa es la hija de la comisario Prados? —giró el rostro con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Patricia Prados, se llama. Además, no me digas que no te había llamado la atención su parecido.

—Ahora que lo dices... vivo ahí delante. —Señaló un portal con la fachada cubierta de enredaderas—. Pero... ¡No me jodas! Por eso Emilio está que no mea con ella.

«Sé dónde vives, gilipollas».

—Por eso y por algo más, por su teoría sobre el Asesino del Retiro. Déjame aquí —estiró el brazo señalando el exterior— entro en Vips, compro la bebida, algo de picar y subo. ¿Qué piso es?

—De acuerdo, él último, el quinto derecha.

Todo marchaba mejor de lo que había previsto. Estaba resultando un trabajo de niños ahondar en la víctima que Venancio llevaba bien acurrucada en su interior aguardando el momento propicio para salir al exterior con el fin de justificar su mísera vida. Al principio de su llegada al periódico compartieron varios artículos, hasta que la actividad del Asesino del Retiro les separó. A partir de ese momento el buen ambiente inicial dejó paso a lo peor del hombretón, su rabia, celos y envidia envolvían cada frase que partía de su boca. A Gus poco o nada le importaba, como respuesta a sus quejas le invitaba a hablar con el director, asegurando que acataría la decisión que se tomara.

Cargado con una botella de Hendricks's otra de Chivas, tónicas, coca colas, jamón de bellota y queso semicurado llamó al telefonillo del portal de Venancio.

—Te dejo la puerta de la casa abierta, no estaba preparado para visitas —expuso a través del interfono.

—No vengo a ligar contigo —empujó la puerta y accedió al interior de un portal que le recibió limpio y brillante. Se imaginaba a su compañero en otro lugar más tétrico, conforme a su desaseada apariencia.

Minutos más tarde se hallaba en la cocina vaciando las bolsas.

—No tenías que traer whisky, te dije que...

—Me gusta intercalar unos tragos de Chivas con los *gin tonic*, por supuesto puedes tomar las copas que desees. También he traído algo de picar y un par de bolsas de hielo, se me olvidó preguntarte si tenías, y unos limones.

—Ahí, me pillas —cruzó tras Gus rozándole con su voluminoso cuerpo mientras accedía a la puerta superior de un estante del que extrajo un par de copas de balón— es en este tipo de vasos donde te gusta beber ¿no?

—Sí, perfecto.

Mientras organizaban las copas y el picoteo, Gus cedió la bolsa con la coca a Venancio que ansioso se dispuso a preparar otra raya.

—Oye, eso de las amenazas que me comentabas ¿por qué no nos lo ha dicho Emilio?

—Según dice para que no os asustéis ni vosotros, ni vuestras familias.

—Ya, y por eso no las ha publicado —con esmero y maña daba forma a las rayas ayudado de una tarjeta.

Gus echaba el hielo en las copas.

—El problema está en que, como sabes, sí que ha publicado los correos que le envió pero omitiendo las amenazas. Imagino que al asesino no le habrá sentado nada bien, ni esto, ni la publicación de las fotos. Su palabra queda en entredicho.

Venancio esnifó ruidosamente.

—¡Qué se joda! ¿No te parece? ¿Cuánto tiempo llevas detrás de él, cuatro, cinco años? ¿Ahora nos viene el mierda este con amenazas? Si lo tuviera aquí delante le arrancarí la cabeza, seguro que no tiene ni media hostia.

Gus levantó la barbilla buscando los idos ojos de su compañero. La cabeza completa que le sacaba así lo requería. Vertió con mimo la ginebra, exprimió el limón y echó la tónica.

«No pasa nada, pronto llegara tu momento».

—Mucha parafernalia para servirte una puta copa, mucho tiempo perdido — señala Venancio mientras camina con la suya en una mano y el plato de jamón en la otra, rumbo al salón.

Tras él, Gus, con su lado cazador pidiendo paso.

—No comparto que Emilio me haya dejado al margen a mí, después de los años que llevo con él y las exclusivas que le he conseguido —comenzaba a pisar las sílabas, con la que acababa de depositar sobre la mesa, eran ya siete las copas que llevaba desde que salió de casa esa tarde—. ¿A la niñata esta sí que le ha contado todo, no? Y a Julia, otra que tal baila, pelota como pocas.

Gus observaba la espalda de Venancio que a duras penas encajaba en el estrecho pasillo. Le hervía la sangre, el desgraciado no tenía una palabra amable para nadie. Julia era buena gente, siempre estaba cuando la necesitaba y. ¿Patricia? No sería mala persona, pero en la relación que mantenía con ella ese detalle carecía de importancia.

«Despacio, no hay prisa, tómate tu tiempo».

El Asesino del Retiro convino con su voz interior mientras barría con la mirada la desordenada y sucia habitación.

«Un puñetero cerdo, como me imaginaba».

—Piensa que la policía recibió correos similares, sospecho que Emilio quiere utilizar a la becaria como fuente de información, no creo que lo consiga, a pesar de su aspecto frágil tiene mucho carácter.

Venancio se recostó en la butaca y cruzó las piernas.

—Vaya, parece que la conoces bien, ya te las has tirado ¿eh, cabronazo? —su perenne boba sonrisa, de esa noche, cubrió su rostro.

Como respuesta recibió una mueca ladeada. Quién sabe, quizá algún día lo que decía su compañero fuese cierto, de momento, solo pertenecía al ámbito de su imaginación.

—Una cosa, Emilio nos pidió que no saliera nada de esto de su despacho, pero entendí que tú deberías saberlo.

El veterano de la GaZeta se hinchó como un palomo en celo. Miraba a su

compañero con otros ojos. Nada como compartir unas copas para conocerse un poco mejor.

—Te lo agradezco, de verdad.

—Por cierto, tú sí que te has tirado a Rosa ¿eh? —esta vez fue Gus el que guiñó el ojo mientras cogía la bolsita dispuesto a continuar trazando rayas.

—¿Cómo dices? —se echó hacia delante sorprendido— pero si es un secreto. ¿Cómo coño lo sabes? Solo ha sido una vez.

—Soy un caballero.

—Lo que eres es un cabronazo —apuntó con la mirada fija en las seis generosas rayas que su compañero formaba sobre la mesa—. Oye y eso de la teoría de la becaria ¿no te ha molestado? ¿Es su teoría o la de su madre?

Gus se tomó unos segundos para contestar. Dio un largo y delicioso trago, apretó los labios y elevó los hombros en gesto de duda.

—No lo sé. Podría ser lo que dices, que tengamos un topo en la redacción, pero no deja de ser interesante.

Durante los siguientes minutos le contó la versión de la becaria a cerca de la posibilidad de que se enfrentaran a dos asesinos, uno joven y otro mayor. Le habló de sus sospechas sobre otros asesinatos que pensaba habían sido cometidos por el mismo individuo. El rostro estupefacto de Venancio, sus breves pero continuas miradas a las rayas dispuestas en paralelo como pidiendo permiso para abordarlas, su constante asentir a sus palabras le confirmaban a Gus que le tenía donde quería.

—Dice que el asesino joven debe tener unos veinticinco años y que ha estudiado Periodismo en nuestra Facultad.

Venancio se hizo con el fino tubo que descansaba sobre la mesa y se dispuso a dar cuenta de la siguiente ración de coca.

—Por edad yo no puedo ser —cuando terminó se lo pasó a su compañero— pero tú, sí, más o menos tienes esa edad ¿no?

—Sí, cumpla veintiséis este año.

Se miraron fijamente durante unos instantes. De pronto, ambos estallaron en sonoras carcajadas.

—¿No le has dicho que eras tú?! —exageradas risotadas partían de la boca, de Venancio, los ojos se le cubrieron de lágrimas.

—No, pero se lo diré —Gus le secundaba sin problema alguno, realmente se estaba partiendo de la risa con el estúpido de su compañero— y le confesaré que tú eres el asesino mayor.

—¡Eso, eso! —el orondo cuerpo del periodista veterano se balanceaba de un lado a otro presa de una histeria descontrolada.

Pasaron las horas.

Pasaron las copas y las rayas.

Amaneció.

Venancio abrió los ojos lentamente. Miró a un lado y a otro, pestañeó varias veces como si quisiera averiguar si estaba soñando o no. Hubiese jurado que alguien le ataba las muñecas al cabecero y los pies a las patas de la cama. De pronto recordó la noche anterior. Sonrió.

—Un maldito sueño... —murmuró mientras intentaba incorporarse.

Lo intentaba, sí, con ímpetu.

Pero no podía moverse.

Ruido de pisadas a su izquierda, por el pasillo, que iban y venían. Pasaban los minutos pero nadie entraba en la habitación. Tiraba con todas sus fuerzas de las ligaduras pero solo conseguía que se ciñeran con más firmeza alrededor de sus muñecas y tobillos. Abrió la boca para gritar con todas sus fuerzas, apenas partió un sonido hueco. Una cinta la cubría.

—Hombre, veo que te has despertado, dormilón, es casi la una de la tarde —dijo Gus sonriente entrando en la habitación con la cámara de fotos entre las manos—. Necesito que pongas una expresión de terror, piensa que las van a recibir Emilio y la policía, aunque no tengo claro esto último.

Venancio movía la cara de un lado a otro.

—Sí, si te lo preguntas, yo soy el Asesino del Retiro, curioso nombre, ¿eh? La becaria no iba mal encaminada, una recién llegada que se acerca más a mí que nadie hasta ahora. ¿No te da rabia?

Como respuesta, Venancio le ofreció un semblante aterrorizado.

—A ver, mírame. Eso es... —apuntó con el objetivo y sacó varias instantáneas— muy bien. Como hablábamos ayer, no me ha quedado otra que cumplir mis amenazas —tomó asiento a su lado—. Sé que estabas de acuerdo con Emilio, pero no lo puedo permitir ¿qué sería de mi palabra?

Acercó la nariz a su compañero.

—¿A qué coño hueles?

De repente se echó hacia atrás tapándose la nariz.

—¡Joder! Te has meado —dijo incorporándose. Durante unos segundos se le quedó mirando mientras negaba con la cabeza. Una mancha más oscura que el azul de los vaqueros cubría su entrepierna.

Dio un par de zancadas hasta la puerta del dormitorio.

—Haz el favor de no meter ruido, estoy terminado el artículo, lo envío y así puedo regresar con mis vacaciones de una puñetera vez —estiró el brazo con el dedo índice apuntando al rostro del espantado Venancio— insisto, no metas ruido o tendré que volver y silenciarte. Recuerda que cumplo lo que digo. ¿Lo entiendes?

El hombretón subió y bajo la barbilla con vehemencia. Gus aguantó una sonrisa torcida en su rostro antes de abandonar la estancia.

Regresó al lugar en el que había pasado la última hora con el portátil de su compañero en la mesa del salón, escribiendo el artículo para el número especial en el

que se haría mención a la posibilidad de que fueran dos asesinos los buscados.

... ¿podría ser que nos halláramos ante los Asesinos del Retiro? ¿Estamos ante un maestro y su aprendiz? ¿O ante un individuo solitario que ha decidido seguir los pasos de alguien a quién no conoce pero que por un oscuro motivo admira? Contamos con hipótesis que apoyan todo tipo de razonamientos.

Si tuviera que apostar lo haría sin duda a caballo ganador, este no es otro que votar por un individuo que de alguna forma se ha hecho con los llamados trofeos de un asesino en serie, al que quizá haya matado. Con el único objetivo de despistar a la policía intercambia dichos trofeos con cualquier objeto que lleven sus víctimas, estos, a su vez, pasarán a formar parte de su propio botín de recuerdos...

Gus releó varias veces el artículo completo. Tocaba despistar un poco más a Rocío Prados y a sus compañeros, sabiendo que manejaban la posibilidad de dos asesinos, era necesario proponer una versión, a través de Hijos de Caín, que complicará aún más la investigación.

—Demasiadas pistas os he dejado ya.

De todas formas era consciente de que este artículo no sería la portada del número especial, sino las fotografías que su director iba a recibir con su texto correspondiente haciéndole responsable del lamentable fallecimiento de su empleado.

Un texto como este:

¿Todavía no ha llegado Venancio Sánchez? No se preocupe, le traigo información, ¿cómo dicen ustedes? ¿Una primicia? Bien, pues no demoremos más la espera y abra los tres archivos adjuntos, le espero.

¿Ya? No ponga esa cara, no me ha dejado otra opción, señor Cortijo. Le avisé de las consecuencias de no cumplir con lo que le pedía. ¿Tan difícil era? A pesar de mi buena voluntad, ha decidido pasar por encima de mi advertencia faltándome al respeto. Eso, como usted bien comprenderá, como hombre de negocios que es, no lo puedo tolerar.

Reconozca que le he quitado un peso de encima. Sus artículos pierden credibilidad cuando los firma V. S. Insisto, no publique nada en relación a este correo hasta que le dé permiso. Sabe las consecuencias que acarrearía.

Estamos en contacto.

Después de releerlo, su seguridad acerca de si Emilio lo incluiría o no en el siguiente número había disminuido considerablemente. Lo imaginaba visiblemente preocupado ¿se atrevería a volver a menospreciar sus advertencias? Quizá dejara

pasar algún tiempo.

—Así me deja tranquilo con mis vacaciones.

Ese viernes, Patricia había quedado con Fernando y su pareja de amigos, Marta y Pau. Su silencio durante los últimos días merecía una explicación. Les había invitado a su casa a tomar algo antes de salir esa noche.

—Mi abuela nos ha preparado una tortilla de patatas —dijo mirando a Marta.

—Es la mejor del mundo, pero si mi madre se entera negaré haberlo dicho.

—Y unos brownies.

—¡Tú lo que quieres en que engorde! Pero un día es un día.

Pati les invitó a que la siguieran. Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta de su dormitorio.

—¿Te pasa algo? —quiso saber Fernando, su voz casi un susurro.

—No, es solo que, bueno, queráis saber por qué he estado tan poco habladora y aquí tengo la explicación —dijo mientras empujaba la puerta— pasad.

Eso hicieron.

Primero, Marta, que al ver el mural se quedó petrificada. Tras ella su novio, Pau, la visión de la pared repleta de fotografías, papeles, flechas, nombres, le causó la misma impresión. Fernando contaba con algo más de información que la pareja pero cuando Pati le dijo que había clavado la investigación en la pared no pensaba que se pudiera referir a algo así. Se colocó junto a su novia y dejó caer su mano sobre el hombro.

Nadie decía nada, solo leían.

Unos minutos más tarde fue Marta la que rompió el brutal silencio.

—Con razón me decías que el periodismo sobre moda era mucho más tranquilo que... —señaló la pared mientras realizaba un gran círculo con la mano englobando todo el mural—... que todo esto... ¿nos cuentas qué es lo que pasa? ¿Qué significa?

—Sí, a eso hemos venido.

Un gorjeo junto a la puerta atrajo la atención de las dos parejas. Bajo el umbral la pequeña Esther, con su oso de peluche bajo el brazo, el chupete en la boca, frotándose los ojos.

—¡Pero bueno! —Marta se adelantó a Patricia— esta enana que me la como —la cogió en brazos—. Me encanta como hueles.

—Deberías estar durmiendo ¿cómo te has levantado?

Salieron al pasillo justo en el momento en que Berta lo hacía de la cocina con un par de tortillas en las manos.

—No me levantéis a la niña, que luego se me despierta por la noche.

—No, abuela, ha sido ella...

—Ya, ya...

Las dos amigas se reían mientras dejaban a Esther en la cuna. La tumbaron de lado y al instante cayó en un profundo sueño.

Cuando regresaron al dormitorio, Berta hablaba con los dos chicos.

—¿Os podéis creer en lo que anda esta chiquilla? —dijo señalando el mural— muerto, muerta, le falta pulsera, asesinada en el Retiro, en San Sebastián. Al final se hará policía como su madre —dijo saliendo de la habitación si esperar ningún comentario a sus palabras.

Sentados en torno a la mesa redonda del dormitorio, Pati les habló de su investigación, de Gus, de don Emilio, de Julia.

—¿Dices que tienes una teoría que no se le había ocurrido a tu compañero que escribe sobre el Asesino del Retiro? —Marta no daba crédito.

—Bueno, algo así.

—No le habrá hecho la más mínima gracia que una becaria, además guapa, le venga con esas ¿me equivoco?

En la cabeza de Pati se formó el rostro de Gus, más exacto sería decir, los rostros de Gus, tan variables, tan amenazantes unos, tan amables otros. Tan dignos de desconfianza, ambos.

—A veces parece que le molesta, pero otras intenta ser el compañero ideal.

—No sé cómo puedes tener esas fotos ahí pinchadas y dormir con tranquilidad —su dedo señalaba el cadáver de Zoilo Cerrato.

—De noche no las veo, Marta —intentó esbozar una sonrisa— no son esas imágenes las que me preocupan sino el correo que las acompañaba cuando las recibió mi jefe.

Los tres amigos observaban a la hija de Rocío deseando que se explicara.

—Si no quieres hablar... —Fernando dejó caer su mano sobre la de ella.

—Sí, quizá sea bueno que lo haga.

Habló.

De los correos, de las amenazas recibidas y de la decisión de Cortijo de publicar las fotografías incluyendo las cartas sin decir nada de las advertencias. No hacía falta explicar más para comprender que su amiga pensaba que ella bien podría ser un objetivo.

—¿Saben quién es tu madre?

—Sí, Pau, aunque yo no se lo he dicho.

Daban las doce de la noche cuando las dos parejas accedían a su lugar favorito de copas. No lejos de allí, Gus hacía lo propio con su bolsa de cuero cruzada al pecho, entrando en el *pub* en el que esperaba encontrar a Venancio.

Lo encontró.

Gus imprimió el correo, sonriente, resuelto, como si se hallara en la redacción de la GaZeta, recorrió el pasillo rumbo al dormitorio de su compañero sin despegar la vista del folio.

—Mira lo que te traigo. Luego dirás... —calló un instante, sonrió a su ocurrencia. No, luego no iba a estar en disposición de decir nada. Se trataba solo de una frase

hecha—... a lo que iba, serás el primero en conocer el texto del siguiente correo que recibirá Emilio del Asesino del Retiro, es decir, de mí.

Miró a un lado y a otro. Llevó dos dedos a la nariz haciendo pinza.

—¡Joder, cómo huele aquí! —se acercó a su última víctima— ¿te has vuelto a mear? Mientras no te cagues, cabronazo —apuntó sonriente señalándole con el índice como reprimiendo su fea actitud mientras abría una ventana— quizá no debería haberte quitado los calcetines.

Los ojos de su próxima víctima amenazaban por saltar de sus orbitas.

—No, no te muevas así. ¿Recuerdas a Zoilo Cerrato? —Venancio asintió— ¿sí? Pues hizo lo mismo, me ponía nervioso, pero no me hacía caso y tuve que clavarle... —giró en torno suyo buscando su bolsa de cuero, abrió una cremallera—... este puñal. Técnicamente es un estilete, pero sabes lo que te quiero decir ¿verdad? —aproximó su rostro a escasos centímetros del de su compañero, su falsa sonrisa tornó al rostro más frío de su amplio repertorio—. ¡¿Qué te estés quieto de una puta vez?! ¡¡¿Me he explicado con claridad?!!

Venancio detuvo en seco su enorme humanidad.

—Eso es. Ahora escucha, cojones. Pero antes déjame que... —estiró el brazo y se hizo con la cámara. Sacó un par de fotografías y la dejó sobre la mesilla— eso es, ahora lo que te decía, relájate y escucha.

Gus leyó un par de veces el texto. Asintió satisfecho, lo mismo que su compañero al preguntarle si le parecía adecuado.

—Me alegro, ¿ves? Por fin estamos de acuerdo en algo ¿no era tan complicado, verdad? Claro, tú preferías estar todo el puñetero día trajinando a mis espaldas de un lado para otro, con tu rabia, tu odio y tus ridículos celos —encendió un pitillo con parsimonia. La primera e intensa calada la echó sobre el rostro de Venancio—. Eres patético ¿lo sabes? Sí, claro que lo sabes. Por eso Emilio no os va nombrar ni a Rosa, ni a ti, jefe de redacción. Bueno, tu caso es evidente ¿no crees?

A lo lejos, su teléfono móvil avisaba de una llamada.

—No te vayas, ahora vuelvo.

A paso rápido regresó al salón.

—¿De quién coño es este número? —susurró a la pequeña pantalla del teléfono.

No solía hacer caso a este tipo de llamadas pero en un día como el de hoy merecía ser un poco más flexible. Si hubiera dejado de lado su prepotencia de cazador precisamente un día como hoy era el más indicado para no cogerlo. En ocasiones los pequeños detalles derrumban el mejor de los planes.

—¿Gus? Perdona que te llame a tu teléfono, se lo pedí a Julia y...

—¿Quién eres? —sabían perfectamente a quién correspondía la nerviosa voz del otro lado de la línea.

—Soy Patricia, la becaria de la GaZeta.

—Sí, sí, perdona —dedicó una boba sonrisa al reflejo que le devolvía una de las ventanas del salón— cuéntame.

—Era solo por saber si el lunes regresas a la redacción o te dejan continuar con tus vacaciones, lo digo por lo que tuviera que preparar si vienes —se aclaró la garganta— antes de llamarte se lo pregunté a Julia, me dijo que deberían dejarte disfrutar de ellas pero que no sabía nada. Que las cosas estaban algo revueltas desde que don Emilio recibió aquellas fotografías.

«Más que va a recibir el cantamañanas ese».

—Cuando termine el artículo para el número especial me marché de una vez —suspiró profundamente— creo que ya está bien que me dejen continuar con ellas ¿no crees? No entiendo para qué coño me hizo regresar. ¿No valía con hablar por teléfono?

—Sí, te entiendo. No te molesto más, disfrútalas todo lo que puedas.

«Eso estoy haciendo niñata».

—Gracias, cuenta con ello.

La siguiente hora la dedicó a recoger y ordenar la cocina y el salón de la casa. En una bolsa las botellas y la copa de balón en la que había bebido. En otra, los restos de los envases del picoteo y de sus paquetes de tabaco. Limpió la mesa con el único objetivo de borrar sus posibles huellas. Después dejó caer sobre la misma mesa la ceniza del cigarro que estaba fumando, del paquete de su compañero, haría lo mismo con el siguiente pitillo. En un extremo, una papelina con restos de coca, a un lado, restos de una raya preparada.

Recorrió la estancia con la mirada.

El resultado le satisfizo. Daba la impresión que Venancio había pasado la noche de juerga a solas, quizá viendo la televisión, hasta que alguien llamó a la puerta y a partir de ahí seguro que los hábiles inspectores deducirían lo que aconteció en el dormitorio.

«Les ayudaré un poco».

Para que no tuvieran problemas en determinar lo que pudo pasar desde el instante en que Venancio abrió la puerta y la escena que se encontrarían en la habitación optó por utilizar la pistola eléctrica.

Consultó el reloj.

—Vamos muy bien, falta lo más estético, las últimas fotografías.

Mientras caminaba con las zapatillas de Venancio por la casa, arrastrando los pies, sentía como si acabara de recibir varios chutes de adrenalina.

«¡A cazar!».

Sí, momentos como este, en los que coincidía plenamente con su voz interior, eran los que le daban la vida. Permaneció unos instantes bajo el quicio de la puerta observando a su compañero que mantenía la mirada fija en la ventana. No sentía pena, si acaso lo contrario, excitación por los minutos que le esperaban.

—Vamos allá, Venancio.

El aludido volvió el rostro.

Gus le observó de arriba abajo. Le desabrochó la camisa.

Las manos y pies habían adquirido un tono próximo al morado de tanto pelear por deshacerse de las ataduras. Su prominente pecho y no menos generosa tripa se le antojaban como la mejor de los lienzos. Abrió su bolsa de cuero recreándose en su suerte. Del interior extrajo una pequeña caja que contenía varios pares de guantes de cirujano como los que se estaba poniendo en esos momentos, dedo a dedo, bajo la atenta y atemorizada mirada de su víctima.

—Si me hubieras mostrado un poco más de respeto durante estos años —dijo mientras sacaba las gafas de sol, cogía la pistola eléctrica y las situaba junto al estilete, todos ellos sobre la mesa— es muy posible que tu lugar en estos momentos lo ocupara Rosa. Pero no, te empeñaste en ser cada día más y más desagradable.

Venancio, al ver los utensilios sobre la mesa, comenzó a agitar descontroladamente pies y manos en un postrero intento de lograr desatarse, coger la cabeza del psicópata que había tenido por compañero durante años sin haberlo siquiera sospechado y reventarla contra la pared una y otra vez, y otra y otra y...

—Sé lo que estás pensando, pero esa situación no se va a dar. ¿Lo comprendes, verdad? —tomó asiento a su lado.

Como respuesta, el curtido periodista emitió un sonido ininteligible.

—Mira, a esto lo llaman pistola de electroshock —se la mostró de un lado y del otro—. Si la aplico así... —dijo mientras la aproxima al vientre de Venancio, sitúa la camisa entre el cuerpo y la pistola y aplica una descarga— apenas notarás un cosquilleo. Vale, un poco de dolor, pero poco, no me seas quejica con lo grandullón que eres. Es la única forma de dejar una pista a los avezados inspectores que les lleve a descubrir cómo te inmovilizaron al abrir la puerta de tu casa.

Venancio ladeó el rostro como si comprendiera nada.

—Nada, no te preocupes. Cosas mías.

El veterano de la GaZeta no estaba para charlas, era consciente de que su tiempo entre los vivos tocaba a su fin si no era capaz de desatarse. De nuevo, sus brazos y piernas iniciaron un frenético y desesperado carrusel de movimientos para desesperación de su atacante.

—De acuerdo, me saltaré unos pasos. Si lo aplico durante más de cinco segundos perderás la consciencia entre cinco y quince minutos —dijo mientras acercaba la pistola a la tripa y soltaba la descarga prometida con la camisa entre medias.

—Uno, dos, tres...

La enorme masa humana de Venancio se convulsionaba ante las descargas.

—Cuatro, cinco... y seis.

El voluminoso cuerpo dejó de moverse.

«A ver qué escribes».

Gus sonrió a su voz interior. Por un momento se le había olvidado que la cacería de hoy no tenía nada que ver con las anteriores. Se trataba de cumplir con la palabra dada, que todo el mundo supiera que no hablaba en vano.

Sentado sobre la tripa de Venancio se ajustó los guantes y cogió el estilete. Debería ser un mensaje dirigido a Emilio, personal, que se entendiera fácilmente y que le empujara a dar explicaciones.

—Creo que ya está... —murmuró mientras trazaba la primera letra sobre el pecho — no sabes lo que te agradezco que no tengas más de cuatro o cinco pelos mal contados.

Con la tercera letra Venancio abrió los ojos exageradamente. Ver a Gus sentado a horcajadas sobre él, con el estilete manchado de sangre le ayudó a recordar al instante dónde se hallaba y lo que sucedía.

—Ahora no, si te mueves ya sabes lo que pasará...

Venancio no obedeció.

Su cadera inició un baile de arriba abajo como si quisiera desmontar a su jinete. Arriba y abajo, más y más rápido.

Arriba y abajo...

Gus apretó los labios. Negó con la cabeza. Miró fijamente al causante de su malestar mientras sentía como una irrefrenable ira comenzaba a apoderarse de cada célula de su cuerpo. Había pensado estrangularle para no manchar de sangre el texto sobre su pecho, pero no le dejaba otra opción. Agarró el fino puñal con ambas manos y ante el estupor de su compañero estiró los brazos al techo y los dejó caer con un golpe seco y certero en su corazón. Aguardó unos segundos sin mover el estilete a que el impresentable de Venancio dejara de moverse. Las tres letras que llevaba escritas sobre el pecho se leían perfectamente.

Asintió satisfecho.

Con mimo profesional sacó una foto donde se vieran las letras, el rostro de Venancio y el estilete hundido en su corazón.

«Una obra maestra...».

—Sí, lo es.

Cuando decidió poner fin a la contemplación dejó la cámara y extrajo con precaución el puñal, cuidando que la sangre partiera de lado, resbalando por el vientre de su víctima y su pizarra no se viera alterada.

—Bien, terminemos, que ya me estoy cansando de tu olor, de tu casa, y de todo lo que tenga que ver contigo, además, me has empapado, mamonazo —murmuró escudriñando los ojos, aún asombrados, del ya excompañero.

Durante el siguiente cuarto de hora trazó las letras que completaban el texto, mucho más corto que el de Cerrato, al terminar deslizó sobre cada una de ellas varios papeles absorbentes.

—Vaya, se lee muy, pero que muy bien.

Sobre el pecho, tres letras.

«Att».

En la tripa, una inicial y un apellido:

«E. Cortijo».

En un momento de locura se le pasó por la cabeza escribir el nombre de su jefe entero, su voz interior le animó a reconsiderarlo.

«Basta con la E».

Como siempre, llevaba razón.

Satisfecho de su obra, guardó los guantes y el estilete en su bolsa de cuero y cogió la cámara.

—Tienen que quedar muy bien, son para ti, jefe —susurró con la imagen de desconcierto de Emilio en sus recuerdos.

Tiró fotos desde ambos lados de la cama y desde la misma posición que se encontraba mientras trazaba letra a letra, sentado a horcajadas.

Había llegado el momento de abandonar la vivienda.

Una vez recogidos sus enseres, cambiado de camisa, como buen previsor llevaba una limpia en la bolsa, y dado varios repasos al apartamento, se dirigió al baño. Situado frente al espejo se caló una gorra, se ajustó un grueso bigote sin olvidar añadir unas patillas también gruesas.

—Vámonos.

«Echa un último vistazo, Gus».

—Pero si... está bien, no vamos a discutir ahora.

Recorrió la casa de arriba abajo calzado con las zapatillas de Venancio que dejaría tiradas por el salón. Entró en el dormitorio.

—No es nada personal, excompañero —sonrió a su ocurrencia— ¡joder, las gafas!

«Siempre estás en todo».

Quince minutos después paraba un taxi varias manzanas más allá del lugar de su último crimen. En la bolsa de cuero, la camisa sucia, la gorra, las patillas y el bigote. Sobre sus piernas el portátil de Venancio. Quedaba decidir cuándo enviar los correos a Emilio Cortijo y si partir esa misma tarde de viaje a Gijón era buena idea o no. Lo que si tenía claro es que cuando llegara a su casa enviaría el artículo para el número especial a la GaZeta.

«Me apetecen unos blancos, acompañados de boquerones fritos viendo el mar...».

V. S. 1

V. S. 2

V. S. 3

Gus llegó a su casa sin contratiempos, el plan en el que Venancio ejercía de principal protagonista había resultado más prometedor de lo esperado. Aún tardarían un par de días, al menos, en encontrar su cuerpo. Lo que le llevara a Cortijo entender el correo que iba a recibir en las próximas horas.

—Eso te pasa por ser un tipo solitario, Venancio, sé bien de qué hablo —se acercó a la pecera, miró fijamente a Lorena y a Marisol— ni os habéis movido desde que me fui ayer, os da igual que entre o salga —sonrió— sois las mejores mascotas que se puede tener.

Miró el teléfono. La pequeña luz que avisaba de llamada con mensaje se encontraba apagada. Negó con la cabeza mientras pasaba por la cabeza la correa de la bolsa de cuero. No encontraba una explicación para que la mujer del maldito mensaje no hubiera vuelto a llamar.

«¿Ahora la echas de menos?».

—No digas tonterías.

La única explicación plausible pasaba por que la becaria estuviera detrás de las llamadas. ¿Quién si no?

Tenía que reconocer que durante el tiempo que compartieron, hasta ahora, no había percibido nada, ni en su mirada, ni en su actitud, ni siquiera en la exposición de sus puñeteras teorías que le hiciera sospechar de ella. Sin embargo, la descripción del asesino joven, con sus mismos años y con la certeza de que había estudiado en su Facultad... ¿era solo una coincidencia? ¿Por qué no le había ofrecido descripción alguna del asesino mayor?

«¿Crees que hubiera tenido el valor de decírtelo todo eso a la cara si fuera la de las llamadas?».

—No lo sé, quizá está más preparada de lo que aparenta y siga indicaciones de su madre.

Dejó las gafas sobre la mesa del salón y limpió a conciencia el estilete. Los guantes, como la camisa hecha pedazos, ya descansaban en el interior de diferentes contenedores situados a varias manzanas de la casa de su excompañero.

—Estoy como si me hubieran dado una paliza —susurró echando un vistazo al ordenador.

Se debatía entre enviar en ese preciso instante el artículo para el número especial

o meterse en la cama y dejar para más tarde la decisión de marcharse, ahora sí, de vacaciones. Optó por una solución intermedia, dejó programado el envío del artículo para esa noche. Si lo enviaba en ese momento seguro que el cansino de Emilio le llamaba para comentarlo. Minutos más tarde se tumbó en la cama con el aire acondicionado trabajando para enfriar la habitación, la culpa la tenía la ventana subida durante toda la mañana y el sol de finales de julio de Madrid en todo su esplendor colándose a través de ella.

Cuando abrió los ojos apenas entraba luz por las rendijas de la persiana. Lentamente se incorporó y bajó los pies al suelo. Sentía dos sensaciones a las que podía contentar. Una, frío, estiró el brazo y subió los grados del aire acondicionado. Otra, hambre, mucha mucha hambre, desde el picoteo de la noche anterior no había vuelto a probar bocado.

En su mente se formó la imagen de Venancio.

«Al final tendrás tu minuto de gloria como *prota* de la GaZeta, Sí, ya sé que no es como te hubiera gustado, pero no se puede pedir todo».

Puso agua a hervir para cocinar pasta, de la nevera se hizo con una cerveza Alhambra, salmón ahumado y nata, de la despensa con una barra de fuet que cortó en rodajas. Deseaba marcharse a Gijón pero en cuanto Emilio recibiera las fotografías le llamaría para que regresara. Quizá pensándolo mejor, no era una mala idea. Al día siguiente a primera hora se iría de viaje al apartamento que tenía alquilado para el mes de julio y que aún no había pisado. Ajustaría el envío del correo con las fotos de Venancio para el domingo por la noche. Dio un largo trago de cerveza mientras contra argumentaba su propia idea, no, mejor el lunes por la mañana. ¿Mejor?

—Lo decidiré más tarde. Pero debo marcharme antes de que reciba el correo, me llamará en cuanto lo lea, seguro —sonrió mientras daba otro trago a su cerveza favorita.

Solo quedaba pasar las fotografías al disco duro reservado para los días de caza, preparar el correo y decidir si la comisario tendría el suyo o no.

«Sí, no la dejes al margen, aprovecha para decirle que Cortijo no te tomó en serio».

—De acuerdo, a los dos. Después de cenar, un *gin tonic* y a la cama.

No habían dado las seis y media de la mañana del domingo cuando Gus salía del garaje de su casa montado en su flamante BMW M5. Cortijo le había llamado la noche anterior, como se temía, seguro que para comentar el artículo, pero no cogió el teléfono. No eran horas, unos minutos más de las once de la noche de un sábado.

—No respetan nada.

Gracias a Dios, o quizá a sus suegros, o a su hijo, al que apenas veía, su mujer había decidido alargar la visita a casa de sus padres en Alicante debido al inesperado regreso de Rubén, hijo de la pareja, afincado en Londres desde tres años atrás.

A pesar de que la tormenta informativa de la semana pasada había amainado, la

presencia de su mujer en la casa, molesta con razón, por el retraso, un año más, de las prometidas vacaciones en Galicia no hubiese sido lo más adecuado para su estado de ánimo. Esperaba con ansiedad el artículo de su periodista estrella para el número especial que saldría al mercado antes del habitual jueves.

Sonrió a la imagen de Gus.

Sí, estaba decidido, pesara a quién pesara lo iba a nombrar jefe de redacción antes de que concluyera el verano. Se lo merecía, gracias a él habían sobrepasado su récord de ventas en numerosas ocasiones desde que aquel becario con cara de tímido entró a trabajar en la GaZeta cinco años atrás.

«¡Cómo pasa el puñetero tiempo!».

Había ocupado la mañana del sábado trasteando en la redacción, colgado al teléfono, contestando correos y haciendo lo que más disfrutaba de los fines de semanas, tomar el vermú y estirar el momento para que le sirviese de comida y después disfrutar de una buena y reparadora siesta.

Abrió los ojos y se estiró todo lo que pudo acompañado de un bostezo tan exagerado que cerca estuvo de que la mandíbula se desencajara. Como siempre hacia nada más despertar, encendió un pitillo.

—¿Las ocho y media?

El aperitivo se había alargado más de lo habitual con la llegada de su buen amigo Rodolfo, periodista como él, pero de la sección de deportes. Cayeron varias copas antes de despedirse.

—No puedo beber tanto —murmuró mientras apagaba el pitillo y se dejaba caer de nuevo sobre el colchón.

De pronto se incorporó sobresaltado. No sabía qué sucedía, quizá una pesadilla. Recordó que acababa de abrir los ojos apenas unos minutos antes mientras llevaba la vista al despertador de la mesilla.

Se frotó los ojos al ver la posición de las manecillas.

Consultó su reloj de muñeca, marcaba la misma hora, las once menos diez de la noche. Se incorporó raudo como si tuviera algo importante que hacer. Con un pitillo en una mano y un vaso de agua en la otra tomó asiento frente al ordenador que había dejado encendido.

Tenía varios correos.

—Ahí estás... —la vista se clavó en el remitente, Hijos de Caín.

Unos minutos más tarde, con el artículo para el número especial redactado por Gus releído varias veces se relajó. Le gustaba su planteamiento, su actitud desafiante, esa forma de atraer lectores como pocos sabían hacerlo.

Cogió el teléfono y le llamó.

No respondió.

—¿Dónde estarás? De juerga, imagino.

A primera hora del lunes entraba en la GaZeta dispuesto a dejar preparado el

número especial para el día siguiente, con un poco de suerte para esa misma tarde. El día anterior se había ocupado de maquetarlo a falta de incluir algunas fotografías y su aportación personal. Dejó la cafetera trabajando como Julia le había enseñado tantas veces, a pesar de las lecciones nunca le salía igual, y tomó asiento en su comfortable butaca. En breve bajaría a la imprenta para dar de comer a las máquinas con el artículo.

Mientras se estiraba ruidosamente, bostezó.

Emilio Cortijo disfrutaba de esos días en los que todo iba bien, en los que parecía que nada podría torcerse. No había sitio para sorpresas desagradables. No era posible.

A veces, esos días se tuercen. A veces, esas sorpresas desagradables se hacen un hueco para poner el día patas arriba.

A veces, basta un simple *e-mail*.

El olor a café recién hecho le animó a ponerse en pie y servirse una taza del humeante líquido marrón. Feliz y satisfecho con la vida regresó a su asiento.

Abrió su correo.

Una vez más repasó el artículo de Gus. Cogió el teléfono para llamarle pero un instante de inspiración le aconsejó que no sería lo más oportuno, no solo eran las ocho y media de la mañana sino que estaba de vacaciones.

«Seguro que sigue durmiendo».

Media hora más tarde llegó Patricia Prados.

Ese lunes iba a ser especial para ella por varios motivos. Uno, porque incluirían en el número especial parte de su investigación, sus sospechas en relación a posibles crímenes cometidos por el Asesino del Retiro, desconocidos hasta el momento por la opinión pública. Dos, porque sus dotes de investigadora le iban a empujar a poner en peligro su vida.

A las once de la mañana, un entusiasmado Cortijo, acompañado de una no menos entusiasmada becaria, regresaba de la imprenta donde las máquinas ya estaban plasmando en papel el número especial.

—Has hecho un excelente trabajo.

—Gracias, don Emilio —asintió algo azorada, junto a su mesa.

El director barrió la sala con la mirada.

—A parte de los que están de vacaciones, Julia. ¿Rosa lo está, verdad?

—Sí.

—¿Venancio?

La secretaria cogió su libreta. Tras pasar veloz varias páginas repasó el calendario de sus compañeros.

—Las coge en agosto.

Cortijo consultó el reloj.

—¡Qué raro!

—¿Quiere que le llame?

—Sí, por favor, Julia, llámalo —pidió mientras regresaba al despacho, miraba de

rejo a Patricia y se frotaba las manos.

Sentado de nuevo frente al ordenador encendió un pitillo. Sí, se sentía muy satisfecho. A última hora de la tarde saldrían los primeros números a la calle.

Suspiró.

Sin abandonar la sonrisa abrió su programa de correo.

La última calada coincidió con la lectura del remitente del *e-mail* recibido apenas unos minutos antes. Comenzó a toser descontroladamente. Tiró el pitillo sobre la mesa, giró la silla y se echó hacia delante con una mano apoyada en la mesa sin dejar de toser.

Julia llamó a la puerta con los nudillos, asomó la cabeza.

—¿Se encuentra bien, don Emilio? —quiso saber, mientras entraba con un vaso de agua en la mano.

—Sí, sí, solo me atraganté.

—Aquí se lo dejo.

—Gracias —dijo mientras daba un sorbo.

Cuando su secretaria abandonó el despacho. Cortijo, con un intenso temblor en su mano, cogió el ratón y abrió el correo.

Leyó:

¿Todavía no ha llegado Venancio Sánchez?...

—¡Dios mío! —se incorporó como si de pronto la butaca le hubiera sacudido una tremenda descarga y abrió la puerta. Con pálido semblante buscó el lugar que ocupaba Venancio. No había nadie.

A Julia no le costó entender lo que hacía su jefe detenido bajo el umbral con la mirada en el sitio de su ausente compañero.

—No coge el teléfono, don Emilio.

Cortijo cerró la puerta como si le pesara una tonelada y regresó a su asiento arrastrando los pies, la cabeza gacha, como si no quisiera ver lo que se le venía encima. Dejó pasar unos segundos sentado en la butaca, quizá reuniendo fuerzas para llevar la vista al monitor o quizá recordando argumentos o buscando otros nuevos que le convencieran que había hecho bien no atendiendo las amenazas recibidas.

No los encontró. Ni los recordó.

Con manos temblorosas siguió leyendo:

No se preocupe, le traigo información, ¿cómo dicen ustedes? ¿Una primicia? Bien, pues no demoremos más la espera y abra los tres archivos adjuntos, le espero.

Escondió la cabeza entre las manos y frotó con saña su cara. Necesitaba encontrar el valor necesario para ver las fotografías adjuntas. Resultaba demasiado sencillo imaginar lo que le esperaba al abrir los archivos llamados V. S. 1, V. S. 2 y V. S. 3.

Sí, demasiado sencillo y demasiado doloroso.

Lentamente se fue mostrando la primera de las fotos. En primer plano el rostro de su empleado con los ojos desenchajados. Cinta aislante enrollada a la altura de la boca dando la vuelta a la cabeza. Los brazos separados y hacia arriba. De las muñecas

partían cuerdas a los extremos del cabecero.

—Dios mío...

Emilio no acertó a decir nada durante los siguientes minutos. La mirada clavada en el rostro de Venancio, inmóvil, como cada músculo de su cuerpo. Abrió los dos archivos que faltaban mientras sentía como se le cargaban los ojos.

La segunda foto estaba tomada desde la izquierda. Su empleado, con los ojos cerrados. Llevó la vista a un reflejo metálico, sobre el pecho.

Amplió la fotografía.

—Pero... ¡Joder! ¡Joder! —el reflejo se convirtió en un fino puñal perfectamente reconocible, hundido hasta la empuñadura.

Cortijo sentía como su corazón se aceleraba. Mecánicamente encendió otro pitillo, dio un sorbo al café frío.

—¿Y esto...?

Parecía que había algo más sobre el pecho, unas rayas rojas, que...

—¿Att? —arrugó el entrecejo.

Localizó el siguiente archivo.

Con ansiedad amplió la imagen buscando el pecho. No le llevó más de un par de segundos comprender lo que significaban esas líneas rojas. Sus ojos comenzaron a descargar un reguero de lágrimas, no recordaba la última vez que le sucedió algo similar.

—Att... E. Cortijo...

Escondió la cabeza entre las manos y se dejó llevar, necesitaba desahogar toda la pena, la rabia y sobre todo la mala conciencia que le embargaba.

—Lo siento... lo siento... lo siento —balbuceó.

Distinguió a Julia pegada al cristal de la puerta, posiblemente le había oído llorar. Se frotó los ojos y entró en el pequeño baño del despacho. Con la cara lavada, un poco más relajado y con una cada vez mayor sensación de culpabilidad tomó asiento de nuevo.

Exhaló profundamente repetidas veces y cogió el teléfono.

—Julia, por favor, pásame con la comisario Rocío Prados, es muy urgente —su voz partió áspera, seca, como si le costara vocalizar. Dio un trago de agua.

—Ahora mismo, don Emilio.

No había transcurrido ni medio minuto cuando su teléfono comenzó a sonar.

—Don Emilio, no me ha dado tiempo a llamarla. Su secretaria está al otro lado del teléfono preguntado por usted. Dice que es muy urgente.

—Pásamela.

Rocío Prados continuaba intranquila, el fin de semana no le había servido para quitarse de la cabeza esa ligera pero incesante sensación de malestar, fiel reflejo de que algo estaba sucediendo y no conseguía siquiera intuir de qué podría tratarse. Se había planteado pedirle a Pati que abandonara la GaZeta y si se negaba, que seguro se

negaba, exigir como madre lo que como comisario no podría.

—¿Una de tus corazonadas? —quiso saber Jesús Romero la tarde anterior.

—Sí.

Ambos permanecieron en silencio unos eternos minutos. Sentados en el sofá, ella, agarrada al brazo de su marido con la cabeza descansando en su hombro, las piernas recogidas y la mente buscando información que le permitiera afrontar esa aguda sensación de peligro. Él, con la mirada en el techo, recordando incontables situaciones similares que habían vivido juntos. Todas respondían al mismo patrón, todas concluían con algún suceso que desatascaba la investigación en curso.

Como ahora.

Como esta investigación.

Las primeras horas de la mañana del lunes las pasó reunida con Mendía analizando diferentes casos que llevaban en la comisaria. Era consciente que quizá estaba demorando el momento de regresar al Asesino del Retiro.

—¿Leíste el informe de Corrales? —preguntó Rocío.

El inspector jefe llevó la vista a la pared, guiñó los ojos.

—La verdad es que con tanto lío no lo he hecho, pero ahora que lo pienso tampoco lo he visto. ¿Tú? ¿Tienes una copia?

Antes de responder echó un rápido vistazo por los papeles que poblaban su mesa. La bandeja de asuntos pendientes estaba repleta. No se había preocupado del informe debido a que durante los últimos días sus preferencias fueron otras, además, contaba con que José Carlos Mendía, o el propio Faustino le hubieran comentado cualquier tema que resultara trascendente.

Levantó una gruesa carpeta con documentación.

—Aquí, está, aún no consigo que dejen lo que quiera que atienda en esta bandeja —puso la mano sobre la que se refería— o que se lo den a María —suspiró— estoy segura que debes tener otra copia en tu mesa —dijo entregándosela— de todas formas échale un vistazo, por favor.

—Ahora mismo —Mendía se incorporó—. Oye, Rocío...

La comisario levantó la cabeza, cuando su compañero le llamaba por su nombre significaba que lo que fuera a decir no era de policía a policía.

—Hemos pasado mucho tiempo juntos, muchas horas, muchos casos ¿verdad?

—Sí, muchos —le ofreció una sonrisa agradecida.

—Sé que te preocupa algo —levantó la palma de la mano—. No, no digas nada, si hubieras querido compartirlo lo hubieras hecho. No olvides que estoy para lo que necesites.

—Lo sé, José Carlos. Lee el informe de Tino y hablamos.

—De acuerdo.

Rocío Prados sonrió a la espalda de su amigo y compañero mientras se dirigía a la puerta. Le quería mucho, con toda su cabezonería, su bondad, su falta de ambición, y sobre todo con su inquebrantable fidelidad.

Encendió el monitor del ordenador, había llegado el momento donde la burocracia tomaba el mando de su tiempo. Seguro que había varias decenas de correos sin responder.

Comenzó a repasar la lista pero no fue más allá del que ocupaba el puesto cuatro. El remitente le heló la sangre, la sacudió en el asiento.

«Aquí está...».

El Asesino del Retiro.

Sin duda, ese era el momento al que se refería su incesante sensación de peligro en el que llevaba sumida los últimos días. Una vez más se cumplía lo que su intención avisaba.

Abrió el correo.

—¿VS 1, VS 2, VS 3? —siseó entre dientes.

Mi admirada comisario.

Como bien sabe, la pasada semana me puse en contacto usted y con Emilio Cortijo, director de la GaZeta Negra, a ambos les pedí que de momento no publicaran las fotos que les adjuntaba de Zoilo Cerrato. De usted no tengo queja, pero el inconsciente del señor Cortijo decidió reírse de mí, de mi sugerencia. Eso no lo puedo permitir. ¿Qué pasaría después? ¿Dónde queda el valor de mi palabra?

Bien, le adjunto tres archivos. VS corresponde a las iniciales de Venancio Sánchez, empleado de la GaZeta cuyo triste final tiene un culpable; Emilio Cortijo.

Le he vuelto a pedir que, de momento, no las publique. Si vuelve a subestimarme me obligará a ser aún más persuasivo.

Seguiremos en contacto.

Rocío abrió los archivos adjuntos.

La contemplación del cuerpo sin vida de Venancio Sánchez le afectó. Había visto muchos cadáveres a lo largo de su dilatada carrera, pero ninguno de ellos había sido compañero de trabajo de su hija, y tampoco había recibido amenazas de una posible venganza por parte de un asesino si no se le tomaba en serio. Ciertamente que en esta ocasión no se había dirigido a ella en esos términos, pero leyendo entre líneas era fácil comprender que iban implícitas a todo el personal de la GaZeta.

—Pati...

Respiró profundamente varias veces y cogió el teléfono.

—María, por favor, ponme con Emilio Cortijo, el director de la GaZeta Negra. Dile a su secretaria que es muy urgente, que si está reunido abandone la reunión o me presentaré en sus oficinas con varios coches patrulla y le traeré a comisaría por las solapas —soltó de corrido, como si temiera que si dedicaba un segundo a pensar lo que estaba diciendo pudiese volverse a atrás.

María Esther no daba crédito a lo que escuchaba. Jamás había visto a su amiga y jefa en ese estado, mezcla de brutal enfado y necesidad imperiosa de información.

—Ahora mismo, comisario.

Sí, llevaba razón, Rocío Prados estaba muy enfadada, cabreada, pero su motivo principal no era Cortijo, aunque dispusiera de razones para convertirle en foco de su ira, si no quién quiera que fuera el que se escondía tras el apodo del Asesino del Retiro. Muchos años llevaban ya tras ese caso, no quería que le sucediera lo mismo que con el de las rosas blancas y negras. Había que acabar cuantos antes con la captura del sádico psicópata que tiene el valor y la cobardía de actuar como actúa y luego restregárselo a la policía.

—Don Emilio, buenos días. Imagino que sabe por qué le llamo, antes de que hablemos sobre ello necesito que me diga la dirección de Venancio Sánchez.

Julia se levantó de la silla. Con un par de pasos llegó a la mesa de Patricia.

—Algo sucede. Seguro que tiene que ver con Venancio.

Pati la miró a los ojos, estaba inmersa en los apuntes de Gus y no sabía de qué hablaba.

—Don Emilio me ha pedido que le pase con urgencia con tu madre, y antes de que pudiera hacerlo, ha llamado su secretaria y...

—María.

—Sí, ella, para lo mismo, que le ponga con urgencia con el jefe.

—¿Crees que Venancio se ha metido en algún lio?

—De ser así, el lio ese que dices ha tenido que ser muy, pero muy gordo. Espero que no nos tengan así mucho tiempo y nos cuenten qué sucede.

—No, no me mires así, no voy a llamar a mi madre.

—Vale... —Julia apretó los labios, dedicó a su nueva amiga una mueca de cordero degollado y regresó a su puesto de trabajo.

Patricia regresó a su investigación, feliz, ya faltaba menos para ver la primera publicación de su trabajo. Repasó el informe de su compañero sobre el asesinato del periodista Ramón Cespeda, que Gus tras dudas iniciales lo achacaba al Asesino del Retiro, como el crimen de Zoilo Cerrato, y que ella no veía la relación. No se había llevado ningún objeto de la víctima, que se supiera, ni dejado nada en ella, ni escrito la famosa frase. Según constaba en dicho informe, recogido también por la prensa, en el pecho de la víctima se encontraron varios cortes que podrían formar una palabra.

—Seguro que lo ha hecho para que la policía pensara que era el mismo que asesinó a Cerrato. ¿Verdad? —siseó concentrada.

A su derecha, el número de la GaZeta que recogía el artículo del Parador de Gibralfaro, la mención al asesinato de Cespeda. Fotografías del parador, de un grupo de personas, que resultaron ser periodistas atendiendo a la jefa de prensa de la policía.

A su izquierda, las fotos reveladas de ese mismo caso.

Patricia observó las fotografías de la revista. Gus apenas había podido enfocar a

la mujer que atendía a la prensa, parte de la imagen la ocupaba un individuo obeso, que aparecía de lado, con una generosa mata de pelo rizada sostenida por unas gafas.

Una tenue luz se encendió en los nebulosos recuerdos de Pati.

Guiada por un repentino impulso, cogió el pequeño paquete de fotografías de Gus. Localizó las que se editaron en la GaZeta en relación a Zoilo Cerrato y siguió buscando hasta dar con la que aparecía en el artículo de Ramón Cespeda y varias más que no habían sido publicadas.

Ahí estaba.

De repente comenzó a sentir un ligero temblor recorriendo su cuerpo. Buscó a Julia con la mirada, la vio enfrascada en su trabajo. A continuación a sus compañeros de redacción, nadie parecía prestarle la más mínima atención. Llevó de nuevo la vista a las tres fotos que centraban su interés.

Negó con la cabeza.

—No, no, seguro que tiene explicación...

Una de las fotografías mostraba un primer plano del periodista Cespeda observando la furgoneta de la BBC. Las gafas en la cabeza. Pati se levantó de la silla, al rato regresó con una lupa.

El ligero temblor había dado paso a un millar de hormigas horadando su estómago. A la marca de la patilla de las gafas de Cespeda le sucedía lo mismo que a las que Gus llevaba días atrás en la reunión que mantuvieron en el despacho del director. A ambas le faltaban las últimas letras de GUCCI.

«GUC... ¿Coincidencia?».

Levantó la vista de las fotografías en el instante en que Emilio Cortijo salía apresurado de su despacho. El rostro más cetrino, si cabe, que el de minutos antes, la mirada perdida, ojos llorosos. Un pitillo encendido entre sus dedos. A mitad de la sala se detuvo.

—Escuchadme un momento, por favor —llevó dos dedos junto a los lacrimales, le estaba costando horrores mantener la compostura—. Creemos que nuestro compañero Venancio Sánchez ha fallecido —dijo con la voz entre cortada— por favor, no me hagáis preguntas, voy a su casa, la policía está de camino, en cuanto sepa algo os lo haré saber —dijo girando sobre sus talones en dirección a la salida de la redacción sin dar oportunidad a que desoyeran su ruego.

Todos los presentes en la sala cruzaron sus miradas. Nadie se movía, hasta que lo hizo Patricia.

—Julia, ¿sabes dónde vive Venancio?

La secretaria llevó las manos a la cara como si quisiera despertar de un incómodo sueño, mientras asentía con vehemencia.

—Sí, sí, por Moncloa, espera que te dé la dirección, la tengo por aquí.

Un par de minutos más tarde, antes de que nadie de sus compañeros se ofreciera a acompañarla, y con la dirección de Venancio apuntada en un pos-it, abandonaba el portal de la redacción.

—¡Taxi!

Aún no había cobrado, apenas le faltaba una semana, pero ese taxi era más que necesario. No sabía qué le había impulsado a salir de esa manera como si de una veterana se tratara. A falta de jefes en la redacción, la posibilidad de tomar sus propias decisiones se había presentado sin avisar y no pensaba dejarla escapar.

Sacó del bolso su libreta de notas y escribió:

Venancio muerto. ¿Venganza del Asesino del Retiro? Mi madre dijo que entendía la publicación de las fotografías, pero que posiblemente el asesino lo tomara como una falta de credibilidad a sus amenazas.

Contemplar que este pudiera ser el motivo del fallecimiento de su compañero le generó un cosquilleo aún más intenso que el que le acompañaba desde que vio las gafas de Ramón Cespeda entre las fotografías de Gus. Una cosa sí que tenía clara, en unos minutos se enteraría si Venancio había fallecido de muerte natural o no.

—Es ese portal de ahí delante, señorita. Al otro lado del cordón policial, no puedo acercarme más.

—Sí, déjeme aquí, gracias.

Armada con su bolso, la agenda, un grueso manojo de nervios, dudas, muchas dudas, y una lacerante sensación de miedo se dispuso a recorrer los no más de veinte metros que la separaban del portal de la vivienda de su compañero. No pudo completar más de diez.

—No se puede pasar.

Iba a decir que era periodista de la GaZeta que estaba cubriendo la noticia, pero no tenía carnet ni nada que lo justificara.

—El fallecido es periodista, compañero mío de la GaZeta Negra, vengo a cubrir la noticia, pero con las prisas me he dejado el carnet de prensa en la redacción y...

—Está bien, pase, pero no puede acceder al portal.

—Gracias —soltó sorprendida.

Se detuvo a un par de metros del punto convenido. Dos coches patrullas en cada sentido de la calle, agentes a un lado y a otro. De fondo, sirenas.

—Patricia ¿qué haces aquí? —el tono de voz que le llegaba de su madre no era el destinado a los buenos momentos— le pedí a Cortijo que no te dijera nada —masculló entre dientes.

—Y no lo ha hecho. Cuando se marchaba nos ha dicho que Venancio había muerto, que iba a su casa y he salido detrás.

Rocío bajó la mirada un instante al suelo. Ella hubiera hecho lo mismo.

—Mamá, tengo algo que decirte, creo que es muy importante.

Una voz a sus espaldas interrumpió a las dos mujeres.

—Comisario Prados —Cortijo apareció con el semblante afectado y el brazo estirado a modo de saludo—. ¿Patricia? ¿Qué haces aquí?

Como respuesta ofreció su propia pregunta.

—¿Gus?

—Le he llamado antes de salir, estaba en Gijón, llegará en unas horas —volvió el rostro hacia la comisario— ¿el cuerpo está en su...? —elevó las cejas en dirección al portal.

—Sí, las fotos fueron tomadas en el dormitorio.

Patricia sentía que se estaba perdiendo algo, sensación que le daba mucha rabia, más en esos momentos.

—¿Fotos? ¿Qué fotos? —miró al director, luego a su madre, de nuevo al director, a su madre—. ¿El Asesino del Retiro ha enviado fotos de Venancio como hizo con Zoilo Cerrato? ¿Es eso?

Ambos movieron la cabeza afirmativamente.

Llevó la mano a la boca.

—Ha cumplido su palabra... —su voz apenas un balbuceo.

—¿Podemos acceder a la casa de Venancio? —preguntó el director de la GaZeta temiendo la respuesta que le aguardaba.

—No, lo siento, está la científica documentando todo tipo de pruebas.

El rostro cetrino de Cortijo se contrajo.

—¿Las fotos son de su dormitorio?

—Sí.

Por la cabeza de Patricia desfilaban desordenados todos los informes que contaba en su poder desde que decidió poner su atención en el Asesino del Retiro, para su trabajo de fin carrera, pasando por su posterior investigación y crímenes no asociados al mismo asesino, hasta la documentación aportada por Gus. Junto a ellos chocaban en total falta de orden y armonía un sinfín de fotografías; las de los cuerpos sin vida de Lorena, Marisol, Sandra Bonaechea y su madre Arancha, Zoilo Cerrato, Ramón Cespeda.

Y las gafas de GUCCI.

Nada tenía sentido y sin embargo todo iba encajando.

—Mamá —aprovechando que su jefe atendía la llamada de un colega detenido al otro lado del control policial, Patricia se acercó a la comisario— tengo que hablar contigo.

Rocío miró fijamente a su hija.

—¿Cómo comisario o como madre? Sabes que no puedo darte información que ataña al...

—Lo sé, lo sé —llevó las manos a la cara— necesito que me digas una cosa, te prometo que quedará entre tú y yo. De verdad, te lo prometo.

—Pues yo no prometo nada. A ver, dime.

—¿Se sabe cuando murió Venancio? Más o menos...

La comisario observó a su hija en silencio durante unos segundos. No se le escapaba que tenía una teoría, estaba aprendiendo a tomar en serio los presentimientos de Patricia. Se veía reflejada en ella veinte años antes.

—Por favor, dímelo, luego te cuento algo, necesito compartirlo contigo.

—¿Por qué no a tu jefe?

La periodista negó con la cabeza mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—No puedo, no, no es posible —su voz partió entrecortada.

—Alrededor de unas cuarenta y ocho horas.

—El sábado por la mañana, a mediodía ¿podría ser?

—Sí, podría —Rocío volvió la cabeza— tengo que dejarte, me llaman.

—Vale, esta noche te cuento algo que creo que es muy importante para la investigación.

Como respuesta, la comisario sonrió, dio media vuelta en dirección al portal de la vivienda de Venancio y tras una fugaz mirada a su hija desapareció en el interior.

Patricia recordó la llamada que le hizo a Gus el pasado sábado a mediodía. Según afirmó aún no había terminado el artículo del número especial y por tanto no había partido de viaje.

—Hace menos de cuarenta y ocho horas estaba en Madrid... —susurró mientras lo anotaba en su cuaderno de notas.

Su corazón comenzó a latir con intensidad, en sus manos un ligero temblor. Un nombre encabezada la lista de sospechosos. Una lista reducida, muy reducida. Un individuo de unos veinticinco años, alumno de la Facultad de Ciencias de la Información, que conoce como pocos la trayectoria del Asesino del Retiro y que en cada artículo que escribe hace gala de contar con la mejor y más fiable información.

—¿Por sus fuentes o por él mismo?... —tomó asiento en un escalón de un portal cercano— ¿Gus? Pero ¿Por qué? Y ¿el asesino mayor?

Un sudor frío recorrió su cuerpo.

Efecto mariposa

Gus recibió la esperada llamada de Cortijo pocos minutos después de que viera las fotos de Venancio y hablase con Rocío Prados.

—Esto se está yendo de las manos, o la policía atrapa al *hijoputa* este o acabará con todos nosotros.

—Eso está haciendo, Emilio. Ya comentamos que era muy peligroso llevarle la contraria.

—Somos periodistas, no podemos doblegarnos al chantaje de nadie. No es la primera vez desde que se fundó la GaZeta Negra que recibimos amenazas de todo tipo de gentuza.

Gus se hallaba desayunando en la terraza de su apartamento contemplando el Cantábrico, hoy calmo, a la vez que imponente. Las cosas estaban donde quería que estuvieran.

Eso creía.

—Cierto, Emilio, pero ninguno era como este. ¿No crees? Hazme caso, como bien sabes llevo años detrás de él.

—Tengo que irme, he quedado con la comisario en la casa de Venancio. ¿Te espero en unas horas?

—Sí, salgo en unos minutos.

Emilio introducía con gestos torpes los brazos en las mangas de la chaqueta mientras sujetaba el teléfono entre la mejilla y el hombro.

—¿Sabes lo que más jode, Gus? —sin aguardar respuesta, añadió—: que si Patricia tiene razón, el *hijoputa* este es un niño de mierda. ¿Sabes qué te digo? Que precisamente por eso meterá la pata y le cogerán. Me daría más miedo si tuviera cuarenta o cincuenta años.

Gus no respondió nada. Bastante tenía con morderse la lengua y soltar por la boca la bilis que le consumía.

«¿Niño de mierda?».

—No tardes —dijo Emilio.

Colgó.

Tras cortar la comunicación con su jefe dedicó unos minutos a descansar la vista en el horizonte que le ofrecía toda una gama de cambiantes azules salpicado de puntos blancos. Se estaba esforzando en controlar la rabia contenida que le había generado la conversación con su director.

«Lo importante es que estamos donde queremos. Lo que diga Cortijo solo refleja su impotencia, su ira y su culpabilidad por no hacernos caso».

Una vez más sonrió a su voz interior. Dio una última calada al pitillo, lo lanzó por la terraza y se levantó sonriente, feliz, y satisfecho. Como casi siempre, tenía razón.

—Qué haría sin ti.

En cuanto dejó caer el móvil en el bolsillo del pantalón corto, comenzó a sonar de nuevo.

«Número desconocido».

—Será la japuta de la becaria otra vez. No, ella no puede ser, su número salía en la pantalla ¿entonces? —arrugó el entrecejo y pulsó el botón verde—. Dígame —ladró al teléfono.

—Sé quién eres, sé lo que haces y sé lo que has hecho.

—¿Quién coño eres tú?! ¡¿Eh?! —un latigazo recorrió veloz su cuerpo de abajo arriba y de arriba abajo.

Clic de fin de llamada.

Miró con furia el móvil, cerca estuvo de lanzarlo a la calle.

Ese latigazo quemaba, le abrasaba el pecho, el cuerpo entero. Apretó los puños y la mandíbula mientras respiraba con visible dificultad. Jamás, nadie, en su puñetera vida le había faltado al respeto de esa manera, y si alguien lo había intentado se había encargado de que no lo volviera a hacer.

—Niñata... te crees más lista que yo. Te daré la oportunidad de que me lo demuestres.

Tal y como le aseguró a Cortijo, pocos minutos más tarde su BMW M5 se deslizaba por la carretera rumbo a Madrid.

Patricia Prados regresó a la GaZeta. En cuanto puso un pie en el interior sus compañeros, con Julia a la cabeza, se abalanzaron sobre ella requiriendo información.

—No me han dicho nada. Lo único que sé es que han encontrado muerto a Venancio en su casa —su semblante reflejaba la tristeza que le abrumaba.

—¿De muerte natural? —preguntó Julia con un hilo de voz, temiendo o quizá sabiendo cuál sería la respuesta.

—No lo creo, estaba la policía científica.

—¿Qué pasa? ¿Qué más te han dicho? —quiso saber la secretaria que ya comenzaba a interpretar las expresiones de su compañera.

—Ya os lo dirá don Emilio, que no tardará en volver —dijo encaminándose a su puesto de trabajo intentando dar por finalizada la conversación.

Julia no tenía suficiente, fue tras ella, con las manos apoyadas en la mesa, pegó su boca al oído de su compañera.

—A mí no me engañas, dime qué pasa.

—Don Emilio y la policía han recibido fotos de Venancio... —susurró.

La secretaria llevó la mano a la boca ahogando un grito.

—Venancio... —musitó. Un torrente de lágrimas partió sin control, de una carrera alcanzó el cuarto de baño.

Un par de horas más tarde Emilio Cortijo hacía acto de presencia en la redacción. Su rostro abatido, la mirada perdida, profundas ojeras, el pelo y el traje más revueltos de lo habitual. Sí, sin duda algo grave pasaba. De pie, junto a la puerta de su despacho habló a los no más de diez empleados que en esos momentos se hallaban en la sala. En sus rostros se reflejaba el estupor que las palabras del director les producían.

—¿Ha sido el Asesino del Retiro? —quiso saber, asustado, uno de los becarios.

—Es muy pronto para confirmarlo —mintió— pero es muy posible.

—Pero ¿por qué Venancio?

Había llegado el momento de sincerarse con su equipo. Habló de las amenazas recibidas, de su profesión de servicio a la sociedad, que como periodistas que eran no podían doblegarse ante esta gentuza, que...

—Don Emilio, yo me voy. He venido este verano aquí a aprender, no a jugarme la vida —dijo el becario que había intervenido recientemente.

—Lo entiendo, Cristóbal.

En cuanto Cortijo dio por finalizada su pequeña charla entró en su despacho, Patricia le siguió.

—Perdón, don Emilio. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Ha recibido amenazas en este último correo?

El director asintió.

—Será difícil que la noticia no llegue a otros medios. Si no la publicamos, lo harán otros, quizá no con las mismas fotos, pero sí con la misma noticia. No creo que Cristóbal permanezca callado cuando salga de aquí.

Sabía que llevaba razón en todo lo que decía, pero se sentía abatido y sin ganas de luchar, vencido y con ganas de desaparecer.

—¿Puedo ver las fotos?

—¿Para qué?

—Para completar mi investigación —apuntó seria.

Emilio encendió el monitor, el correo del Asesino del Retiro permanecía abierto. Prendió una cerilla y la acercó a un pitillo. Al contemplar de nuevo la imagen de su empleado con la mirada sin vida llevó su mano temblorosa al rostro. Dejó que el humo de la primera calada golpeará la pantalla como si quisiera borrar para siempre el rostro de Venancio de sus recuerdos. En cuanto el humo se disipó su empleado seguía ahí. Otra calada, el mismo resultado.

—Necesito estar solo y... —su voz apenas un leve susurro.

—No pretendo molestarle, si no le importa podría... —introdujo la mano en el bolso y sacó un Dvd que blandió en el aire.

Cortijo se levantó.

—De acuerdo, grábalas, necesito tomar el aire. Te pido que no las enseñes a tus compañeros, no quiero hacer un circo de esto. Ya tendrán tiempo para hartarse de

verlas —afirmó saliendo del despacho.

La becaria se le quedó mirando mientras se movía visiblemente nervioso por la estancia. En cuanto su jefe se marchó, su vista fue directa al monitor, solo veía la parte trasera. Ahora que tenía permiso para hacer copias un enorme puño presionaba su estómago manteniéndola pegada a la silla. El rostro abatido de su jefe, sin saber por qué de pronto la impactó como si lo tuviese delante en esos momentos. Debería haber visto cientos de cadáveres a lo largo de su vida profesional, pero por alguna razón actuaba como si fuera la primera vez.

Sopló con intensidad varias veces antes de incorporarse.

Ese enorme puño que le había impedido moverse la preparaba para lo que pudiera encontrar. Con cuidado, como si temiera romper la silla del director, tomó asiento. El correo del Asesino del Retiro con los tres archivos adjuntos se hallaba frente a sus ojos.

—No, ahora no, luego... —susurró mientras se debatía entre abrir las fotos en ese momento o dejarlas para cuando llegara a su casa.

Optó por la segunda opción. Aprovechó el tiempo que tardaba la grabación de Dvd para leer el texto del correo.

¿Todavía no ha llegado Venancio Sánchez?...

Como si no fuera con ella, su vista fue al tercer párrafo

... No ponga esa cara, no me ha dejado otra opción, señor Cortijo. Le avisé de las consecuencias de no cumplir con lo que le pedía. ¿Tan difícil era? A pesar de mi buena voluntad, ha decidido pasar por encima de mi advertencia faltándome al respeto. Eso, como usted bien comprenderá, como hombre de negocios que es, no lo puedo tolerar...

—Exactamente lo que decía mi madre, pero ¿por qué Venancio?

En cuanto formuló la pregunta entendió la respuesta. No hay un por qué, bien podría haber sido otro compañero, o ella misma, o la mujer de Cortijo o cualquier otra persona. Se trata de matar por matar.

El Dvd había completado su trabajo. Pulsó su letra correspondiente para abrir la carpeta y comprobar si estaban los tres archivos. Durante unos eternos segundos permaneció con el ratón sobre una de ellos. No pudo contenerse y lo presionó.

—Dios mío...

El rostro aterrorizado de Venancio apareció en primer plano. Patricia sentía como sus ojos se cargaban de rabia, de pena, de dolor.

—Ojalá te cojan ya, desgraciado hijo de puta.

Ese fue el primer momento que por su cabeza cruzó con más convencimiento la idea de ingresar en la academia de policía.

Unos minutos más de las seis de la tarde, Emilio y Gus hacían acto de presencia en la GaZeta. Todas las miradas fijadas en ellos solicitando información. Llegaban de casa de Venancio.

—Se han llevado el cuerpo al tanatorio, su hermano estará a punto de llegar a Madrid —dijo Cortijo detenido en medio de la sala. Su rostro algo más relajado que horas antes.

Gus clavó su mirada en la becaria que la aguantó impasible durante los primeros segundos. Si estaba en lo cierto lo que menos necesitaba era ponerle sobre aviso.

«No, no puede ser él, a pesar de que todo apunte en su dirección».

Esa noche tenía previsto hablar con su madre. Lo necesitaba. Su punto de vista le mostraría el camino correcto a seguir, sin duda.

—¿Ya se sabe si ha sido el Asesino del Retiro? —quiso saber Julia.

Cortijo y Gus intercambiaron sus miradas.

—Sí, Julia, sí. Lo ha admitido.

—¿Cómo que lo ha admitido?

—Ha enviado otro correo.

Se hizo el silencio durante un interminable y doloroso minuto.

—¿Y ahora qué, don Emilio?

—Ahora toca dar con este cabronazo y encerrarlo de por vida —de su boca partió cada sílaba cubierta de rabia— la policía tiene todos los medios disponibles para darle caza.

«Caza...».

Gus se esforzó por evitar sonreír.

—Os puedo asegurar que me han afirmado que está al caer. Ha dejado pruebas en casa de Venancio —mintió, solo quería dar una buena noticia en un día tan aciago.

Gus torció levemente el gesto mirando al director.

Patricia no perdió detalle.

«¿Miente el director? O...».

Emilio entró en su despacho seguido de su reportero estrella, al pasar junto a Patricia le hizo una seña con la mano para que les acompañara. Una vez dentro encendió su inseparable pitillo y tomó asiento.

—No sé si sabes —miró a la becaria— que la policía ha recibido las mismas fotos que yo. Una vez más el *hijoputa* este nos ha vuelto a amenazar.

—¿Qué vas a hacer, Emilio? Ya sabes cómo se lo toma cuando no se le obedece —intervino Gus.

Patricia observaba el perfil de su compañero mientras hablaba. El perfil y las gafas que llevaba colgadas en el cuello del niqui.

—Llevas razón, no hay que tomárselo a broma, pero tampoco nos podemos dejar intimidar. En cuanto terminen con la autopsia y entreguen el cuerpo a sus familiares se hará el entierro —clavó su mirada en la brasa de su cigarro— seguro que el malnacido este irá, apuesto lo que sea.

«No sabría decirte, depende si tengo algo que hacer».

—De momento, Gus, escribe el artículo por si al final le detienen y podemos publicar el siguiente número con el crimen de Venancio.

—Y su detención... —añadió Patricia.

Gus hizo ademán de levantarse.

—Me pongo con ello, Emilio —se volvió hacia su compañera— ¿has avanzado algo más?

La hija de Rocío tardó en reaccionar el tiempo suficiente para que su respuesta pareciera de todo menos sincera. Dos cuestiones le habían descentrado. Una, su mirada siguiendo la mano de Gus cogiendo las gafas enganchadas en el niqui. Dos, la búsqueda del logotipo de la marca en la patilla. Apenas fueron un par de segundos lo que le llevó confirmar que eran las mismas que llevaba el otro día y seguramente habían pertenecido a Ramón Cespeda.

«Quizá se las regaló».

En cuanto el pensamiento se formó en su cabeza, recordó las palabras de su compañero cuando le dijo que apenas le conoció. No tenía sentido que se las regalase si no se conocían ¿o sí?

—Patricia... —Gus siguió la mirada de la becaria hasta sus gafas.

—Sí, perdona. Lo que he averiguado ya lo sabes, ahora con lo de Venancio creo que se está arriesgando mucho.

—¿Por qué dices eso?

—Si tal como cree la policía puede llevar muerto veinticuatro horas, quiere decir que desde la publicación del número solo han pasado un par días.

—¿Y...? —Gus volvió a sentarse.

—No, nada, solo que me llama la atención que se haya precipitado tanto, No ha tenido tiempo para prepararlo con tranquilidad.

«¿Qué coño sabrás tú?!».

—¿No podía haber empezado antes con los preparativos, cuando envió las fotos de Cerrato? Sería una forma de ir avanzando en su trabajo ¿no crees?

Los ojos de Gus emitían un brillo especial, diferente, frío.

Patricia llevó la mirada al director.

—Sí, es posible.

Emilio Cerrato se puso en pie.

—Marchaos a casa, y tú, Gus, cuéntale lo que me comentabas sobre por qué crees que Venancio fue el elegido.

—Claro.

Lo que menos le podía apetecer a Patricia era compartir con su compañero un segundo más. No le había gustado ni su mirada, ni su tono. Posiblemente sus sospechas basadas en una patilla de unas gafas fueran del todo absurdas, tanto como la interpretación de ese tono y de esa mirada. Estaría equivocada pero necesitaba poner tierra de por medio.

—Te haré caso, Emilio, me voy a casa. Con tanto ir y venir a Gijón necesito descansar. ¿Quieres que te lleve, Patricia? Me pilla de camino.

«¿Sabe dónde vivo?».

—Me dieron tu ficha ¿recuerdas? Sé dónde vives, o mejor dicho sabemos dónde vives, por si te lo estás preguntando.

La becaria intentó poner la mejor expresión que reflejara su sorpresa por ese comentario, una extraña mueca cubrió su rostro.

—Sí, lo imagino y te lo agradezco, pero me vienen a buscar.

—Hasta mañana entonces —dijo abandonando el despacho.

Minutos más tarde no quedaba nadie en la redacción salvo Patricia y la mujer de la limpieza. Había optado por dejar pasar un tiempo para no encontrarse con Gus en la calle. Tiempo que aprovechó para ver las fotografías de Venancio que había grabado en el Dvd.

Lo introdujo en el lector de la torre. Nerviosa y asustada por lo que se esperaba encontrar aguardó los segundos que le llevó al ordenador mostrar en pantalla el contenido del disco.

Abrió el primer archivo, VS 1.

Era el mismo que había visto sentada en la butaca de don Emilio, la impresión recibida era la misma o mayor.

Abrió el segundo, VS 2.

Su compañero con los ojos cerrados. Como a Cortijo le llamó la atención un brillo alargado sobre el pecho de Venancio, hizo lo mismo, ampliar la foto y llevar la mano a la boca ahogando un grito al reconocer un cuchillo clavado hasta la empuñadura. Sentía como se estremecía, un frío intenso, paralizante, trepando veloz por su cuerpo.

No, no era solo por el cuchillo.

Sino por algo situado más a la derecha de la fotografía, fuera del plano de Venancio, sobre la mesilla. Volvió a ampliar la foto...

Esta vez sí que dejó escapar un grito. Frente a ella se distinguía con claridad una de las patillas de las gafas que llevaba Gus.

—GUC... —siseó entre balbuceos.

Le quedaba otro archivo pero no necesitaba verlo. Ni tenía tiempo. De pronto le entraron las prisas. De un cajón de su mesa se hizo con la hoja en la que se recogía el nombre y apellidos de sus compañeros de la GaZeta. Cogió su móvil y llamó a su madre mientras se hacía con el Dvd que guardó en el estuche antes de introducirlo en el bolso.

Uno, dos, tres tonos...

—Cógelo mamá, cógelo, cógelo, vamos, vamos... —dejó el teléfono apoyado en el hombro mientras recogía las carpetas que se llevaría a su casa.

Cuatro, cinco...

El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura, si quiere dejar algún mensaje hágalo después de oír la señal.

—Mamá, por favor, investiga este nombre. Sí, sé que no debo hacer esto pero es muy muy muy importante... —dijo con voz nerviosa y entrecortada—. Mantial

Noriega. Creo que se trata de...

De pronto, suelta el teléfono, algo cubre su cara. Un olor intenso, imposible de respirar.

«Me ahogo...».

Agita brazos y piernas descontroladamente.

Después... después solo oscuridad.

José Carlos Mendía regresó a su despacho tras varias horas en el apartamento de Venancio Sánchez. Coincidió con Rocío cuando afirmaba que le preocupaba la seguridad de Patricia. No podía negar que en su lugar estaría igual o más inquieto, pero no se sentía con la claridad necesaria como para dar consejos. Era decisión de su hija, periodista y con la suficiente capacidad para tomar sus propias decisiones.

—¿Qué harías si en lugar de Pati fueras tú la que se encuentra en su lugar?

La comisario no respondió. Bastó una mirada y un ligero movimiento de cabeza para comprender que hubiera continuado hasta el final, es su trabajo y si huye lo hará siempre.

No obstante, ambos sabían por propia experiencia, que las situaciones a las que se enfrentaban cada día eran como pequeños exámenes que te indicaban si querías seguir por ese camino o tomar otro. Corrales optó por la división de informática.

¿Patricia?

Lo que decidiera Patricia estaba por ver.

Sentado en su mesa cogió el completo informe de Faustino sobre Ángel Bravo Mira, Jacinto Hoz Lavaca y Prudencio Marcial Conde, socios de Úrsula Ventura Quesada, cuyas iniciales se correspondían con las de la pulsera hallada en la muñeca de Lorena Rodríguez, primera víctima, para la prensa, del Asesino del Retiro. Coincidió con Tino en que Ángel Bravo y Jacinto Hoz disponían de coartadas, si no infalibles, sí creíbles.

—Prudencio Marcial Conde... —murmuró al leer el nombre del tercer socio.

Recordaba perfectamente a Prudencio Marcial, reconocido empresario, pero desconocía que su segundo apellido fuese Conde.

«Si es que se trata del mismo».

Siguió leyendo:

... fallecido en accidente de tráfico en 1997 ...en colisión entre varios vehículos y una motoniveladora que estaba trabajando en la cuneta en las obras de ampliación de la carretera que va a Madrid...

... su mujer Blanca Morega continúa ingresada en el psiquiátrico de la Sierra... dejó dos hijos, Agustín y Sara...

Conforme avanzaba en la lectura, en su mente se iban acumulando destellos de imágenes, de frases, de recuerdos. Corrales incluía el propio informe de Mendía en el

que no tenían cabida esas imágenes, ni esas frases, ni esos recuerdos que golpeaban desde su pasado.

—Típica riña familiar, el marido huye y fallece minutos después... —leyó sus propias palabras.

El conocido sonido de su teléfono móvil avisando de la llegada de un SMS cortó sus recuerdos. Miró la pantalla:

«Begoña».

Como siempre le sucedía cuando recibía un mensaje de su mujer, su rostro dibujaba una amplia sonrisa. Se dispuso a leer el SMS.

¿Vas a tardar mucho? Lo digo por la cena, lo de hoy hay que tomarlo en el momento de hacerlo.

Consultó su reloj.

—Casi las nueve.

Se puso las gafas, con escasa habilidad comenzó a responder, letra a letra, pulsando cada tecla con el dedo índice.

Salgo ya. Me he liado con un informe.

Antes de abandonar la comisaría dejó apuntado en una hoja del calendario sobre la mesa:

Mirar notas sobre Blanca Morega y Prudencio Marcial.

Daban las nueve en punto de esa misma noche cuando Jesús Romero sintonizaba las noticias en la televisión.

—... esta mañana se ha encontrado el cuerpo sin vida del periodista de la GaZeta Negra, Venancio Sánchez, en su apartamento. Según fuentes cercanas a la investigación se baraja la posibilidad de que sea obra del llamado Asesino del Retiro...

—¡Rocío!

La comisario entraba por la puerta en esos momentos. La pequeña Esther dormía a pierna suelta en su cuna. Su marido le señalaba la pantalla.

—... se ha filtrado la noticia que hace referencia a una posible amenaza del Asesino del Retiro al director de la GaZeta cuando le envió las fotografías que recogían el brutal asesinato del joven empresario Zoilo Cerrato, en el que le advertía de las posibles consecuencias si publicaba dichas fotos...

—¿Pero cómo se han podido enterar tan rápido? A veces pienso que hay topes en todos los sitios, Jesús.

—¿Dispondrá el director, don Emilio Cortijo, de fotografías de su empleado hechas y enviadas por el asesino? ¿Las publicará? En los próximos días conoceremos la respuesta a esta y a otras cuestiones, y ...

Jesús se volvió hacia su mujer.

—Te preocupa Pati.

Rocío asintió.

—Sé que entra dentro del papel de ser madre y que no la puedo obligar a hacer nada que no desee. Pero sí, reconozco que me tranquilizaría saber que renuncia a continuar en la GaZeta, pero eso solo demuestra mi egoísmo.

Romero deslizó su brazo sobre los hombros de su mujer, dejó caer un beso en su cabeza.

—Eso no es egoísmo, sino amor...

—Ya, cuéntaselo a ella —de pronto se incorporó, sus ojos buscaron el reloj de pared—. Qué raro que no haya venido, esta mañana me dijo que al llegar a casa me contaría algo muy importante.

Cogió el móvil.

No había ninguna llamada de Patricia. Sí varios mensajes como era habitual cada día, sumaban diez. Si fueran importantes seguro que insistirían. Todavía no había sido capaz de desvincular su teléfono privado del de trabajo. No se veía con dos teléfonos encima.

—Hazlo al revés. Da el número de tu trabajo a pocas personas, a tu madre, Pati, María...

—Sí, eso es lo que tendré que hacer.

Pero aún no lo había hecho y el mensaje de su hija aguardaba su momento para ser escuchado mezclado entre otros diez.

La siguiente hora transcurrió excesivamente lenta en la casa de la pareja de comisarios. Sentados a la mesa aguardaban la llegada de la periodista que se hacía rogar en exceso.

—No puedo esperar más —dijo Rocío mientras cogía el móvil y llamaba a su hija. Llevó la mano a la cabeza mientras caminaba de un lado a otro.

El número al que llama está apagado o...

—Algo pasa, Jesús, sé que algo pasa y te aseguro que no es nada bueno... —su voz próxima a un susurro.

—Prueba con Fernando.

Rocío le ofreció una mueca agradecida por recordárselo.

Al tercer tono respondieron al otro lado de la línea telefónica.

—¿Fernando? Soy Rocío, la madre de Pati. ¿Está contigo?

—No, hablé con ella esta mañana, la noté preocupada y me dijo que me llamaría esta noche que creía haber descubierto algo importante. La he llamado varias veces y salta el contestador.

La comisario apretó los labios. Sentía los ojos más húmedos de lo normal.

—Si te llama dile que se ponga en contacto conmigo, por favor.

—Por supuesto, Rocío, será lo primero que le diga.

Jesús observaba las cambiantes expresiones del rostro de su mujer. No había necesidad de preguntar qué le había dicho el novio de su hija.

—A ver si con Marta...

De la mejor amiga obtuvo la misma información. Ninguna.

—¿La niña no ha venido? —quiso saber Berta entrando en el salón con un cuenco repleto de gazpacho en cada mano.

—No, mamá.

Berta se acercó a Rocío, sería comisario pero no dejaba de ser su hija y una madre sabía cuando algo no andaba bien solo con mirarla a los ojos.

—¿Qué sucede? —miró a Rocío, luego a Jesús.

—Su móvil está apagado, he llamado a Fernando y le pasa como a nosotros y en la GaZeta no cogen el teléfono.

Berta besó a su hija.

—Verás como entra ahora por la puerta, que se le ha estropeado el teléfono o ha perdido el bolso. Ay, esta chiquilla, qué cabecita tiene —soltó de corrido la abuela sabiendo que sus palabras no iban a conseguir animar a ninguno de los presentes, ni a ella misma.

Nadie probó bocado de la cena aquella noche.

Nadie pudo pegar ojo.

Rocío se levantaba cada media hora para ver si su hija había regresado. Quizá la abuela Berta llevaba razón y había perdido el móvil o el coche le...

«No, no se lo ha llevado, ni había quedado con nadie para que la recogiese».

Ni ser comisario, ni toda la experiencia acumulada a lo largo de los años, te prepara para algo así. Cuando te toca tan de cerca los conocimientos se evaporan.

—No queda otra que seguir esperando —una vez más, regresó a su habitación. Una vez más, se metió en la cama.

Jesús se giró hacia ella.

—¿Quieres que vayamos a la comisaria y demos orden de búsqueda?

Los dos sabían que no tenía sentido, y que no era ético hacerlo.

—Sabes que no...

Romero se incorporó, ágil para su metro noventa y fornido cuerpo.

—Lo sé, pero este no es un caso cualquiera, no lo digo porque sea trate de Pati —dijo saliendo del dormitorio.

Una vez más, Rocío consultó el móvil.

Una vez más, sin el menos resultado.

Fijó la mirada en los ya 13 mensajes que guardaba, sin motivo aparente comenzó a escucharlos.

... comisario, le llamo del diario El Mundo...

Lo borró.

«Soy la secretaria del alcalde don Alberto Ruiz Gallardón me pongo en contacto con usted para confirmar la comida...».

Lo borró, María Esther se habría ocupado de confirmar.

Lo mismo hizo con el tercero y el cuarto. Sin embargo, el quinto...

El quinto le heló la sangre:

Mamá, por favor, investiga este nombre. Sí, sé que no debo hacer esto pero es

muy muy muy importante... Mantial Noriega. Creo que se trata de...

Con el teléfono pegado al oído salió corriendo del dormitorio.

—¡Jesús! ¡Jesús!

Cuando llegó al salón, el comisario hablaba por teléfono.

—Sí, eso es, que estén pendientes... Un momento por favor —ante los temblorosos gestos de su mujer tapó con la mano el auricular del teléfono.

—Un mensaje de Pati —balbuceó emocionada— está asustada.

—Ahora le llamo, Méndez.

Rocío volvió a reproducir el mensaje de su hija.

—¿Mantial Noriega? ¿Te suena de algo?

—No sabría decirte —Rocío sentía como se le cubrían los ojos de lágrimas— no ha podido terminar la frase, la han interrumpido.

Sí, sin duda estaba siendo retenida contra su voluntad.

Diez minutos más tarde estaba montado el operativo de búsqueda de Patricia Prados. Pasaban unos minutos de las cuatro de la mañana cuando el matrimonio de comisarios accedía al despacho de Rocío dispuesto a averiguar todo lo que hubiese sobre un tal Mantial Noriega.

—Así, ¿sin nombre?

—Sí, sin nombre, Cortázar.

Una hora más tarde llegaba José Carlos Mendía a petición de Romero.

—Si no le avisamos no nos lo perdonará, Rocío, y con razón.

—Lo sé, pero es tan temprano.

Las horas pasaban lentas, las diferentes patrullas que recorrían la ciudad tan solo se encontraron con pistas falsas. Ni rastro de la hija de la comisario. Lo que sí habían prometido los compañeros de Prados fue no desfallecer hasta que la chica regresara sana y salva.

Cuando María Esther llegó a la comisaría se encontró con una actividad inusual. Más compañeros de los habituales caminaban de un lado a otro. Los que salían de turno aún no se habían ido a sus casas por si podían ayudar.

—¿Qué pasa hoy, Goyo?

El policía de recepción le devolvió una mirada triste, se atusó el cano y grueso bigote antes de contestar. Sabía el efecto que tendría en María lo que iba a decir.

—Patricia, la hija de la comisario... ha... desaparecido.

María miró a un lado y a otro. Rostros igual de afectados. Miradas igual de tristes. Su corazón comenzó a latir frenético.

—¿El asesino del...? —no tuvo valor de terminar la frase.

—No lo sabemos. Los comisarios están en el despacho de la jefa.

María no necesitaba oír más. Salió caminando lo más rápido que pudo y llamó a la puerta del despacho. En cuanto accedió al interior sintió una enorme congoja al contemplar los rostros desencajados de sus jefes y amigos. Rocío, Jesús y Mendía,

rodeados de papeles.

—¿Se sabe algo? —aprovechando la total confianza que mantenía con todos los presentes se aproximó hasta su amiga. Rostros aún más afectados. Miradas aún más tristes.

Rocío negó con la cabeza.

—Pero vamos a encontrarla, María. Te lo puedo asegurar.

—Lo sé... —dijo antes de dejar un beso en el rostro de la comisario— os dejo trabajar, voy a hacer café.

En la mesa de reuniones se hallaba el informe de Corrales sobre los tres socios de Úrsula Ventura y toda la investigación llevada a cabo durante los últimos cinco años. Aún no había noticias de ningún Mantial Noriega.

—Aquí dice Corrales algo sobre tus notas —Romero señalaba con el dedo los últimos renglones— ¿qué quiere decir?

—¡Mierda! Menuda cabeza la mía —dijo mientras se levantaba— tenía apuntado revisar esas notas pero como no he pasado por mi despacho. Ahora vengo.

Rocío volvió a coger el teléfono. De nuevo, volvió a marcar.

De nuevo, el mismo mensaje «*el teléfono al que llama está pagado o...*».

Sin duda alguna no era lo mismo ejercer de policía y atender a los afectados que ser víctima y policía a la vez.

—Estoy segura que se me está escapando algo —el semblante de la comisario era fiel reflejo de su desesperación— si se trata de mismo individuo no tiene sentido que... que se lleve a Pati —se puso en pie y comenzó a andar por la estancia— con Venancio Sánchez se trataba de cumplir con sus amenazas, como decía en su correo. Pero, Pati... lo de Pati no tiene sentido.

Jesús permanecía con su habitual postura; apoyado contra la pared y las manos en la espalda.

—El sentido se lo da el mensaje que te ha dejado. Mejor dicho, la forma en que se corta la comunicación. No creo que haya sido por falta de batería.

—¡Eso es! —señaló a su marido— eso era lo que me quería contar por la noche. ¡Sabe quién es el asesino o asesinos!

—O se ha acercado mucho.

—La culpa es mía por no haberla escuchado ayer por la mañana cuando me aseguró que tenía algo importante que decirme, pero la científica me esperaba en el escenario y... —llevó sus manos al rostro—... espero que no sea tarde, Jesús, no podría soportarlo...

Un suave repiqueteo en la puerta precede la entrada de Mendía.

—¿Lo has encontrado? —quiso saber Rocío mientras borraba con las manos el paso de unas traicioneras lágrimas.

—Sí, aquí están...

Mendía pasaba hoja a hoja una de las libretas de aquel año 1997 cuando fue a atender una extraña llamada de teléfono.

—La mujer se llamaba Blanca Morega, según Corrales está internada en un psiquiátrico en la sierra de Madrid.

—¿Morega? —Rocío repasa sus notas— ¿o... Noriega? —dijo al encontrar lo que buscaba.

—Morega —insistió el inspector jefe.

La comisario tomó asiento otra vez.

—¿Recuerdas lo que pasó aquel día?

—Sí, con las notas voy recordando. Tú y yo hablamos por teléfono, estabas en Santander, habías ido a ver a María. La encontraste en el cementerio.

—Sí, lo recuerdo —en su rostro una sonrisa melancólica.

El inspector jefe repasó todas las hojas y comenzó de nuevo.

—Todo apuntaba a una típica riña doméstica. Por lo visto discutieron y él se marchó con tan mala suerte que tuvo un accidente mortal minutos después.

—¿Cuál fue el motivo de la llamada? —quiso saber Romero— ¿había sido agredida? ¿Estaba escondida en la casa?

Mendía se tomó unos segundos antes de contestar. Poco a poco los recuerdos abandonaban la bruma en la que se hallaban enterrados y se mostraban con claridad. Recuerdos de conversaciones con la dueña de la casa, de un café, de unas cajas con artículos de Navidad...

—Aquí lo tengo. Aseguraba que su marido había asesinado a su hermano, Felipe Morega, años atrás y como prueba me enseñó un reloj que le regaló y que había encontrado aquella mañana en el interior de una caja. Por lo visto falleció en 1987 al despeñarse su coche por un precipicio.

—No entiendo... —Jesús Romero volvió a tomar asiento—. ¿Por qué tarda tanto tiempo en denunciarlo?

Mendía vuelve a sus notas escritas en horizontal, vertical, con letra de distintos tamaños.

—Sí, sé que debería organizarlas mejor, pero la manía de querer escribir rápido me lleva a esto —pasó otra hoja— aquí está. Eran varias cajas, en ellas encontró pulseras, collares, carteras y el reloj de su hermano. Afirmaba que había una especie de agenda con fotos de gente, primero horrorizada y después muerta. Su hermano entre ellos.

—¿Qué encontrasteis en esas cajas? —quiso saber Rocío impaciente.

—Adornos de Navidad.

La respuesta de Mendía fue como un jarro de agua fría para los dos comisarios.

—¿Me dejas tus notas?

—Claro —dijo ofreciendo su vieja libreta a Rocío.

—Tiene que estar aquí... —susurró— Morega... Noriega...

Aunque sea lo último que haga.

Patricia estaba viviendo el peor día de su vida con diferencia. Cuando abrió los ojos se hallaba tumbada en una cama con manos y pies atados. Sentía la garganta seca y estaba mareada.

Muy mareada.

«Ojalá esté soñando».

Miró a un lado y a otro. No reconocía el lugar donde se encontraba, de fondo llegaba hasta ella el tenue sonido de música. Intentó moverse.

«No es un sueño».

Ser consciente de que estaba viviendo una experiencia real le generó un ataque de pánico. Acababa de enlazar el presente con su último recuerdo, la llamada a su madre. Comprender que solo el Asesino del Retiro la podía haber llevado hasta ese lugar le heló la sangre.

—Gus...

Como si respondiera al leve susurro de la becaria, el aludido entró por la puerta, sonriente, feliz, con un trozo de queso entre los dedos.

—A ver qué te parece —dijo mientras lo llevaba a sus labios.

La periodista volvió el rostro.

—Tendrás que cenar, no tengo prisa. Mañana nos vamos de viaje.

—¿De... viaje?

—Sí. No quería haber llegado a esto, pero no me has dejado otra opción. Pero no te preocupes, lo tengo todo preparado —acercó su rostro al de su compañera, la sonrisa se había esfumado—. ¿¿Por qué coño tenías que meter las narices donde no te llaman?! ¿¡Eh!?

Patricia cerró los ojos. La mirada fría, helada de su compañero de trabajo a escasos centímetros de su cara le generaba un pavor indescriptible.

—Lo bueno de esto es que dejaré de recibir tus puñeteras llamadas —dijo encaminándose hacia la puerta— ese fue tu error. Sí, las puñeteras llamadas, tu presencia de becaria en la GaZeta, tu trabajo de fin de carrera —calló unos segundos con la mirada fija en el rostro aterrado de su compañera—. Demasiadas coincidencias ¿no crees? ¿Lo planeaste con tu madre? No, no creo, ella es demasiado lista para hacer una chapuza como esta. Seguro que ha sido cosa tuya que te crees más inteligente que los demás —dejó la puerta abierta y regresó al salón, él sí que tenía hambre.

Mucha, además.

Varios filetes de solomillo, algunas rayas y un par de pitillos más tarde regresó a

la habitación. Un olor reconocible y poco agradable le recibió al entrar.

—No me digas que tú también te has meado. Si te sirve de consuelo, Venancio se meó dos veces y no dejó de gimotear toda la noche como una niña asustada —apuntó mientras acercaba una silla junto al cabecero.

Patricia procuraba no mirarle a los ojos, era la única forma de mitigar, aunque fuese levemente, el intenso miedo que le atenazaba.

—Como buena periodista que eres te doy la oportunidad de preguntarme lo que quieras en exclusiva —miró en torno, se incorporó raudo y abandonó la habitación para regresar un minuto después con algo entre las manos— para que no digas que no pienso en ti, he traído una grabadora. Tu entrevista quedará para la posteridad. ¿Qué te parece?

Patricia se mantenía en silencio.

—Por si no lo sabes, no te conviene enfadarme. No lo llevo bien. Sé que es algo que debo mejorar pero me cuesta horrores —negó con la cabeza—. Posiblemente en unas horas se lo podrás preguntar a Lorena o a Marisol, a Zoilo quizá, o al propio Venancio, si coincidís por ahí —elevó ligeramente la cabeza como si quisiera señalar el cielo.

—A Sandra, a Arancha... a...

Gus soltó un par de sonoras carcajadas.

—No, no, ahí te equivocas, listilla —la señaló divertido mientras daba una palmada—. Arancha fue cosa de mi padre.

«¿Tu padre? ¡¿El asesino mayor era tu padre?!».

—Por si te lo estás preguntando murió en un estúpido accidente de tráfico. No me mires así, yo no tuve nada que ver, aunque se lo merecía por cabronazo.

Gus se recostó en la silla y cruzó los brazos.

—A ver, pregunta.

Por la cabeza de la chica pasaba de todo menos mantener una charla con el protagonista de su investigación, que más tarde o más temprano la iba a matar como había dejado bien claro.

—Pues... no sé...

Si quería salir con vida, por improbable que pareciera en esos momentos, debía mantenerse lo más relajada posible y seguirle el juego por mucho que le costara.

—Es la oportunidad de tu vida, te prometo que algún día esta conversación saldrá en las noticias, y quién sabe si será portada de la GaZeta.

—Cuando me hayas matado...

Gus encendió un pitillo.

—No seas tan melodramática. ¿Acaso no se te había pasado por la cabeza que nuestra profesión puede cabrear a los malos? —su rostro talló una mueca de satisfacción— tu madre seguro que sabe mucho de eso. Te ha tocado perder, nada más. Venga, aprovecha tu momento de gloria, becaria.

Patricia apretó los ojos, intentó imaginar lo que le diría su madre en esas

circunstancias. Seguro que le pediría que no se rindiera, que dejara alguna pista. Miró el reloj de la muñeca de su captor. La una de la madrugada, si aún no la estaba buscando, al menos no encontraría lógica su ausencia. Habría llamado ya a Fernando y a Marta.

«Confía».

—Becaria...

—¿Por qué todo eso? ¿Por qué empezaste a matar?

Gus se puso en pie. Eso estaba mucho mejor, por fin iba a poder explicar lo que había sido su vida desde que tenía uso de razón. Pitillo tras pitillo habló de su padre, de sus víctimas, entre las que destacó a modo de resumen por no alargar mucho la entrevista, a Mel Cerrato y a su mujer, a Úrsula Ventura en Oviedo, a Mariano Fuente, a su tío Felipe.

—Me enseñó todo lo que sé aunque yo he aportado mi granito de arena —agregó satisfecho.

Habló del homenaje a su padre al continuar su legado en los miembros de la familia que él había cazado.

—Por eso lo de todo queda en familia ¿verdad? Te llevabas un recuerdo y dejabas el que tu padre había robado al familiar y...

—¿Robado?! —estalló—. ¡¿Cómo qué robado?! —clavó sus ojos en ella—. ¡Era un puto trofeo de caza! ¡Lo ganó!

Patricia cerró los ojos con fuerza.

—Sí, sí, lo siento, me dijiste que preguntara.

Gus se tomó unos segundos antes de continuar.

—Vale, discúlpame tú a mí, por una vez llevas razón.

El Asesino del Retiro habló durante la siguiente hora, hasta que de repente se incorporó y apagó la luz.

—Procura descansar, te recuerdo que mañana salimos de viaje.

Patricia pasó el resto de la noche llorando, acordándose de su madre, de Fernando, de la pequeña Esther, de la abuela Berta, de Jesús, de Julia. Cuando Gus entró a la mañana siguiente en la habitación estaba despierta, había dejado uno de sus dos collares bajo la almohada.

«Por si acaso».

—Nuestro querido jefe ha decidido escribir él mismo el artículo en homenaje a Venancio, mejor así, no me apetecía nada. Le he dicho que continuaba con mis vacaciones y que me dispensara del funeral, no me gustan nada esos lugares tan tétricos —sobre la mesilla de noche dejó un café con leche y varias tostadas que la becaria miraba con ansia. Ni podía recordar el tiempo que llevaba sin comer.

—Te voy a soltar las manos, si haces alguna tontería terminarás como Venancio. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Necesito ir al baño.

—De acuerdo —dijo mientras cortaba con una navaja las cintas de los tobillos— no me hagas repetírtelo.

Blanca Morega había optado por ejercer el papel de paciente modelo. Juraba que no recordaba haber acusado a su propio hijo de asesino, como a su marido. Menuda tontería insistía una y otra vez a quién le recordara el motivo de su cambio de medicación.

—¿Yo he dicho eso? —el dedo índice señalando su pecho, los ojos exageradamente abiertos.

—Sí —respondió Veva— me asustaste mucho y no tuve otra opción que contárselo al doctor.

—Lo comprendo, no te preocupes. Entiendo que necesito continuar con la medicación unas semanas más —dijo con voz cansada.

«... el cuerpo sin vida del periodista de la GaZeta Negra Venancio Sánchez, ha sido encontrado esta mañana en su domicilio. Según fuentes cercanas a la investigación se cree que puede haber sido obra del Asesino del Retiro, hasta que no se lleve a cabo la autopsia...».

Blanca y Veva fijaron sus ojos en la pequeña pantalla de televisión del dormitorio que siempre solía estar encendida porque a la paciente le gustaba escuchar sonido de fondo.

—Vaya, la que tiene que estar pasando el pobre Gus. ¿Te enteraste que el asesino ese envió las fotos de su última víctima a su director?

—¿Eh? No, no —mintió— espero que Gus esté bien. Vaya trabajo el suyo.

—Pues sí —Veva se abrazó a su hermana—. Pobrecita.

—Hora de cenar —anunció una oronda enfermera entrando en la habitación con una bandeja.

—Te dejo, hermanita, mañana volveré a la hora de la comida.

Begoña asintió.

—Está cansada —susurró Veva al pasar junto a la enfermera.

—Sí, tiene que estarlo.

Una hora más tarde la madre de Gus echaba las pastillas al inodoro siguiendo el mismo ritual de los últimos días. Era consciente de que no se encontraba como le gustaría, pero si tragaba todas esas pastillas de diferentes colores se formaban, en su ya atormentada cabeza, una suerte de nubarrones imposibles de disipar y que le impedían un mínimo control sobre sus pensamientos.

Sí, había escuchado las noticias durante toda la semana. Incluso en uno de los periódicos del psiquiátrico pudo leer a media mañana, momento del día que le dejaban más espacio entre pastillas, un artículo que hablaba sobre la posible personalidad del Asesino del Retiro. Su falta de empatía, de escrúpulos, manifestada en su forma de asesinar a sus víctimas regodeándose en el momento. Continuaba el periodista afirmando que debía tratarse de una persona que en la vida diaria

disfrutaría de buena imagen y estaría bien considerado entre los suyos, compañeros de trabajo, familia.

Blanca reconoció en esas palabras a su marido, Prudencio.

—Gus, solo tienes veinticinco años, no puedes seguir así...

Negó con la cabeza mientras cerraba el periódico. Fijó la vista en el horizonte a través del cristal de la sala. Dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

No podía retrasar más el momento. Su primer intento de acusar a su hijo de ser el Asesino del Retiro, reconocido por él mismo, fracasó estrepitosamente. No podía ir a la policía, no tenía pruebas, ni hablar con nadie, pero algo tenía que hacer. Su hijo no podía continuar impunemente por ahí, matando a gente.

Sí, algo tenía que hacer, ya.

«¿Pero, qué...?».

Gus contaba con que un día tendría que desaparecer por un largo período de tiempo. Ese día había llegado. No, no le había cogido de sorpresa, estaba preparado desde hacía tiempo. Contaba con nueva identidad, había vaciado sus cuentas el día anterior y alquilado un apartamento próximo a la calle Arturo Soria que no estrenaría hasta un mes más adelante, mientras tanto, se dedicaría a viajar, pero antes tenía que hacer dos cosas.

Una, pensar dónde se desharía del cuerpo de la becaria. No tenía tiempo para organizar una puesta en escena como la de Zoilo o Venancio. Lo podía haber hecho el día anterior, pero no encontró la motivación suficiente. Tampoco era muy inteligente cabrear a la policía aún más de lo que estuviera enviándoles fotografías del cadáver de la hija de la comisario.

—Basta con que nunca lo encuentren.

Dos...

—Antes de irnos tengo que despedirme de mi madre, ¿recuerdas que te dije que estaba internada? —vio como la becaria asentía y añadió—: le gusta que le cuente todo lo que hago, pero la pobre no se entera de nada. Desde que murió mi padre se volvió loca.

Patricia mantenía la atención fija en algún lugar indeterminado de su mente.

—¿Me estás escuchando?

—Sí...

—Bien, porque odio hablar para las putas paredes. Por si te lo estás preguntando, la muy desgraciada sabía lo que hacía mi padre ¡Lo sabía! No dijo nada. ¡Por su puñetera culpa me he convertido en lo que soy! Y...

«Ahora no. Lo estamos haciendo bien. Termina las maletas y lárgate. Recuerda que en pocos minutos comenzarán a preguntar por ella en la GaZeta. Su madre ya la estará buscando».

Una vez más, asintió a su voz interior.

Una vez más añadía el punto de cordura necesario para no enfrentarse a otra

crisis.

—Te vas a quedar aquí, cuando regrese del psiquiátrico nos vamos. No hagas ninguna gilipollez tengo cámaras por toda la casa —mintió.

Ajustó los agarres en muñecas y tobillos, amordazó la boca de Patricia y le aplicó una buena dosis de cloroformo antes de partir rumbo a la sierra de Madrid. No eran las nueve de la mañana cuando aparcaba frente a la entrada principal del psiquiátrico.

Una enfermera abandonaba la habitación de Blanca cuando otra se detuvo bajo el marco de la puerta.

—Tu hijo está subiendo, se marcha unos días de vacaciones y viene a despedirse —soltó sonriente.

Blanca forzó una mueca.

«¿Se marcha de vacaciones?».

Como un destello se formó en sus recuerdos la imagen de Pruden el día que la vio con las cajas de trofeos y salió huyendo de la vivienda.

«¿Huyes, Gus?».

Con pausados gestos pero sin requerir ayuda de las enfermeras se incorporó. Cuando la dejaron a solas situó la butaca en dirección al ventanal de la terraza.

—Ahora o nunca —elevó la mirada al cielo—. Dios mío, dame fuerzas para seguir adelante... —balbuceó.

El teléfono que descansaba sobre la mesa de Rocío comenzó a sonar, demasiado pronto para tratarse de buenas noticias. Mendía, Romero y Prados lo observaron durante unos segundos como si temieran descolgar.

—¿Quieres que lo coja?

—Ya lo hago yo, Jesús.

Antes de descolgar dedicó una mirada de congoja a sus compañeros.

—Rocío, es Faustino. Dice que no te ha llamado al móvil, ni a tu casa por no despertaros. Pensaba dejar el recado aquí.

—Pásamelo, María —soltó visiblemente relajada y extrañada a la vez.

—Comisario, llevo varios días dándole vueltas al informe que les dejé. Me dice Sofía que se lo diga, que no hay nada que perder y que le llamara...

—Tino, por favor, estamos...

—Sí, sí, al grano, lo sé, el inspector jefe siempre me dice lo mismo. Bueno, a lo que iba, la cuestión es que he recordado, al releer el informe, que interrogué a un chico cuando apareció la primera víctima del Retiro.

—Lorena Rodríguez —todos tenían muy presentes las andanzas del Asesino del Retiro— ¿qué pasa con ella?

—Era el novio de la chica fallecida.

—¿Y...? —Rocío comenzaba a entender a Medía cuando se encontraba próximo a perder la paciencia con Faustino.

—Pues que si no recuerdo mal sus apellidos eran parecidos a los de Prudencio

Marcial y Blanca Morega.

—¿Su novio, dices?

—Eso es.

—Gracias, Tino. Tengo que dejarte, has hecho fenomenal en llamar.

Colgó.

De un salto, como si le quemara el asiento, se incorporó, de tres rápidas zancadas recorrió los no más de cuatro metros que le separaban de la puerta de su despacho y abrió.

—María, por favor, tráeme el informe del inspector Corrales sobre la primera víctima del Retiro, año 2000, Lorena Rodríguez.

—¿Qué pasa, Rocío? —quiso saber Mendía.

Romero asistía sin intervenir a no ser que se lo pidieran. No era su comisaría, ni su caso, por tanto debería mantenerse al margen.

—No lo sé, no lo sé... —su voz partió entre dudas— eso es lo que más rabia me da. Creo que hemos tenido a este psicópata delante de nuestras narices desde hace años, estoy convencida que alguno de nosotros ha hablado con él.

—¿Corrales?

—Eso espero, José Carlos, eso espero.

La comisario pasó los cinco minutos que tardó María en regresar con la información caminando por la estancia como león enjaulado de un lado a otro.

Jesús observaba con preocupación a su mujer, jamás la había visto en ese estado en la multitud de casos que investigaron juntos.

«Pero en ninguno de ellos Patricia había desaparecido».

—Gracias... —extendió el brazo y se hizo con la carpeta. Pasó una hoja, dos, deslizaba el índice de arriba abajo— aquí está, Gustavo Mantial Noriega.

Miró a su marido.

—Por favor, Jesús, deja a un lado lo correcto y dime lo que estás pensando.

—De acuerdo. ¿Cómo decías que se llamaba el hijo de Prudencio Marcial y Begoña...?

—Morega... A ver déjame un segundo...

—Agustín Marcial Morega —intervino Mendía leyendo el informe.

—Se parecen mucho.

—Sí, Jesús, demasiado. Gustavo... Agustín... ¿los dos Gus?

Una vez más la comisario abrió la puerta con vehemencia.

—Por favor, María, que busquen entre todos a Gustavo Mantial Noriega, quiero saber todo lo que tengamos sobre él.

Romero estuvo tentado de añadir a Agustín Marcial Morega, pero no lo hizo.

—Se nos acaba el tiempo... —murmura Rocío— hija mía...

No hubo que esperar mucho. Diez minutos más tarde tenía el informe entre sus manos.

—No hay nada sobre él anterior a 2001... ¿cómo es posible? —cogió el

contenido de la carpeta que le había traído minutos antes María—. Lorena fue asesinada en el 2000... ¿entonces? No puede ser el mismo, porque Faustino... —estiró el brazo, cogió el teléfono móvil y pulsó el número del inspector Corrales.

—Tino, ¿recuerdas...?

—Comisario, me acaba de decir María que Patricia ha desaparecido, no sabía nada, si puedo ayudar vuelvo ahora mismo a Madrid y...

—Sí, sí puedes, necesito que hagas memoria ¿recuerdas el interrogatorio con el supuesto novio de Lorena Rodríguez?

—Está recogido en el informe que...

—Sí, lo he leído varias veces —llevó la mano a la cabeza— lo que quiero saber es si te entregó su DNI, si lo viste o...

Durante unos segundos se hizo el silencio al otro lado de la línea. El inspector estaba recordando su primer caso como responsable, su primer interrogatorio, era difícil olvidarlo.

—¿Faustino?

—Sí, comisario. Lo estoy recordando y no estoy orgulloso de lo que hice, si quiere que devuelva la placa yo...

—Por favor, no tengo tiempo, ni cuerpo para lamentos. Necesito que me respondas. ¿Te dio o no el DNI? ¿Cómo le identificaste?

En los recuerdos de Corrales se apreciaba con claridad la imagen del testigo mostrando su documentación.

—Era el carnet de la biblioteca de la universidad... —admitió, su voz apenas un balbuceo— no llevaba encima otra documentación.

—¿Te acuerdas de qué universidad?

—Sí, perfectamente, tenía su expediente de alumno en el monitor en esos momentos, era la Facultad de Ciencias de la Información, estudiaba periodismo.

—¿Periodista? —miró a sus compañeros—. Gracias, Faustino.

Colgó.

Rocío restregó sus manos por la cara como si ese gesto le valiera para disipar el profundo cansancio que sentía, pero ni la más cómoda de las camas le hubiera permitido cerrar los ojos. Necesitaba acción.

—Era lo que decía Pati. Unos veinticinco años y estudiante de su Facultad. Seguro que falsificó su carnet de biblioteca y sus datos universitarios.

—Después lo amplió a su DNI —intervino Mendía.

—Eso es... —la comisario revolvía una vez más entre sus papeles—. ¿Cómo es posible que no tengamos su dirección? Es él, estoy segura, es él...

Romero había regresado a su postura habitual, pegado a la pared con las manos en la espalda.

—Aunque lo detengamos ahora no tenemos nada para imputarle, solo unas huellas de deportivas junto a la jaula donde apareció Marisol Fuente ¿no es así?

—Así es, Jesús, solo Patricia podría identificarle. Encontrándole tenemos a los

dos. Estoy segura que se la ha llevado —escondió la cabeza entre las manos.

De pronto, la puerta del despacho se abrió de improviso.

—Perdonad que entre así, tienes una llamada muy extraña. Pensaba haber colgado, parece una broma macabra, dice que sabe dónde está Pati. Solo quiere hablar contigo Rocío.

El corazón de la comisario comenzó a latir aún más fuerza y rapidez si es que eso fuese posible.

—Pásamela —se levantó rauda, mientras se dirigía a la mesa volvió el rostro— ¿quién puede saber que Pati está desaparecida, dejando a la policía aparte?

Los tres policías cruzaron sus miradas. La respuesta flotaba en el ambiente. Sin duda, el individuo que estaban buscando era el único que podía estar al tanto de la desaparición.

Blanca estaba preparada para poner todo de su parte, había llegado el momento de frenar al monstruo que tenía por hijo. No podía matar a nadie más.

«Aunque sea lo último que haga...».

Pasos a su espalda, un suave repiqueteo en la puerta antes de abrirse. Su corazón galopando enfurecido, sus manos temblando.

«Tengo que controlarme... ayúdame, Dios mío...».

—Hola, mamá. Para que no te quejes he venido a despedirme, me voy de vacaciones —cogió una silla y se colocó a la izquierda de su madre— la verdad, es que no tengo mucho tiempo. ¿Sabes? Llevaba unos días en Gijón y he tenido que regresar por culpa del Asesino del Retiro. ¿Tiene gracia, eh?

Blanca permanecía con la vista en el horizonte.

Su plan estaba en marcha, solo quería que pasara el tiempo.

—La culpa es de mi director por no atender mis demandas cuando le envié las fotos de Zoilo Cerrato —de pronto calló y miró a su madre— me habían dicho que estabas un poco mejor ¿me escuchas?

—Sí.

—¡Hombre! La primera vez que me hablas en... ¿tres, cuatro, cinco años? Me alegra que hoy te hayas animado —cruzó las piernas— ¿has escuchado las noticias últimamente?

—Sí.

—¿Entonces, sabes lo de mi compañero?

Blanca permanecía con la mirada en el punto más lejano que podía alcanzar. Apretaba las piernas para evitar que se fijara en su nerviosismo.

—Mamá, si me entiendes habla conmigo —acercó la boca al oído de su madre— no me cabrees, no te conviene —escupió cada sílaba con rabia contenida— ¿por qué no me hablas?

—Mi... e... do.

Gus soltó un par de carcajadas.

—¿Miedo? Te has tirado toda tu puñetera vida viviendo con papá, un auténtico cabronazo y ahora dices que tienes miedo de mí.

—Sí. He... escuchado... lo de tu compañero.

Gus acompañó su mirada a la de su madre. Ambas, a lo lejos.

—Como te decía, no me dejaron otra opción —estiró las piernas y cruzó los brazos sobre el pecho—. Además, te aseguro que se lo merecía, Venancio no dejó de hacerme la vida imposible desde que llegué a la GaZeta, un puto celoso profesional. Si te lo estás preguntando, mi director y la policía también tienen un maravilloso recuerdo del momento, cortesía del Asesino del Retiro —asintió con la cabeza mientras entrelazaba los dedos tras la nuca. En su rostro una sonrisa torcida—. ¿Sabes? Me estoy cansando de ese sobrenombre, no me hace justicia, ¿no crees?

Durante un minuto se hizo el silencio en la estancia.

—Pero ya está todo hecho, mamá. Me voy, he vendido la casa y mira —sacó de su cartera un DNI— ahora soy Benjamín Caminero Cruz. ¿Qué te parece? —devolvió la tarjeta a su lugar.

—¿Hasta... cuando... Gus?

El periodista se incorporó veloz, no daba crédito.

—¿Cómo qué hasta cuándo?! Solo tengo veinticinco años, mamá ¿hasta cuando estuvo papá cazando? ¿Eh? El muy cobarde huyó de ti. ¡Una puñetera mujer asustada!

Dos incontrolables lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Blanca.

—Déjate de lagrimitas. No he venido a eso sino a despedirme y a ponerte al día. Tengo a la hija de la comisario Rocío Prados en mi casa, me la llevo lejos, donde no la encuentren jamás —negó con la cabeza mientras pasaba los dedos por el cuero cabelludo— parece mentira que una puñetera becaría haya sido la que ha estado más cerca de cogerme. Aún no lo puedo permitir, soy muy joven.

Llevó la vista a un estrecho cajón abierto de una pequeña cómoda junto a la ventana. Algo llamaba su atención. Se acercó y tiró del pomo. Un teléfono, un papel y un objeto metálico.

Blanca había seguido de reojo los movimientos de su hijo.

«¡Qué tonta soy, me lo he dejado abierto!».

—¿Por qué tienes tú un teléfono de prepago? —cogió el papel, abrió los ojos todo lo que daban de sí— ¿quién coño te ha dado el teléfono de mi casa? ¿Eh? ¿Y el de mi móvil? Juraría que es la letra de la ñoña de tu hermana.

Blanca apretó los ojos.

Gus cogió el objeto metálico.

—¿Qué es esto?

De pronto lo comprendió, no sabía si estallar en sonoras carcajadas o liarse a golpes con su madre hasta terminar con su vida para siempre. Se acercó a escasos centímetros de su rostro.

—Así que eras tú la desgraciada que me dejaba esos mensajes en mis teléfonos,

¿eh? —soltó entre dientes.

Blanca sentía como finas gotas de saliva, envueltas en rabia, resbalaban por su oreja.

—¡Eras tú la de sé quién eres, sé lo que haces y sé lo que has hecho! —rodeó el cuello de su madre con ambas manos— antes de irme iré a ver a la tía Veva para agradecerle su colaboración —comenzó a apretar.

Blanca cerró los ojos, no pensaba luchar. Se lo merecía por no haber querido ver las innumerables pruebas que Pruden le dio a lo largo de su vida en común. De las sospechas sobre su hijo, temiendo que siguiera, como siguió, su camino.

Aprieta más y más.

—No entraba en mis planes que terminara así, pero me lo estás pidiendo a gritos. Mi propia madre...

Suaves golpes en la puerta.

Gus vuelve el rostro mientras afloja las manos sobre el cuello y las coloca sobre los hombros de su madre.

—Blanca, es la hora de dar un paseo... —la enfermera se detuvo al ver que su paciente tenía visita— perdón no sabía que tenías compañía.

«Aprovecha y lárgate».

Eso hizo.

—No, no, yo me tengo que marchar, vine a despedirme por unos días.

—De acuerdo, pero no quisiera molestar.

—No, de verdad —dejó caer un beso en la cabeza de su madre— cuídate mamá, haz caso a los doctores y pronto te pondrás bien, cuando regrese quiero que estés ya recuperada del todo, tenemos muchas que hacer ¿de acuerdo? —agitó la mano en el aire a modo de despedida.

—Qué buen chico es tu hijo, ¿verdad? Estarás orgullosa. ¿Nos vamos de paseo?

—Dame... unos minutos... por favor. Necesito... ir al baño.

—¿Quieres que te ayude a levantarte?

—No, gracias, no es necesario.

—De acuerdo —convino nada satisfecha— vuelvo en media hora.

Durante unos minutos se mantuvo inmóvil sin dejar de notar las manos de su hijo oprimiendo su cuello como si estuviera en esos momentos detrás de ella. Dejó que las lágrimas resbalaran sin control alguno sobre su rostro. No lloraba por el dolor físico que sentía, no, lo hacía por otro más intenso y punzante que le taladraba el corazón. Su propio hijo había estado a punto de matarla como a tanta gente.

—Como a mí pequeña... —balbuceó.

Deslizó las palmas de las manos por la cara, expiró profundamente y se agachó para coger un almohadón junto a los pies. Debajo, la casete que le habían traído tiempo atrás Veva y Gus, la cogió entre sus manos y pulsó el botón de *stop*. Sin dejar de llorar rebobinó la cinta hasta el principio.

Oprimió el botón de *play*.

Durante los primeros minutos silencio, después una voz conocida:

—*Hola, mamá. Para que no te quejes he venido a despedirme, me voy de vacaciones...*

Sacó la cinta y la guardó en el bolsillo de la bata.

«Ya está. Ya está...».

Lentamente, como si de pronto sus huesos pesaran una tonelada, se levantó de la butaca. No había tiempo para hablar con su hermana, ni con el doctor, no, solo quedaba tiempo, no mucho, para hacer lo que había estado posponiendo a lo largo de su vida.

Del cajón que había dejado abierto al coger el casete, se hizo con el teléfono. Tras marcar tres teclas volvió a sentarse. Aún sentía el contacto de las manos de su hijo alrededor del cuello.

—Policía. Dígame.

—Por favor, necesito hablar con la comisario Rocío Prados, es muy urgente.

—Le paso con su secretaria, un momento.

Los segundos que estuvo esperando se le antojaron como horas.

—Dígame.

—Necesito hablar con la comisario Prados —repitió con voz cansada— sé dónde está su hija.

—Si es una broma puede...

—No, señorita, por favor, avísela y...

—Dígame a mí lo que...

—Solo a ella, dese prisa, es muy urgente, por favor.

Epílogo

Una semana más tarde

Blanca se hallaba en el salón de la casa de su hermana. Desde que vendieron el chalet de Aravaca, cuando ingresó en el psiquiátrico, no había disfrutado del placer de sentirse en su propio hogar. Durante siete largos años su vida transcurrió entre el piso de Veva y el hospital.

Apenas habían transcurrido una semana desde que hizo aquella llamada a la policía, sin embargo, le daba la sensación que había tenido lugar en alguna vida pasada. Se había desvinculado de aquel momento como si nunca hubiera acontecido. La carga que estaba convencida se iba a quitar de encima al denunciar a su hijo se convirtió en una pesada losa, difícil de sobrellevar, incluso más difícil que lidiar con su maltrecha conciencia.

Los primeros días fueron una incesante repetición de las mismas frases implorando su perdón, de Veva la primera, de cada médico, incluso de la policía en la persona del inspector jefe José Carlos Mendía. Todos ellos lamentaban no haberla creído en lo que parecía ser el delirio de una mujer enloquecida sin motivo aparente. Lo positivo de esta situación radicaba en que los doctores no tenían que lidiar ya con una supuesta demencia sino con algo más concreto en su diagnóstico. Deberían enfocar todos sus esfuerzos en que la paciente entendiera que nada de lo que sucedió fue culpa suya.

No podía quitarse de la cabeza a la hija de la comisario en manos de Gus. El recuerdo de Sara golpeó seco, firme en su memoria. No sabía qué edad tenía Patricia pero daba igual, se trataba de un chiquilla inocente más. Era ella la que tendría que pedir perdón a tantos y tantos familiares de tantas y tantas víctimas de su marido y de su hijo.

—Si le hubiera denunciado antes no habrían muerto más personas.

—No tenías pruebas, te hubiese pasado lo mismo, Blanca. ¿No lo entiendes? La culpa no fue tuya. Estuvo cinco años en la universidad estudiando, luego, otros cinco trabajando en la GaZeta Negra y nadie sospechó nada. Ni yo cuando vivimos juntos, ni siquiera en la protectora de animales, *Peludos* —Veva cogió su mano— te pediré perdón el resto de mis días, me duele en el alma no haberte creído —agachó la cabeza unos instantes y añadió—: quédate con que nadie, nadie, nadie, jamás, sospecho nada. ¿Lo harás?

Blanca ladeó la cabeza.

—Nadie, no, Veva yo sí que lo sabía y esta será mi penitencia para siempre.

—No digas eso, por favor, tenemos derecho a ser felices. Verás como con el tiempo lo ves de otra manera.

La madre de Gus forzó una media sonrisa.

—Hubo alguien más que también sospechó.

—¿Sí? ¿Quién?

—Mi pequeña Sara. Le costó su corta vida... —dijo entre balbuceos.

Fue complicado abstraerse de la incesante catarata de noticias que siguieron a su denuncia a la policía. Cada periódico, emisora de radio o canal de televisión daba su propia versión de los hechos, excepto la GaZeta Negra que prefirió mantenerse al margen, al menos en esa primera semana para no obtener rédito económico con los asesinatos de uno de los suyos, pero su nombre era mencionado siempre en cualquier noticiario.

El timbre de la puerta comenzó a sonar.

—Por favor, no quiero ver a nadie, ni hablar con periodistas.

—No te preocupes, si es quién creo que es, te alegrará su visita.

Blanca no lo tenía tan claro, cerca estuvo de abandonar el salón y esconderse en su dormitorio, pero optó por creer las palabras de su hermana.

«Por algo tengo que empezar».

Cuando las dos personas que acompañaban a Veva hicieron acto de presencia, se quedó helada. Aún le costaba incorporarse con rapidez, pero no dudó en ponerse en pie. No las había visto con anterioridad, pero se sabía sus rostros de memoria, resultaba imposible no hacerlo, aparecían en todos los medios.

—Comisario Prados...

Veva se adelantó un par de pasos.

—Veo que la has reconocido, Blanca, ella es su hija, Patricia.

Rocío se acercó hasta la madre del individuo que había atormentado a su comisaria durante cinco largos años.

—Doña Blanca, queríamos...

—Por favor, déjelo en Blanca, sé que parezco una mujer mayor pero no creo que tenga mucho más años que usted.

—De acuerdo, entonces lo dejamos en Rocío —forzó una sonrisa— no he venido como comisario sino como madre.

Blanca llevó sus manos al rostro. Miró a Pati.

—Ella es la que...

No creía estar preparada para vivir una situación como esa sin saber qué hacer, cómo comportarse, qué decir. Quizá fuera el momento para comenzar con aquello que su conciencia le empujaba a llevar a cabo.

—Lo siento, lo siento tanto, yo...

Rocío animó a Pati a acercarse a esa mujer de rostro amable cuya vida se había convertido en una constante pesadilla de la que no podía despertar.

—Gracias, doña...

—Blanca, solo Blanca.

—Gracias, Blanca —Pati ofrecía una sonrisa avergonzada.

La madre de Gus miró de un lado a otro. Buscó los ojos de su hermana, luego los de Rocío, a continuación los de Patricia, y vuelta a empezar.

—¿Gracias? Pero, si mi hijo ha estado a punto de...

Veva cogió la mano de su hermana.

—Han venido a decirte algo. Sentémonos.

Eso hicieron.

Durante media hora larga, Rocío explicó el porqué de su agradecimiento, que será eterno, aseguró. Gracias a su llamada pudieron contactar con Veva que era la que conocía la dirección de Gus, presentarse en la casa y llegar justo a tiempo de quitar la cinta que cubría la boca de Patricia. La encontraron en el suelo luchando desesperadamente para desembarazarse de la mordaza, se estaba ahogando en su propio vómito.

Gracias a la casete grabada fue fácil dar con la nueva vivienda de su hijo a nombre de Benjamín Caminero Cruz, alquilada junto a la calle Arturo Soria. Allí encontraron la libreta con fotos de víctimas y los trofeos que ella vio en aquellas cajas, ocho años atrás. No le confesaron el número para no impresionarla más todavía. Localizaron cincuenta y ocho, creen que unas cuarenta serían de Prudencio Marcial y las restantes de Gus, pero aún deberían revisar todos los casos con los que se podrían relacionar las pruebas. Se hicieron con varios discos duros repletos de información para cerrar multitud de expedientes sin resolver.

No, Gus no estaba en su nuevo apartamento, cuando llegó la policía no había nadie, pero las mujeres presentes en ese salón sabían que acababa de ser detenido en un hotel de Marsella cuando pagaba con su nueva tarjeta de crédito. Seguramente, cuando abandonó el psiquiátrico y regresaba a su casa de Alberto Alcocer a recoger a Patricia, vio los coches de policía y decidió marcharse. Rocío insistió hasta la saciedad en que como madre compartía su dolor.

A Patricia no le había resultado nada fácil acceder a la petición de Rocío para ir a visitar a la madre de su asesino, había fallado, sí, pero la intención era lo que importaba, terminar con su vida. Se la imaginaba vieja, con el pelo revuelto, sonriente, desdentada, y sobre todo loca, no terminaba de creerse que fuese ella misma la que grabó la confesión.

—Sí, lo hizo ella. ¿Puedes imaginarte el dolor de una madre al hacer algo así contra su hijo?

—No, pero sé que no habrá tenido que ser fácil —admitió.

En cuanto vio el rostro dulce, que a pesar del calvario vivido conservaba rasgos de la mujer bella que fue, y que sin duda es, ese rostro que no podía ocultar el sufrimiento que aún padecía, Pati borró de un plumazo sus dudas.

Cuando su madre terminó la exposición se puso en pie.

—¿Puedo? —pidió con los brazos en cruz, mirando a Blanca.

—Lo estoy deseando, Patricia —por primera vez en mucho tiempo se incorporó

sin dificultad alguna ante el asombro de Veva.

Mientras se abrazaban, Blanca sintió que ese largo y sentido abrazo sería un punto de inflexión en su vida.

No se equivocó.

«... no pasa un día sin que piense en la gente a la que Dylan hizo daño. Para mí es más fácil decir “hacer daño” que “matar”, incluso después de tanto tiempo», «... es muy duro vivir con el hecho de que alguien a quien amaste y criaste mató brutalmente a gente de ese modo horrible».

Susan Klebold, ABC News (2016),

madre de uno de los asesinos de la «masacre de Columbine».

Instituto de Colorado, EEUU (20-04-99)